



EL PATIO Y EL CORREDOR DE LAS CASAS DE BAHAREQUE



ESPACIOS DE LA EXPERIENCIA HUMANA EN EL
PAISAJE CULTURAL CAFETERO DE COLOMBIA

TOMO I

Autor: Arquitecto. Jorge Enrique Osorio Velásquez
Director. Geógrafo. Juan Francisco Ojeda Rivera



Universidad Pablo de Olavide

Doctorado en Historia del Arte y Gestión Cultural en el Mundo Hispánico

Noviembre, 2015

El patio y el corredor de las casas de bahareque: espacios de la experiencia
humana en el Paisaje Cultural Cafetero de Colombia

Autor
Jorge Enrique Osorio Velásquez

Trabajo presentado para optar al título de doctor en Historia del Arte y Gestión
Cultural en el Mundo Hispánico

Director
Juan Francisco Ojeda Rivera

Universidad Pablo de Olavide
Departamento de Geografía, Historia y Filosofía
Doctorado en Historia del Arte y Gestión Cultural en el Mundo Hispánico

Sevilla, 2015

Dedicatoria

A Rogelio de quien recibí la sensibilidad para admirar el paisaje,

A Tulia por su apoyo incondicional de siempre,

A Yaffa, Violeta e Ivana por ser el motivo permanente que ha impulsado el alcance de
esta meta.

Agradecimientos

Quiero agradecer de manera especial el apoyo del Padre Álvaro Eduardo Betancur Jiménez ex rector de la Universidad Católica de Pereira; igualmente al geógrafo Juan Francisco Ojeda Rivera quien con su guía y experiencia contribuyó de gran manera a la realización de este trabajo.

Es de suma importancia reconocer el aporte a la reflexión de los investigadores y amigos del Observatorio para la Sostenibilidad del Patrimonio en Paisajes, en particular a Fabio Rincón Cardona, a Adriana Gómez Álzate, a Carlos Eduardo López Castaño, a Gloria Inés Duque, a Ricardo Hincapié Arístizabal y a Hernán Gómez Giraldo.

No puede faltar el agradecimiento a Carlos Eduardo Rincón González por su escucha y disposición frente al desarrollo de este estudio.

Finalmente a Julián Andrés Vásquez Osorio por su actitud generosa y colaboración.

Hoja de evaluación

PRESIDENTE

SECRETARIO

VOCAL

Firma de Autor y Director

Arquitecto. Jorge Enrique Osorio Velásquez
Autor

Geógrafo. Juan Francisco Ojeda Rivera
Director

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN.....	41
• Justificación.....	41
• LA ARQUITECTURA REGIONAL DE BAHAREQUE EN EL PAISAJE CULTURAL CAFETERO: SU VALORACIÓN Y CONSERVACIÓN. ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	50
- La historia y la arquitectura regional de bahareque.....	51
- La arquitectura regional de bahareque, la investigación y las Publicaciones en el ámbito nacional.....	61
- La arquitectura regional de bahareque, la investigación y las Publicaciones en el ámbito regional.....	67
- La región cafetera y la investigación sobre paisaje.....	95
• Objetivos.....	100
- Objetivo general.....	100
- Objetivos específicos.....	100
- Los objetivos y su desarrollo.....	101
• Hipótesis.....	130
• Metodología.....	131
- Fases de la investigación.....	132
Capítulo 1.	
EL MARCO DE ESTUDIO: LA REGIÓN CENTRO-OCCIDENTAL DE COLOMBIA Y SUS CARACTERES ESPACIALES, TERRITORIALES Y PAISAJÍSTICOS.....	138
1.1 Caracteres físicos de la región Centro Occidental de Colombia.....	138
1.1.1 Localización del área de estudio.....	138
1.1.2 Un clima subtropical modelado por la presencia de laderas y montañas andinas.....	149
1.1.2.1 Características ambientales.....	149
1.1.2.2 Geología.....	149
1.1.2.3 Relieve y pendientes.....	154
1.1.2.4 Vulcanismo y sismicidad.....	138
1.1.2.5 Hidrografía (Precipitación, cuencas y sistema hídrico subterráneo).....	162
1.1.2.6 Clima (Precipitación y temperatura).....	164
1.1.2.7 Biodiversidad y áreas naturales protegidas (Ecosistemas y especies).....	167

1.2. Proceso de territorialización: hitos y resultados.....	171
1.2.1. Hitos.....	171
1.2.1.1 Pobladores autóctonos en un territorio milenario.....	171
1.2.1.2 Encuentro de dos culturas: avanzadas en la Nueva Granada y asentamiento hispánico en el centro occidente de Colombia en los siglos XVI y XVII.....	181
1.2.1.3 El centro occidente de Colombia durante el siglo XIX, punto de Confluencia de diferentes corrientes de poblamiento.....	189
1.2.2. Resultados: Invariantes geográficas del territorio cafetero.....	213
1.2.2.1 Las redes.....	214
* Los caminos y las carreteras.....	214
* La arriería.....	223
* Los vapores por el río Cauca.....	229
* El Ferrocarril de Caldas.....	234
* El cable aéreo.....	241
* Las carreteras y el transporte automotor.....	245
1.2.2.2 Los nodos.....	254
* La finca.....	254
* La fonda.....	257
* Las ciudades.....	263
1.2.2.3 Las superficies.....	271
1.3 Los distintos paisajes y sus percepciones y representaciones: identitarias, connotativas, institucionales.....	278
1.3.1 Orígenes y primeros desarrollos del paisaje.....	278
1.3.1.1 El paisaje, un término para designar un concepto.....	279
1.3.1.2 El Paisaje, su origen oriental, principales desarrollos y caracteres de tensiones y miradas.....	283
1.3.2 Paisaje y modernidad occidental.....	315
1.3.2.1 ¿El paisaje, un concepto que se transfiere al Nuevo Mundo y a la región centro occidental de Colombia?.....	346
1.3.2.2 El paisaje cultural cafetero de Colombia y sus atributos como hechos singulares y representativos de una cultura paisajera.....	364
1.4 El bahareque, tecnología apropiada como sustento material de la Arquitectura regional.....	400
1.4.1 El bahareque, una tecnología con desarrollo propio y presencia en muchos lugares.....	400
1.4.2 La tecnología del bahareque y sus elementos constitutivos, referentes de un proceso histórico y de consolidación del territorio en el centro occidente colombiano.....	404
1.4.3 El bahareque y sus tipologías constructivas en el paisaje urbano y rural.....	412

Capítulo 2.

LA ARQUITECTURA REGIONAL DE BAHAREQUE EN LAS ESTRUCTURAS URBANAS DE DAMERO EN LADERA:

Sus componentes singulares como envolventes y límites de la experiencia humana en el Paisaje cafetero.....429

2.1 Particularidades de la implantación de las estructuras urbanas de damero sobre un relieve de montaña.....	431
2.1.1 Emplazamiento sobre cuchilla.....	432
2.1.2 Emplazamiento sobre colina de superficie aplanada.....	435
2.1.3 Emplazamiento sobre ladera.....	436
2.1.4 Emplazamiento sobre ladera de baja pendiente.....	438
2.2 Calidades ambientales y fisonomía de los escenarios urbanos del PCC.....	441
2.3 El patio y su papel estructurante en la forma de los inmuebles urbanos.....	448
2.3.1 El patio como patrón espacial de carácter universal y su transferencia a la arquitectura hispanoamericana.....	448
2.3.2 El patio y su transferencia hacia la arquitectura regional de Bahareque.....	455
2.3.3 El patio, las formas de número y las tipologías urbanas en la Arquitectura regional de bahareque.....	465
2.3.4 Las tipologías urbanas, sus particularidades y a manera de colofón, un símil con la Domus romana.....	499
2.3.5 Las tipologías de número y la forma urbana.....	524
2.4 El corredor como interfase en la dinámica espacial de las tipologías urbanas.....	533
2.5 Los elementos funcionales – decorativos: desempeño utilitario, desarrollo estético y la modelación de la imagen en la arquitectura urbana.....	551
2.5.1 De simples elementos funcionales a funcionales – decorativos.....	551
2.5.2 Un repertorio estético plasmado sobre madera.....	561
2.6 El solar como patio alterno y espacio de representación de la simbiosis campo-ciudad.....	594
2.6.1 El solar y su transferencia dentro del esquema tipológico de la Arquitectura regional de bahareque.....	595
2.6.2 El solar como segundo patio de la casa de bahareque.....	603
2.6.3 Un espacio como puente entre dos formas de vida.....	615
2.6.4 El solar, la calidad ambiental de las viviendas y su aporte a la construcción del paisaje urbano en las ciudades del bahareque.....	620

Capítulo 3.

LA ARQUITECTURA REGIONAL DE BAHAREQUE EN EL ÁMBITO RURAL: sus componentes singulares como envolventes y límites de la experiencia humana en el paisaje cafetero.....624

3.1 La arquitectura regional de bahareque y su materialización en el paisaje rural.....	624
3.1.1 Emplazamiento sobre pequeños valles intramontanos.....	630
3.1.2 Emplazamiento a media ladera.....	634
3.1.3 Emplazamiento sobre pequeñas terrazas u ombreras ubicadas en Ladera.....	638
3.1.4 Emplazamiento sobre cuchillas.....	640
3.1.5 Emplazamiento sobre pequeñas mesetas en relieves colinados.....	643
3.1.6 Diversos tipos de emplazamiento y la configuración del paisaje rural.....	646
3.2 La finca, un pequeño mundo en el paisaje: la vivienda y las edificaciones asociadas a la producción del café.....	647
3.2.1 La finca de gran dimensión.....	648
3.2.2 La finca de mediana extensión.....	654
3.2.3 El minifundio.....	656
3.3 Las “formas de número”, el corredor perimetral y su función estructural dentro del esquema arquitectónico de la vivienda rural de bahareque.....	660
3.3.1 El corredor en la vivienda rural, su ascendente mediterráneo y su adaptación como patrón espacial de la hacienda neogranadina.....	661
3.3.2 El corredor como elemento estructurante en las tipologías rurales de la arquitectura regional de bahareque.....	684
3.3.3 El corredor perimetral como interfase en la dinámica espacial de la vivienda rural de bahareque.....	755
3.4 El patio como centro de las tensiones funcionales y como elemento aglutinante de las dinámicas productivas de la finca cafetera.....	772
3.4.1 El patio en la vivienda rural. De la cuenca mediterránea a la Nueva Granada y su materialización en la finca cafetera del centro Occidente de Colombia.....	772
3.4.2 El patio en la finca cafetera, espacio de transición entre la vivienda, las construcciones asociadas a la producción y el paisaje.....	803
3.5 Los elementos funcionales - decorativos en la arquitectura rural, Respuesta útil y austera a la necesidad de habitar.....	818
3.5.1 Los elementos funcionales – decorativos, representación de la esencialidad y de la austeridad en la casa rural de bahareque.....	820
3.5.2 Los elementos funcionales decorativos, signos de lo estético dentro de la practicidad del espacio doméstico rural.....	825

CONCLUSIONES.....	852
--------------------------	------------

BIBLIOGRAFÍA.....	908
--------------------------	------------

ANEXOS

Anexo 1

Mapas elaborados por el Sistema de Información Regional, SIR, UTP.....	922
--	-----

LISTA DE IMÁGENES

No. Página

INTRODUCCIÓN

Imagen 1. Portada libro La colonización antioqueña	54
Imagen 2. Portada libro Historia extensa de Pereira	57
Imágenes 3 y 4. Portadas libros Café e industria 1850 – 1930 y El café en Colombia	58
Imagen 5. Portada libro Formación y transformación de la cultura laboral cafetera en el siglo XX	59
Imagen 6. Portada libro Biografía del café	60
Imágenes 7 y 8. Portadas de los tomos II y IV del compendio “Arquitectura de la Colonización Antioqueña”	64
Imagen 9. Portada libro Historia de la Arquitectura en Colombia	66
Imágenes 10 y 11. Portadas libros Un siglo de bahareque en el Antiguo Caldas y La ciudad en la colonización antioqueña: Manizales	69
Imagen 12. Portada libro Expresión Visual en las Ciudades del Bahareque	72
Imagen 13. Portada libro Patrones de color. Interpretación visual de los valores cromático regionales en Caldas	73
Imagen 14. Portada libro Paisajes y Nuevos Territorios. Cartografías e Interacciones en Entornos Visuales y Virtuales	75
Imágenes 15 y 16. Portadas libros Tipificación de los Sistemas Constructivos Patrimoniales de Bahareque en el Paisaje Cultural Cafetero de Colombia, y Sistemas constructivos – Arquitecturas de baja altura en Manizales	80
Imagen 17. Portada Manual didáctico Risaralda nuestro patrimonio	82
Imagen 18. Portada libro Risaralda Nuestro Patrimonio. Inventario del Patrimonio Arquitectónico del Risaralda	83

Imagen 19. Portada libro Paisaje Cultural Cafetero. Risaralda. Colombia	86
Imágenes 20 y 21. Portadas de los tomos I: Arquitectura Vernácula Iberoamericana y III: Miradas Diversas. Arquitectura Vernácula y Paisajes Culturales Iberoamericanos	89
Imagen 22. Portada libro Relatos desde el Bahareque	91
Imagen 23. Ficha de inventario rural investigación PCC Quindío	92
Imagen 24. Ficha de inventario rural investigación PCC Valle del Cauca	94
Imagen 25. Portada Manual Didáctico. El Cairo Patrimonio de la Humanidad	95
Imagen 26. Portada libro Café y cambio de paisaje en Colombia, 1970-2005	97
Imagen 27. Portada libro Cultura Material Cafetera	99
Imagen 28. Finca El Rosal, Pereira. Imagen 29. Apía, Risaralda	102
Imagen 30. Casa Apía	105
Imagen 31. Sistema Patrimonial Paisaje Cultural Cafetero	107
Imágenes 32 y 33. Finca vereda Fermín López, Santa Rosa de Cabal, Risaralda	109
Imagen 34. Camino de herradura	110
Imagen 35. Vereda Colmenas, Santa Rosa de Cabal	111
Imagen 36. Ilustración de Anserma	115
Imagen 37. Calle Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 38. Calle Santuario, Risaralda	117
Imagen 39. Casa Marsella, Risaralda	118
Imagen 40. Casa finca La Selva, Marsella	119
Imagen 41. Casa finca San José, La Celia, Risaralda	120
Imagen 42. Casa familia Sánchez, Apía. Imagen 43. Finca Buenos Aires, Pereira	122
Imagen 44. Casa Apía	123

Imagen 45. Casa familia Correa, Apía. Imagen 46. Panorámica antigua del marco del parque, Apía	124
Imagen 47. Finca El Pedregal, Balboa, Risaralda	125
Imagen 48. Casa, Pijao, Quindío	128
Imagen 49. Casa finca La Central, Santa Rosa de Cabal	129
Imagen 50. Ficha de Inventario Valoración del Ministerio de Cultura	136

CAPÍTULO I

Imagen 51. Caza de mastodonte, Tocaima Cundinamarca	173
Imagen 52. Reconstrucción de ciudad perdida	175
Imagen 53. Reconstrucción de la Sabana de Bogotá a la llegada de los españoles	175
Imágenes 54 y 55. Representaciones de la cotidianidad Quimbaya	177-178
Imagen 56. Representación de los Pijaos	180
Imagen 57. Imagen del paso del Quindío	187
Imagen 58. Santa Fe de Bogotá en la Colonia	188
Imagen 59. Conquistadores españoles en suelo americano	200
Imagen 60. Colonos en la región centro occidental de Colombia	201
Imagen 61. Horizontes de Francisco Antonio Cano	202
Imagen 62. Pareja de colonos	207
Imagen 63. Finca en los tiempos iniciales de la colonización	208
Imagen 64. Aserrió	209
Imagen 65. Panorámica vereda Colmenas, Santa Rosa de Cabal	210
Imagen 66. Panorámica vereda Campoalegre, Santa Rosa de Cabal	211
Imagen 67. Caminos siglo XIX región centro occidental de Colombia	212
Imagen 68. Compra de café	213

Imagen 69. Cruce de caballos en el río Cauca. Geografía pintoresca de Colombia	217
Imagen 70. Bracero indígena por el paso del Quindío	218
Imagen 71. Montaña del Quindío	221
Imagen 72. Hacia el pueblo	222
Imagen 73. Por los caminos del Café	225
Imagen 74. Por buen camino	226
Imagen 75. Arriero	227
Imagen 76. Arriero y cuadrilla de bueyes	228
Imagen 77. Vapor Sucre cerca de la Virginia en el río Cauca	232
Imagen 78. Vapor en el río Cauca	233
Imagen 79. Llegada a Pereira de la primera locomotora. Imagen 80. Puente de la Máquina	237
Imagen 81. Estación de Manizales	239
Imágenes 82 y 83. Terminal de pasajeros de la estación de ferrocarril de Manizales	241
Imagen 84. Estación del Cable 1926	242
Imagen 85. Cable aéreo Manizales, Neira, Aranzazu	243
Imagen 86. Estación Mariquita	244
Imagen 87. Puente Helicoidal Pereira- Manizales	250
Imagen 88. Doble calzada Pereira-Armenia	250
Imagen 89. Intersección La Romelia El Pollo, Pereira	250
Imagen 90. Viaducto de las Gemelas Pereira y Manizales	250
Imagen 91. Ford modelo T en el Parque de Bolívar de Pereira	251
Imagen 92. Willys CJ3B modelo 1954	252
Imagen 93. Chiva o bus de escalera en camino rural	253

Imagen 94. Finca La Bernardina, Santa Rosa de Cabal	256
Imagen 95. Finca Pereira, Risaralda	256
Imagen 96. Comienza la Faena	258
Imágenes 97 y 98. Tiendas de fonda	260
Imagen 99. Corregimiento de Pueblo Rico, Neira	261
Imagen 100. Fonda vereda Miracampo, Quinchía, Risaralda	263
Imagen 101. Panorámica centro y plaza de Bolívar de Armenia.	
Imagen 102. Plaza de Bolívar y Catedral Armenia, Quindío	269
Imágenes 103 y 104. Panorámicas de Manizales	269-270
Imágenes 105 y 106. Panorámicas de Pereira	270
Imagen 107. Área rural municipio de Marsella	273
Imagen 108. Finca La Frondosa, Santuario, Risaralda. Imagen 109.	
Área rural de El Cairo, Valle del Cauca	275
Imagen 110. Vereda Campo Alegre, Santa Rosa de Cabal. Imagen	
111. Finca La Cigalia, Belén de Umbría, Risaralda	276
Imagen 112. Perspectiva villa Laurentinum, de Plinio	290
Imagen 113. Planta villa Laurentinum, de Plinio	290
Imagen 114 Villa Tusci, de Plinio	292
Imagen 115. Planta villa Tusci, de Plinio	293
Imagen 116. Monte LU de Shen Zhou	296
Imagen 117. Pintura de Li Zhao Dao	299
Imagen 118. Los Ochenta y Siete Inmortales de Wu Daozi	300
Imagen 119. La Cordillera de Wang Wei	301
Imagen 120. Viajeros en Montes Nevados de Jing Hao. Imagen 121.	
Viajando en las Montañas de Guan Tong	303
Imagen 122. Templo Budista en la Montaña de Li Cheng. Imagen 123.	
Pintura de Dong Yuang	304

Imagen 124. Montañas nubladas de Mi Youren	305
Imagen 125. La Huida de Egipto	310
Imagen 126. Efectos del Buen Gobierno en el Campo	311
Imagen 127. Adoración de los Pastores	316
Imagen 128. El Cordero de Dios	316
Imagen 129. Lamentación y entierro de Cristo	317
Imagen 130. Virgen con Pantalla de Mimbre	318
Imagen 131. Virgen del Canciller Rolin. Imagen 132. San Lucas dibujando a la Virgen	319
Imagen 133. Tríptico con la Anunciación, conocido como el "Retablo Merode" - José (detalle). Imagen 134. El Tríptico de Werl	320
Imagen 135. Huida de Egipto	320
Imagen 136. Paisaje con San Jerónimo	321
Imagen 137. Los Cazadores en la Nieve. Imagen 138. La cosecha. Imagen 139. País nevado	322
Imagen 140. Paisaje de Otoño con Het Steen	323
Imagen 141. La Granja en Laken. Imagen 142. Las cuatro estaciones: verano, o Ruth y Boaz. Imagen 143. Paisaje Pastoral	324
Imagen 144. Amanecer	325
Imagen 145. La campiña romana	326
Imagen 146. Vista panorámica sobre el Amstel mirando hacia Amsterdam. Imagen 147. Camino a través de campos de maíz cerca de la Zuider Zee	327
Imagen 148. Pueblo junto a la piscina. Imagen 149. El Callejón en Middelharnis	328
Imagen 150. El caminante sobre el mar de nubes. Imagen 151. Acantilados de tiza en Rügen	336
Imagen 152. Venecia, pareciendo del este de la Giudecca. Imagen 153. Obra maestra de Roma, desde el Monte Aventino	337

Imagen 154. El carro de heno. Imagen 155. El campo de trigo	338
Imagen 156. Primeras hojas, cerca de Mantes. Imagen 157. Mornex (Haute-Savoie) – Au Fond, le Mole	339
Imagen 158. Jardines Villa Garzoni de Jacopo Sansovino	340
Imagen 159. Jardines del Palacio de Versalles	341
Imágenes 160 y 161. Villa Godi	341-342
Imágenes 162 y 163. Villa Barbaro	342
Imagen 164. Impresión, sol naciente	344
Imagen 165. El puente Bougival de Oscar	345
Imagen 166. Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland al pie del volcán del Chimborazo	352
Imagen 167. Gauchos descansando en las pampas	358
Imagen 168. Paisaje Urbano: Vista de Veracruz, desde los médanos tierra adentro. Imagen 169. Obra de Joan Moritz Rugendas	359
Imagen 170. Costa de La Guaira al atardecer. Imagen 171. La cascada del Velino cerca de Terni. Imagen 172. Colonia Tovar	360
Imagen 173. La Gloria, Río de Janeiro. Imagen 174. Puesta de sol sobre Pedra da Gavea, Río de Janeiro. Imagen 175. Isla de Boa Viagem, Río de Janeiro	361
Imagen 176. Hampea thespesioides. Imagen 177. Miconia	363
Imagen 178. Calle Salamina, Caldas. Imagen 179. Calle Apía	372
Imagen 180. Casa carrera 7 No. 21-73/79/83, Pereira	373
Imagen 181. Casa carrera 7 No. 15-58, Pereira	374
Imágenes 182 y 183. “Cata de Paisaje”, I Taller Internacional Estudios del Paisaje 2012, Finca El Balcón, Buenavista Quindío	379
Imagen 184. Casa carrera 6 No. 3 - 02/3 - 08, Salento, Quindío	393
Imagen 185. Casa finca La Rivera, Caicedonia, Valle del Cauca	393
Imágenes 186 y 187. Fincas municipio de El Cairo	393

Imágenes 188 y 189. Casa, Pijao, Quindío	394-395
Imágenes 190 y 191. Pinturas del maestro Juan Carlos Suarez	396
Imágenes 192 y 193. Acuarelas de Salamina, Caldas	397
Imagen 194. Montando las Cargas, Acuarela	397
Imagen 195. Yipao, Óleo sobre lienzo	398
Imagen 196. Paisaje Cafetero, corregimiento de Combia, Pereira	399
Imagen 197. Huellas postes hallazgo arqueológico sitio Unicentro, Pereira, Risaralda	402
Imagen 198. Núcleo construido Finca La Selva, Marsella	404
Imagen 199. Núcleo construido Finca, Marsella	405
Imagen 200. Casa Marsella	405
Imagen 201. Casa Pijao	406
Imagen 202. Casa de Vara en tierra – Estructura de madera y guadua	407
Imagen 203. Casa de Vara en tierra – Techos vegetales	407
Imagen 204. Bahareque fundacional – Estructura de madera y guadua	409
Imagen 205. Finca Marsella	410
Imagen 206. Finca El Cairo	412
Imagen 207. Planta, alzado y sección membrana de bahareque macizo o embutido. Imagen 208. Render membrana de bahareque macizo o embutido	414
Imagen 209. Culata casa El Cairo	415
Imagen 210. Planta, alzado y sección bahareque hueco o enchinado. Imagen 211. Render bahareque hueco o enchinado	416
Imagen 212. Casa El Cairo	417
Imagen 213. Casa Finca La Esperanza, La Celia, Risaralda	417
Imagen 214 Planta, alzado y sección bahareque de tabla, tabla parada cancel o tabique. Imagen 215. Render bahareque de tabla, tabla parada, cancel o tabique	418

Imagen 216. Casa Balboa. Imagen 217. Casa finca El Porvenir, Marsella. Imagen 218. Casa Balboa	419
Imagen 219 Casa finca el Silencio, Santa Rosa de Cabal	420
Imagen 220. Planta, alzado y sección bahareque metálico	420
Imagen 221. Render bahareque metálico	421
Imágenes 222 y 223 Casa Belalcázar, Caldas	421-422
Imagen 224. Templo de La Inmaculada, Manizales. Imagen 225. Catedral Nuestra Señora de La Pobreza, Pereira	423
Imagen 226. Planta, alzado y sección bahareque encementado	423
Imagen 227. Render bahareque encementado	424
Imagen 228. Casa carrera 9 calle 16, Pereira	425
Imagen 229. Bahareque enchinado con malla para su revestimiento con mortero de arena y cemento	426
Imagen 230. Casa de la Cultura de Marsella	427
Imagen 231. Edificio Sanz, Manizales	428

CAPÍTULO 2

Imagen 232. Apía, Risaralda	430
Imagen 233. Anserma, Caldas	433
Imágenes 234 y 235. Belalcázar, Caldas	434
Imagen 236 Santuario, Risaralda	435
Imágenes 237 y 238. El Cairo, Valle del Cauca	436
Imágenes 239 y 240. Apía, Risaralda	437
Imagen 241. Belén de Umbría	438
Imágenes 242 y 243. Pijao, Quindío	439
Imágenes 244 y 245. Marsella, Risaralda	440

Imágenes 246 y 247. Balboa, Risaralda	441
Imagen 248. Parque de Bolívar, Pijao, Quindío	443
Imagen 249. Marsella, Risaralda	445
Imagen 250. Apía, Risaralda	446
Imagen 251. Marsella, Risaralda	447
Imagen 252. Planta y perspectiva interior, casa con Patio en Ur de Caldea	449
Imagen 253. Domus. Imagen 254. Villa Suburbana	451
Imagen 255. Claustro de San Agustín, Bogotá, Cundinamarca	455
Imagen 256. Proceso de poblamiento región centro occidente de Colombia	462
Imagen 257. Esquina Sur Este Parque de Bolívar, 1880, Pereira	465
Imagen 258. Casa familia Ochoa, Pereira. Imagen 259. Antigua casa Cural, Belén de Umbría	470
Imagen 260. Casa Calle 8 No. 9-30/32/36, Apía	471
Imagen 261. Casa Santuario, Risaralda	472
Imagen 262. Casa Apía. Imagen 263 Casa Marsella	473
Imagen 264. Casa El Cairo. Imagen 265. Casa Santuario	474
Imagen 266. Casa El Cairo, Valle del Cauca	475
Imágenes 267 y 268. Casa Apía, Risaralda	476
Imagen 269. Casa Marsella. Imagen 270. Casa Santuario	477
Imagen 271. Casa Apía. Imagen 272. Casa Cural, Guática	478
Imagen 273. Casa Santa Rosa de Cabal	479
Imágenes 274 y 275. Interior y fachada casa Marsella	483
Imagen 276. Casa Apía, Risaralda	485
Imagen 277. Casa El Cairo, Valle del Cauca	486

Imágenes 278 y 279. Casa El Cairo, Valle del Cauca	487
Imagen 280. Casa Marsella. Imagen 281. Casa Santuario	488
Imagen 282. Casa Santuario, Risaralda	489
Imagen 283 Casa Belén de Umbría. Imagen 284. Casa Santa Rosa de Cabal	490
Imágenes 285 y 286. Casa Santuario, Risaralda	491
Imagen 287. Casa Salento, Quindío	492
Imagen 288 Casa Belén de Umbría. Imagen 289. Casa Apía	493
Imágenes 290 y 291. Casa Apía	494-495
Imagen 292. Casa Santuario	495
Imagen 293. Casa Santuario. Imagen 294. Casa Santa Rosa de Cabal	500
Imagen 295. Planta casa en Apía, Risaralda	502
Imagen 296. Planta piso 2, casa Salento, Quindío	503
Imágenes 297 y 298. Plantas nivel 1 y cubiertas, casa Filandia	503
Imagen 299. Portón, casa antigua, Marsella	505
Imagen 300. Contra portón, casa antigua, Marsella. Imagen 301. Zaguán y patio, casa antigua, Marsella	506
Imagen 302. Casa centro histórico de Sevilla, España	507
Imagen 303. Casa Pereira. Imagen 304. Casa Apía	509
Imágenes 305 y 306. Solar, casa Belén de Umbría	510
Imagen 307 y 308. Fachada y planta donde se observa a la derecha la entrada de bestias. Casa Belén de Umbría	511-512
Imagen 309. Casa Calarcá Quindío	514
Imágenes 310 y 311. Casa Santuario, Risaralda	515
Imagen 312. Casa Apía. Imagen 313. Casa Pijao	517
Imagen 314. Vista desde balcón, casa Ligia Correa, Santuario	518

Imagen 315. Vista desde balcón, casa Marsella	519
Imagen 316. Casa Apía, Risaralda	520
Imagen 317. Ilustración puerta ventana. Imagen 318. Casa Apía	521
Imagen 319. Planta Domus romana	523
Imagen 320. Planta casa Belén de Umbría	523
Imagen 321. Santuario de la Milagrosa. Imagen 322. Escuela Apostólica de los Padres Vicentinos	526
Imagen 323. Parque de Los Fundadores y al fondo la capilla del colegio Santa Luisa de Marillac. Santa Rosa de Cabal	527
Imagen 324a. Manzanas aledañas al parque fundacional. 324b. Manzana b, donde se ubica el predio 2. Imagen 325. Predio 2, Calarcá Quindío	528
Imagen 326. Pueblo Rico, Risaralda	529
Imagen 327. Antiguo Hospital en proceso de demolición, Belén de Umbría	531
Imagen 328. Normal Sagrada Familia, Apía. Imagen 329. Colegio Laboure, Santa Rosa de Cabal. Imagen 330. Escuela Simón Bolívar, Santa Rosa de Cabal	532
Imagen 331. Casa de la Cultura, Marsella	533
Imagen 332. Casa Filandia, Quindío	534
Imagen 333. Zaguán, casa Santuario	538
Imagen 334. Casa Filandia	539
Imágenes 335 y 336. Casa Belén de Umbría, Risaralda	541
Imagen 337. Casa Belén de Umbría, Risaralda	543
Imágenes 338 y 339. Casa Apía, Risaralda	544
Imagen 340. Zaguán, casa Pijao, Quindío	545
Imagen 341. Casa Belén de Umbría. Imagen 342. Casa Belén de Umbría	546
Imagen 343. Casa Belén de Umbría	547

Imagen 344. Casa Apía, Risaralda	548
Imagen 345 y 346. Casa Apía, Risaralda	549
Imagen 347. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda	561
Imagen 348. Casa Apía. Imagen 349. Casa Apía. Imagen 350. Casa Apía. Imagen 351. Casa Santuario. Imagen 352. Casa Santuario	565
Imagen 353. Casa Apía. Imagen 354. Casa Pijao. Imagen 355. Casa Apía Imagen 356. Casa El Cairo. Imagen 357. Casa Santuario	566
Imagen 358. Casa Apía. Imágenes 359 y 360. Apía	567-568
Imagen 361. Casa Belalcázar. Imagen 362. Casa Santa Rosa de Cabal. Imagen 363. Balcón esquinero, Salento. Imagen 364. Casa Santuario. Imagen 365. Balcón esquinero, casa Calarcá. Imagen 366. Casa Santuario	569
Imagen 367. Casa Apía. Imagen 368. Casa Santuario. Imagen 369. Casa Santuario	570
Imagen 370. Casa Belén de Umbría. Imagen 371. Casa Belén de Umbría. Imagen 372. Casa Santuario	571
Imagen 373. Casa Apía. Imagen 374. Casa Apía.	571
Imagen 375. Casa Quinchía. Imagen 376. Balcón paramentado, casa Pijao. Imagen 377. Casa San Clemente, Quinchía. Imagen 378. Casa Marsella. Imagen 379. Casa Apía. Imagen 380. Casa El Cairo	572
Imagen 381. Casa Santa Rosa de Cabal	573
Imagen 382. Casa Apía. Imagen 383. Casa Belén de Umbría	574
Imagen 384. Casa Guática, Risaralda	575
Imagen 385. Casa Pueblo Rico. Imagen 386. Casa Santuario. Imagen 387. Casa Santuario. Imagen 388. Casa Santuario. Imagen 389. Casa Santuario	576
Imagen 390. Puerta Secundaria, casa Calarcá. Imagen 391. Casa Apía. Imagen 392. Casa Pijao. Imagen 393. Casa Apía	577
Imagen 394. Casa Belén de Umbría. Imagen 395. Casa Marsella. Imagen 396. Casa Santuario. Imagen 397. Casa cural, Guática. Imagen 398. Casa Santuario	579

Imagen 399. Casa Santuario. Imagen 400. Casa Santuario	580
Imagen 401. Casa Santuario. Imagen 402. Casa Marsella	580
Imagen 403. Casa Apía. Imagen 404. Casa Santuario. Imagen 405. Casa Belén de Umbría	582
Imagen 406. Casa Apía. Imagen 407. Casa Marsella	582
Imagen 408. Casa Filandia. Imagen 409. Casa Apía	583
Imagen 410. Casa Santuario. Imagen 411. Casa Santuario. Imagen 412. Casa Santa Rosa de Cabal	583
Imagen 413. Casa Filandia. Imagen 414. Casa Apía. Imagen. 415. Casa Santuario	584
Imagen 416. Casa antigua Marsella. Imagen 417. Casa Marsella	584
Imagen 418. Casa Apía. Imagen 419. Casa Santuario	585
Imagen 420. Casa Marsella. Imagen 421. Casa Marsella. Imagen 422. Casa Belén de Umbría	586
Imagen 423. Casa Belén de Umbría. Imagen 424. Casa Santa Rosa de Cabal. Imagen 425. Casa antigua Marsella. Imagen 426. Casa Pijao. Imagen 427. Casa Pijao	587
Imagen 428. Casa antigua Marsella. Imagen 429. Casa Pijao	588
Imagen 430. Casa Santuario. Imagen 431. Casa Apía. Imagen 432. Casa Santa Rosa de Cabal	589
433. Casa antigua Marsella. Imagen 434. Casa Santa Rosa de Cabal. Imagen 435. Casa Santa Rosa de Cabal	590
Imagen 436 y 437. Cielorrasos casa Calarcá. Imagen 438. Casa Marsella. Imagen 439. Casa Santuario	591
Imagen 440. Casa Santuario. Imagen 441. Casa Santuario. Imagen 442. Casa Santa Rosa de Cabal. Imagen 443. Casa Santa Rosa de Cabal	592
Imagen 444. Casa Santa Rosa de Cabal	592
Imágenes 445 y 446. Cielorrasos casa Filandia. Imagen 447. Casa Santa Rosa de Cabal	593

Imagen 448. Cielorraso casa Salento. Imagen 449. Casa antigua Marsella.	
Imagen 450. Casa Pijao	593
Imagen 451. Axonometría, sección y planta, casa con atrio	596
Imagen 452. Axonometría, sección y planta, casa con peristilo	597
Imagen 453. Sección, planta baja y planta primera, casa patio en Sevilla	599
Imagen 454. Plantas primer y segundo nivel, casa en la calle Abades, 30, Sevilla, España	600
Imágenes 455 y 456. Secciones transversal – longitudinal y planta casa en Tunja, Colombia	601
Imagen 457. Planta alta y planta baja, casa de altos en Cuba	602
Imagen 458. Casa antigua Marsella	611
Imagen 459. Casa Apía. Imagen 460. Casa Belén de Umbría. Imagen 461. Casa Apía	612
Imagen 462. Casa Apia. Imagen 463. Casa Santuario	614
Imagen 464. Casa Filandia	618
Imagen 465. Casa antigua Marsella	620
Imagen 466. Apía	621
Imágenes 467 y 468. Apía	622
Imagen 469. Trujillo, Valle del Cauca	623

CAPÍTULO 3

Imagen 470. Colonos en la región centro occidental de Colombia	627
Imagen 471. Fincas y café de sombrío, municipio de Apía	629
Imagen 472. Finca El Páramo, Apía	631
Imagen 473. Finca La María, Santa Rosa de Cabal	632
Imagen 474. Finca El Páramo, Apía. Imagen 475. Finca La Clara, Apía	633
Imagen 476. Vista desde finca La Margarita, Santa Rosa de Cabal	634

Imagen 477. Casa finca San Marcos, Apía. Imagen 478. Casa finca La Esperanza, Marsella. Imagen 479. Finca La Estrella, Belén de Umbría	635
Imagen 480. Casa de la finca San Luis, Marsella	636
Imagen 481. Casa de la finca El Naranjal, Pereira. Imagen 482. Casa de la finca El Naranjal, Santuario	637
Imagen 483. Casa finca El Paisaje, Santa Rosa de Cabal	638
Imagen 484. Finca, Marsella	639
Imagen 485. Plano finca Los Mangos, Santuario	640
Imagen 486. Casa finca La Cigalia, Belén de Umbría. Imagen 487. Casa e instalaciones productivas finca La Primavera, Santuario	641
Imagen 488. Casa finca Bariloche, Santa Rosa de Cabal	642
Imagen 489. Vista desde de la finca El Confital, Belén de Umbría	643
Imagen 490. Casa La María, municipio de Santa Rosa de Cabal	643
Imagen 491. Vista desde la finca Berlín, Santa Rosa de Cabal	644
Imagen 492. Vista desde la finca Berlín, Santa Rosa de Cabal	645
Imagen 493. Plano finca San Cayetano, Santuario	648
Imagen 494. Casa principal finca Valdivia, Marsella	649
Imagen 495. Finca Valdivia, Marsella. Instalaciones productivas	650
Imagen 496. Casa principal y elbas para secado de café, finca La Palma, Marsella	651
Imagen 497. Casa Mayordomo o Agregado, finca Valdivia, Marsella	652
Imagen 498. Finca La Palma, Marsella	653
Imagen 499. Finca El Porvenir, Marsella	654
Imagen 500. Finca El Porvenir Marsella	655
Imagen 501. Casa finca El Pedregal Balboa	657
Imagen 502. Beneficiadero finca El Pedregal Balboa	658
Imagen 503. Planta Villa Settefinestre.	

Imagen 504. Axonometría villa Settefinestre	663
Imagen 505. Perspectiva villa Settefinestre	664
Imágenes 506 y 507. Hacienda El Rulo, Lebrija, Sevilla. Imagen 508. Hacienda Los Ángeles, Alcalá de Guadaira, Sevilla	668
Imagen 509. Hacienda de San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla. Imagen 510. Cortijo San José de Buena Vista o La Cascajera, Coria del Río, Sevilla	669
Imagen 511. Cortijo San José de Buena Vista o La Cascareja, Coria del Río, Sevilla. Imagen 512. Hacienda San Miguel de Montelirio o del Hospicio, Dos Hermanas, Sevilla	670
Imagen 513. Hacienda de San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla. Imagen 514. Hacienda Benazuza, San Lucar La Mayor, Sevilla	671
Imagen 515. Finca Isla Mínima, Puebla del Río, Sevilla. Imagen 516. Molino de Peñas Tristes, Marchena, Sevilla. Imagen 517. Cortijo de Alcaudete, Carmona, Sevilla	673
Imagen 518. Hacienda El Coto, Morrón de la Frontera, Sevilla. Imagen 519. Hacienda Adavaque, Carmona, Sevilla	674
Imagen 520. Hacienda Guzmán, La Rinconada, Sevilla. Imagen 521. Casa o Huerta de Lebrera, La Rinconada, Sevilla	675
Imagen 522. Óleo casa hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca	678
Imagen 523. Hacienda Cañas Gordas, Cali, Valle del Cauca	679
Imagen 524. Casa hacienda Suescún, Sogamoso, Boyacá	679
Imagen 525. Casa hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca	680
Imagen 526. Hacienda La Concepción, Amaime, Valle del Cauca. Imagen 527. Hacienda Calibio, Popayán, Cauca	681
Imagen 528 y 529. Hacienda Piedechinche, Valle del Cauca	681-682
Imagen 530 y 531. Casa hacienda Calibio, Popayán	683
Imagen 532. Casa finca El Cafetal, Filandia	690
Imagen 533. Casa finca Las Delicias, Caicedonia. Imagen 534. Casa finca La Equis, Santa Rosa de Cabal. Imagen 535. Casa finca Nebraska, Ulloa, Valle del Cauca.	691

Imagen 536. Casa finca Campoalegre, Calarcá, Quindío	692
Imagen 537. Casa finca La Palma, Marsella.	
Imagen 538. Casa finca Oasis, Filandia	693
Imagen 539. Casa finca El Rosal, Pereira.	
Imagen 540. Casa finca La Arboleda, Valle del Cauca	694
Imagen 541. Casa finca Casa Vieja, Calarcá.	
Imagen 542. Predio, finca Casa Vieja	702
Imagen 543. Casa finca El Pedregal, Balboa	703
Imagen 544. Casa finca La Esperanza, Valle del Cauca	704
Imágenes 545, 546 y 547. Casa finca El Pedregal, Balboa	705
Imagen 548. Casa finca Los Naranjos, Balboa	706
Imagen 549. Finca La Frondosa, Santuario.	
Imagen 550. Finca Los Naranjos, Balboa	707
Imagen 551. Casa finca Las Camelias, Marsella.	
Imagen 552. Casa finca Villa Soledad, Montenegro.	
Imagen 553. Planta arquitectónica, finca Villa Soledad, Montenegro	708
Imagen 554. Casa finca La Cabaña, Santuario	710
Imágenes 555 y 556. Casa finca La Cabaña, Santuario	711
Imagen 557. Casa finca, El Cairo	713
Imagen 558. Casa finca Buenos Aires, El Cairo	714
Imagen 559. Casa finca La Risaralda, Apía	715
Imágenes 560 y 561. Casa finca La Betulia, Montenegro	718
Imagen 562. Casa finca El Edén, Ulloa. Imagen 563.	
Planta arquitectónica casa finca El Edén, Ulloa, Valle del Cauca	719
Imagen 564. Casa finca La Bonita, Circasia. Imagen 565.	
Planta arquitectónica casa finca La Bonita, Circasia, Quindío	720
Imágenes 566 y 567. Casa finca La Betulia, Montenegro	721
Imagen 568. Casa finca La Betulia, Montenegro	722

Imágenes 569 y 570. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca El Páramo, Apía	723
Imagen 571. Casa finca El Páramo, Apía	724
Imágenes 572 y 573. Casa finca Veracruz, Chinchiná, Caldas	725
Imágenes 574 y 575. Casa finca La Esperanza, La Celia	726-727
Imagen 576 y 577. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca La Esperanza, La Celia	727
Imagen 578. Casa finca La Quiebrita, Caicedonia, Valle del Cauca	729
Imagen 579. Planta arquitectónica casa finca La Quiebrita Caicedonia	729
Imagen 580. Casa finca C vereda Vallecitos, Valle del Cauca	730
Imagen 581. Planta arquitectónica casa finca C vereda Vallecitos, Valle del Cauca	731
Imagen 582. Casa finca Miravalle, Montenegro.	
Imagen 583. Planta arquitectónica casa finca Miravalle, Montenegro	732
Imagen 584. Casa finca Las Camelias, Quimbaya, Quindío	733
Imagen 585. Planta arquitectónica casa y núcleo construido finca Las Camelias, Quimbaya	734
Imagen 586. Casa finca Casa Vieja, Calarcá	735
Imágenes 587 y 588. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca Playa Rica, Riofrío, Valle del Cauca	736
Imagen 589. Casa finca Playa Rica, Riofrío	737
Imagen 590. Casa finca, Chinchiná	738
Imagen 591. Casa agregado finca La Palma. Imagen 592. Otras edificaciones del núcleo construido, finca La Argentina, Marsella	739
Imágenes 593 y 594. Casa finca La Chagra, Pereira	740
Imagen 595. Casa finca Villa María, Pereira	741
Imagen 596. Casa finca La Bengala, Montenegro	742
Imagen 597. Planta arquitectónica casa finca La Rivera, Riofrío	743

Imagen 598. Casa finca La Rivera, Riofrío	743
Imagen 599. Casa finca Valdivia, Pereira	744
Imagen 600. Casa finca Villa María, Pereira	745
Imagen 601. Casa finca Bruselas. Imagen 602. Planta arquitectónica segundo piso, casa finca Bruselas, Armenia	746
Imágenes 603 y 604. Casa finca La Palma, Marsella	747
Imagen 605. Casa finca, Pereira. Imagen 606. Planta arquitectónica 1er piso, casa finca Bruselas, Armenia	748
Imágenes 607 y 608. Casa finca, Pereira	749
Imagen 609. Casa finca El Naranjal, Santuario. Imagen 610. Planta arquitectónica casa finca El Naranjal, Santuario	750
Imagen 611. Casa finca Nápoles, Montenegro	751
Imagen 612. Casa finca Belén de Umbría	752
Imagen 613. Casa finca, Chinchiná	753
Imágenes 614 y 615. Casa finca Santa Clara, Santa Rosa de Cabal	753-754
Imágenes 616 y 617. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca, Valle del Cauca	755
Imagen 618. Casa finca La Secreta, Pijao	756
Imagen 619. Casa Pijao	757
Imagen 620. Casa finca San José, La Celia	758
Imagen 621. Casa finca La Betulia, Montenegro. Imagen 622. Casa Finca Valdivia, Marsella. Imagen 623. Casa finca El Rosal, Pereira. Imagen 624. Casa finca El Naranjal, Pereira	759
Imagen 625. Casa finca Las Violetas, Santa Rosa de Cabal. Imagen 626. Casa finca Villa María, Pereira	761
Imagen 627. Casa finca El Confital, Belén de Umbría	762
Imagen 628. Casa finca La Chagra, Pereira. Imagen 629. Casa finca San José, La Celia	763

Imagen 630. Casa finca La Ventana, Belén de Umbría.	
Imagen 631. Casa finca Buenos Aires, Pereira	764
Imagen 632 y 633. Casa finca El Naranjal, Santuario	766
Imagen 634. Casa finca Las Camelias, Quimbaya	767
Imagen 635. Casa finca La Equis, Santa Rosa de Cabal.	
Imagen 636. Casa finca La María, Belén de Umbría	768
Imagen 637. Casa finca La María, Santa Rosa de Cabal	769
Imagen 638. Casa finca El Naranjal, Santuario.	
Imagen 639. Casa finca El Rosal, Pereira	770
Imagen 640. Planta primer nivel, Villa Boscoreale, Pompeya	776
Imagen 641. Planta Villa San Rocco, 75 - 50 a. C.	
Imagen 642. Vista lado sur oeste Villa San Rocco	778
Imagen 643. Planta casa Fischer en Senftenberg, Austria.	
Imagen 644. Sección casa Fischer en Senftenberg, Austria	780
Imagen 645. Planta granja Delsbohof en Halsingland, Suecia.	
Imagen 646. Vista granja Delsbohof en Halsingland, Suecia	781
Imagen 647. Vista y planta granja en Nordmuhlviertel, Austria	782
Imagen 648. Planta nivel de acceso hacienda El Rulo	
Imagen 649. Planta de cubiertas, hacienda El Rulo, Lebrija, Sevilla	787
Imagen 650. Planta nivel de acceso hacienda El Coto. Imagen 651.	
Planta de cubiertas, hacienda El Coto, Morón de la Frontera, Sevilla	788
Imagen 652. Planta nivel de acceso hacienda de los Ángeles.	
Imagen 653. Planta de cubiertas, hacienda de los Ángeles, Alcalá de Guadaira, Sevilla	789
Imagen 654. Planta nivel de acceso hacienda Adavaque	790
Imagen 655. Planta de cubiertas, hacienda Adavaque, Carmona, Sevilla	791
Imagen 656. Planta nivel de acceso hacienda San Juan del Hornillo.	
Imagen 657. Planta de cubiertas, hacienda San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla	792

Imagen 658. Planta nivel de acceso hacienda San José de Buenavista o la Cascareja, Coria del Río, Sevilla	793
Imagen 659. Planta de cubiertas, hacienda San José de Buenavista o la Cascareja, Coria del Río, Sevilla	794
Imagen 660. Casa en las vecindades de Corrales, Boyacá	796
Imagen 661. Hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca	797
Imágenes 662 y 663. Dibujo planta y sección en sentido Este-Oeste. Fotografía patio. Casa hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca	798-799
Imagen 664. Muros casa Suescún, Tibasosa Boyacá	800
Imagen 665. Hacienda Japio, Santader de Quilichao, departamento del Cauca	801
Imagen 666. Hacienda Piedechinche, departamento del Valle del Cauca	802
Imagen 667. Núcleo construido finca La Primavera, Santuario	805
Imágenes 668 y 669. Núcleo construido finca La Frondosa, Santuario	806
Imágenes 670, 671 y 672. Núcleo construido finca El Porvenir, Marsella	807-808
Imagen 673. Núcleo construido finca, La Bengala, Montenegro	808
Imagen 674. Núcleo construido finca, Valdivia, Marsella	809
Imagen 675. Núcleo construido finca, Valdivia, Marsella	809
Imagen 676. Núcleo construido finca, La Bengala, Montenegro	810
Imagen 677. Núcleo construido finca El Edén, Ulloa	812
Imagen 678. Núcleo construido finca La Alesa, El Cairo	813
Imagen 679. Núcleo construido finca La Rivera, Caicedonia	814
Imagen 680. Núcleo construido finca La Frondosa, Santuario	815
Imagen 681. Núcleo construido finca San José, La Celia	816
Imagen 682. Núcleo construido finca La Chagra, Pereira	818
Imagen 683. Finca El Arenillo, Santuario	821

Imagen 684. Finca San José, La Celia	822
Imagen 685. Finca La Clara, Apía.	
Imagen 686. Casa Santa Rosa de Cabal	823
Imagen 687. Finca El Paisaje, Santa Rosa de Cabal.	
Imagen 688. Finca La Risaralda, Santuario	826
Imagen 689. Finca El Caracol, Santa Rosa de Cabal.	
Imagen 690. Finca Villa María, Pereira.	
Imagen 691. Finca El Páramo, Apía	827
Imagen 692. Finca La María, Santa Rosa de Cabal.	
Imagen 693. Finca Los Naranjos, Balboa	828
Imagen 694. Finca El Naranjal, Santuario. Imagen 695. Finca La Risaralda, Apía. Imagen 696. Finca San Marcos, Apía. Imagen 697. Finca La Ventana, Belén de Umbría. Imagen 698. Finca El Pedregal, Balboa	829
Imagen 699. Finca El Pedregal, Balboa. Imagen 700. Finca El Confital, Belén de Umbría. 701. Finca Villa María, Pereira	830
Imagen 702. Finca El Porvenir, Marsella. Imagen 703. Finca Villa María, Pereira. Imagen 704. Finca El Arenillo, Santuario	831
Imagen 705. Finca San Luis, Marsella	832
Imagen 706. Finca La Ventana, Belén de Umbría.	
Imagen 707. Finca La Risaralda, Apía.	833
Imagen 708. Finca La Palma, Marsella. Imagen 709. Finca Villa Flor, Pereira	834
Imagen 710. Finca El Rosal, Pereira	834
Imagen 711. Finca Villa María, Pereira	835
Imagen 712. Finca La Selva, Marsella	836
Imagen 713. Finca La Esperancita, La Celia. Imagen 714. Finca La Betulia, Montenegro. Imagen 715. Finca El Confital, Belén de Umbría.	
Imagen 716. Finca El Pedregal, Balboa. 717. Finca San Marcos, Apía	837
Imagen 718. Finca La María, Santa Rosa de Cabal. Imagen 719. Finca La Clara, Apía. Imagen 720. Finca La Esperanza, La Celia	838

Imagen 721. Finca El Porvenir, Marsella	839
Imagen 722. Finca Bariloche, Santa Rosa de Cabal. Imagen 723. Finca La María, Santa Rosa de Cabal. Imagen 724. Finca Villa María, Pereira	840
Imagen 725. Finca La Betulia, Montenegro. Imagen 726. Finca La Siria, Santa Rosa de Cabal. Imagen 727. Finca Las Violetas, Santa Rosa de Cabal	841
Imagen 728. Finca La Cigalia, Belén de Umbría. Imagen 729. Finca La María, Santa Rosa de Cabal	842
Imagen 730. Finca La María, Belén de Umbría. Imagen 731. Finca Bariloche, Santa Rosa de Cabal	843
Imágenes 732 y 733. Finca La Playita, Apía	843
Imagen 734. Finca La Betulia, Montenegro	844
Imagen 735. Finca El Confital, Belén de Umbría. Imagen 736. Finca El Bariloche, Santa Rosa de Cabal. Imagen 737. Finca El Caracol, Santa Rosa de Cabal	845
Imagen 738. Finca La Palma, Marsella. Imagen 739. Finca El Arenillo, Santuario	846
Imagen 740. Finca El Arenillo, Santuario. Imagen 741. Finca El Páramo, Apía	847
Imagen 742. Finca La Betulia, Montenegro. Imagen 743. Finca El Confital, Belén de Umbría. Imagen 744. Finca La Equis, Santa Rosa de Cabal. Imagen 745. Finca La Clara, Apía. Imagen 746. Finca San Luis, Marsella. Imagen 747. Finca El Rosal, Pereira	848
Imagen 748. Finca Valdivia, Marsella. Imagen 749. Finca La Palma, Marsella	849
Imagen 750. Finca La Siria, Santa Rosa de Cabal. Imagen 751. Finca La María, Santa Rosa de Cabal	850
Imagen 752. Finca El Confital, Belén de Umbría. Imagen 753. Finca La María, Belén de Umbría. Imagen 754. Finca El Rosal, Pereira	851

TABLA DE MAPAS

	No. Página
Mapa 1. Ubicación de Colombia en Suramérica	139
Mapa 2. Regiones Naturales de Colombia - Región Andina	140
Mapa 3. Relieve - Sistema de Cordilleras Colombiano	142
Mapa 4. Departamentos que integran la región cafetera del Centro Occidente de Colombia	144
Mapa 5. Ampliación de la región cafetera del Centro Occidente de Colombia	144
Mapa 6. Zona Principal y de Amortiguamiento, Paisaje Cultural Cafetero	146
Mapa 7. Geología y Fallas Geológicas	152
Mapa 8. Zonas de Wadati – Benioff	154
Mapa 9. Relieve	156
Mapa 10. Amenaza volcánica	159
Mapa 11. Red Hídrica y Cuencas Abastecedoras	163
Mapa 12. Clima – Modelo Climático de Lang	167
Mapa 13. Usos del Suelo y Áreas Naturales Protegidas	170
Mapa 14. Ruta de poblamiento de América	173
Mapa 15. Localización San Sebastián de Urabá y de Santa María La Antigua del Darién	182
Mapa 16. Gobernación de Castilla de Oro	182
Mapa 17. Rutas de conquista en Colombia	183
Mapa 18. Rutas de Vadillo y de Robledo	186
Mapa 19. Fundaciones: proceso de poblamiento región Centro Occidental de Colombia	193
Mapa 20. Periodo de Colonización 1808 – 1849	194

Mapa 21. Periodo de Colonización 1855 – 1870	195
Mapa 22. Periodos de Colonización 1878 – 1914 / 1903 – 1922	196
Mapa 23. Periodos de Colonización 1881 – 1890 / 1907 – 1916	197
Mapa 24. Periodo de Colonización 1863-1883	198
Mapa 25. Departamento de Caldas en 1905	199
Mapa 26. Caminos Coloniales	216
Mapa 27. Caminos Coloniales o Reales y Caminos del siglo XIX o Nacionales en la región Centro Occidente de Colombia	220
Mapa 28. Ruta y Puertos de los Vapores	230
Mapa 29. Ferrocarriles de Caldas y de La Dorada. Cables aéreos construidos y no construidos	240
Mapa 30. Trazado de la Autopista del Café entre Armenia y Manizales	249
Mapa 31. Viajes de Alexander von Humboldt por América	353
Mapa 32. Colombia en 1570, con indicación de ciudades fundadas y territorio sometido realmente	456

TABLA DE ILUSTRACIONES

	No. Página
Ilustración No.1. Modelos de casa Prostas o tipo Megaron.	450
Ilustración No. 2. Selección del frente a construir en los lotes esquineros.	464
Ilustración No. 3. Bloque construido al frente de lotes medianero y esquinero.	466
Ilustración No. 4. Configuración de las tipologías en “I”, “L”, “C”, “U” y en “O” en lotes medianeros.	468
Ilustración No. 5. Configuración de las tipologías en “I”, “L”, “C”, “U” y en “O” en lotes esquineros.	469
Ilustración No. 6. “Cuadros” o módulos que integran las diferentes “formas de número”.	481
Ilustración No. 7. Cuerpos que integran las diferentes “formas de número”.	482
Ilustración No. 8. Recurrencia en la ubicación de los espacios que integran las tipologías de la arquitectura regional de bahareque.	501
Ilustración No. 9. El balcón como prolongación del espacio interior sobre la calle.	517
Ilustración No. 10. Localización frecuente de casas de bahareque de mayor dimensión, dentro de los centros tradicionales del PCC.	525
Ilustraciones No. 11 y No. 12. Trayectoria del corredor en torno al patio y al solar en las tipologías de la arquitectura regional de bahareque.	537
Ilustración No. 13. El corredor de un solo tramo y los espacios que sirve o conecta en el área de solar.	540

Ilustración No. 14.	El corredor de dos tramos y los espacios que sirve o conecta en el área de solar.	540
Ilustración No. 15.	Elementos funcionales decorativos y su presencia en las fachadas que delinear los perfiles urbanos del PCC.	564
Ilustración No. 16.	El corredor de un tramo en el solar y su relación con los espacios de servicio en las casas de un piso.	605
Ilustración No. 17.	El corredor de un tramo en el solar y su relación con los espacios de servicio en las casas de dos pisos.	606
Ilustración No. 18.	El corredor de dos tramos en el solar y su relación con los espacios de servicio en las casas de dos pisos.	607
Ilustración No. 19.	Ubicación de espacios para el cuidado de animales según la configuración del solar.	608
Ilustración No. 20.	Aprovechamiento de la diferencia de nivel entre el terreno y el primer piso de la casa para la ubicación de espacios para el cuidado de animales y otros usos.	609
Ilustración No. 21.	Elementos que intervienen en la configuración del espacio del solar.	610
Ilustración No. 22.	Proceso de configuración de las tipologías en “U”, “T” o “F”.	698
Ilustración No. 23.	Configuración de espacios semicerrados a partir de los cuerpos construidos de las tipologías en “U”, “T” o “F”.	699
Ilustración No. 24.	Desarrollo progresivo de la tipología en “U”.	699
Ilustraciones No. 25 y 26.	Desarrollo progresivo de las tipologías en “T” y “F”.	700
Ilustración No. 27.	Configuración de la tipología en “L” y del espacio semicerrado adyacente.	712
Ilustración No. 28.	Espacios como medio de comunicación entre corredores con desarrollo parcial por dos lados de la tipología en “L”.	715

Ilustración No. 29. Desarrollo de los tramos del corredor en la tipología de bloque único.	728
Ilustración No. 30. Accesos y circulaciones entre espacios y el corredor.	742

TABLA DE CUADROS

	No. Página
Cuadro No. 1 Áreas protegidas según conglomerados 2002	168-169
Cuadro No. 2 Atributos Paisaje Cultural Cafetero	387
Cuadro No. 3 Estadístico casas urbanas base del estudio	498
Cuadro No. 4 Estadístico casas de fincas base del estudio	697
Cuadro No. 5 Síntesis tipologías rurales	772

INTRODUCCIÓN

- **JUSTIFICACIÓN**

La arquitectura regional de bahareque constituye uno de los atributos con que se justificó el valor excepcional del Paisaje Cultural Cafetero, PCC, de Colombia ante la UNESCO, dentro del proceso de nominación e inscripción de este bien cultural en la Lista de Patrimonio Mundial que se llevó a cabo entre los años 2001 y 2011.

Como manifestación concreta de los valores que caracterizan la cultura cafetera que floreció en el territorio del PCC durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX, la arquitectura regional de bahareque se convirtió en factor determinante de la conquista del lugar, así como en un instrumento fundamental para ejercer dominio sobre el territorio constituido, para hacer frente a un medio de condiciones difíciles y para responder a las demandas de vivienda y de otros usos, en los ámbitos urbano y rural de este gran segmento de la región centro occidental de Colombia.

Para ello, la arquitectura de bahareque desarrolló una serie de cualidades desde los puntos de vista tecnológico, formal, espacial y estético, que sumadas a la utilización de elementos arquetípicos como el patio y el corredor, le permitieron responder de manera adecuada frente a las exigencias de las determinantes físicas de los sitios donde se implantó, a las necesidades concretas de habitación de sus usuarios y a los requerimientos de las actividades productivas presentes en los entornos urbanos y rurales.

Estas cualidades facilitaron el desarrollo de vínculos y de formas de apropiación de los habitantes con las casas de bahareque de los ámbitos urbano y

rural, en particular con espacios con las características del patio y del corredor, lo que terminó por conferirles su naturaleza íntima y vital; igualmente, la profunda relación que establecían sus moradores con estos espacios hizo posible su aproximación sensible con ciertos fenómenos a partir del disfrute y la contemplación de aspectos inherentes a su propia materialidad, de otros componentes antrópicos y de origen natural presentes en los emplazamientos de las fincas y de las casas urbanas, lo mismo que de los rasgos que configuran las fisonomías de sus entornos, como es el caso de los paisajes con sus diferentes visiones próxima, mediana y lejana (Gómez, 2010), además de sus percepciones y miradas.

Adicionalmente, se debe considerar cómo hechos aparentemente negativos terminaron favoreciendo el desarrollo de la arquitectura de bahareque: la incomunicación de este segmento del territorio colombiano con el resto del país y por consiguiente con el mundo, y la falta de recursos económicos para acceder a otras tecnologías y modelos de vivienda, hicieron que maestros y alarifes con su creatividad e ingenio descubrieran en el empleo de una serie de materiales extraídos del medio, la manera de concretar una idea de arquitectura y la solución a la realidad constructiva de estas particulares edificaciones.

De esta manera, desde las primeras casas de vara en tierra que reciben la denominación de bahareque fundacional (Muñoz, 2012) construidas a comienzos del siglo XIX, pasando por los diferentes estadios de desarrollo del bahareque desde su momento culmen de evolución en las décadas de 1920 y 1930 y hasta las décadas previas a 1960, cuando cesa su producción masiva paralela al proceso de poblamiento de la región —esta forma particular de hacer arquitectura se fue desarrollando de modo exclusivo en todos los puntos de nuestra geografía, acaparando la manera de resolver los requerimientos habitacionales de sus pobladores y aportando un elemento genuino y potente a la modelación de los paisajes existentes en los ámbitos rurales y urbanos de la región—.

Sin embargo, la segunda mitad del siglo XX y lo que va corrido del XXI, quedarían marcados por la paulatina introducción de ciertas ideas de progreso y fenómenos de tipo social y económico, que empezaron a socavar las tradiciones y a transformar los imaginarios de la cultura cafetera, situación de la que la arquitectura de bahareque –que por más de un siglo había caracterizado los paisajes de la región–, tampoco resultó bien librada.

Desde la segunda mitad del siglo XX se da inicio a procesos de migración hacia los centros urbanos motivados por la violencia de los conflictos políticos o por la búsqueda de mejores horizontes, en particular hacía las ciudades de Armenia, Manizales y Pereira, capitales de los departamentos a los que pertenecen las zonas principal y de amortiguamiento del PCC –cabe anotar que el PCC también comprende parte del territorio del departamento del Valle del Cauca, pero Cali, su capital, por la ubicación geográfica, no se encuentra tan vinculada culturalmente como las otras capitales mencionadas–.

En medio de este fenómeno migratorio el bahareque continuaría cumpliendo el mismo papel de los primeros tiempos de su proceso evolutivo, permitiendo levantar viviendas muy elementales construidas en guadua que tomaban del lugar donde llegaban y similares a las del bahareque fundacional, las cuales suplían las necesidades básicas de habitación de muchos de los grupos humanos que invadían lotes en las periferias urbanas, y cuyas condiciones distaban radicalmente de las calidades que alcanzó la arquitectura regional de bahareque, durante su momento de esplendor en las décadas iniciales del siglo XX; cabe agregar que las condiciones de estas casas no obstante su precariedad, son muy superiores a las que se erigen en otros procesos de invasión en otras ciudades del país y de Latinoamérica.

La situación planteada anteriormente asoció paradójicamente la arquitectura de bahareque con la pobreza y la marginalidad urbana, lo que ha

generado prejuicio y rechazo entre las diferentes capas de la sociedad que por alguna circunstancia han tenido o tienen que ver con una casa de bahareque, esto como consecuencia de la imagen de la que aún no se puede librar y que se convierte en antítesis de lo que dicha arquitectura significó para la sociedad y la historia de la región.

Otro aspecto fundamental que ha incidido en la desaparición de la arquitectura de bahareque y en la degradación de los paisajes rurales y urbanos del PCC, fue la llegada en la década de 1980 de capitales de dudosa procedencia que empezaron a forzar la entrada de arquitecturas sin ningún tipo de contenido y ajenas a las condiciones del lugar. En consecuencia, se construyen en las fincas edificaciones marcadas por un gran eclecticismo, que afectan sensiblemente a la composición y armonía de los paisajes rurales y que en el caso de ocasionar la demolición de una casa de bahareque, no compensan en lo más mínimo la pérdida de su preexistente.

Por su parte, en los sectores históricos de los poblados tiene lugar la desaparición de arquitectura tradicional, dando paso en muchos casos a la construcción de edificios en altura que rompen con la escala y la homogeneidad de los conjuntos arquitectónicos de uno y dos pisos, imponiendo de manera absurda en centros urbanos incluso con tasas de crecimiento poblacional negativas, densidades de construcción como las presentes en las grandes ciudades.

Coincide con los fenómenos a los que se hace referencia la tarea que a finales de la década de 1980 emprende de manera pionera el arquitecto quindiano Néstor Tobón Botero, exaltando los valores de la arquitectura regional de bahareque, trabajo que hasta la primera mitad de la década de 1990 convoca la atención de otros investigadores como Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, de Carlos Niño Murcia, Silvia Arango y de críticos de la región

como Jorge Enrique Robledo Castillo, Beatriz García Moreno, Adriana Gómez Alzate, Felipe César Londoño López y Hernán Giraldo Mejía, entre otros académicos –todos estos trabajos se registran en el estado de la cuestión–, quienes indagan sobre el fenómeno de la arquitectura de bahareque, profundizando en el estudio de sus aspectos históricos, sociales, tecnológicos y estéticos, y constituyendo un gran aporte al momento de entrar a comprender su realidad.

El trabajo de los mencionados arquitectos contribuyó en este primer momento –el segundo momento lo constituyen los trabajos realizados en la primera década del siglo XXI en el contexto del proceso de inscripción del PCC en la Lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO–, a difundir los valores de la arquitectura de bahareque en el medio académico y profesional, así como a concientizar a la sociedad en general sobre la necesidad de valorarla y conservarla, al constituir uno de los legados más significativos de un periodo de gran importancia, no solo para la región sino para la vida económica de la nación, como lo fue el surgimiento y consolidación de la cultura del café.

Además de lo observado, otros hechos han influido de manera evidente en la pérdida o degradación progresiva del legado cultural implícito en la arquitectura regional de bahareque, que han incidido de manera contundente y directa en la transformación, y en muchas ocasiones en la degradación de los paisajes urbanos y rurales del PCC.

En este orden de ideas, la participación de arquitectos y de profesionales de áreas afines que han propiciado la sistemática destrucción de gran parte del legado edilicio construido en bahareque, tanto por la pérdida que significa la sustitución de los inmuebles tradicionales por nuevos cuyas cualidades en ningún momento se pueden equiparar con las de sus antecesores, como por la afectación producida a las calidades paisajísticas de los sectores patrimoniales de las

poblaciones, consistentes básicamente en la pérdida de la continuidad de los paramentos –tanto en lo correspondiente a las alturas como en la alineación de los planos de fachada–, como de su escala –relación sección vial altura del perfil–, como resultado de no efectuar una lectura rigurosa y sensible de las características morfológicas de los entornos urbanos donde se producen sus intervenciones.

En el campo no deja de suceder algo similar, al suplantarse las casas de bahareque con nuevas edificaciones que violentan los lugares donde se emplazan, debido a la falta de sensibilidad al momento de interpretar sus condiciones, a sus pesadas y rebuscadas formas, al igual que a sus fríos y ajenos materiales; con sus intervenciones estos arquitectos han alterado el equilibrio y el mimetismo logrados por las casas de bahareque dentro los paisajes rurales, producto de su ubicación en los emplazamientos más privilegiados, de haber desarrollado formas cuya configuración y posición estaban pensadas para el encuentro con el sitio, para el dominio del entorno, al igual que para el disfrute de las mejores visuales.

También debe reconocerse la participación de los propietarios apoyados por maestros de obra, con intervenciones en las que incorporan sistemas constructivos y materiales ajenos a la realidad constructiva de las edificaciones de bahareque, así como en las que adicionan espacios sobre el patio y el corredor causando grandes afectaciones a la forma y a la espacialidad de los inmuebles, al tiempo que graves efectos sobre su autenticidad e integridad. Las adiciones sobre estos espacios son recurrentes en las casas urbanas, dejando en muchos casos reducido su valor patrimonial a la fachada, mientras que en las casas rurales estas se efectúan sobre el corredor perimetral.

Influye a su vez notablemente en la desaparición de la arquitectura de bahareque y de los valiosos conjuntos que esta constituye en los centros

históricos de interés patrimonial, la planificación y la normativa urbana, la cual durante décadas se ha concebido emulando de manera absurda los modelos de planeamiento diseñados para las grandes ciudades, donde las condiciones y necesidades son muy diferentes a las de las poblaciones que forman parte de las zonas principal y de amortiguamiento del PCC.

Retiros viales en sectores urbanos donde no se requiere infraestructura vial de gran envergadura, alturas sin restricción y aumento de densidad, son una muestra de la desarticulación del planeamiento urbano con el deber de conservar legados patrimoniales como el que comprende el atributo de excepcionalidad referido a la “Arquitectura Regional de Bahareque”. De igual modo, la carencia de inventarios de patrimonio y sobre todo de su adopción legal dentro del ámbito de la planificación municipal, la ausencia de Planes Especiales de Manejo y Protección, PEMP, para sectores urbanos y para inmuebles individuales que regulen el manejo de este haber patrimonial, y no poder comprobar los efectos del reciente trabajo llevado a cabo por los Ministerios de Cultura y de Vivienda, Ciudad y Territorio con las secretarías de planeación de los municipios, acerca de las directrices consignadas en la “Guía para la Incorporación del Paisaje Cultural Cafetero en la revisión y ajuste de los Planes Básicos y Esquemas de Ordenamiento Territorial” (Ministerio de Cultura, 2014), mantienen en ciernes el destino del todavía cuantioso patrimonio inmueble presente en las áreas urbanas del PCC.

Además, la falta de planeación y de normativa para las áreas rurales, la inexistencia de inventarios y la casi total ausencia de gestión alrededor del considerable patrimonio construido en bahareque que aún persiste en dichas áreas, deja en evidencia un vacío enorme dentro del ordenamiento del territorio del PCC, que pone en riesgo la conservación del atributo concerniente a la arquitectura regional de bahareque.

Finalmente, es importante recalcar el efecto negativo que han generado otras dos situaciones sobre la sostenibilidad de la arquitectura regional de bahareque en los ámbitos urbano y rural del PCC: la primera, relativa al desconocimiento por parte de muchos de los habitantes de nuestra región, de su trascendencia como hecho histórico con un fuerte impacto en el desarrollo del territorio y de nuestra sociedad, lo mismo que de su aporte como uno de los factores a partir de los cuales se forjó la identidad regional. Se suma la insensibilidad y desinterés producidos en la ciudadanía en general frente a asuntos como la conservación del patrimonio, debido a la introducción de referentes foráneos y a la adopción de modelos de vida ajenos, que paulatinamente se han ido superponiendo sobre la realidad que modeló con gran esfuerzo la cultura del café, poniendo en riesgo la posibilidad de que esta se continúe labrando a partir de los aprendizajes y experiencias del pasado, contenidos en expresiones culturales, como en este caso en particular lo ha sido la arquitectura construida en bahareque.

La segunda situación a la que se alude tiene que ver con la pérdida del saber ancestral relativo a las técnicas y procedimientos requeridos para el desarrollo del sistema constructivo del bahareque, la cual se puede atribuir principalmente a la falta de relevo generacional de los maestros y de otro tipo de personal que interviene en los procesos concernientes a su construcción, lo que ha incidido en la recurrente falta de mantenimiento y en la intervención inadecuada de este valioso patrimonio inmueble, incluso en casos en que de manera bien intencionada, al intentar detener su deterioro, se incorporan materiales y técnicas ajenas que vulneran su autenticidad.

No obstante la progresiva degradación o destrucción a la que ha sido sometida la arquitectura regional de bahareque, esta aún persiste componiendo la sinfonía de los paisajes del PCC, lo que demuestra el grado de predominio que llegó a tener hasta principios de la segunda mitad del siglo XX, cuando todo lo

concerniente al cobijo humano en este territorio se resolvía con edificaciones de patio y corredor construidas en bahareque.

Así, el hecho de que todavía se encuentre una gran cantidad de casas de bahareque en pleno uso, con antigüedades que pueden oscilar entre los setenta y cien años, y en algunos casos mayores al siglo en medio de los campos y centros urbanos del PCC, le da todo el sentido a las tareas que se puedan emprender alrededor del estudio, difusión, gestión y conservación de una arquitectura en sumo grado auténtica, en la que confluyeron patrones y expresiones culturales que incluso trascendieron desde tiempos y geografías distantes, inspirando los sitios donde los habitantes de este territorio desarrollaron sus vivencias, entre ellos el patio y el corredor como lugares centrales de la experiencia humana en los paisajes cafeteros.

En consecuencia, esta investigación está dedicada a resaltar aspectos inéditos o que no han sido tratados con el suficiente detenimiento en otros estudios efectuados sobre la arquitectura regional de bahareque, como son los relativos a su forma y a su funcionalidad desde la perspectiva que permite el análisis del patio y del corredor, con las implicaciones que ha tenido su incorporación y desarrollo dentro del esquema arquitectónico; también se busca hacer una exploración sobre el papel estructural en las dinámicas espaciales y sobre la experiencia humana en estas edificaciones con relación a los usos, con su apropiación, con las actividades existentes en sus entornos productivos y con los paisajes presentes en el medio circundante, intentando simultáneamente mostrar y subrayar este legado arquitectónico para su puesta en valor y gestión futura.

Igualmente, se pretende sirva de base para investigaciones que entiendan y retomen los valores de la arquitectura regional de bahareque identificados, en pro de generar aportes a la solución del problema de la vivienda en la región y de

producir una nueva realidad basada en sus enseñanzas. Y en el caso más dramático de su pérdida definitiva, efectuar un registro que deje para la historia un testimonio del fenómeno arquitectónico que –entre otros hechos de suma importancia– se produjo al amparo de la cultura del café.

- **LA ARQUITECTURA REGIONAL DE BAHAREQUE EN EL PAISAJE CULTURAL CAFETERO: SU VALORACIÓN Y CONSERVACIÓN. ESTADO DE LA CUESTIÓN**

El estudio, valoración y conservación de la arquitectura regional de bahareque, definida hoy como uno de los atributos¹ que soportan la excepcionalidad del Paisaje Cultural Cafetero (PCC) como ámbito cultural de carácter mundial, son asuntos recientes que se viene abordando desde la década de 1980. En esa misma línea, pensar este importante haber cultural como un elemento indispensable en la construcción histórica, económica y social de este territorio y de los paisajes presentes en el mismo, resulta un hecho más próximo que se puede enmarcar dentro de las reflexiones de carácter interdisciplinario y en las investigaciones que estuvieron enmarcadas dentro del proceso de Inscripción del PCC en la Lista del Patrimonio Mundial desde el año 2005² hasta Junio 25 de 2011, cuando se obtiene este reconocimiento por parte de la UNESCO, y en

¹ Se definen como atributos las expresiones materiales de los valores que definen la cultura cafetera. Estos atributos, 15 en total permitieron mediante su mapeo la delimitación de la Zona Principal y Buffer del Paisaje Cultural Cafetero.

² Cabe precisar que la gestión y el proceso de investigación para lograr la Inscripción del Paisaje Cultural Cafetero en la Lista de Patrimonio Mundial, se llevó a cabo desde finales del año 2001 hasta Junio de 2011, teniendo que enviar previamente tres expedientes a la UNESCO para ser evaluados por el Comité de Patrimonio Mundial: el primero en el año 2002, el segundo en el año 2005 y el tercero en 2010. Debe resaltarse el papel del II Seminario Taller Internacional Cátedra UNESCO de marzo de 2004, “Elaboración y gestión de Planes de Manejo para paisajes culturales. Estudio de caso Paisaje Cultural Cafetero”, en el cual se logra cohesionar un proceso de gestión, reflexión e investigación liderado por las universidades de la región, que alimenta el expediente del año 2010 y que se proyecta hasta la actualidad con el “Observatorio para la Sostenibilidad del Patrimonio en Paisajes, OPP”.

aquellas que de manera posterior a esta fecha se han venido adelantando para garantizar la sostenibilidad del bien cultural en el marco de su Plan de Manejo.

- La historia y la arquitectura regional de bahareque

En lo historiográfico es fundamental remitirse a algunos autores que han trabajado el fenómeno de migración que se inicia a finales del siglo XVIII y que se acentúa en el siglo XIX, desde diferentes lugares del país hacia el área centro occidental de Colombia, en particular desde los estados de Antioquia y Cauca, y para cuya denominación la gran mayoría de historiadores han adoptado el término “Colonización Antioqueña”. Igualmente, la producción bibliográfica de algunos investigadores especializados en los temas del café, como actividad productiva que impulsó el mencionado proceso de poblamiento y a la que se debe en gran parte el desarrollo de los rasgos que caracterizan dicho proceso de antropización, entre ellos las estructuras urbanas de damero en ladera y la arquitectura regional de bahareque.

Sin embargo, es importante resaltar cómo los autores a los que se hace alusión, no explicitan su reflexión sobre la arquitectura de bahareque y las estructuras urbanas que se dieron en estos confines del territorio nacional durante el siglo XIX y parte del XX, asunto que como es lógico corresponde a los críticos, historiadores e investigadores de las disciplinas de la arquitectura y el urbanismo.

Así, la arquitectura aparece como un elemento de contexto en torno al cual se generan relatos y reflexiones, mientras que las poblaciones se observan no desde la perspectiva del estudio urbano, sino entendiéndolas como escenarios de intercambio y de vivencia humana productoras de símbolos y de una iconografía singular, además como centros de intercambio y de intermediación con un territorio vasto sobre el que era imperativo ejercer relaciones de dominio.

De ahí que la utilidad de esta bibliografía de corte histórico y dedicada al análisis de los temas de la caficultura, se concrete dentro del desarrollo del presente trabajo de investigación en elementos de contexto que facilitan la comprensión del fenómeno de la arquitectura regional de bahareque desde una perspectiva amplia, resultado de las dinámicas que modelaron la fisonomía del territorio del centro occidente colombiano y específicamente el ámbito del PCC; adicionalmente, este enfoque permite enriquecer las miradas que sobre dicho fenómeno puedan establecer quienes se encuentren construyendo un conocimiento integrador y especializado del mismo.

Debe citarse entonces una serie de geógrafos e historiadores que elaboran una visión sobre el proceso de colonización tardía que se vive en esta parte del territorio colombiano, y que a la vez identifican unas singularidades a partir de la observación de la geografía, del clima, de las rutas de penetración y de las formas de contacto que se dieron con los pueblos nativos a través de sus vestigios o de manera directa, con los que aún permanecían en este espacio geográfico.

Igualmente, elaboran un panorama sobre el asentamiento de los primeros colonos, sobre los aspectos que influyeron en la fundación y consolidación física, social y económica de los poblados, sobre las diversas formas de explotación y las relaciones productivas y comerciales que se tejieron como producto de la interacción con el medio y sus recursos, así como sobre los conflictos sociales que derivaron por la tenencia de la tierra.

Tenemos en primer lugar al geógrafo de la Universidad de California, James J. Parsons, a quien se debe mencionar de manera especial por su labor precursora con publicaciones que contribuyeron al conocimiento de la realidad histórica colombiana, siendo uno de los casos “*La colonización antioqueña en el Occidente de Colombia*”, publicación editada en 1979 por Carlos Valencia

Editores, al que Sierra (1987) considerada como el primer estudio verdaderamente científico del fenómeno colonizador, a partir del cual se desencadenaron investigaciones posteriores sobre el tema en el país. En ella, el autor estudia la oleada colonizadora que se produjo hacia el centro occidente de la nación, haciendo un valioso aporte, aunque haya sido calificada de manera peyorativa como “romántica” por algunos círculos académicos.

Es fundamental el trabajo del escritor tolimense Eduardo Santa con libros como *“Arrieros y fundadores”*, publicado en el año 1961 por editorial Cosmos, y *“La colonización antioqueña una empresa de caminos”*, por Tercer Mundo Editores en 1997 (Imagen 1), obra en la que el autor en sus magníficas narraciones, resalta diferentes aspectos de esta epopeya, como es el caso de algunos relatos de viaje por los caminos nacionales de la región, con sus peripecias y fascinantes paisajes.

Imagen 1. Portada libro La colonización antioqueña.

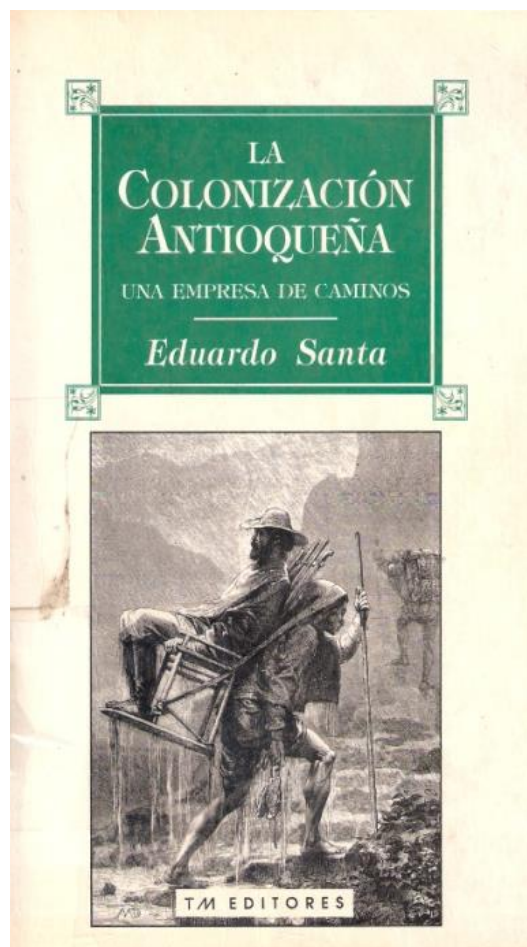


Imagen 1. Portada del libro La Colonización Antioqueña. Una empresa de Caminos, de Eduardo Santa.

Otras contribuciones significativas se encuentran en la *“Nueva historia de Colombia”* de Álvaro Tirado Mejía y otros, editada en 1989 y en el Volumen XX, tomo I, de la *“Historia extensa de Colombia”* del arquitecto Carlos Arbeláez Camacho y el historiador Gabriel Uribe Céspedes, publicada también en 1986. Igualmente, se aporta a la discusión sobre el tema en *“El gran libro de Colombia”* de Guillermo Abadía y Edgar Bustamante publicado en 1981, y desde el Tomo III del *“Manual de historia de Colombia”* con el texto *“La economía en el siglo XX”*, del economista Jesús Antonio Bejarano reeditado en 1994; también en el libro *“Ciudad y territorio: el proceso de poblamiento en Colombia”* del año 1993, escrito por Fabio Zambrano y Olivier Bernard.

En lo correspondiente al tema de la colonización visto desde la óptica de los historiadores regionales, es imprescindible remitirse a trabajos como los del historiador Albeiro Valencia Llano con el libro *“Manizales en la dinámica colonizadora, 1846-1930”*, publicado por el Fondo Editorial de la Universidad de Caldas en 1990, donde presenta la historia de esta ciudad comprendiendo el proceso previo de encuentro de los primeros colonos con un territorio que había estado densamente poblado a la llegada de los españoles por comunidades como los Quimbayas y Carrapas, su fundación y desarrollo urbano aparte en donde alude brevemente a la arquitectura de bahareque, en particular del estilo temblorero y su resistencia a terremotos como el del año 1885, para finalmente estudiar la relación de esta urbe con las guerras civiles, con las vías de comunicación en el siglo XIX y el desarrollo comercial. También de este mismo autor tenemos *“Colonización, fundaciones y conflictos agrarios”* del año 2001, de la editorial Tizan, y la edición por fascículos del diario La Patria en 2005, denominada *“Caldas: cien años de historia y cultura”*, que escribiera bajo la dirección general del arquitecto Juan Manuel Sarmiento Nova.

Debe considerarse a este tenor la recopilación de ponencias editada por FICDUCAL –Fundación que tenía como objeto impulsar la investigación en las universidades de Manizales– con el apoyo de la Gobernación de Caldas, dentro de su colección Biblioteca de Escritores Caldenses, denominada *“La colonización antioqueña”*. Esta publicación surge como resultado del seminario sobre la colonización antioqueña que organiza el Fondo Cultural Cafetero entre el 5 y el 7 de noviembre de 1987 y en el que se dan cita James J. Parsons, Jaime Jaramillo Uribe, Otto Morales Benítez, Albeiro Valencia Llano, Jorge Emilio Sierra Montoya, Roberto Luis Jaramillo, Luisa Fernanda Giraldo y Víctor Álvarez, con la finalidad de mostrar los resultados de sus investigaciones sobre este proceso de poblamiento y señalar caminos futuros a quienes se encontraban interesados en el tema.

También en el escenario regional se reconocen publicaciones como *“Historia de Pereira”* del año 1963, donde se conjugan las perspectivas de autores como el antropólogo Luis Duque Gómez con el capítulo denominado *“Los Quimbayas”*, y de los historiadores Juan Friede con *“Historia de la ciudad de Cartago”* y Jaime Jaramillo Uribe con *“Historia de Pereira 1863-1963”*; igualmente, *“Historia de Antioquia”*, que tuvo como editor a Otto Morales Benítez y a Roberto Luis Jaramillo con el capítulo *“La colonización antioqueña”*, divulgado en 1986.

Es fundamental en Pereira, la obra de historiadores como Hugo Ángel Jaramillo con *“Pereira: proceso de un grupo étnico colombiano”* de 1983 y de Víctor Zuluaga Gómez con los libros *“Crónicas de la antigua Pereira”* publicado en 1998, *“La nueva historia de Pereira: fundación”* del año 2004 y de *“Historia extensa de Pereira”*, libro digital editado a comienzos del año 2014 por la Universidad Tecnológica de Pereira (Imagen 2), donde una serie de hechos como la fundación de Cartago antigua, el poblamiento indígena en tiempos de este primer asentamiento y procesos subsiguientes como la explotación de la sal, la esclavitud y los palenques, y los pueblos de indios se enganchan con la historia de la ciudad actual, en la que en sus apartados iniciales encontramos una pertinente referencia a la arquitectura de bahareque y su fundamental aporte al proceso de asentamiento de los colonos y a la conformación de la fisonomía de Pereira en sus primeros años.

Imagen 2. Portada libro Historia extensa de Pereira.

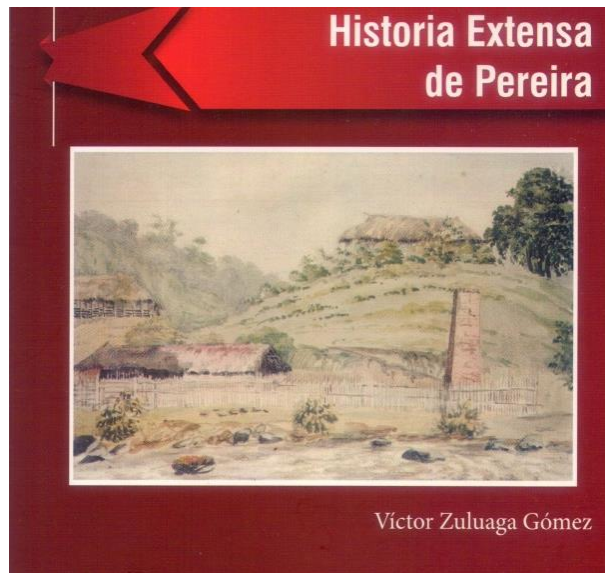


Imagen 2. Portada del libro digital Historia Extensa de Pereira, de Víctor Zuluaga Gómez.

Necesaria también para comprender los hechos urbanos y arquitectónicos en el contexto de la economía cafetera que se desarrolló durante los siglos XIX y XX, es la exploración de la obra de algunos autores especializados en este tema, donde se puede visualizar el papel de la arquitectura de bahareque presente en los núcleos construidos de las fincas, al igual que la función de algunas edificaciones urbanas dedicadas al apoyo de las actividades de la caficultura, como las trilladoras.

Son estos Luis Eduardo Nieto Arteta con *"El café en la sociedad colombiana"*, en Breviarios de Orientación Colombiana editado por Villegas en 1958; Mariano Arango con sus dos volúmenes *"Café e industria 1850-1930"* y *"El café en Colombia 1930-1958"*, publicados por Carlos Valencia Editores en el año 1977 y 1982, respectivamente (Imágenes 3 y 4); Jesús Antonio Bejarano con *"Estudios sobre la historia del café en Colombia"*, Cuadernos de Economía, editado en 1980 por la Universidad Nacional de Colombia; Olga Lucía Escobar y Germán Ferro con *"La cultura del hombre cafetero"*, de la editorial del Banco de La República del año 1985; José Antonio Ocampo con el capítulo *"Los orígenes de la*

industria cafetera, 1830-1929", presente en la *"Nueva historia de Colombia"* del año 1989, publicada por editorial Planeta Colombiana; y José Chalarca en *"Vida y hechos del café"* impreso en 1998 por Común Presencia Editores.

Imágenes 3 y 4. Portadas libros *Café e industria 1850–1930* y *El café en Colombia*.



Imágenes 3 y 4. Portadas de los libros *Café e Industria 1850 – 1930* y *El Café en Colombia*, de Mariano Arango

Abre el siglo XXI Álvaro Tirado Mejía con *"Introducción a la historia económica de Colombia"*, publicado por el Áncora Editores en el año 1998, seguido de Marco Palacios Rozo con el libro *"El café en Colombia, 1850-1970: una historia económica, social y política"*, editado en 2002 por editorial Planeta; también se observa el trabajo de Renzo Ramírez Bacca con *"Formación y transformación de la cultura laboral cafetera en el siglo XX"*, divulgado en Medellín en el año 2004 por La Carreta Histórica.

Imagen 5. Portada libro Formación y transformación de la cultura laboral cafetera en el siglo XX.

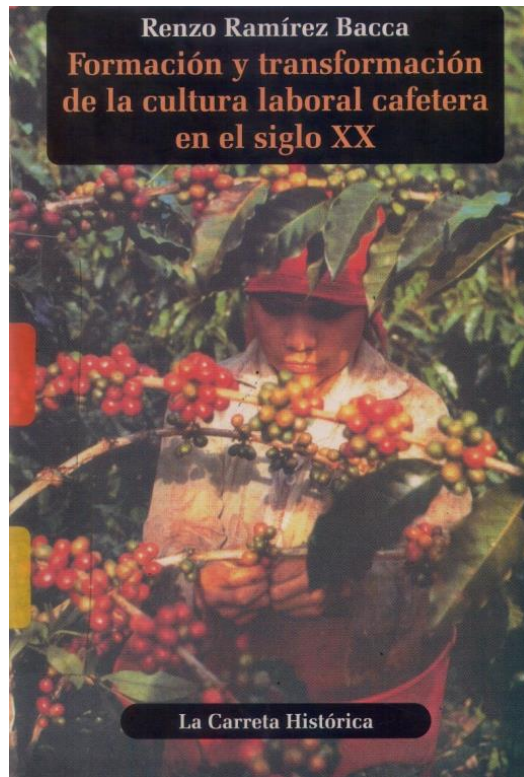


Imagen 5. Portada del libro Formación y Transformación de la Cultura Laboral Cafetera en el Siglo XX, de Renzo Ramírez Bacca.

Finalmente, se registra la exquisita publicación de Jimena Montaña y Jaime Vallecilla denominada *“Biografía del café”*, editada por La Otra Editorial Ltda. en el año 2009 (Imagen 6), en donde los autores elaboran un ameno relato sobre la botánica del café, su origen, su difusión por Oriente, Asia y América, así como sobre la introducción de la caficultura al país; del mismo modo, analizan el papel que jugó la denominada Colonización Antioqueña en su afianzamiento en la región centro occidental de Colombia, desarrollando una discusión sobre los efectos del café en el desarrollo del transporte en el país, la institucionalidad cafetera, los procesos que intervienen hasta el consumo final de la bebida, los cafés especiales y sobre su comercialización, para en el aparte final denominado *La cultura del café*, detenerse a observar la arquitectura que se produce en el contexto de esta actividad productiva.

Imagen 6. Portada libro Biografía del café.



Imagen 6. Portada del libro Biografía del Café, de Jimena Montaña y Jaime Vallecilla.

Es importante resaltar cómo en el capítulo *La Cultura del Café*, Montaña y Vallecilla dedican página y media al asunto de la arquitectura regional de bahareque a la que denominan “Arquitectura del Eje Cafetero”, para lo cual utilizan un evocador lenguaje trayendo escenas conocidas sobre las casas de bahareque y reflexiones sobre su encuentro con el paisaje cafetero; igualmente soportan sus ideas basados en planteamientos del arquitecto Néstor Tobón Botero extraídos de su obra *Arquitectura de la Colonización Antioqueña*.

En el libro se alude directamente a la arquitectura de bahareque y su relación con los paisajes cafeteros; su brevedad reafirma lo que se plantea al comienzo de este aparte, referente a la manera tangencial como abordan los teóricos e historiadores de la caficultura lo concerniente a la arquitectura y el urbanismo que se dieron en este territorio, generando más bien elementos de contexto útiles para la comprensión del fenómeno.

La arquitectura regional de bahareque, la investigación y las publicaciones en el ámbito nacional

En el contexto nacional es importante referirse a un grupo de arquitectos y urbanistas que desde la década de 1980 vieron en la arquitectura regional de bahareque y en los rasgos y particularidades que esta desarrolló en los contextos urbano y rural, un fenómeno edilicio y de poblamiento sobre el que era importante detenerse y enfocar sus estudios; también se debe señalar cómo los trabajos que derivan de este momento hacen que el tema tome vigencia en los círculos académicos colombianos, que se ponga por primera vez en relieve para la sociedad en general, y que se gesten en el territorio del hoy PCC, iniciativas tendientes al registro, valoración y conservación del valioso patrimonio cultural.

En consecuencia, se impulsa la realización de inventarios urbanos de patrimonio arquitectónico, el diseño de legislación y normativas orientadas a su protección, al igual que el desarrollo de intervenciones con las que se logra la recuperación de algunos edificios a cargo del sector público y de viviendas por parte de particulares, todos ellos representativos de la arquitectura de bahareque.

Los estudios que producen las publicaciones que se referencian a continuación, abordan por primera vez una discusión sobre los diferentes aspectos que involucran la realidad de la arquitectura regional de bahareque, tanto los relativos a la génesis de esta cultura regional, como los concernientes a la forma de las edificaciones y la morfología urbana resultante de su agrupación sobre una topografía de montaña; igualmente, se detienen a observar los hechos concernientes a la configuración espacial y los elementos que modelaron su imagen, fruto de su auténtico y en muchos casos virtuoso desarrollo estético.

Sin embargo, este momento de auge cede a mediados de la década de 1990, dejando el espacio a los investigadores de la región para que contribuyeran

con su parte en las indagaciones sobre el tema, y para que continuaran profundizando en el conocimiento de los diferentes aspectos que este involucra.

Para la presente tesis doctoral, el trabajo realizado por los investigadores que se referencian en el ámbito nacional significa una base teórica y conceptual que ha contribuido en gran manera a la comprensión del fenómeno del bahareque por parte de su autor, colaborando a la vez con la estructuración de un discurso y de una forma de pensamiento que además se ha visto enriquecida durante las últimas dos décadas con los aportes de la propia experiencia en investigaciones sobre el particular.

Se publica en el año de 1975 dentro de una serie de libros significativos para el conocimiento de los procesos que intervinieron en la configuración del territorio nacional, *“El arquitecto y la nacionalidad”*, de Jaime Coronel Arroyo, Leopoldo Combariza Díaz, Gabriel Uribe y otros autores, con la edición de la Sociedad Colombiana de Arquitectos.

En este compendio integrado por cinco partes, se aborda el tema del poblamiento en Colombia desde la llegada de los españoles y su encuentro con los pueblos autóctonos, como un antecedente de los procesos de configuración territorial y de hibridación cultural que han caracterizado nuestra historia, desde la Colonia hasta la contemporaneidad, deteniéndose por primera vez en el análisis del éxodo que desde diversas zonas del país, en particular desde Antioquia, tuvo como destino el área que hoy ocupan los departamentos de Caldas, Risaralda, Quindío y el norte del departamento del Valle del Cauca; los autores estudian los desplazamientos, las fundaciones, destacando la producción edilicia de los colonos, la cual dio origen al legado arquitectónico y urbano que hoy identifica al PCC.

En este orden de ideas, encontramos en la década de 1980 dentro del extenso trabajo de los arquitectos Alberto Saldarriaga Roa y Lorenzo Fonseca Martínez sobre las arquitecturas presentes en la geografía nacional, *“La arquitectura de la vivienda rural en Colombia: Vol. 2 Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda”*, obra que editan en 1984 el CEAM y Ediciones Proa y en la que se da una mirada profunda a los rasgos que caracterizaron desde lo sociocultural y económico una arquitectura campesina, vigente por su eficiente adaptación a los lugares donde se emplaza, por su función como factor aglutinante de los núcleos familiares y por contribuir a la consolidación de unidades productivas de pequeña escala especializadas en la producción de café, producto agrícola que con las divisas generadas por su exportación constituyó uno de los principales pilares de la economía nacional entre las décadas de 1920 a 1990.

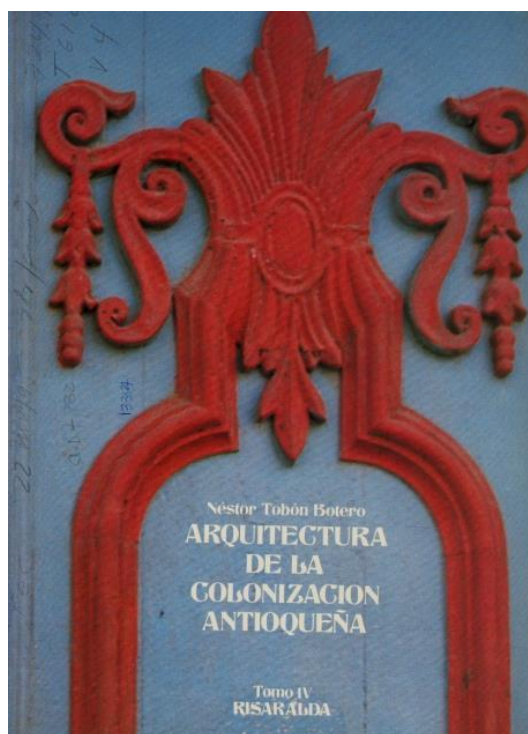
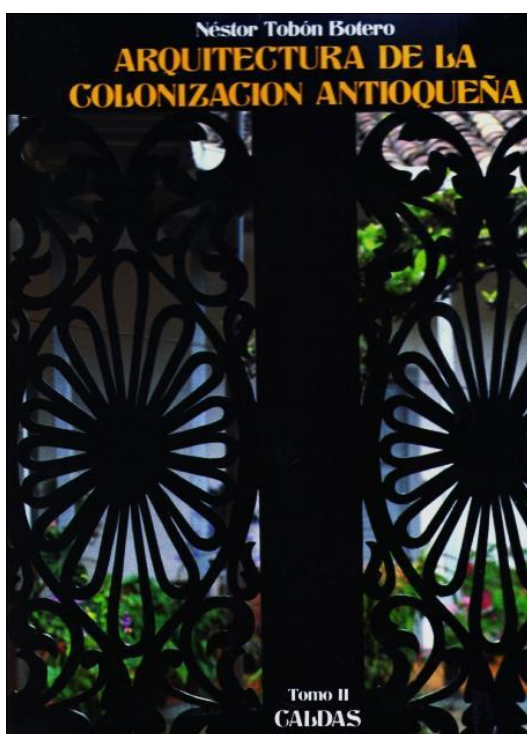
Estos mismos autores, en el año 1984, publican el quinto volumen de los cuadernos PROA³, titulado *“Arquitectura colombiana”*; en el capítulo correspondiente a *“Arquitectura Republicana”* estudian la ciudad de Manizales, en particular las características de su centro histórico republicano construido en bahareque. Y en el libro *“Arquitectura popular en Colombia: herencias y tradiciones”*, publicado en 1992 por Altamir Editores, Saldarriaga y Fonseca estudian la arquitectura de bahareque que se escenifica en el territorio del PCC entre los siglos XIX y XX, entre una serie de arquitecturas populares que se producen en los diferentes periodos históricos y regiones de Colombia.

Se registra además el importante trabajo que realizó de manera pionera el arquitecto y sociólogo Néstor Tobón Botero durante la década de 1980, del que derivó su obra de cinco tomos *“Arquitectura de la colonización antioqueña”*,

³ PROA es la primera revista de arquitectura de corte académico que se edita en Colombia en agosto del año 1946, como resultado de la consolidación que experimenta la disciplina de la Arquitectura con el nacimiento de manera previa de la primera Facultad de Arquitectura en la Universidad Nacional de Colombia, en el año 1936.

publicada por el Fondo Cultural Cafetero, la Universidad Nacional de Colombia y el Banco Central Hipotecario entre los años de 1985 y 1989 (Imágenes 7 y 8), y en la que realizó una interesante exploración por la producción edilicia en bahareque presente en poblaciones de los departamentos de Antioquia, Caldas, Quindío, Risaralda, Tolima y Valle del Cauca.

Imágenes 7 y 8. Portadas de los tomos II y IV del compendio “Arquitectura de la Colonización Antioqueña”.



Imágenes 7 y 8. Portadas de tomos II y IV correspondientes a los departamentos de Caldas y Risaralda del compendio “Arquitectura de la Colonización Antioqueña”, de Néstor Tóbon Botero.

En este trabajo, el arquitecto Tobón Botero hace un recorrido por los centros urbanos que se consolidaron a partir del auge de la economía cafetera, al tiempo que observa los rasgos particulares de la arquitectura de bahareque exaltando sus calidades visuales, su rico repertorio decorativo y sus valores espaciales; igualmente, este abordaje a la realidad construida por el bahareque sirvió de inspiración a muchas iniciativas de investigación, valoración, difusión y en algunos casos de intervención emprendidas por comunidades, universidades,

gremios y entidades de diferentes órdenes, y a las que se debe gran parte de la conservación del legado patrimonial.

Es clave dentro de este panorama la obra del arquitecto Carlos Niño Murcia, quien con sus investigaciones ha hecho un aporte valioso al conocimiento de la arquitectura en nuestro país y particularmente al tema que nos ocupa, con el libro *"Contexto histórico de la Arquitectura en Colombia"*, publicado por la Universidad Nacional de Colombia en 1985. En este texto analiza los diferentes aspectos que intervinieron desde el punto de vista territorial en la migración hacia el territorio del PCC, el tipo de ciudades que se dieron en relación con las características de la geografía de montaña y la arquitectura resultante, con un profundo análisis de sus características.

Como uno de los clásicos de la teoría y la historia de la arquitectura en el país, tenemos la obra escrita de la arquitecta Silvia Arango, titulada *"Historia de la Arquitectura en Colombia"*, que publica el Centro Editorial y la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia en 1989 (Imagen 9). En el capítulo III, numeral 2, *"La Arquitectura de la Colonización"*, la autora se refiere a la investigación del arquitecto Néstor Tobón Botero, reseñada anteriormente, y al trabajo inédito de la Universidad Nacional de Medellín titulado *"La Arquitectura Regional de Antioquia y el Viejo Caldas"*, como antecedentes de las líneas que integran este breve aparte. En él analiza las implicaciones que tuvo el proceso de colonización sobre la estructura territorial de la región, las causas que lo motivaron, así como el aporte que hace para su consolidación la producción de café; plantea igualmente una serie de consideraciones sobre las fundaciones y el tipo particular de ciudades que generó este proceso, además de precisiones sobre las características de la arquitectura de bahareque, entre las que resalta espacios de las características del corredor y del patio como elementos estructurales de su espacialidad.

Imagen 9. Portada libro Historia de la Arquitectura en Colombia.

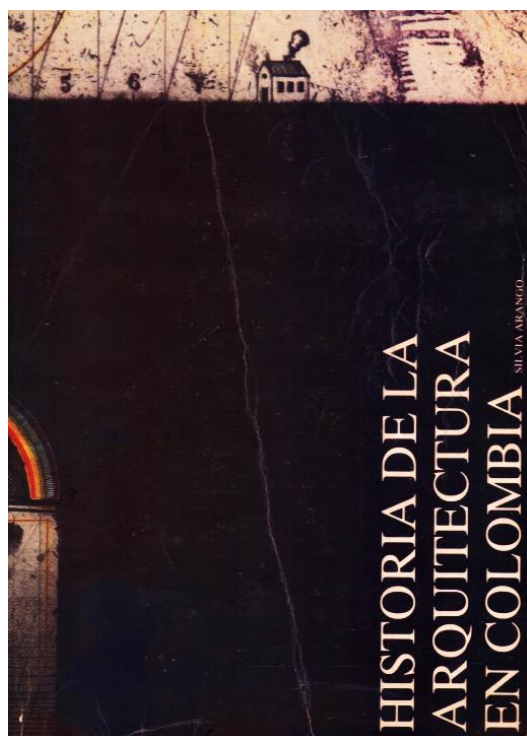


Imagen 9. Portada del libro Historia de la Arquitectura en Colombia, de Silvia Arango.

Por su parte, la arquitecta Beatriz García Moreno, apoyada en la vivencia propia como oriunda de la región, caracteriza la arquitectura de bahareque presente en los ámbitos rural y urbano del municipio de “Sevilla”⁴, ubicado al Norte del departamento Valle del Cauca en zona limítrofe con el departamento del Quindío, y que incorpora al texto *“De la casa patriarcal a la casa nuclear en el municipio de Sevilla”*, publicado en 1995 por el Centro Editorial de la Pontificia Universidad Javeriana, CEJA. En este libro identifica una serie de rasgos de la arquitectura regional de bahareque, tomando como punto de partida los usos y modos de apropiación que han desarrollado sus habitantes en medio de la cotidianidad; analiza la manera particular de dominio que han ejercido sus habitantes con el territorio donde se ubican las fincas cafeteras, resaltando

⁴ Debe aclararse que dentro de la toponimia local, en muchos lugares del país se designaron poblaciones con el nombre de ciudades españolas, siendo el caso de Sevilla, ubicada en el norte del departamento de Valle del Cauca.

algunos aspectos de su relación con el medio productivo y la manera como esta ha influenciado la definición de su imaginario colectivo.

- **La arquitectura regional de bahareque, la investigación y las publicaciones en el ámbito nacional**

En el espacio que comprende la región cafetera del centro occidente de Colombia y por consiguiente el territorio que abarca el PCC, se han realizado significativas investigaciones que inspiradas en los trabajos de los pioneros en el ámbito nacional, continuaron profundizando en el conocimiento de la arquitectura regional de bahareque, constituida en piedra angular del patrimonio que legó el proceso de fundación de ciudades y de desarrollo del suelo rural con fines productivos, ocurrido en este territorio durante el siglo XIX hasta pasada la primera mitad del siglo XX.

Los estudios y publicaciones, la mayoría concernientes a resultados de investigación que se observan a continuación, representan el esfuerzo de investigadores independientes o vinculados con entidades públicas y privadas, en particular con las universidades de la región, por indagar sobre la realidad de la arquitectura regional de bahareque desde la perspectiva de su constitución histórica y a partir del estudio de los factores territoriales, políticos, económicos e ideológicos que incidieron en su desarrollo.

Estos trabajos responden al interés por analizar aspectos que han intervenido en la modelación de la arquitectura regional de bahareque, como son el estudio de su forma con aproximaciones a su composición tipológica y espacial, y en particular a sus características estéticas y visuales, enfatizando en el análisis de su desarrollo tecnológico. Además, se resalta la realización de inventarios de patrimonio arquitectónico –particularmente en las áreas urbanas– que de manera

adicional a su función de registro y valoración, han dirigido esfuerzos hacia la difusión y gestión del valioso y extenso haber cultural presente en este territorio.

Del mismo modo, se hace referencia a investigaciones dirigidas a evaluar la sostenibilidad de la arquitectura de bahareque, con el propósito de garantizar la permanencia e integridad de las edificaciones que aún se conservan, y de impactar el desarrollo de los proyectos arquitectónicos contemporáneos, en particular aquellos dirigidos a solucionar el déficit de vivienda en las áreas rurales y urbanas del PCC.

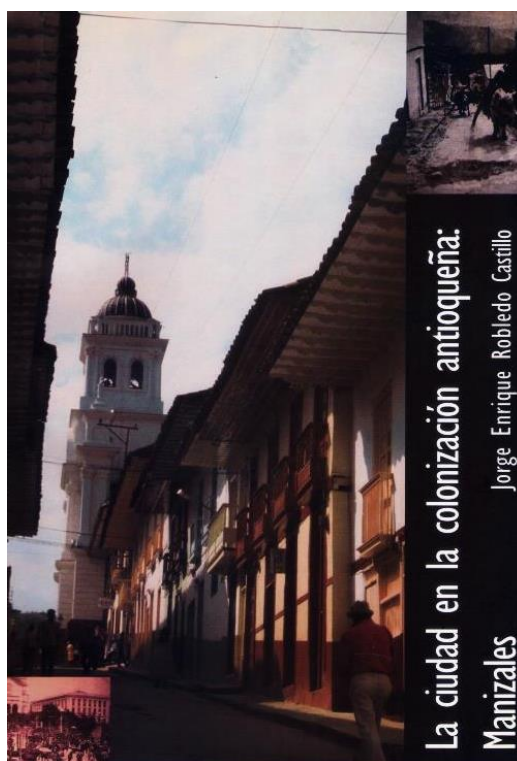
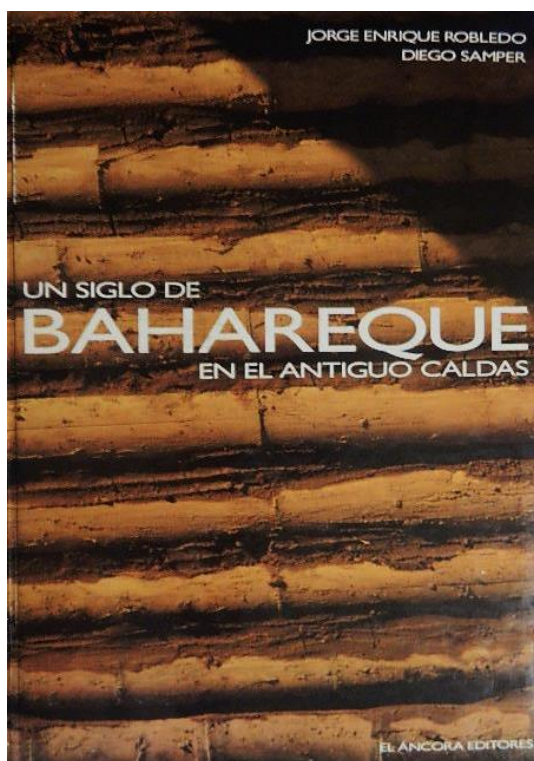
Todo el bagaje teórico y conceptual que proveen estos trabajos, y la experiencia propia con relación a la gestión, la investigación y la intervención de la arquitectura regional de bahareque, se convierten en el sustento de una nueva mirada a algunos tópicos sobre los que han trabajado con anterioridad o colindantes con estos. Asimismo, se plantean como punto de partida para profundizar en el análisis de aspectos de la arquitectura regional de bahareque sobre los que falta desarrollo o que no han sido tratados relativos a su forma, a los espacios y a las relaciones funcionales que se generan entre ellos, y entre estos y los contextos rurales y urbanos donde se emplazan las edificaciones, teniendo como centro de la discusión espacios tutelares de las características del patio y del corredor, en los cuales se ha centrado la experiencia de sus habitantes.

Igualmente, el conocimiento previo se aprovecha para inferir sobre la relación de la arquitectura de bahareque con el paisaje y cómo esta ha contribuido a su configuración, además de indagar sobre el ascendente histórico y transferencia cultural de espacios de naturaleza arquetípica como el patio y el corredor.

Iniciamos en el departamento de Caldas con el arquitecto Jorge Enrique Robledo Castillo, quien desarrolla en la década de 1990 dos valiosos aportes al

conocimiento de la arquitectura y el urbanismo tradicionales del PCC, inscribiendo su reflexión dentro del marco geopolítico que proporcionaba el antiguo departamento de Caldas, creado según la Ley 17 del 11 de abril de 1905, y que estaría integrado hasta su disolución en la segunda mitad de la década de 1960, además del actual departamento de Caldas por los departamentos de Risaralda y Quindío. Los mencionados aportes se condensan en los libros *“Un siglo de bahareque en el Antiguo Caldas”*, publicado en 1993 por el Áncora Editores y en el que también interviene el artista Diego Samper con su magistral trabajo fotográfico; así como *“La ciudad en la colonización antioqueña: Manizales”*, del año 1996 (Imágenes 10 y 11).

Imágenes 10 y 11. Portadas libros *Un siglo de bahareque en el Antiguo Caldas* y *La ciudad en la colonización antioqueña: Manizales*.



Imágenes 10 y 11. Portadas de los libros *Un Siglo de Bahareque en el Antiguo Caldas* y *La Ciudad en la Colonización Antioqueña: Manizales*, de Jorge Enrique Robledo Castillo.

En “*Un siglo de bahareque en el Antiguo Caldas*”, trata magistralmente los antecedentes y el proceso de adaptación que experimentó el bahareque con sus variantes constructivas, como base del desarrollo edilicio⁵ que tuvo como escenario esta región del país; para ello, precisa la naturaleza del bahareque como una tecnología común a otros espacios geográficos, no solo de América sino en el contexto global, concentrándose en sus efectos sobre la concreción de una de la arquitecturas regionales más representativas de Colombia. También analiza la interacción que produce esta arquitectura con el medio y el aprendizaje de sus artífices sobre las cualidades de los materiales del lugar, lo que redundó en el perfeccionamiento de su sistema constructivo. Igualmente, cómo la apertura hacia el mundo y las favorables condiciones económicas que propició el café a comienzos del siglo XX, ocasionan la asimilación de referentes estéticos de época, presentes en las capitales mundiales del momento dentro de su repertorio formal.

Por su parte, en el libro “*La ciudad en la colonización antioqueña: Manizales*”, con el que Robledo Castillo obtiene el premio Carlos Martínez Jiménez en la categoría de Teoría, Historia y Crítica, de la Bienal Colombiana de Arquitectura del año 2000, plantea tres momentos en los que enmarca la historia de esta ciudad, teniendo como trasfondo la discusión sobre el bahareque, su desarrollo y aporte a la configuración de su realidad urbana.

En el primer momento ubicado entre 1846 y 1925 involucra los sucesos que intervinieron sobre la fundación de Manizales, tanto los de índole físico como los económicos, así como el papel de la guadua y del bahareque en la configuración de su fisonomía, hasta su consolidación definitiva por los tiempos de los incendios de mediados de la década de 1920. El segundo momento definido entre 1925 y 1930 enmarca una discusión sobre la ciudad que surge de entre las cenizas, mostrando los diferentes aspectos que intervinieron en su reconstrucción,

⁵ La edilicia se refiere al tipo de edificaciones y ciudades concebidas y desarrolladas sin la participación de personas formadas académicamente, en las disciplinas relacionadas con la arquitectura, la construcción o el urbanismo.

desde la ansias por adoptar las imágenes de la modernidad con una apariencia a la manera de las grandes ciudades occidentales, hasta la persistencia del bahareque, no obstante la sociedad de entonces quisiera borrar su presencia a como diera lugar. Finalmente, el tercer momento se centra en los cambios estructurales que experimentaron la espacialidad y algunos de los elementos formales de la arquitectura tradicional, así como en el auge de la arquitectura republicana como símbolo del cosmopolitismo al cual se aspiraba, acerca de lo que el autor de manera desgarrada y crítica, se refiere en sus conclusiones:

Luego de los incendios, y aún hoy, en Manizales y en el país coexistieron y todavía coexisten dos mundos diferentes. No obstante que los manizaleños pensaron y aún piensan que las conflagraciones los lanzaron al mundo moderno, ello no ocurrió ni ha ocurrido así. La verdad es que, miradas las cosas en serio, Colombia se encuentra aún más lejos de lo que se encontraba en 1930 de los niveles de desarrollo alcanzados por los países industrializados (Robledo, 1996, p.123).

También se registran otras dos publicaciones en las que se determinan e interpretan los aspectos formales y visuales que caracterizan la arquitectura de bahareque presente en el PCC. En la primera, editada en 1994 por la Universidad de Caldas, *“Expresión visual en las ciudades del bahareque”*, escrita por los arquitectos Adriana Gómez Alzate y Felipe César Londoño López (Imagen 12), se exploran las influencias estilísticas que las vanguardias mundiales de finales del siglo XIX y principios del XX generaron sobre el repertorio decorativo de la arquitectura de bahareque, presente en muchos de los cascos urbanos de los municipios que actualmente hacen parte del PCC, así como su fusión con propuestas propias del imaginario y la creatividad local, todo esto en el contexto de respuestas artesanales que se desarrollaron a partir de las técnicas de la talla y de los calados en madera en las puertas, ventanas, puertas ventanas, balcones, cielo rasos y en general, sobre los elementos funcionales decorativos⁶ que configuran la forma de esta arquitectura.

⁶ En el libro Paisaje Cultural Cafetero. Risaralda. Colombia, en el Capítulo I de la Tercera parte, denominado “Estructuras de damero en ladera y arquitectura regional de bahareque en la

Imagen 12. Portada libro Expresión Visual en las Ciudades del Bahareque.

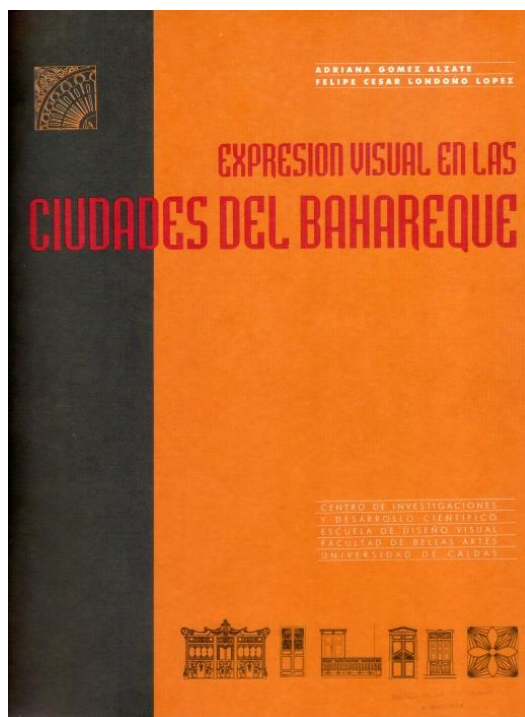


Imagen 12. Portada del libro Expresión Visual en las Ciudades del Bahareque, de Adriana Gómez Alzate y Felipe César Londoño López.

En segundo lugar tenemos el libro publicado por la Editorial de la Universidad de Caldas en 2007, *“Patrones de color: interpretación visual de los valores cromático regionales en Caldas”* (Imagen 13), en que Gómez y Londoño acompañados de otros autores, se introducen en el estudio del color con el propósito de reconocer los valores cromáticos del ambiente y como estos representan la expresión popular de los habitantes de un territorio. Igualmente, se produce una incursión por las múltiples maneras de expresión cromática presentes en las ciudades y la arquitectura, para continuar su exploración por las características visuales y cromáticas que se han dado en la región cafetera, tanto por aquellas que caracterizan en el medio natural, como por las que son producto

construcción de un territorio”, se plantea el término “elementos funcionales decorativos”, refiriéndose a aquellos componentes arquitectónicos de carácter funcional construidos en madera como puertas, ventanas, balcones, entre otros, vitales para el óptimo desempeño de las edificaciones, a los que se les adicionó decoración elaborada con calados y tallas.

de la creación humana, con la finalidad de relacionar, comparar y valorar la percepción y fuerza visual del color en ambos entornos.

En esta medida, encontramos la arquitectura regional de bahareque como una de las expresiones culturales donde el color ha sido utilizado popularmente para acentuar los componentes de su expresión decorativa y para diferenciar a los miembros de nuestro colectivo social.

Imagen 13. Portada libro Patrones de Color. Interpretación visual de los valores cromático regionales en Caldas.

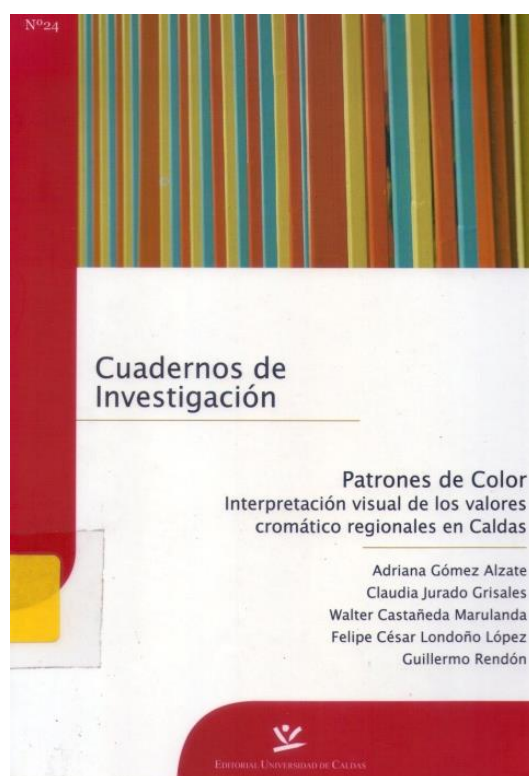


Imagen 13. Portada del libro Patrones de Color. Interpretación Visual de los Valores Cromático Regionales en Caldas, de Adriana Gómez Alzate, Felipe César Londoño López, Claudia Jurado Grisales y otros autores.

Por su parte, en el año 2011 también los arquitectos Adriana Gómez Alzate y Felipe César Londoño López publican el libro *“Paisajes y nuevos territorios (en red). Cartografías e interacciones en entornos visuales y virtuales”*, con el apoyo de la Universidad de Caldas, la coedición de Anthropos Editorial y del

Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanas (ICSH) (Imagen 14), el cual se plantea como la síntesis de tres investigaciones, entre ellas las tesis doctorales de Alzate y López –la tesis de Adriana Gómez Alzate se registra en la parte final de este estado de la cuestión–, y en las que toman como marco de estudio la ciudad de Manizales.

Para su desarrollo, el libro parte de dos tópicos: en el primero “...profundiza en los entornos visuales de la ciudad y en la manera como se valora el paisaje urbano en un contexto cambiante, propio de las dinámicas de movilidad en las ciudades contemporáneas” (Gómez y Londoño, 2011, p. 7), mientras que el segundo tiene que ver con “la transformación de las ciudades a través de las redes virtuales que surgen en lo que hoy se denomina interacciones en la era de la información” (2011, p. 9). También trata de:

... demostrar que el papel de los nuevos territorios está expresado en una síntesis organizada de los espacios físicos (ciudades y paisajes) integrados a infraestructuras de red que incluyen tecnología avanzada de comunicaciones que cada vez están más a la mano de cualquier sociedad (2011, p. 9).

Imagen 14. Portada libro Paisajes y Nuevos Territorios. Cartografías e interacciones en entornos visuales y virtuales.

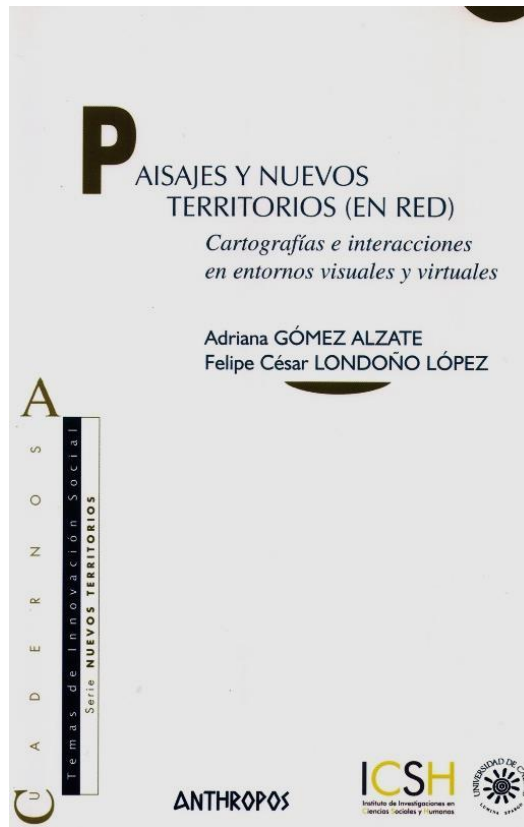


Imagen 14. Portada del libro Paisajes y Nuevos Territorios. Cartografías e Interacciones en Entornos Visuales y Virtuales, de Adriana Gómez Alzate y Felipe César Londoño López.

En el año de 1994, el libro *“Manizales fin de siglo”*, publicado por BPR Publishers, diversos escritores abordan la reflexión sobre los hechos más sobresalientes del fenómeno urbano que constituye esta ciudad, con la dirección editorial de Matilde Santander Mejía y Germán Velásquez Ángel; y *“Arquitectura republicana en Manizales”*, publicado en 1997 por la editorial Nomos S.A., en donde se compila una serie de artículos de varios autores, bajo la dirección editorial de Matilde Santander Mejía y Jorge Eduardo Arango Vélez.

También se destacan las investigaciones del arquitecto Hernán Giraldo Mejía, cuya experiencia en torno a la arquitectura de bahareque y al urbanismo de damero en ladera se plasma en el libro *“Pequeñas poblaciones de la región*

cafetera del centro de Colombia: desarrollo, polos económicos y patrimonio”, publicado por la Universidad Nacional de Colombia sede Manizales, en el año de 2000, gracias al trabajo editorial de Gunter Mertins; en esta obra se efectúa un recorrido por las particularidades de los poblados cafeteros de esta región, observando los efectos que han generado el desarrollo y las dinámicas económicas y sociales presentes en el medio sobre la conservación del haber patrimonial inmueble constituido por la arquitectura de bahareque; se publica el mismo año 2000 el libro *“Manizales/Colombia: crecimiento, diferenciación y características urbano-arquitectónicas de una ciudad andina”*.

En este sentido, en 2003 el arquitecto Hernán Giraldo Mejía culmina la investigación cuyos resultados se publican en el *“Memorial de la arquitectura republicana: Manizales, centro histórico”*, libro que edita la Universidad Nacional de Colombia sede Manizales, y que realiza con el diseño gráfico y los dibujos de Ricardo Castro Ramos, resumiendo un trabajo monumental de indagación histórica y de reconstrucción visual de la arquitectura ubicada en las manzanas céntricas de esta ciudad. La investigación por su parte tenía el siguiente objetivo general:

Colocar al alcance del mayor número de personas, el conocimiento de la formación, evolución y desarrollo del universo republicano en la ciudad andina colombiana. Teniendo como modelo la singularidad del Centro histórico de Manizales Caldas; para contribuir a la política de mantenimiento, conservación y divulgación de este Paisaje Cultural; hoy Decretado Monumento Nacional (Giraldo, 2003, p. 10).

De esta manera, Giraldo Mejía y Castro Ramos, apoyados por un equipo de profesionales, se dedican durante varios años a reconstruir gráficamente edificios tutelares y perfiles urbanos del antiguo centro histórico de Manizales, basados en la información que proporcionan los edificios republicanos construidos en bahareque y de algunos erigidos con la novísima tecnología del concreto reforzado, los cuales aún se conservaban como el edificio Saenz y la Gobernación

de Caldas, respectivamente, además de los que habiendo desaparecido se encontraban registrados en fotografías, postales y dibujos.

Paralelamente, se produciría el soporte histórico y conceptual que en conjunto con lo gráfico, conformaría un compendio de información clave para el entendimiento del fenómeno urbano que tuvo lugar en el centro histórico de esta ciudad, y de su relación con el desarrollo edilicio regional, no obstante en su arquitectura quedara resumida la experiencia de más de un siglo de desarrollo urbano y una fisonomía particular, resultado de las necesidades e imaginarios de sus habitantes.

Asimismo, se debe mencionar el compendio editado por la Universidad del Norte con la coordinación de Adrián Vergara Durán, titulado *“Renovación de centros históricos en grandes ciudades latinoamericanas”*, publicado en 2008, donde el arquitecto Giraldo Mejía, acompañado de un importante número de autores, desarrolla el capítulo *“Contextos y perspectivas de los centros históricos en la Ciudad Región Cafetera de Colombia”*. En este texto se aborda una discusión sobre los diferentes aspectos que afectan los procesos de planificación y gestión de los centros tradicionales de las poblaciones del Eje Cafetero, declarados como bienes de interés cultural en los ámbitos municipal y nacional, haciendo referencia en uno de sus apartes al proceso de investigación llevado a cabo alrededor de la iniciativa de lograr la declaratoria del Paisaje Cultural Cafetero como patrimonio de la humanidad.

Dentro del universo de publicaciones sobre los temas del patrimonio inmueble existente en la región cafetera, es necesario referirse a la revista de Arquitectura “EL CABLE”, del Departamento de Arquitectura y Construcción de la Universidad Nacional de Colombia sede Manizales, particularmente de los números 1, 2, y 3 editados en los años 2003, 2004 y 2005, donde se publican

artículos especializados de diferentes autores sobre el urbanismo, la tecnología del bahareque y las particularidades del patrimonio que caracterizan esta área.

El libro *“Caldas cien años: historia y cultura 1905 - 2005”*, publicado en el año 2006 por la Gobernación de Caldas con autoría del arquitecto Juan Manuel Sarmiento Nova, en el capítulo titulado *“Cien años de arquitecturas caldenses”*, presenta la producción arquitectónica de este departamento que como se anotara con anterioridad, conformó desde 1905 y por poco más de sesenta años, una unidad territorial junto con los departamentos de Quindío y Risaralda, centrando gran parte de su reflexión en el proceso de configuración que experimentó la arquitectura de bahareque, desde su génesis en medio del proceso colonizador acaecido a lo largo del siglo XIX en esta parte del país, y su punto de consolidación máxima en los poblados y ciudades, en particular en la Manizales del primer cuarto del siglo XX.

También se publica como una contribución significativa para la comprensión de este proceso de desarrollo urbano *“La segunda fundación de Manizales”*, editado en el año 2002 por la Universidad Nacional de Colombia sede Manizales y Hoyos Editores, del arquitecto Jorge Enrique Esguerra Leongomez.

Igualmente, en el libro *“Inventario de artesanos, carpinteros y ebanistas de Manizales”*, del año 1988 con autoría del sociólogo Fabio Rincón Cardona, se compilan los resultados de la investigación realizada entre los años de 1986 a 1992, con el apoyo de la Gobernación de Caldas y la Universidad Nacional de Colombia sede Manizales. Este trabajo indaga la realidad, la supervivencia y la trascendencia de oficios que fueron el soporte creativo de la propuesta estética presente en la arquitectura tradicional, en el mobiliario y en otros objetos utilitarios que hacen parte del patrimonio mueble y de la vida cotidiana, no solo de los habitantes de Manizales sino de la región entera.

En los años 2004 y 2005 se lleva a cabo la investigación dirigida a obtener la “Delimitación” del PCC en el departamento de Caldas, tarea que adelanta la Universidad Nacional de Colombia sede Manizales con el equipo dirigido por el arquitecto Álvaro Gutiérrez Arbeláez; se definen las zonas principal y de amortiguamiento de este departamento contribuyendo a la delimitación del PCC en el ámbito regional, que incluye áreas urbanas y rurales de 51 municipios. En cuanto a la arquitectura de bahareque y al urbanismo presente en Caldas, se contaba con investigaciones y publicaciones previas de diferentes arquitectos – varios de esos trabajos hacen parte del presente estado de la cuestión–, las cuales entraron a enriquecer la “Caracterización” del PCC del departamento.

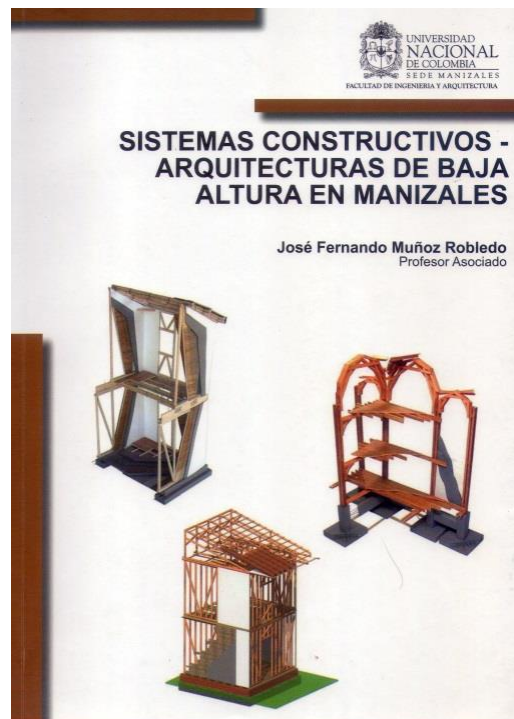
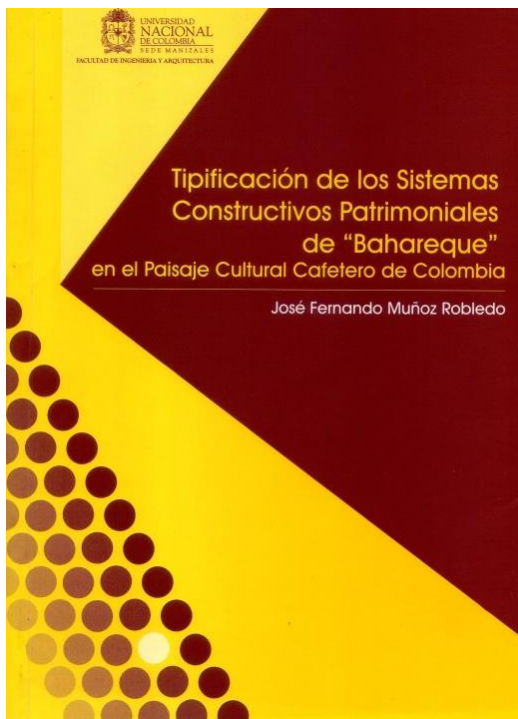
Seguidamente, observamos la investigación realizada por el arquitecto José Fernando Muñoz Robledo, profesor de la Facultad de Ingeniería y Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia sede Manizales, sobre lo que él ha llamado la “Tecnocultura del Bahareque”, y que derivó en la publicación de los libros *“Tipificación de los sistemas patrimoniales de bahareque en el Paisaje Cultural Cafetero”* y *“Sistemas constructivos – arquitecturas de baja altura en Manizales”*, publicados en los años 2010 y 2012 respectivamente, por la mencionada universidad (Imágenes 15 y 16). En este sentido es importante reconocer el trabajo de los estudiantes pertenecientes a sus cursos en la Escuela de Arquitectura y Urbanismo de la mencionada Facultad, por la elaboración de diferente material, entre este las maquetas donde se pueden apreciar los tipos de bahareques con sus detalles constructivos.

En el primer libro *“Tipificación de los sistemas patrimoniales de bahareque en el Paisaje Cultural Cafetero”*, plantea los antecedentes históricos y tecnológicos del bahareque, para proseguir con una taxonomía de los bahareques que clasifica en tradicionales, intervenidos, contemporáneo y el denominado como de invasión. Después desarrolla un despiece de los componentes constructivos que

constituyen el bahareque, desde las fundaciones hasta los techos, profundizando en los materiales que los integran.

En el segundo libro, *“Sistemas constructivos – arquitecturas de baja altura en Manizales”* que resume la investigación del mismo nombre llevada a cabo en el año 2007, retoma en el marco teórico los componentes constructivos del bahareque que plantea en el libro anterior, para adentrarse en el Capítulo 3 *“Caso de Estudio: Sistemas Constructivos de Baja Altura en Manizales”* por una interesante periodización, donde clasifica el desarrollo del bahareque desde los tiempos prehispánicos hasta el tiempo en el que se desarrolla la investigación.

Imágenes 15 y 16. Portadas libros Tipificación de los Sistemas Constructivos Patrimoniales de Bahareque en el Paisaje Cultural Cafetero de Colombia, y Sistemas constructivos – Arquitecturas de baja altura en Manizales.



Imágenes 15 y 16. Portadas de los libros Tipificación de los Sistemas Constructivos Patrimoniales de Bahareque en el Paisaje Cultural Cafetero de Colombia, y Sistemas Constructivos – Arquitecturas de baja altura en Manizales, de José Fernando Muñoz Robledo.

Prosiguiendo con este panorama, encontramos las investigaciones y publicaciones realizadas en el departamento de Risaralda. Entre 1994 y 2003 se realiza el *“Inventario del patrimonio arquitectónico del Risaralda, IPAR”*, en cuatro fases que se distribuyen así: la primera entre 1994-1995, la segunda entre 1996-1997, la tercera entre 1997-1998 y la cuarta en el año 2003.

Esta investigación llevada a cabo por la Sociedad Colombiana de Arquitectos regional Risaralda y la Gobernación de Risaralda, con el respaldo técnico del Ministerio de Cultura y que contó con la dirección del arquitecto Jorge Enrique Osorio Velásquez, estuvo dedicada a valorar y catalogar el haber patrimonial presente en los cascos urbanos de los 14 municipios que integran el departamento, llevando a la definición de los listados de inventario que sirvieron de base para que municipios como Apía, Belén de Umbría y Pereira efectuaran declaratorias y acciones dirigidas a la conservación de su legado edilicio –Apía y Belén de Umbría conforman el grupo de cuatro municipios cuyos cascos urbanos pertenecen a la zona principal del PCC delimitada en el año 2008–.

Del mismo modo, esta investigación se encargó de definir una serie de instrumentos orientados a la gestión y difusión⁷ del gran haber patrimonial en bahareque presente en este departamento (Imagen 17), con el propósito de generar conciencia y empoderamiento sobre el patrimonio arquitectónico inventariado.

⁷ Los instrumentos de gestión y difusión se refieren a la definición de material de registro alternativo a las fichas de inventario, instancias, procedimientos y normativa para el manejo del patrimonio inmueble que hace parte del inventario. En cuanto a difusión, se adelantó una campaña en medios como prensa y radio, así como el diseño de un Manual didáctico de patrimonio, un video y el libro que se reseña en páginas anteriores.

Imagen 17. Portada Manual didáctico Risaralda nuestro patrimonio.

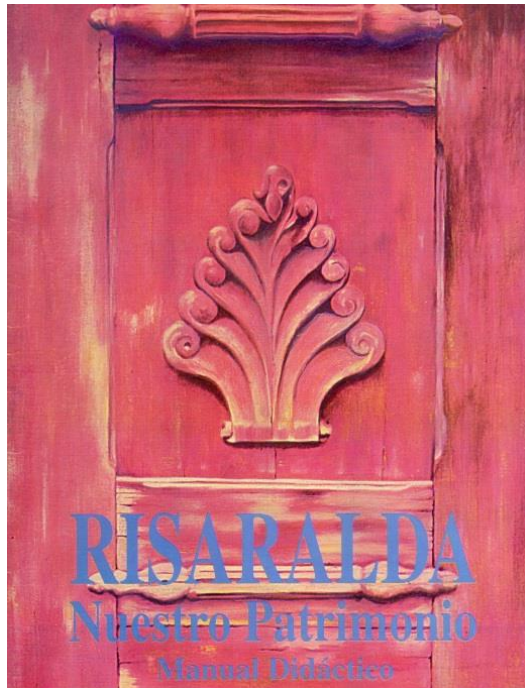


Imagen 17. Portada del Manual Didáctico Risaralda Nuestro Patrimonio, de Clemecia Mejía Trujillo.

Como otro producto del *“Inventario del patrimonio arquitectónico del Risaralda, IPAR”*, se publica en 1998 el libro *“Risaralda Nuestro Patrimonio. Inventario del Patrimonio Arquitectónico del Risaralda I.P.A.R.”* (Imagen 18), con autoría del filósofo Alberto Antonio Verón Ospina y los arquitectos Jorge Enrique Osorio Velásquez y Juan Manuel Sarmiento Nova, producto de investigación que estuvo orientado a difundir y generar conciencia sobre el patrimonio inmueble existente en las áreas urbanas de los catorce municipios del departamento de Risaralda.

En el libro del I.P.A.R. se consigna una muestra de 69 edificaciones representativas del patrimonio existente en el departamento, entre las que se observa una gran relevancia de la arquitectura de bahareque que se localizaba en los cascos urbanos de los municipios diferentes a Pereira, su ciudad capital, y en la cual esta arquitectura había perdido el predominio de otros tiempos, quedando reducida a unos cuantos inmuebles localizados en el centro tradicional.

Imagen 18. Portada libro Risaralda Nuestro Patrimonio. Inventario del Patrimonio Arquitectónico del Risaralda.

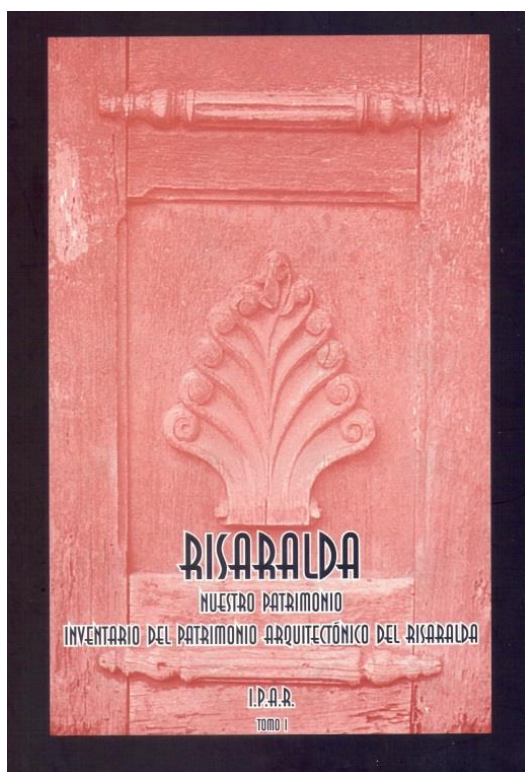


Imagen 18. Portada del libro Risaralda Nuestro Patrimonio. Inventario del Patrimonio Arquitectónico del Risaralda de Alberto A. Verón Ospina, Jorge E. Osorio Velásquez y Juan M. Sarmiento Nova.

En 2006 se lleva a cabo la investigación orientada a revisar el inventario de patrimonio arquitectónico de la ciudad de Pereira, el cual había sido elaborado en el contexto del Inventario del Patrimonio Arquitectónico del Risaralda I.P.A.R. unos años antes, sirviendo de base a la declaratoria que se oficializa en el año 2000 según el Acuerdo 18 emanado por el Concejo Municipal; de esto deriva la obra *“Las huellas del tiempo: una mirada al patrimonio y a la historia de Pereira”*, que editan en el año 2007 la Universidad Católica de Pereira y la Alcaldía de Pereira, escrita por los arquitectos Jorge Alberto Jaramillo Arango, Carlos Eduardo Rincón González y Jorge Enrique Osorio Velásquez, siendo merecedor este trabajo en 2008, de mención de Honor en la categoría de Teoría, Historia y Crítica de la Bienal Colombiana de Arquitectura.

En este proceso de revisión, después de efectuar la valoración y ratificación de los inmuebles que incluyó el inventario de patrimonio en el área urbana del municipio de Pereira en su versión inicial, además de recomendar la inclusión de nuevos edificios, se planteó una periodización con relación a los momentos históricos en que dichos edificios fueron construidos, adoptándose el periodo denominado “Arquitectura Regional de Bahareque”.

Se adelanta también en Risaralda, entre los años 2005 y 2008, la investigación concerniente a la “Delimitación” y “caracterización” del territorio que por este departamento hace parte del PCC, con un equipo de trabajo constituido interinstitucionalmente y liderado por la Universidad Católica de Pereira, con la dirección del arquitecto Jorge Enrique Osorio Velásquez y la participación de grupos de investigación de la mencionada universidad y de la Universidad Tecnológica de Pereira, con el respaldo técnico de la Corporación Autónoma Regional del Risaralda y el Comité Departamental de Cafeteros de Risaralda.

Durante la etapa de Delimitación que se efectúa en el año 2006, se definieron 16 atributos, entre ellos la “Arquitectura Regional de Bahareque” (Patrimonio Arquitectónico) y “Estructuras de Damero en Ladera”, (Patrimonio Urbanístico), en los cuales según el equipo investigador, se concretaban los valores que definían la excepcionalidad e integridad de este paisaje cultural, lo que permite el diseño del modelo geográfico con el que se logró la delimitación de la zona principal y de amortiguamiento.

En la etapa de Caracterización realizada en el año 2007, los investigadores profundizan en el conocimiento de estos atributos elaborando un compendio de actividades concernientes a su saber, entre ellas talleres de

participación social en las veredas⁸ incluidas en la zona principal, caracterización histórica y de la tradición oral del bien cultural, así como inventarios de patrimonio arqueológico, arquitectónico, mueble y natural, lo que enriqueció el expediente que se presentó a la UNESCO en enero de 2010. Para caracterizar lo arquitectónico y lo urbano, además de actualizar los inventarios en los cascos urbanos de las poblaciones de Apía, Belén de Umbría, Marsella y Santuario, se adelantó un inventario por muestreo en las veredas de estos mismos municipios y en las de Balboa, La Celia, Pereira, Santa Rosa de Cabal y Quinchía, también pertenecientes a la zona principal, y que consistió en los levantamientos arquitectónicos, fotográficos y de la información básica para las fichas de inventario de las casas de bahareque de las haciendas, fincas de mediana extensión y los minifundios cafeteros.

También, como producto de esta investigación, se produce a finales del mencionado año 2008 el libro de resultados *“Paisaje Cultural Cafetero. Risaralda. Colombia”*, publicado por la Universidad Católica de Pereira, la Universidad Tecnológica de Pereira y la Corporación Autónoma Regional del Risaralda, con la edición del historiador Álvaro Acevedo Tarazona y del arquitecto Jorge Enrique Osorio Velásquez (Imagen 19), y en cuyos capítulos, organizados en tres partes tituladas *“Los límites espacio-temporales del Paisaje Cultural Cafetero”*, *“La conformación histórica en larga duración del Paisaje Cafetero. Huellas materiales e inmateriales de la cultura”* y *“El patrimonio del café. Hábitat urbano-rural en el departamento de Risaralda”*, se plasma el trabajo realizado por expertos de diferentes disciplinas, alrededor de los tópicos del patrimonio cultural presente en el segmento de territorio correspondiente al PCC en el departamento de Risaralda.

⁸ Las veredas para el caso colombiano corresponden a unidades político administrativas que dan forma a los corregimientos y estos a su vez a los municipios, los cuales conforman los departamentos.

Imagen 19. Portada del libro Paisaje Cultural Cafetero. Risaralda. Colombia.

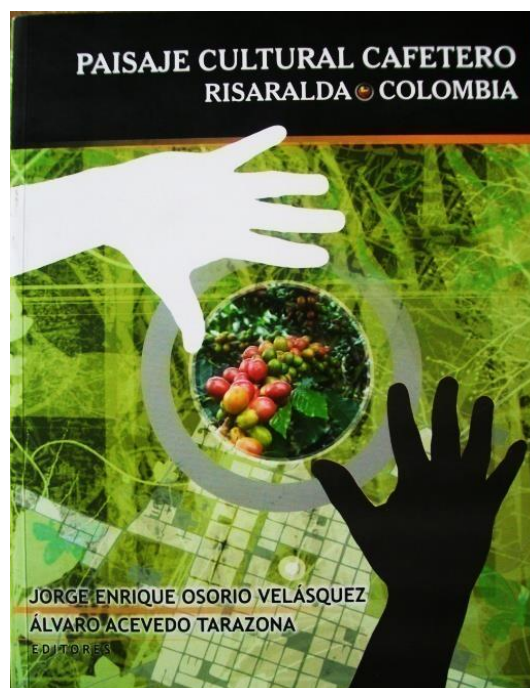


Imagen 19. Portada del libro Paisaje Cultural Cafetero. Risaralda. Colombia, editado por Jorge Enrique Osorio Velásquez y Álvaro Acevedo Tarazona.

En el mismo año 2008, la Universidad Católica de Pereira por intermedio de su grupo de investigación Hábitat, Cultura y Región, con la participación de los arquitectos Jorge Enrique Osorio Velásquez y Carlos Eduardo Rincón González, da el aval para el inicio de la investigación *“La sustentabilidad de la vivienda tradicional de bahareque en el ámbito del Paisaje Cultural Cafetero. Risaralda, Colombia”*. Para llevarla a cabo se seleccionó una muestra de 13 viviendas de bahareque en los cuatro cascos urbanos que hacen parte de la zona principal del PCC en el departamento de Risaralda (Apía, Belén de Umbría, Marsella y Santuario), en las que se efectuaron mediciones de confort climático, así como los análisis y evaluación correspondientes a la aplicación de un modelo interpretativo compuesto por 5 variables (Ambiental, Tecnológica, Social, Económica y Cultural), 6 subvariables y 53 indicadores.

Como resultado de las mediciones hechas en las edificaciones, del análisis de la información obtenida y de la evaluación de las variables en cada uno de los inmuebles, se tuvo como resultado que la vivienda urbana de bahareque se aproxima a altos niveles de sustentabilidad con un puntaje de 79,56 puntos sobre 100 de un modelo ideal. Del mismo modo, se ratificó la hipótesis de la idoneidad del bahareque como tecnología apropiada, debido a que la variable tecnológica en relación con las otras cuatro variables analizadas fue la que obtuvo el más alto puntaje con 91,51 puntos. Por su parte, la variable cultural consiguió la segunda mejor evaluación con 85,71 puntos, permitiendo inferir que la arquitectura de bahareque es flexible, adaptable y facilita la apropiación de sus habitantes; seguidamente encontramos las variables social con 78,85 puntos, la ambiental con 74,40 puntos como resultado del desempeño medio en términos de calidad ambiental interior y la económica con la calificación más baja con 67,31 puntos.

Dentro de este panorama es pertinente mencionar el aporte de la colección editorial de la Red de Arquitectura Vernácula Iberoamericana, Red AVI, liderada por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, España, con el acompañamiento de varias universidades de países del ámbito iberoamericano como Argentina, Chile, Colombia, Cuba, Perú, Venezuela y Uruguay, en la que en los tomos I y III se desarrollan dos capítulos del arquitecto Jorge Enrique Osorio Velásquez (Imágenes 20 y 21), en los que aborda temáticas relacionadas con la arquitectura regional de bahareque presente en el PCC, y que se integran en la presente tesis doctoral.

El tomo I *“Arquitectura vernácula iberoamericana”*, presenta el capítulo denominado *“Arquitectura de bahareque en el centro occidente de Colombia. Factor de conversión del espacio geográfico en paisaje”*, en el que se reflexiona sobre tres tópicos de la arquitectura regional de bahareque relacionados con su origen, con el desarrollo de los elementos que definen su materialidad y acerca de su sostenibilidad como legado patrimonial.

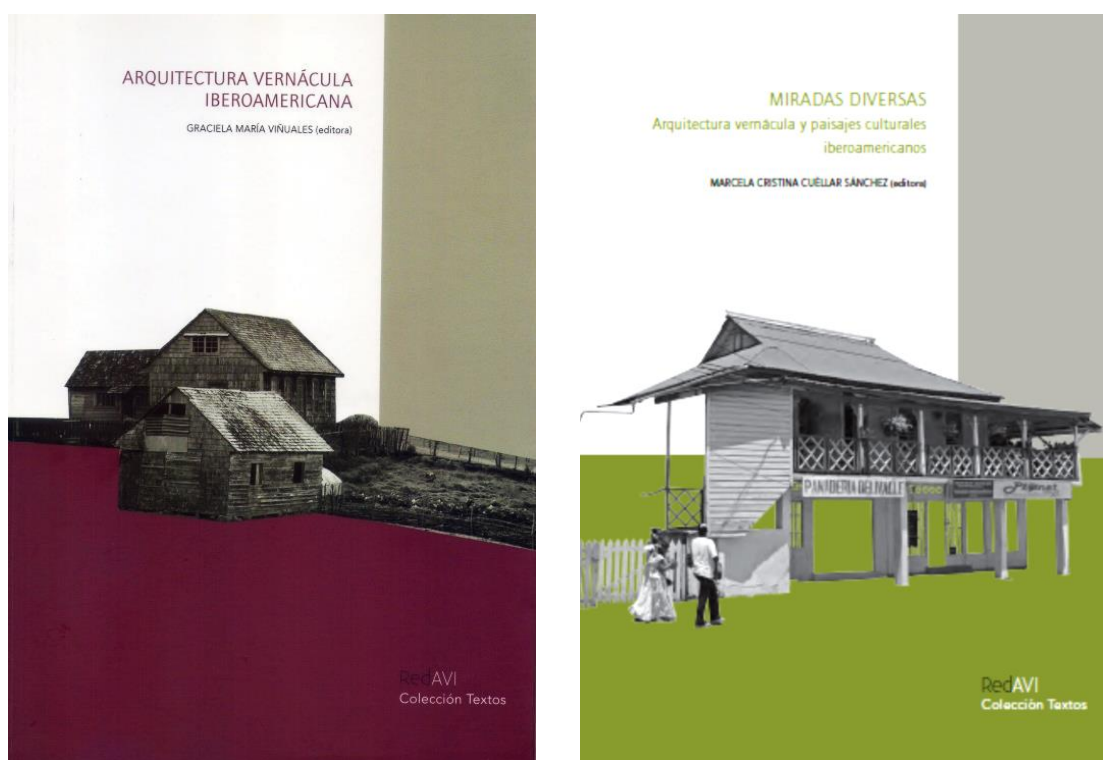
En cuanto a su origen, el bahareque logra consolidarse como tecnología constructiva con homólogos en otros lugares del orbe, a partir de la confluencia de dos vertientes culturales: primero, la que se genera como fruto del encuentro de los colonos que llegan a la región desde comienzos del siglo XIX, con el conocimiento y empleo de los materiales del lugar, así como con prácticas ancestrales provenientes de tiempos prehispánicos; y la segunda, consistente en la asimilación de técnicas asociadas con el manejo de la madera provenientes de la arquitectura mudéjar, las cuales impactan de manera indirecta desde la península ibérica, a través de los colonos provenientes de provincias de la naciente república, donde la presencia hispánica había sido dominante.

En cuanto a la discusión sobre los elementos constitutivos de la arquitectura de bahareque, se parte de entender su desarrollo tecnológico para avanzar en la definición de los aspectos formales, funcionales y estéticos que forjaron su carácter. Finalmente, se reflexiona sobre la arquitectura regional de bahareque como un atributo del Paisaje Cultural Cafetero que se encuentra en riesgo, y sobre el cual “... es importante actuar, no solo con normativas y restricción, sino con gestión y creatividad” (Osorio, 2013, p. 43).

De otra parte, en el tomo III *“Miradas diversas. arquitectura vernácula y paisajes culturales”*, encontramos en el capítulo denominado *“La arquitectura regional de bahareque como enclave para el dominio del territorio”*, con una mirada a las formas en que se emplazaron las edificaciones de bahareque en el medio rural, seguida del análisis de los tipos de fincas que se produjeron con relación a su tamaño y cómo estas generaron un tejido de relaciones que sustentaron las formas de vida de los habitantes y de la productividad en los campos del PCC, en particular de la caficultura. También se desarrolla una discusión sobre las particularidades de la implantación de las estructuras urbanas de damero en ladera, lo cual generó una fisonomía y unas calidades ambientales

particulares que definieron sus rasgos de excepcionalidad como patrimonio mundial.

Imágenes 20 y 21. Portadas de los tomos I: Arquitectura vernácula iberoamericana y III: Miradas Diversas. Arquitectura vernácula y paisajes culturales Iberoamericanos.



Imágenes 20 y 21. Portadas de los tomos I Arquitectura Vernácula Iberoamericana y III Miradas Diversas Arquitectura Vernácula y Paisajes Culturales Iberoamericanos de la colección editorial de la Red de Arquitectura Vernácula Iberoamericana Red AVI, con capítulos de Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Actualmente se adelanta en la Universidad Católica de Pereira, con el apoyo de Colciencias y la Sociedad Colombiana de Arquitectos regional Risaralda, la investigación *“Modelos de vivienda rural sustentable para el Paisaje Cultural Cafetero en los municipios de la Subregión I de Risaralda: Pereira, Dosquebradas, Marsella y Santa Rosa”*, en la que el arquitecto Carlos Eduardo Rincón González, acompañado por el arquitecto Jorge Enrique Osorio Velásquez, con el apoyo de los jóvenes investigadores arquitectos Diana Vargas y Sebastián Ching, se han propuesto el siguiente objetivo general:

Concebir modelos de vivienda rural contemporánea con criterios de sustentabilidad que sean adecuados para los municipios de la Subregión I del departamento de Risaralda que hacen parte del Paisaje Cultural Cafetero: Pereira, Dosquebradas, Marsella y Santa Rosa, llevándolos a una fase de construcción de prototipos en escala real (1:1).

Este trabajo puede ser entendido como una oportunidad para dar continuidad a la investigación sobre la sostenibilidad de la vivienda de bahareque efectuada en los cascos urbanos del PCC, teniendo en esta oportunidad como marco el medio rural y como fin último aportar a la solución del déficit de vivienda en este ámbito. Para ello, se han propuesto el diseño y construcción de cuatro prototipos de vivienda rural de bahareque contemporánea –uno por cada municipio–, en los que a partir del estudio de las tipologías y del confort climático de viviendas existentes en veredas de las zonas principal y de amortiguamiento del PCC, se incorporen criterios de habitabilidad y sustentabilidad que mejoren su desempeño bioclimático y sus características constructivas y espaciales.

En cuanto al departamento del Quindío, se resalta la importante contribución de Mónica Liliana Flórez Arcila con el libro *“Relatos desde el bahareque”*, editado en el año 2000 por la Universidad del Quindío y el Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes del Quindío (Imagen 22). Este resultado de investigación de corte etnográfico, reúne en una serie de entrevistas el relato de vida de 10 maestros, la mayoría en edad avanzada, los cuales estuvieron dedicados a la construcción en bahareque, saber ancestral que se encuentra en vía de extinción poniendo en riesgo la sostenibilidad del legado patrimonial construido en bahareque existente en el PCC. El libro, además de narrar los episodios donde estos maestros se enfrentaban a las faenas de construcción, con las anécdotas y retos del caso, nos pone en contacto con diferentes aspectos que sirven para entender la forma de vida de la gente de esta región, y conocer de primera mano los conflictos sociales y políticos que han marcado nuestra historia durante el siglo XX.

Imagen 22. Portada libro Relatos desde el bahareque.

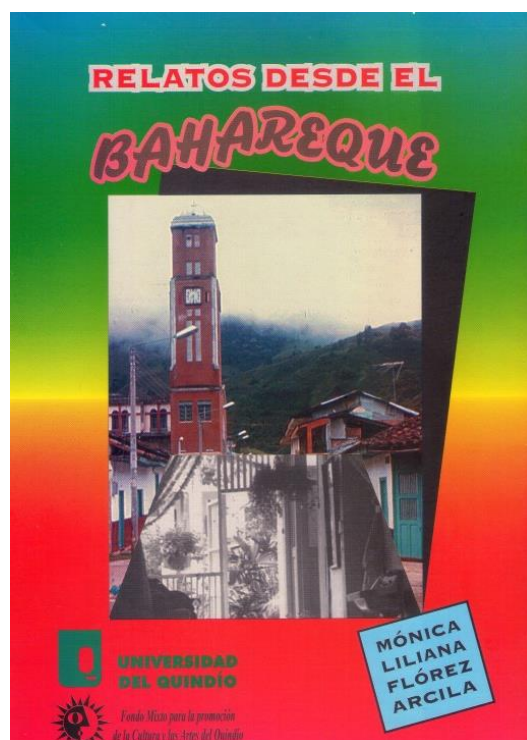


Imagen 22. Portada del libro Relatos desde el Bahareque, de Mónica Liliana Flórez Arcila.

Encontramos también el trabajo de inventario que realizó en el marco de la investigación concerniente a *la “Delimitación y caracterización del PCC”* en el departamento del Quindío, la Universidad La Gran Colombia sede Armenia en el año 2007, referido a las áreas rurales de los municipios de Armenia, Buenavista, Calarcá, Circasia, Córdoba, Filandia y Montenegro (Imagen 23). En este trabajo que dirigió el arquitecto Juan Carlos Olivares Castro, con la participación de un equipo de estudiantes del semillero de Patrimonio de la Facultad de Arquitectura de dicha universidad, se identificó la arquitectura de bahareque presente en las fincas cafeteras, haciendo énfasis en edificaciones que se encontraran en un grado de integridad que permitiera su registro dentro del inventario. Dentro de las actividades que comprendió este trabajo se encuentra el levantamiento arquitectónico y fotográfico de los inmuebles, la localización de los predios mediante un sistema de información geográfica y la elaboración de las fichas.

Imagen 23. Ficha de inventario rural investigación PCC Quindío.

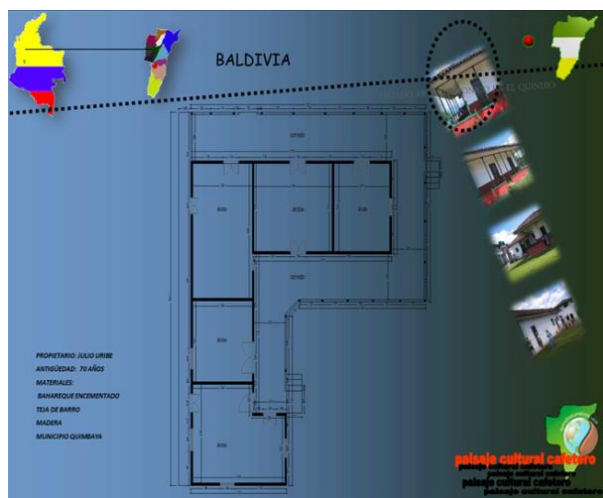


Imagen 23. Ficha de inventario rural investigación PCC Quindío. Universidad La Gran Colombia sede Armenia.

Igualmente, la Universidad del Quindío asociada con el Ministerio de Cultura realiza en el año 2013, con el apoyo de la Universidad La Gran Colombia, el inventario de cien inmuebles repartidos en cascos urbanos de 6 municipios y en veredas de otros 9, los cuales presentaban áreas dentro de la zona principal del PCC. Este trabajo en el que se aplicó la metodología de inventario valoración del Ministerio de Cultura, se realizó bajo la dirección de la maestra en artes plásticas Gloria Inés Duque, con un grupo de estudiantes pertenecientes al semillero de investigación de la Facultad de Arquitectura de la mencionada universidad, obteniendo como resultado una valiosa muestra de patrimonio construido en bahareque, lo que ratifica la prevalencia de este tipo de arquitectura sobre otras de posible valor patrimonial presentes en este segmento del PCC.

En el Valle del Cauca, por su parte, se observa el aporte del urbanista Jacques Aprile Gniset que se concreta en la obra *“La ciudad colombiana: siglo XIX y siglo XX”*, libro que edita el Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular en 1992, donde en uno de sus apartes se analiza el fenómeno urbano que se dio en esta zona de Colombia y la arquitectura de bahareque resultante de la interacción del colono con el lugar, en particular la que se produce en los tiempos

de su mayor desarrollo durante las últimas décadas el siglo XIX y comienzos del XX.

También tenemos la investigación que realiza en paralelo con las de las universidades de Quindío y Risaralda, la Universidad del Valle y el Centro de Investigaciones Territorio, Construcción y Espacio, CITCE, con la dirección del arquitecto Ricardo Hincapié Aristizábal en el año 2007. El estudio que denominan *“Definición de la muestra excepcional del Paisaje Cultural Cafetero en el departamento del Valle del Cauca”*, incluyó además de la “Delimitación”, la “Caracterización” del territorio del mencionado departamento en el ámbito regional del PCC y en la que se llevaron a cabo una serie de actividades, entre las que se destaca la selección efectuada por muestreo del patrimonio construido en bahareque en veredas de los municipios de Alcalá, Caicedonia, El Cairo, Riofrío, Sevilla, Trujillo y Ulloa (Imagen 24). Además de los registros y levantamientos respectivos, se hicieron consideraciones sobre el paisaje, los emplazamientos de las viviendas y de las demás edificaciones que integran los conjuntos construidos de las fincas cafeteras.

Igualmente, este inventario enfatizó en el casco urbano del municipio de El Cairo, por considerar el alto grado de conservación de esta población con relación a las demás áreas urbanas de los municipios estudiados en el contexto de este departamento.

Imagen 24. Ficha de inventario rural investigación PCC Valle del Cauca.



Imagen 24. Ficha de inventario rural investigación PCC Valle del Cauca. CITCE Universidad del Valle.

Finalmente, observamos el Manual Didáctico *“El Cairo. Patrimonio de la humanidad”*, producido en 2013 con el apoyo de la Gobernación del Valle del Cauca, por el CITCE de la Universidad del Valle (Imagen 25), dentro del proceso integral de valoración adelantado por esta última entidad en el área urbana del municipio de El Cairo. En este texto se ponen al alcance del público conocimientos relacionados con la forma y la constitución espacial de las casas de bahareque, enfatizando en el patio como espacio articulador y en el corredor como espacio de circulación de la organización, para luego adentrarse por el desarrollo del sistema constructivo de las viviendas, desde su cimentación hasta la estructura de cubierta, con el ánimo de proveer elementos de juicio para que a la hora de intervenirlas, ya sea con fines de mantenimiento o de generar ampliaciones, sus habitantes tengan un criterio de conservación coherente con el deber de conservar que le implica a esta población su condición de patrimonio mundial.

Imagen 25. Portada Manual Didáctico. El Cairo. Patrimonio de la Humanidad.



Imagen 25. Portada del Manual Didáctico. El Cairo Patrimonio de la Humanidad. CITCE, Universidad del Valle.

- **La región cafetera y la investigación sobre paisaje**

Se registran tres trabajos que abren valiosas perspectivas para el desarrollo de la presente tesis doctoral en lo concerniente a la observación de las relaciones que se dan entre la arquitectura regional de bahareque y los paisajes urbanos y rurales que se escenifican en el territorio regional.

Así, la investigación de Andrés Ghul ofrece importantes claves para el conocimiento de un paisaje que se ha visto transformado por la actividad de la caficultura, y que se ha configurado como un escenario en el que se han sabido mezclar los rasgos de la naturaleza y la cobertura vegetal del café, prevaleciendo en una sabia asociación con otros cultivos, lo que aporta de gran manera en la resolución de preguntas concernientes al rol de la arquitectura de bahareque en la modelación de los paisajes cafeteros, y en la explicación de algunos fenómenos sucedidos en los entornos de los núcleos construidos de las fincas, las cuales se convierten en uno de los hechos centrales de este estudio.

También, la investigación de Adriana Gómez provee elementos útiles para comprender la calidad ambiental del paisaje urbano a partir de una metodología de análisis visual, cuyas categorías además, pueden ser aplicables al estudio del paisaje en los entornos rurales. De esta manera, se dispone de un instrumento adicional de análisis que sirve para dilucidar los efectos generados en el paisaje por los desarrollos de la arquitectura regional de bahareque, entendiendo su dimensión de soporte esencial del hábitat humano y del apoyo al desarrollo de las dinámicas productivas en los medios urbanos y rurales del PCC.

Por su parte, la investigación de Yaffa N. Gómez ayuda a comprender la naturaleza de la casa rural de bahareque en relación con la vida cotidiana de sus moradores y de los objetos que estos emplean para desarrollar las funciones de los espacios que la integran; del igual modo, nos pone en contacto con los objetos empleados en las faenas agrícolas o en las tareas de mantenimiento de la finca, y con los que se lleva a cabo el dominio de la naturaleza con fines productivos. Los usos y las prácticas culturales que las personas desarrollan a partir del empleo de estos objetos ya sea en la casa, dentro del núcleo construido de la finca o en los lotes que integran el predio, permiten el desarrollo de formas particulares de apropiación que transforman y producen paisaje.

Tenemos al Ingeniero Civil y Antropólogo Andrés Ernesto Ghul Corpas, con el libro donde se condensan los resultados de la investigación *“Café y cambio de paisaje en Colombia 1970 - 2005”*, publicado en 2008 por el Fondo Editorial de la Universidad EAFIT y el Banco de la República (Imagen 26), que tuvo como objetivo principal: “Describir las transformaciones del paisaje asociadas con la intensificación de la producción de café en la zona cafetera colombiana” (p. 39). En este compendio se analizan los tipos de cultivo de café y cómo su intensificación incidió en la transformación del paisaje en la zona cafetera del país.

Asimismo, estudia los valores y condiciones económicas, culturales y políticas de la sociedad que produjo dichos cambios. Analiza la situación del café en el mercado internacional y señala aspectos a tener en cuenta para el porvenir de este producto agrícola, poniendo de relieve en ese momento la importancia de lograr la inscripción del Paisaje Cultural Cafetero en la “Lista de Patrimonio Mundial” de la UNESCO, como una forma de lograr la permanencia del cultivo de café en esta geografía de montaña interactuando con otros cultivos, para las generaciones futuras.

Imagen 26. Portada libro Café y cambio de paisaje en Colombia, 1970-2005.

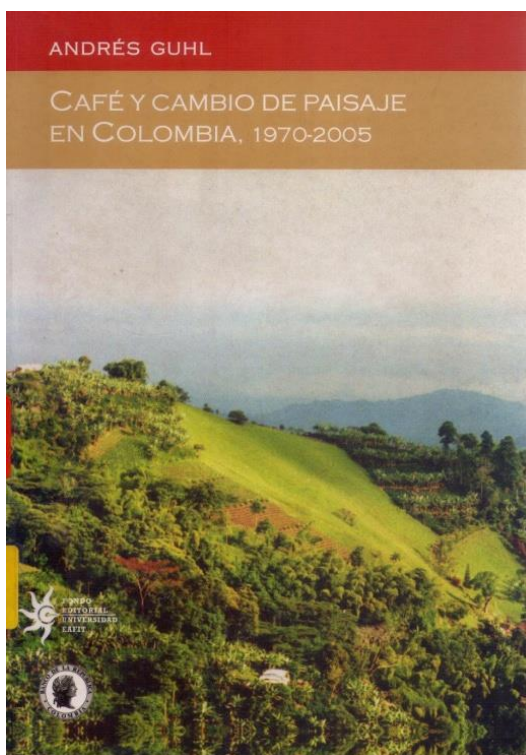


Imagen 26. Portada del libro Café y cambio de paisaje en Colombia, 1970-2005, de Andrés Ghul Corpas.

En 2010, la arquitecta Adriana Gómez Álzate defiende la tesis doctoral *“Propuesta conceptual y metodológica para el análisis, diseño y planificación de la sostenibilidad urbana del paisaje en ciudades de media montaña andina. Experimentación en Manizales, Colombia”*, del Doctorado en Sostenibilidad,

Tecnología y Humanismo de la Universidad Politécnica de Cataluña de Barcelona, España. La tesis plantea desde una visión sistémica del ambiente urbano, tres fases de desarrollo que tienen que ver con la descripción, la interpretación y la valoración, las cuales según la autora, constituyen la metodología para el análisis visual; en esta medida “Cada fase se estudia en el paisaje como sistema visual holístico y en el vacío urbano como sistema visual generador” (p. 12).

Igualmente, la tesis plantea dos ámbitos para la toma de decisiones relacionadas con la definición de medidas y acciones relacionadas con la optimización del paisaje y su sostenibilidad en ciudades de media montaña andina, como son el diseño urbano y el establecimiento de estrategias que permitan el logro de estos propósitos: la “Metodología de análisis propuesta ofrece herramientas de diseño para intervenciones locales eco-eficientes, que sumadas en el espacio-tiempo, se pueden transformar en globales, como una alternativa natural de actuación y como estrategia de sostenibilidad urbana del paisaje...” (p. 13).

Por su parte, entre los años 2011 y 2012 se lleva a cabo la investigación “*La cultura material cafetera*”, bajo la dirección de la Diseñadora Industrial Yaffa Nahir I. Gómez Barrera, con el apoyo de la Universidad Católica de Pereira y el respaldo técnico del Comité Departamental de Cafeteros de Risaralda, para lo cual se desarrolla un detallado trabajo de campo en fincas que habían sido previamente identificadas y valoradas durante los inventarios de patrimonio inmueble, llevados a cabo durante la Caracterización del PCC en el año 2007.

Este trabajo recoge los significados, valores y prácticas culturales en torno a los objetos de quienes habitan las áreas rurales del PCC en el departamento de Risaralda, a partir de los testimonios de las personas, estableciendo doce categorías de objetos. A la vez, la autora propone 10 vías a través de las cuales se puede innovar en la cultura cafetera, desde el punto de vista de la gestión

estratégica del diseño, como una oportunidad para articular tradición y modernidad. Es de resaltar el aporte que se hace en este estudio acerca del patrimonio mueble como un factor que unido a los valores arquitectónicos de las viviendas, provee apropiación y vitalidad dentro de la vida cotidiana de sus habitantes.

La investigación, además de las tareas propias de indagación, valoración, conceptualización y registro de los objetos, tuvo como productos el objetuario, la exposición fotográfica con 34 posters de 100 x 170 cm y el libro *“La Cultura Material Cafetera”*, escrito por Gómez Barrera y editado en el año 2013 por la Universidad Católica de Pereira (Imagen 27).

Imagen 27. Portada libro Cultura Material Cafetera.

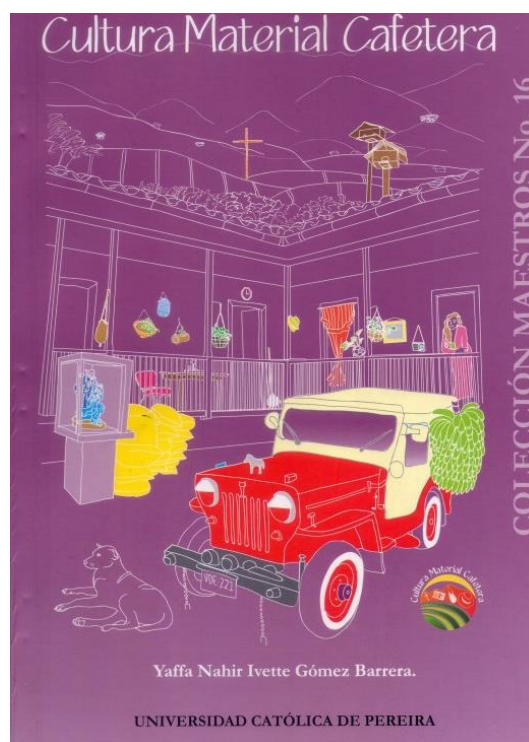


Imagen 27. Portada del libro Cultura Material Cafetera, de Yaffa Nahir I. Gómez Barrera.

- **OBJETIVOS**

- **Objetivo general**

- Identificar el aporte de la arquitectura regional de bahareque urbana y rural con sus elementos tipológicos patio y corredor, en la modelación de los paisajes existentes en el ámbito territorial del Paisaje Cultural Cafetero (PCC) de Colombia.

- **Objetivos específicos**

- Efectuar una mirada de tipo contextual –desde los puntos de vista geográfico e histórico y desde sus implicaciones como atributo del Paisaje Cultural Cafetero– a la arquitectura regional de bahareque.

- Definir las formas de emplazamiento que desarrolló la arquitectura regional de bahareque para el dominio del territorio, dentro del proceso de poblamiento de la región centro occidental de Colombia durante el siglo XIX, en los ámbitos rurales y urbanos del PCC.

- Analizar los rasgos morfológicos de la arquitectura regional de bahareque en los ámbitos urbano y rural, y las diferentes maneras en que se ha concretado su aporte en la modelación de los paisajes cafeteros.

- Estudiar las relaciones funcionales que propician el vínculo y la interacción entre el patio y el corredor perimetral de la vivienda de bahareque presente en los entornos urbano y rural del PCC, valorando su rol como espacios centrales de la experiencia de sus habitantes.

- Establecer el origen y el proceso de transferencia que experimentó el modelo tipológico de casa de patio hacia Hispanoamérica, en particular hacia el virreinato de la Nueva Granada, y su incorporación como elemento ordenador del esquema espacial y funcional de la arquitectura regional de bahareque en el ámbito urbano.

- Identificar el origen y el proceso de transferencia del corredor perimetral hacia Hispanoamérica, en particular en la arquitectura colonial de la Nueva Granada y su asimilación como elemento estructural de la espacialidad de la arquitectura regional de bahareque en el medio rural.

- **Los objetivos y su desarrollo**

- **Objetivo General**

Identificar el aporte de la arquitectura regional de bahareque urbana y rural con sus elementos tipológicos patio y corredor, en la modelación de los paisajes existentes en el ámbito territorial del Paisaje Cultural Cafetero (PCC) de Colombia.

Por medio del cumplimiento del objetivo general se busca comprender a profundidad el rol que ha desempeñado la arquitectura regional de bahareque y los elementos que la configuran, particularmente del patio y su corredor envolvente en la casa urbana y del corredor perimetral y del patio exterior sin confinar de la vivienda rural, en relación con el proceso de modelación física y de percepción de los paisajes existentes en el ámbito territorial del PCC.

Para lograr lo que se plantea, se determina como indispensable comprender la realidad de la casa de bahareque y de los elementos tipológicos objeto de estudio, en relación con su desempeño dentro de los subsistemas “Finca

Cafetera” y “Estructuras Urbanas” (Imágenes 28 y 29), los cuales de manera integrada y simultánea en el marco de la matriz natural, aportan a la constitución de dicho paisaje como un sistema patrimonial.

Imagen 28. Finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Imagen 29. Apía, Risaralda.



Imagen 28. Finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Imagen 29. Apía, Risaralda. Fuentes: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

De ahí que en los ámbitos rural y urbano se produzcan sinergias entre los hechos construidos y su entorno, que entran a caracterizar y a generar los rasgos particulares de un territorio, el cual está en posibilidad de adquirir la condición de paisaje gracias a la superposición de las diferentes miradas y percepciones de la gente, partiendo de que: “La idea de paisaje no se encuentra tanto en el objeto

que se contempla como en la mirada de quien contempla. No es lo que está delante sino lo que se ve”. (Maderuelo, 2006, p. 38)

Encontramos entonces cómo en lo rural la casa de bahareque despliega su esquema espacial hacia el medio circundante, no solo en lo concerniente a las tipologías que usualmente esta presenta, sino por las maneras particulares como se emplaza sobre la topografía y dispone sus espacios hacia el entorno –en particular el corredor–, en una escala que trasciende las relaciones con el patio exterior y los componentes que integran el núcleo construido de la finca.

De esta manera, se pueden abarcar los núcleos construidos y los predios de las fincas que comprende la visión mediana⁹ o la visión lejana¹⁰, identificando paisajes dentro de un proceso de interacción con el entorno, en el que el corredor perimetral desempeña un rol fundamental como interfase funcional y como medio de transición sensorial entre interior y exterior. Igualmente, como un espacio vital de la vivienda en el que se ha dado forma a los imaginarios colectivos y a referentes culturales que se han transmitido de generación en generación, dentro de una línea de tiempo cercana a los 150 años.

Adicionalmente, es necesario considerar cómo en el medio rural el individuo, además del contacto sensible que puede establecer a través de sus sentidos con los paisajes ubicados a distancias de su vivienda que oscilan entre los rangos de visión media y lejana, puede generar vínculos con un espacio de producción agrícola y pecuario inmediato que le reafirman su dominio sobre el

⁹ **Visión mediana:** Segundo horizonte. De 30m a 300m, es reconocible la figura humana y la estructura de los árboles (Gómez, 2010, p. 213).

¹⁰ **Visión lejana:** Tercer horizonte. De 300m a 3000m, límite de la percepción espacial del paisaje, este se aplanan y se transforma en un alzado y domina el color (Gómez, 2010, p. 214).

territorio y le propician autonomía dentro de ese “pequeño mundo”¹¹ que constituye el predio de la finca:

Esta dinámica social define las estructuras productivas como importantes fuentes de empleo y como puntos de encuentro humano, que han aportado de manera definitiva en la construcción de los ideales y los imaginarios de la cultura regional, además de constituir una red territorial configurada por fincas, con carácter de pequeños asentamientos y en estrecho contacto con los centros poblados de los corregimientos y las cabeceras municipales (Osorio, 2008, p. 160).

Por otra parte, la arquitectura de bahareque de las áreas urbanas presenta una espacialidad invertida si se compara con su homóloga rural, que se desarrolla en torno a sí misma sobre la base de un esquema espacial organizado alrededor del punto jerárquico que constituye el patio y su corredor envolvente, el cual dependiendo de la tipología de la casa se desarrolla circundando la totalidad o parte de su perímetro.

No obstante y advirtiendo que la configuración de tipo centrípeto de las casas de bahareque puede suponer la aparente negación del paisaje urbano y de los paisajes rurales circundantes, su existencia usualmente la encontramos asociada a estructuras urbanas de damero que se desarrollan sobre laderas en la mayoría de los casos de altas pendientes, lo que hace que se generen considerables diferencias de nivel entre las mismas viviendas de una manzana, y que el corredor que envuelve el patio se despliegue en pos del medio circundante, asumiendo el carácter de mirador o belvedere desde el que se pueden otear los paisajes (Imagen 30).

¹¹ Entiéndase pequeño mundo como el universo de relaciones humanas y de producción que se generan entre los habitantes de la vivienda rural con las demás edificaciones que integran la finca, sean otras viviendas, construcciones o montajes de apoyo a las labores agropecuarias y sus áreas de labranza.

Imagen 30. Casa Apía, Risaralda.



Imagen 30. Casa Cra 10 #8-21/25/29, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Se abarcan por consiguiente paisajes a distancias similares a las que se perciben desde la casa rural, pero con la diferencia de que en este caso la visión próxima¹² la definen los techos y las siluetas de las casas que integran la misma manzana, la visual mediana la establecen partes de las manzanas adyacentes y otros segmentos del poblado, mientras que las visuales lejanas las delinea la envolvente de los paisajes rurales con el telón de fondo usualmente constituido por montañas.

Se puede establecer un símil entre el corredor de la casa urbana y su homólogo de la vivienda rural, en su carácter de interfase funcional y como espacio de transición sensorial entre interior - exterior, teniendo en lo próximo los paisajes del medio construido y en la distancia los paisajes rurales.

Se deduce entonces cómo el habitante de la casa de bahareque en las áreas urbanas, desde los espacios vitales que define el interior de la vivienda, tiene la posibilidad de establecer no solo relaciones de tipo físico y utilitario con su medio circundante, sino sensibles y espirituales a modo de puentes con la

¹² **Visión próxima:** Primer horizonte. Espacio social hasta 30m, es posible interpretar la expresividad del cuerpo humano y las texturas (Gómez, 2010, p. 213).

construcción de su territorio y trascendiendo la dimensión de lo material hacia la esfera de lo simbólico.

Es importante hacer hincapié en cómo la arquitectura urbana sobre la base del mismo esquema espacial de patio, ha dado albergue a una variedad de usos de carácter social como colegios, hospitales, casas consistoriales¹³, hospicios, cárceles y claustros religiosos, entre otros.

Por su parte, la vivienda urbana concreta la relación con el entorno construido de una manera controlada y menos directa que en el campo, estableciendo relaciones de interdependencia que se soportan en la generación de valor agregado a las actividades realizadas en las fincas, como lo es el caso de la transformación e intercambio de productos agrícolas y con la venta de bienes y servicios indispensables para la supervivencia y la continuidad de las faenas productivas en dichas áreas rurales. Igualmente, la vivienda urbana de bahareque sirve para establecer relaciones sociales de naturaleza diferente a las que se viven en las tierras de labor, cerrándose de esta forma un circuito de interdependencias, pero que en esencia se conjugan en la existencia de un imaginario y en unas características identitarias comunes, dentro de un territorio caracterizado por su unidad cultural.

En cuanto a las relaciones de tipo complejo que modelan el sistema patrimonial del Paisaje Cultural Cafetero y los Subsistemas que lo definen (Imagen 31), es preciso insistir en la importante función que desempeña la arquitectura de bahareque en relación con la “Finca Cafetera” y las “Estructuras Urbanas”.

¹³ En las casas consistoriales usualmente se ubicaba el cabildo, la cárcel municipal y otra serie de usos institucionales.

Imagen 31. Sistema Patrimonial Paisaje Cultural Cafetero.

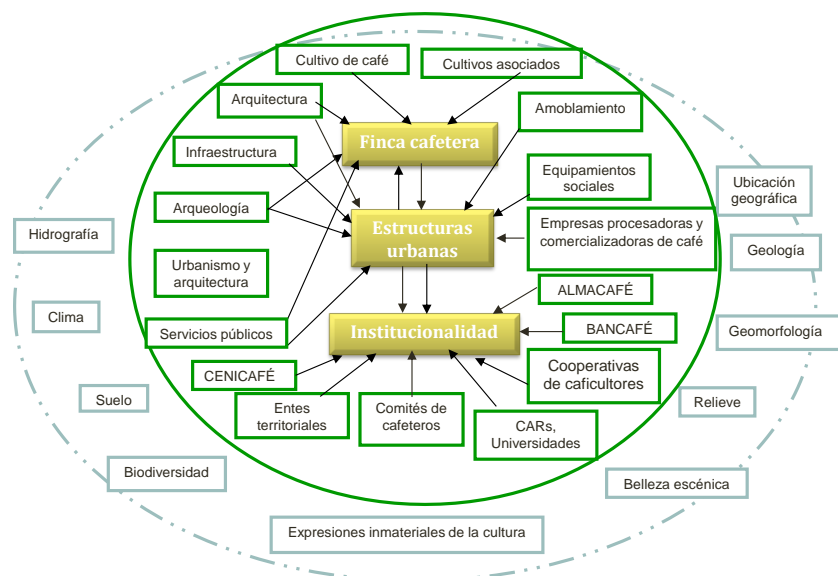


Imagen 31. Sistema Patrimonial Paisaje Cultural Cafetero. Fuente: Elaboración propia. Tomado del libro Paisaje Cultural Cafetero. Risaralda. Colombia. Rodríguez y Osorio, 2008.

En el subsistema “Finca Cafetera”, la vivienda de bahareque actúa como punto de confluencia de las relaciones humanas y de las funciones productivas que se producen en el lugar, lo mismo que como el foco de los componentes que integran su núcleo construido y que tienen como propósito el apoyo a las actividades de producción y de mantenimiento de la finca; también la casa de bahareque se define como el lugar de cobijo humano más jerárquico del conjunto y como el elemento que aglutina el tejido social del “pequeño mundo” que significa la finca. Asimismo, se define como punto de contacto entre sus habitantes y los pobladores del territorio circundante.

En las “Estructuras Urbanas”, la casa de bahareque se plantea como el lugar desde donde la familia y el individuo se proyectan hacia su desarrollo en sociedad, mediada esta dinámica por la calidad de vida que proporcionan las condiciones espaciales y ambientales de la casa de patio y del medio urbano donde esta se inserta. Así, la vivienda de bahareque constituye la célula básica de la estructura urbana, que conjuntamente con otras unidades destinadas

también a vivienda, a funciones sociales y a otros usos, conforman las manzanas y estas a su vez la ciudad, articuladas por medio de los elementos de espacio público como son las calles y parques.

➤ **Objetivos específicos**

Efectuar una mirada de tipo contextual – desde los puntos de vista geográfico e histórico y desde sus implicaciones como atributo del Paisaje Cultural Cafetero – a la arquitectura regional de bahareque.

La arquitectura regional de bahareque no surge como un hecho aislado fruto de la necesidad concreta de los grupos de colonos que llegaron a este espacio geográfico de proveerse cobijo, sino también en respuesta a una serie de factores externos que condicionaron su origen y sus cualidades tecnológicas, formales, funcionales y estéticas.

La geografía con sus características incidió en el desarrollo de una arquitectura que adoptó variantes de acuerdo con el medio donde se implantó, imprimiendo rasgos particulares tanto en la que se desarrolló haciendo parte de las agrupaciones urbanas, como de manera dispersa en las áreas rurales. La arquitectura regional de bahareque se constituye en una clara evidencia de cómo los habitantes de este territorio se vieron avocados a poner a su favor la incidencia de la topografía, del clima, de la riqueza hídrica y de la prolija vegetación, lo que se observa en sus formas de emplazamiento, en la apertura y cierre de sus volúmenes, en la manera de asegurar la disponibilidad del recurso hídrico, en el desarrollo tecnológico y empleo de materiales del lugar (Imágenes 32 y 33).

Imágenes 32 y 33. Finca vereda Fermín López, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



Imágenes 32 y 33. Finca vereda Fermín López, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

También, la geografía condicionó el diseño de las trazas que definen el territorio, en algunos casos de características inéditas como las que se dieron en el territorio del PCC, y que son necesarias para dinamizar la producción, al igual que el intercambio humano y el de bienes y servicios. Tenemos en este orden de ideas las redes, de las cuales como primer ejemplo, están los caminos de herradura que desplegados por las partes altas de las montañas (Imagen 34) llegaron a configurar un intrincado tejido compuesto por sendas, que con el tiempo y la incorporación de los avances tecnológicos se transformaron en carreteras, en cables aéreos, en vías férreas y en infraestructuras como la energética con sus presas y líneas de conducción.

Imagen 34. Camino de herradura.



Imagen 34. Camino de herradura inmediaciones de Marsella, Risaralda. Fuente: <http://4.bp.blogspot.com/-LHS8Z9k3dZ4/UclINEkEQfI/AAAAAAAAAVA/-BJ3DU5DeKw/s1600/img215.jpg>

Asociados a las redes se desarrollaron los nodos, resultado de la tendencia humana a concentrarse y de las dinámicas de intercambio y producción a confluir sobre estos lugares; se conforman entonces las fincas con sus núcleos contruidos como nodo básico de un entramado al que se encontraban asociadas las fondas¹⁴ como punto de intermediación con los centros urbanos, dando forma a una estructura que sumada a otras de naturaleza similar definían la fisonomía del territorio. Con relación a la ciudad de Manizales y cómo su fundación obedece a la concentración de dinámicas de intercambio en la región, el arquitecto Jorge Enrique Esguerra plantea:

La abundante documentación de fuentes sobre la fundación de Manizales demuestra que la razón de su difícil localización está en los senderos que pasaban por los lomos y laderas de las montañas, y que quienes trazaron la plaza y las calles lo hicieron con un propósito comercial local, pensando en la realidad presente del colono campesino, pero también en la realidad futura del comercio interregional (2004, p. 7).

Vale la pena comentar cómo hoy en día las fondas se pueden equiparar a los centros poblados¹⁵ –muchos de ellos originados a partir de fondas–,

¹⁴ Las fondas fueron puntos de encuentro humano y de confluencia de dinámicas económicas vitales para el desarrollo del territorio del PCC. Estas se tratan con más detenimiento en numeral 1.2.2 Resultados: Invariantes geográficas del territorio cafetero.

estructuras urbanas que se ubican de manera intermedia entre las veredas y las ciudades, caracterizadas por su incipiente desarrollo comercial y de vivienda.

Las superficies por su parte soportan el entramado que en el caso del territorio del PCC han compuesto las redes, los nodos y las urdimbres, encargadas de tejer las prácticas agrícolas con sus singulares técnicas de siembra, que por lo general se caracterizan por extenderse sobre laderas con pendientes en muchos casos superiores al 50% – 45° –, con el marcado predominio del café sobre otros cultivos (Imagen 35).

Imagen 35. Vereda Colmenas, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



Imagen 35. Vereda Colmenas, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Es importante resaltar cómo la superficie cultivada en café se ha reducido desde la década de 1990 como resultado de diferentes problemáticas, sin embargo la vocación de esta geografía para la caficultura, que se refleja en la calidad del grano y en la imagen positiva de este cultivo por ser el que menos impactos negativos ha causado al ambiente, además de generar bienestar en la región durante casi un siglo, deja entrever la posibilidad de su permanencia como

¹⁵ La estructura administrativa municipal está dividida en corregimientos teniendo como hecho más representativo desde el punto de vista urbano los centros poblados, punto intermedio entre las áreas rurales – veredas – y las capitales de los municipios.

un factor que con creatividad e innovación, posiblemente continúe generando positivos efectos en la calidad de vida de las gentes.

La historia por su parte, funge como un lente a través del cual es posible desarrollar lecturas de contexto a los diferentes estadios de desarrollo por los que atravesó la arquitectura regional de bahareque, esto como resultado de haber estado presente como un hecho transversal a los diferentes momentos del proceso de antropización experimentados en el territorio del PCC.

En este sentido, se puede tomar como ejemplo el momento en que se inicia el proceso de poblamiento en esta región a comienzos del siglo XIX, cuando comienza la incursión por este espacio geográfico y se producen los primeros caminos, así como los episodios concernientes a la fundación de poblados y al acondicionamiento de los terrenos donde se desarrollarían las fincas, situación que brinda el marco temporal y las condiciones para que la arquitectura de bahareque en medio de su estado de desarrollo más esencial, facilite el albergue de las familias recién llegadas. Tal situación queda en evidencia en el siguiente relato del historiador Albeiro Valencia Llano, donde ilustra la experiencia de un colono en relación con las actividades que había realizado para el establecimiento de su finca: “Había construido una casita de vara en tierra, y luego la había emprendido con el monte, hasta tener un cuadro de pastal para la vaca y el caballo, y una sementera de tres hectáreas que daba lo más urgente para la subsistencia” (1987, p. 165).

Los diferentes momentos o periodos históricos que definieron el proceso de poblamiento en la región, permiten hacer lecturas sobre el desarrollo de la arquitectura regional de bahareque que van más allá de su constitución material, para avanzar hacia su comprensión como un fenómeno que tuvo efectos en la consolidación y crecimiento de la economía, en la construcción de la identidad cultural, en la modelación de las calidades paisajísticas de las áreas urbanas y

rurales y, por consiguiente, en la conversión de este espacio geográfico en territorio.

Finalmente, en la discusión de este objetivo se deben entrar a considerar las implicaciones que derivan del hecho de que la arquitectura regional de bahareque sea uno de los 16 atributos que integran el sistema patrimonial del Paisaje Cultural Cafetero.

En esta medida, se generan interrogantes sobre cómo las etapas de desarrollo de la arquitectura regional de bahareque han impactado la transformación del paisaje en la región, sobre cómo la permanencia de este atributo hasta el tiempo presente ha traído positivos efectos y problemas de sostenibilidad para el PCC entendido como un sistema patrimonial, además sobre cómo su conservación a futuro condiciona el equilibrio y la integridad del mencionado sistema.

Se deduce entonces que la observación y el estudio de la arquitectura regional de bahareque no pueden asumirse de manera aislada centrada solamente en el atributo, sino desde la integralidad que sugiere la visión sistémica. Igualmente, al formar parte dicha arquitectura de un sistema patrimonial cuyos atributos en medio de su interacción han propiciado la transformación continua del territorio, esta se convierte en un medio a través del cual es posible entender el rol de los demás componentes del sistema y hacer una lectura sobre los paisajes cafeteros en su integralidad, como realidades que han sido producto de la continua actividad humana a lo largo de una temporalidad y a partir de una matriz natural:

La amplitud del concepto paisaje lo convierte en un referente causal de mecanismos y procesos naturales operativo en distintas escalas espaciales y duraciones. También, el paisaje es un test permanentemente escrito en el

territorio, un palimpsesto de lectura posible que muestra trazas y restos de buenas y malas prácticas (Zoido, 2006, p. 3).

Definir las formas de emplazamiento que desarrolló la arquitectura regional de bahareque para el dominio del territorio, dentro del proceso de poblamiento de la región centro occidental de Colombia durante el siglo XIX, en los ámbitos rurales y urbanos del PCC.

Dentro del proceso de poblamiento sucedido en la región centro occidental de Colombia, en particular en el segmento de territorio que comprende el PCC, las formas de emplazamiento que se desarrollaron para tomar posesión de los lugares, tanto en lo referente a la fundación de ciudades como en los asentamientos rurales, no estuvieron regidas por el azar sino mediadas por un concienzudo proceso de selección del sitio en el que los colonos se basaron en su sentido común, en su capacidad para entender la vocación y potencialidades del sitio y relacionarlos con sus motivaciones e intereses, así como en su tenacidad para enfrentar y sacar partido de las condiciones de una geografía de condiciones agrestes:

En otras palabras, existía una motivación eminentemente práctica que en ningún momento se la puede tachar de imprevisión, insensatez o “estupidez”, como equivocadamente gran parte de la historiografía sobre la colonización antioqueña ha considerado la localización de los poblados. Además, tratar de encontrar en la fundación de ciudades por los antioqueños argumentos académicos, es decir, ligados a intenciones científicas o estéticas, es desconocer la realidad social y económica de la colonización de frontera en el siglo XIX (Esguerra, 2006, p. 7).

Los sitios más buscados para fundar pueblos eran los que se encontraban en los cruces de caminos o próximos a dichas sendas, aquellos que preferentemente estuvieran ubicados en baldíos de la nación, los que poseyeran comarcas con tierras fértiles a su alrededor y agua que garantizaran su continuidad en el tiempo. También, aquellos que gozaran de condiciones de salubridad, lo que explica por qué muchas de las poblaciones que se fundaron

durante ese tiempo se ubican en tierras altas por encima de los 1400 msnm, ya que las localizadas por debajo de esta altitud como las presentes en los valles de los ríos eran tomadas por malsanas. En este sentido, se cita la referencia que hace el arquitecto Jorge Enrique Esguerra al siguiente planteamiento del historiador Emilio Robledo:

... el médico historiador Emilio Robledo, a principios del siglo XX, agregaba con respecto a la región del Antiguo Caldas: "... mientras los hombres penetran en los valles ardientes y descuajan la selva, mantienen las familias en las tierras altas al abrigo del paludismo y de otras endemias; de este modo van formándose núcleos de poblaciones en los contrafuertes y cumbres andinos... (2003, p. 3).

Las poblaciones que se fundan en la región partiendo de las anteriores premisas, desarrollan estructuras urbanas cuya morfología se basa en el esquema de damero, con formas de emplazamiento que tienen como denominador común su ubicación sobre laderas, pero que varían con relación a su posición dentro de las mismas (Imagen 36).

Imagen 36. Ilustración de Anserma, Caldas.



Imagen 36. Ilustración de Anserma, Caldas. Fuente: <http://historiayregion.blogspot.com/2011/12/anserma-la-reja-en-el-aire.html>

Por su parte, la arquitectura de bahareque de las áreas rurales estuvo mayoritariamente dedicada a proveer la vivienda para los núcleos construidos de las fincas. Esta edificación, al ser el componente jerárquico de la organización,

tendría como condiciones para su localización quedar equidistante a las diferentes áreas que integraban el lote de la finca, ubicarse en un punto próximo al camino o los caminos que surcaban la vereda, estar cerca al recurso hídrico y tener en lo posible dominio visual de todo o gran parte del predio, posibilidad que facilitaba la posición sobre las laderas.

Teniendo en cuenta las condiciones que se esbozan para la localización de las casas de bahareque dentro los predios de las fincas, así como las características geomorfológicas de los puntos donde estas se ubicaban, es importante efectuar una taxonomía sobre los tipos de emplazamientos donde se desarrollaron estas edificaciones, los cuales se encontraban claramente ligados a las tipologías y a la disposición dentro del esquema espacial de espacios tutelares como el corredor, utilizado para abrir los volúmenes de dichas viviendas hacia las mejores visuales.

Analizar los rasgos morfológicos de la arquitectura regional de bahareque en los ámbitos urbano y rural, y las diferentes maneras en que se ha concretado su aporte en la modelación de los paisajes cafeteros.

Con el desarrollo de este objetivo se busca precisar cómo la arquitectura regional de bahareque se ha constituido en referente y en elemento indispensable en la configuración de los paisajes cafeteros, a la vez que en uno de los atributos en que se sintetizan sus valores. En este sentido, es importante analizar cómo la arquitectura regional de bahareque ha definido una imagen característica a partir de los rasgos contenidos en su forma, en su espacialidad y en sus elementos funcionales – decorativos, dando origen a unidades arquitectónicas que en el tiempo han contribuido a la modelación de los paisajes en el PCC, tanto en el medio rural como en los espacios urbanos.

En lo urbano encontramos una arquitectura de volúmenes regulares, modelando organizaciones escalonadas que usualmente se encuentran asociadas a topografías de ladera, definiendo realidades que se integran con el medio físico pero sobre la base de un particular contraste que en algunas ocasiones rima con lo espectacular (Imágenes 37 y 38).

Imagen 37. Calle Belén de Umbría, Risaralda.

Imagen 38. Calle Santuario, Risaralda.



Imagen 37. Calle Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 38. Calle Santuario, Risaralda. Fuente: Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Este contraste que surge de las maneras incluso temerarias en que se emplazan las unidades arquitectónicas, y de la utilización de un repertorio constructivo ingenioso, permitió asumir favorablemente la sinuosidad de la geomorfología imperante y componer los rasgos que identifican las estructuras urbanas de damero en ladera, en las que resalta la contraposición entre calles casi planas que se desarrollan siguiendo las curvas de nivel y otras en sentido perpendicular que acompañan la caída de la pendiente con inclinaciones en algunos casos extremas.

Las viviendas urbanas presentan una morfología introvertida compuesta por bloques de forma regular, los cuales de acuerdo con la tipología de la edificación, se disponen sobre uno o todos los flancos de un patio, usualmente de forma cuadrada o rectangular, que obra adicionalmente como dispositivo de captura de iluminación y ventilación. Por su parte, el esquema funcional toma como centro el patio, espacio articulador que funge como ordenador de todos los recintos que conforman la edificación, teniendo como columna vertebral de la organización el espacio de circulación que define el corredor (Imagen 39).

Imagen 39. Casa Marsella, Risaralda.



Imagen 39. Casa Marsella, Risaralda. Fuente: Ministerio de Cultura, Dirección de Patrimonio.

En cuanto a las casas de bahareque presentes en las áreas rurales, estas fueron concebidas para viviendas de los propietarios de la fincas, pero también como edificaciones destinadas a apoyar las actividades productivas, tanto aquellas

que se desarrollan en los diferentes lotes que conforman los predios, como las que se realizan dentro de sus núcleos construidos. Igualmente, la vivienda rural de bahareque se caracteriza por la misma esencialidad desde el punto de vista formal y espacial de su homóloga ubicada en los centros urbanos, al tiempo que se diferencia de esta por su gran austeridad desde el punto de vista estético, y por presentarse desprovista de decoración (Imagen 40).

Imagen 40. Casa finca La Selva, Marsella, Risaralda.



Imagen 40. Casa finca La Selva, Marsella, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

En lo concerniente a su relación con el lugar y el paisaje, la casa de bahareque se emplaza en un lugar jerárquico y central de la finca, disponiendo su forma y espacialidad, en particular su corredor perimetral, hacia las mejores vistas, facilitando de esta manera el disfrute de visuales privilegiadas en algunos casos hasta de trescientos sesenta grados, hecho que la convierte en un balcón, en una especie de “belvedere” desde el que sus habitantes permanecen en contacto continuo con su entorno. Dentro de este proceso de integración con el medio era costumbre que la casa de bahareque se construyera con materiales, la mayoría obtenidos en el lugar.

Desde el punto de vista formal, las casas rurales de bahareque las definen bloques de tipo prismático simple que se adicionan de manera sucesiva, dando

lugar a tipologías que se abren a través del corredor hacia uno o varios patios sin confinar, los cuales a su vez fungen como espacios de articulación con los diferentes componentes del núcleo construido y con las áreas de cultivo de la finca. En lo funcional, el corredor actúa como medio de transición entre los espacios que conforman el interior de la casa y el exterior que se representa en los patios adyacentes y en el medio circundante. Además, como elemento ordenador de los espacios que se alinean siguiendo su trayectoria, y tiene como particularidad su rol dual como espacio de circulación y permanencia (Imagen 41).

Imagen 41. Casa finca San José, La Celia, Risaralda.



Imagen 41. Casa finca San José, La Celia, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Finalmente, se da cuenta del factor tecnológico planteado como un hecho determinante al momento de abordar el estudio de la arquitectura regional de bahareque, y como el sustento que permitió el desarrollo de la propuesta formal, funcional y estética de esta arquitectura. Sin ser el aspecto central de la presente investigación, se desarrolla en el Capítulo 1 una introducción por la realidad de este sistema constructivo y sus variantes, con la intención de generar una base contextual para adentrarse por los temas en que profundiza esta tesis.

El bahareque como sistema constructivo remite sus orígenes a tiempos prehispánicos, particularmente al uso y combinación de los materiales presentes

en el lugar como madera, guadua¹⁶ y tierra, llegando al desarrollo de las versiones que hoy se conocen –bahareque enchinado o lleno, aligerado, de madera, metálico y encementado–, como resultado del proceso de experimentación que significó la construcción de edificaciones por parte de las comunidades autóctonas de esta región y de la incorporación de variantes técnicas por parte de los antiguos alarifes y maestros, en el laboratorio que constituyó el proceso de migración y asentamiento humano en este territorio durante el siglo XIX y parte de la primera mitad del siglo XX.

Dentro del desarrollo del sistema constructivo del bahareque, los antiguos constructores reunieron un saber sobre el manejo y combinación de los materiales del lugar, que asociaron al modelo espacial de casa de patio en las áreas urbanas y al corredor perimetral, en parte o por todos los costados de las edificaciones rurales, dando origen a una arquitectura integrada con el paisaje, de notable desempeño en relación con la alta vulnerabilidad sísmica de esta zona del país y de unas calidades espaciales y ambientales que en conjunto se constituyeron en espacio vital, desde el que se proyectaron las dinámicas territoriales en el proceso de consolidación de la cultura regional.

Estudiar las relaciones funcionales que propician el vínculo y la interacción entre el patio y el corredor perimetral de la vivienda de bahareque presente en los entornos urbano y rural del PCC, valorando su rol como espacios centrales de la experiencia de sus habitantes.

Este objetivo tiene como propósito realizar un análisis que facilite la comprensión de las relaciones funcionales que se dan entre elementos tipológicos de la naturaleza e importancia funcional del patio en la casa urbana (Imagen 42) y del corredor perimetral en la vivienda rural (Imagen 43), con su entorno y en

¹⁶ Modalidad de bambú del cual se poseen varias especies en el territorio del centro occidente colombiano, y que sirvió de sustento al desarrollo constructivo de edificaciones y de todo tipo de objetos relacionados con la cultura cafetera.

particular con los paisajes de los cuales hacen parte y hacia los que despliegan sus espacios.

Imagen 42. Casa familia Sánchez, Apía, Risaralda.
Imagen 43. Finca Buenos Aires, Pereira, Risaralda.



Imagen 42. Casa familia Sánchez, Apía, Risaralda. Imagen 43. Finca Buenos Aires, Pereira, Risaralda. Fuentes: Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

De ahí que se deba considerar el patio desde su desempeño funcional, así como la articulación que este logra por medio de la galería o el corredor que lo rodea, con la serie de espacios que conforman la casa; este espacio brinda a la vivienda condiciones de habitabilidad que se sintetizan en la iluminación y ventilación necesarias para su funcionamiento adecuado. El patio se plantea

dependiendo del emplazamiento de la casa sobre la topografía y de su posición con relación a la estructura urbana circundante, como un espacio que facilita el contacto visual con el entorno construido que abarcan las visiones próxima y mediana (Gómez, 2010), y el paisaje rural comprendido por la visión lejana (Imagen 44); además, se define como el punto de transición entre el interior y la calle, y como el elemento espacial en que se expresa la interdependencia contexto – unidad arquitectónica.

Imagen 44. Casa Apía, Risaralda.



Imagen 44. Casa Cra 10 #8-21/25/29, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Se deduce entonces que las estructuras urbanas de damero en ladera sustentan su realidad en la célula básica que representa la unidad arquitectónica construida en bahareque; también, cómo el patio con su corredor envolvente sirve de elemento de enlace entre los espacios en que se sucede la vida familiar y la intimidad de los individuos (Imagen 45), con un entorno construido donde se ha

tejido la vida colectiva y se ha modelado la impronta de un urbanismo de damero aferrado a la ladera, el cual se funde con el paisaje rural (Imagen 46).

Imagen 45. Casa Apía, Risaralda.

Imagen 46. Panorámica antigua del marco del parque, Apía, Risaralda.



Imagen 45. Casa familia Correa, Apía, Risaralda. Imagen 46. Panorámica antigua del marco del parque, Apía, Risaralda.
Fuentes: Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Imagen tomada de fotografía ubicada en un bar del marco del parque de Apía.

Análogamente, al patio de la vivienda urbana, la galería exterior o el corredor perimetral de la vivienda rural se concreta como un espacio que interrelaciona desde el punto de vista funcional los espacios ubicados en el interior de la casa con el entorno, a la vez que como una interfase que media entre interior y exterior facilitando el contacto físico y el disfrute de los paisajes que se perciben en el medio circundante, por parte de sus habitantes.

En contraposición al papel de las calles y del parque como elementos urbanos que configuran el entorno de la vivienda en las estructuras urbanas, el medio externo de la casa rural en sus áreas adyacentes se encuentra compuesto por patios que cumplen un papel multifuncional¹⁷, por jardines y por construcciones de apoyo a la labor productiva –visión próxima–, las cuales en conjunto definen un límite con el espacio donde concurren las áreas de cultivo en las que usualmente se observa el predominio del café –visión mediana–. Seguidamente, el espacio se fuga hacia un horizonte integrado por otras fincas y por la topografía sinuosa de las veredas¹⁸, que eventualmente se funden con estructuras urbanas que irrumpen en medio de la montaña, dando forma a la amalgama de elementos que integran esta idea particular de paisaje –visión lejana– (Imagen 47).

Imagen 47. Finca El Pedregal, Balboa, Risaralda.



Imagen 47. Finca El Pedregal, Balboa, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

¹⁷ Se hace referencia a la multifuncionalidad del patio rural, debido a que en este se desarrollan diferentes tipos de actividades relacionadas con el acceso de personas y recibo de insumos agrícolas, con la llegada de vehículos y de animales vinculados a la producción agrícola y al intercambio de sus productos como el caballo o la mula, así como con el secado de café en su proceso de beneficio, en el caso de minifundios que no cuentan con elbas suficientes o medios mecánicos para hacerlo.

¹⁸ Unidad geopolítica conformada por los predios rurales, que al sumarse a otras veredas integra los corregimientos y estos a su vez los municipios.

También es inherente al desarrollo de este objetivo, abordar una reflexión sobre la funcionalidad y las maneras como se ha vivido y apropiado el patio con su corredor envolvente en las viviendas urbanas, al igual que el corredor perimetral con los patios sin confinar de las casas de las fincas. Es importante resaltar que la producción de formas de apropiación está profundamente ligada a las características morfológicas de estos espacios, a la posición que ocupan dentro de la edificación, a su jerarquía dentro del esquema espacial y a su emplazamiento respecto del paisaje urbano o rural.

El patio y el corredor perimetral son espacios en donde en un periodo próximo a los 150 años, los habitantes de la región centro occidental del país han transmitido sus experiencias, sus saberes y sus tradiciones, entre ellas su acervo oral. También asumen la función de palcos desde los que se han observado, dominado y disfrutado los paisajes, experiencia que además de haberlos convertido en escenarios vitales de la cotidianidad en el PCC, les ha conferido el carácter de potentes generadores de memoria y pertenencia al lugar.

Se vislumbra entonces la importancia de elementos tipológicos de la naturaleza del patio y el corredor perimetral, que de manera directa y en un marco espacio – temporal han intervenido en la construcción de las percepciones del paisaje, convirtiéndose además en símbolos de la cultura cafetera y en rasgos de la identidad regional.

Establecer el origen y el proceso de transferencia que experimentó el modelo tipológico de casa de patio hacia Hispanoamérica, en particular hacia el virreinato de la Nueva Granada, y su incorporación como elemento ordenador del esquema espacial y funcional de la arquitectura regional de bahareque en el ámbito urbano.

Con el desarrollo de este objetivo se busca establecer el ascendente que ha tenido desde la antigüedad el modelo arquetípico de la casa de patio, su presencia en la península ibérica, y cómo este se transmite desde España hacia Hispanoamérica, en particular hacia el virreinato de la Nueva Granada. Asimismo, se indaga sobre la asimilación dentro del orden espacial de la arquitectura de bahareque en la región cafetera del centro occidente de Colombia, considerando los principales referentes y estadios históricos del proceso.

También, se pretende identificar el origen y desarrollo de la serie de variantes tipológicas denominadas “formas de número” en la región, las cuales tuvieron el patio como centro de su organización formal, y que durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX alcanzan gran difusión en la construcción de la arquitectura de bahareque en la región, conservando su vigencia hasta el presente.

Otra tarea de vital importancia para la investigación, es profundizar sobre el conocimiento de la función del patio como elemento ordenador de la espacialidad de la casa urbana de bahareque, lo mismo que sobre el corredor envolvente como componente del que depende la interacción de los espacios que integran la vivienda y, en sentido contrario, entre estos y el mencionado espacio articulador (Imagen 48). El corredor en la arquitectura regional de bahareque no siempre se presenta envolviendo todo el patio como sucede en los claustros de la colonia española en América, encontrándose muchas veces de manera parcial, esto como resultado del desarrollo de las variantes tipológicas adoptadas por esta arquitectura.

Imagen 48. Casa, Pijao, Quindío.



Imagen 48. Casa, Pijao, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

De la misma forma, se indagará sobre el solar, segundo patio que comúnmente encontramos asociado con el esquema espacial de la vivienda urbana y que se encuentra impregnado de un carácter rural, consecuencia de albergar actividades agrícolas de pequeña escala denominadas de pan-coger,¹⁹ así como una masa vegetal que contrasta con la dureza de las calles de las estructuras de damero en ladera; igualmente, el solar articula una zona de servicio en la que se localizan espacios como alcobas para servidumbre, cocina, baño, lavadero, concentrando actividades inherentes al funcionamiento de la vivienda que le confieren un carácter íntimo e independiente.

Identificar el origen y el proceso de transferencia del corredor perimetral hacia Hispanoamérica, en particular en la arquitectura colonial de la Nueva Granada y su asimilación como elemento estructural de la espacialidad de la arquitectura regional de bahareque en el medio rural.

El desarrollo del presente objetivo está relacionado con una pesquisa sobre la existencia del corredor perimetral en la arquitectura rural que se

¹⁹ Actividades relacionadas con la siembra de árboles frutales y de huertos para su recolección y consumo diario dentro de la misma vivienda.

desarrolla en la Europa antigua y de manera particular en España, para entrar a observar su ascendente en la vivienda rural del periodo colonial español en Hispanoamérica, más exactamente en el virreinato de la Nueva Granada y la manera como se adopta y desarrolla este elemento tipológico dentro de la arquitectura regional de bahareque, específicamente la vía por medio de la cual se apropia dentro del esquema de funcionamiento de las viviendas rurales (Imagen 49). Igualmente, es prioritario identificar el aporte del corredor exterior en el desarrollo de las denominadas “formas de número”, que tanta difusión alcanzaron durante el siglo XIX y comienzos del XX, en la producción edilicia rural de la región centro occidental de Colombia.

Imagen 49. Casa finca La Central, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



Imagen 49. Casa finca La Central, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

Es importante para el cumplimiento de este objetivo, profundizar en la comprensión del aporte del corredor perimetral en relación con el desempeño funcional de las casas rurales de bahareque, lo mismo que sobre su participación

en la generación de las calidades espaciales y ambientales de este tipo de vivienda.

- **HIPÓTESIS**

“El patio y el corredor como componentes fundamentales de la arquitectura regional de bahareque, han llegado a constituirse en expresiones formales y culturales representativas del Paisaje Cultural Cafetero de Colombia”.

- La arquitectura de bahareque en su desarrollo propició una tradición edilicia que generó identidad y arraigo en los habitantes de la región cafetera del centro occidente colombiano.

- La arquitectura de bahareque ha constituido dentro de su proceso de desarrollo una unidad tecnológica, formal, funcional y estética que ha respondido a las condiciones del lugar y a las necesidades del grupo humano que la habita.

- **Ideas fuerza**

Son el patio y el corredor perimetral modelos de origen arquetípico que caracterizan la morfología y estructuran la espacialidad de la arquitectura de bahareque.

La arquitectura regional de bahareque es una respuesta a las condiciones espaciales de una región geográfica.

La arquitectura regional de bahareque es un nodo territorial que marca el dominio humano de un espacio, y que ha contribuido a crear un territorio como el cafetero de la región centro occidental de Colombia.

La arquitectura regional de bahareque es un balcón hacia el encuentro emocionado con los paisajes en que se inserta.

La arquitectura de bahareque en su proceso de consolidación histórica, se ha constituido en una expresión representativa de la cultura cafetera.

Son el patio y el corredor perimetral elementos morfológicos que con su uso y apropiación, contribuyen al disfrute y a la percepción del paisaje cafetero de la región centro occidental de Colombia.

- **METODOLOGÍA**

- **Fundamentos metodológicos**

La tesis concierne al tipo específico, en tanto que “aborda un tema concreto y definido” (Soriano, 2008, p. 17), sobre el que se realizó un proceso de investigación previo, orientado a la consolidación del Expediente de Nominación presentado a la UNESCO en enero de 2010 y con el que se logró la Inscripción del Paisaje Cultural Cafetero de la región centro occidental de Colombia en la Lista de Patrimonio Mundial, según Resolución emanada de la 35 sesión del Comité de Patrimonio Mundial adscrito a este organismo, celebrada en París entre el 19 y el 29 de junio del año 2011.

En este sentido, dentro de la investigación tendiente a la “Delimitación” del PCC, se determinó la “Arquitectura Regional de Bahareque” como uno de los atributos principales del Sistema Patrimonial Paisaje Cultural Cafetero, también como un elemento clave para la justificación de su excepcionalidad, razón que explica por qué en este trabajo se continúe investigando en dirección a identificar su aporte en la modelación de los paisajes cafeteros de dicha región de Colombia.

También se intenta abordar un proceso de investigación deductivo, en tanto se parte de una serie de razonamientos abstractos, que se definen en este caso como hipótesis de trabajo o ideas fuerza, las cuales se intentará comprobar en lo concreto a partir del conocimiento previo que existe sobre el objeto de estudio y con relación a los resultados obtenidos en el desarrollo de la tesis.

De esta manera, las ideas fuerza o hipótesis se constituyen en un punto de partida, en la “deducción primera” que es preciso comprobar; en este sentido se requiere empezar un proceso de selección de información que provea un posicionamiento frente al camino a seguir por la investigación, en busca de propiciar un proceso de inducción selectiva, el cual se debe contrastar con palabras como arquitectura regional, morfología, tipología, función, patio, corredor, apropiación, disfrute, percepción y paisaje, así como con otras que vaya determinando el trabajo, en busca de estudiar sus interrelaciones y de generar nuevas hipótesis que permitan la comprobación de la tesis.

Esta tesis es de tipo descriptivo en tanto se definen en ella de manera particular los hallazgos resultados de la investigación y de la contrastación de los aspectos analizados.

- Fases de la investigación

Los momentos de desarrollo de la tesis doctoral, contemplando como umbral para su defensa el segundo semestre del año 2015, están siendo los siguientes:

- Indagación bibliográfica

Este momento abarca lo concerniente al acopio de material bibliográfico (libros, capítulos de libros, artículos y tesis de doctorado), referentes a las líneas de

argumentación principales que define el presente documento, lo mismo que sobre los temas que involucra la estructura de la tesis.

Para el cumplimiento de la tarea a que se hace alusión, debe adelantarse una pesquisa en bibliotecas públicas y particulares, centros de documentación y archivos, que permita abordar y comprender las temáticas pertinentes, así como brindar el soporte de los conceptos y argumentos que deberán producirse en torno a la reflexión de los fenómenos analizados. De la misma manera, deberá procederse a la construcción de las fichas bibliográficas muchas en software para procesamiento bibliográfico Atlas Ti, las cuales alimentarán el marco teórico de la investigación y permitirán la identificación de los autores y posturas claves sobre los diferentes aspectos que involucra el objeto de estudio.

Es preciso recalcar que la indagación bibliográfica es una actividad continua y transversal a todos los momentos de desarrollo de la tesis doctoral, por lo que en algunos momentos el proceso de investigación puede requerir nuevas visitas a bibliotecas y centros de documentación ubicados en Colombia, España, y si fuera el caso, en otros países de Latinoamérica.

- Lectura e interpretación de textos

La lectura e interpretación de textos se plantea como una etapa definitiva dentro del proceso investigador, extendiéndose a toda la ejecución de la tesis. De ahí que la retroalimentación que esta actividad genere sobre la conceptualización del trabajo, sumada a la verificación o no de las hipótesis, podrá generar cambios de dirección desde el punto de vista metodológico.

- Desarrollo de la tesis doctoral

Para el desarrollo de los diferentes análisis que integran la presente tesis doctoral, se ha tomado como base información obtenida en indagaciones efectuadas por el autor de manera particular, además de la perteneciente a inventarios urbanos y rurales, y a investigaciones que dan cuenta de la arquitectura de bahareque presente en las zonas principal y de amortiguamiento del PCC de los departamentos de Quindío, Risaralda y Valle del Cauca, los cuales se realizaron durante o de manera previa a esta investigación; igualmente, se obtuvo alguna información en el departamento de Caldas. Se debe resaltar que el autor ha tenido participación en la realización de los inventarios de patrimonio arquitectónico y en las investigaciones a que se hace referencia más adelante, en Risaralda.

En lo correspondiente al departamento del Quindío, se partió de la información obtenida por el inventario de patrimonio arquitectónico rural en el contexto de la Caracterización del PCC, en el que la universidad La Gran Colombia en el año 2007 efectuó el registro de arquitectura de bahareque presente en fincas de los municipios de Armenia, Buenavista, Calarcá, Circasia, Córdoba, Filandia y Montenegro. Igualmente, se contó con la información obtenida en campo en el inventario urbano y rural que elaboró en el año 2013 la Universidad del Quindío con el apoyo de la Universidad La Gran Colombia, en los que se registraron cien inmuebles repartidos en los cascos urbanos de los municipios de Calarcá, Filandia, Génova, Montenegro, Pijao y Salento, así como en veredas de los municipios de Armenia, Buenavista, Calarcá, Circasia, Filandia, Génova, Montenegro, Pijao y Quimbaya.

En cuanto al departamento de Risaralda, la información que se tomó como base corresponde al inventario de Patrimonio Arquitectónico de Risaralda I.P.A.R. fase IV, llevado a cabo por la Sociedad Colombiana de Arquitectos regional

Risaralda en las áreas urbanas de los municipios de Marsella, Santa Rosa de Cabal y Santuario en el año 2003. También se contó con los inventarios realizados por la Universidad Católica de Pereira en la Caracterización del PCC en el año 2007 en veredas de los municipios de Apía, Balboa, Belén de Umbría, La Celia, Marsella, Pereira, Quinchía, Santa Rosa de Cabal y Santuario, al igual que en los cascos urbanos de Apía y Belén de Umbría.

También en Risaralda, se partió de la información obtenida in situ por dos investigaciones: la primera denominada “La sustentabilidad de la vivienda tradicional de bahareque en el ámbito del Paisaje Cultural Cafetero, Risaralda, Colombia” del año 2008, la cual aportó una muestra constituida por 13 inmuebles localizados en áreas urbanas, 4 del municipio de Apía, 3 de Belén de Umbría, 2 de Marsella y 4 de Santuario. En cuanto a la segunda investigación “Modelos de vivienda rural sustentable para el Paisaje Cultural Cafetero en los municipios de la Subregión I de Risaralda: Pereira, Dosquebradas, Marsella y Santa Rosa”, el trabajo de campo realizado durante el año 2014 aportó 17 casas de bahareque ubicadas en fincas, 2 en el municipio de Dosquebradas, 5 en Marsella, 6 en Pereira y 4 en Santa Rosa de Cabal.

En el departamento del Valle de Cauca se acopió parte de la información correspondiente a inventarios de patrimonio arquitectónico realizados por el CITCE de la Universidad del Valle, en el marco de la Caracterización del PCC adelantada entre los años 2007 y 2008. Los mencionados inventarios aportaron el registro de arquitectura regional de bahareque en el área urbana del municipio de El Cairo y en veredas de los municipios de Caicedonia, El Cairo, Riofrío y Ulloa.

Los inventarios realizados en Quindío y Risaralda constituyen fichas de análisis que corresponden a la metodología de inventario valoración desarrollada por el Ministerio de Cultura en el año 2006 (Imagen 50), y que básicamente se encuentra integrada por la identificación e información general de la edificación en

la página 1, características físicas del bien y fotografías de detalle en la página 2, localización y plantas en la página 3 y plantas y alzados en la página 4. En el caso de las fichas de la fase IV del Inventario de Patrimonio Arquitectónico realizado en Risaralda y de las fichas del inventario del Valle del Cauca llevado a cabo durante la Caracterización del PCC, estas contaron con un diseño propio en respuesta a las necesidades de los equipos investigadores.

Imagen 50. Ficha de inventario valoración del Ministerio de Cultura.


FICHA DE INVENTARIO DE BIENES CULTURALES INMUEBLES										USO EXCLUSIVO DEL MINISTERIO DE CULTURA		Inmueble No 31-MIN	
										Código Nacional:		Hoja 1	
1. Identificación										2. Clasificación Tipológica			
1.1 Nombre (s) CASA CII 9 #8-17/21/23/27/31										Grupo			
1.2 Departamento Risaralda										Subgrupo			
1.3 Distrito/Municipio Apia										Arquitectura Militar			
1.4 Centro Poblado										Arquitectura Habitacional			
1.5 Dirección CII 9 #8-17/21/23/27/31										Arquitectura Religiosa			
1.6 Barrio										Arquitectura Institucional			
1.7 No. Manzana 032										Arquitectura para el Comercio			
1.8 No. del Predio 0003										Arquitectura para la Industria			
1.9 Cédula Catastral 01-00-032-0003-000										Arquitectura para el Transporte			
1.10 Matrícula Inmobiliaria										Obra de Ingeniería			
3. Origen										Urbano			
3.1 Siglo - Período XX										Sector Urbano			
3.2 Fecha										Espacio Público			
3.3 Diseñador										Arqueológico			
3.4 Constructor										Sitio Arqueológico			
3.5 Uso Original Residencial										5. Fotografía General			
4. Ocupación Actual													
Propiedad <input checked="" type="checkbox"/> Administración <input type="checkbox"/> Arriendo <input type="checkbox"/> Comodato <input type="checkbox"/> Tenencia <input type="checkbox"/> Posesión <input type="checkbox"/>													
4.1 Datos del Propietario													
4.2 Datos del Ocupante													
Nombre Carlos Bernal													
Cédula o Nit 18520044 de Apia													
Dirección CII 9 #8-17/21/23/27/31													
Municipio/Distrito/Dpto. Apia													
Teléfono 3603116													
Fax													
Correo Electrónico													
6. Protección Legal										8. Responsable del Inventario			
6.1 Declaratoria como BIC <input checked="" type="checkbox"/> SI <input type="checkbox"/> No										Entidad PAISAJE CULTURAL CAFETERO			
6.2 Normativa Vigente PEP <input type="checkbox"/> POT <input type="checkbox"/> PBOT <input type="checkbox"/> EOT <input checked="" type="checkbox"/> Reclamación <input type="checkbox"/>										Diligenciado Gerardo E. María Tulliani, Maszuo			
Acto Administrativo Decreto 031 de Junio 30 del año 2000										S. Julio Cesar,			
4.3 Avalúo										Trujillo U. Juan Carlos			
Catastral										Doroteo V. Jorjao Fariaga			
Comercio										Fecha 10/05/2007			
Patrimonial										Fecha			
7. Observaciones													

Imagen 50. Página 1, Ficha de Inventario Valoración del Ministerio de Cultura.

La información obtenida en campo se depuró, siendo utilizada solo la de los inmuebles pertinentes para los efectos de los análisis, teniéndose en cuenta adicionalmente que estos contaran con información completa desde los puntos de vista de los levantamientos arquitectónicos y del registro fotográfico. Esta selección determinó una muestra de 85 inmuebles rurales cuyas características se consignan en la matriz denominada “Cuadro Estadístico Casas de Fincas Base del Estudio”, mientras que para la muestra urbana se estableció un consolidado de 71 inmuebles, los cuales se estipulan en el “Cuadro Estadístico Casas Urbanas Base del Estudio”; es importante mencionar que ambas matrices se encuentran integradas al desarrollo de la tesis.

De esta manera, el registro fotográfico de los inmuebles tomado en campo permite poner en evidencia la fundamentación teórica, así como el desarrollo de nueva teorización que emana del análisis comparativo de los elementos arquitectónicos en su aporte a la constitución de las calidades formales, funcionales y espaciales de las casas de bahareque, lo mismo que en relación con sus efectos sobre la percepción y disfrute de los paisajes cafeteros. Del mismo modo, los levantamientos arquitectónicos ayudan a la visualización de las características formales y funcionales de los elementos constitutivos a analizar.

En cuanto al contraste de manera matricial, este permite establecer deducciones e inferir correspondencias en los casos rurales y urbanos estudiados.

A la vez, mediante la participación en las actividades dentro del Observatorio para la Sostenibilidad del Patrimonio en Paisajes, se llevará a cabo una contrastación permanente de los hallazgos con los conceptos de otros expertos en investigaciones similares.

También, durante la pasantía de investigación en el Doctorado en Diseño y Creación de la Universidad de Caldas, se busca generar espacios de discusión sobre los avances del trabajo que permitan hacer las comparaciones, énfasis y correctivos del caso en lo relacionado con aspectos metodológicos, teóricos, conceptuales, al igual que sobre los respectivos hallazgos de investigación. Igualmente, se pretenden generar diálogos con doctorandos y doctores sobre la geografía, la historia y el paisaje en la región, temas sobre los que se requiere fundamentación para el desarrollo del Capítulo 1; en este sentido, se pretende detectar bibliografía que brinde soporte teórico y conceptual para el desarrollo del mismo.

Por último, se establecerán las conclusiones derivadas del estudio.

Capítulo 1

EL MARCO DE ESTUDIO: LA REGIÓN CENTRO-OCCIDENTAL DE COLOMBIA Y SUS CARACTERES ESPACIALES, TERRITORIALES Y PAISAJÍSTICOS

1.1 Caracteres físicos de la región Centro Occidental de Colombia

1.1.1 Localización del área de estudio

Colombia se ubica al norte de Sur América, presentando una posición privilegiada al tener costas sobre los Océanos Atlántico y Pacífico.

Por el norte, Colombia llega hasta los 12°26'46'' de latitud norte en el sitio denominado Punta Gallinas en la península de la Guajira, que a su vez constituye el extremo septentrional del continente suramericano. Por el sur, el territorio llega hasta los 4°12'30'' de latitud sur donde la quebrada San Antonio vierte sus aguas al caudaloso río Amazonas. Hacia el extremo oriental, se localiza a los 60°50'54'' de longitud oeste de Greenwich, sobre la isla de San José en el río Guainía, frente a la Piedra del Cocuy, límite común entre repúblicas de Colombia, Brasil y Venezuela. Por el occidente, llega hasta los 79°02'33'' de longitud oeste de Greenwich, que corresponden al Cabo Manglares en la desembocadura del río Mira en el Océano Pacífico (Mapa 1).

Mapa 1. Ubicación de Colombia en Suramérica.



Mapa 1. Ubicación de Colombia en Suramérica. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Colombia limita con los países de Venezuela (2219 km), Brasil (1645 km), Perú (1626 km), Ecuador (586 km) y Panamá (266 km), y se caracteriza por su diversidad de pisos térmicos con alturas que oscilan entre 0 metros sobre el nivel del mar y cumbres nevadas a alturas que superan los 5000 metros, con una gran biodiversidad, riqueza étnica y cultural.

El medio geográfico colombiano está constituido por variedad de pisos térmicos que propician un espectro de climas rico en matices, que posibilitan la existencia de diferentes tipos de vegetación, de fauna, constituyendo un sistema biofísico caracterizado por una gran biodiversidad. Tradicionalmente se consideran cinco regiones naturales en Colombia: del Caribe, del Pacífico, Andina, Orinoquía y Amazonía (Mapa 2).

Mapa 2. Regiones Naturales de Colombia - Región Andina.

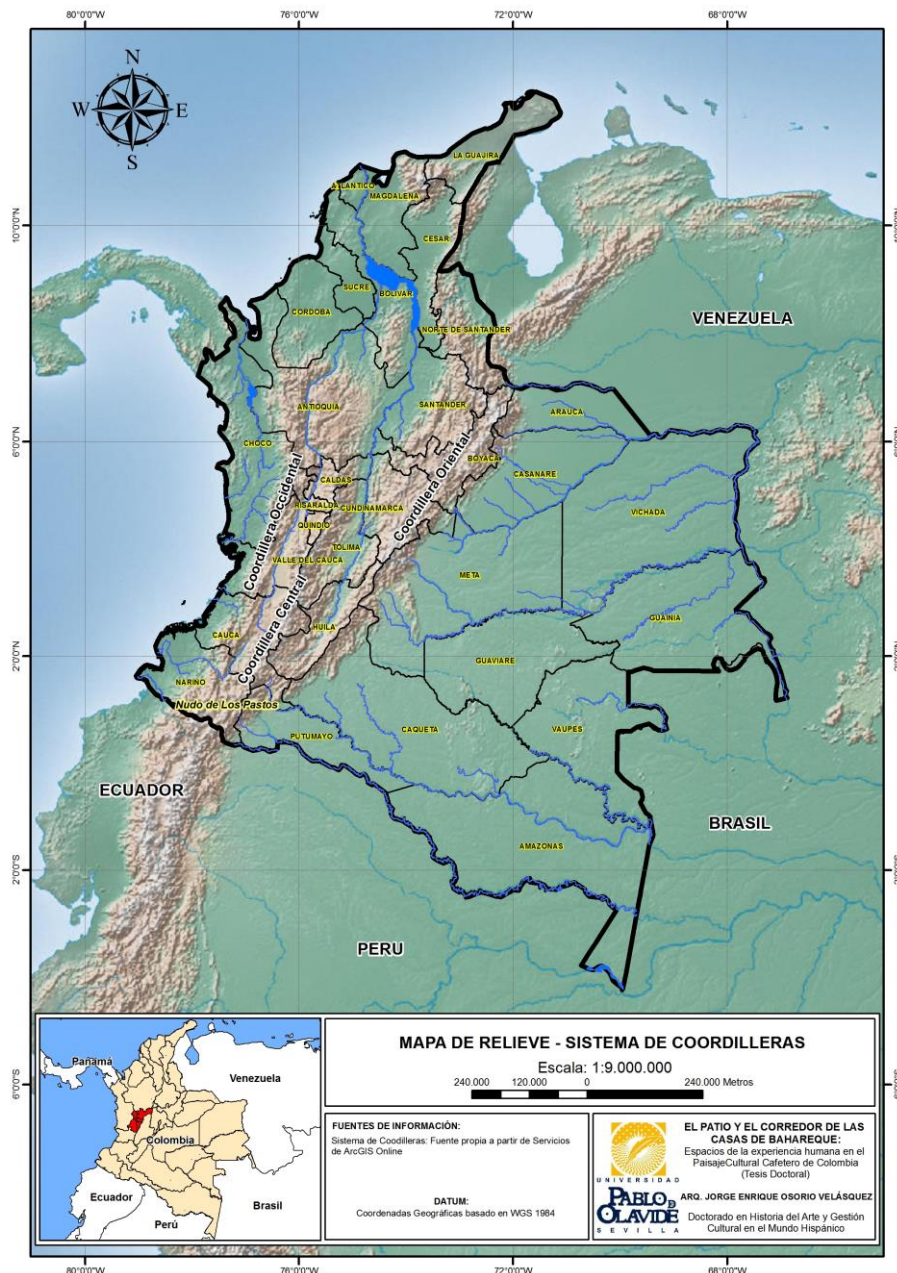


Mapa 2. Regiones Naturales de Colombia - Región Andina. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

En cuanto a la topografía, esta comprende una extensa zona de montaña que se origina en el Macizo Colombiano al sur del país, punto donde los Andes se bifurcan en tres cordilleras, la Oriental (con una longitud de 1.300 Km, con una anchura de 516 km, cuya máxima cumbre es Ritacuba Blanco con 5.410 msnm), la Central (con una longitud de 1.023 Km, anchura de 449 km y su pico más alto es el Nevado del Huila 5.750 msnm) y la Occidental (con una longitud de 1.200 Km y una altura promedio de 2.000 m, una anchura de 376 km, mientras la máxima altura se encuentra en el Volcán Cumbal con 4.764 m.), para avanzar hacia el norte por el centro del país, conformando las cuencas de los ríos Cauca (1.350 km de longitud) entre las cordilleras Occidental y Central, y el de La Magdalena (1.540 km de longitud), entre las cordilleras Central y Oriental, ambos con desembocadura en el mar Caribe.

Puede observarse en el Mapa No. 3 cómo esta cadena de montañas divide el país en sentido oriente occidente, dejando hacia el oriente la vasta región de los Llanos orientales y la Amazonía, hacia el occidente el Chocó biogeográfico con una extensa costa sobre el océano Pacífico y hacia el norte las planicies de la costa Caribe. Cabe destacar dos accidentes singulares por fuera de estas cordilleras, como son la Sierra Nevada de Santa Marta ubicada al norte, de manera inmediata a la costa Caribe (alcanza una altura de 5.775 metros en sus picos nevados y tiene una superficie de 17.000 km²) y la serranía de La Macarena al sur (con una longitud de 120 km y un ancho de 30 km, su altura media es de alrededor 1600 msnm.), adyacente a la cordillera oriental (Mapa 3).

Mapa 3. Relieve - Sistema de cordilleras colombiano.



Mapa 3. Relieve - Sistema de cordilleras colombiano. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Por su parte, la región natural Andina se caracteriza por ser la zona más poblada y montañosa del país, con límites que coinciden con el área de la cordillera de los Andes a su entrada por el sur del país, con el macizo colombiano, al igual que con su bifurcación a la altura de los nudos de Pasto y Almaguer donde se originan las cordilleras Occidental, Central y Oriental, continuando en sentido norte hasta la frontera con Venezuela.

En esta región tienen lugar valles como el del Cauca, ubicado entre las cordilleras Occidental y Central y los municipios de Suarez en el departamento del Cauca y La Virginia en el departamento de Risaralda, así como el valle del Magdalena localizado entre las cordilleras Central y Oriental y los departamentos de Tolima y Santander. También se encuentran cañones como por el que transcurre el río Cauca a la altura de su cuenca media entre los municipios de La Virginia en el departamento de Risaralda y Tarazá en el departamento de Antioquia, mesetas como la Sabana de Bogotá y sistemas hídricos como los conformados por los ríos Cauca y Magdalena.

Igualmente, presenta alturas que van desde los 5750 msnm como en el nevado del Huila al sur del país y mínimas que oscilan entre los 400 y 200 msnm. Asimismo, se debe tener en cuenta que dentro de dicha región se ubica el denominado “Triángulo de oro” integrado por las principales ciudades del país: Bogotá, Cali y Medellín, lo que confirma esta zona como la más densa poblacionalmente de las cinco que integran el territorio nacional:

La fisonomía geográfica de la porción noroccidental se observa cómo está constituida por una compleja trama de cauces fluviales y de subsistemas montañosos. Esta característica de la geografía andina genera una complejidad micro geográfica que favorece la formación de un sinnúmero de enclaves ambientales diversificados. La textura espacial producida por la interpenetración de montañas contiene entonces una gran variedad de tipos espaciales distribuidos por el territorio de esta porción del país (Fonseca y Saldarriaga, 1992, p. 35).

Haciendo parte de la región natural Andina, encontramos la región centro occidente de Colombia, localizada sobre la ladera oriental de la cordillera Occidental y en las laderas occidental y oriental de la cordillera Central a la altura de la cuenca media del río Cauca, así como en medio del denominado “Triángulo de Oro” constituido por las ciudades de Cali, Medellín y Bogotá; se caracteriza por ser una de las regiones culturales más representativas y prósperas en la historia de Colombia, y por ocupar básicamente el segmento del territorio colombiano correspondiente a los departamentos de Caldas, Quindío, Risaralda y los municipios limítrofes del norte del departamento del Valle del Cauca, en los que

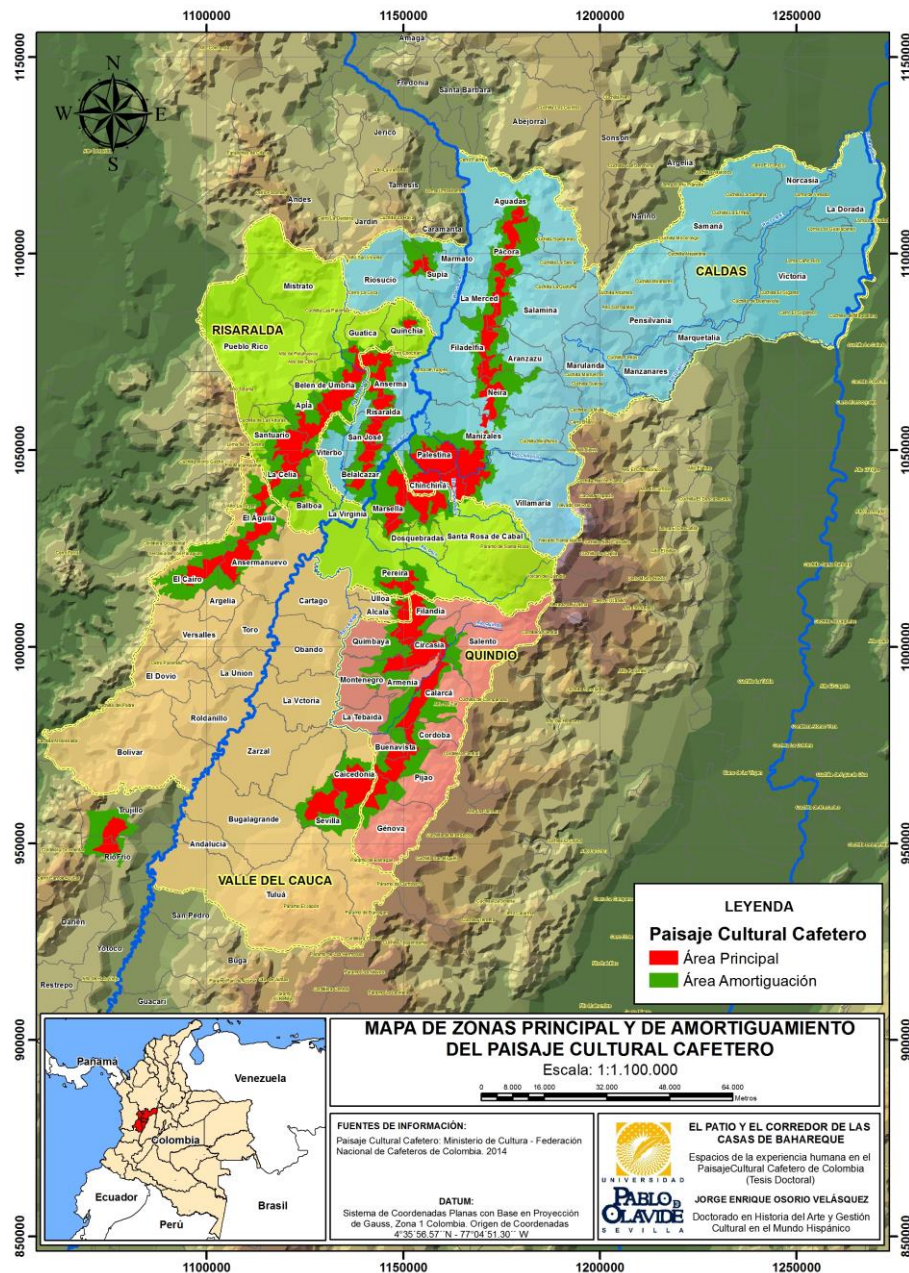
metropolitana, la cual está integrada por los municipios de Dosquebradas y La Virginia con una población de 631.944 habitantes. Por su parte, las ciudades de Armenia y Manizales tienen en proceso la conformación de sus áreas metropolitanas, que estarían integradas en el caso de Armenia por los municipios de Calarcá, Circasia, Salento y La Tebaida, con una población estimada de 410.633 habitantes; mientras que en el caso de Manizales la conformarían los municipios de Chinchiná, Villa María y Neira con 494.022 habitantes.

En la región centro occidental se encuentran valles interandinos como el valle del Risaralda sobre la subcuenca del río Risaralda, el cual desemboca en la margen izquierda del río Cauca al lado occidental del municipio de La Virginia, con una longitud del cauce principal de 110 Km; el valle del Risaralda posee un área de 1469 Km², un ancho máximo de 31.9 Km y una elevación media de 1659 msnm. El valle de Maravelez por su parte se ubica en la confluencia del río Quindío con el río Barragán, de donde deriva el río La Vieja, que desemboca en la margen oriental del Río Cauca, en las inmediaciones de la ciudad de Cartago; el área tributaria de la cuenca es de 2870 Km² y el río presenta una longitud del cauce principal de 207 Km; también encontramos otro valle interandino correspondiente a la zona de Santágueda en el departamento de Caldas.

Por su parte, el territorio del Paisaje Cultural Cafetero, PCC, cuya área se encuentra incluida dentro de la región centro occidental salvo en lo concerniente al municipio de Riófrio en el departamento del Valle, se desarrolla en las vertientes oriental y occidental del río Cauca, caracterizándose por la existencia de una topografía predominantemente montañosa, en la que se concentra una gran cantidad de áreas urbanas y un medio rural bastante habitado.

El PCC tiene un área total en su zona principal de 141.120 hectáreas y de 207.000 en su zona de amortiguamiento (Mapa 6). A la vez, se conforman seis zonas, agrupadas de acuerdo con su homogeneidad en atributos, en las relaciones entre sus habitantes y en su herencia cultural.

Mapa 6. Zona Principal y Zona de Amortiguamiento, Paisaje Cultural Cafetero.



Mapa 6. Zona Principal y Zona de Amortiguamiento, Paisaje Cultural Cafetero. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Zona A: corresponde a áreas rurales de los municipios de Riosucio, Supía y del corregimiento de San Lorenzo en Caldas, así como a áreas rurales de Quinchía en Risaralda, en las cuales se encuentran el resguardo indígena de la comunidad Embera y población afroamericana. Se debe resaltar el Carnaval de Riosucio o también conocido como Carnaval del Diablo como una de las manifestaciones culturales más importantes de la región.

Zona B: corresponde a áreas rurales del municipio de Quinchía en el departamento de Risaralda. El municipio que se destaca por su producción de café, de oro y por la existencia de asociaciones productoras de cafés especiales.

Zona C: corresponde a sectores de la cordillera Central, en los municipios de Santa Rosa de Cabal y Marsella, en el departamento de Risaralda y en los municipios de Aguadas, Chinchiná, Neira, Pácora, Palestina, Salamina y Villamaría, en el departamento de Caldas.

Zona D: corresponde a sectores de la cordillera Occidental, en los municipios de Anserma, Belalcázar, Risaralda y San José, en el departamento de Caldas; Apía, Balboa, Belén de Umbría, La Celia y Santuario, en el departamento de Risaralda; y de los municipios de Ansermanuevo, El Águila y El Cairo, en el departamento del Valle del Cauca. Esta zona se caracteriza por su gran biodiversidad, por su cercanía con el pacífico y por un relieve muy accidentado con altitudes entre los 1.000 y 1.900 m.s.n.m.

Zona E: corresponde a áreas de la cordillera Central, en los municipios de Calarcá, Circasia, Córdoba, Filandia, Génova, Montenegro, Pijao, Quimbaya, Salento, zona rural de Armenia y zonas de los municipios de Alcalá, Caicedonia, Sevilla y Ulloa, en el departamento del Valle de Cauca. En la actualidad esta zona concentra la mayor demanda turística de la región.

Zona F: corresponde a zonas de los municipios de Riófrio y Trujillo, en el departamento del Valle del Cauca, localizados tanto en la cordillera Central como en la Occidental; dentro de su relieve cuentan con la cota óptima para el cultivo del café comprendida entre los 1.400 y los 1.800 m.s.n.m. Se destaca la reserva forestal del Pacífico en los municipios de El Cairo, Riófrio y Trujillo.

Las áreas que integran el Paisaje Cultural Cafetero Colombiano comprenden 47 municipios en su zona principal y 51 municipios en su zona de amortiguamiento. Por departamento se constituye de las siguientes áreas:

Caldas: algunas áreas rurales de Aguadas, Anserma, Aranzazu, Belalcázar, Chinchiná, Filadelfia, La Merced, Manizales, Neira, Pácora, Palestina, Ríosucio, Risaralda, Salamina, San José, Supía y Villamaría, y áreas urbanas de Belalcázar, Chinchiná, Neira, Pácora, Palestina, Risaralda, San José y Salamina.

Risaralda: algunas áreas rurales de Apía, Balboa, Belén de Umbría, Guática, La Celia, Marsella, Pereira, Quinchía, Santa Rosa de Cabal y Santuario, y áreas urbanas de Apía, Belén de Umbría, Marsella y Santuario.

Quindío: algunas áreas rurales de Armenia, Buenavista, Calarcá, Circasia, Córdoba, Filandia, Génova, Montenegro, Pijao, Quimbaya y Salento, y área urbana de Montenegro.

Valle del Cauca: algunas áreas rurales de Alcalá, Ansermanuevo, Caicedonia, El Águila, El Cairo, Riofrío, Sevilla, Trujillo y Ulloa, y el área urbana de El Cairo.

El territorio del PCC se caracteriza por la existencia de suelos con un estrato superficial constituido por cenizas producto de la gran actividad volcánica existente en el área, lo que conjuntamente con la oferta hídrica representada en gran cantidad de acuíferos y un alto régimen de lluvias, que se ha encargado de proveer tierras fértiles de gran aptitud para la agricultura, en particular para el cultivo del café.

En cuanto a la vegetación existente, es importante poner en relieve la interacción existente entre zonas de cultivo, particularmente de café, con áreas naturales protegidas, con relictos boscosos y guaduales en los que se alberga una gran biodiversidad y se da el nacimiento de infinidad de microcuencas.

1.1.2 Un clima subtropical, modelado por la presencia de unas laderas y montañas andinas.

1.1.2.1 Características ambientales

La región Centro Occidente de Colombia se caracteriza por tener corredores ambientales situados entre el sistema de cerros de la cordillera Occidental – Paraguas Tatamá Caramanta –, y el sistema de páramos de la cordillera Central – Las Hermosas, Nevados, Páramo de Sonsón –, articulando en sentido este-oeste, las cuencas y subcuencas de los ríos Magdalena y Cauca.

Los bosques andinos se presentan fragmentados por la acción del hombre, tanto en la cordillera Occidental como en la Central. A la vez, en el Parque Nacional Natural de Los Nevados se identifican diferentes ecosistemas entre los 2000 y los 5000 m.s.n.m.

Por las características geológicas y geomorfológicas del territorio, se concentran varias amenazas naturales como eventos sísmicos, volcánicos y fenómenos hidrológicos en cuencas de carácter regional.

Los sistemas de páramos y subpáramos de las cordilleras Central y Occidental, se constituyen en unidades ecológicas prioritarias para la retención y regulación del agua, así como también las cuencas altas de los ríos Otún, Consota, Chinchiná y La Vieja. Del mismo modo, la región dispone de un gran potencial hídrico representado en 38 grandes cuencas, 111 microcuencas abastecedoras, lagos, lagunas, represas y aguas subterráneas.

1.1.2.2 Geología

A partir de la construcción de la “Autopista del Café” en los años 1999 y 2000, la vía de 37 km entre las ciudades de Armenia y Pereira fue ampliada, lo que permitió abrir cien perfiles geológicos para el estudio (TISTL, 2006) de la

conformación del paisaje con una cercanía de 10 a 15 km de la cadena volcánica de la Cordillera Central; esto es importante si se tiene en cuenta que la conformación geológica de la región centro occidental de Colombia se enmarca al pie de los volcanes de la Cordillera Central, sector occidental.

Las observaciones de los perfiles permitieron determinar que “durante un largo periodo de tiempo en el Pleistoceno, el descongelamiento de los glaciares en la cima de la cordillera, causado por la actividad volcánica efusiva, produjo un abanico de flujos de lodo de enorme volumen, impactando principalmente, el Piedemonte” (TILSTL, 2006, p. 79) y dejando lo que geológicamente se denomina “badlands”, es decir, paisajes de sedimentos vulcano glaciares sumamente sensibles a la erosión regresiva, que posteriormente recibían la deposición de nuevos flujos de lodos.

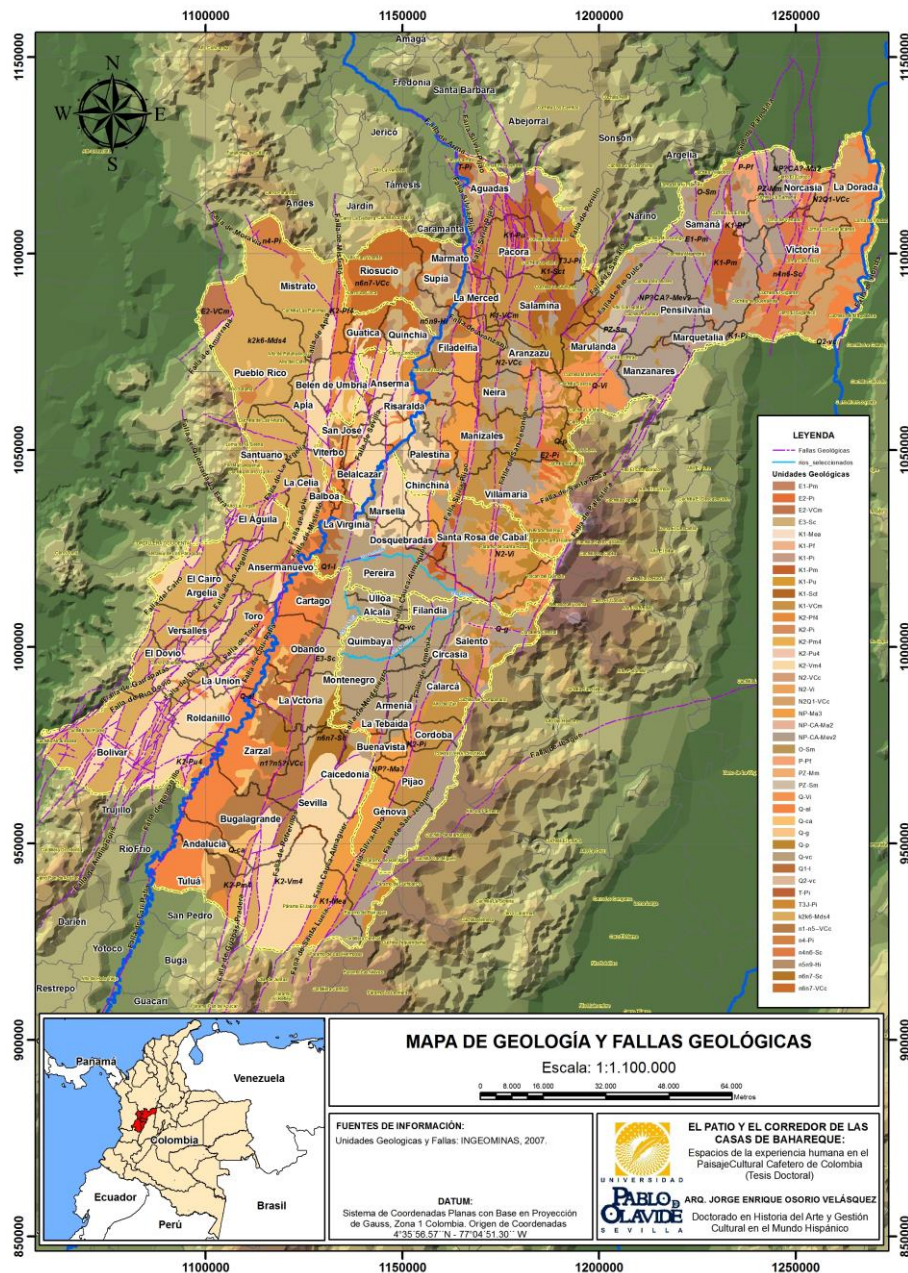
Estos flujos de lodo, originados desde el complejo Ruiz - Tolima, buscaron sus caminos hacia abajo siguiendo la morfología existente al lado de los ríos actuales, hacia el valle del río Otún y de allí hacia el sur oeste a los valles de los ríos Barbas, Roble, Consota, El Chocho y La Vieja. Las edades de estos flujos varían pero se sugieren de hasta menos de 20.000 años (TILSTL, 2006).

El volcanismo explosivo causó, principalmente, caídas de cenizas en el Piedemonte, sobre el abanico de flujo de lodos. Estas cenizas antiguas de aproximadamente 50.000 a 30.000 años de edad, son compactas, de color café oscuro con estratos ricos en materia orgánica. Gracias a las condiciones climáticas durante una fase fría y de expansión de la vegetación del páramo hasta los 1500 mts, se produce un proceso de caolinización de estas cenizas. El caolín es utilizado actualmente para la producción local de cerámica artesanal.

En los perfiles se encontró otro tipo de cenizas grises, amarillas y rojizas menos compactas que las antiguas y que se conocen como cenizas jóvenes, su espesor varía según el terreno sea plano o pendiente entre los 30m o los 8 m. En varios sitios se encuentran testigos de la actividad humana en forma de niveles de

piedras y artefactos líticos –hace aproximadamente 10.000 años– lo que significa que en diversos momentos, la vida de los seres humanos fue influenciada e interrumpida por la actividad volcánica (Mapa 7).

Mapa 7. Geología y Fallas Geológicas.



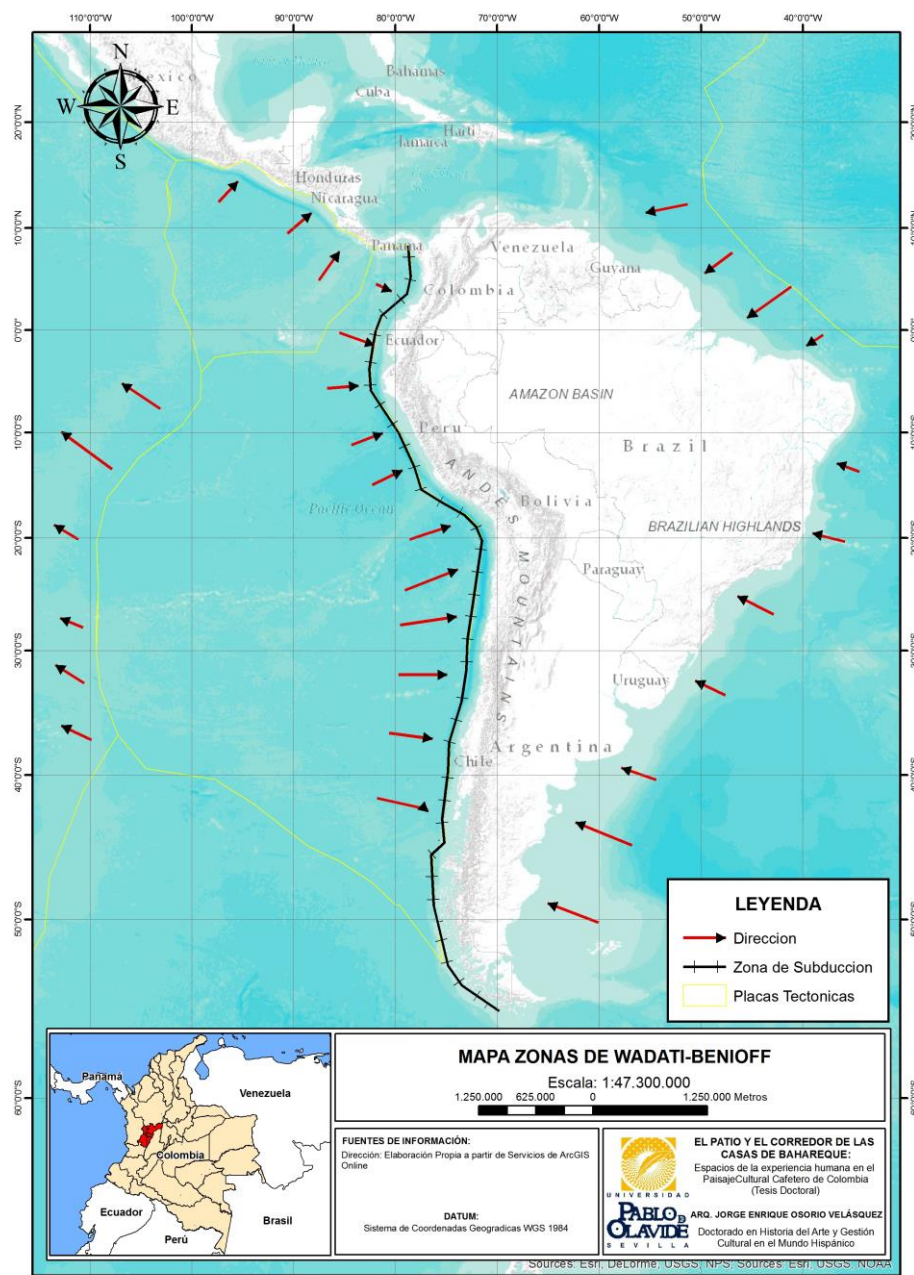
Mapa 7. Geología y Fallas Geológicas. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Según TILSTL (2006), históricamente la erosión fue más fuerte que la sedimentación y en el momento el paisaje se encuentra en una fase erosiva, fenómeno que se incrementa con las inadecuadas prácticas de uso del suelo en pendientes altas como es el caso de la ganadería, de modo que en un futuro próximo las cenizas jóvenes base de la fertilidad de los suelos del Eje Cafetero desaparecerán. A la vez, el descongelamiento de los glaciares de los nevados

debido al calentamiento continuo va a acelerar también los procesos de erosión, pero a la vez desacelerará la amenaza de grandes flujos de lodo.

De otra parte, la región se localiza sobre “la incidencia de la Zona de Benioff o Zona de subducción de las Placas Oceánicas y Continental” (Molano, 2008, p. 30). De manera que el espacio geográfico se encuentra sujeto a deformaciones y en él se liberan los esfuerzos generados por la interacción de las placas de Nazca, Caribe y Sur América que han reactivado varios de los antiguos sistemas de fallas (Mapa 8).

Mapa 8. Zonas de Wadati - Benioff.



Mapa 8. Zonas de Wadati - Benioff. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

1.1.2.3 Relieve y pendientes

La región centro occidental del país, según el administrador del medio Ambiente Jorge Andrés Rivera Pabón, forma parte:

Del gran paisaje de las montañas andinas septentrionales suramericanas, incluyendo las cordilleras de plegamiento (Occidental, Central), piedemontes cordilleranos y los valles interandinos (depresiones del Magdalena y Cauca) que tienen una prolongada historia de transferencia y acumulación de materiales producto de la geodinámica montaña-valle (2008, p. 30).

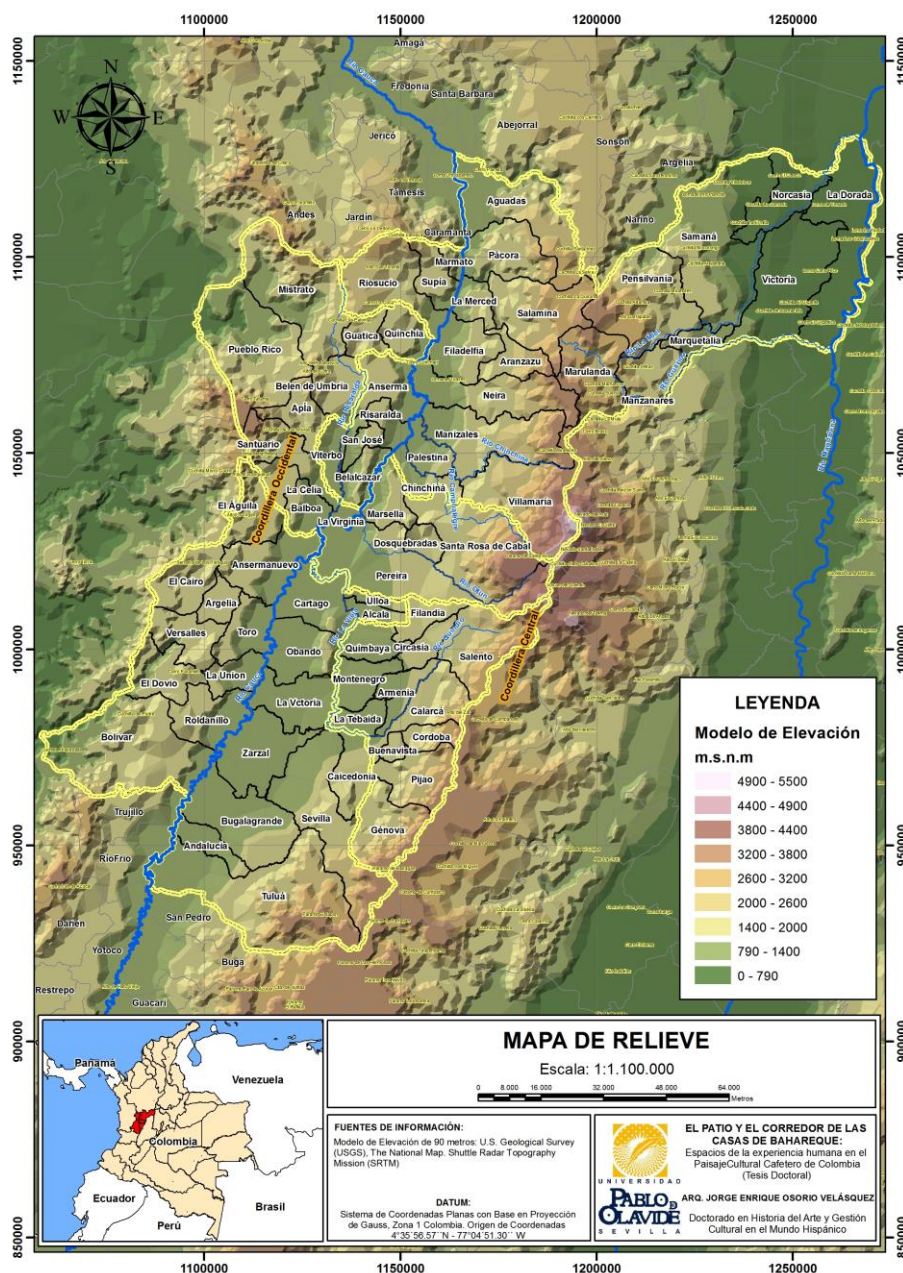
Rivera Pabón también establece que se observan:

Tres unidades fisiográficas claramente diferenciadas; una relativamente plana y ondulada que corresponde a las planicies formadas por los valles de los ríos Cauca, Magdalena y sus tributarios, y dos unidades montañosas correspondientes al flanco oriental de la cordillera Occidental y a las vertientes de la cordillera Central (2008, p. 30).

La cordillera Occidental tiene una longitud de 1.200 km y una altura promedio de 2.000 m; siendo la más baja de todas, se caracteriza por su relieve abrupto. En su parte meridional presenta valles de corta longitud y vertientes profundas y empinadas, mientras en su parte septentrional presenta una ligera disminución de la altura media del relieve donde la red hidrográfica se hace más densa. Las mayores alturas las presenta en el volcán nevado Cumbal (4.764 m), volcán Chiles (4.750 m), Los Farallones de Cali (4.280 m), el Cerro Tatamá (4.150 m), el Páramo de Frontino (4.080 m) y el volcán Azufral (4.070) (Instituto Geográfico Agustín Codazzi, IGAC, 2002).

La cordillera Central es el eje del sistema Andino, en su punto de origen en el Macizo Colombiano, nacen las principales corrientes de agua del país (ríos Magdalena, Cauca, Patía y Caquetá). Su extensión es de 1023 km aproximadamente y tiene una altura media superior a los 3000 m, lo que la constituye en la más alta. Está bordeada en sus flancos oriental y occidental por extensos abanicos de origen fluvio-glaciar y/o fluvio-volcánicos, los cuales forman amplios piedemontes densamente ocupados. Posee varios volcanes activos e inactivos, entre los cuales se destacan: el nevado del Tolima (5.280 m), Santa Isabel (5.110 m) y del Ruíz (5.310 m) (Mapa 9).

Mapa 9. Relieve.



Mapa 9. Relieve. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Los piedemontes de la cordillera Occidental son más pequeños comparados con los de la Central y la Oriental, por ser más baja. La cordillera Occidental no experimentó volcanismo en el Terciario superior ni en el Cuaternario, y la glaciación fue muy discontinua en cerros aislados.

De modo que el piedemonte hacia la depresión del Cauca es muy corto

comparado con los de la cordillera Central. El río Cauca fue empujado hacia el occidente por los aportes de la cordillera Central, ocupando la parte occidental de la depresión junto a la cordillera Occidental, lo que hizo que el piedemonte y la llanura aluvial fueran más desarrollados en su margen oriental (Flórez, 2003).

La cordillera Central ha sido afectada por volcanismo y por eventos glaciares, lo que generó un aporte inmenso de materiales a los piedemontes. Igualmente, los piedemontes de la cordillera Central empujaron a los ríos Cauca y Magdalena en sentidos opuestos, ocasionando que el río Magdalena se ubicara al este de la depresión, muy cerca de la cordillera Oriental. Como hecho particular se debe mencionar que la depresión del Cauca es unos 500 mts más alta que la del Magdalena.

Las pendientes mayores del 30% corresponden a las vertientes altas de las cordilleras con modelados glaciares y periglaciares donde predominan los desprendimientos de roca, derrumbes y movimientos en masa de diferente tipo, particularmente en la cadena de volcanes activos e inactivos de la cordillera Central y las áreas localizadas del noroccidente de la cordillera Occidental.

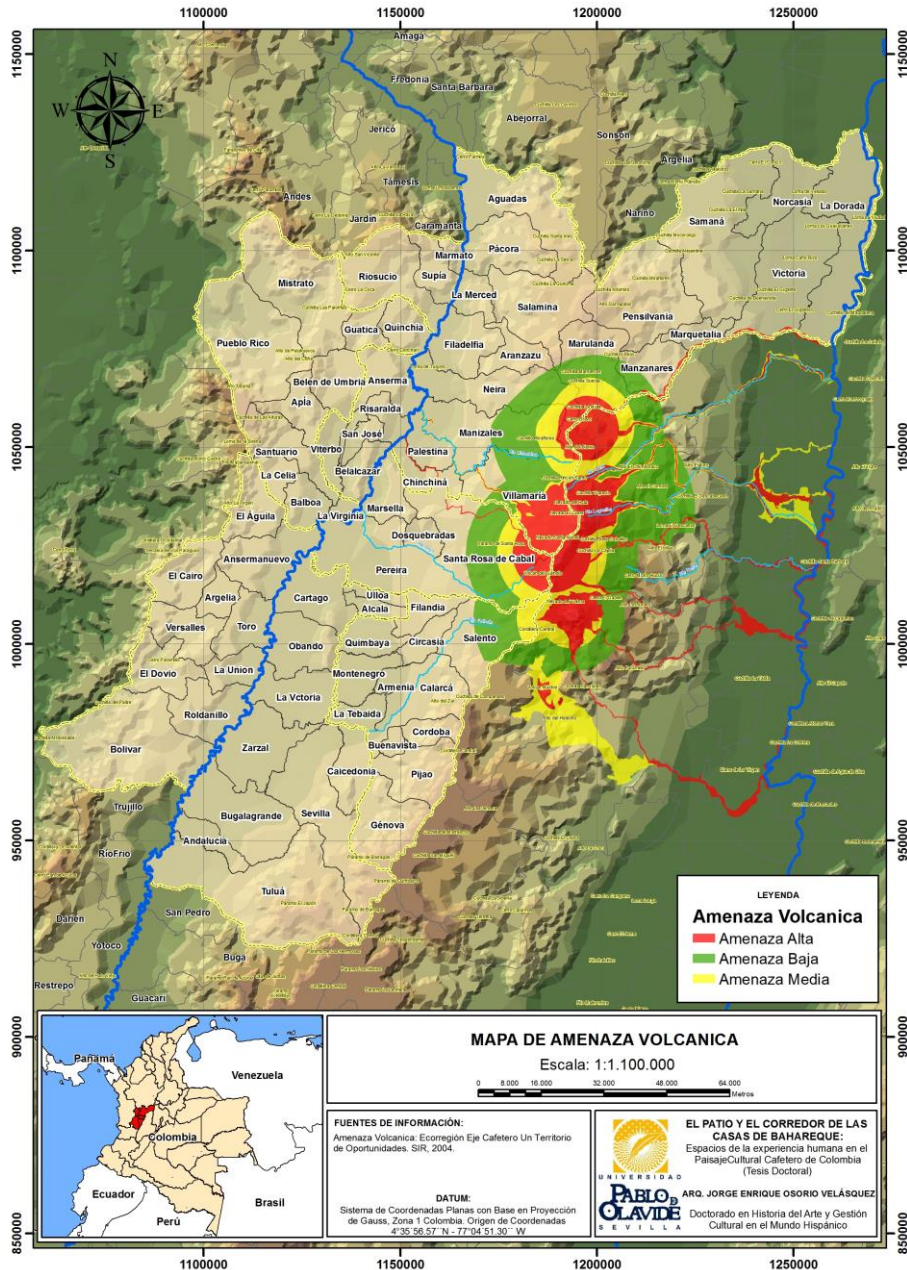
Pendientes de 20 a 30% son propias de “las vertientes medias de las cordilleras donde factores como el tectonismo, la litología, la humedad y el potencial gravitatorio han generado vertientes fuertemente inclinadas” (IGAC, 2002, p. 137), en las que predominan algunos movimientos en masa rápidos como derrumbes y deslizamientos.

Las pendientes de 10 a 20% se encuentran en las vertientes bajas y los piedemontes externos e internos de las cordilleras. Estas zonas “presentan una topografía medianamente inclinada con predominio de vertientes fuertemente disectadas coincidiendo con los cañones intracordilleranos formados por los grandes ríos andinos” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi, GAC, 2002, p. 137).

1.1.2.4 Vulcanismo y sismicidad

Sobre la base geológica anteriormente descrita, se levantaron durante los últimos 4,5 millones de años los volcanes Nevados del Ruiz, Tolima, Santa Rosa y Quindío que conforman el Macizo Ruiz-Tolima (Thouret, 1998, citado en TILSTL, 2006). El de Santa Rosa y el Quindío fueron destruidos en eventos explosivos o colapsaron. Flórez (2003) menciona también como pertenecientes a este complejo, el volcán Cisne, Guadalupe y El Contento (Mapa 10).

Mapa 10. Amenaza volcánica.



Mapa 10. Amenaza volcánica. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

El volcán nevado del Ruiz presenta una historia eruptiva de 1.8 millones de años, e incluye caída de piroclastos, erupciones laterales, flujos piroclásticos y flujos de lodos. La cobertura glaciar del Ruiz alcanza un volumen del orden de los 1.200 a 1.500 m³. Sus erupciones históricas más importantes han ocurrido en 1595 y 1985, (Rodríguez y Arango, 2003) presentándose otras seis erupciones de menor proporción entre esas fechas y posterior a 1985 varias emisiones de

ceniza.

Las cenizas pueden acumularse y conservarse en zonas planas en los valles de los ríos como terrazas; en este sentido, los ríos Otún y Quindío significan importantes amenazas en caso de un evento volcánico en la cordillera Central.

A la vez, entre los lugares con mayor afectación potencial por la ocurrencia de eventos eruptivos están “los ríos Lagunillas, Gualí y Recio, afluentes del río Magdalena y el río Chinchiná afluente del Cauca, dado que están expuestos a flujos de lodo” (Rodríguez y Arango, 2003, p. 98).

El volcán Santa Isabel es un complejo dómico, que se clasifica como activo en reposo. Sus productos principales han sido lavas, y solo sectorialmente flujos piroclásticos, flujos de lodo y caída de piroclastos. Su cobertura glaciaria abarca un área de 7 km². Los ríos Campoalegre, Claro, Totaré y Recio se encuentran expuestos a flujos de lodo de este volcán.

El volcán nevado del Tolima presenta la típica forma de un volcán explosivo, y es catalogado como un volcán activo en estado de reposo. Sus principales eventos han tenido ocasión en 1650, 1822, 1825, 1826 y 1943. Sus productos principales consisten en caída de piroclastos, flujos piroclásticos y flujos de lodo.

El volcán Machín es un volcán activo en reposo, de carácter muy explosivo, presenta actividad fumarólica en los domos, fuentes termales y actividad sísmica a niveles bajos. Su último evento ocurrió hace 830 años aproximadamente. Sus productos principales son caída de piroclastos y flujos piroclásticos.

El volcán Cerro Bravo se ha catalogado como activo en estado de reposo. Presenta fumarolas y se puede determinar como un volcán muy eruptivo por los

estudios de sus productos eruptivos y destrucción parcial de sus paredes. Su último evento se produjo hace aproximadamente 260 años.

En cuanto a la amenaza volcánica en el caso de Montenegro, La Tebaida y Circasia, se han encontrado espesores importantes de ceniza provenientes del volcán Machín. El área rural de Pereira así como el de Santa Rosa de Cabal, se localizan en un nivel de amenaza baja e intermedia. Mientras Manizales, Villamaría y el sector oriental de Neira se encuentran en un nivel de amenaza baja e intermedia; Chinchiná se ve afectado por amenaza alta a través de los ríos Chinchiná y Campoalegre.

Por lo anterior, las recomendaciones de los autores analizados frente a las amenazas volcánicas consisten en que debe evitarse la construcción de viviendas en las cercanías y para las que ya están ubicadas, se deben desarrollar planes de emergencia y contingencia para enfrentar los casos de crisis que se puedan presentar.

La amenaza sísmica es probablemente la más destacada en el Eje Cafetero. La severidad del movimiento sísmico varía según la distancia a la falla o fuente sísmica y con las condiciones geológicas locales. Es así como el origen del 90% de los terremotos es tectónico y se relaciona con zonas fracturadas o fallas, que dejan sentir sus efectos en zonas extensas. Los sismos y los deslizamientos derivados de los mismos, a su vez tienen una influencia importante sobre las llamadas líneas vitales como son los polductos, acueductos, puentes, etc.

Teniendo en cuenta que en Colombia existen tres niveles de amenaza sísmica: alta, media y baja, la región centro occidental está catalogada como de nivel alto; asimismo, los eventos de esta naturaleza tienen un carácter regional ya que cuando estos suceden tienen efectos homogéneos en todo el territorio y generalmente se dan a una profundidad intermedia entre 70 y 180 kilómetros.

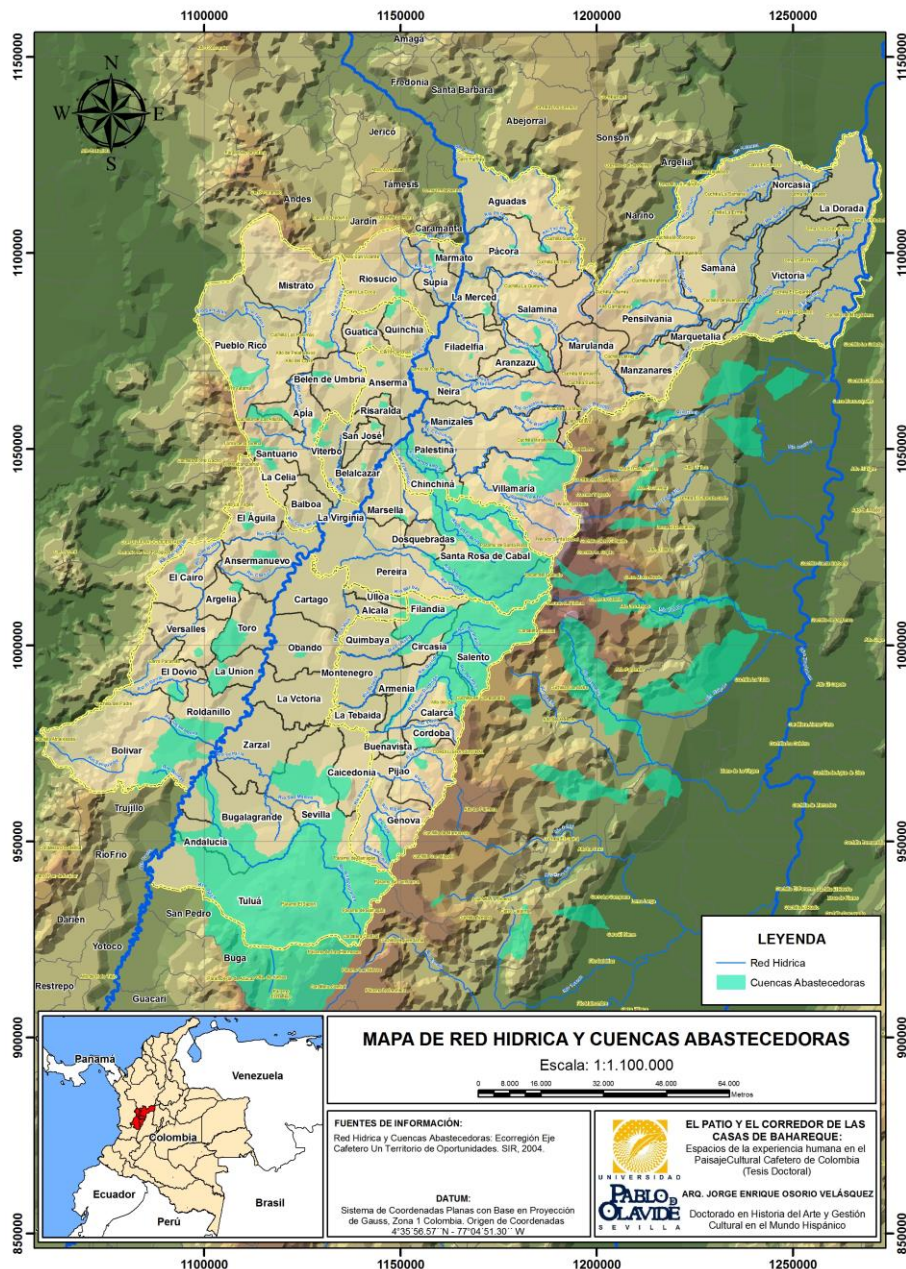
Los sismos tienen una relación causal de sacudida principal y réplicas que responden a un proceso tectónico de deformación, ruptura y liberación de energía. Entre los sismos que más se destacan y que por supuesto tuvieron repercusión regional en varios municipios están: 4 de febrero de 1938, 20 de diciembre de 1961, 30 de julio de 1962, 23 de noviembre de 1979, 8 de febrero de 1995 y enero 25 de 1999 considerado el peor de los últimos 70 años.

1.1.2.5 Hidrografía (Precipitación, cuencas hidrográficas y sistema hídrico subterráneo)

La región Centro Occidente se encuentra en la cuenca media del río Cauca, cuenta con 13.803 km², tiene un clima variado, alta densidad poblacional y actividad cafetera predominante. La estructura orográfica da carácter a la hidrografía, de modo que la red de montañas desempeña el papel de conformador de la red de aguas.

El recurso hídrico está representado por los ríos Quindío-La Vieja, Otún, Risaralda, La Miel, Guarinó, Chinchiná y Campoalegre que suministran agua a las ciudades capitales y otros centros urbanos de importancia, y depositan sus aguas sobre los ríos Magdalena y Cauca. A la vez, el Parque Natural Nacional de Los Nevados y su zona de amortiguación, abastece de agua aproximadamente al 50% de la población (Mapa 11).

Mapa 11. Red hídrica y Cuencas abastecedoras.



Mapa 11. Red hídrica y Cuencas abastecedoras. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

El agua como recurso es resultante de la sumatoria de diferentes componentes: la precipitación, las aguas superficiales y las aguas subterráneas.

Según estudios de Ecorregión (2004), las precipitaciones están por el orden de un promedio anual de 1.950 mm, por encima del promedio de Suramérica que está cerca de los 1.600mm, lo que equivale a un volumen anual

de 25,2 km³ o 25.220 millones de m³. La oferta neta regional es de 12.610 millones de m³.

Se presentan en la región dos períodos lluviosos y dos secos o de lluvias bajas. Las temporadas lluviosas corresponden a los periodos abril-mayo y octubre-noviembre, las temporadas secas corresponden a los periodos enero-febrero y julio-agosto.

En las zonas de media ladera se muestran las mayores precipitaciones y menores niveles de evapo-transpiración, lo que es importante porque genera un potencial hídrico valioso que suple las necesidades de las zonas bajas; dado que en las zonas bajas correspondientes a los Valles del Cauca, Risaralda y Magdalena se presentan bajas precipitaciones y los niveles de evapo-transpiración altos, de manera que presentan un déficit agronómico. Por su parte, las zonas de altura mayores a los 3.000 msnm presentan precipitaciones intermedias con baja evapo-transpiración, lo cual las constituye en sectores estratégicos desde el punto de vista de la recarga acuífera.

Los páramos del Parque Nacional Natural Los Nevados, el altiplano El Manzano y el glacis del Quindío, se constituyen en zonas de recarga especial pues dan lugar a una alta tasa de infiltración, aunado a las condiciones geomorfológicas en la zona de Santa Rosa, El Manzano y el glacis del Quindío que generan una topografía de relieve local bajo y una capa gruesa de cenizas, que facilitan la recarga de los acuíferos superficiales y profundos.

Es importante señalar que a lo largo del valle interandino del río Cauca, se encuentra una de las reservas de agua subterránea más importantes del país y que ha sido fundamental en el desarrollo de esta región.

1.1.2.6 Clima (Precipitación y temperatura)

El clima de la Región Centro Occidente se presenta a partir del

comportamiento de la precipitación (mm) y la temperatura, de manera que muestra una precipitación anual que oscila en 7 niveles desde 700 y 6.420 mm. (WWF-Colombia, 2013).

Debido a la influencia que producen las masas de aire húmedo sobre la cordillera Occidental y la depresión del río Cauca, se presentan dos marcadas tendencias (Rivera, 2008) una muy húmeda en la vertiente occidental, con las mayores precipitaciones en las elevaciones de las cordilleras en los departamentos de Caldas y Risaralda (límites con el Chocó) con precipitaciones entre 2.300 y 4.500 mm, aproximadamente y otra húmeda con tendencia seca, en la vertiente oriental hacia el valle del río Cauca, las menores precipitaciones se ubican en los departamentos del Tolima y Valle del Cauca entre 700 y 2.300 mm.

De otra parte, la temperatura media anual oscila entre 16°C a 2.500 m y hasta 6°C en la parte más alta (3.000-3.800 m, en la parte occidental) y:

“las temperaturas promedio máximas alcanzan aproximadamente 30°C. Los departamentos con mayor temperatura media son Tolima y Valle del Cauca, con 32°C y 31°C, respectivamente. Las temperaturas mínimas están alrededor de 6-8°C en la parte baja y aproximadamente 0°C en los páramos altos”. (WWF-Colombia, 2013:35).

Todos los pisos térmicos están presentes en la región Centro Occidente de acuerdo con la escala de Lang, desde el árido hasta el superhúmedo, como se puede ver en el mapa 12.

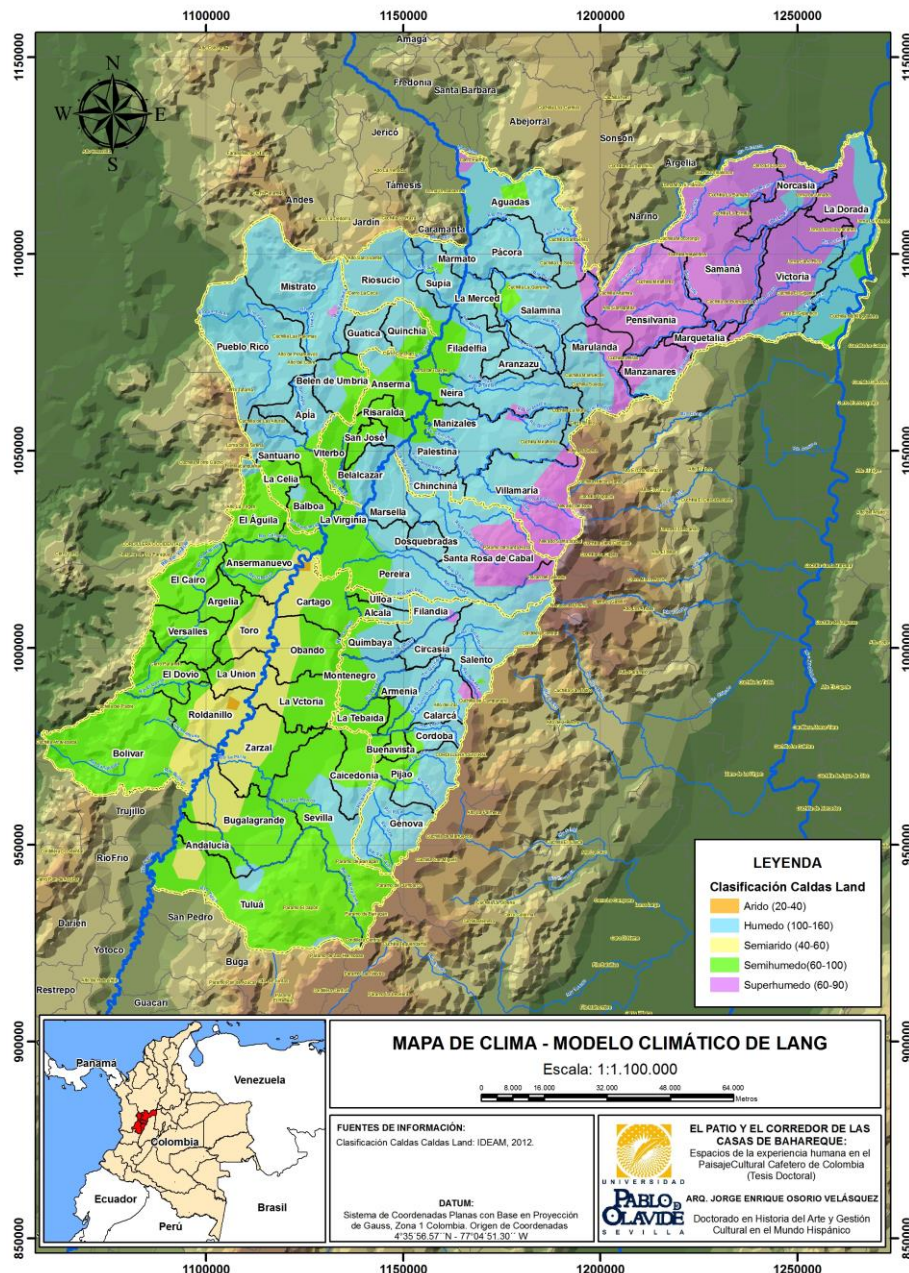
El clima tiene por supuesto una gran influencia en las maneras en que el ser humano habita el territorio, de manera que el régimen de lluvias, los vientos y las temperaturas se convierten en reguladores sociales y económicos.

En las zonas las costaneras de los ríos Magdalena y Cauca se manifiestan temperaturas que fluctúan entre los 24 y los 33 grados, con suelo húmedo y vegetación perenne. Los cultivos que predominan son los de caña de azúcar y cacao.

La mayoría del territorio de la región Centro Occidente se ubica en el clima húmedo, formado por las cuencas media y baja de los ríos Cauca, La Vieja, Otún, Chinchiná, Risaralda y La Miel y las vertientes medias de las cordilleras. Se constituye de zonas de bosques y de pastos aptas para el cultivo de café.

El territorio de clima superhúmedo está comprendido por las laderas superiores de las cordilleras Central y Occidental, en donde se localizan los nacimientos de los ríos, con vegetación característica de tierra fría. Se cultiva maíz y se practica la ganadería. Los terrenos de temperaturas extremas se encuentran despoblados (Mapa 12).

Mapa 12. Clima – Modelo Climático de Lang.



Mapa 12. Clima – Modelo Climático de Lang. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

1.1.2.7 Biodiversidad y áreas naturales protegidas (Ecosistemas y especies)

La diversidad de ecosistemas en la región es alta, contando con trece categorías: bosques, cuerpos de agua, cultivos, café con sombrero, humedales, nival, páramo, pastos, plantaciones forestales, rastrojos, suelo expuesto, zonas urbanas y sin

información (Ecorregión, 2004).

Además del Parque Nacional Natural de Los Nevados, otros sistemas se perfilan como estructurantes a nivel regional por su carácter supramunicipal; los ríos Cauca, Chinchiná, Otún, Quindío, La Vieja, Campoalegre, los cuales además establecen relaciones físicas entre el campo y la ciudad e integradores de las áreas protegidas, al servir de corredores biológicos y en algunos sitios como parques lineales, haciendo parte del espacio público.

Entre las especies, se destaca la variedad de aves con una representación del 45% del país, de las cuales se han registrado 837 especies. En otros grupos están las ranas con 94 especies, es decir un 35%; entre los mamíferos no voladores se han registrado 25 especies, es decir un 8%; también 21 especies de murciélagos equivalente a un 12%, en todos los casos de las cantidades potenciales de especies (Ecorregión, 2004).

Más allá de las consideraciones específicas sobre biodiversidad, los municipios declaran zonas de reserva por razones relacionadas con problemáticas socioculturales locales, tales como la protección de las microcuencas que surten agua para el abastecimiento humano; protección de bosques para la comercialización y uso doméstico; prevención de desastres; recreación y turismo; protección de valor histórico y cultural y restauración de áreas protegidas por efectos antrópicos (Rodríguez y Arango, 2003).

En la región se han establecido tres conglomerados con sus respectivas áreas protegidas, como se puede observar en el siguiente cuadro:

Cuadro 1. Áreas protegidas según conglomerados 2002.

	Área Km²
Conglomerado 1: Manizales, Villamaría, Chinchiná, Palestina y Neira.	1.522
Conglomerado 2: Pereira, Dosquebradas, Santa Rosa, La	2.177

Virginia y Cartago.	
Conglomerado 3. Armenia, Calarcá, La Tebaida, Montenegro y Circacia.	674

Cuadro 1. Áreas protegidas según conglomerados 2002. Fuente: Rodríguez y Arango, 2003, p. 117

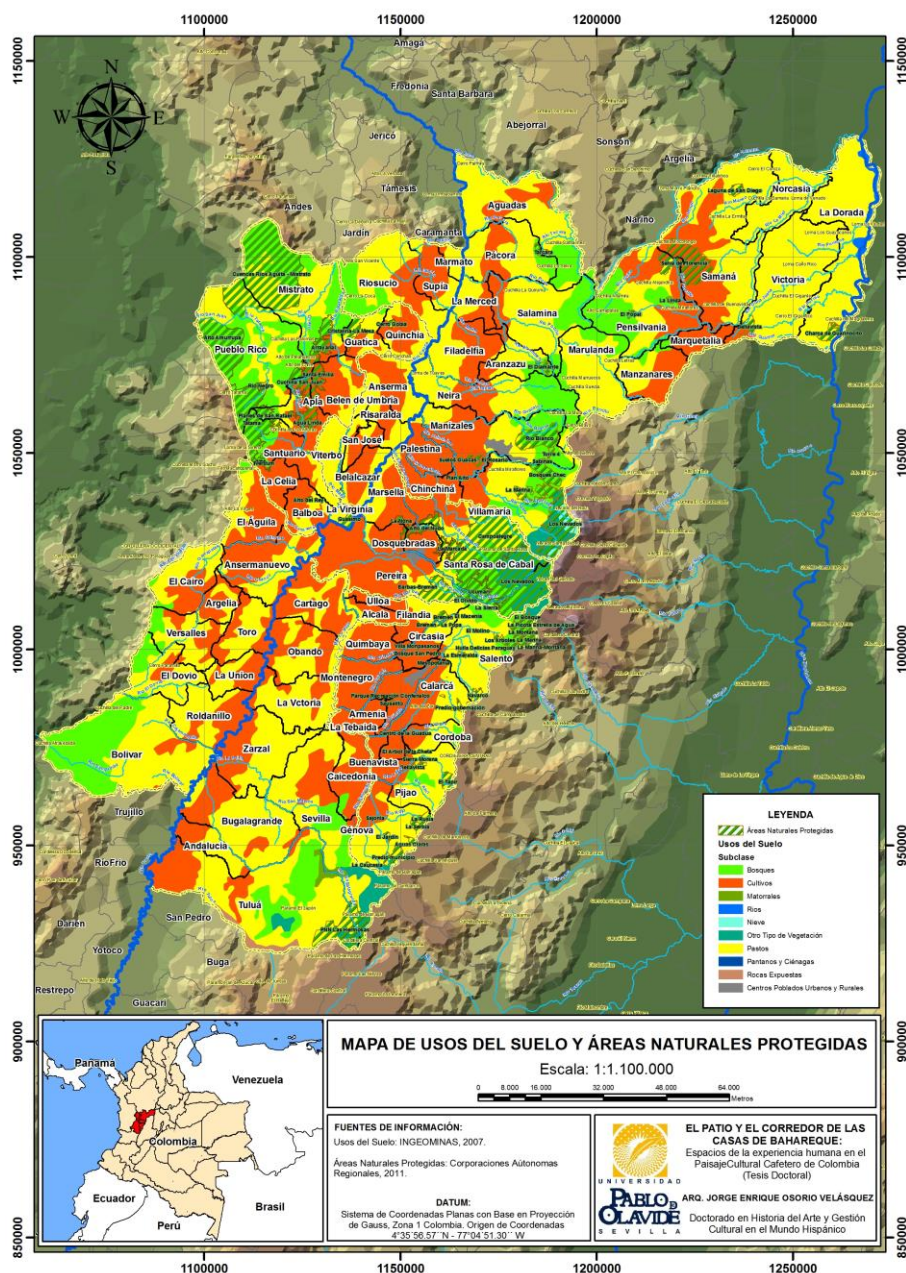
El mayor número de áreas protegidas están representadas por ecosistemas relacionados con el recurso hídrico, lo cual quiere decir que las fuentes hídricas y los suelos para su protección y regulación comprenden más del 50% de las áreas protegidas, exceptuando a Manizales, Pereira, Santa Rosa de Cabal y Armenia.

Los bosques representan el 21% de las áreas protegidas, como es el caso de las reservas forestales de Hojas Anchas, bosques de la CHEC y Río Blanco en Manizales y Villamaría; y el Parque Regional Natural Ucumarí en Pereira y Santa Rosa con extensiones superiores a las 4.000 hectáreas y otros relictos boscosos y guaduales cuya extensión no supera una hectárea (Rodríguez y Arango, 2003).

La demás áreas de protección están distribuidas entre las fuentes hídricas, los suelos para su regulación, el sistema orográfico, fincas y veredas y otros varios sin información.

Según la arquitecta Gladys Rodríguez y el sociólogo Oscar Arango (2003), la mayoría de las áreas protegidas, el 62%, se encuentra en la zona rural, el 31% pertenecen al suelo urbano y solo el 7% son de zonas de transición y comunicación entre lo rural y lo urbano; son principalmente los ríos, quebradas, algunos bosques y cerros que rodean el casco urbano de los municipios (Mapa 13).

Mapa 13. Usos del suelo y Áreas naturales protegidas.



Mapa 13. Usos del suelo y Áreas naturales protegidas. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Solamente el 4% de las áreas protegidas tiene una extensión superior a las 1.000 has, así:

Parque Nacional Natural Los Nevados en el área comprendida en Villamaría, Pereira y Santa Rosa de Cabal (18.000 has.)
 Bosques de Hojas Anchas- La Cristalina (8.000 has.) y los Bosques de la CHEC (4.000 has.) en Manizales
 Reserva del río Blanco en Manizales (4.765 has.)

Bosques de la CHEC y Aguas de Manizales en Villamaría (4.500 has.)
Bosque El Brillante en Palestina (1.661 has.)
Parque Regional Natural Ucumarí en Pereira y Santa Rosa de Cabal (4.096 has.)
Cuenca alta del río Consotá en Pereira (Rodríguez y Arango, 2003, p. 120).

1.2. Proceso de territorialización: hitos y resultados

1.2.1. Hitos

El territorio del centro occidente de Colombia y en particular el segmento que corresponde al PCC, es un producto histórico que refleja los diferentes estadios de desarrollo de su sociedad y de manera especial la cultura material que esta ha producido en torno a la actividad de la caficultura. De esta manera, al efectuar una lectura de dicha estratigrafía, se pueden identificar los hitos históricos que han modelado los rasgos de su fisonomía y que han incidido de manera directa en las percepciones que por generaciones han experimentado los habitantes de la región, en su relación con los paisajes cafeteros.

En este sentido, se definen tres hitos relativos al poblamiento de la región centro occidental de Colombia, que teniendo de por medio un proceso de larga duración, influyeron en la modelación de la fisonomía de los paisajes cafeteros. Corresponden estos al periodo de presencia de los pueblos autóctonos previamente al arribo de los conquistadores españoles; a los momentos en que se producen las avanzadas y el asentamiento hispánico durante los siglos XVI y XVII; así como al fenómeno de poblamiento tardío del cual es objeto este territorio durante el siglo XIX.

1.2.1.1 Pobladores autóctonos en un territorio milenario

El asentamiento de los grupos humanos del que se tiene evidencia en el territorio del PCC, tanto por los hallazgos arqueológicos en diferentes áreas de su geografía, como por los relatos de los cronistas de los ejércitos españoles que se adentraron por estos confines de las montañas andinas en el siglo XVI, es fruto de un proceso de larga duración ligado a los orígenes del poblamiento en América y

a la manera como se establecieron las diferentes comunidades en el espacio geográfico que hoy comprende Colombia.

Una de las teorías más aceptadas con relación al poblamiento de América, indica que los primeros seres humanos llegan por el estrecho de Bering hace unos 20000 años al norte del continente, constituyendo la semilla de las comunidades de cazadores recolectores que en tiempos más recientes caracterizarían el segmento norte de este continente:

Tradicionalmente la mayoría de investigadores habían aceptado una temporalidad máxima de 12000 años; no obstante en las dos últimas décadas viene surgiendo un grupo creciente de científicos que aprueban una antigüedad cercana o superior a los 20000 años. Ambas hipótesis postulan una llegada inicial de poblaciones asiáticas mongoloides vía Beringia y Alaska debido a la exposición de amplias porciones de tierra con ambiente de tundra, tras un descenso del mar superior a 90 metros, al permanecer el agua congelada, en los continentes y en las altas cordilleras... (López, 2004, p. 56).

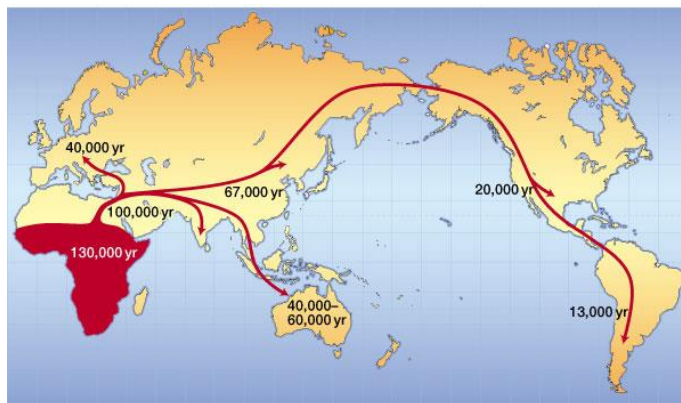
Otros grupos humanos continúan en su avance hacia el sur dejando la base para el desarrollo de lo que serían las grandes culturas mesoamericanas Tolteca, Azteca y Maya, teniendo su ingreso a Suramérica por el territorio de lo que actualmente es Colombia, más exactamente por el departamento del Chocó:

Probablemente, primero encontraron el actual departamento del Chocó, un área caliente y cubierta de bosques tropicales, con una de las mayores precipitaciones anuales de lluvia del mundo. No era el lugar más atractivo para asentarse, pero llegó a ser habitado permanentemente por grupos que hicieron las adaptaciones necesarias al medio ambiente (Bushnell, 2004, p. 20).

En este punto de contacto entre Suramérica y Centroamérica que es el Chocó, se generan dos flujos: uno hacia el sur paralelo al océano Pacífico, el cual tendría en su haber civilizaciones como la Inca, y otro hacia el norte que paralelo a la costa Atlántica produce el poblamiento de los actuales países de Venezuela o Brasil. Cabe agregar cómo la mayoría de los pueblos que se asientan en el noroccidente de Suramérica formaba parte de la familia Chibcha, la cual hizo presencia hasta Centroamérica y en algunos sectores del territorio ecuatoriano;

sin embargo, se debe mencionar también la existencia de otros grupos como el Caribe y los Arawak (Mapa 14).

Mapa 14. Ruta de poblamiento de América.



Mapa 14. Ruta de poblamiento de América. Fuente: <http://cbsegundo.webnode.es/unidades/a1-america-precolombina/poblamiento-americano/>

Los flujos poblacionales provenientes del norte del continente primero llegan a habitar las partes bajas del territorio colombiano, hecho que pone en evidencia el Antropólogo Carlos Eduardo López Castaño cuando se refiere a las investigaciones de Correal y Van der Hammen (1993, 2001), en las que “...demostraron la convivencia y cacería de megafauna al final del Pleistoceno en la Sabana de Bogotá (hace cerca de 12.000 años) y en Pubenza en las tierras bajas del Magdalena (hace 16.000 años)” (López, 2014, p. 8). (Imagen 51)

Imagen 51. Caza de mastodonte, Tocaima Cundinamarca.



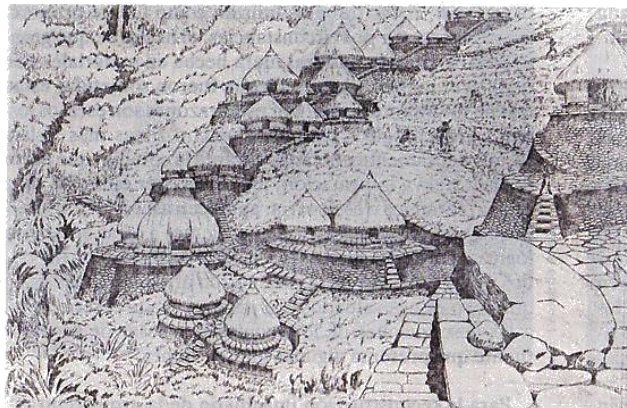
Imagen 51. Caza de mastodonte, Tocaima Cundinamarca. Fuente: <http://lapaleontologiaencolombia.blogspot.com/2011/08/mastodonte-de-sachica.html>

Estos flujos poblacionales y las comunidades que los representan pasan de tierras bajas como las ubicadas en las planicies de la costa Caribe y en la cuenca media del río Magdalena, caracterizadas por sus altas temperaturas, a ocupar sitios en elevaciones periféricas o en medio de las cordilleras andinas, constituyendo ejemplos de culturas asentadas por encima de los 1800 msnm donde el clima era más benigno y los suelos presentaban gran aptitud para la agricultura.

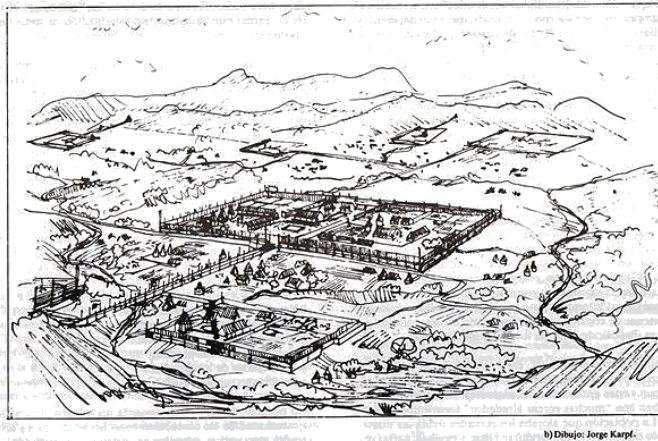
Un ejemplo de este proceso lo constituyen dos pueblos pertenecientes a la familia Chibcha: el Tairona que se establece en la Sierra Nevada de Santa Marta en la costa Caribe (Imagen 52), y el Muisca (Imagen 53) cuyas confederaciones se localizaban en áreas de la cordillera Oriental, entre ellas la Sabana de Bogotá, llegando a contar a la llegada de los españoles con unos 600000 habitantes, la nación precolombina más grande desde el punto de vista poblacional encontrada entre la civilización Maya y el imperio Inca. Refiriéndose a los Muiscas, el Historiador David Bushnell anota lo siguiente:

Los Muiscas fueron un pueblo eminentemente agricultor, que se alimentaba de papas y maíz y bebía cerveza de maíz fermentado o chicha. Eran expertos en la fabricación de textiles de algodón, fibra que obtenían a través del comercio; trabajaban el oro y practicaron la escultura en menor escala. Pero no realizaron trabajos de ingeniería comparables a los Taironas, ni asentamientos que pudieran ser descritos como ciudades incipientes. Como todos los habitantes nativos de Colombia, carecían de cualquier forma de escritura. Los Muiscas vivían en viviendas unifamiliares esparcidas por los campos, y no solamente sus casas sino también sus “palacios” y templos estaban hechos de caña, madera y barro y otros materiales similares. Por otro lado, las estructuras más importantes podrían haber llevado delgadas láminas de oro martillado colgando de los aleros, las cuales, inevitablemente fueron las primeras en desaparecer cuando llegaron los españoles (Bushnell, 2004, p. 23).

Imagen 52. Reconstrucción de ciudad perdida.
 Imagen 53. Reconstrucción Sabana de Bogotá a la llegada de los españoles.



Dibujo: Bernardo Valderrama.



b) Dibujo: Jorge Karpf.

Imagen 52. Reconstrucción de ciudad perdida. Dibujo de Bernardo Valderrama. Imagen 53. Reconstrucción de la Sabana de Bogotá a la llegada de los españoles. Dibujo Jorge Karpf. Fuentes:
<http://aplicaciones.virtual.unal.edu.co/blogs/hacolombia/files/2011/03/im4.jpg> -
<http://aplicaciones.virtual.unal.edu.co/blogs/hacolombia/files/2011/03/foto23.jpg>

Por su parte, la cuenca media del río Cauca donde hoy se escenifica el territorio del PCC, es objeto hace unos 9000 años antes del presente, de un proceso de poblamiento tardío si se compara con lo sucedido en el Magdalena Medio, y que según el antropólogo Francisco Javier Aceituno y el Veterinario Nicolás Loaiza Díaz, se divide en tres fases:

La primera, entre el Pleistoceno Final y el 9000 AP se corresponde con la fase de colonización de la región. El registro arqueológico es muy homogéneo, consiste en pequeños campamentos residenciales que contienen carbón, manos, bases de molienda, hachas, desechos de talla y artefactos, en su mayoría expeditivos.

La segunda fase, entre 9000 y el 7000 AP, se corresponde con la ocupación efectiva del Cauca Medio; es decir, cuando los grupos han consolidado la creación de sus nichos ecológicos, especialmente a través de la domesticación de plantas. En este intervalo, la densidad del registro arqueológico, el número de fechas

(nueve) y los datos microbotánicos indican una clara intervención del medio, incluyendo la domesticación de plantas locales y foráneas.

En la tercera fase, que abarca hasta el final del Holoceno Medio, (ca. 4000 AP), el número de fechas es ligeramente inferior, con un total de siete fechas en tres milenios, con un vacío importante entre aproximadamente el 5800 y el 4300 AP. Esto indica que fue un periodo de estabilidad, incluso se puede plantear la hipótesis de una ligera reducción de la densidad demográfica en la región (Aceituno y Loaiza, 2006, pp. 53-54).

Dicho proceso de poblamiento impacta las cordilleras Central y Occidental sobre las laderas del Cauca Medio, geografía caracterizada por un clima de especiales características, apto para el establecimiento humano y por poseer suelos muy fértiles como consecuencia de la caída de cenizas generada por la gran actividad volcánica, en especial la que se ha registrado durante los últimos 20000 años (López, 2014). Estos pobladores tempranos además eran portadores de un gran saber con relación a "...la ecología de los bosques húmedos de montaña..., lo que corrobora una rápida y exitosa colonización de la región debido a la experiencia acumulada en regiones con zonas de vida similares" (Aceituno y Loaiza, 2006, p. 53).

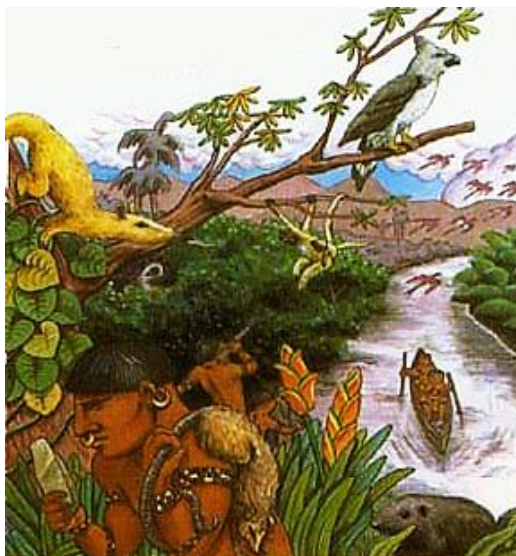
Estos grupos humanos se distribuyen por un espacio geográfico a alturas entre los 1200 y 2600 msnm, en el que dejaron evidencias de su gran movilidad, de la intervención efectuada a los bosques y de la consiguiente domesticación de las plantas, hechos que estarían en dirección de la invención de la agricultura y de propiciar las condiciones para el desarrollo de culturas como las que encuentran los españoles 8500 años después, a su llegada en el siglo XVI:

Durante los principales periodos histórico-culturales en que ha sido dividida nuestra historia prehispánica, es posible enfatizar aspectos económicos que conllevaron a lentas o rápidas transformaciones visibles en el uso de los suelos y el espacio, tales como la especialización en la cacería, la coevolución y domesticación de plantas, la sistematización de prácticas agrícolas con la producción de excedentes alimenticios, la producción e intercambio de alfarería, estatuaría y orfebrería especializada, distribución y mercados regionales, las obras de aterrazamiento y urbanismo, las prácticas funerarias, el surgimiento de cacicazgos y la complejidad sociopolítica, así como otros aspectos cuyo desarrollo conllevó la paulatina modificación de los paisajes (López, 2014, p. 7).

Es así como nos encontramos con la nación Quimbaya (Imágenes 54 y 55), perteneciente a la familia Chibcha –lo mismo que los Tairona y los Muisca–, al igual que a otro gran número de comunidades que los registros históricos ubican en las siguientes direcciones geográficas de la región centro occidental de Colombia: por el norte los Pozos, Armados, Paucaras, Picaras, por el nororiente los Pantágoras, Samanaes, Marquetones y Palenques, en el centro los Carrapas, por el occidente Umbrías, Pozos, Supías, Quinchías, Guáticas, Ansermas, Chamíes, Pirsas, Tabuyas y Apías y por el sur los Quimbayas y Pijaos (García, 1978 y Rivera, 2008).

Imágenes 54 y 55. Representaciones de la cotidianidad de los Quimbayas.





Imágenes 54 y 55. Representaciones de la cotidianidad de los Quimbayas. Ilustraciones de Diana Castellanos, del libro Así Eramos los Quimbayas, de María de la Luz Giraldo de Puech. Fuentes:
http://esdocs.org/pars_docs/refs/2/1557/1557_html_732c4b94.jpg -
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ninos/quimbaya/quimbaya5.htm>

De esta manera, nos encontramos una región densamente poblada, con grupos humanos dispersos por todo su territorio, situación que deja de lado la concentración en grandes ciudades y más bien sí la presencia de pequeños asentamientos en las partes altas de la topografía, hecho que queda en evidencia en la gran cantidad de terrazas que de manera casi imperceptible, se pueden observar coronando muchas de las elevaciones de nuestro sinuoso relieve.

Por su parte, la fertilidad de los suelos sumada a la ubicación geográfica y al clima, generaron la base para el desarrollo de una próspera agricultura, además la exuberancia de sus bosques y guaduales les permitió disponer de diferentes clases de frutos y animales para el consumo; igualmente, contaron con una gran oferta hídrica que les permitió disponer del vital líquido y de abundante pesca.

También la existencia de minas de oro de beta y aluvión facilitó la especialización de comunidades en las tareas de la orfebrería, aunque esto no llegó a significar una condición para el magistral manejo de este mineral, como efectivamente sucedía con los Quimbayas, en cuyo territorio “...no existían minas de oro y sin embargo superaban como fundidores y orfebres a todas las otras

tribus vecinas” (Valencia, 1990, p. 16); también se tiene certeza de la existencia de minas de cobre, metal que conjuntamente con el oro y la sal, permitió el desarrollo de la Tumbaga, aleación que hacía más dúctil el oro y por consiguiente más fácil su manejo. Otro mineral de sumo valor para los pueblos autóctonos, incluso muy por encima del oro fue la sal, alrededor de la cual se produjo un gran intercambio comercial, llegando incluso a desempeñar casi la función de moneda:

Los indígenas de la región consideraban la posesión de salinas, como una de las mayores riquezas; al respecto Cieza afirma que los Quimbayas explotaban manantiales de sal en Consota; sin embargo, uno de los principales centros de producción era la provincia de Anserma que comerciaba el artículo con sus vecinos, especialmente con los Carrapa, Picara y Arma, donde se obtenía la sal pero en poca cantidad (Valencia, 1990, p. 15).

De algunas de las comunidades mencionadas se puede comentar cómo los Paucuras y Picaras poseían producción aurífera, por lo que desarrollaron habilidad en su manejo y la posibilidad de emplearlo en la fabricación de objetos de uso cotidiano. Por su parte, los Pozos eran un pueblo belicoso que llegó a ganarse el odio de sus vecinos, entre ellos los Carrapas, Paucuras y Picaras, y cuyas condiciones del suelo y del clima del área donde habitaban los limitaron al cultivo del maíz: “...su organización militar parece que absorbió todas las otras actividades. Y acaso, careciendo de base agrícola y no procurándole las invasiones una alimentación suficiente, recurrió a la antropofagia” (García, 1978, p. 17).

Los Tabuyas, Guáticas y Quinchías explotaron fuentes de agua salada, mientras que los Palenques lograron desarrollar la agricultura, hecho que los indujo a abandonar la caza; además se caracterizaron por sus especiales destrezas en la construcción de viviendas con características de pequeñas fortalezas. En cuanto a los Pijaos, no tuvieron prácticas culturales que los destacaran más allá de una incipiente cerámica, siendo más bien un pueblo guerrero que se centró en la creación de un aparato militar con el que sometió a sus vecinos los Quimbayas y con el que hicieron una fuerte resistencia a la invasión española (Imagen 56).

Imagen 56. Representación de los Pijaos.



Imagen 56. Representación de los Pijaos. Obra del pintor Julio Fajardo Rubio. Fuente: <http://rednacionalcmm.blogspot.com/2010/06/julio-fajardo-rubio-junio-10-de-1910.html>

Por último, es preciso resaltar el papel jerárquico que desempeñaron los Quimbayas dentro del panorama de relaciones que constituyó el territorio del PCC en tiempos prehispánicos, como resultado de haber desarrollado una sociedad compleja y adelantada, con asignación de roles en los que se destacaban los oficios de agricultores, tejedores, decoradores, ceramistas, orfebres, expertos en metalurgia, entre otros, así como linajes en medio de una organización piramidal que concentraba el poder en una clase dominante y en particular en el cacique, que se ubicaba en el punto más alto de su escala social y política.

Además, con “80 cacicazgos independientes, cada uno de los cuales tenía entre 400 a 600 súbditos, lo que arroja una población de 45000 personas aproximadamente” (Valencia, 1990, p. 17), los Quimbayas llegaron a ser una sociedad con bases sólidas y estable, sin igual entre todo el gran abanico de pueblos precolombinos presentes en el territorio del PCC y comparable en organización con los Muisca, pueblo que como se pudo observar con anterioridad, se localizó en los altiplanos de la cordillera Oriental.

1.2.1.2 Encuentro de dos culturas: avanzadas en la Nueva Granada y asentamiento hispánico en el centro occidente de Colombia en los siglos XVI y XVII

El Cabo de la Vela, localizado en la península de la Guajira ubicada en el extremo norte de Suramérica, es avistado por expedicionarios españoles al mando de Alonso de Ojeda en el año de 1499, siendo este el hito que marca el proceso de poblamiento del sur del continente americano y de manera particular, el posterior arribo al actual territorio colombiano que se produce en enero de 1510, dejando como impronta la fundación de San Sebastián de Urabá también por el mismo Ojeda, primer asentamiento en América Hispana, el cual no fue más que un transitorio fuerte militar que sucumbió frente al continuo ataque de los indígenas presentes en sus inmediaciones.

Los 42 habitantes que quedaron entre exploradores y militares de los 300 que llegan inicialmente a San Sebastián, se trasladan al lado oeste del golfo de Urabá por sugerencia de Vasco Núñez de Balboa –quien ya conocía esta área debido a las exploraciones previas que había hecho del istmo de Panamá y que en 1513 permiten el descubrimiento del Mar del Sur, más adelante denominado Océano Pacífico–, donde Martín Fernández de Enciso funda a Santa María la Antigua del Darién en septiembre de 1510 (Mapa 15), fundación que persiste hasta el año de 1524 cuando Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla de Oro (Mapa 16), dispone su desalojo definitivo, después de que la población entrara en una lenta decadencia tras el traslado unos años antes de la sede de la mencionada gobernación a Panamá, fundada por el mismo Pedrarias en 1519.

Mapa 15. Localización San Sebastián de Urabá y Santa María La Antigua del Darién.
 Mapa 16. Gobernación de Castilla de Oro.



Mapa 15. Localización San Sebastián de Urabá y de Santa María La Antigua del Darién. Mapa 16 Gobernación de Castilla de Oro. Fuente: http://www.sogeocol.edu.co/Ova/fronteras_evolucion/proceso/conquista_reino.html

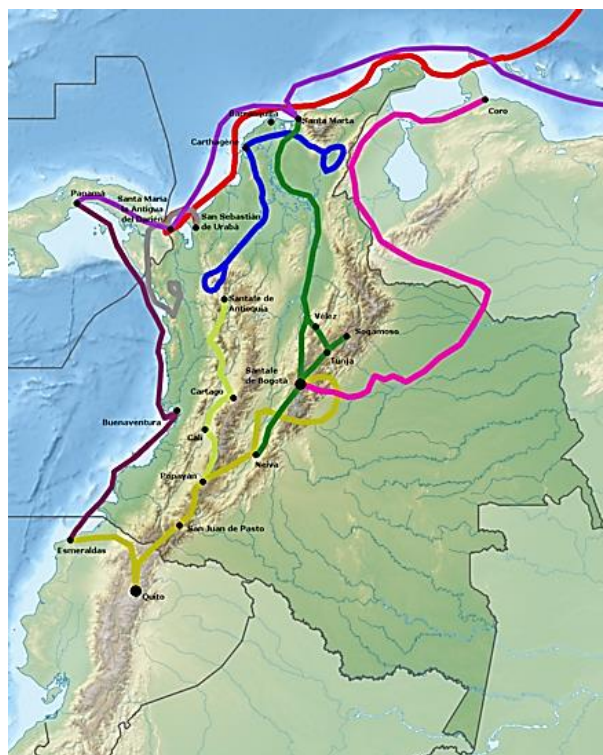
Después de estos dos fallidos asentamientos se fundan las ciudades más emblemáticas de la colonia española en la costa Caribe colombiana, como son Santa Marta por Rodrigo de Bastidas en julio de 1525, y Cartagena por Pedro de Heredia en junio de 1533. Es precisamente de Santa Marta de donde parte en 1536, bajo el mando de Gonzalo Jiménez de Quesada, la expedición que se adentra hacia la zona andina de la Nueva Granada y que termina por conquistar a los Muiscas:










Además de librar batallas, en 1538 Jiménez de Quesada fundó Bogotá como ciudad española y la hizo capital del territorio recientemente conquistado, que bautizó con el nombre de Nueva Granada en recuerdo de su lugar de nacimiento en España. A su debido tiempo, el nombre sería aplicado a todo el actual territorio colombiano (Bushnell, 2004, p. 23).

Por los días en que se funda Santa Fe de Bogotá –como se llamaría esta ciudad inicialmente –convergen en dicho territorio dos expediciones, primero la comandada por Nicolás de Federmann proveniente de Venezuela y en segundo lugar la liderada por Sebastián de Belalcázar procedente del Perú, sin embargo lo que pudo convertirse en un grave conflicto como era habitual en estos casos, terminó siendo dirimido por la corona española en favor de un tercero, haciendo que cada uno siguiera su camino en pos de otras conquistas.

Es así como en las rutas que asumen estos tres personajes se resume la forma en que continuaría penetrando el influjo hispánico en la geografía de la Nueva Granada, en particular por las trazadas por Jiménez de Quesada y Belalcázar (Mapa 17).

Mapa 17. Rutas de conquista en Colombia.



Viajes de los conquistadores en Colombia.		
	Alonso de Ojeda	(1499-1501)
	Vasco Núñez de Balboa	(1513)
	Pedro Arias Dávila	(1513-1519)
	Pascual de Andagoya, Diego de Almagro y Francisco Pizarro	(1515-1529)
	Pedro de Heredia y sus tenientes	(1532-1538)
	Sebastián de Belalcázar	(1533-1539)
	Tenientes de Sebastián de Belalcázar	(1533-1539)
	Gonzalo Jiménez de Quesada	(1536-1538)
	Nicolás de Federmán	(1537-1539)

Mapa 17. Rutas de conquista en Colombia. Fuente: http://es.wikipedia.org/wiki/Conquista_de_Colombia

Jiménez de Quesada sale de Santa Marta tomando hacia el sur por el río Magdalena arribando a la Tora, actual Barrancabermeja en el Magdalena Medio, de donde prosigue hacia la Sabana de Bogotá por la ruta de Vélez en Santander. Por su parte, Belalcázar procedente del Virreinato del Perú y después de fundar Quito, entra por el sur de la Nueva Granada atravesando Nariño, además de los actuales departamentos de Cauca y Valle del Cauca donde funda respectivamente sus capitales, las ciudades de Popayán y Santiago de Cali; prosigue de Cali hacia el noreste cruzando la cordillera Central, adentrándose por el actual departamento del Huila, sigue el valle del río Magdalena hacia el norte, cruza la cordillera Oriental llegando a los llanos orientales, volviendo a ingresar en la mencionada cordillera Oriental e ingresando de esta manera a la nación Muisca, donde como anotábamos anteriormente, se encuentra con Jiménez de Quesada y Federmann.

Es precisamente por esta ruta que establece Belalcázar hasta Cali, ciudad que se convierte en base comercial y militar – y en la que este funge como Gobernador de la Provincia de Popayán–, por la que el Mariscal Jorge Robledo proveniente del Perú, con el apoyo del mencionado Belalcázar, se adentra por el territorio del centro occidente tomando como eje de su travesía el río Cauca el cual “...orienta la conquista y es punto de contacto de los pueblos indígenas del norte y del occidente. Siendo la línea estratégica de conquista y colonización, Robledo tiene la clave para la buena distribución de sus tenientes...” (García, 1978, p. 18).

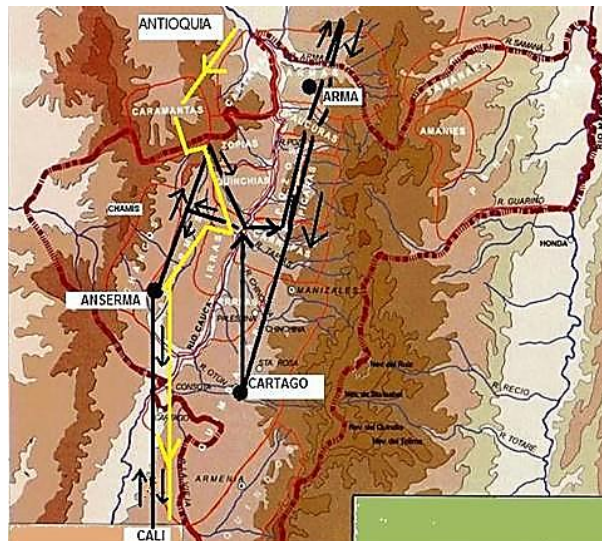
Así, Robledo se encuentra en medio de la región centro occidental de la Nueva Granada donde como se pudo ver en apartes anteriores, había una gran presencia de pueblos indígenas, para lo cual se vale de las fundaciones, tanto para consolidar sus avanzadas, como para cuidar su retaguardia a medida que se introducía por estas tierras. Funda en 1539 a Santa Ana de los Caballeros – actual Anserma– para apuntalar el sometimiento de los Ansermas y de los Irras, cuyo cacique Cananao, buscando que los españoles “...se fuesen, obsequió a Robledo una hermosa vasija de oro a manera de casquete que impresionó al Mariscal, quien en forma apresurada indagó por su origen. El cacique aprovechó para mostrarle a los españoles el camino hacia los cacicazgos Quimbayas” (Valencia, 1990, p. 18), motivándolos con la promesa de encontrar oro; sin embargo debieron primero someter a los Carrapas, para seguidamente, en una campaña muy rápida, hacer lo mismo con los Armados, Paucaras, Picaras y Pozos.

Robledo decide a partir de estos eventos acometer la empresa de sometimiento de los Quimbayas; parte entonces del territorio de los Carrapas llegando al área donde hoy se localizan los municipios de Chinchiná y Palestina, desde donde envía al capitán Hernán Rodríguez de Sosa a explorar las tierras montañosas del oriente, quien llega según los indicios de las crónicas al sitio donde hoy se erige Manizales. Continuando hacia el sur, Robledo arriba a terrenos más llanos encontrándose con una provincia muy poblada, pacífica y rica en oro, lo que recompensa el gran esfuerzo de la tarea realizada:

Emocionado con las riquezas Robledo se apresuró a fundar una ciudad, buscó un sitio apropiado para la nueva villa y con la ayuda de los naturales de la región que acudieron sumisos, ordenó fundar la ciudad en un sitio elegido hacia el corazón de la famosa provincia Quimbaya (9 de agosto de 1540), con el nombre de Cartago, en el sitio donde hoy se levanta la ciudad de Pereira (Valencia, 1990, pp. 19-20).

De esta manera, Cartago se toma como punta de lanza para mantener el vasallaje de los pueblos conquistados, al igual que para proseguir con el sometimiento de los Quimbayas (Mapa 18).

Mapa 18. Rutas de Vadillo y de Robledo.



Mapa 18. Rutas de Vadillo, 1538 (en amarillo) y de Robledo (en negro) sobre la base del mapa elaborado por Luis Duque Gómez. Fuente: http://www.albicentenario.com/index_archivos/celebracion_colombiana195.html

Al norte, al margen derecho del río Cauca, Belalcázar funda en 1541 Arma, mientras que al nororiente en 1549, se descubre el territorio de los Pantágoras y los Palenques, para lo cual en 1553 en la vertiente de la cordillera Central que da hacia el lado del río Magdalena, el Capitán Hernando de Salinas funda Victoria, enclave militar con el cual se buscaba mantener el sometimiento de los pueblos autóctonos y estabilizar económicamente la región a partir de la explotación del oro; esta población se traslada dos veces desapareciendo de la misma manera que otras fundaciones españolas del centro occidente de la Nueva Granada durante la conquista y la colonia, como resultado de la falta de arraigo, de la explotación de la mano de obra indígena que termina siendo diezmada, y por la inexistencia de otras fuentes económicas por fuera de la minería:

La conquista española solamente se proyectó a las tierras aledañas al valle del río Cauca... Las fundaciones servían como punto de avanzada para la conquista; el establecimiento de poblados se fundamentó en la minería (Marmato, Guática, Supía, Anserma y Mistrató). Esta zona durante un largo periodo permaneció marginada (tránsito de comerciantes por caminos y trochas, en la vía Marmato-Popayán). Formaba parte de la Provincia de Antioquía, la cual pertenecía a la Gobernación de Popayán, pero sin ser integrada a un proyecto económico, razón que explicó la decadencia del poblamiento colonial (Rivera, 2008, p. 36).

Ya en el siglo XVII, tras haber logrado los españoles la sumisión de los pueblos autóctonos con matanzas y esclavitud, llega el periodo colonial teniendo

como impronta la implantación de la encomienda y los repartos de indígenas, como una medida que buscaba evitar la desaparición de estos pueblos para su utilización en las actividades productivas; además, se introducen esclavos negros para el trabajo en las minas, por lo que los indios salen de ellas a trabajar una tierra que les había sido expropiada y a prestar su servicio como braceros en caminos en los que por sus difíciles condiciones, no era posible el acceso de bestias de carga (Imagen 57).

Imagen 57. Imagen del paso del Quindío.



Imagen 57. Imagen del paso del Quindío. Fuente:
http://www.revistacredencial.com/credencial/sites/default/files/images/Picture%201_256.png

Observamos entonces cómo el espíritu de la colonia no logra penetrar en este territorio, no siendo más que un pálido reflejo de lo que sucedía en las urbes del momento en la Nueva Granada, como Cali o Popayán al sur occidente, o Santa Fe de Bogotá y Tunja en el altiplano cundiboyacense, donde se detentaba el poder político, donde tenían lugar las más importantes dinámicas económicas y donde se regían los destinos de las grandes encomiendas (Imagen 58).

Imagen 58. Santa Fe de Bogotá en la Colonia.



Imagen 58. Santa Fe de Bogotá en la Colonia. Fuente: <http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/1-b.jpg>

Por el contrario, en la región centro occidental, hoy territorio del PCC, ni la agricultura ni la ganadería se desarrollan para brindar el sustento que requería el andamiaje de la encomienda, continuando la dependencia de una minería en franca decadencia. El comercio tampoco alcanza a desarrollarse, quedando solo en el nivel del trueque y como medio de aprovisionamiento de las poblaciones mineras, sin que adicionalmente se genere una dinámica de producción de bienes y servicios que propiciara la reproducción de diversos oficios y cadenas productivas que fortalecieran la economía.

Los indígenas por su parte, no ven reivindicada su situación, al continuar prácticamente en la esclavitud, lo que hace que se rebelen o se escondan huyendo de los tributos impuestos por la colonia. Esto hace que también adopten una actitud hostil y que ataquen continuamente a los poblados de origen hispánico.

Adicionalmente, a la mayoría de las poblaciones que se fundan en la región durante los periodos de Conquista y Colonia, les fue muy difícil despojarse del carácter temporal que les imprimió la minería, al igual que la falta de desarrollo de otras bases económicas que sustentaran su continuidad en el tiempo y les proveyeran autonomía. Así, su urbanismo y arquitectura no trascienden, llegando algunos de estos incipientes centros urbanos a tener el carácter de fortalezas con murallas perimetrales, como una clara evidencia de su inestabilidad; en cuanto a las edificaciones, estas no dejaron de tener un aspecto básico en las que no se observan:

...indicios de ornamentación, ya que la arquitectura es un árido rudimento de conquista. Ni decoradores, ni pintores, ni imagineros, plasman el espíritu de la época, porque la Iglesia, tutora del arte colonial actúa en los grandes centros (Bogotá, Tunja, Popayán, etc.)... (García, 1978, p. 31).

En medio de este panorama, muchas poblaciones desaparecen o se trasladan como es el caso de Cartago, la cual en sus aproximados 150 años de existencia en el actual sitio de Pereira, llegó a ser la población más importante de la región centro occidental, a tal punto que consiguió ser sede de Casa de Fundición de oro debido a:

...la gran distancia que la separaba de Cali, ciudad en la que aquella funcionaba. Fue la única petición a la cual Belalcázar dio curso, inducido tal vez por los informes acerca de la gran cantidad de oro que recogía entre los quimbayas (Duque, Friede y Jaramillo, 1963, p. 308).

Es así como la conquista y la colonia española impactaron de una forma limitada el territorio de este segmento de la geografía Neogranadina, siendo en síntesis hechos impulsados por criterios extractivos y mercantilistas, más que con el propósito de construir un proyecto económico y social, incluyente y civilista, lo que tuvo como efecto que la realidad que se construye en casi dos siglos termina desvaneciéndose en el tiempo, a tal punto que cuando empieza el que podría denominarse como el tercer proceso de poblamiento de la región durante el siglo XIX, se tuviera que enfrentar un nuevo comienzo, dar inicio a un proceso de refundación.

1.2.1.3 El centro occidente de Colombia durante el siglo XIX, punto de confluencia de diferentes corrientes de poblamiento

A comienzos del siglo XVIII, la región centro occidental de Colombia integrada por el sur de la provincia de Antioquia y el norte de la provincia de Popayán, con el río Chinchiná como elemento divisorio, entra en una especie de mutismo producto de la decadencia de las dinámicas productivas que hasta ese entonces habían movilizado su débil economía. Un ejemplo de esta situación es la desaparición, el traslado y en algunos casos la permanencia en condiciones de suma precariedad

de los centros urbanos que se fundaron durante la Conquista y la Colonia Española en este segmento de la geografía neogranadina.

De esta manera se puede hacer referencia entre otras poblaciones que desaparecieron a Arma y a Victoria, así como al traslado de Cartago en 1690 a su actual ubicación, y de Anserma alrededor de 1722 para el sitio donde hoy se localiza Anserma Nuevo –debe aclararse que no obstante el traslado, en el lugar donde tuvo origen esta población subsistió una precaria estructura urbana que se mantiene hasta el siglo XIX, cuando una serie de hechos sucedidos entre 1835 y 1882 le imprimen una nueva dinámica–, poblaciones que como se observó anteriormente, fueron focos de la avanzada hispánica en la región.

También se tienen a Marmato y Supía, poblados que se conservaron en sus sitios hasta el tiempo presente como evidencia de la antigua dinámica minera y del proceso de poblamiento colonial en la parte norte de la cuenca media del río Cauca; sin embargo, ninguna de estas poblaciones trasciende hasta el tiempo presente en un grado notable de integridad como si lo logra Cartago –a mediados del siglo XX el centro histórico de Cartago es reconocido como un bien de interés cultural de la Nación, sin embargo este importante bien se ha ido degradando en la medida en que ha ido pasado el tiempo–, trayendo evidencias concretas desde los puntos de vista urbano y arquitectónico de la presencia colonial española en el centro occidente de Colombia.

Otras evidencias de este momento de la historia regional como caminos y minas también desaparecen debido al abandono y a la acción de la naturaleza, quedando en una especie de estado de suspensión, mientras el territorio dentro de un nuevo ciclo vuelve a ser reescrito, a la manera de un palimpsesto por la diáspora que se inicia hacia este territorio a finales del siglo XVIII.

De esta forma, se vuelven a recorrer muchos de los caminos abiertos por los españoles en las cuchillas de las montañas, se reabren los socavones de minas como las de Marmato, además se fundan y refundan pueblos sobre los

sitios de las antiguas fundaciones coloniales abandonadas, como efectivamente sucede con Anserma en el mismo lugar donde esta había nacido bajo el nombre de Santa Ana de los Caballeros en 1535, con Mistrató en el lugar del mismo nombre o con Pereira donde estuvo ubicada Cartago entre 1540 y 1691.

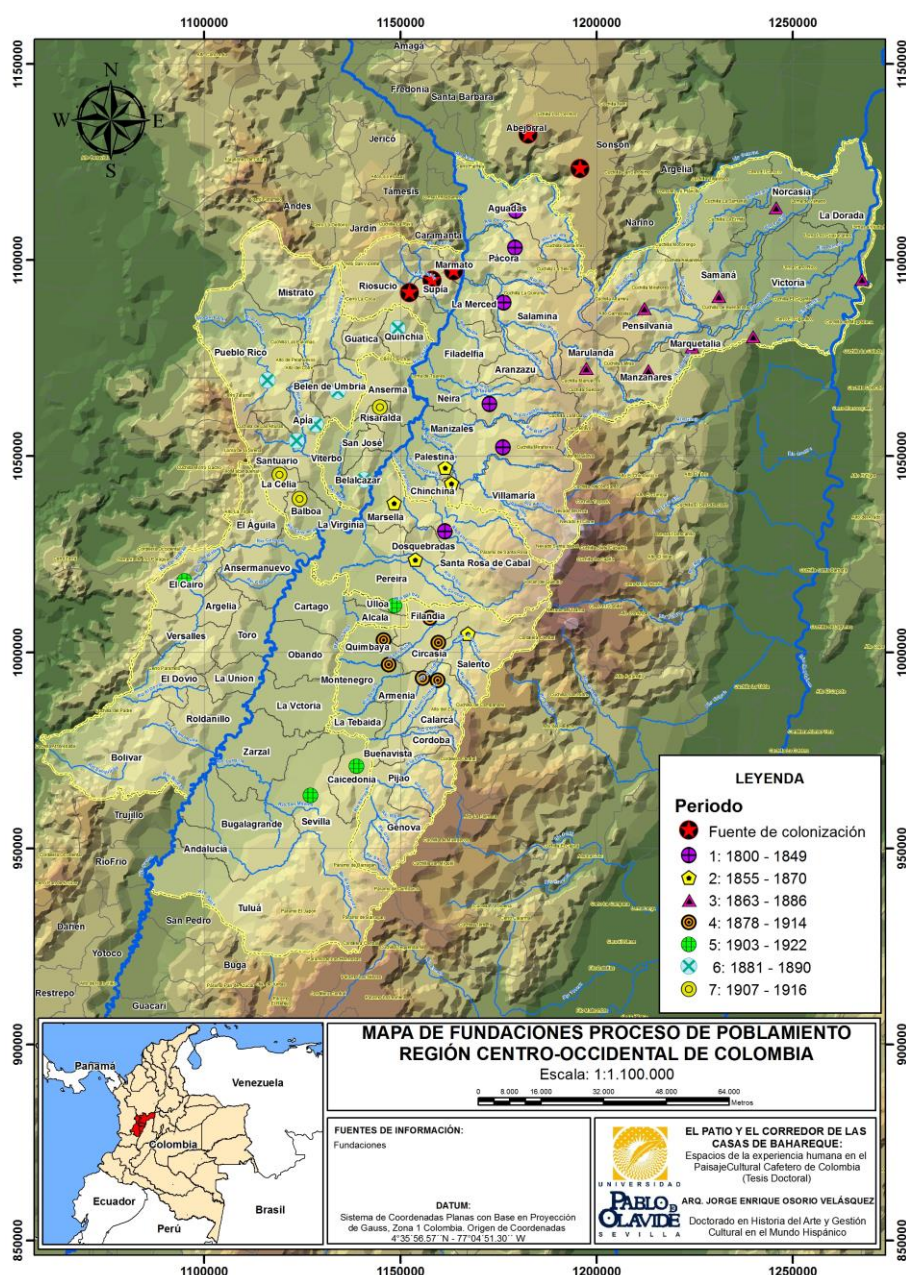
El siglo XVIII es un periodo de transición, en el que en contraste con el estatismo que por ese entonces experimenta la región centro occidental, en el contexto colonial de la Nueva Granada se van dando las condiciones que estimulan el éxodo hacia este territorio, como es el caso del acentuado centralismo del poder virreinal que había sumido en el abandono y en la pobreza provincias como la de Antioquia –en la que además entra en crisis la minería como principal fuente de recursos –, acrecentando la semilla de la gesta independentista que finalmente, en 1819, da origen a la república y, por consiguiente, a políticas y reformas que de manera particular impulsan el poblamiento de la región centro occidental y por ende del hoy territorio del PCC:

Pese a que su actividad productiva casi exclusiva había sido la minería del oro durante los tres siglos de dominación colonial, la situación de crisis económica y de pobreza extrema hizo que se considerara a Antioquia, hacia finales del siglo XVIII, como la provincia más aislada y atrasada de la región andina del Nuevo Reino de Granada (Esguerra, 2004, p. 2).

Sin embargo, el fenómeno migratorio hacia la región centro occidental de Colombia no se da a través de un solo flujo poblacional, ni en un solo tiempo, sino por medio de diferentes oleadas que en determinados momentos se distribuyen hacia diferentes direcciones geográficas; igualmente, no solo se involucra gente procedente de Antioquia, sino de diferentes provincias y regiones del país; de esta manera, encontramos grupos de inmigrantes procedentes del sur, más exactamente de la provincia del Cauca, los cuales impactan áreas de lo que hoy se conoce como el norte del departamento del Valle del Cauca y los departamentos de Risaralda y Quindío; también arriban del Tolima instalándose preferentemente en la ladera occidental de la cordillera central por la proximidad con su provincia, al igual que del altiplano cundiboyacense aportando al poblamiento de las tierras frías por encima de los 2000 msnm.

En cuanto al avance colonizador que parte de Antioquia, este inicialmente se direcciona desde poblaciones como Rionegro y Marinilla hacia el área donde se fundan Sonsón en 1800 y Abejorral en 1805, lo mismo que hacia las tierras cálidas del valle del río Arma, llegando a las inmediaciones de las ruinas del poblado hispánico del mismo nombre. Sonsón y Abejorral, por su parte, más adelante se convierten en los puntos de partida de un sinnúmero de grupos de colonos que avanzaron en pos de tener una tierra donde trabajar, contribuyendo de esta manera a la expansión de la frontera agrícola hacia el sur de la provincia y más adelante sobre el norte de la provincia de Popayán (Mapa 19). “El colono, cultivador por esencia, ama la propiedad de la tierra a través de sus mejoras, y de allí que no se presente como un acaparador de suelo a caza de adjudicaciones” (García, 1978, p. 38).

Mapa 19. Fundaciones y proceso de poblamiento región Centro Occidental de Colombia.

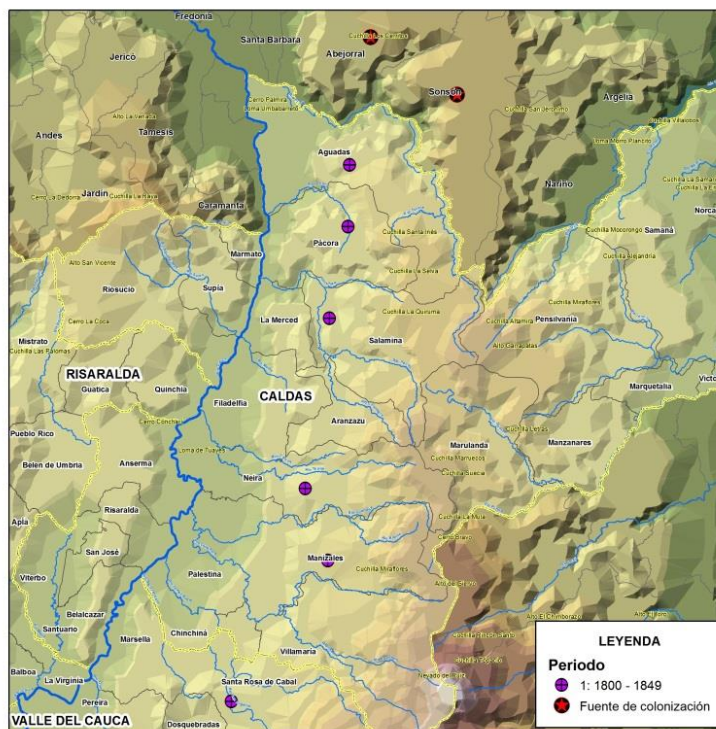


Mapa 19. Fundaciones y Proceso de Poblamiento Región Centro Occidental de Colombia. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Igualmente, estas poblaciones, en particular Sonsón, se convierten en centros de aprovisionamiento para las incursiones que tendrían que ver con las fundaciones de Aguadas en 1808, de Salamina en 1825, de Pácora en 1832, de Neira en 1842, de Santa Rosa de Cabal en 1844 y de Manizales en 1849; también

toman el carácter de puntos donde se vende y se intercambia por mercaderías lo que se produce en las tierras de frontera (mapa 20).

Mapa 20. Periodo de Colonización 1808 - 1849.

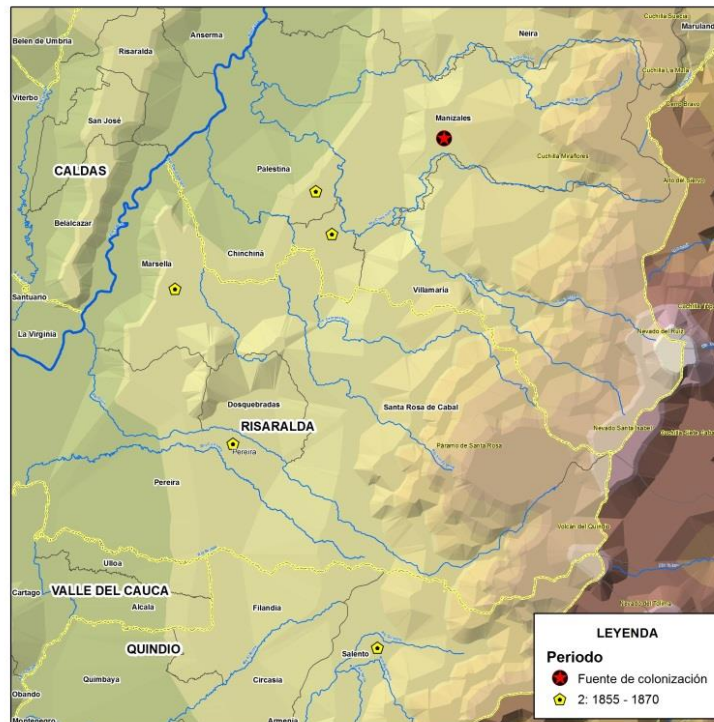


Mapa 20. Periodo de Colonización 1808 - 1849. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

A lindes con la nueva colonia de Sonsón, se entabló la de Abejorral, propiciada por los hijos y nietos de Villegas, que compartían los costos del mantenimiento de caminos, cura y oficios con los demás colonos. También muy próspera, pronto se vieron estrechos y, junto con los de Sonsón, pasaron a Arma Viejo, en donde ya había varios parajes con colonos, dispersos en las montañas. Se reunieron con otros en una colonia que llamaron «Las Aguadas», que fue fomentada al poco tiempo por el gobierno «para reunir a varias familias errantes por los montes... (Jaramillo, 1987, p. 51).

Continuando en dirección norte sur ya en la provincia del Cauca –el límite entre ambas provincias como se dijo anteriormente lo constituía el río Chinchiná–, se fundan Palestina en 1855, Chinchiná en 1857, Marsella en 1860, Pereira en 1863 y Salento en 1870, teniendo como punto de soporte a Manizales, ciudad que por ese entonces desplaza a Sonsón como foco comercial y financiero del proceso colonizador (mapa 21).

Mapa 21. Periodo de Colonización 1855 - 1870.



Mapa 21. Periodo de Colonización 1855 - 1870. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

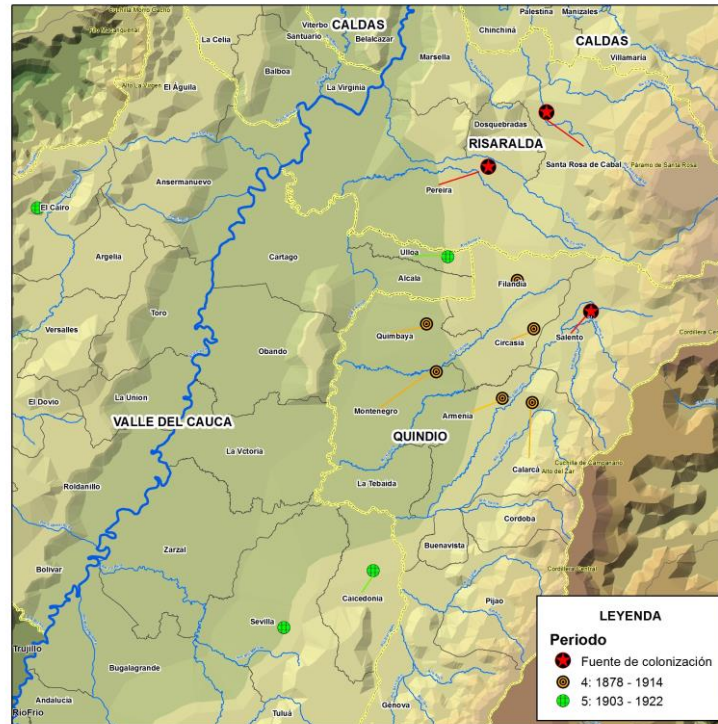
Igualmente, Manizales brinda respaldo a una economía de frontera que en adelante se vería sustentada en la triada conformada por Santa Rosa de Cabal, Pereira y Salento, centros urbanos que se convierten en punta de lanza para continuar la avanzada sobre las tierras de los actuales departamento del Quindío y del norte del departamento del Valle del Cauca, en las que antioqueños y caucanos se entreveran desarrollando suelo y fundando poblaciones:

Los fundadores de Pereira (1863) planearon la colonia sólo con agricultores caucanos, pero con los años sería absorbida y controlada por colonos y comerciantes antioqueños. Situada Pereira entre las poblaciones de Santa Rosa de Cabal y Salento, todas tres aportarían un impresionante contingente de colonos antioqueños que saldrían a poblar, repoblar o fundar (Jaramillo, 1987, p. 62).

Resultado de las avanzadas en el Quindío se fundan entre 1878 y 1914 Filandia, Circasia, Calarcá, Armenia, Montenegro, Quimbaya etc.; en lo correspondiente al norte del departamento del Valle del Cauca, por su parte, se

fundan en el lapso de 1903 a 1928 Sevilla, Caicedonia, El Cairo y Ulloa, entre otras (mapa 22).

Mapa 22. Periodos de Colonización 1878 – 1914 / 1903 - 1922.

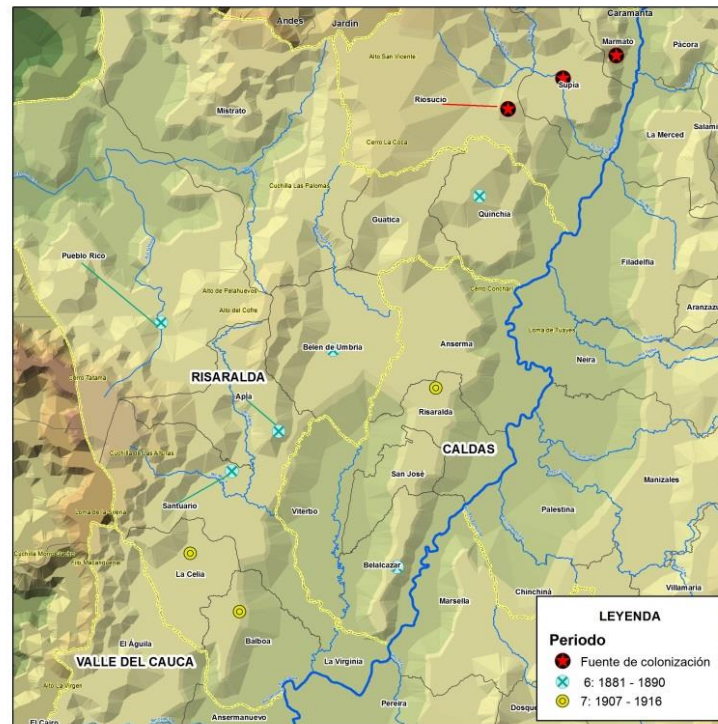


Mapa 22. Periodos de Colonización 1878 – 1914 / 1903 - 1922. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Otros frentes de colonización los integran las incursiones sobre la franja occidental del río Cauca, al igual que las que se dan hacia el nororiente de la región centro occidente en dirección de las poblaciones hispánicas de Mariquita y Honda, la cual constituye puerto sobre la cuenca media del río Magdalena.

En cuanto a la franja occidental del río Cauca, se parte de los centros mineros de Marmato, Supía y Riosucio, fundando entre 1881 y 1890 las poblaciones de Pueblo Rico, Apía, Santuario, Quinchía, Belalcázar y Belén de Umbría; ya en el siglo XX por esta misma vertiente de la cordillera occidental, se fundan entre 1907 y 1916 Balboa, La Celia y Risaralda, etc. (mapa 23).

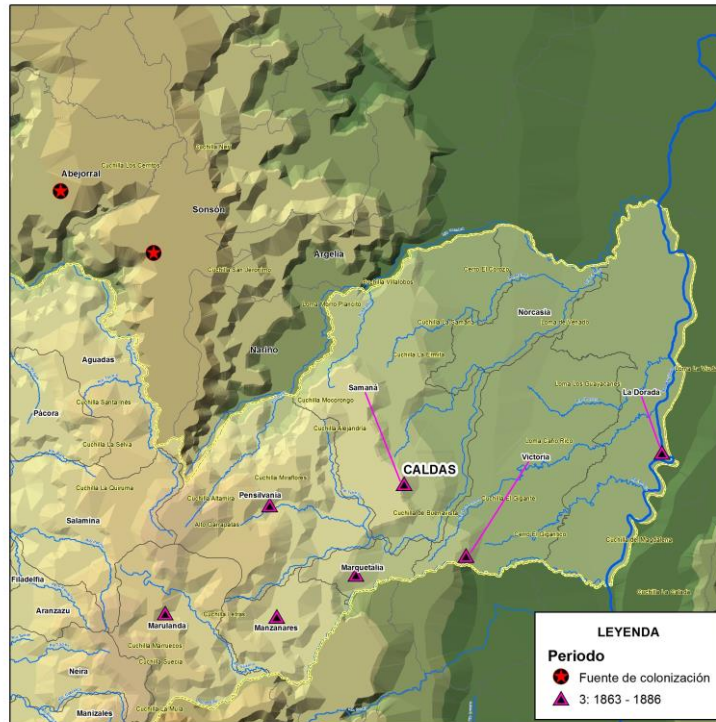
Mapa 23. Periodos de Colonización 1881 – 1890 / 1907 - 1916.



Mapa 23. Periodos de Colonización 1881 – 1890 / 1907 - 1916. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Por su parte en el nororiente se fundan en el periodo que va de 1867 a 1924 Manzanares, Pensilvania, Samana, Marquetalia, Marulanda, Victoria y La Dorada (Mapa 24).

Mapa 24. Periodo de Colonización 1863 – 1883.



Mapa 24. Periodo de Colonización 1863 – 1886. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Se precisa de esta manera la forma como espacio temporalmente se distribuyeron los flujos humanos durante el tercer proceso de poblamiento que experimentó el territorio del centro occidente de Colombia, teniendo dos hechos a los que es importante hacer referencia.

El primero tiene que ver con la transición política que experimenta el virreinato de la Nueva Granada durante la segunda década del siglo XIX, más exactamente en 1819, al pasar del sistema colonial instaurado por la corona española, al estado republicano que hoy conocemos; también la región centro occidental de Colombia deja de estar fragmentada con áreas al sur de la provincia de Antioquia y al norte de la provincia de Popayán, pasando a integrar una unidad en el departamento de Caldas que se crea en 1905 (mapa 25) hasta el año de 1966, cuando se produce la separación de los departamentos de Risaralda y Quindío.

Mapa 25. Departamento de Caldas en 1905.



Mapa 25. Departamento de Caldas en 1905. Fuente: Sociedad de Mejoras Públicas de Manizales - http://www.albicentenario.com/index_archivos/celebracion_colombiana195.html

Debe agregarse que el departamento de Caldas durante su creación no incluyó algunas áreas de las provincias de Antioquia y Popayán, que fueron parte fundamental del proceso de poblamiento de la región centro occidente y que actualmente se encuentran ubicadas al norte del departamento del Valle del Cauca y al sur del departamento de Antioquia, ambas en la cuenca media del río Cauca.

En este orden de ideas, es pertinente desarrollar una discusión sobre algunas implicaciones de este tercer momento de poblamiento durante el siglo XIX e inicios del XX, en que los colonizadores se adentran por estos “...vastos territorios montañosos y boscosos que habían permanecido sin ocupación ni intervención del hombre por tres siglos, y suelos de una fertilidad inusual en lo que hasta entonces se conocía de Antioquia” (Esguerra, 2004, p. 2).

Tenemos entonces cómo los españoles en su contacto con este territorio durante los siglos XVI y XVII, generan formas particulares de ver y de entender esta geografía, al igual que ciertas ideologías con relación a la aproximación que tienen con su realidad ambiental, las cuales impactaron drásticamente su fisonomía y a quienes en ella habitaban. Igualmente, observamos cómo parte de estas visiones se trasladan hasta el siglo XIX, influyendo la manera como los

colonos que protagonizan el tercer proceso de poblamiento en esta región, generan su interacción con la geografía, propiciando su conversión en territorio (Imagen 59).

Imagen 59. Conquistadores españoles en suelo americano.



Imagen 59. Conquistadores españoles en suelo americano. Fuente:
http://esp.rt.com/actualidad/public_images/5fd/5fd204130bf2db883d0eabf94f94115b_article.jpg

... la ideología preconizada por los españoles en el período de la conquista sobre la realidad ambiental regional y local, denominada por ellos “inerte, amorfa, inculta y montuosa” entre otros adjetivos, sirvió de soporte para emprender la ruptura de la cosmovisión de la cultura indígena sobre la relación con la naturaleza, destruyendo grandes extensiones de selva, creando sobre estas áreas una experiencia diferente de relación con el medio que en nada se parecía al anterior. Esta concepción se entronizó y traspasó, posteriormente a los colonizadores que constituyeron las “nuevas fundaciones antioqueñas” (Rivera, 2008, p. 36).

Entendemos entonces cómo el conquistador y unos años después el colono español, no estuvieron interesados en generar una interpretación y mucho menos un aprendizaje de las formas de relación desarrolladas durante milenios por los pueblos autóctonos con su medio, que les permitiera entrar a generar un contacto diferente del que tuvieron con este territorio y con sus características; contrariamente, superpusieron sus preceptos y su imaginario sobre una realidad que les resultaba distante y problemática, y que debía adecuarse en función de su idea de civilización y de conceptos como el de progreso.

Así, el colonizador antioqueño, caucano, tolimese o cundiboyacense que llega a la región dos siglos después de la efímera presencia hispánica, establece un tipo similar de relación que la que desarrollan los españoles con el medio,

sustentada en la imposición de sus valores y en la explotación del medio según sus intereses, situación que explica afirmaciones como la del historiador Albeiro Valencia Llano, quien dice que era “...necesario que llegara la colonización antioqueña con su tremendo empuje para que se transformara la región” (1990, p. 20). La idea del empuje y de la transformación nos dejan interrogantes sobre la sostenibilidad de las acciones que implican ambos conceptos y sobre los impactos reales en el medio, de un proceso de la magnitud del que nos encontramos tratando (Imagen 60).

Imagen 60. Colonos en la región centro occidental de Colombia.

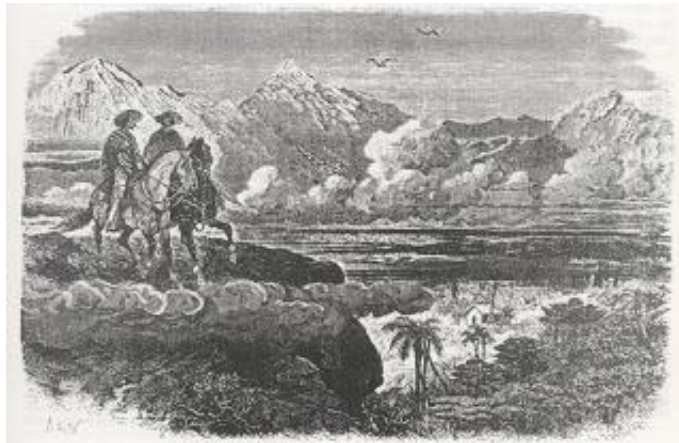


Imagen 60. Colonos en la región centro occidental de Colombia. Fuente: http://laboratoriodeurbanismo.blogspot.com/2011/03/n_22.html

Sin embargo, es posible establecer diferencias: mientras el español venía de paso con el propósito de extraer recursos, consciente de su posterior regreso a la metrópoli, el colono del siglo XIX viene a establecerse, a echar raíces, “No proviene, como el tipo aventurero de conquista, de una hez urbana o rural, sino de la densa y heroica capa de los cultivadores sin tierra” (García, 1978, p. 38); no obstante su visión utilitarista, el ánimo de quedarse le impele a establecer una mediación con los lugares donde se instalaba, aprovechando lo que estos le proveían para garantizar su supervivencia, y mediante ciertos arreglos como los provistos por la agricultura, permanecer logrando su inserción adecuada en el medio (Imagen 61).

Imagen 61. Horizontes de Francisco Antonio Cano.



Imagen 61. Horizontes de Francisco Antonio Cano. Fuente: <http://www.jackmag.com.co/wp-content/uploads/2010/06/Horizontes-bueno-baja-resolucion.jpg>

La dieta inicial era preparada en el lugar de origen, y llevaban a sus exploraciones bizcocho, carne de tasajo... Al agotarse estos mantenimientos... se dedicaban a la caza de aves... En cuanto a otros animales de monte que cazaban en tales salados o con trampas, estaban el saíno, tatabra... Al tiempo comían frutas silvestres o de la tierra como guamas y guayabas. Como almíbar buscaban entre troncos huecos, panales de abejorro,... en tanto que de las colmenas de abejas tomaban una miel de sabor distinto a la del abejorro. Cuando tenían sed, sacaban del roble un vinete que semejaba al sabor del vino... Una vez establecidos en colonia, la dieta de carnes, frutas silvestres, y de arepa, natilla, huevos de monte, etc., cambiaba con variedad de platillos preparados a base de animales domésticos introducidos al monte y de fácil adaptación, como gallinas, ganado vacuno y cerdos, pues establecidas las primeras rozas, era fácil conseguir el grano, el pasto y otros vegetales (Jaramillo, 1987, p. 42).

Otro aspecto a considerar dentro de este proceso de poblamiento fue el acceso a la propiedad de la tierra, el cual en muchos casos se tornó en foco de graves conflictos, como resultado de los manejos de algunos grupos de poder que se adueñaron incluso de manera ilícita de cientos de miles de hectáreas, negándole este derecho a los miles de colonos que llegaban en busca de un futuro diferente.

No obstante la presencia indígena fuera reducida al mínimo –quedando concentrada en resguardos ubicados en áreas periféricas de la región– y el dominio hispánico sobre muchas de estas tierras fuera una cosa del pasado, haciendo suponer la plena disponibilidad de inmensas extensiones de terrenos baldíos, los miles de colonos que llegan al centro occidente de Colombia se

encuentran con el gran obstáculo –además de los que les proporcionaba un medio de condiciones difíciles– de las Concesiones.

Las Concesiones en casos como el de la denominada “Concesión Aranzazu”, habían sido otorgadas por la corona española, refrendadas por el gobierno republicano –que se encontraba en pleno ejercicio desde la tercera década del siglo XIX–, y puestas en uso por sus titulares cuando en sus terrenos se asentaban colonos valorizándolos con sus mejoras; esta situación como se podrá observar, se convertía en el detonante del conflicto al entrar los representantes de la concesión a reclamar título en mano, la propiedad sobre una parcela en la que los colonos habían invertido el trabajo de años y lo que tenían de capital.

El negocio de las concesiones consistía en dividir parcelas para venderlas a alto costo, para cobrar elevados arrendamientos, o para donarlas a los colonos como una estrategia que utilizaban para atraer a más gente y por ende seguir valorizando sus tierras; esto además tenía como efecto que quienes ya estuvieran asentados por alguna de las tres vías planteadas, se encargaran de seguir desmontando y haciendo caminos, lo que de manera directa terminaba beneficiando al concesionario haciendo de su ejercicio algo rentable con el mínimo de inversión:

Ejemplos de este proceder fueron el español Felipe de Villegas (a fines del siglo XVIII) y sus herederos, a propósito de las colonias de Sonsón, Abejorral y Aguadas; Juan de Dios Aranzazu, después de la Independencia, en el caso de las tierras de Salamina, Pácora, Neira y Manizales; la compañía comercial González Salazar (hacia mediados del siglo XIX) para la misma zona; José Francisco Pereira y sus descendientes, a fines del siglo XIX, en la colonización de la ciudad que llevará su nombre. Por la misma época actuará la sociedad Burila en toda la región del Quindío y Norte del Valle, el inglés Eduardo Walker en el Fresno y el francés De La Roche en la región de La Dorada (Álvarez, 1987, p. 120).

Adicionalmente, el hecho de que los concesionarios no apoyaran el desarrollo de caminos desestimuló la agricultura comercial, quedando esto en manos de los comerciantes los cuales crecieron y se enriquecieron supliendo las

necesidades de consumo y de comercialización de la producción agrícola de los nuevos pobladores.

Otra manera como se generaron algunas de las concesiones que se mencionan, fue después de ser ocupadas las tierras y de haber llevado a cabo mejoras los colonos. Para esto, quienes aspiraban a obtener este privilegio interponían todo tipo de influencias con el gobierno central, el cual sin verificar el estado de la tenencia de los terrenos otorgaba la concesión, perjudicando a miles de propietarios de hecho, los cuales en la mayoría de los casos llevaban muchos años laborando sus tierras: “Una vez obtenida, iniciaba un proceso de presiones y de imposiciones sobre el grupo colonizador como ocurre en el caso de la concesión Aranzazu” (Álvarez, 1987, p. 124).

Otro asunto con el que se toparon los colonizadores fue el conflicto que se produjo entre estos y algunos miembros de su sociedad, los cuales empezaron a sobresalir ocupando cargos de representación como integrantes de los cabildos municipales, haciendo parte de las juntas de población, o como jueces pobladores, situación que fue concentrando poder en manos de dichos personajes y, por consiguiente, la posibilidad de que manipularan la adjudicación de tierras en su beneficio o de gentes cercanas: “En estas condiciones muchos colonos resultaban desfavorecidos en el proceso de adjudicación, lo cual objetivamente los colocaba en condición de emigrar hacia nuevos frentes o de convertirse en agregados o aparceros de quienes controlaban la tierra” (Álvarez, 1987, p. 132).

Finalmente, es importante hacer referencia a las cuatro formas de apropiación de tierras que según Marco Palacios citado por Ocampo, se dieron dentro del último fenómeno de poblamiento en el hoy territorio del PCC, “...la titulación de baldíos, las adjudicaciones otorgadas a las colonias de poblamiento, los trasposos hechos por las compañías latifundistas y las ocupaciones llevadas a cabo por los campesinos pobres” (1987, p. 194). Asimismo, Palacios también

citado por Ocampo, define cuatro tipos de colonizador que intervinieron en el proceso de poblamiento del centro occidente de Colombia durante el siglo XIX:

...colonos pudientes que, apoyados por los comerciantes de Medellín, dirigieron la colonización e impusieron su supremacía económica y política; los terratenientes absentistas que habían abandonado sus tierras y no se preocupaban por sus títulos y que iniciaron una lucha por defender sus privilegios heredados de la colonia; los campesinos independientes pobres que no empleaban jornaleros ni se empleaban como tales y que desarrollaban una mentalidad tradicional y conservadora arraigada en el pedazo de tierra que habían conquistado; y un grupo de colonos independientes no integrados a la colonización oficial y de cuyas posiciones políticas es difícil saber o presumir (1987, pp. 195-196).

Dentro de estos tipos de colonizador hay dos grupos de pobladores que intervienen en dos momentos fundamentales del proceso: el primero, relacionado con las avanzadas que penetraron inicialmente en las montañas abriendo caminos y los terrenos donde se ubicarían las fincas y poblados, y el segundo, cuando ya se han fundado los pueblos y establecido las propiedades rurales, dando impulso a las dinámicas sociales, económicas y políticas que tienen que ver con su consolidación.

Tiene lugar entonces la distribución de roles dentro de la naciente sociedad, estrechamente ligados con su función dentro de una economía en estado también embrionario, que todavía dependía para su pleno desarrollo de la identificación de la vocación productiva de este territorio:

La experiencia histórica antioqueña en la que hemos insistido reiteradamente nos permite deducir que en la gestación del proceso colonizador se aúnan diversos intereses y sectores sociales: Los comerciantes y los colonos, quienes vieron en la empresa colonizadora una alternativa de existencia económica y política. Sin embargo, para los comerciantes fue una manera de aumentar su poder y ampliar su capital, mientras que para los colonos fue la posibilidad de encontrar tierras donde trabajar (Giraldo, 1987, p. 93).

Se identifican por consiguiente unas capas sociales en las que se identifican los principales roles de esta sociedad y que básicamente estaban compuestas por el grupo de fundadores "...que tomaban para sí las mejores tierras, controlaban el comercio y colocaban a los más pobres en condición de dependencia frente a ellos" (Álvarez, 1987, p. 134); otro, por el segmento

correspondiente a los medianos propietarios que se ubican en posiciones de privilegio, ejerciendo como parte de las juntas de población, fungiendo como jueces pobladores, agrimensores, abogados, comerciantes, quienes estuvieron en gran posibilidad de enriquecerse; también se identifica una clase trabajadora dedicada la gran mayoría a la agricultura y en menor grado a la arriería, la artesanía y la minería; por último, encontramos la capa de quienes estaban:

...al servicio de los fundadores y quienes obviamente no tuvieron acceso a las herramientas de poder en el reparto, debiendo contentarse con pequeñas adjudicaciones de tierras marginales o instalarse en las propiedades de los fundadores o de los ricos propietarios de Medellín (Álvarez, 1987, p. 134).

Como se puede deducir, este fue un proceso de poblamiento marcado por la desigualdad social y económica, y en el que una minoría de colonos convertidos en grandes propietarios termina consiguiendo grandes privilegios y ventajas frente al resto de la población, no obstante mucha gente pasará a ser pequeña o mediana propietaria y dicho proceso terminará siendo considerado por muchos como un ejemplo de participación y democracia (Imagen 62). Sin embargo, para muchos "...el efecto de dicho proceso fue el de una sociedad profundamente estratificada dado el carácter, los intereses de sus precursores y los conflictos que surgían a medida que avanzaba el movimiento de población hacia el sur" (Giraldo, 1987, pp. 89-90).

Imagen 62. Pareja de colonos.



Imagen 62. Pareja de colonos. Fuente: <https://godues.files.wordpress.com/2012/08/0-m-2-colonos.png>

Otro aspecto sobre el que se debe entrar a reflexionar es sobre el afianzamiento de las relaciones de producción y el crecimiento económico que presenta la región centro occidental de Colombia durante el siglo XIX, sustentada principalmente en la producción agrícola, y a finales del mismo siglo y comienzos del XX en el auge específico de la caficultura, generando de esta manera la base sobre la que se consolida definitivamente el proceso de poblamiento.

Inicialmente, observamos una agricultura dirigida al autoconsumo, basada en el trabajo de la familia y en el desarrollo de unidades agrícolas como la sementera y la roza donde respectivamente se sembraban el plátano, la caña de azúcar y la yuca, así como el maíz y el frijol; además, se obtenían alimentos de las aves de corral, del ganado vacuno y de los cerdos. Pero esta dinámica logra rápidamente la producción de algunos excedentes, que los colonos intercambian por otros alimentos, por herramientas para trabajar la tierra y, en la medida en que se ampliaban los márgenes de ganancia, por artículos manufacturados (Imagen 63).

Imagen 63. Finca en los tiempos iniciales de la colonización.

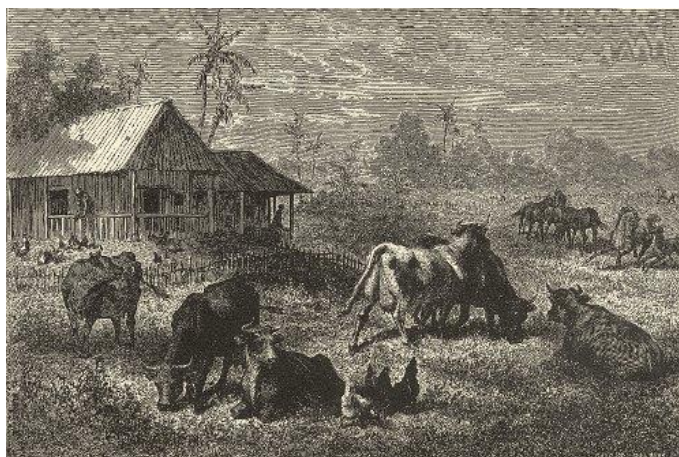


Imagen 63. Finca en los tiempos iniciales de la colonización. Fuente: <http://www.revistacredencial.com/credencial/?q=content/ganader-la-industria-que-construy-al-pa-s>

El conjunto de circunstancias que hemos anotado dio lugar un proceso de sustitución del modelo económico minero-comercial por uno agrícola-comercial (4), el cual exigió como premisa profundos cambios en las estructuras económicas, sociales y de poder, siendo éstos decisivos para el impulso colonizador que se ajustó a esa novísima realidad (Giraldo, 1987, p. 92).

Un cultivo que se vuelve fuerte en estos comienzos es el maíz debido a que muchos de sus derivados satisfacían en gran parte la dieta de los colonos y sus familias; del mismo modo se empleaba en la alimentación de cerdos, los cuales además de aportar en la alimentación de estas personas, empezaron a ser la base de un significativo intercambio con otras áreas y poblaciones de la región como Supía, Marmato, Itagüí y Medellín:

El comercio de cerdos permitió al pequeño colono introducirse en una economía de mercados y ganar experiencias que sin duda prepararon el terreno para su desenvolvimiento en el marco posterior de la economía cafetera. De otra parte, la cría de cerdos le permitió en muchos casos consolidarse como pequeño propietario pues así rebasaba los límites de una actividad que no era de solo subsistencia (Álvarez, 1987, p. 138).

También se debe considerar la actividad del aserrío y de la comercialización de madera como una significativa fuente adicional de ingresos (Imagen 64). Sin embargo, es importante hacer la salvedad de que el estado de los caminos o en muchos casos su ausencia, dificultaba el desenvolvimiento de las nacientes dinámicas productivas.

Imagen 64. Aserrío.

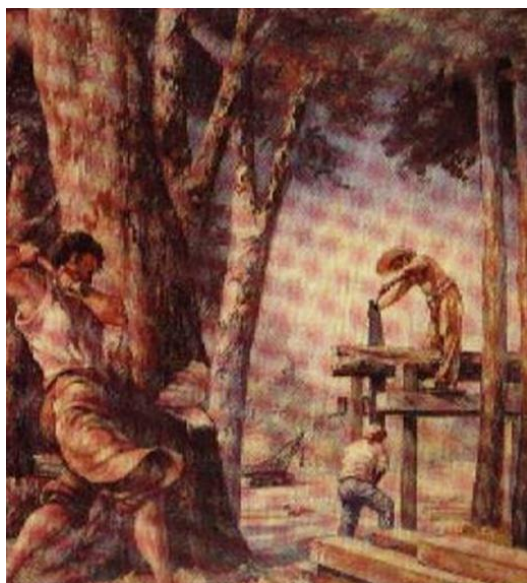


Imagen 64. Aserrío. Fuente: <http://www.skyscrapercity.com/showthread.php?t=684016>

Más adelante, a finales de la década de 1850, se producen inversiones que permiten la introducción del cultivo del tabaco en zonas de clima cálido como Arma, Pácora y Salamina, llegando a producirse en ellas la mayor parte del tabaco de la provincia de Antioquia. Igualmente, esta situación le da impulso a las oleadas de poblamiento que por esta época se encargan de seguir fundando pueblos y de impulsar la colonización hacia el sur, lo que redundará en el desarrollo de un entramado de caminos que dinamizan el intercambio de productos agrícolas, así como de otro tipo de bienes y servicios.

También la caña de azúcar, el maíz, el plátano y otros cultivos empiezan a ser objeto de comercialización, lo que en conjunto con el maíz, el tabaco y la cría de cerdos, propician una interesante dinámica que facilita el acceso de los habitantes de la región a mercaderías de diferente origen, incluso las importadas de las principales metrópolis. “Tanta importancia ha venido adquiriendo el comercio doméstico, que ha permitido a las casas comerciales manizaleñas independizarse de Medellín, para traer por su cuenta, y directamente los productos europeos y norteamericanos por vía de Honda” (Valencia, 1987, p. 172).

En este orden de ideas, es importante observar el papel que tuvieron los comerciantes de Medellín y en particular los que surgieron en la región centro occidental, debido a las fuertes inversiones que hicieron en estas tierras, de lo que derivan la construcción de caminos y particularmente el montaje de haciendas ganaderas en las tierras planas y en las vegas de los ríos, durante el tercer cuarto del siglo XIX.

Por su parte, este mismo segmento de comerciantes opta en las últimas dos décadas del siglo XIX por el café –el cual ya había empezado a cultivarse en la región centro occidental desde 1860, alcanzando un gran auge alrededor de 1895 (Vallecilla, 2012)–, cultivo que encuentra óptimas condiciones en las laderas localizadas entre los 1200 y 1800 msnm, las cuales además de presentar un régimen de lluvias ideal, estaban compuestas por suelos muy fértiles conformados por cenizas volcánicas, lo que hace que se descentre la inversión de las mencionadas tierras planas hacia las de vertiente, que de manera paradójica anteriormente habían sido desdeñadas por los círculos de poder y entregadas a los miles de inmigrantes pobres sin tierra, que en el siglo XX constituirían la base de pequeños propietarios sobre la que se sustenta la caficultura de esta parte del país (Imágenes 65 y 66).

Imagen 65. Panorámica vereda Colmenas.

Imagen 66. Panorámica vereda Campoalegre, Santa Rosa de Cabal.





Imagen 65. Panorámica vereda Colmenas, Santa Rosa de Cabal. Imagen 66. Panorámica vereda Campoalegre, Santa Rosa de Cabal. Fuente: Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

A partir de 1887 la exportación de café comenzará a equilibrar el costo de las importaciones, y su incremento repercutirá definitivamente en la economía regional hacia finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, cuando el centro de gravedad de la producción cafetalera nacional se desplace del oriente hacia la zona que se había poblado durante los últimos cien años, en el occidente. El cultivo prosperó en las pequeñas y medianas propiedades de ladera que habían sido protagonistas de la empresa familiar campesina desde el autoconsumo hasta la producción de excedentes agropecuarios (Esguerra, 2004, p. 10).

Así, durante las primeras tres décadas del siglo XX la región centro occidente sobrepasa con creces la producción de otras regiones del país donde tradicionalmente se habían dado los mayores volúmenes de café en el siglo XIX, como es el caso durante la segunda mitad del mencionado siglo en las zonas bajas ubicadas en dirección del río Magdalena, en el actual departamento de Cundinamarca, así como en el departamento de Norte de Santander desde 1800 en áreas como el valle de Cúcuta, Rosario y Salazar, desde donde se origina la exportación de café aproximadamente en 1835, gracias a la proximidad con un puerto en el lago Maracaibo al que se llegaba por el río Zulia, después de avanzar por caminos de herradura (Vallecilla, 2012).

Como se puede observar, la exportación de café en la región centro occidental de Colombia sucede de manera tardía si se compara con lo sucedido en Norte de Santander, debido a su aislamiento en medio de una orografía escarpada y a la carencia de sistemas de transporte eficientes que la acercaran con los puertos (Imagen 67), situación que apenas viene a solucionarse en la

década de 1920 con la puesta en funcionamiento del ferrocarril de Caldas y del cable aéreo entre Manizales y Mariquita.

Imagen 67. Caminos siglo XIX región centro occidental de Colombia.

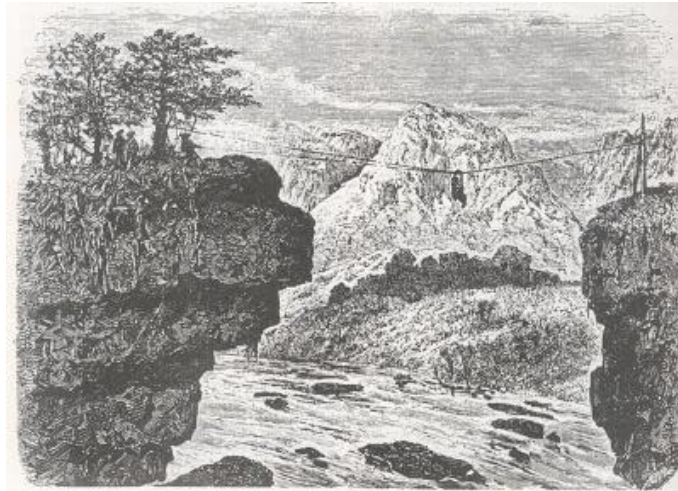


Imagen 67. Caminos siglo XIX región centro occidental de Colombia. Fuente:
http://laboratoriodeurbanismo.blogspot.com/2011/03/n_22.html

En la década de 1900, Colombia se convierte en el segundo productor mundial de café después de Brasil, el cual venía como primer productor desde 1830, coincidiendo este hecho con los resultados de las grandes inversiones en el cultivo de café que se habían hecho en la región centro occidental a fines del siglo XIX, a las cuales nos referimos anteriormente, al igual que con el gran aporte del café producido en las pequeñas y medianas propiedades de ladera (Imagen 68).

Imagen 68. Compra de café.



Imagen 68. Compra de café. Fuente:
http://www.revistacredencial.com/credencial/sites/default/files/images/salon_de%20empaques_261.jpg

El café se consolidó definitivamente como el principal producto de exportación de Colombia en la primera mitad del siglo XX, posición que mantuvo hasta la penúltima década de este siglo (en 1986), pero su importancia y alcance no se reduce a este aspecto y como ha sido señalado por varios autores, el café ha jugado un papel de enorme influencia económica, social y política en el país durante todo el siglo anterior y el actual, si bien ha decrecido en los últimos veinte años (Vallecilla, 2012, p. 38).

1.2.2. Resultados: Invariantes geográficas del territorio cafetero

El territorio que conforma el PCC es el resultado de una urdimbre de relaciones que se ha tejido en el tiempo, como producto del establecimiento de las actividades humanas en una escala temporal de larga duración, que va desde el momento en que se tiene evidencia de presencia humana en la región hace aproximadamente 10500 años antes del presente, hasta nuestros días.

Se busca por lo tanto en este aparte, precisar algunos aspectos decisivos en la configuración del territorio de la región centro occidental de Colombia en el periodo que corresponde a la república –periodo que tiene su origen dos décadas después de iniciado el tercer proceso de poblamiento de la región centro occidental de Colombia a comienzos del siglo XIX–, con algunos antecedentes en las efímeras conquista y colonia hispánica durante los siglos XVI y XVII.

Vale la pena en este momento hacer una pausa y observar cómo el mencionado proceso de poblamiento se transforma, y muchas de sus prácticas culturales entre ellas la producción masiva de arquitectura regional de bahareque cesan a mediados del siglo XX, como uno de los efectos de la violencia política que se recrudece por ese entonces alcanzando “su máxima intensidad y crueldad entre 1945 y 1965, sobrellevando el éxodo rural y el crecimiento de las principales ciudades de la región durante esa época (Pereira, Armenia y Manizales)” (Rivera, 2010, p. 96); se produce por consiguiente el paso de una cultura rural a una urbana, sumado a un cambio en las formas de pensar y ver la vida, resultado de la llegada de los primeros signos de una modernidad tardía en la década de 1950.

También se pretende generar una visión sobre lo que sucede en el siglo XX y lo que va corrido del presente siglo. Para ello, se desarrollan tres temas fundamentales que corresponden en su orden al establecimiento y desarrollo de las “redes” que facilitaron la circulación de los diferentes flujos poblacionales y económicos durante el período de la república; a los “nodos” que definieron el arribo y permanencia de los habitantes en el territorio; y finalmente, la manera como se desarrollaron las “superficies” con relación a los usos y actividades a través de las cuales se dominó el medio y que caracterizarían esta cultura cafetera dentro del contexto nacional.

1.2.2.1 Las redes

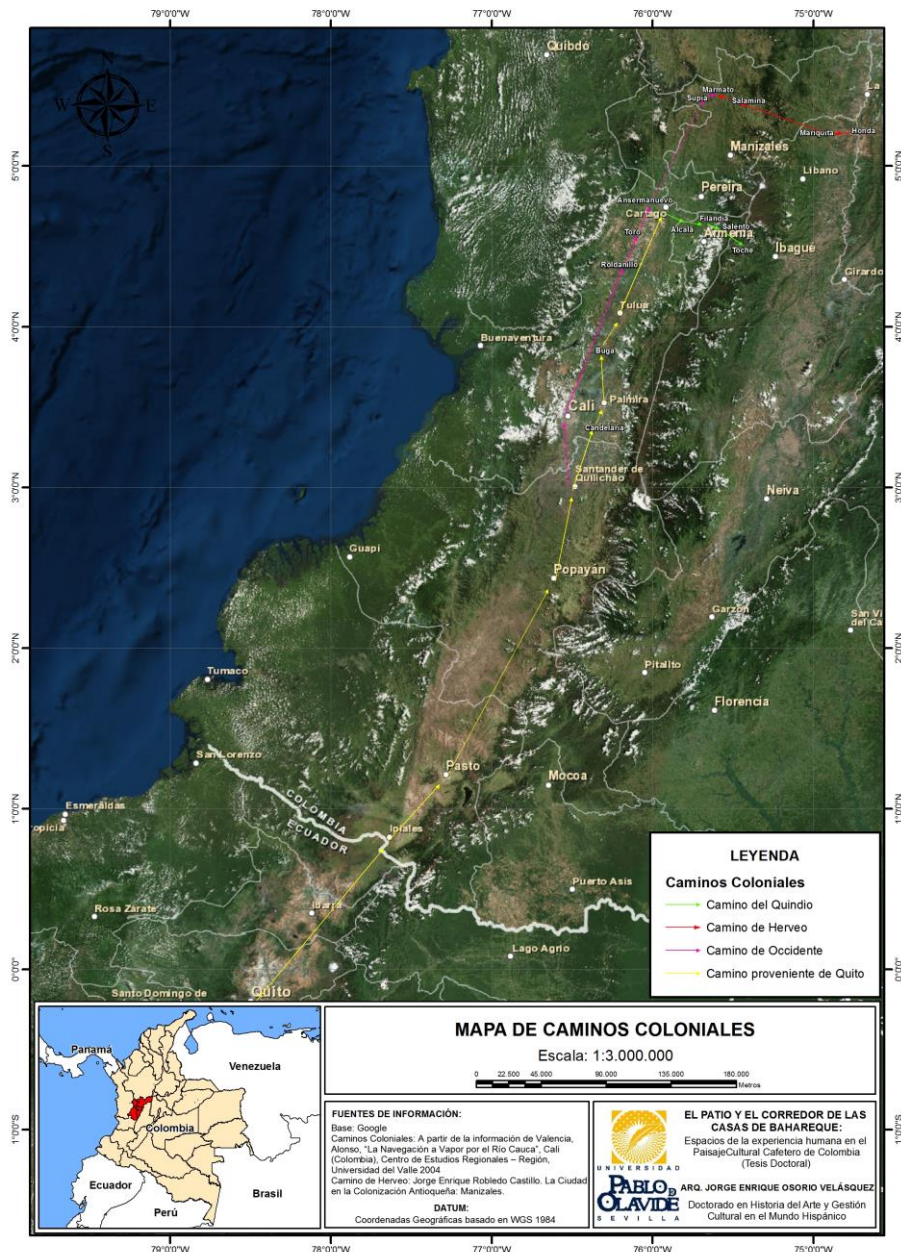
- **Los caminos y las carreteras**

La penetración hacia el centro occidente de Colombia en tiempos de la conquista y colonia española entre los siglos XVI y el XVII, básicamente se produjo a través de cuatro caminos, los dos primeros provenientes del sur del país y los otros dos del centro oriente.

Estos caminos que hacían parte de la esencial trama de comunicaciones del virreinato de la Nueva Granada, recibían la denominación de “Caminos

Reales” y se desarrollaban hacia esta región desde dos puntos opuestos; los dos primeros eran parte inicialmente del camino proveniente de Quito, que pasaba por ciudades como Ipiales, Pasto y Popayán hasta llegar al punto denominado Santander, hoy Santander de Quilichao, donde se bifurcaba para continuar uno de sus ramales hacia las localidades de Candelaria y Palmira, bordeando la cordillera Central en dirección norte para dirigirse hacia Buga, Tuluá y Cartago –en su segunda ubicación después de 1690–, conectando en esta última ciudad con el “Camino del Quindío (mapa 26).

Mapa 26. Caminos Coloniales.



Mapa 26. Caminos Coloniales. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

El segundo ramal denominado “Camino de Occidente”, continuaba de Santander, cruzaba el río Cauca para entrar a Cali, desde donde proseguía hacia el norte al lado de la cordillera Occidental, pasando por las poblaciones de Roldanillo, Toro y Ansermanuevo, para de ahí adentrarse por la tortuosa cordillera rumbo a las poblaciones mineras de Supía y Marmato, y seguir su curso hacia la provincia de Antioquia (Valencia, 2004). (Imagen 69).

Imagen 69. Cruce de caballos en el río Cauca. Geografía pintoresca de Colombia.

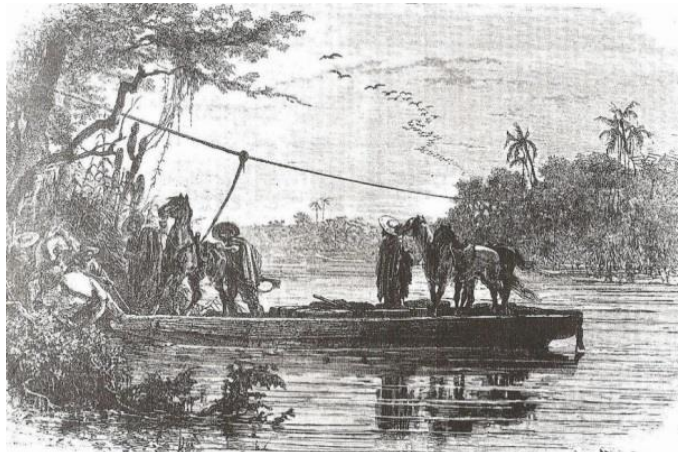


Imagen 69. Cruce de caballos en el río Cauca. Geografía pintoresca de Colombia: Viaje de Edouard André, 1875-1876.
Fuente: <http://www.historiadeantioquia.info/colonizacion-antioquena/la-estrategia-colonizadora-2.html>.

Los otros dos caminos denominados “Camino de Cartago” o “Camino del Quindío”, (Mapa 26) y el “Camino de Herveo”, surgían de la bifurcación que se producía en Honda del camino proveniente de Santafé de Bogotá. El primero cruzaba el mencionado valle en dirección de Pie de Cuesta, desde donde proseguía hacia la ciudad de Ibagué, después hacia la localidad de Toche todavía en la provincia del Tolima, para seguidamente enfrentar el difícil “Paso del Quindío”²², el cual con sus veinte leguas de longitud hasta Cartago podía llegar a tomar hasta un mes en ser cruzado en tiempo de invierno (Imagen 70).

²² Se conoció como Paso del Quindío el ascenso y descenso de la cordillera Central con una altura promedio de 4500 msnm en el punto por donde se efectuaba el cruce, en un viaje que se hacía cargado sobre la espalda de braceros o a lomo de mula y que en tiempos invernales demoraba muchas jornadas atravesarlo, llegando incluso a volverse intransitable.

Imagen 70. Bracero indígena por el paso del Quindío.



Imagen 70. Bracero indígena por el paso del Quindío. Fuente: Portada del libro La Colonización Antioqueña, una Empresa de Caminos, de Eduardo Santa.

Por su parte el segundo camino o “Camino de Herveo” partía de Honda hacía Mariquita, para de ahí remontar la cordillera Central en dirección de la localidad donde más adelante se funda la población de Salamina; después de este punto proseguía hacia la colonia minera de Marmato.

Debe resaltarse el camino de Occidente entre Cali y la provincia de Antioquia, el cual servía para comunicarse durante la colonia española con los pueblos mineros ubicados sobre esa ruta, y del que más adelante a finales del siglo XVIII y especialmente durante el siglo XIX, se despliegan un sinnúmero de bifurcaciones resultado de los flujos de población provenientes del sur de la mencionada provincia.

Estos caminos según las prácticas de los conquistadores españoles, se consolidaron siguiendo en muchos casos las mismas trazas de los caminos indígenas bordeando el curso de los ríos, aunque también se desarrollan por los filos de las montañas de la misma manera que lo continuaron haciendo con sus

sendas los colonos que llegan al centro occidente en tiempos de la república²³. Cabe agregar que los Caminos Nacionales se mantendrían casi iguales durante gran parte del siglo XIX a los Caminos Reales que se desarrollaron durante la colonia española, y que los caminos que construyen los diferentes Estados de manera independiente a la Nación durante dicho siglo, reciben la denominación de “Caminos del Estado”:

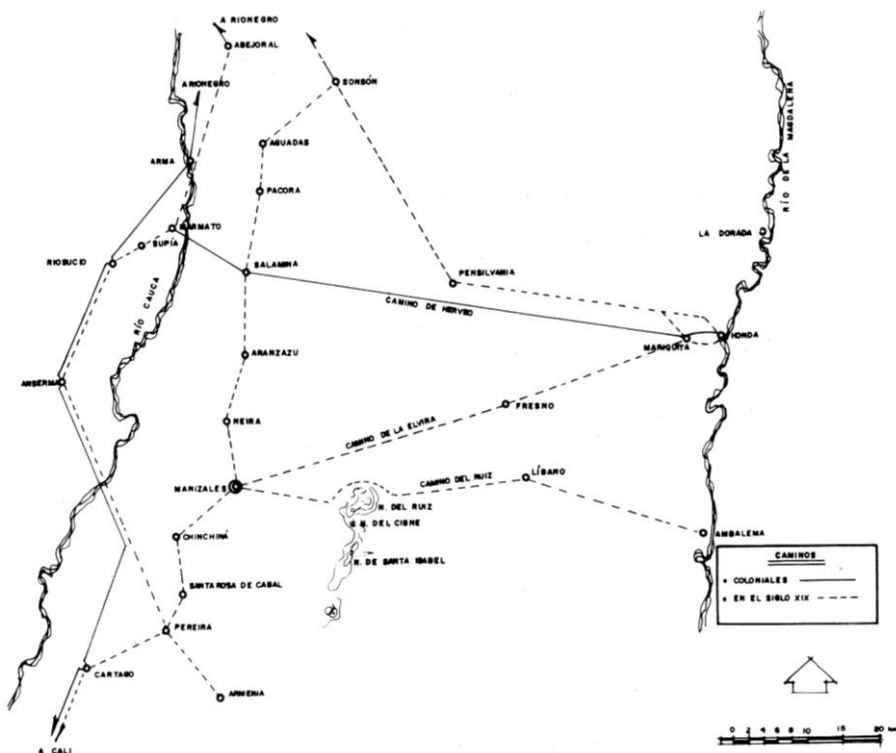
El escaso desarrollo de las vías y de los sistemas de comunicación en Colombia en el siglo XIX es uno de los factores más importantes en la formación de los núcleos culturales regionales. Puede decirse casi sin reparo que la red vial principal del territorio seguía entonces casi literalmente las rutas indígenas prehispánicas, las que habían sido ampliamente utilizadas durante la Colonia (Fonseca y Saldarriaga, 1992, p. 71).

Es así como el entramado de caminos de colonización que se extiende desde el sur de Antioquia toma como columna vertebral el Camino Real colonial existente entre Cali y Rionegro, y se desarrolla por las cuchillas de las montañas, posición desde la que se podía tener una mejor orientación y un mayor dominio de la geografía, facilitando de gran manera la paulatina tarea de “descuajar monte”²⁴ y de abrirse paso por entre el tortuoso medio natural con la finalidad de fundar poblados, práctica que se remite a los conquistadores españoles cuando con la fundación de ciudades buscaban generar dominio sobre el espacio geográfico (Mapa 27).

²³ La república de Colombia se inicia en 1819, cuando al adquirir su independencia se da paso al proceso de consolidación del Estado Nación que hoy se conoce.

²⁴ Descuajar monte se refiere a la tarea de abrirse paso en medio de la vegetación, para el establecimiento de caminos y la posterior fundación de ciudades y fincas. Este proceso que se encargó de humanizar un territorio indómito e inhóspito, particularmente hoy es visto por parte de los ecologistas como un acto de depredación, sin embargo desde la perspectiva histórica fue un hecho necesario para la conformación de esta cultura regional.

Mapa 27. Caminos Coloniales o Reales y Caminos del Siglo XIX o Nacionales en la región Centro Occidental de Colombia.



Mapa 27. Caminos Coloniales o Reales y Caminos del Siglo XIX o Nacionales en la región Centro Occidental de Colombia.
Fuente: Libro La Ciudad en la Colonización Antioqueña: Manizales, Jorge Enrique Robledo Castillo.

Sobre este proceso particular de penetración del territorio hecho por los caminos de montaña, el escritor Eduardo Santa precisa lo siguiente: “... la colonización no fue otra cosa que un largo camino que, partiendo desde el sur de Antioquia, seguía por el filo de la Cordillera Central en cientos de kilómetros y penetraba a varios de los que hoy prósperos departamentos” (1993, p. 29).

En cuanto a los cuatro Caminos Reales a los que se ha hecho alusión anteriormente, seguirían prestando su función durante la república bajo la denominación de Caminos Nacionales, quedando integrados a la vasta red de caminos que se fueron desarrollando en el centro occidente fruto de la colonización, constituyendo el enlace de esta zona con el sur y con el centro oriente del país donde se ubica la capital. A su vez, esta posibilidad de acceder desde diferentes puntos del país hizo posible que se asentaran personas provenientes no solo de Antioquia, sino del centro oriente donde se encuentran los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá, del Tolima en el centro, al

igual que del sur occidente del país, de departamentos como Cauca y Valle del Cauca (Imagen 71).

Imagen 71. Montaña del Quindío.



Imagen 71. Montaña del Quindío. Grabado de Hildebrane sobre dibujo de Alphonse-Marie de Neuville.
«Voyage á la Nouvelle Grénade», 1872. Biblioteca Luis Angel Arango, Bogotá. Fuente:
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo1996/mayo2.htm>

Por su parte, los “caminos de herradura”, nombre que se daría tanto a los Caminos Nacionales como del Estado, serían el medio por el que circuló el flujo humano que pobló este territorio, fundando poblados y generando áreas cultivables; igualmente, estas sendas se convierten en protagonistas del momento en que se inicia la circulación en sentido contrario como resultado del aumento gradual de la producción agrícola y pecuaria, y de la salida de sus productos para la venta, que no solo se llevaron hasta los poblados vecinos, sino hasta poblaciones distantes como Medellín (Imagen 72).

Imagen 72. Hacia el pueblo.



Imagen 72. Hacia el pueblo, de Juan Ruíz. Fuente: <http://juanruizart.blogspot.com/>

Cuando llegaban a los altos, procuraban caminar por los sugerentes y panorámicos lomos de las montañas, los cuales se constituyeron en sendas naturales con sus formas sinuosas y caprichosas, que la mayoría de las veces servían de guía para construir posteriormente un camino de herradura (Esguerra, 2004, p. 5).

En este sentido y con el ánimo de generar más kilómetros de vías, se incorpora un sistema en que los gobiernos de las diferentes provincias empiezan a impulsar la participación de agentes privados en su construcción, como es el caso del camino que le encomiendan a Félix de la Abadía, quien además de construirlo debía brindarle mantenimiento continuo, pudiendo compararse esta forma de operación con el sistema de concesiones que se emplea actualmente para la construcción y mantenimiento de la red vial nacional en Colombia. Así se desarrolla una forma de hacer y mantener caminos, que mejoró ostensiblemente el traslado de productos agrícolas que iban hacia el mercado nacional y de bienes que llegaban para el consumo de la población local, muchos importados debido a la incipiente industria que existía en el país por aquel entonces:

Además, el gobierno del Cauca había concedido al señor Félix de la Abadía, el privilegio de construir un camino para unir a Cartago con las recién fundadas aldeas de Santa Rosa y Manizales, hasta empatar con la vía de Salamina y Medellín; De este modo se convirtió en la ruta del cacao y el tabaco obligando a construir algunas casas que sirvieran de posadas (Sarmiento y Valencia, 2005, p. 27).

Sin embargo, este sistema solo ayudaría a superar de manera parcial las dificultades que implicaba el transporte de caminantes o jinetes, así como el comercio de víveres y animales, ya que solo se implementó en caminos principales, quedando otro tipo de rutas de penetración a expensas del mantenimiento que pudieran prestarle los vecinos que se beneficiaban de su servicio. A pesar de eso, las condiciones se mejoran en ciertas partes del entramado, como lo anota el geógrafo James Parsons al referirse al viaje entre Manizales y Cartago al que se aludió anteriormente:

El viaje entre Manizales y Cartago se había reducido de ocho días a uno y medio en 1890, pernoctando normalmente en Santa Rosa de Cabal. Por la misma época se estableció una comunicación más barata, aunque no más rápida, a Cali, con la introducción del servicio de vapores en el alto río Cauca y de los nuevos muelles de Cartago y Puerto Sucre (1961, p. 129).

- **La arriería**

A la par de la necesidad de contar con mejores caminos para el desplazamiento humano y comercial, se consolida la empresa de la arriería sustentada sobre la base que proporcionó la utilización del caballo, la mula y el buey como únicos medios de transporte, que desde el inicio de la migración hacia esta zona del país, sirvieron para enfrentar las adversidades de los caminos de herradura, constituyéndose en uno de los pilares sobre los que se apoyaría el desarrollo social y económico de esta región.

Este medio de transporte desde el comienzo del proceso de poblamiento en el centro occidente, contribuyó a la movilización de los colonos tanto en las incursiones previas a su asentamiento, como en el desarrollo de gran parte de las actividades cotidianas después de establecidos; del mismo modo, cobró total vigencia cuando en las décadas de 1900 y 1910 se va consolidando la exportación del grano hacia los mercados mundiales, teniendo como único punto de salida en la región el puerto de Honda sobre el río Magdalena, para lo cual las recuas de mulas, bueyes y una minoría de caballos debían aventurarse a cruzar a

través del camino de Herveo, sobre la cordillera Central partiendo desde Manizales:

Pero en ese momento, el joven Departamento de Caldas solamente tenía como vía de exportación para el grano un pésimo camino de montaña que iba de Manizales a Honda, donde el café se embarcaba en los vapores que lo llevaban a la Costa Atlántica (Poveda, 2003, p. 2).

Ya durante la década de 1920, los cargamentos de café debían llevarse en bestias solo hasta Manizales, para de ahí proseguir su camino en el cable aéreo hasta Mariquita y de ahí en el ferrocarril de La Dorada hacia el puerto fluvial del mismo nombre sobre el río de La Magdalena, para proseguir su viaje en vapor hacia la ciudad de Barranquilla sobre el mar Caribe, para su posterior exportación.

La siguiente opción para la salida del café la brinda la entrada en servicio del canal de Panamá el 15 de agosto de 1914, a través del puerto de Buenaventura sobre el océano Pacífico. Para ello, se transportaba el grano a lomo de mula desde Armenia y Pereira –ciudades que fungían como grandes centros de acopio–, hasta los puertos fluviales de puerto Caldas sobre el río La Vieja frente a Cartago, y de La Virginia sobre el río Cauca, respectivamente, desde donde era transportado en vapor hasta la localidad de Yumbo, cerca de Cali, para de ahí transbordarse en mula y proseguir su viaje en tren hasta el puerto marítimo de Buenaventura.

Ya después de 1921, cuando queda construido el ferrocarril de Caldas en el tramo entre puerto Caldas y Pereira, el café se transporta en recuas de mulas desde los municipios y veredas sobre los que tenía influencia esta ciudad (Imagen 73), para proseguir su viaje en tren hasta Puerto Caldas, donde se embarcaba en vapor hasta Yumbo; cuando el ferrocarril del Pacífico llega a Cartago en 1923 y se conecta con el ferrocarril de Caldas, el café continúa saliendo de manera directa en ferrocarril hacia el puerto de Buenaventura y de ahí en barco, atravesaba el canal de Panamá en busca de los mercados europeos y de la costa este norteamericana. El producto también era conducido por el océano Pacífico hacia ciudades de la costa oeste del norte del continente.

Imagen 73. Por los caminos del café.



Imagen 73. Por los caminos del café, Luis Guillermo Vallejo. Fuente: <http://godues.files.wordpress.com/2011/12/tierra-cafe-colombia.png?w=640&h=458>

Armenia por su parte, queda conectada con el ferrocarril del Pacífico alrededor de 1925, por lo que desde ese momento el café que llegaba a través de la arriería de los municipios vecinos sigue saliendo de forma directa en tren hacia el puerto de Buenaventura.

Otra forma como se concretó el aporte de la arriería, fue a través de las grandes recuas de mulas de las que disponían las grandes haciendas cafeteras para sacar lo producido hacia los poblados o ciudades principales, donde se decidía por cuál de los puertos debería continuar hacia el consumo internacional. También debe tenerse en cuenta el apoyo que brindó la arriería a la producción de las fincas medianas y del minifundio cafetero; en el primer caso, dicha forma de propiedad no contaba con este medio en la misma escala que las haciendas, debiendo recurrir en muchos casos al apoyo de la arriería por contrato; de igual modo, la arriería debió ayudar a mover el gran volumen de café producido en los minifundios en los tiempos de cosecha (Imagen 74).

El transporte de la hacienda o la finca hasta el primer punto se siguió haciendo bien hasta bien entrado el siglo XX a lomos de mulas. Las recuas de estos animales eran así un elemento esencial del sistema de transportes. De hecho, hacían parte significativa de las inversiones de las haciendas cafeteras, que debían destinar pastos abundantes a su mantenimiento (Ocampo, citado en Tirado, 1998, p. 222).

Imagen 74. Por buen camino.



Imagen 74. Por buen camino, Juan Ruíz. Fuente: <http://juanruizart.blogspot.com/>

El oficio de arriero en la época en que estaba en plena vigencia la arriería era un sinónimo de prestigio, razón por la cual muchos buscaban iniciarse en este oficio para convertirse poco a poco en empresarios del transporte por los caminos de herradura, logrando incluso llegar a reunir grandes fortunas; de esta forma debían desempeñar una serie de funciones hasta que finalmente los más emprendedores llegaban a ser dueños de una o muchas recuas de mulas:

Los arrieros jóvenes se iniciaban como “sangreros” y eran los encargados de darles de comer a las bestias, llevar caballo de cabestro para guiar la recua, atender la cama y equipaje de los demás. Los caporales seguían en rango: cargaban, amarraban, alzaban los bultos y vigilaban los animales y el camino. Cuando un arriero se destacaba, se convertía en guía, señalaba la duración de las jornadas, el lugar para detenerse y se hacía responsable de la entrega de la carga con sus recibos y remisiones (Montaña y Vallecilla, 2009, p. 104).

Sin embargo, este oficio que para muchos se planteaba como algo promisorio y desde varios relatos como parte de una historia de corte novelesco, requería de mucho esfuerzo y dedicación dentro de un código de valores que ubicaba el trabajo como principal forma de ascenso social; igualmente, requería de un gran desprendimiento con relación a los lazos que usualmente establecían las personas que echaban raíces en un lugar, como los agricultores, los comerciantes y otras ocupaciones como artesanos, herreros, etc., que no requerían del movimiento para la búsqueda de oportunidades y de riqueza:

Es sorprendente la capacidad de trabajo y sacrificio que tenían los arrieros. El pasarse todo un día y todos los días transitando por unos caminos, que apenas merecían este nombre, conduciendo una recua de animales, algunas veces indóciles y cuidando la carga en muchas ocasiones de extremada fragilidad, era para gentes de temple extraordinario y de una probada afición al trabajo (Cadavid, 2000, p. 6).

Además, el arriero representaba una manera de vida itinerante, que a través de su movilidad por toda clase de caminos se encargó de darle significación a un territorio vasto y en muchos casos inhóspito y que gracias a su labor se fue poblando e integrando a las dinámicas de la región y el país (Imagen 75). En este sentido, el historiador Eduardo Santa se refiere a tres tipos de oficios vitales para el proceso de poblamiento de la región y entre ellos precisa el espíritu del arriero:

Esos tres grandes grupos son: los labradores, algunos de los cuales tienen su familia en la casa que han construido en el poblado; los mineros, que se establecen en las inmediaciones de sus centros laborales; y los arrieros, que son trashumantes, dentro de las rutas fijas que constituyen sus largos itinerarios (1993, p. 235).

Imagen 75. Arriero.

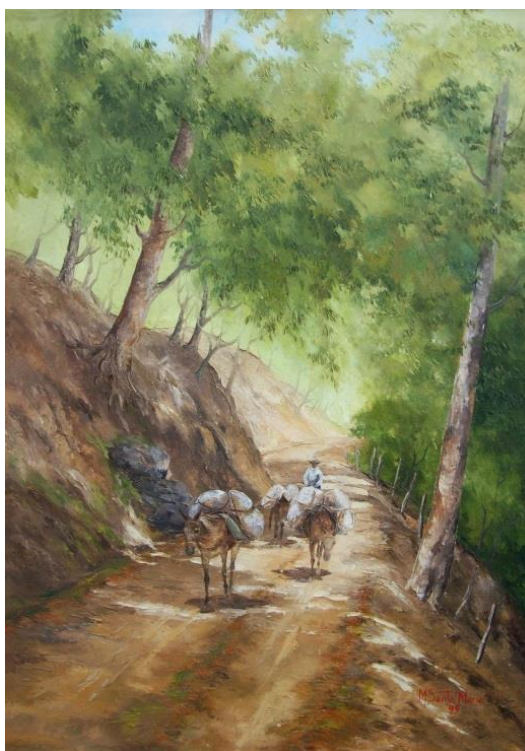


Imagen 75. Arriero, M. Santa María. Fuente: <http://2.bp.blogspot.com/-zBwMjqwU0uo/Tx3pOgRccdI/AAAAAAAAAOII/yQTAPy6XPLk/s1600/ARRIEROS.JPG>

También es de suma importancia resaltar dentro de la arriería el invaluable papel de las mulas, “hijas de asnos y yeguas, o de caballos y burras, de patas largas y delgadas, las mulas son capaces de soportar grandes cargas y fueron, hasta comienzos del siglo XX, una de las pocas formas de recorrer el país, guiadas por un arriero” (Montaña y Vallecilla, 2009, p. 103). Además, dentro de los reconocimientos debe también dejarse un lugar para el buey, cuadrúpedo que se utilizaba por su capacidad para transportar grandes cantidades de peso, pero que tenía una utilidad limitada cuando se trataba de transitar largas distancias en caminos accidentados y que estuvieran muy afectados por la presencia de fango (Imagen 76).

Imagen 76. Arriero y cuadrilla de bueyes.



Imagen 76. Arriero y cuadrilla de bueyes, Fotografía de Melitón Rodríguez. Fuente: <http://2.bp.blogspot.com/-rGKyTmU2Shk/UCbw9FUsHXI/AAAAAAAAHrQ/oa93vWmJsyY/s1600/01+alb+a.png>

Por su parte, estos difíciles viajes dependiendo de la distancia podían demorarse varias jornadas, que oscilaban entre 8 y 12 horas según su dificultad, por lo que se tenían puntos establecidos para detenerse a descansar de la faena al caer el día, y en los cuales a partir de la frecuencia de uso del camino, se fueron configurando muchos de los poblados que hoy se conocen. En este sentido, el señor Hernán Galeano, arriero de profesión entrevistado por el

antropólogo Germán Ferro, a quienes cita Guillermo Cadavid autor del artículo Sonsón y la Arriería, rememora lo siguiente:

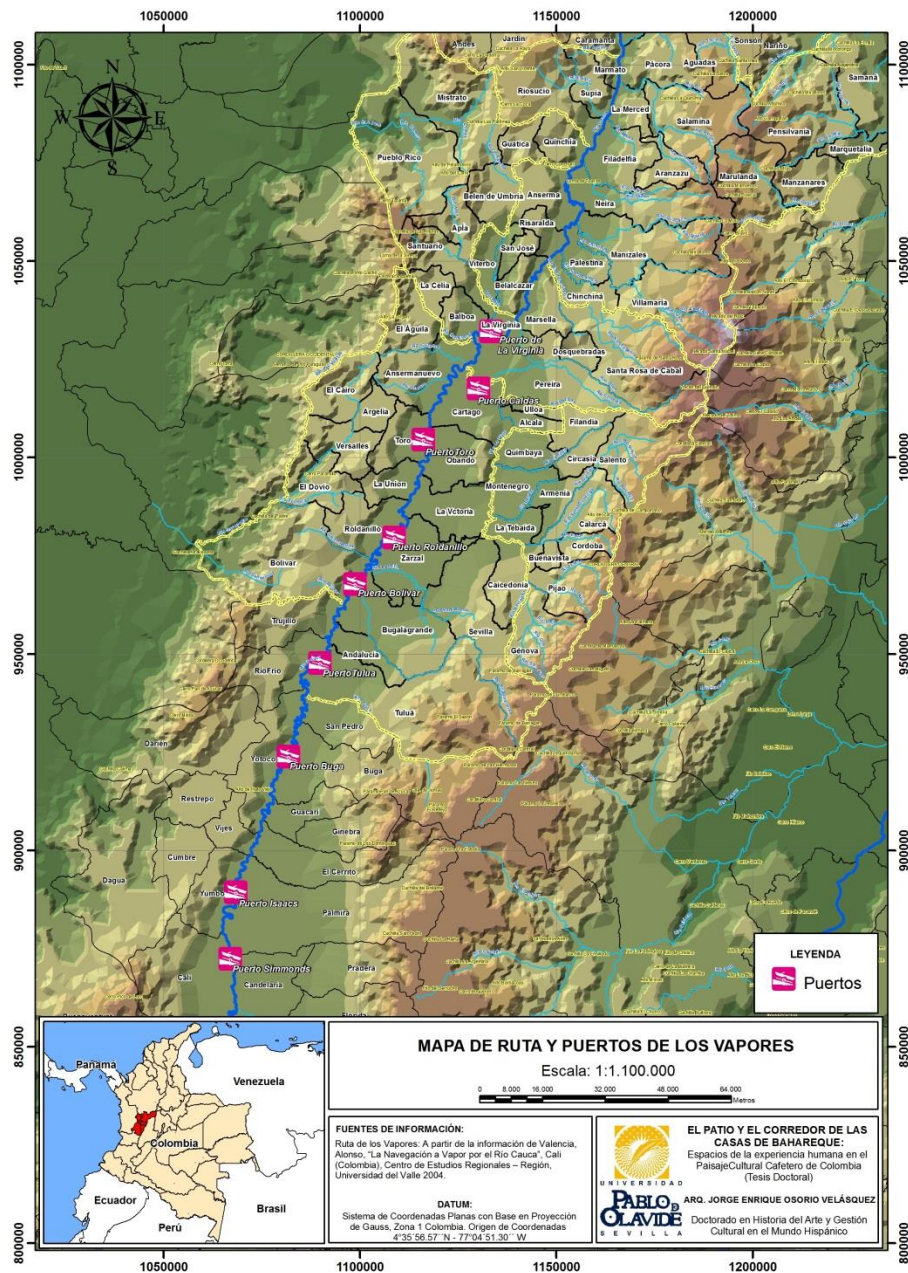
A mí me tocó llegar a La Estancia cuando nos tocó sacar carga para Sonsón, cierto. La Estancia era una casa sin mentirle nada, por ahí una casa de treinta, cuarenta varas de largo en corredor en redondo, donde nos llegamos a hospedar con 130 animales, oiga pues, bueyes y mulas en esa casa que llamaban La Estancia. Taquiada de carga entre las piezas, los corredores y hasta el patio, y cada sangrero tenía y ajuntaba su comida y su fogoncito en el patio para hacer de comida. ¡Avermaría! nos juntábamos diez 'o quince, veinte arrieros, eso era de aquí del Páramo para abajo en intermedio de Argelia y Sonsón (2000, p. 24).

Esta particular forma de transporte fue perdiendo gradualmente su protagonismo debido a tres factores: primero que todo por la construcción del ferrocarril de Caldas cuando finalmente en 1927 queda conectada Manizales con la ciudad de Cartago y, por consiguiente, con la línea férrea que llegaba hasta la ciudad de Cali; el segundo tiene que ver con la puesta al servicio del cable aéreo Manizales – Mariquita en 1922; y el tercero con la construcción de las carreteras nacionales, departamentales o del sistema terciario de vías veredales, que facilitaron la entrada de vehículos automotores a puntos de la geografía solo accesibles antes por la mula; de todas maneras, en algunos lugares de esta región por su inaccesibilidad todavía este transporte se mantiene.

- **Los vapores por el río Cauca**

La navegación fluvial con vapores se desarrolla básicamente sobre la cuenca alta del río Cauca y en un corto tramo de la cuenca media. Sin embargo, esta impacta de manera considerable la región centro occidental donde hoy se localiza el territorio del PCC, al haber constituido el medio de salida de gran parte del café que se produjo desde 1915 hasta aproximadamente 1930; del mismo modo, fue el punto de entrada de productos agrícolas y manufacturas elaboradas en el Estado del Cauca o importadas de Norteamérica y Europa, desde que dicho medio de transporte comienza a funcionar a finales del siglo XIX (Mapa 28).

Mapa 28. Ruta y Puertos de los Vapores.



Mapa 28. Ruta y Puertos de los Vapores. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

Respecto a la navegación en el río Cauca podemos decir que desde 1870 Manuel Dolores Camacho había señalado la conveniencia de constituir una empresa con tal fin, pero no era mucho lo que podían hacer los gobiernos caucanos, dado que el Cauca era considerado como río nacional porque atravesaba varios estados. No obstante, el Estado del Cauca era el más interesado en desarrollarla en tanto que en el curso alto de este río, es decir, la parte que baña al valle geográfico (220 kms), era la más apropiada para el efecto, aparte de la más necesitada ante la dificultad que presentaban los caminos (Valencia, 2004, p. 4).

En consecuencia, tienen lugar varios intentos de conformar empresas de navegación a vapor, como efectivamente sucede en el año de 1875 con la sociedad liderada por Carlos H. Simmonds. Sin embargo, esta iniciativa no fructifica debido a intrigas políticas que se hacen desde Popayán y al inicio de la guerra de 1876. Seguidamente, en 1880 se conforma la “Compañía de Navegación a Vapor por el Río Cauca”, la cual se encuentra con la dificultad que significaba traer una nave de este tipo desde Europa sin existir el canal de Panamá, desarmarla en el puerto de Buenaventura y volverla a armar en el río después de cruzar sus partes por la cordillera Occidental en mulas y bueyes. Más adelante se crea también la “Sociedad de Navegación del río Cauca”, que bajo la dirección del italiano Felipe Orosti arma y pone en las aguas del Cauca el vapor Caldas en 1884, el cual se hunde por problemas técnicos el mismo día de su inauguración.

Finalmente, Carlos H. Simmonds, después de sortear toda clase de dificultades, se pone al frente del proyecto que concluye en el viaje inaugural del vapor Cauca en 1888, cuya razón social cambia de “Compañía de Navegación a Vapor por el Río Cauca”, al de “Sociedad de Simmonds, Chávez y Cía.” (Imagen 77).

Los inicios de la navegación a vapor sólo se dieron cuando el vapor “Cauca” empezó a prestar sus servicios al público. Se trataba de un pequeño barco cuya capacidad no excedía las 100 toneladas, y viajaba entre Cali y Cartago arrojando utilidades cercanas a los \$800 en cada viaje (Valencia, 2004, p. 9).

Imagen 77. Vapor Sucre cerca de La Virginia en el río Cauca.

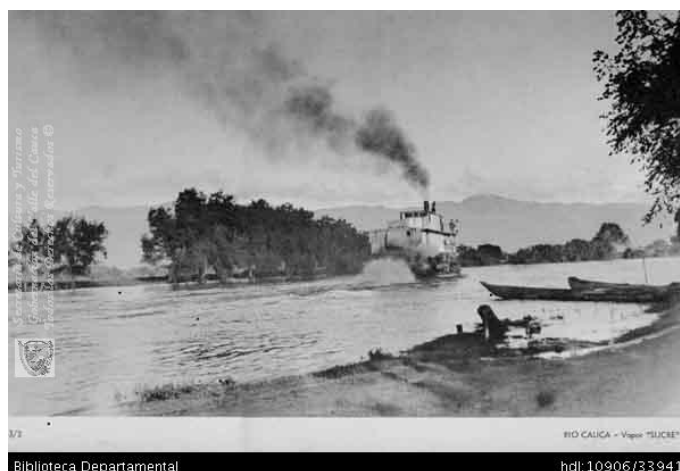


Imagen 77. Vapor Sucre cerca de La Virginia en el río Cauca, Fotografía autor desconocido. Fuente: Secretaría de Cultura y Turismo, Gobernación del Valle del Cauca - http://bibliotecadigital.icesi.edu.co/biblioteca_digital/retrieve/242131/0200010.JPG.preview.jpg

Pasa la década de 1890 sin que se experimenten notables cambios, hasta que a comienzos del siglo XX la navegación por el río Cauca experimenta importantes transformaciones y el inicio de una etapa de bastante desarrollo. “La Compañía de Navegación a Vapor por el Río Cauca” que tenía solo un vapor prestando el servicio, pone en funcionamiento en 1904 el vapor Sucre llegando en 1910 a tres vapores –los otros dos correspondían a los nombres de Ricaurte y Cabal–, mientras que las empresas Pinzón y Compañía, Naviera del Cauca, A. Vallejo González, A. Garcés P. y Cía y Compañía Marina, aportan otras doce naves para el transporte de carga y pasajeros (Valencia, 2004).

La llegada del ferrocarril a Cali en 1915 impulsó la navegación a vapor, pues los productores de la zona cafetera tuvieron una vía más expedita para exportar su café e importar mercancías extranjeras, gracias a lo cual surgieron otras compañías fluviales que convirtieron al río Cauca en la más importante vía de transporte del Occidente colombiano, complemento necesario del ferrocarril (Valencia, 2004, p. 16).

De esta manera, Puerto Caldas en frente de Cartago y de manera particular el puerto de La Virginia, se convirtieron en nodos de la actividad económica regional, recibiendo flujos comerciales de doble vía: en una dirección todo el café de exportación que se producía al sur de la región centro occidental en los actuales departamentos de Risaralda y Quindío, al igual que en los municipios del norte del Valle; en el otro sentido, productos de origen agrícola y

pecuario como cacao, miel, carne, tabaco y aguardiente que se producían en las haciendas ubicadas a lo largo del río desde puerto Simmonds en Cali y puerto Mallarino, hasta las proximidades del puerto de La Virginia y de puerto Caldas. También en el sentido de Cali a La Virginia y Puerto Caldas se transportaban las mercaderías importadas que entraban por el puerto de Buenaventura y que llegaban por tren hasta las inmediaciones de Puerto Isaacs, donde se transbordaban en mula a los vapores; dichas mercaderías básicamente consistían en herramientas, telas, mobiliario y maquinaria (Imagen 78).

Imagen 78. Vapor en el río Cauca.



Imagen 78. Vapor en el río Cauca, Fotografía autor desconocido. Fuente: Archivo fotógrafo Álvaro Camacho.

Por su parte, la exportación de café moviliza 2.053.667 de sacos en vapor en el periodo comprendido entre 1920 y 1926 (Valencia, 2004), carga que se acopiaba en las ciudades de Armenia y Pereira y que era transportada en mula hasta Puerto Caldas y al puerto de La Virginia, para su embarque hasta Puerto Isaacs, donde el grano se transbordaba de nuevo a lomo de mula hacia la estación de Yumbo. De allí continuaba su viaje en tren por el tramo del ferrocarril del Pacífico que se inaugura en 1915 entre Cali y el puerto de Buenaventura. Cabe anotar que después de inaugurado el tramo del ferrocarril de Caldas entre Puerto Caldas y Pereira en 1921, el puerto de La Virginia queda por fuera de la dinámica exportadora.

El transporte en vapor por el río Cauca desaparece a comienzos de la década de 1930, cuando es desplazado definitivamente por el ferrocarril del

Pacífico que se conecta con el ferrocarril de Caldas, quedando unidas Cali y Manizales; lo mismo sucede con la arriería en esta zona del centro occidente, cuando es sustituida por el ferrocarril de Caldas en su función de llevar el café hacia Puerto Caldas y al puerto de La Virginia desde las ciudades de Armenia y Pereira, así como desde las poblaciones y áreas por donde surcaban las líneas férreas y se emplazaban las estaciones.

Así, el comercio del café, que se intensifica en la segunda década del siglo XX, influye en que se mejore el sistema de caminos y en que se piense en medios alternos de transporte como el ferrocarril, los cables aéreos y el transporte por carretera, no solo como una manera de hacer más eficiente la exportación y de resolver el problema del aislamiento, sino también como una forma de estar a la par con un momento de prosperidad.

- **El ferrocarril de Caldas**

Ya el gobierno colombiano había previsto la necesidad de construir ferrocarriles en el territorio nacional desde el siglo XIX. Esto queda en evidencia en leyes como la que en 1836 promulga el Congreso colombiano “...de estímulo a las inversiones en ferrocarriles para facilitar la exportación, el flujo de bienes entre los estados, y la reducción de las jornadas de los viajeros” (Ley citada en Montaña y Vallecilla, 2009, p. 114), al igual que en la Ley 69 de 1871 “...que fomentaba la colonización y apertura de vías férreas, especialmente para las que unieran las capitales de los estados con el río Magdalena, y a Bogotá con Boyacá y Santander” (Ley citada en Montaña y Vallecilla, 2009, p. 115).

Esto genera la base jurídica para que surjan en las décadas finales del siglo XIX una serie de ferrocarriles en diferentes partes del país –que quedan inconclusos en algunos casos–, así como de otros a comienzos del siglo XX, los cuales se realizan de manera independiente, sin una visión de conjunto que los hiciera parte de un sistema conformando una red férrea de carácter nacional. Las causas pueden ser muchas, como la económica, pero una que tuvo demasiado

peso fue la concerniente a las características difíciles de nuestra geografía, las cuales en algunos casos hicieron imposible o muy difícil de realizar este fundamental propósito.

Sin embargo, una excepción la constituyeron los ferrocarriles del Pacífico concluido en 1923, el cual conjuntamente con el de Caldas que se termina en 1927 y el de Amagá que conectó Medellín con Cali en 1942, llegaron a integrar un dinámico sistema de exportación para el café que se produce en la primera mitad del siglo XIX en la región centro occidental de Colombia.

No obstante, las posibilidades de expansión y de conexión de los ferrocarriles del Pacífico y Caldas con otras líneas férreas estuvieron limitadas debido a las condiciones de un entorno geográfico accidentado, configurado por las cordilleras Central y Occidental en sus flancos Oriente y Occidente, y al norte después de La Virginia por el cañón del río Cauca, que se desarrolla en medio de un denso tejido de estribaciones cordilleranas, estos logran conectarse con el ferrocarril de Amagá casi 20 años después de inaugurados cuando se establece la conexión entre la estación de La Pintada y La Virginia.

En este sentido, en el momento en que se salva el obstáculo geográfico planteado por estas cordilleras, se construye el tramo de ferrocarril entre Buenaventura y Cali cruzando la cordillera Occidental, obra que le da el verdadero sentido al sistema que estaría integrado por los ferrocarriles de Caldas y Pacífico y mucho más adelante por el de Amagá, al proveerle una salida hacia el océano Pacífico en 1915, a lo que se suma agregándole más valor la inauguración en 1914 del canal de Panamá. Esta situación acorta el camino de lo exportado, no solo de los departamentos de Caldas y Valle del Cauca que se crean en 1905 y 1910, respectivamente, sino de una gran parte del país hacia la costa oeste de Norteamérica, lo mismo que hacia el continente europeo.

Lo anterior explica por qué la dirigencia del recién conformado departamento de Caldas coincide en que se debía construir un ferrocarril que le

diera una salida más eficiente a la producción cafetera, que la que se tenía hasta ese momento a lomo de mula a través de la cordillera Central para alcanzar los vapores del río Magdalena:

Ya desde 1911, los gobernantes y los dirigentes cívicos caldenses habían señalado la necesidad de construir una ferrovía desde Manizales hasta el río Cauca, hasta un punto donde llegaran los vapores que venían de Cali, para dejar así comunicado el centro del departamento de Caldas con el puerto de Buenaventura a través del enlace ferrocarril - vapores- ferrocarril. De esa manera, en diciembre de 1911, los gobiernos nacional y departamental firmaron un contrato en que el primero (La Nación) autorizaba al gobierno de Caldas a construir un ferrocarril desde el río Cauca hasta Manizales, de propiedad del departamento, y, además, le otorgaba una subvención para la construcción de la obra, tal como lo había dispuesto una ley de los gobiernos de la Regeneración, en 1888... (Poveda, 2003, p. 2).

De forma inmediata a la firma del contrato con la Nación, y apoyado en una ordenanza previa, el gobierno de Caldas contrata al ingeniero Felipe Zapata Cuenca, quien en enero del año 1912 entrega un informe preliminar sobre el ferrocarril cuyo trazado iría de Puerto Caldas a Manizales. En paralelo, se constituye la junta directiva del ferrocarril de Caldas que enseguida solicita al ingeniero Zapata el estudio definitivo, el cual se concluye en mayo de ese mismo año y del que deriva la importante recomendación de desarrollar la ferrovía por etapas debido a lo costoso de la obra; sugiere además que el ancho de la trocha fuera de yarda, lo que en un futuro facilitó el empalme con los ferrocarriles del Pacífico y de Amagá:

La ruta adoptada ya en ese momento, partía del río Cauca hacia el oriente, pasando un poco al norte de Cartago y tomando la ladera norte del río Consota, trepando por ella hasta la planicie ondulada donde se asienta Pereira. En Pereira cruzaría el río Otún y después de salvar una pequeña serie de colinas, llegaría a Santa Rosa de Cabal. De aquí seguiría a Chinchiná y Villamaría. Los pocos kilómetros de recorrido que quedarían desde esta pequeña población hasta Manizales los subiría la vía con muy fuertes pendientes y en un elaborado sistema de curvas para llegar a la capital de Caldas (Poveda, 2003, p. 3).

Después de dibujar los planos constructivos de la ferrovía el ingeniero Jorge Páez González durante el año 1914, se da inicio a la obra en agosto de 1915, la cual parte de Puerto Caldas, bajo la dirección del ingeniero Luis A. Isaza. Se llega cuatro años después a la Estación Villegas ubicada en el kilómetro 15 y

en 1920 a Pereira, poniendo la línea simultáneamente en servicio (Imagen 79); debe agregarse que la vía avanza en esta oportunidad hasta el punto denominado La Quiebra de Vásquez, antes de Santa Rosa de Cabal, quedando parada su ejecución durante los cuatro años siguientes (Imagen 80).

Imagen 79. Llegada a Pereira de la primera locomotora.
Imagen 80. Puente de la Máquina.

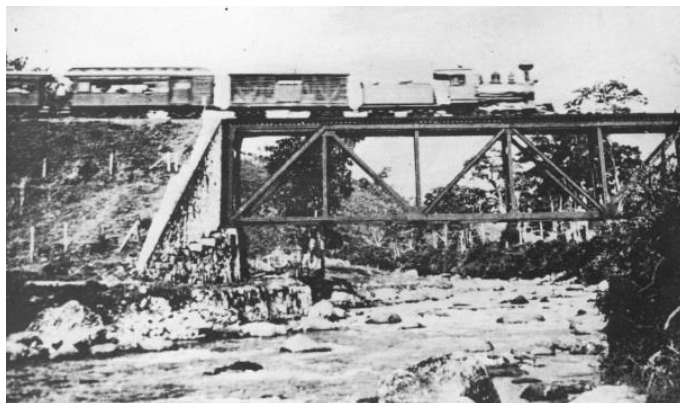


Imagen 79. Llegada a Pereira de la primera locomotora, Fotografía autor desconocido. Imagen 80. Puente de la Máquina, salida de Pereira hacia Santa Rosa de Cabal. Fotografía autor desconocido. Fuente: Archivo fotógrafo Álvaro Camacho.

De esta manera, el café que antes llegaba a Pereira y se transportaba en mula hacia el puerto de La Virginia, se empieza a trasladar en el nuevo servicio de tren hasta Puerto Caldas para su embarque en vapor hacia Puerto Isaacs, transbordo que tendría que hacerse durante tres años más hasta cuando llega el ferrocarril del Pacífico a Cartago en 1923 y se conecta con el ferrocarril de Caldas, quedando habilitado el transporte directo en tren hasta el puerto de Buenaventura.

Es de recalcar que cuando se inaugura el tramo de ferrocarril de Puerto Caldas a Pereira empieza a llegar a esta ciudad café de las trilladoras de Armenia, Manizales y de otras partes del departamento. Sin embargo, esto cesa cuando entra en funcionamiento el cable aéreo de Manizales a Mariquita en 1922, y Armenia se conecta por ferrocarril con Cali en 1925.

En 1923, Colombia recibe la indemnización de parte de Estados Unidos por la pérdida de Panamá, por lo que la nación decide invertir en la construcción de varios ferrocarriles resultando beneficiado el de Caldas: “En 1924, el Gobierno Nacional le entregó a la empresa caldense la suma de \$720.000 pesos (iguales entonces a 720.000 dólares), a título de préstamo a largo plazo y con bajo tipo de interés, para continuar la obra” (Poveda, 2003, p. 6).

La obra reinicia en 1924 desde La Quiebra de Vásquez, avanzando por una topografía quebrada pero no de grandes montañas y cañones, razón por la cual llega en el tiempo record de un año a Villamaría, pasando antes por Santa Rosa de Cabal y por la población de San Francisco, hoy llamada Chinchiná. En Villamaría, el rápido avance se detiene debido a la diferencia de cientos de metros existente entre esta población y Manizales, lo que hace que la obra se demore en llegar dos largos años a Manizales, paradójicamente en la construcción de unos pocos kilómetros. La locomotora Zapata, emblemática de esta faraónica obra en contra de la topografía de montaña, llega a Manizales en 1927 donde se encuentra con la estación de ferrocarril que se construye en paralelo con el último tramo de esta ferrovía (Imagen 81).

Imagen 81. Estación de Manizales.

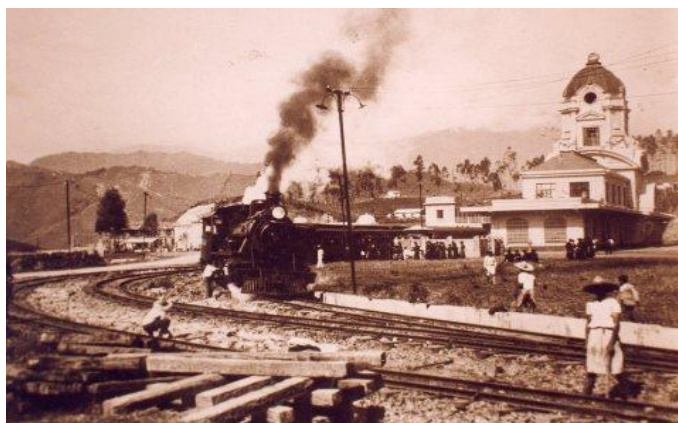
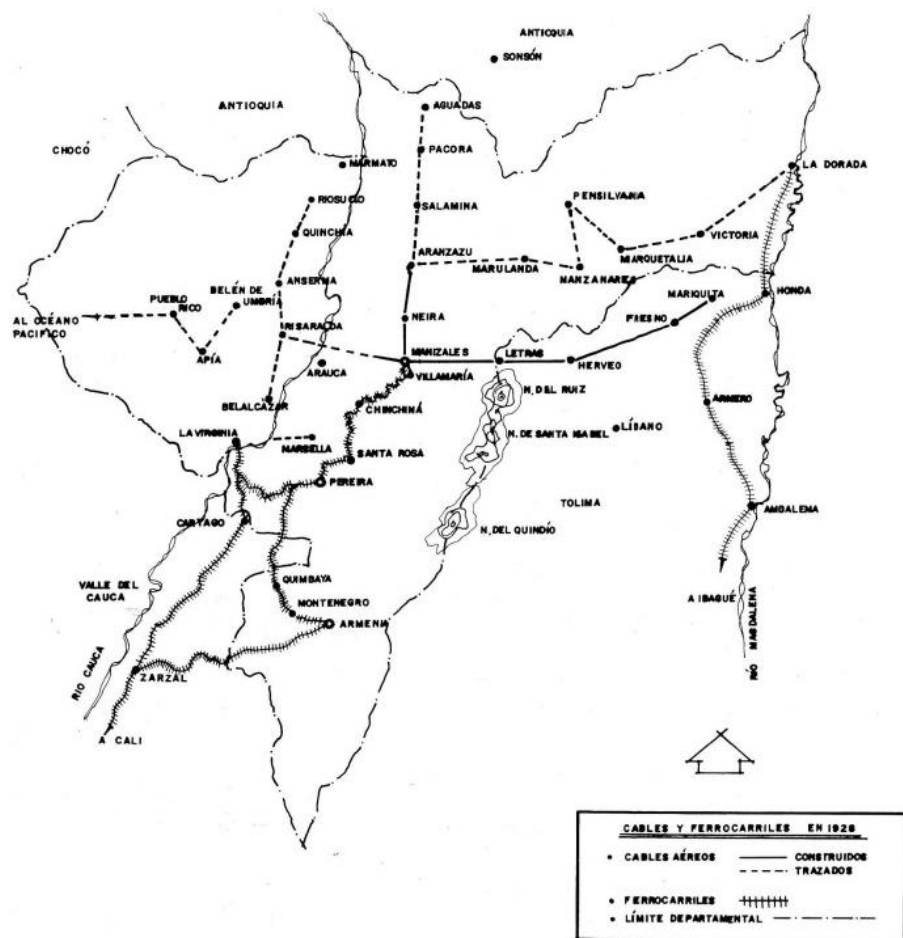


Imagen 81. Estación de Manizales, Fotografía autor desconocido. Fuente: <http://godues.wordpress.com/2011/10/12/manizales-de-ayer-fotos-antiguas-y-recientes-de-viejos-inmuebles-de-la-ciudad/>.

En 1925, de forma paralela a la construcción del tramo de ferrocarril entre Pereira y Manizales, se realiza la conexión entre Pereira y Armenia, la cual deja comunicadas a su paso otra serie de poblaciones como Ulloa y Alcalá en el departamento de Valle del Cauca, además de Quimbaya y Montenegro en el departamento del Quindío; también durante ese mismo año llega a Armenia el ramal del ferrocarril del Pacífico desde Zarzal, quedando comunicada dicha ciudad de forma directa con Cali. De esta forma se completa el sistema ferroviario donde se integran Armenia, Cali, Manizales y Pereira; más adelante, como se anotó antes, queda conectada la ciudad de Medellín en 1942 (Mapa 29).

Mapa 29. Ferrocarriles de Caldas y de La Dorada. Cables aéreos construidos y no construidos.



Mapa 29. Ferrocarriles de Caldas y de La Dorada. Cables aéreos construidos y no construidos. Fuente: Libro La Ciudad en la Colonización Antioqueña: Manizales, Jorge Enrique Robledo Castillo.

Este ferrocarril se convirtió en la columna vertebral por donde saldría gran parte del café de la región hacia el puerto de Buenaventura, desplazando otros medios de transporte como la arriería, el vapor y el cable aéreo durante sus cuatro décadas de operación. Funcionaria hasta el año 1959, quedando en la actualidad una gran huella de su infraestructura diseminada por el territorio, como es el caso de las terminales de pasajeros en las cuales funcionan estaciones de bomberos, centros culturales, paradas de autobús, dependencias de universidades y entidades públicas, entre otras; también se observan bodegas asimiladas a otros usos, puentes, túneles y tramos de la antigua línea férrea invadidos por vivienda subnormal o convertidos en vías de tipo vehicular (Imágenes 82 y 83).

Imágenes 82 y 83. Terminal de pasajeros de la estación de ferrocarril de Manizales.



Imágenes 82 y 83. Terminal de pasajeros de la estación de ferrocarril de Manizales convertida en sede de la Universidad Autónoma de Manizales. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

- **El cable aéreo**

El cable aéreo surge como una respuesta del presidente Carlos E. Restrepo a la necesidad de los habitantes de Manizales de encontrar un transporte alternativo a la arriería, que de forma más eficiente permitiera transportar el café de exportación hacia el río de la Magdalena; igualmente, que fuera versátil y pudiera enfrentar las adversas condiciones de la cordillera Central. Para lograr este cometido, en 1910 la nación firma un contrato de concesión con el señor Frank A. Koppel, representante de la firma inglesa “The Manizales Ropeways Limited”, donde dicha firma se comprometía a construir la obra, recibiendo como contraprestación el usufructo durante los siguientes cincuenta años a su fecha de inauguración (Imagen 84).

Imagen 84. Estación del Cable 1926.

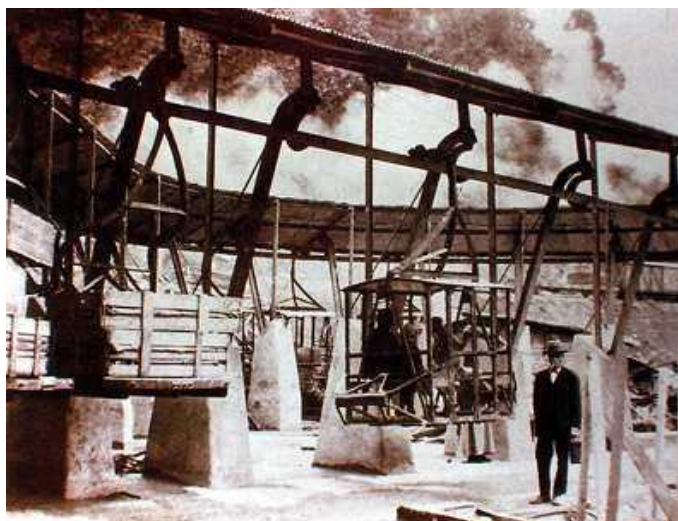


Imagen 84. Estación del Cable 1926. Fuente:
<http://www.banrepcultural.org/sites/default/files/lablaa/revistas/credencial/febrero2003/imagenes/nueve.jpg>.

La obra se empieza a construir en septiembre de 1913 bajo la dirección de los ingenieros ingleses James F. Lindsay y Harrison Roe, y un equipo de ingenieros colombianos conformado por Vicente Gutiérrez, Arturo Jiménez, Jorge Robayo y Francisco P. Fajardo. Sin embargo, al poco tiempo de iniciada la tarea debe suspenderse debido al comienzo de la Primera Guerra Mundial, y a la imposibilidad de que pudieran llegar diferentes componentes del sistema, todos importados de Inglaterra. Los trabajos se reinician y “El contrato pasó a The Dorada Railway Company Limited, firma que los inauguró en 1922 con 72 kilómetros” (Montaña y Vallecilla, 2009, p. 122), constituyéndose en una alternativa para el transporte exclusivo de carga y en particular de café; debe anotarse que la capacidad de carga de las vagonetas era limitada y que la opción de carga y pasajeros solo fue implementada por los cables cortos a Villamaría y a Aranzazu:

Poco después, el gobierno del Departamento construyó el cable corto de Manizales a Villa María y lo entregó para su manejo a la empresa del Ferrocarril de Caldas. El de Mariquita siguió siendo de los ingleses y pronto se convirtió en una vía sumamente activa para transportar desde Manizales el café de esta ciudad hasta el río Magdalena (Poveda, 2003, p. 5).

También se construye otra línea corta pero en este caso con recursos públicos a los municipios de Neira y Aranzazu en el año de 1929, quedándose

proyectadas las rutas Aranzazu La Dorada, Aranzazu Salamina, Manizales Riosucio, Manizales Belalcázar y Manizales Pueblo Rico (Imagen 85).

Imagen 85. Cable aéreo Manizales, Neira, Aranzazu.

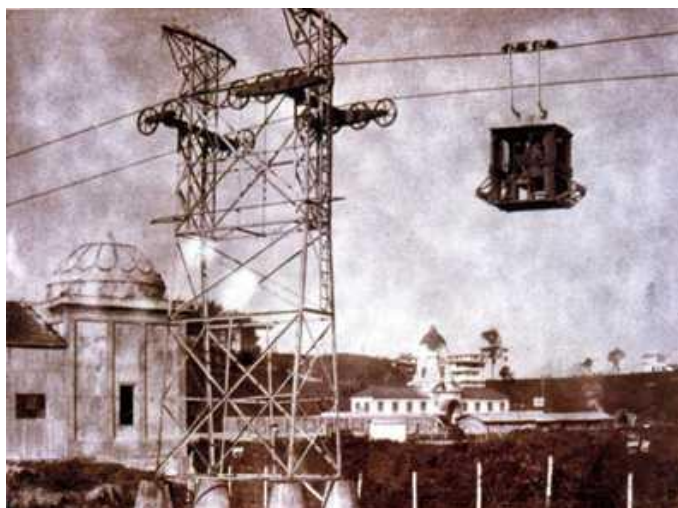


Imagen 85. Cable aéreo Manizales, Neira, Aranzazu. Fuente:
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero2003/palomo.htm>

La línea principal que llegó a contar con 376 torres en su trayecto, salía de la estación de La Camelia en Manizales, más conocida como el “Cable”, cruzaba la cordillera Central en el Alto de Letras, pasaba por Herveo y Fresno, para finalmente dirigirse hacia la población de Mariquita, donde se encontraba ubicada la estación terminal del sistema (Imagen 86). En este punto el café se transbordaba al ferrocarril de la Dorada, para seguidamente ser conducido hacía el puerto del mismo nombre donde era embarcado en vapor.

Imagen 86. Estación Mariquita.



Imagen 86. Estación Mariquita. Fuente: <http://godues.wordpress.com/2011/10/12/manizales-de-ayer-fotos-antiguas-y-recientes-de-viejos-inmuebles-de-la-ciudad/>

Para cubrir la distancia de los 72 kilómetros, existente entre Mariquita y Manizales, era necesario atravesar una hermosa pero abrupta geografía de montañas y hondonadas. Por tal razón se instalaron 376 torres de acero, cuyas alturas oscilaban entre los 4 y los 55 metros, distribuidas en 15 secciones. Las vagonetas (que era donde se llevaba la carga), estaban impulsadas por 8 motores de 140 caballos de fuerza cada uno. Estas torres y sus secciones estaban ubicadas en 22 estaciones, cuyos nombres están repletos de poesía y de leyenda: Mariquita, San Diego, Aguas Claras, Fresno, Campeón, La Picota, Holdon, Angulo A, Angulo B, El Cedral, Soledad, El Frutillo, Yolombal, Toldaseca, Ángulo E, Cajones, Laguneta / Ángulo F, La Esperanza, Papal, Miraflores, Buenavista y La Camelia (Muñoz, 2008, p. 2).

El Cable llegó a transportar hasta 10 toneladas de café por hora, y resultó un medio de transporte de unas características muy adecuadas para salvar la topografía extremadamente montañosa por donde cruzaba. “Fue un sistema de transporte de carga operado con economía y rigor, que benefició a todas las regiones aledañas a él, hasta que en 1953 los Ferrocarriles Nacionales se hicieron cargo de su administración para terminar su cierre definitivo en 1967...” (Salazar, 2000, p. 39), momento en que las carreteras habían monopolizado el transporte de carga en la región.

- **Las carreteras y el transporte automotor**

En el contexto nacional, las carreteras son algo prácticamente inexistente a comienzos del siglo XX, razón por la cual los gobiernos de las primeras décadas empiezan a fijarse en este aspecto como un factor de primer orden, necesario para dinamizar la economía de las diferentes regiones y por consiguiente de la nación. Un ejemplo de esta nueva visión sobre el desarrollo la encarnó el Presidente Reyes "...que dio a Colombia un Ministerio de Obras Públicas, y luchó tanto por mejorar la navegación por el río Magdalena como por expandir el totalmente inadecuado sistema nacional de carreteras" (Bushnell, 2009, p. 232).

Por ese motivo, parte de su actuación se concentra en aprovechar el trazado de los antiguos caminos de herradura, para iniciar un proceso de ampliación y de mejoramiento de la superficie de rodamiento con el objetivo de vencer el aislamiento en que estaban sumidas muchas de las regiones debido a las difíciles condiciones de la geografía colombiana. Es importante comentar cómo la pauta para la construcción de muchas de estas vías la impulsó la necesidad de transportar el café, y en muchos casos se aprovechó el trazado definido para ferrocarriles que no fueron construidos:

En 1905 Colombia contaba apenas con 200 kilómetros de vías carretables frecuentadas por mulas y bueyes, Con el aumento de los vehículos a motor a partir de los años veinte, la red vial se había extendido a 3400 kilómetros en 1926. A partir de los años cincuenta, la llegada de maquinaria, de mano de obra calificada y la industria, permitió extender la red 43000 kilómetros en 1965 y a 114000 en 1994 (Montaña y Vallecilla, 2009, p. 124).

En el panorama nacional, como los gobiernos paulatinamente apoyan el desarrollo de las carreteras, lo que desestimula la continuidad de los cables aéreos y de los ferrocarriles, en cuya construcción se habían invertido cuantiosos recursos; en este sentido, es pertinente hacer referencia a cómo las grandes potencias, en particular Estados Unidos, ejercen presión sobre países en vías de desarrollo como Colombia, para que les fueran recibidos los grandes inventarios de camiones y de otro tipo de vehículos que les quedan después de los conflictos bélicos de mediados del siglo XX, hecho que sin duda genera una dura

competencia entre el transporte de carga por carretera y los demás sistemas, haciéndolos insostenibles.

Por su parte, la región centro occidental en relación con la construcción de infraestructura de carreteras, reacciona un poco más tarde que la nación, debido en que en la década de 1910 y parte de la siguiente, los esfuerzos dirigidos al desarrollo de medios de comunicación habían estado centrados en la realización del ferrocarril de Caldas y del cable aéreo, grandes proyectos con los que buscaba agilizar la exportación de una producción de café por ese entonces en aumento:

Las primeras carreteras datan de los años veinte, pero en las décadas siguientes se expandió la red vial considerablemente: de 25 km en 1929 a 90 km en 1931, 380 en 1933, 1182 en 1942 y 4144 en 1965. Las principales vías del Departamento se terminaron en 1932 (Riosucio La Virginia); 1934 (Cartago Pereira); 1940 (Manizales-Salamina y Manizales-Río Magdalena) (Vallecilla, 2005, p. 25).

Se debe observar cómo el modelo económico basado en la exportación que inspiró obras como el ferrocarril y el cable aéreo se sigue sosteniendo durante estos tiempos en la región, pero ya aplicado a la construcción de carreteras, esto en observancia de las disposiciones que el gobierno nacional había establecido en favor de este naciente sistema de transporte y que terminaba favoreciendo los emergentes monopolios del transporte por carretera que por ese entonces empezaban a tener gran injerencia en las decisiones del Estado.

Hasta mediados de los años sesenta, vías de carácter nacional como la que comunicaba a Pereira con Armenia continuaba sin pavimentar y con especificaciones demasiado regulares, situación que se prolonga hasta finales de los años ochenta en vías de orden departamental como la que une a Pereira con el casco urbano de Alcalá, Valle del Cauca –municipios tradicionalmente cafeteros y con áreas en las zonas principal y de amortiguamiento del PCC–, y que siempre ha funcionado como vía alterna de comunicación con varias poblaciones del

departamento del Quindío, entre esas su capital, lo que da una idea del atraso de la región en esta materia.

Un aspecto que se debe resaltar es la inversión hecha en vías rurales en el siglo XX desde que se crea la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, a través del Comité Departamental de Cafeteros de Caldas y después de la fragmentación del departamento que se da entre 1966 y 1967, por intermedio de sus homólogos los Comités Departamentales de Cafeteros de Risaralda y Quindío, lo que puede interpretarse como una forma de retornar hacia los pobladores de la región centro occidental de Colombia las ganancias generadas por la exportación de café, al buscar que los campesinos estuvieran cada vez más y mejor conectados con los centros urbanos, facilitando la salida de sus diferentes productos, y en particular de la cosecha de café:

Aunque no hay cifras disponibles que lo soporte, las inversiones del Comité Departamental de Cafeteros de Caldas (probablemente más en las vías secundarias) debe haber jugado un papel muy importante, ya que entre 1927 y 1977 se construyeron 700 km. de vías en todo el departamento. Quizá debido a estas inversiones, el Departamento superó el promedio del país desde 1955 en el índice de carreteras por millón de habitantes... (Vallecilla, 2005, p. 25).

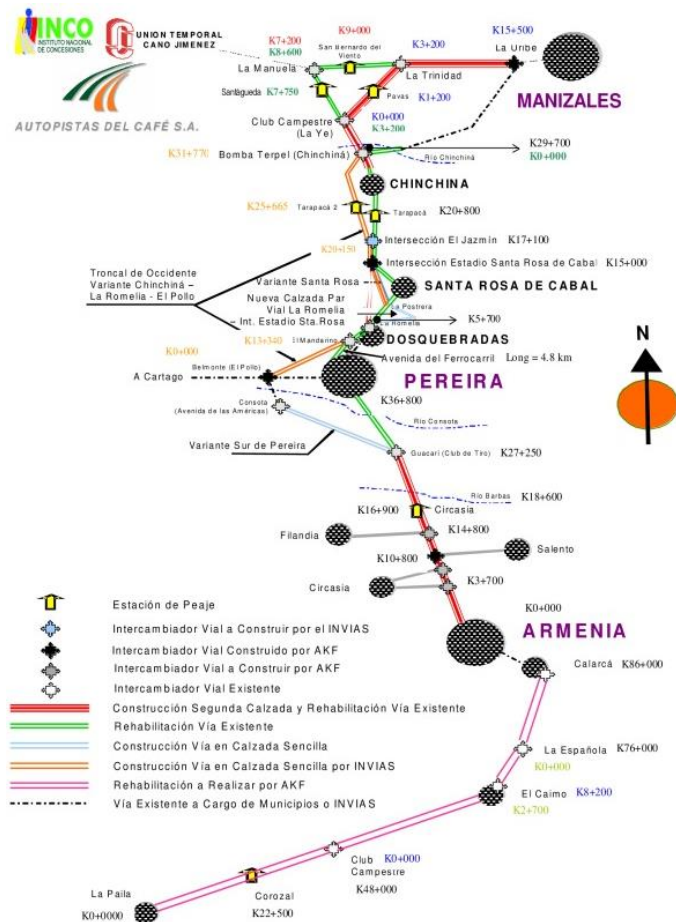
Es importante agregar que los beneficios recibidos no solo se han representado en vías, sino en la construcción de acueductos rurales, de equipamientos de educación y de salud, además en saneamiento básico y en mejoramiento de vivienda rural, aunque este último programa ha tenido funestos resultados para la conservación de la arquitectura regional de bahareque de las áreas rurales.

Sin embargo, después del último período de bonanza registrado en el año de 1986 y del fin del Acuerdo Internacional del Café en julio de 1989, la inversión decrece como consecuencia de la crisis mundial de la caficultura, viéndose afectada la construcción de nuevas vías y el mantenimiento de las ya existentes, lo que ocasionó el deterioro de esta red viaria. El economista Jaime Vallecilla Gordillo, refiriéndose a las repercusiones ocasionadas por dicha crisis, comenta lo siguiente:

En Colombia sus repercusiones fueron también serias: caída del ingreso de los caficultores y reducción de su bienestar. Un estudio socioeconómico reciente en tres de los principales Departamentos cafeteros, Caldas, Quindío y Risaralda, encontró que el índice de desarrollo humano de la región disminuyó entre 1997 y 2002. Por otra parte los ingresos del Fondo Nacional del Café también se redujeron, afectando sus operaciones de apoyo a los caficultores (2012, p. 43).

Quedan pues los caminos de herradura, los vapores por el río Cauca, el ferrocarril de Caldas y los cables aéreos para la historia como obras sin igual en la región, hasta que a mediados de la década de 1990 se da inicio a la obra de infraestructura de transporte más significativa desde entonces, la denominada Autopista del Café. Esta, al igual que las que hacen parte de nuestro escenario histórico, debió enfrentarse con las duras condiciones de la topografía poniendo nuevamente a prueba la ingeniería nacional, con el propósito generar unas óptimas condiciones de movilidad entre las ciudades de Armenia, Pereira y Manizales, y de estas con el resto del país, al estar conectada con la doble calzada que conduce a Cali y con las vías que van hacia Medellín y Bogotá (Mapa 30).

Mapa 30. Trazado de la Autopista del Café entre Armenia y Manizales.



Mapa 30. Trazado de la Autopista del Café entre Armenia y Manizales. Autores: INCO, Autopistas del Café S.A. y Unión Temporal Cano Jiménez. Fuente: <http://i47.tinypic.com/wakpis.jpg>

Iniciando desde la ciudad de Armenia, pasa por el territorio de los municipios de Circasia, Salento, Filandia, llega a Pereira, continúa por el área de Dosquebradas, Santa Rosa de Cabal, Chinchiná, para entrar en Manizales. Esta obra consistió básicamente en la rehabilitación de tramos existentes, construcción de tramos en calzada sencilla, construcción de tramos doble calzada, así como la construcción de intercambiadores, viaductos y un túnel (Imágenes 87, 88, 89 y 90).

Imagen 87. Puente Helicoidal Pereira y Manizales. Imagen 88. Doble calzada Pereira y Armenia. Imagen 89. Intersección La Romelia El Pollo en Pereira. Imagen 90. Viaducto de las Gemelas Pereira y Manizales.



Imagen 87. Puente Helicoidal Pereira y Manizales. Imagen 88. Doble calzada Pereira y Armenia. Imagen 89. Intersección La Romelia El Pollo en Pereira. Imagen 90. Viaducto de las Gemelas Pereira y Manizales. Fuentes:

<http://www.colarte.com/graficas/Colecciones/Risaralda/Risape0j25101.jpg> - https://c2.staticflickr.com/6/5211/5385250404_73d43fded2_z.jpg - <http://static2.absolut-colombia.com/wp-content/uploads/2009/02/autopista-cafe.jpg> - https://c1.staticflickr.com/9/8077/8433821650_4613f94fb8_b.jpg

En cuanto a los primeros automotores, estos llegan en la década de 1920 paradójicamente desarmados y cargados por mulas, lo que genera la necesidad inmediata de construir carreteras ya que estos inicialmente solo pueden desplazarse por las calles principales de las embrionarias ciudades; más adelante, los caminos de herradura empiezan a ser adecuados para el transporte de vehículos automotores por lo que estos pueden empezar a moverse en distancias por fuera de su perímetro, las que con el paso del tiempo se extenderían hasta alcanzar otros pueblos, llegando a constituir la red de carreteras que hoy hace parte del territorio del PCC (Imagen 91).

Imagen 91. Ford modelo T en el Parque de Bolívar de Pereira.



Imagen 91. Ford modelo T en el parque de Bolívar de Pereira, década de 1920. Fuente: Archivo. Álvaro Camacho.

Es así como en el año 1949 llegan a la región centro occidental de Colombia los Jeep Willys, conocidos por su importante papel en los diferentes frentes de la Segunda Guerra Mundial –Europa, África y el Pacífico– desde el año 1941 en que la Willys Overland de Ohio, Estados Unidos, inicia la producción de cientos de miles de estos vehículos hasta 1945, cuando el conflicto termina con la rendición de Japón.

Dentro de las versiones de Jeep Willys que llegan a la región ya no como vehículos militares sino en su versión civil –Civilian Jeep CJ– los más populares han sido el CJ3A de tapa baja, producido entre 1949 y 1952, y el CJ3B de tapa alta, modelos 1953 y 1954 (Imagen 92) –estos vehículos se han seguido importando al país hasta sus versiones actuales–, los cuales inicialmente fueron adquiridos por los agricultores, en especial por los cafeteros que habían alcanzado un alto nivel económico, para más adelante pasar a integrar las flotas rurales de transporte de carga y pasajeros que aún hoy, después de sesenta años, se observan trasegando las vías del PCC.

Imagen 92. Willys CJ3B modelo 1954.



Imagen 92. Willys CJ3B modelo 1954. Fuente: <http://www.isavictoryhotelboutique.com/wp-content/uploads/2013/10/triangulo15.jpg>

Este vehículo de tracción en las cuatro ruedas, del que se importan grandes cantidades hacia Colombia y de manera particular a esta región, llega a cumplir una función similar a la de la mula, desplazándola del lugar privilegiado que había ocupado como medio de transporte desde los tiempos de la colonia hispánica; así, “Con el advenimiento del ferrocarril, los vehículos automotores -los “jeep” de zonas cafeteras- y las carreteras, la utilización de la mula decayó y se redujo al transporte entre zonas muy alejadas y los pueblos donde se acopia el grano” (Vallecilla, 2012, p. 47). Así pues, a los Jeep Willys les correspondería seguir adentrándose por la topografía de altas pendientes para transportar los productos agrícolas, los insumos y herramientas –necesarios para sacar adelante los diferentes cultivos–, los trasteos de las familias cuando cambian de vivienda – transporte de muebles y enseres– de las familias cuando cambian de vivienda, o a los habitantes de las fincas para la habitual compra de víveres en los pueblos, constituyéndolo en un servicio de vital importancia para la movilidad rural y como un patrimonio de la cultura material cafetera.

Otro vehículo que también desde mediados del siglo XX ha caracterizado las áreas rurales, brindado un importante aporte al movimiento de carga y pasajeros en la región es la “chiva”²⁵ o “bus de escalera”, vehículo que se destaca

²⁵ Bus con carrocería de madera pintada con motivos de la cultura popular, que se construye artesanalmente y que usualmente va ensamblado sobre un chasis de camión.

por su carácter multipropósito de movilizar viajeros, mercaderías y productos agrícolas sobre su carrocería.

Este medio de transporte que se ha convertido en un ejemplo de la creatividad popular, se caracteriza por su fuerte y contrastante colorido, además por presentar diseños con tramas de tipo geométrico a las que se superponen figuras representativas del imaginario colectivo. La chiva, aunque se ha tratado de reemplazar por buses de diseño y especificaciones contemporáneas, permanece vigente y cumple una función social determinante (Imagen 93).

Los vehículos que transportan con mayor énfasis el color en la región sirven de conectores entre las poblaciones, con lo que se perpetúan la unidad regional y una posible identidad **cultural**. “Las chivas” responden a una interesante transformación del chasis de un camión, en un aparato tremendamente funcional (Gómez, 2007, p. 108).

Imagen 93. Chiva o bus de escalera en camino rural.



Imagen 93. Chiva o bus de escalera en camino rural. Fuente: http://palenque-tours-colombia.com/assets/6.chiva_1-770x577.jpg

1.2.2.2 Los nodos

- **La finca**

Se da pues un proceso gradual de ocupación del espacio geográfico, que como hemos podido observar, tuvo un importante momento en el establecimiento del tejido de caminos sobre los que paulatinamente se asentaron las fondas y a través de los cuales se pudo acceder a los sitios seleccionados para la fundación de los pueblos, y a los terrenos en los que se desarrollarían las fincas, definiendo los primeros lugares donde por concentración de actividades y relaciones humanas se constituyeron nodos.

En este orden de ideas, es preciso hacer énfasis en el tercer nodo que se da dentro de este tejido que constituye el territorio, y que ha sido históricamente trascendental para el desarrollo de las superficies que lo definen como es la finca, establecimiento rural de carácter productivo que estuvo profundamente relacionado con el desarrollo de las poblaciones y de las fondas, al constituirse estas últimas en elementos de transición y de intermediación entre lo rural y lo urbano.

Es importante resaltar cómo dentro del reparto de tierras que se hacía al momento de fundar un poblado, estaba implícita la entrega al colono de un terreno rural como complemento del solar que se le adjudicaba en el área urbana. Las áreas de estos terrenos presentan variaciones de un autor a otro, pero se coincide en la obligatoriedad que existía de entregar dichos predios al nuevo habitante, como una manera de facilitar su asentamiento e inclusión dentro de las dinámicas sociales y económicas de los poblados, al igual que su adecuada manutención a partir de lo producido en la parcela:

Generalmente para cada una de estas poblaciones, fundadas por orden o bajo el patrocinio de Mon y Velarde, se adjudicaron cuatro leguas cuadradas de tierra, para ser distribuidas a los colonos por un funcionario *ad hoc*, denominado “juez poblador”. Además, cada familia colonizadora recibía un lote urbano y una finca rural, cuyo tamaño era fijado de acuerdo con el número de sus integrantes y su capacidad para laborarla (Santa, 1993, p. 45).

Se puede comprobar cómo esta disposición de entregar terrenos en área rural y urbana, al igual que otras que hacen parte de lo establecido por Mon y Velarde, tienen su ascendente en lo instituido por las “Ordenanzas de Nueva Población” compendiadas por el Consejo de Indias en 1573, y que se llamarían comúnmente “Leyes de Indias”, que rigieron el proceso de expansión territorial durante la colonia española en América, tema en el cual es pertinente mencionar los “repartos urbanos” para los que, según Javier Aguilera Rojas, se establecían dos tipos de medidas, la “Peonía y la Caballería”, dos términos de un gran ascendente medieval, como él lo comenta, que tienen que ver la primera con tierra que se entregaba a los infantes o peones y la segunda con terrenos que se concedían a los caballeros que integraban las huestes que se adentraban por la geografía fundando ciudades. La Peonía constaba en lo urbano de una medida de 28 por 14 metros para un área de 400 m², mientras que en lo rural se trataba de un terreno de algo más de 6 hectáreas; por su parte, la Caballería presentaba unas medidas de 28 por 52 metros para un total de 1400 m² para edificar en área urbana y una tierra para laborar de aproximadamente 30 hectáreas.

Lo anterior, como se puede observar, tiene su aplicación durante la colonización del centro occidente colombiano, pero sin los distinguos que establecen las Leyes de Indias entre peones y caballeros, lo que hizo del proceso algo más igualitario entre las gentes que participaron en la tarea de colonizar estas tierras.

La finca, después del colono acometer la tareas concernientes al retiro de la vegetación para la obtención de tierra laborable, se dividía en áreas para la siembra de diferentes cultivos y para la crianza de animales, continuando con la construcción de una vivienda temporal, que más adelante se sustituía por una de mejores condiciones (Imagen 94).

Imagen 94. Finca La Bernardina, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



Imagen 94. Finca La Bernardina, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

La realización de otros elementos construidos en la finca adicionales a la vivienda y la continua interacción que se produce entre ellos mismos, y entre estos y las áreas de cultivo, propicia la existencia de un entramado de relaciones sociales y de producción que les confiere a las fincas el carácter de nodos, los cuales en su contacto con otros nodos como las fondas y los centros urbanos, generan una red de interdependencias y la base de un sistema territorial definido por la presencia de hitos de dominación y apropiación (Imagen 95).

Imagen 95. Finca Pereira, Risaralda.



Imagen 95. Finca Pereira, Risaralda. Fuente: Investigación de modelos de vivienda rural.

La dependencia de las fincas con las áreas urbanas tenía como punto intermedio la fonda, que servía como sitio de aprovisionamiento, de encuentro social y como un lugar donde se resolvían las problemáticas de supervivencia de las familias campesinas, facilitando en tiempos de escasez de dinero, artículos de

primera necesidad que no se producían en la finca y que debían pagarse con el producto de las cosechas, razones por las que las fondas llegaron en muchos a suplir las funciones que desempeñaban los pueblos.

La finca de colonización y las actividades que la potencian como nodo, sufre notables transformaciones con relación a su tamaño, que se derivan de particiones que van en detrimento de su área original o englobes²⁶ con otros predios, lo que produce las formas de tenencia de minifundio y de las fincas de mediana extensión y de gran dimensión que trascienden hasta tiempos actuales. Este proceso de mutación de la propiedad rural expulsa gente hacia las áreas urbanas, como una consecuencia de la venta de las tierras que entran en los procesos de partición, mientras que otras se quedan habitando el minifundio y asumiendo un patrón de vida estrictamente rural, en que la fonda sigue conservando su condición de nodo y de elemento indispensable dentro de la trama.

Por su parte, el propietario que acumula tierra y que conforma fincas de gran dimensión producto de sucesivos englobes, perdería ese carácter ambivalente de habitante rural-urbano, pasando a vivir al pueblo cercano o a la ciudad capital del departamento; para estos propietarios cuya descendencia crecería ya en zonas urbanas la fonda queda al margen de sus itinerarios, concentrando su vida en la ciudad, convirtiéndose además en visitante de su propiedad.

- **La Fonda**

Dentro del entramado de caminos de herradura que se extendió por el centro occidente de Colombia durante el siglo XIX, fue común encontrar parajes que paulatinamente fueron tomando fuerza como sitios de parada y que dieron lugar a la construcción de las denominadas “Fondas”; estos eran lugares propicios para el descanso y el reaprovisionamiento, en medio de las largas jornadas que

²⁶ El englobe debe entenderse como el proceso de venta y anexión de un predio a otro, con el objetivo de entrar a constituir un predio de tamaño mayor.

implicaba para las recuas de mulas, arrieros y viajeros desplazarse por este difícil territorio de montaña, siendo habitual encontrarlas a la orilla de los caminos, y en particular sobre las encrucijadas, lo que ampliaba su radio de acción sobre las comarcas (Imagen 96).

Imagen 96. Comienza la Faena.



Imagen 96. Comienza la Faena, Autor: Juan Ruíz. Fuente: <http://juanruizart.blogspot.com>

También las jornadas presuponían lugares de descanso que por lo común se ubicaban en lugares altos y que poco a poco se convirtieron en fondas posaderas donde se realizaban todo tipo de actividades adicionales, incluida la del comercio. Algunas de ellas originaron centros poblados que aseguraron su prosperidad precisamente por su ubicación sobre cruces de caminos estratégicos, donde los campesinos sacaban sus excedentes agropecuarios y donde confluían las rutas de comerciantes para intercambiar productos de otras latitudes (Esguerra, 2004, p. 5).

Llegan los tiempos de bonanza cafetera en el periodo que va de 1920 a 1990 dando impulso al desarrollo de las fondas, las cuales se emplazan sobre los caminos de herradura que con el paso del tiempo se convierten en las carreteras que hoy surcan este territorio; igualmente, las fondas se localizaban de manera equidistante a los puntos más extremos de la veredas y los pueblos, buscando facilitar el encuentro y el intercambio:

A través de la compra adelantada de la cosecha, el préstamo o el mercado «al fiado»; el fondero, el dueño de la tienda del pueblo y el comerciante de la ciudad establecieron con los colonos el compadrazgo, la amistad, o el gamonalismo que hacía más duradera aquella relación y que la trasladaba así a los espacios social, político y cultural para servir a la «unidad» de la población (Álvarez, 1987, p. 131).

De esta manera, la fonda puede definirse como un elemento fundamental para la colonización de estas tierras, como un lugar de paso para los viajeros que humanizaba las largas rutas en medio de montes y sitios desolados; también como un espacio de permanencia y trabajo para los propietarios de estos establecimientos y sus familias, así como para otras personas que se sumaban, resultado del paulatino aumento del flujo y de la demanda de servicios por parte de sus usuarios:

Dentro de esta compleja geografía de paisajes, de tipos humanos y de actividades laborales, el sistema económico que fueron creando los colonizadores trajo consigo una institución fundamental: la fonda. Era y sigue siendo un establecimiento de múltiples servicios y actividades. Estratégicamente situada a la vera de los caminos de herradura, que eran los únicos medios de comunicación terrestre en esas épocas duras de lucha contra el medio, eran especies de tiendas donde el caminante solía encontrar el aguardiente o el guarapo para mitigar la sed (y posteriormente las gaseosas y bebidas de fábrica), algunas golosinas para aplacar el hambre, y también, si lo quería, una cama dura para pasar la noche, un corral aledaño para dejar su bestia y un poco de pasto, caña y panela para la misma (Santa, 1993, p. 241).

Dependiendo de su ubicación en medio de los caminos, las fondas iban tomando importancia, por lo que en el caso de ser concurridas a la edificación original se le iban anexando espacios en sentido horizontal o en altura, o se recurría a la construcción de una nueva edificación que diera cabida a la tienda, la cual estaba provista de áreas para la venta de abarrotes y artículos de diferente naturaleza (Imágenes 97 y 98), para la ubicación de juegos – siendo el más común el billar –, así como para la reunión y el encuentro de los habitantes de las fincas vecinas en torno a la transmisión y construcción de la tradición oral, a las canciones y a la bebida; también se agregaban espacios para dormitorios que se ubicaban en puntos donde se pudiera garantizar cierta privacidad con relación al movimiento de los puntos de reunión, siendo el más común el segundo piso cuando el inmueble disponía de éste.

Imágenes 97 y 98. Fondas.



Imágenes 97 y 98. Fondas, Fuentes: <http://www.calarca.net/arrieria.html> - Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Gradualmente y según la necesidad se iban construyendo otras edificaciones destinadas a almacenamiento, a la ubicación de establos, como a otra serie de dependencias al servicio de quienes pasaran, como es el caso de herrerías, carpinterías, entre otras, así como corrales para el cuidado de las bestias.

Así, la unidad básica que constituyeron las edificaciones que hacían parte de las fondas, serían la semilla de los caseríos que seguirían creciendo de forma lineal a lado y lado de los caminos y que dieron origen a los centros poblados o corregimientos que hoy conocemos (Imagen 99); también a poblaciones que desarrollaron estructuras urbanas completas, con plaza y manzanas de una forma espontánea sin que interviniese un plan previo o acto fundacional alguno, como

efectivamente sí sucedió con muchas otras poblaciones que se fundaron en el centro occidente de Colombia durante el proceso de colonización.

Imagen 99. Corregimiento de Pueblo Rico, Neira, Caldas.



Imagen 99. Corregimiento de Pueblo Rico, Neira, Caldas. Fuente: <http://mw2.google.com/mw-panoramio/photos/medium/47102269.jpg>

Durante el siglo XX con la consolidación del minifundio, de las fincas de mediana extensión y de gran dimensión, las fondas adquirieron un papel protagónico en la vida de las veredas, ya que se convirtieron en un lugar de intercambio social muy dinámico, en el que se reprodujeron patrones culturales y se aprovisionaron la áreas rurales, ya que como anota el economista José Antonio Ocampo, a continuación, le facilitaban al pequeño caficultor proveerse de víveres e incluso de otros bienes de consumo durante los tiempos intermedios a las dos cosechas que se dan en el año, las que se producen en el mes de marzo y la principal entre los meses de agosto y de octubre; se debe agregar cómo este rol funcional y social cobraba más fuerza, cuanto más alejadas se encontraban las fondas de los centro urbanos:

La relación entre el campesino y la fonda sustituyó así en las zonas de colonización antioqueña aquella entre el arrendatario y la hacienda típica del oriente del país. El fondero adelantaba al campesino el crédito necesario para sus compras a lo largo del año, recibiendo el café con un descuento significativo en la época de la cosecha (Citado en Tirado, 1989, p. 227).

De esta manera, al consolidarse a finales del siglo XIX las funcionalidades que determinaron los modos de producción agrícola, en particular la de café, e

irse estableciendo durante el siglo XX de manera paulatina una relativa estabilidad de la población presente en este territorio, la fonda adquiere un carácter diferente al de los tiempos de colonización, no siendo más un elemento de paso dentro de la trayectoria que traza el camino, sino un punto alrededor del cual se empiezan a estructurar unas relaciones y a generarse una serie de interdependencias:

Y, al transformarse el producto de las veredas en mercancía para exportar, otro mediador, el fondero, permite coexistir al gran capital con las formas tradicionales de producir: parcelas veredales y empresas de exportación pueden encadenarse sin implicarse; el fondero es como un alquimista que pone en contacto esos dos mundos, la vereda recóndita y Prince's Street, que permanecerían incomunicados sin él, y por ende contribuye a impedir que se enfrenten productores directos y acumuladores, nublando como cortina de humo la crisopeya de la acumulación. Gracias al fondero y al agregado, el Gran Caldas habría jugado un rol en la integración del país al mercado mundial sin ser penetrado, en sus haciendas, mejoras y fincas, por esta integración (Ortiz, 1987, pp. 220-219).

Por otra parte, se puede afirmar que la fonda constituye una de las primeras centralidades que se reconocen en la región, y que da forma a una red de nodos que cohesionan el territorio y que actúan a su vez como un medio de transición entre la vida urbana y la rural, tanto en lo funcional como en lo cultural; esto se reconoce en los flujos de transporte interveredal que pasan o llegan a las fondas, en su papel como sitios de aprovisionamiento, en que los caseríos donde estas se ubican funcionan como centros de acopio para la salida de los productos agrícolas y para la venta de servicios, lo mismo que en la decoración y la iconografía que se observa en las paredes de estos negocios, lo que explica por qué en estos lugares la cotidianidad de sus habitantes se sustrae a la forma de vida del campo, adoptando patrones y comportamientos de una naturaleza urbana (Imagen 100).

Imagen 100. Antigua fonda vereda Miracampos, Quinchía, Risaralda.



Imagen 100. Antigua fonda vereda Miracampos, municipio de Quinchía, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Sin embargo, la fonda en los tiempos actuales ha entrado en una franca decadencia como resultado del mejoramiento de los medios de transporte y de la oferta de bienes de consumo y servicios presentes en los centros urbanos, lo que hace que el campesino prefiera acercarse a estos para satisfacer necesidades que las fondas antes resolvían; igualmente, se debe observar cómo las fondas en la mayoría de los casos han terminado asimilándose dentro del conjunto de establecimientos comerciales de los caseríos a los que estas dieron origen, perdiendo su protagonismo.

- **Las ciudades**

En los tiempos de la colonia española, el centro occidente colombiano se caracterizó por estar al margen de las dinámicas económicas y de poblamiento en Colombia, las cuales se concentraban en el centro oriente, en el nororiente y en la costa Caribe, como resultado de la llegada de los conquistadores españoles por el norte y su posterior desplazamiento hacia el interior del país por el río de la Magdalena; igual sucedería con el poblamiento del sur occidente que se facilitaría por el contacto con el virreinato del Perú y de las rutas que se generaron desde allí, en pos de Santafé de Bogotá.

Esta situación de marginalidad queda en evidencia al observar la disposición de los sitios donde a mediados del siglo XVI, se dan las fundaciones de Cartago y de poblaciones como Santa Ana de los Caballeros hoy llamada Anserma, de Marmato, de Arma y de Caramanta, todas sobre el eje que describe el río Cauca pero sin adentrarse significativamente sobre sus periferias:

Las ciudades más pobladas se encontraban en la Cordillera Oriental. En el eje Bogotá – Pamplona, donde se ubicaba la más activa red de ciudades. Entre tanto, en la Cordillera Central existía un gran vacío, y entre Cali y Medellín aún no habían aparecido núcleos significativos de poblamientos (Zambrano y Bernard, 1993, p. 225)

Por su parte, Antioquia que geográficamente presenta una gran cercanía con el centro occidente desde el punto físico y cultural, durante el periodo de la colonia española estaría de espaldas a este territorio, lo mismo que en un gran aislamiento con relación al resto del país, fenómeno sobre el que Carlos Niño Murcia anota lo siguiente:

Historiadores como Manuel Ángel Uribe, Álvaro Restrepo Euse, Germán Colmenares y Álvaro Tirado Mejía han coincidido en destacar las escasas fundaciones realizadas durante los siglos XVI, XVII y XVIII en territorio antioqueño; como causas de tal fenómeno han anotado el atraso de la región en comparación con otras zonas del país, y el aislamiento en el cual se mantuvo Antioquia debido a la inexistencia de vías de comunicación y a la impenetrabilidad de la zona por causa de la tupida e inexpugnable selva, como también de la agreste topografía del terreno (1985, p. 64).

Dicho aislamiento sumado a la gran crisis económica y social en que se sume Antioquia a fines del siglo XVIII como resultado del agotamiento de su principal fuente de recursos que era la minería, y del incipiente desarrollo de su agricultura, se convierte en el escenario en que Juan Antonio Mon y Velarde – oidor de la Real Audiencia de Santafé a quien se nombra como visitador de la Provincia de Antioquia en 1784– pone en práctica una serie de disposiciones dirigidas a reestructurar el orden territorial y económico vigente, así como parámetros relacionados con la fundación y desarrollo de nuevas poblaciones, en áreas que era perentorio integrar a las dinámicas productivas de la provincia antioqueña, y que terminan siendo adoptadas sin ser ese el propósito, como carta

de navegación del movimiento poblacional que se genera a fines del siglo XVIII, hacia la región centro occidental del país.

De esta manera, el empadronamiento y los compromisos que adquirían las personas que integraron los grupos de migrantes antes de partir a colonizar, hasta los aspectos que tenían que ver con la selección del sitio y con las tareas que se debían acometer al momento de fundar un pueblo, con el trazado de su plaza y su manzanas, con el reparto de solares y tierras de labor, entre otras condiciones, se enmarcan dentro de un plan que tenía como propósito configurar el territorio en relación con el orden que establecían los anhelos e imaginarios de un colectivo, haciéndolo reconocible a partir de la utilización de patrones culturales comunes, que en muchos de los casos estaban profundamente anclados en la tradición hispánica, como por ejemplo el trazado en cuadrícula, sobre el que se fundamenta un proceso que tendría como esencia la ciudad:

Otro aspecto interesante en la construcción de sus pueblos fue el sentido de su organización. Tenían casi todos ellos una impresionante simetría, de cuadradas rectangulares; de calles tan rectas, tiradas a cordel; de plazas, casi siempre en el centro del poblado, donde invariablemente construían el templo, la casa consistorial, la casa parroquial y a veces la cárcel, que frecuentemente permanecía vacía o con tres o cuatro condenados por delitos menores... (Santa, 1993, p. 28)

En esta medida, las poblaciones fundadas durante dicho periodo asumirían el papel de enclaves, que facilitaron el desarrollo del territorio ubicado en su entorno dentro de unos radios lógicos, desde los que obtendrían su sustento y que a la vez permitieron la continuidad del avance hacia otras latitudes, para reproducir nuevamente el proceso:

La colonización antioqueña fue un movimiento de trascendental importancia para el futuro del país en lo físico y en lo económico. La fundación de poblaciones que la caracterizó, integro desde Medellín hasta Cali, una columna vertebral sobre la cual se apoyaron la economía del café y los primeros asomos industriales (Martínez y Saldarriaga, 1984, p. 36).

De esta manera, los poblados asumen el papel de nodos desde los que se reprodujeron las dinámicas económicas y culturales que le dieron estructura, forma y continuidad al territorio regional, y en los que simultáneamente se

concentraron tensiones que les dieron la posibilidad de afincarse y desarrollarse. Se entienden entonces las estructuras en cuadrícula o damero, como formas que se abren al territorio facilitando procesos de acumulación, y que a la vez se cierran para contener lo que acumulan, relación de doble vía que puede aplicarse en todos los elementos que hacen parte de su trama.

En esta medida la plaza, que rápidamente tomaría el carácter de parque debido a la marcada influencia que tendría el espíritu republicano²⁷ en el futuro de estas fundaciones, se define como el nodo por excelencia, donde se escenifican las dinámicas provenientes del entorno y se contienen las diferentes relaciones que expresan la vida local, situación acerca de la que Eduardo Santa plantea una magnífica evocación: “En la plaza los famosos toldos de las tiendas ambulantes desafiaban el viento como si fueran velámenes de diminutas y primitivas embarcaciones. En carretillas acondicionadas se vendían la forcha, el masato, los caramelos y demás golosinas” (1993, p. 276); así, los parques han modelado de forma potente el sentido de lugar y contenido el vigor de lo colectivo, como esencia de lo urbano.

De la misma manera, el concepto de nodo se transfiere a otras escalas y lugares que implican el encuentro social, como es el caso de los templos que en los tiempos de consolidación de todas estas estructuras urbanas, aglutinaron la vida de estos pueblos, prestando a la vez la función de hitos que marcan la presencia humana en medio del espacio geográfico, generando paisaje, a la vez que territorio; igualmente, la idea de nodo se transfiere a diferentes edificios de naturaleza pública e incluso a las viviendas como centros de un entorno íntimo constituido por la familia y por los círculos afectivos de las gentes:

En términos generales, dado el profundo sentido religioso de los antioqueños, en la casi totalidad de los pueblos fundados por ellos, la iglesia y sus rituales fueron el eje principal de su vida social. Por eso mismo, en lo primero que pensaron al

²⁷ Se hace referencia al espíritu republicano cuando se busca precisar las influencias que se dieron de manera tardía en la arquitectura y el urbanismo a finales del siglo XIX, y sobre todo en las décadas de 1920 y 1930 en Colombia, en las que de manera tardía se retoman los principios de los historicismos presentes en Europa y Norteamérica en el siglo XIX y que derivan del período Neoclásico.

fundar cada uno de esos pueblos fue de dotarlos de un templo amplio y decoroso que sobresaliera sobre todas las demás edificaciones y que pudiera albergar al mayor número de gentes (Santa, 1993, p. 273).

Se concreta entonces una realidad que define rasgos comunes a todas las poblaciones de la región, y que se encarga de configurarlas como centros de dinámicas territoriales, a la vez que como enclaves desde los que se irradió un gran espíritu civilizatorio al espacio geográfico. El proceso de poblamiento que se beneficia de la crisis antioqueña que expulsa población y que retoma la esencia de lo contenido en las disposiciones de Mon y Velarde, fluye en los albores del siglo XIX hacia el sur fundando las poblaciones de Sonsón en el año 1800 y Abejorral en 1805, y en busca de las minas de beta y aluvión ubicadas en las localidades de Marmato y Arma respectivamente, dando origen al proceso fundacional que se extendió hasta comienzos del siglo XX, dejando a su paso la fundación de una cantidad cercana a las 100 ciudades.

Aquí es importante retomar el planteamiento del historiador Marco Palacios en el que identifica un proceso regido por direcciones geográficas que propicia la fundación de Sonsón, Abejorral, Aguadas y Pácora entre 1770 y 1824; de Salamina, Aranzazu, Neira, Filadelfia y Manizales entre 1827 y 1848; de otra que abarcaría el área comprendida entre Manizales y Santa Rosa de Cabal de 1850 a 1860, siguiendo hacia el Distrito de Pereira, que recibe gran número de migrantes antioqueños hacia 1873, y por último la colonización del Quindío que se daría después de 1880.

Sin embargo, el geógrafo James Parsons reconoce la fundación hacia el sur occidente de Medellín, con Amagá y Fredonia hacia 1830; de Valparaíso, Támesis, Andes, Bolívar, Jericó y Jardín hacia 1875; la segunda fundación de Anserma –antigua Santa Ana de los Caballeros– hacia el año de 1872, así como un momento que comprende las fundaciones en el Valle del Cauca después de 1900; también Parsons menciona la colonización del Tolima, que se inicia hacia 1850 por grupos de antioqueños que se establecen en las poblaciones del Líbano, Murrillo y Pensilvania, y una ola masiva que se desplaza hacia el área del golfo de

Urabá en 1870 en el noroccidente, pasando por Santafé de Antioquia a fundar los poblados de Frontino y Dabeiba.

Se da el caso particular dentro del desarrollo de las poblaciones que surgen durante el proceso de colonización hacia el sur occidente, de tres ciudades que a finales del siglo XIX y comienzos del XX habían tomado protagonismo, como es el caso de Manizales fundada en 1849, Pereira en 1863 y Armenia en 1889, pero sobre las que se genera un desbalance al designarse como capital del departamento de Caldas en 1905 a Manizales y concentrarse gran parte de las inversiones provenientes de los sectores público y privado, así como los ingresos del departamento en esta ciudad, quedando Armenia y Pereira a la zaga, situación que generó el aletargamiento de sus economías. Esta situación se sostiene hasta cuando por los efectos de dicho desbalance y otra serie de motivos, entre los que sobresalió el político, se gesta y se logra la división de Caldas en el año de 1966, quedando Armenia y Pereira como capitales de los departamentos de Quindío y Risaralda en su orden, y Manizales del disminuido departamento de Caldas, lo que repercutió sobre la autonomía de estas dos ciudades e incidió de manera favorable en la nivelación de sus condiciones. Se propicia por consecuencia el desarrollo de actividades que acentuaron su función como nodos y que definieron su carácter, así Manizales reafirmaría su vocación industrial, Pereira su naturaleza comercial y financiera y Armenia su rol como foco agropecuario y turístico (Imágenes 101, 102, 103, 104, 105 y 106).

Se trata de un espacio donde no existieron ciudades primadas durante la Colonia, y por lo tanto las jerarquías urbanas sólo comenzaron a establecerse a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Pero una vez que se creó la jerarquización urbana, ésta no se ha modificado. En efecto, Manizales, Armenia y Pereira se constituyeron en las ciudades primadas de esa vertiente de la cordillera central... (Zambrano y Bernard, 1993, p. 151).

Imagen 101. Panorámica centro y plaza de Bolívar de Armenia, Quindío. Imagen 102. Plaza de Bolívar y Catedral Armenia, Quindío.



Imagen 101. Panorámica centro y plaza de Bolívar de Armenia, Quindío. Imagen 102. Plaza de Bolívar y Catedral Armenia, Quindío. Fuente: <http://www.venalquindio.com/files/municipios/b2320130709045617.jpg> - <http://www.armeniahotel.com.co/wp-content/uploads/2011/02/armenia.jpg>

Imagen 103 y 104. Panorámicas de Manizales, Caldas.





Imagen 103 y 104. Panorámicas de Manizales, Caldas. Fuente: http://www.susmedicos.com/CIUDADES/manizales_y_nevado.jpg - <http://www.colombiapasajes.com/wp-content/uploads/2009/06/manizales.jpg>

Imágenes 105 y 106. Panorámicas de Pereira, Risaralda.



Imágenes 105 y 106. Panorámicas de Pereira, Risaralda. Fuente: http://3.bp.blogspot.com/_MgHF0gpZBFo/S8XS0NXP-gI/AAAAAAAAAAM/PchpWrBTCA0/s1600/viaducto.jpg - <http://www.colombiapasajes.com/wp-content/uploads/2010/03/Pereira8-.jpg>

1.2.2.3. Las superficies

La región centro occidental de Colombia a comienzos del siglo XIX, cuando llegan los colonos protagonistas del tercer momento de poblamiento, era un lugar donde predominaba el monte y una vegetación exuberante, y en la que salvo las incursiones que habían hecho las huestes españolas para la explotación de minas o para fundar algunos poblados sobre el eje del río Cauca, solo habían habitado pueblos prehispánicos desde tiempos muy antiguos – a la fecha unos 10500 años a. P –:

Las tierras incultas de ladera, impenetrables por la tupida selva, fueron las aptas para los colonizadores del siglo XIX puesto que en ellas encontraron los requisitos primordiales para satisfacer sus necesidades primarias. La vertiente de ladera entre los 1000 y 2000 metros de altura, significó no sólo las tierras olvidadas en las cuales podían lograr sus asentamientos, sino, también con el correr del tiempo, el clima más propicio y apto para el posterior cultivo del café (Niño, 1985, p. 66).

Es así como en su encuentro paulatino con esta geografía los colonos desarrollan un saber que les permite establecer una especie de taxonomía de las cualidades que habían adquirido sus superficies hasta el momento de su llegada, y que les facilitó tomar decisiones sobre la conveniencia de asentarse en un lugar que iban más allá de su tenencia, o sea si eran baldíos o si por el contrario pertenecían a alguna de las Concesiones estudiadas anteriormente:

- a. Fértiles o estériles, según la profundidad del bosque, al tiempo que detectaban si un temperamento era sano o malsano, prefiriendo las tierras frías, consideradas de buen temperamento, frente a las calientes o situadas en las vegas de los ríos, pues las tenían por enfermas. Casi siempre, en fin, buscaban ubicarse como colonos en un temperamento igual o parecido al del lugar de vecindad u origen.
- b. «Montaña áspera» era lo mismo que monte espeso o tierra «eriaza».
- c. Por su parte, «monte claro o andable» era aquel que tenía el bosque ya soclado y que denotaba que allí habían estado los indígenas con sus rocerías y técnicas de cultivo y vida.
- d. Cosa distinta eran los terrenos de «rastrojo», en donde encontraba el rastro y desmonte de un colono anterior, y en los cuales era muy fácil hacer un «claro».
- e. .Las «lomas» eran realengos o baldíos muy apetecidos (por ser terrenos pendientes y de escasos árboles). Muchos se establecían primero en lomas como las de San Vicente y Maitamac, que fueron puntos de atracción para las futuras colonias de Abejorral y Sonsón, por ejemplo.

También era común que hablaran de sabanas, llanos, vegas, vertientes, piedemontes, tierras sobrantes, holgadas o estrechas, etc. Estas diferencias hacían que una colonización fuera más o menos difícil que otra, o que unos colonos lograran más ventajas que otros. Y lo que en la colonia llamaban tierras «de pan y caballería», en el siglo pasado nombraban tierras «de labor y pasto» (Jaramillo, 1987, pp. 41-42).

Resultando unos colonos más beneficiados que otros con relación a las cualidades de los terrenos en que se asentaban para desarrollar sus fincas, estos inicialmente viven un periodo caracterizado por el autoconsumo en el que transformaban de manera notable el sitio, dando lugar a un nuevo tipo de superficies necesarias para la siembra de cultivos denominadas “rozas”, para pastos en donde apacentar ganado vacuno y equino, al igual que para la ubicación de la vivienda, en cuyo alrededor paulatinamente iban levantando otras edificaciones necesarias para el apoyo de sus actividades productivas y para la crianza de ganado porcino, aves de corral, etc.

Con el tiempo, estos agricultores diversifican más sus actividades obteniendo una mejor retribución económica, al tiempo que las superficies por sumatoria de la agricultura y de la ganadería de pequeña escala adoptan una nueva apariencia que distaba de las texturas provistas por las coberturas originales –terrenos “fértils o estériles”, “eriazos”, “monte claro o andable”, terrenos de rastrojo” o “lomas”–.

Lo anterior sumado a las huellas que iba dejando la minería de pequeñas explotaciones y las trazas del comercio con los caminos de herradura, aportó en la configuración de un nuevo tipo de superficies, reflejo de una sociedad cuya economía había superado su estado inicial de subsistencia pasando a uno de acumulación de capital. Esto impacta positivamente el nivel de vida y la reinversión en diferentes sectores, garantizando la consolidación y avance proceso del colonizador.

Zambrano y Bernard comentan cómo “...en las postrimerías del siglo XIX, el cultivo del café operó como una nueva fuerza de arrastre para la colonización y la fundación de poblados” (1993, p. 150), lo que sugiere el paso de la etapa en

que el colono avanzaba tomando tierras al medio natural para domesticarlas, a un momento marcado por el apogeo de la ganadería extensiva y, en particular, por el surgimiento de la caficultura, la cual le inyecta un nuevo aire al proceso, impulsándolo en su paso hacia el siglo XX, donde el cultivo de café tomaría el protagonismo.

La ganadería extensiva, por su parte, daría cuenta del arrasamiento de grandes extensiones de bosque para el beneficio de unos pocos, generando gran impacto sobre el medio, mientras que la caficultura promovía el desarrollo de un cultivo más “amigable” ambientalmente –si se pone en paralelo con otro tipo de siembras–, sobre laderas ubicadas entre los 1000 y 2000 metros, produciendo beneficio a una gran cantidad de personas (Imagen 107).

Imagen 107. Área rural municipio de Marsella, Risaralda.



Imagen 107. Área rural municipio de Marsella, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

La región centro occidente por su topografía de montaña, tenía disponible pocos valles para el desarrollo de actividades pecuarias como la ganadería y de cultivos que requirieran esta condición, situación que dejaba abierto el camino para la siembra de café, el cual terminó adaptándose a estas pendientes y beneficiándose de las condiciones climáticas que le ofrecía la altura. En lo social el café, al no poderse mecanizar su mantenimiento y su recolección –debido a su desarrollo sobre ladera–, impactó positivamente la generación de empleo al requerir gran cantidad de mano de obra no calificada.

En cuanto a la estructura de tenencia de la tierra, esta presentaría predominio del minifundio, seguido de fincas de mediana extensión, siendo los latifundios una excepción a la regla. De esta manera, el minifundio continúa todavía empleando la mano de obra de su propietario y la de su grupo familiar; en cuanto a las fincas de mediana extensión, operan bajo otra condición utilizando mano de obra asalariada –que por cierto en los últimos años ha presentado una disminución significativa– y en algunos casos, recurriendo al sistema de aparcería. Por su parte, las haciendas o fincas de gran dimensión que se conservan, mantienen un esquema de operación similar a las fincas de mediana extensión:

Si la hacienda cafetera fue el eje de la expansión en el siglo XIX, la nueva producción vino fundamentalmente de pequeñas y medianas unidades. Estas fincas eran ya dominantes en 1923, cuando aquellas con cafetales adultos de menos de 12 hectáreas (unos 20.000 cafetos con las densidades promedio típicas de la época) controlaban el 56.4% de la producción nacional (Ocampo, 1989, p. 225).

De otro lado, la superficie sembrada de café en Colombia desde la década de 1920 al tiempo presente, ha mostrado un comportamiento particular, pasando de “225 mil hectáreas en 1925 –se carece de cifras para años anteriores– a casi un millón en 1970, para luego descender a poco menos de 900 mil hectáreas en la actualidad” (Vallecilla, 2012, p. 39). Esto en gran parte debido al paso de un modelo extensivo a un modelo intensivo de siembra, que básicamente se diferencian en la manera como se desarrollan los cultivos y en las variedades de café empleadas.

De esta manera, el café como cultivo dominante en la región centro occidental, básicamente desarrolló dos tipos de superficie: una asociada al modelo extensivo con siembra de café de sombrío, y la otra al intensivo, consistente en sembradíos a plena exposición.

El café de sombrío se caracterizó por la presencia de las denominadas variedades tradicionales como Typica y Bourbon, y su combinación con árboles de sombra de mediano tamaño y follaje de densidad media, de los cuales “Los

más comunes en Colombia son: los Guamos (*Inga spp.*), los Nogales (*Cordia alliodora*), el Chachafruto (*Erythrina edulis*) y el Matarratón (*Gliricidia sepium*)” (Federación Nacional de Cafeteros, 2014, p. 69); esta mezcla da lugar a un tejido definido por el follaje de los árboles que se entrecruzan con los surcos de café, usualmente compuestos por variedades de mayor tamaño si se comparan con las empleadas en los cultivos a plena exposición (Imagen 108). Una modalidad de café de sombrío de carácter más temporal, es aquel en que se utilizan líneas de plátano entre los surcos de café, lo que produce una cobertura intermedia entre el sombrío pleno y la libre exposición, igualmente esto se refleja en el tipo de textura de la superficie (Imagen 109).

Imagen 108. Finca La Frondosa, Santuario, Risaralda.

Imagen 109. Área rural de El Cairo, Valle del Cauca.



Imagen 108. Finca La Frondosa, Santuario, Risaralda. Imagen 109. Área rural de El Cairo, Valle del Cauca, Fuentes: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico -Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

En cuanto al café a libre exposición, este se impone en la década de 1970 con la utilización de las variedades Caturra y Colombia, cambio que permite “elevar los rendimientos físicos por hectárea y la producción” (Vallecilla, 2012, p. 40). A diferencia del café de sombrero donde este se combina con árboles, el café a libre exposición se siembra solo, con surcos a poca distancia y utilizando variedades de talla pequeña, las cuales producen mayores rendimientos y un grano que se recolecta con facilidad (Imágenes 110 y 111). Para la disposición del cultivo, la Federación Nacional de Cafeteros, FNC, recomienda sembrar de la siguiente manera:

...en hileras sencillas o dobles a través de la pendiente, utilizando una distancia entre surcos mayor a la empleada entre árboles, en bloques o parcelas de 11 surcos, 1 metro entre surcos y 40 árboles por surco a igual distancia, dispuesto en cuadro o triángulo, recomendado para terrenos con pendientes menores al 5% y en curvas a nivel (2014, p. 61).

Imagen 110. Vereda Campo Alegre, Santa Rosa de Cabal.

Imagen 111. Finca La Cigalia, Belén de Umbría, Risaralda.



Imagen 110. Vereda Campo Alegre, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 111. Finca La Cigalia, Belén de Umbría, Risaralda. Fuentes: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez - Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, Diana Rodríguez equipo patrimonio natural

El modelo intensivo, al concentrar la siembra de café utilizando variedades más productivas, permite que en la finca se disponga de áreas para diversificar la producción y por ende las opciones de ingreso, las cuales se ven distribuidas en diferentes momentos del año.

Se debe mencionar el impacto que tuvo en la década de 1980 sobre las superficies sembradas en café la aparición de la “Roya” (*Hemileia vastratix*), hongo que afecta la hoja del café, y de la “Broca” (*Hypothenemus hampei*), gusano que perfora el grano: “Hacia 1989 estaban afectadas más de 700 mil hectáreas con roya, y 446 mil hectáreas con broca en 1994 en casi todo el país” (Vallecilla, 2012, p. 42).

Para hacerle frente a esta situación, la FNC conjuntamente con Cenicafé²⁸, desarrollan la variedad Colombia que resultaba inmune a los efectos de la “Roya”, mientras que la “Broca” se empieza a controlar con el denominado Manejo Integrado de la Plaga, MIP, cuyo control incrementó enormemente los costos de producción dejando el café colombiano en una gran desventaja para competir en los tiempos del libre mercado. Adicional, a esta situación, se presenta a finales de la misma década el cese del Acuerdo Internacional del Café, lo que desestabiliza el precio del grano, hasta ese momento regulado con las cuotas de producción asumidas por cada país, lo que pone a dichos países productores frente a la perspectiva de la libre competencia.

La crisis que genera este concierto de hechos hace que se transforme dramáticamente la fisonomía de las superficies otrora sembradas en café, debido a la decisión adoptada por muchos propietarios de fincas de sustituir el cultivo por pastos para ganadería –con graves efectos para la conservación de los suelos–, por cítricos y árboles frutales, por morera para alimento del gusano de seda, por plátano, entre otros.

²⁸ Centro Nacional de Investigaciones de Café.

De todas maneras, la caficultura aún pervive gracias a la calidad del grano y a medidas de tipo macroeconómico, que consiguieron que la crisis no tocara fondo y que se haya podido contener, situación que coincidió de manera favorable con el repunte de los precios internacionales, alcanzado niveles que han garantizan su continuidad. Se suma además la alternativa relacionada con la creación de asociaciones de pequeños productores en torno a los cafés de origen o especiales, donde el objetivo no es el volumen sino la generación de valor a partir de la probada calidad del café que se produce en la región centro occidental, resultado de las condiciones del suelo, del clima, de la altura y de las prácticas culturales desarrolladas alrededor del proceso productivo.

1.3 Los distintos paisajes y sus percepciones y representaciones: identitarias, connotativas, institucionales

1.3.1. Orígenes y primeros desarrollos del paisaje

A medida que envejezco y que miro más los paisajes e intento entenderlos, más convencido estoy de que su belleza no es solamente uno de sus aspectos, sino su esencia misma, y de que esta belleza proviene de la presencia humana (Brinckerhoff, 2010, p. 25).

Desde que el ser humano asume la forma de vida sedentaria y con la agricultura se pone en la tarea de transformar el espacio geográfico en territorio, dando origen a un sinnúmero de intervenciones derivadas de este trascendental invento, como el trazado de vías para el intercambio y el comercio, la construcción de infraestructuras de apoyo a las dinámicas de producción que paulatinamente fueron naciendo en medio de los territorios, y más adelante el surgimiento de las ciudades con las grandes obras que en muchos casos implicaría su crecimiento y los cambios de la geopolítica, como la construcción de acueductos y de instalaciones de carácter defensivo, entre otras, este siempre ha estado frente a la posibilidad de descubrir el paisaje.

Sin embargo, para alcanzar el estadio que condujo al desarrollo de las sociedades paisajeras, se requirió de una apertura de la conciencia moral, de la

generación de una sensibilidad particular y del surgimiento de una actitud contemplativa, que permitieran trascender la mirada objetiva de la naturaleza y su comprensión desde lo estrictamente utilitario, hacia una dimensión que estuviera mediada por el deleite del espíritu en el mundo y, en particular, por una visión estética de las cosas.

En consecuencia, dichas sociedades modelaron las palabras que les permitieron designar el nuevo concepto y desarrollaron concepciones del mundo a partir de las cuales avanzaron en pos de formas de percepción para evocar y capturar sus rasgos más significativos, al igual que hacia las expresiones que las caracterizarían y definirían como sociedades paisajeras en la historia.

1.3.1.1. El paisaje, un término para designar un concepto

Según el diccionario Larousse, la palabra paisaje alude a un “Cuadro que representa el campo, un río, bosque, etc. Extensión de terreno que forma conjunto artístico”. Sin embargo, este término aparentemente conocido y familiar en el mundo contemporáneo, debió experimentar una serie de procesos de formación al interior de las culturas que desarrollaron una especial sensibilidad para relacionarse y percibir su entorno circundante, conjuntamente con los rasgos impresos por la actividad humana dentro de su devenir histórico.

De esta manera, es importante remitirnos a las primeras civilizaciones cuyas culturas desarrollaron la noción de paisaje y en su lenguaje incorporaron palabras para designar dicho concepto, cumpliendo con una de las condiciones para que una sociedad alcance la condición de paisajera (Berque, 2009).

En este orden de ideas, resulta pertinente referirse a Roma como una sociedad paisajera que desarrolló las palabras para referirse al paisaje, no obstante el geógrafo Agustín Berque sea quien plantee que la lengua latina no alcanzó a definir una palabra para designarlo (Berque, 1997). En este sentido, hay

que tener en cuenta el planteamiento del filósofo Alain Roger cuando afirma que en Roma sí se generan palabras para nombrar el paisaje:

En efecto, en Cicerón, en dos cartas a su amigo Ático (1996 [61 a.C.]), encontramos el término *topothesia*, un neologismo forjado a partir del griego *topos* (lugar, país) y que hoy se traduce por «paisaje». Vitruvio, en su *De Architectura*, algunos años más tarde, propone otro neologismo: *topia* (en plural), que designa sin lugar a dudas lo que nosotros entendemos hoy por «paisajes» (además, es significativo que en griego moderno el concepto «paisaje» se denomine *topio*). Por otra parte, en la *Historia Natural* de Plinio el Viejo (2002 [23-79 d.C.]), en el siglo siguiente, encontramos la expresión *tonaria opera*, es decir, obras topiarias, paisajísticas, para designar los frescos murales que representaban paisajes rurales o urbanos en las villas imperiales. Así pues, nos hallaríamos ante un fenómeno artístico y lingüístico análogo al que conoció Occidente quince siglos más tarde: la aparición de un neologismo (en este caso un helenismo) para designar a la vez – pues es difícil determinar la prioridad – la representación artística y su objeto (2008, p. 70).

Es importante agregar que antes de Roma ni en la Grecia clásica, ni en Egipto, ni en Mesopotamia, se tiene conocimiento de la existencia de palabras cuya finalidad fuera precisar la noción que se tuviera de paisaje, razón por la cual esta civilización se plantea como el punto de origen en Occidente de lo que sucedería con relación al lenguaje, y de manera particular con las palabras que las diferentes culturas europeas generarían para designar el mencionado concepto, esto por el gran ascendente que tendría el latín sobre las lenguas romances:

Como es sabido, estas lenguas romance provienen del latín, por lo que para comprender la evolución del término será necesario rastrear el origen de esta raíz común de la que derivará también la palabra paisano, paisanaje, etcétera. Esa raíz latina la encontramos en el término *pagus* que se puede traducir al español como aldea, distrito o cantón, y en *paganus* con el que se nombra al aldeano, al rústico y aquello que pertenece a la aldea o al campo. De *paganus* surge también el término paisano, en el sentido de aquel que no es militar. El ablativo latino de *pagus* es *pago*, que hace referencia a las cosas del campo y de la vida rural. *Pago*, con su forma latina inalterada, es una palabra que aparece en documentos españoles desde el año 1100 y que aún perdura para referirse a una tierra o heredad, especialmente cuando se trata de viñas u olivares. Pero, con el paso del tiempo, el término *pago*, como expresión de la idea de lugar, fue dejando paso a la palabra país, que expresa las ideas de región, provincia o territorio y que, junto a nación, son las acepciones que actualmente posee el término país (Maderuelo, 2006, p. 25).

Antes de continuar con el relato de lo que sucede más adelante con relación a las palabras que surgen para nombrar el paisaje en la Europa del Renacimiento, es preciso detenerse en el siglo V cuando en paralelo a la caída del Imperio Romano de Occidente, en la vertiente cultural oriental, más exactamente en China, se propician las condiciones para que a través de la poesía y la pintura se produzcan las primeras miradas emocionadas a los paisajes que modeló esta cultura milenaria, lo mismo que para el encuentro del término con que se designaría la experiencia de tipo sensitivo y espiritual.

De esta manera, en el idioma chino tiene lugar el desarrollo de un variado repertorio de palabras para referirse al paisaje, cada una con sus particularidades, pero quizás la más determinante frente a todas las demás es *shanshui*, palabra compuesta por los sinogramas *shan* – montaña, montes – y *shui* – agua, corriente de agua, río –, ambas de origen muy antiguo (Berque, 2008; Maderuelo, 2006; Ojeda, 2003). Este concepto montaña-río evoluciona hacia el de montaña-valle, el cual es más explícito y posibilita la inclusión de una mayor diversidad de paisajes, desde aquellos que se observan en los puntos más elevados de la geografía, hasta los que se desarrollan en las tierras bajas, como es el caso de aquellos que la actividad humana ha modelado en los valles de los ríos (Maderuelo, 2006):

Las palabras de base, *shan* (montaña) y *shui* (agua, río), son, por supuesto, muy antiguas, muy anteriores a *shanshui* en cuanto tal. Esto crea un problema de interpretación. En efecto, puesto que la lengua china es fundamentalmente monosilábica y puede, por otra parte, formar palabras nuevas yuxtaponiendo, sin transformarlas, dos palabras monosilábicas, resulta a primera vista imposible distinguir si, en tal o cual texto, *shanshui* quiere realmente decir «paisaje» (en una palabra) o solo «montañas y ríos» (en dos palabras). Únicamente el sentido general del texto nos permitirá decidir si se trata de lo primero o de lo segundo (Berque, 1997, p. 13).

Mientras que los chinos se deleitaban con las bondades de la contemplación y en particular con el disfrute de los paisajes, Europa durante la Edad Media se sume en el culto de lo espiritual, en una mirada hacia el interior del ser que propició la negación de lo mundano, lo que coartó la posibilidad de percibir la belleza de los paisajes presentes en los entornos humanos y la

posibilidad de que se produjera una reflexión, además de las representaciones que derivaran de dicha experiencia; lo anterior explica por qué no se producen palabras con las cuales designar el paisaje durante este largo periodo.

Esta forma de relacionarse con la realidad que retardó el encuentro de occidente con el paisaje, experimenta un proceso de transformación a partir del siglo XIV que se consolida en el siglo XV con la llegada del Renacimiento, y con la apertura que tienen durante este momento las sociedades europeas con relación a la exaltación del mundo y con el disfrute de la belleza producida por la impronta de las actuaciones humanas sobre la base natural, lo que da lugar al nacimiento de los términos con que se nombra el paisaje.

Tenemos entonces cómo el concepto de paisaje se estructura a partir de dos raíces lingüísticas, una de origen germánico, base para el surgimiento de las palabras con que se designaría el mencionado concepto en el norte de Europa, y la otra latina en el caso de las tierras ubicadas en la cuenca del Mediterráneo.

Observamos de esta manera cómo maduran los términos con que se nombra el paisaje en idiomas de base germánica como el holandés con *landskip*, el alemán con *landschaft* o *lantschaft* y el inglés con *landscape*. Por su parte, en las lenguas de ascendente latino encontramos el italiano con los términos *paese*, *paesetto* y *paesaggio*, el francés con *pays* y *paysage*, el portugués con *paisagem* y el español con *paisaje*:

Vicente Carducho, en el «Diálogo cuarto» de su tratado titulado *Diálogos de la Pintura*, publicado en Madrid en 1633, cuando quiere referirse al disfrute de un paraje real situado a orillas del río Manzanares, parece no querer utilizar el término *lexos* (lejos), palabra de la que, por otra parte, se sirve en otros momentos de su diatriba, y ante la falta de un término exacto que sirva para nombrar un lugar real y concreto (no un fragmento de un cuadro, donde sería perfectamente pertinente servirse del término *lejos*), tiene que recurrir a formar la frase «bellos pedazos de Países». La composición lingüística empleada por Carducho, desde el punto de vista filológico, es particularmente interesante ya que explica de una manera asombrosa la génesis del moderno término paisaje en español (Maderuelo, 2006, pp. 27-28).

1.3.1.2. El Paisaje, su origen oriental, principales desarrollos y caracteres de tensiones y miradas

Es en China donde sin ninguna duda surge el concepto de paisaje. Sin embargo, es importante detenerse y observar qué sucede con relación al paisaje y su génesis en civilizaciones como la Griega o la Romana, de las que Occidente hereda gran parte de su acervo cultural y en las que, según importantes teóricos, no se desarrolla un sentido del paisaje y mucho menos sociedades paisajeras (Berque, 2009).

La civilización griega que se desarrolla en la costa de Asia Menor con una base constituida por pueblos marinos inmigrantes, adquiere con el tiempo un carácter guerrero, así como un espíritu de competencia y de lucha que se observa en los relatos de la *Ilíada* y la *Odisea*. Más adelante, logra consolidar una forma de vida sustentada en la esclavitud, que le permite liberarse de las actividades cotidianas de índole físico y ocuparse de labores más nobles como el cultivo de las artes y del espíritu. “La creatividad de los griegos se asienta en el espíritu creativo. Y éste presupone liberación de la vida agrícola y el uso de esclavos para la producción de cosas materiales” (Watsuji, 2006, p. 113).

El griego, por consiguiente, se dedica al culto de lo artístico y de lo intelectual, dando lugar a una actitud humanista –que facilita el mencionado distanciamiento de las labores materiales–, que acentúa su separación de lo físico no humano, y que termina por alejarlo de la naturaleza y de la posibilidad de disfrutar de sus atributos; esto se puede comprobar en los relatos literarios donde describen de forma muy escueta partes específicas de su geografía, o se refieren a estas de acuerdo con las gentes que las ocupan, sin entrar en detalladas y poéticas descripciones; en este sentido, el arquitecto Javier Maderuelo, refiriéndose a la visión de Homero sobre algunas islas del archipiélago griego, plantea:

La indiferencia hacia lo que se halla fuera del hombre lleva a Homero a mencionar algunas de estas islas no por sus características físicas o geográficas más

tópicas, sino por sus habitantes, así Creta es la isla «donde viven los Cidones» mientras que Eea es «la isla de Circe» (2006, p. 18)

A la actitud humanista se suma el desarrollo de la capacidad de contemplar, que en el caso del ciudadano griego hace que se relacione de manera profunda con su yo, sustrayéndolo de la posibilidad de encontrarse con la belleza de lo externo, en este caso con la que posiblemente pudiera existir en los paisajes presentes en sus entornos, poniéndolo en camino más bien de encontrarse con su vocación artística y con su capacidad intelectual.

De esta manera, si ponemos a la civilización griega frente al tamiz de los seis criterios establecidos para que se pueda hablar de paisaje en una cultura (Berque, 2009), nos encontramos con que, no obstante el refinamiento alcanzado por la Grecia clásica como cuna de Occidente, esta no desarrolla un pensamiento del paisaje, lo cual se confirma en la inexistencia de palabras para nombrarlo, de arquitectura concebida para el disfrute de hermosas visuales, de jardines de recreo, de expresiones artísticas o literarias cuyo objetivo fuera exaltar la belleza de los lugares, lo mismo que de una reflexión concreta sobre los paisajes.

En cuanto a Roma, encontramos posiciones que coinciden en que esta sociedad estuvo a punto de desarrollar el concepto del paisaje, como las de Berque o Maderuelo, mientras Roger en contraposición a lo planteado por estos, asegura que Roma fue la primera “sociedad paisajera” de la historia.

Así: “El mundo romano (la cosmofanía romana), por ejemplo, satisface los criterios 1,2 y 4 pero no los criterios 3 (incluso en parajes soberbios, la arquitectura se vuelve hacia el atrium), 5 y 6” (Berque, 2009, p. 60). Sobre el particular, este mismo autor agrega que: “Lo que definitivamente les faltó a los romanos fue una conciencia del paisaje en cuanto tal, con la palabra que lo designa. En consonancia con ello, en Roma no hubo una reflexión sobre el paisaje, ni el de escala natural, ni el pictórico” (Berque, 1997, p. 11).

Por su parte Maderuelo, partiendo de los criterios enunciados por Berque, considera que:

En otras culturas se han llegado a alcanzar dos o tres de las condiciones propuestas por Berque para poder considerar que poseen el concepto de paisaje, como sucedió con el Imperio Romano, que disfrutó de una espléndida literatura, denominada pastoral, en la que se describe el encanto de los lugares y construyó hermosos jardines creados para el placer y no para obtener de ellos alguna utilidad productiva, pero, sin embargo, no llegó a generar una auténtica pintura de paisaje ni, tal vez lo más importante, poseyó una palabra específica para nombrarlo (2006, pp.18-19).

Igualmente, este mismo autor se pregunta por qué no se produce la génesis del concepto del paisaje en Roma, si desde lo lingüístico llegan a estar a un paso de lograrlo; también se refiere a que esta sociedad construyó “villas de recreo destinadas al ocio” (Maderuelo, 2006, p. 13), sin embargo no afirma de manera contundente que dicha arquitectura hubiese sido planeada para contemplar los paisajes donde se erigía.

Por último, Roger como referimos anteriormente, dice que:

Algo distinto sucede con la Roma antigua y, en este punto concreto, discrepo de Berque, porque considero que Roma es la primera sociedad paisajera de la historia. Tiene jardines de recreo, representaciones pictóricas (los famosos frescos de Pompeya, por ejemplo), representaciones literarias (Virgilio, Tibulo, entre otros) y palabras para nombrarlo (2008, p. 69).

De esta manera, encontramos consenso en Berque, Maderuelo y Roger respecto del cumplimiento de los criterios 1 y 2 con el desarrollo en Roma de literatura dedicada a enaltecer la belleza de los campos y con la construcción de jardines dedicados al placer y a la contemplación; en cuanto al criterio 3, solo Maderuelo hace alusión a la construcción de arquitectura para el ocio en los entornos rurales, pero no es enfático en afirmar que esta hubiese sido concebida para el disfrute del paisaje, mientras que en relación con el criterio 4 concerniente a la realización de pintura cuyo tema fuera el paisaje, Berque y Roger expresan su acuerdo de manera contundente.

En cuanto al criterio 5 referido a las palabras para nombrar el paisaje, solo Roger manifiesta que esta cultura sí define los términos para designar dicho concepto y presenta una argumentación al respecto –observar lo planteado en la primera viñeta de este numeral–; finalmente, con relación al criterio 6 donde se precisa que para que una sociedad haya tenido una cultura del paisaje requiere haber realizado una reflexión sobre el mismo, Maderuelo y Roger no hacen ningún planteamiento al respecto, mientras que Berque claramente manifiesta que los romanos no producen una teoría ni un pensamiento que tuviera como propósito explicar la naturaleza del paisaje.

Observamos entonces que en relación con los seis criterios propuestos para que se pueda hablar de paisaje en una cultura (Berque, 2009), y según las posiciones que se esbozan en los párrafos anteriores, la sociedad romana no llevó a cabo “una reflexión explícita sobre el paisaje”, –criterio 6–, tampoco se identifica una posición contundente acerca de que esta cultura hubiera desarrollado “arquitectura planificada para disfrutar de hermosas vistas” – criterio 3–, de lo que se deduce que tal sociedad no alcanzó a desarrollar un pensamiento del paisaje.

Sin embargo y teniendo como precedente lo anterior, es pertinente hacer unas consideraciones con las cuales se busca aportar al hecho de que en Roma se hubiera desarrollado “arquitectura planificada para disfrutar de hermosas vistas”, y que difieren de la posición del geógrafo Agustín Berque, cuando desestima esta posibilidad, diciendo que “incluso en parajes soberbios, la arquitectura se vuelve hacia el Atrium”. Es importante agregar que para que una arquitectura de las características mencionadas se materialice, deben existir paisajes que propicien el disfrute, hecho en el que los romanos participan de manera clara y contundente a través de una interacción de siglos con su espacio geográfico.

Roma en tiempos de la República, fue una sociedad de carácter agrario que le dio gran valor a lo rural y a sus habitantes, esto se puede apreciar en el

siguiente texto del agrónomo Marco Porcio Catón –De agr.,I,iv– citado por el historiador James S. Ackerman, donde se refiere a los campesinos como el segmento social “... de donde surgen los hombres más fuertes y soldados más valerosos, es de ellos de donde proceden las ganancias más justas y seguras y menos sujetas a envidia, y quienes se ocupan en estas faenas son quienes menos malos pensamientos albergan” (2006, p.56). Esta valoración del campo y la visión racional del mundo por parte del romano facilitó la modelación de inigualables paisajes rurales, que más adelante contribuirían al esplendor del imperio, convirtiéndose en uno de los pilares fundamentales de su soberanía y de su vida económica:

Roma fue, seguramente, el primer estado que planificó nuevos sistemas viales rurales, y el resultado fue un amplio paisaje político artificial que ha servido de modelo para muchos de los planeamientos modernos. Cuando la República y, posteriormente, el Imperio se expandieron, se encontraron con que tenían que colonizar territorios nuevos o abandonados y establecer comunidades de pequeños granjeros. El procedimiento usual era dividir las tierras de propiedad pública en grandes cuadrados de unos 120 acres, llamados *centuriae*, de algo menos de media milla de lado (Brinckerhoff, 2010, p. 68).

En consecuencia, se da forma a un paisaje de tipo geométrico, modelado por un tejido de caminos que se acompañan de canales para irrigación y de vegetación de diferente porte, que se entrecruzaban a manera de retícula dando cabida a la unidad básica denominada *centuriato* o *centuriae*, la cual garantizó la distribución equilibrada de terrenos entre un gran conglomerado de campesinos con áreas que iban entre los 25 y 120 acres: “Por consiguiente, el paisaje romano estaba destinado a un tipo especial de ciudadano: el ciudadano pequeño terrateniente, agricultor, soldado (o veterano), contribuyente, ligado a su trozo de tierra y dependiente del centro urbano” (Brinckerhoff, 2010, p. 71).

Seguidamente en tiempos del imperio, se asume un modelo de vida urbano que pone lo rural en un segundo plano, como un espacio de provisión, fuera de los intereses de una sociedad cuyos sectores más privilegiados alcanzaron un grado de refinamiento que los alejó de sus raíces. En este sentido, “Columela (De re rustica XII, Prefacio, 9) se queja de que las caprichosas mujeres

de su época se aburren en el campo y consideran la estancia de unos pocos días en la villa un asunto sórdido” (Ackerman, 2006, p. 39).

De esta forma, los centros urbanos se expanden y/o densifican en respuesta al crecimiento demográfico y debido a procesos migratorios de diferente orden, generando grandes conglomerados que como en el caso de Roma, con una población de más de un millón de habitantes, producen hacinamiento y marginalidad. Es así como estos procesos de pérdida de las calidades urbanas y de deterioro social, provocan malestar en muchos de los habitantes, quienes empiezan a anhelar la vida del campo y a sentir gran malestar en la ciudad; se explica de este modo porque: “La imagen de Horacio no es solo característica de él; casi todos los escritores romanos que tocaron el tema de la vida campestre pintan de modo desfavorable la ciudad” (Ackerman, 2006, p. 37), es el caso de Marcial cuando “...compara el ruido constante y las molestias de la vida urbana que perturban su sueño (Epigramas, XII, 57), con la tranquilidad del campo, donde posee una granja...” (2006, p. 38).

Este fenómeno hace que los sectores más privilegiados de la sociedad romana sean los que establezcan una nueva conexión con los territorios rurales, a través de nuevos propietarios de origen urbano que adquieren por diferentes medios granjas en las que se construyen villas o “villaes” de recreo, donde se experimentaría el disfrute de los paisajes agrarios modelados a partir del modelo del *centuriae*. “Desde finales del siglo I d. C., las villas estaban principalmente dirigidas al *otium* y el placer sin más constituyó más la norma que la excepción” (Ackerman, 2006, p. 57).

Este nuevo tipo de villa de recreo –opuesta diametralmente al modelo de villa suburbana a la que se refiere el geógrafo Augustín Berque anteriormente, caracterizada por su espíritu introvertido, ajeno a los paisajes–, compartiría en adelante el escenario rural con las tradicionales villas de tipo compuesto, en las que se integraban el esquema espacial de una villa rústica – casa de granja– con el de una vivienda urbana –*domus*–.

Sin embargo, estas villas de tipo compuesto experimentan una transformación, en las que el componente de características urbanas se abre gradualmente hacia el disfrute de los paisajes presentes en sus inmediaciones, incorporando pórticos o galerías sobre sus perímetros, además de recintos como salas y esedras que despliegan su espacialidad hacia el exterior, hecho que efectivamente se puede comprobar en las villas San Rocco y Settefinestre estudiadas más adelante: “Es muy posible que los grandes propietarios rurales romanos, desde la comodidad de sus villas trabajadas por esclavos no romanos, contemplando sus campos llenos de frutos al comienzo del estío llegaran a atisbar el paisaje como hoy lo entendemos” (Kessler, 2000, p. 74).

En dirección de comprender el espíritu de las villas de recreo que desarrollan los romanos y su rol con relación al surgimiento de la noción del paisaje en Occidente, tomamos como referentes la villa Tusci y la villa Laurentinum, ambas propiedad del escritor Plinio el Joven. La primera localizada en la región de la Toscana al norte de Italia, más exactamente en la localidad de Tifernum Teberinum cerca de la ciudad de Castello, y la segunda ubicada en la costa mediterránea a unos cuantos kilómetros de la capital del imperio, en el sitio conocido como Vicus Augustanus:

Plinio describe esos dos retiros con gran detalle en sus cartas, que fueron escritas para ser publicadas como composiciones literarias. Las cartas tienen la forma de un paseo por los edificios de cada lugar; insisten en la experiencia visual, especialmente en las vistas del paisaje y el mar, y los diversos efectos de la luz del sol (Ackerman, 2006, p. 57).

Villa Laurentinum o Laurentina constituye un ejemplo de villa marítima, que utilizaban como estancia de recreo durante los fines de semana el escritor y sus invitados; a diferencia de otras villas de su tipo, esta no presentaba funciones utilitarias de índole agrícola o pecuario, por lo que su único propósito era propiciar el encuentro social y el descanso alrededor del disfrute de los paisajes presentes en su entorno, en su contraste con la luz de las diferentes horas del día y con el sonido del océano (Imagen 112).

Imagen 112. Perspectiva villa Laurentinum, de Plinio.

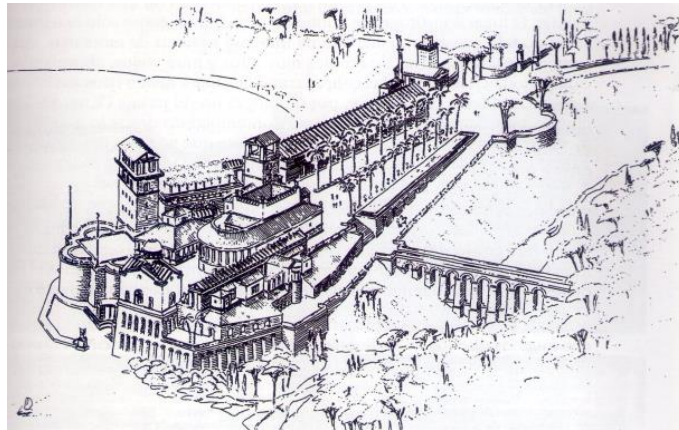


Imagen 112. Perspectiva villa Laurentinum, de Plinio. Autor: Leon Krier. Fuente: Libro La Villa. Forma e Ideología de las Casas de Campo, James S. Ackerman.

Su espacialidad estaba integrada por dos patios rodeados de galerías que antecedían un espectacular triclinio o comedor (espacio 4), el cual proyectaba la mirada hacia el acantilado a través de ventanales y puertas vidriadas ubicadas en tres de sus lados, que facilitaban el disfrute de una espectacular vista panorámica; mientras que en sentido opuesto, en dirección de los patios inicialmente mencionados, la mirada se podía fugar hacia un fondo constituido por bellas montañas.

Imagen 113. Planta villa Laurentinum, de Plinio.

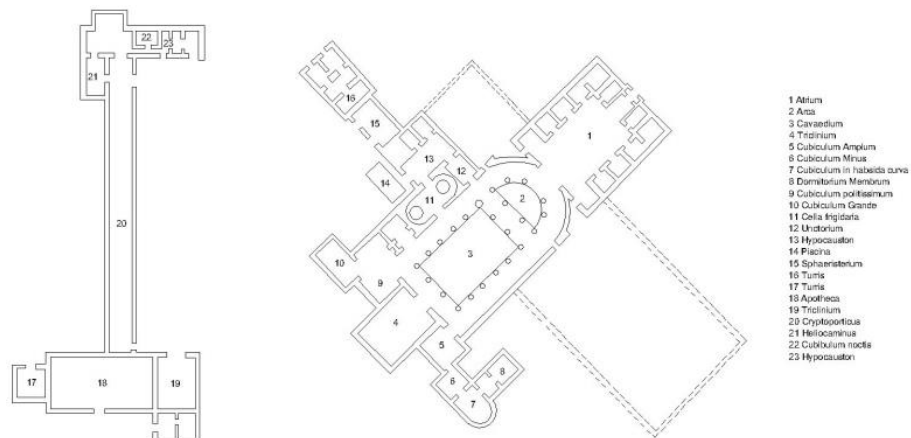


Imagen 113. Planta villa Laurentinum, de Plinio. Fuente: Libro La Villa. Forma e Ideología de las Casas de Campo, James S. Ackerman. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

La villa igualmente contaba con habitaciones –cubiculum– (espacios 5, 6, 7, 8, 9 y 10) dotadas de calefacción para el invierno, que se disponían a lado y

lado del triclinio en un emplazamiento que permitía la contemplación de las imponentes vistas de la costa; además, en una zona húmeda se disponían la piscina (espacios 13 y 14), áreas cubiertas y libres para la relajación y el descanso –otium– (espacio 15), y una serie de espacios de servicio destinados a hacer más placentera la estancia (Imagen 113).

Cabe destacar el largo cryptoporticus que con su extensa serie de ventanas y puertas (espacio 20), y su terraza lateral con jardines incorporados –xystus–, prolongaba la experiencia de habitar la villa sobre el acantilado, propiciando en medio de la permanencia y del recorrido el deleite con otra variedad de visuales del paisaje costero.

Tusci por su parte fue una villa que se construyó para pasar temporadas más largas como las vacaciones correspondientes al verano; en contraposición con la villa Laurentinum, esta sí tenía funciones agrícolas, por lo que se veía acompañada de viñedos y de otros cultivos en sus inmediaciones que se producían de manera prolífica, gracias a la fertilidad de los suelos característica de la región de la Toscana.

Las diferentes edificaciones que integraban el núcleo construido de la villa correspondían a una sumatoria de diferentes momentos de desarrollo, que se disponían sobre una planicie ubicada frente al río Tiber, rodeada por estribaciones de los montes Apeninos, las cuales se encontraban cubiertas por una espesa vegetación. Según el historiador James S. Ackerman, Plinio el joven se refería a la belleza del lugar en un relato que nos hace pensar en la experiencia que más de mil años después vive Petrarca en su ascenso al monte Ventoux, con las siguientes palabras:

Experimentarás mucho placer contemplando desde lo alto de una montaña la situación de este país, pareciéndote que no veías tierra, sino un paisaje pintado de intento, tan encantados quedarían tus ojos a cualquier parte que se volviesen, por el buen orden y variedad de objetos (2006, p. 60).

La edificación principal de la villa se asentaba sobre el basamento que proporcionaba una pequeña elevación del terreno, presentándose imponente.

Constaba de un pórtico que se desplegaba casi a todo lo ancho de la fachada principal, limitado en sus extremos por dos volúmenes que sobresalían y entre los que se ubicaba el comedor; igualmente, dicho pórtico se encontraba acompañado de una logia que lo seguía en paralelo a la altura del segundo nivel, y que en conjunto acentuaban la apertura de la edificación hacia el paisaje conformado por la planicie en dirección del río Tíber (Imagen 114).

Imagen 114. Villa Tusci, de Plinio.

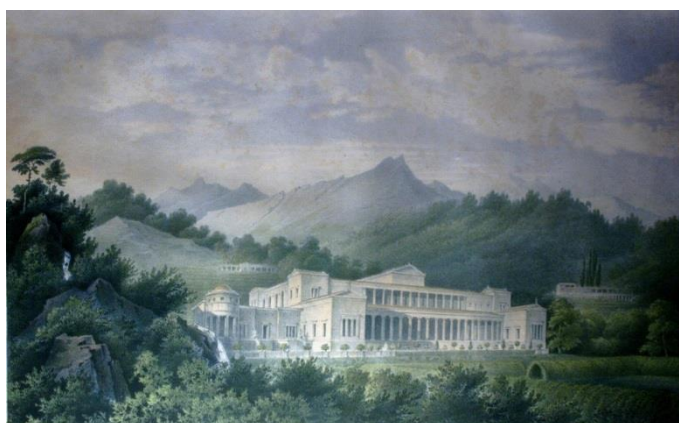


Imagen 114 Villa Tusci, de Plinio. Fuente:
http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/e/e0/Tuscum_des_Plinius_Schninkel_AA2.jpg

El pórtico (espacio 1) además actuaba como un elemento de transición entre el jardín terraza –xystus– que se desarrollaba en su frente –el cual funcionaba como medio de aproximación a la villa– y el interior, donde se disponían el comedor principal (espacio 2) como espacio protagónico de remate del mencionado pórtico en su extremo sur oriental, así como un atrio (espacio 3) y un patio (espacio 4) en torno al cual se disponían habitaciones y otros espacios (espacios 5, 6, 7 y 22). Por su parte, en el extremo sur occidental del pórtico los visitantes podían disfrutar de una zona húmeda integrada por baños climatizados (espacios 11 y 15) y piscinas, que también se abría en dirección del magnífico paisaje de la planicie y de las montañas que se ubicaban sobre sus flancos (Imagen 115).

Imagen 115. Planta villa Tusci, de Plinio.

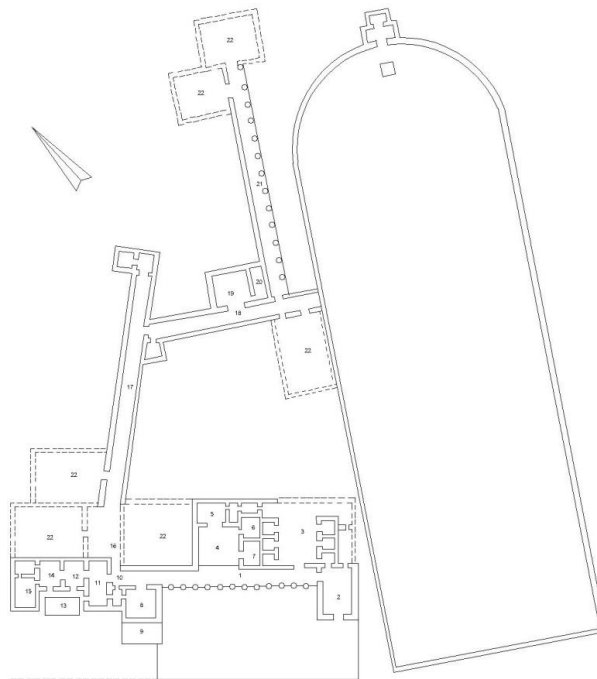


Imagen 115. Planta villa Tusci, de Plinio. Fuente: Libro La Villa. Forma e Ideología de las Casas de Campo, James S. Ackerman. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Es importante referirse a la presencia de varios criptopórticos que se desplegaban sobre las áreas libres adyacentes, entre los que destaca uno de tipo abierto (espacio 21) ubicado en el extremo noreste del conjunto y desde el que se podían observar las actividades desarrolladas en el hipódromo y contemplar plenamente los paisajes presentes en las montañas que le servían de telón de fondo a la villa:

Las repetidas descripciones de Plinio sobre las vistas que observaba a través de las ventanas de varias habitaciones de sus dos villas nos hacen pensar que el plan debió seguir la línea de las mejores vistas. En el pequeño dormitorio de Laurentinum, por ejemplo, el mar está a los pies, las villas a la espalda y los bosques a la altura de la cabeza (Epíst.,II,xvi,21). Las diversas aperturas enmarcan la visión del mar y las montañas y los campos cultivados parece como si fueran cuadros, estetizando la naturaleza a la manera de los frescos de la época, en los que los elementos arquitectónicos ficticios suelen enmarcar una vista de la lejanía (Ackerman, 2006, p. 62).

Las características espaciales estudiadas sirven para comprobar que en Roma se planificó “arquitectura para disfrutar de hermosas vistas” –criterio 3 –, quedando abierta la discusión sobre si la sociedad romana pudo alcanzar o no la

condición de paisajera al no cumplir con el criterio 6, referente a la realización de una reflexión explícita sobre el paisaje.

Desde la perspectiva observada en estas páginas, los romanos generaron una sensibilidad frente al paisaje, que se comprueba en los diferentes medios y expresiones que desarrollaron para contemplar y exaltar su belleza, incluso llegaron a producir palabras para designarlo como las que identifica el filósofo Alain Roger, faltando solo por llevar a cabo un proceso de pensamiento por medio del cual descifrar la naturaleza del paisaje y lo que este llegó a significar para aquellos miembros que en su sociedad lograron descubrirlo.

Cae Roma en el siglo V y la capacidad que había desarrollado esta sociedad para disfrutar el paisaje no encuentra eco en el mundo medieval, debido a que la mentalidad y sobre todo la sensibilidad requerida para entrar en contacto con la naturaleza del paisaje, se desvía hacia la contemplación de lo sobrenatural y del interior humano: “El triunfo del cristianismo la reprimió, abriendo una época que podríamos calificar, si no de «noche gótica», sí de «ceguera medieval” (Roger, 2008, p. 69), que niega la posibilidad a los europeos de complacerse con las experiencias del mundo, situación que ineludiblemente traslada el descubrimiento del paisaje en Occidente hasta el Renacimiento.

De ahí que sea preciso volver la mirada hacia China, donde por los tiempos de la temprana Edad Media europea, se dan las condiciones para que en dicha civilización madure el concepto de paisaje y se concreten expresiones artísticas y literarias en las que quedan plasmadas sus visiones y percepciones estéticas de la naturaleza.

Todo inicia con la caída de la dinastía Han alrededor del año 265 de nuestra era, cuando China se divide en dos partes, norte y sur, y tienen lugar las denominadas “Dinastías Meridionales y Septentrionales”, hasta que nuevamente se reestablece la unidad con la dinastía Sui en el año 589. Esta reunificación se da como parte de un lento proceso que empieza en el norte con la dinastía Wei

que gobierna entre los años 386 y 534, continua con la dinastía Zhou y concluye con la llegada de la dinastía Sui –581 a 618–, a la cual en el año 589 le corresponde cerrar dicha reunificación con la dominación de la dinastía Chen en el sur, después de esta haber sucedido a las dinastías Wu, Jin, Song, Qi y Liang.

En cuanto al contexto religioso del momento, este se identifica por la pérdida de fuerza del confucianismo que se había caracterizado por sus contenidos ético y social, y por haber servido de base a la dinastía Han; igualmente, por la entrada en pleno de sistemas filosóficos y religiosos como el taoísmo y el budismo, los cuales en conjunto generaron las condiciones en que tendría lugar la génesis del paisaje: el primero por creer en la afinidad plena entre ser humano y naturaleza al compartir estos un sustrato común, y el segundo por enseñar que la trascendencia se podía lograr por medio de una vida contemplativa, austera y dedicada al reposo.

De esta manera, el taoísmo y el budismo “con sus actitudes contemplativas favorecieron la aparición de la posibilidad de una visión estética de la naturaleza” (Kessler, 2000, p. 74), y dieron lugar a la práctica del retiro o “yindun”, que puede ser considerada como el medio donde germinó la idea del paisaje:

Este tipo de retiro es una actitud que adoptaron algunos hombres ilustrados que, al caer en desgracia, querían manifestar su desacuerdo con el nuevo régimen. En su soledad, estos eremitas se desprendieron de las constricciones del pensamiento moral y político del confucianismo, para empezar a considerar la belleza de la naturaleza en sí misma (Maderuelo, 2006, p. 20).

En consecuencia, nos encontramos con una saga de poetas anacoretas que con su entrega a la contemplación, con su pensamiento y con su obra, dieron una primera mirada estética a la naturaleza. Se trata de hombres que en su alejamiento del mundo y en sus recorridos por los campos, hicieron de su contacto con la naturaleza un hecho místico, de profundo disfrute.

Todo hecho, todo momento, desde el cultivo de sus propios alimentos, desde estar sentados a la sombra de un árbol, desde el ascenso a una montaña

por un camino tortuoso con la visión de fondo del agua fluyendo por una cascada o por un estrecho cañón (Imagen 116), significaba un motivo para la contemplación y para la composición de preciosos versos, en los que se detenían las imágenes captadas por una mirada que desarrolló una especial conciencia del paisaje.

Imagen 116. Monte LU de Shen Zhou.

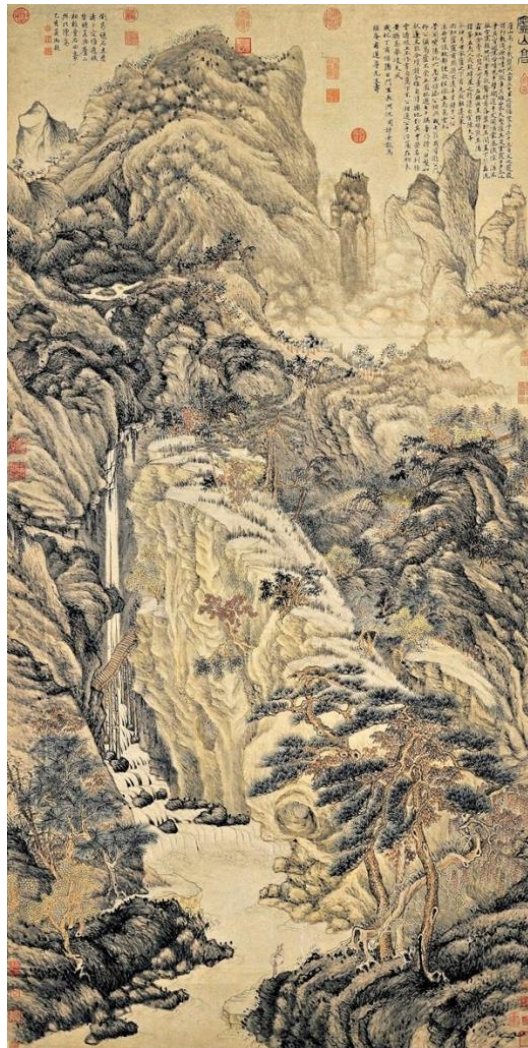


Imagen 116. Monte LU de Shen Zhou. Fuente: <http://4.bp.blogspot.com/-gQweFDchdKs/U7GrrlZttl/AAAAAAAAAM4E/q3AjSainGWE/s1600/013.jpg>

Es el caso de Tao Yuanming (365-427), quien no obstante haber nacido en el seno de una familia antigua y aristocrática y haber alimentado ideales políticos durante su juventud, no llegó a ser más que un funcionario que ocupó cargos de mediana importancia –entre ellos, como ayudante del poderoso general

Huan Chuan, o de quien sería emperador de los Sung Liu Yu —, hasta cuando se retira en compañía de su familia a una granja al sur del río Yangtzé en las inmediaciones del monte Lu.

Este momento de la vida de Tao Yuanming estuvo impulsado por una búsqueda ética más que estética, debido al conflicto que le representaba el régimen político vigente en ese tiempo, y en el que tiene lugar su encuentro con los bellos paisajes que inspiran su profunda reflexión y el desarrollo de una obra que, en el contexto de la literatura universal, ha sido equiparada con la de Esiodo o Virgilio:

En su poema más celebre, Tao Yuanming evoca una escena de atardecer en que dos pájaros regresan a su nido. Esta imagen simboliza el retorno a la vida auténtica; pero lo fundamental es que esta autenticidad reside en el paisaje mismo: «Ahí está la intención verdadera» (ci zhong you zhen yi). La intención verdadera (zhen yi) es, indisociablemente, el deseo profundo del poeta (retornar a la autenticidad de la vida en los campos) y el sentido profundo del paisaje. Es la naturaleza humana unida a la naturaleza cósmica: dicho de otra manera, el Dao (Berque, 1997, p. 15).

Otro célebre poeta es Xie Lingyung (385-433), quien nace en medio de una familia adinerada y con renombre, lo que le permite llevar una vida opulenta y de gran comodidad que discurre entre la experiencia urbana y sus interludios en las propiedades familiares, ubicadas en los alrededores de la ciudad prefectura de Shaoxing; este se desempeña como funcionario en las Dinastías Jin Oriental y Liu Song, pero algunos conflictos de índole político además de su carácter altivo y rebelde, hacen que vaya al exilio y más adelante entre en conflicto con el emperador, situación que tiene como desenlace su ejecución por insubordinación.

En el relato de los hechos que integran la vida de Xie Lingyung, debemos detenernos en el momento de su exilio y en el efecto que produce el retiro en la naturaleza o “yindun” combinado con su devoción por el budismo, en el encuentro que el poeta experimenta con la naturaleza y en el ímpetu que adquiere su faceta creativa, permitiéndole escribir los que califican muchos autores, como los

primeros poemas dedicados a exaltar la belleza de los paisajes en la literatura mundial:

Uno de estos poemas describe una caminata por los montes Kuaiji. Hacia el final del texto Xie Lingyung escribe esta frase: «El sentimiento a través del gusto, crea la belleza» (qing yong shang wei mei). Podemos considerar estas palabras como el acta de nacimiento del paisaje. En ellas se trata, en efecto, explícitamente del sentimiento de belleza que se experimenta ante el espectáculo de la naturaleza (Berque, 1997, p. 15).

Así, la belleza de las cosas, en este caso la de los elementos que conforman los paisajes, debe considerarse como algo que construye la mirada de quienes los observan y no algo que subyace en ellos mismos. Queda entonces claro que “es el sentimiento (qing) lo que crea (wei) lo bello (mei)” (Berque, 1997, p. 15), y que la idea del paisaje surge del grado de conciencia que sobre la belleza de los lugares tengan sus habitantes:

Desde aquella literatura, la sensibilidad paisajística pasará a la pintura, que representa al paisaje como algo vivo, que tiene un “yi” (espíritu) que impregna al hombre que lo vive o contempla, de tal forma que aquellas primeras obras paisajísticas de los pintores chinos se caracterizan por un minimalismo expresivo, cuya pretensión es dejar en cada cuadro mucho espacio vacío para que cada persona puede imaginar o plasmar el “yi” de cada paisaje tal como ella lo percibe o vive (Ojeda, 2005, p. 2).

Ya en el ámbito de la pintura y desde el inmenso aporte que esta expresión artística hace a la génesis del paisaje, encontramos a Zong Bing (375-443), pintor que hace la primera contribución teórica con el tratado denominado “Introducción a la Pintura del Paisaje”; nos encontramos con uno de los más importantes principios en los que se revela la ambivalencia del paisaje como un hecho que “...concierna a lo visible pero también a lo invisible. A lo material pero también a lo espiritual. Es esta ambivalencia lo que es esencial, y lo que hace la realidad del paisaje” (Berque, 2009, p. 85).

Tenemos en consecuencia tres periodos claves para el desarrollo de la pintura del paisaje y del pensamiento que se genera en torno a ella: el primero, denominado clásico, estuvo ligado a la llegada de la dinastía Tang, a la

reunificación de China y a un tiempo de esplendor que se concreta en todas las expresiones del arte; el segundo, de carácter intermedio, denominado de las Cinco Dinastías, fue crucial para su maduración; y el tercero, que se asocia con el advenimiento de la dinastía Song, al que puede dársele el calificativo de edad de oro de esta expresión artística al convertirse en depositario de la herencia de los artistas de las etapas anteriores, y por llevar a la pintura China a un grado de esplendor y de auge creativo comparable con la del Quattrocento italiano.

Igualmente, este proceso con sus altibajos estuvo mediado por un continuo desarrollo de la pintura, en el que se concretan dos corrientes: la religiosa constituida inicialmente por las obras que se inspiran en el taoísmo y, posteriormente, en el budismo; y otra de tipo profano que aunque alejada de lo religioso, también desarrolla una espiritualidad.

Así, en la dinastía Tang nos encontramos con tres tendencias artísticas claramente definidas y relacionadas con las tres formas de pensamiento: la realista asociada al confucianismo, la expresionista al taoísmo y la impresionista al budismo. En el realismo aparecen maestros como Li Sixun (651-716) y su hijo Li Zhao Dao (730-760) dedicados a la pintura detallada de los paisajes y creadores de las denominadas “pinturas de paisaje azul y verde” (Imagen 117).

Imagen 117. Pintura de Li Zhao Dao.

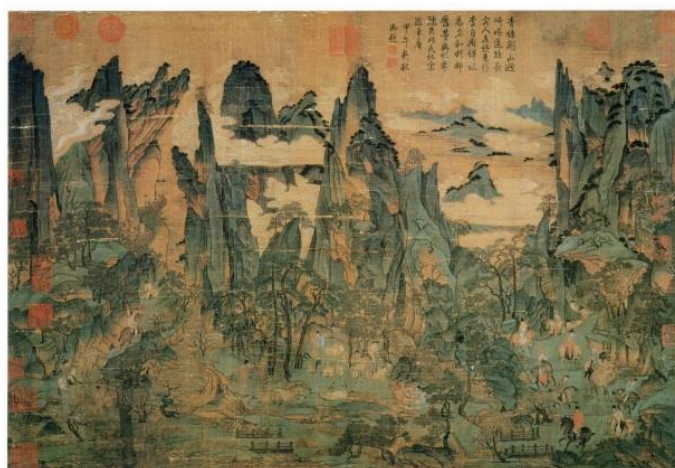


Imagen 117. Pintura de Li Zhao Dao. Fuente:
http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Li_Zhao_Dao_Tang_Ming_Huang_to_Shu.jpg

Como pintor representativo de la tendencia expresionista tenemos al maestro Wu Daozi (701-792), quien dedicó su obra a la elaboración de retratos, de paisajes, y a la decoración de templos y monasterios taoístas y budistas; su pincelada basada en la utilización de tinta y aguada se destacó por tener un trazo vigoroso, rítmico y contrastado, así como por el desarrollo del denominado efecto tridimensional, al que daba forma quebrando el contorno de las figuras que hacían parte de sus obras (Imagen 118). Aparecen también en esta tradición expresionista pintores como Lu Lengjia, el discípulo más connotado de Wu Daozi, y Wang Xia quien se destaca por haber introducido la técnica de la “tinta salpicada”.

Imagen 118. Los Ochenta y Siete Inmortales de Wu Daozi.



Imagen 118. Los Ochenta y Siete Inmortales de Wu Daozi. Fuente: <http://www.chinaonlinemuseum.com/painting-wu-daozi.php>

Por su parte, en la tendencia impresionista se debe hacer énfasis en el importante papel desempeñado por Wang Wei (699-759), pintor, poeta, músico y calígrafo que introduce una técnica con la que logra diferenciar las tonalidades y múltiples matices que definen los paisajes, tomando como punto de partida la aplicación de suaves pinceladas de tinta y aguada lo mismo que Wu Daozi, con las que acentuaba el efecto de profundidad de los diferentes planos que intervenían en sus composiciones (Imagen 119).

Imagen 119. La Cordillera de Wang Wei.

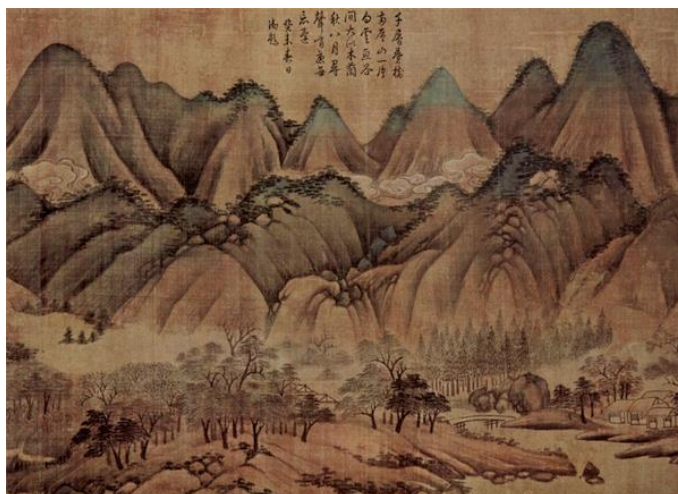


Imagen 119. La Cordillera de Wang Wei. Fuente: <http://harpers.org/blog/2009/11/wang-weis-farewell/>

Un hecho notable en Wang Wei, es que después de haber estado dedicado gran parte de su vida a la función pública, llegando incluso a ocupar el cargo de ministro, asume después de la muerte de su esposa una vida de retiro en las montañas de Shanxi, la cual conjuntamente con la ferviente práctica del budismo, le permite alcanzar profundos estados de meditación que le servían de puente para entrar en contacto con la naturaleza y con la vibración que producían los elementos que la integraban. Así llegó a plasmar en su pintura las más profundas intuiciones, al tiempo que elevadas visiones originadas del contraste entre su rico mundo interior y los paisajes presentes en su alrededor.

En cuanto al periodo de las Cinco Dinastías, este se caracterizó por haber dado lugar a una zaga de importantes artistas que se encargaron de definir el curso de la pintura del paisaje en China, por medio “...de la representación de paisajes grandiosos o místicos, expresan el misterio del universo y del deseo humano, e inauguran así la gran tradición paisajista, que se convertirá, como se sabe, en la principal corriente de la pintura china” (Cheng, 2004, p. 21).

Como representantes de esta tradición pictórica, se deben referenciar pintores de la talla de Jing Hao (855-915), quien al igual que otros artistas de la Dinastía Tang como Wang Wei, dedicó gran parte de su vida al retiro y a la contemplación de la naturaleza —en su caso, en la región montañosa de Taihang

caracterizada por sus picos y bosques de niebla—, esto en principio como una reacción a la agitación política de su época; además de contribuir con la teoría de la pintura que se realiza de manera posterior a su trabajo con el tratado denominado “Notas sobre el Método del Pincel”, su obra tuvo como principal característica la representación de paisajes en los que de manera muy precisa plasmó, mediante lavados de tinta, la profundidad y la perspectiva de las afectaciones causadas por la atmósfera (Imagen 120).

Otro pintor representativo de este periodo es Guan Tong (activo entre 907-923), alumno de Jing Hao, quien pasa muchos años con él experimentando diferentes modos de pintar los paisajes y profundizando en diversas teorías que lo llevan a trabajar en temas como las estaciones, los animales y la figura humana (Imagen 121). Además, deben tenerse en cuenta artistas como Li Cheng (919-967) (Imagen 122) y Fang Kuan (activo entre 990-1030), quienes con los anteriores conforman el grupo de los llamados pintores panorámicos del siglo X; como importantes exponentes de la pintura del paisaje de las Cinco Dinastías del sur se tienen a Dong Yuan (activo entre 932-976) (Imagen 123) y a su discípulo Juran (activo entre 960-980), quienes fundan el estilo de pintura de paisaje del sur denominado “estilo paisajístico Jiangan”.

Imagen 120. Viajeros en Montes Nevados de Jing Hao. Imagen 121. Viajando en las Montañas de Guan Tong. Imagen 122. Templo Budista en la Montaña de Li Cheng. Imagen 123. Pintura de Dong Yuang



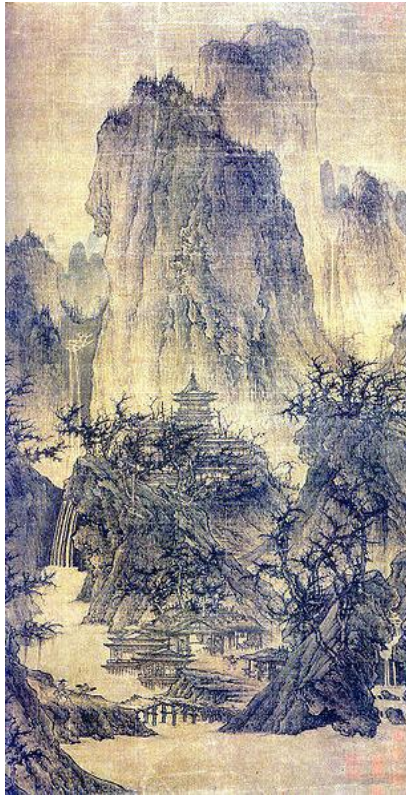


Imagen 120. Viajeros en Montes Nevados de Jing Hao. Imagen 121. Viajando en las Montañas de Guan Tong. Imagen 122. Templo Budista en la Montaña de Li Cheng. Imagen 123. Pintura de Dong Yuang. Fuentes: <http://www.adevaherranz.es/ARTE/UNIVERSAL/EDAD%20ANTIGUA/CHINA/PINTURA/Art%20PIN%20X%20CINCO%20DIDASTIAS%20Jing%20Hao%20Viajeros%20en%20montes%20nevados%20seda%20Nelson%20Athins%20M%20Kansas%20City.gif> - <http://www.chinaonlinemuseum.com/painting-guan-tong-traveling-in-mountains.php> - http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Li_Cheng_Buddhist_Temple_in_Mountain_All.jpg - <http://snobs.foroactivo.com/t19-dong-yuang>

Posteriormente, se encuentra el periodo que enmarca la dinastía de los Song, en cuyos inicios se desarrolla la figura de la Academia de Pintura destacándose en el norte la Academia de Xuanhe y en el sur la de Shaoxing. Esta institución que nace a la sombra de los emperadores de ambos lados del territorio chino, tiene como propósito amparar la actividad de los artistas de los vaivenes de la geopolítica y, particularmente, brindar las condiciones para el estudio de las técnicas provenientes de los Tang y de las Cinco Dinastías; igualmente, buscaba promover el desarrollo de nuevas propuestas así como impulsar la ampliación del repertorio hacia temáticas no abordadas hasta el momento.

Es preciso destacar entre una pléyade de brillantes artistas que surgen de las academias del norte y del sur, dentro de un momento que se considera definitivo para el desarrollo de la pintura del paisaje, la obra de autores como Mi

Fu (1051-1107) quien además de haber sido un brillante pintor fue ilustre calígrafo, y de Mi Youren (1072-1151), su hijo (Imagen 124): “Con sus creaciones, estos dos artistas contribuirán de manera singular a enriquecer la pintura china: introductores de la técnica de las «manchas superpuestas» y de los «puntos difuminados», sabrán utilizar en sus cuadros, con excepcional talento, la dinámica del vacío” (Cheng, 2004, p. 24).

Imagen 124. Montañas nubladas de Mi Youren.



Imagen 124. Montañas nubladas de Mi Youren. Fuente: <http://www.metmuseum.org/toah/works-of-art/1973.121.1>

Opuesta a esta corriente de artistas al servicio de las cortes que significó en muchos casos la pintura académica, surge una tendencia conformada por pintores letrados que gozaban de una gran erudición y que producen una obra culta, al margen de los intereses del establecimiento.

Esta pintura de letrados denominada “werenhua”, tiene origen en los trabajos del poeta, calígrafo y pintor Su Shih (1037-1101), conocido también como Su Dongpo, y en Mi Fu mencionado anteriormente. Estos, al igual que muchos de los poetas y pintores antiguos que exaltaron en sus obras el paisaje, practicaron el retiro o “yindun”, lo que les permitió alcanzar altos grados de compenetración con la naturaleza y expresar utilizando imágenes tomadas del medio natural, estados profundos del alma. En este sentido, el escritor François Cheng, refiriéndose a Su Dongpo, anota lo siguiente:

Él y algunos más, entre ellos Huang Tingjian y Mi Fu, acreditarán la práctica, tan específica de la pintura china, de inscribir poemas dentro del espacio en blanco del cuadro.

Esta práctica buscaba originalmente metamorfosear la pintura en un arte de alguna manera más completo, que combinara la calidad plástica de la imagen y la

calidad musical de los versos: o sea, más profundamente, dimensión espacial y dimensión temporal (2004, p. 30).

Queda claro cómo el gran lapso de tiempo que comprenden la dinastía Tang, las Cinco Dinastías y la dinastía Song, estuvo marcado por una intensa actividad artística que impulsó el proceso de maduración de la pintura del paisaje, la cual como se ha podido observar, termina convirtiéndose en la vertiente dominante de la actividad pictórica china.

Igualmente, se confirma cómo esta sociedad, la primera a la que puede dársele plenamente el calificativo de paisajera, pudo dilucidar las fuerzas visibles e invisibles que definen y gobiernan los paisajes, a través del lente que constituyó la representación pictórica. Para ello, pusieron a confluír poesía, caligrafía, pintura y vacío, en función de dar captura a un universo de intuiciones e imágenes que resultaban de las percepciones obtenidas del retiro y la contemplación.

Sin embargo, en Europa el panorama es diametralmente opuesto al observado en China durante el lapso de tiempo que comprendieron las dinastías Tang y Song, y en el cual tuvo lugar la experiencia ética y estética en torno al origen del paisaje. Como se viene anotando desde páginas atrás, en Europa el periodo comprendido entre el Bajo Imperio y el Renacimiento, constituyó un interregno de casi mil años, en el que las posibilidades de encuentro con el paisaje se desvanecen, no obstante se contaba con todo el acervo cultural y la sensibilidad paisajística que habían desarrollado los romanos, como se precisó anteriormente.

Esto se explica en el surgimiento y adopción de las más importantes doctrinas del cristianismo, las cuales con sus dogmas controlaron las formas de actuar de las gentes y condicionaron el pensamiento de la sociedad durante la Edad Media, hasta cuando siglos después se producen los cambios que introducen al mundo occidental en el Renacimiento. Es el caso de los planteamientos que en los albores de la Edad Media efectúa San Agustín (354-

430), que se convierten en el centro de la más enconada controversia a propósito de las propuestas de su contemporáneo, el monje inglés Pelagio (354-420).

San Agustín advertía sobre la necesidad de alejarse de lo mundano y de mirar hacia sí mismo. Para ello aconsejaba no dejarse llevar por la trampa de los sentidos si se pretendía obtener el favor de Dios y su gracia, y en consecuencia lograr la salvación. “Es, pues, más allá de los sentidos -que comparte con el resto de las criaturas vivientes- donde el hombre debe buscar la verdad divina; esta no se encuentra en el espectáculo del mundo, sino dentro de él mismo” (Citado en Berque, 1997, p. 17). Algo tan contundente ponía a los hombres y mujeres del medioevo en un gran dilema: o ensimismarse en la “mirada interior” o contemplar la belleza de la creación con el costo que ello implicaba, lo que sin duda terminaba inclinando la balanza hacia lo primero.

Pelagio por su parte, con un pensamiento considerado como herético, plantea una perspectiva opuesta a la de San Agustín en la que aboga por el libre albedrío del ser humano, no obstante la pérdida del favor divino y de la gracia. Era enfático en exaltar la perfección y belleza de la creación, posición que marca un fuerte distanciamiento con relación a la espiritualidad mística y que simultáneamente tiende un puente hacia el disfrute de las percepciones provenientes de la realidad, en particular las producidas por el medio natural.

No obstante la teología liberadora de Pelagio, los dogmas de fe sumen a los cristianos en una actitud de rechazo por el disfrute de las percepciones provenientes del mundo material, razón por la cual reprimen las sensaciones causadas por los elementos y por los fenómenos de la naturaleza, así como por la impronta de las actuaciones humanas en la misma, como es el caso de los paisajes que posiblemente se hubieran podido percibir en las comarcas del medio agrario feudal, de no haber sido por la bruma que produjeron la fe ciega y la contemplación de lo sobrenatural.

También otros aspectos de la vida medieval que resultaron afectados por esta negación del mundo y sus placeres, fueron el avance de la ciencia – astronomía, cartografía, ciencias naturales y física, entre otros saberes–, la cual requería de una observación continua y detenida del mundo y sus fenómenos; algo similar sucede con expresiones creativas como la poesía, la pintura, y otras manifestaciones artísticas que requerían para su desarrollo alcanzar estados de contemplación y de encuentro con las sensaciones y emociones, como efectivamente se corrobora con el fenómeno de la pintura china estudiado anteriormente.

De esta manera, la sociedad medieval se ve inmersa durante casi siete siglos en una inercia que finalmente detienen las visiones y obras de un grupo de hombres de fe y artistas, quienes durante la baja Edad Media trazan el camino que conduce al despertar de la sensibilidad que se requería para el descubrimiento del paisaje:

En Occidente, pueden encontrarse unos primeros atisbos de sensibilidad paisajística bastante cercana a la oriental, en tanto en cuanto relacionaba los elementos objetivos de la naturaleza con el espíritu del hombre o de Dios en algunos santos (S. Francisco de Asís, S. Buenaventura) y pintores medievales italianos (Giotto, Lorenzetti), inmersos en unos planteamientos religiosos que consideraban a la naturaleza y sus criaturas como la expresión visible del Dios invisible (Ojeda, 2005, p. 3).

En consecuencia, se observa el resurgimiento de antiguas doctrinas como la pelagiana por parte del teólogo y monje francés Pedro Abelardo (1079-1142), quien con sus razonamientos enfrentó los dogmas de la iglesia y la pretendida invisibilización de la belleza del mundo, para lo que se había empleado como método la supresión de los sentidos.

También, dentro de este lento proceso que vive Occidente en pos del surgimiento de la idea del paisaje, tenemos a San Francisco de Asís (1182-1226), quien gracias a los sentidos puede encontrarse con la belleza de la creación divina, la cual no obstante estar plasmada en la naturaleza y al alcance de todos,

le había sido negada por generaciones a las gentes del mundo medieval, correspondiéndole la misión de revelárselas.

La vista, el tacto, el oído y el olfato se convierten así en los medios a través de los cuales San Francisco de Asís establece contacto con un universo de sensaciones inéditas para los hombres y mujeres del medioevo, logrando transmitir las en un tono vibrante en el “Cántico del Hermano Sol o Alabanza de las Criaturas”, del que extraemos las loas donde canta a los cuatro elementos:

6Loado seas, mi Señor, por el hermano viento,
y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.

7Loado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.

8Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y él es bello y alegre y robusto y fuerte.

9Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba (Directorio Franciscano, 2015).

De otra parte, San Buenaventura (1221-1274) logra acercar la ortodoxia del pensamiento medieval al descubrimiento de la existencia de Dios a través de la naturaleza, hecho hasta ese momento posible solo por medio de la mirada interior. Según este doctor de la iglesia, el conocimiento de Dios se podía alcanzar gracias al conocimiento sensitivo, a esa luz inferior que permitía a las almas entrar en contacto con Dios por medio de las cosas creadas:

...San Buenaventura enseña que conocemos a Dios por medio de las criaturas (Deus qui est Artifex et causa creaturae, per ipsam cognoscitur), que son sus efectos: que Dios no puede ser conocido por nuestro entendimiento en su propia espiritualidad o pureza, necesitando el alma conocerle en una luz inferior y quasi material, es decir, por medio de las cosas creadas (González, 1886, párr. 10).

Asimismo, en la pintura se producen transformaciones que auguran los profundos cambios que experimentaría el rumbo de la historia medieval, como por ejemplo la introducción de la naturaleza –todavía con rasgos muy esquemáticos–

definiendo el marco y el fondo de escenas y de personajes de pasajes bíblicos, llegando a constituir conjuntos plenos de adoración por medio de lo creado al Dios ininteligible.

Esto se puede comprobar en la obra de Giotto (1266-1333), particularmente en la Huida de Egipto (Imagen 125), en la que el paisaje empieza a ocupar un lugar preponderante dentro del formato de la pintura, al punto que la montaña central respalda con su forma la presencia protagonista de la Virgen y el Niño, ubicados también sobre el eje de la composición; además, se puede observar la intencionalidad simbólica de la presencia de algunos elementos, como sucede con el árbol de olivo al constituir una señal inconfundible de la Pasión.

Imagen 125. La Huida de Egipto.



Imagen 125. La Huida de Egipto, de Giotto. Fuente: <http://arguments.es/arte/portfolio/la-huida-a-egipto-giotto-1305/>

Otro hecho significativo en el arte pictórico del momento, lo constituye la obra denominada “Efectos del Buen Gobierno en el Campo”, de Ambrogio Lorenzitti (1290-1348), en la que el paisaje pasa de constituir el telón de fondo como sucede en la anterior pintura de Giotto, a tomar un carácter protagonista brindando la estructura de los diferentes planos y elementos que intervienen en la composición (Imagen 126).

Imagen 126. Efectos del buen Gobierno en el campo.



Imagen 126. Efectos del Buen Gobierno en el Campo de Ambrogio Lorenzetti. Fuente: <http://www.theartwolf.com/landscapes/ambrogio-lorenzetti-buen-gobierno.htm>

Un aspecto que se debe entrar a resaltar en esta pintura, es cómo a pesar de que Lorenzetti no dispusiese de la técnica de la perspectiva –que se perfeccionará en el Quattrocento–, lograrse provocar el efecto de profundidad recurriendo a la variación cromática y tonal de los planos, así como a la gradación en tamaño de la figuras que constituyen el paisaje en esta comarca medieval, dotando la composición en su conjunto de un gran realismo y de la fascinación que incita al espectador a formar parte del cuadro, como efectivamente sucedió con la pintura china en el momento en que esta civilización tiene su encuentro con el paisaje:

El pintor busca crear un espacio mediúmnico donde el hombre se une a la corriente vital; más que un objeto que ha de ser mirado, el cuadro ha de ser vivido. La perspectiva doble de la que acabamos de hablar traduce el deseo del artista chino de vivir la esencia de todas las cosas del universo, y, a través de ello, realizarse. El gran pintor Guo Xi, de los Song, dice:

Hay paisajes pintados que atravesamos o que contemplamos; otros en los que podemos pasear; otros también en los que quisiéramos permanecer o vivir. Todos esos paisajes logran el grado de excelencia. No obstante, aquellos en los que quisiéramos vivir son superiores a los demás (Cheng, 2004, pp. 175-176).

Nos ponemos entonces en perspectiva de comprender por qué la pintura occidental un siglo después de la obra de Giotto y Lorenzetti, alcanza la madurez y niveles expresivos comparables con los de su homóloga china en tiempos de la dinastía Song, cuando esta llega a su más alto nivel creativo; además, esta serie de hechos permiten entender por qué la pintura se convierte en el vehículo que

conduce a Europa al descubrimiento del paisaje y a ser uno de los motores de la revolución artística del Quattrocento.

Es importante agregar cómo la apertura de conciencia que se produce frente al mundo y sus fenómenos y que se ve reflejada en las doctrinas del pensamiento teológico y filosófico del siglo XIII, al igual que en la propuesta de los pintores del siglo XIV, se suma al ascenso en el año 1336 del escritor Francesco Petrarca (1304-1374) al Mont Ventoux (Monte Ventoso) en la región de Provenza, al sureste de Francia, así como el escrito en que este consigna las reflexiones derivadas de tal experiencia, y que según muchos autores, constituye el acta donde se plasman las primeras impresiones sobre el paisaje en el mundo occidental.

Este periplo de Petrarca, de acuerdo con sus propias palabras, nace de la curiosidad de contemplar desde lo alto la geografía próxima al Monte Ventoso, y que podríamos pensar estuvo dirigido a recorrer y a describir sus geoformas, así como a narrar las percepciones causadas por los parajes existentes en las empinadas laderas; vemos más bien cómo se torna en una narración de tipo metafórico en la que se plasman las impresiones de lo que sucede en la conciencia del escritor como resultado de sus conflictos morales y religiosos, y de una vida mundana a la que nunca pudo renunciar.

De esta forma, el ascenso se convierte en un medio de expiación, en una forma de alejamiento del mundo que quedaba bajo sus pies y en el camino tortuoso que se debe recorrer en pos de la gracia, teniendo como premio en lo más alto la salvación. En este sentido, se debe tener presente la profunda influencia de San Agustín en la vida del literato, que se manifiesta en la lectura que hace de un aparte de las Confesiones al llegar a la cima del monte y frente a lo cual Petrarca escribe: "Saciado y contento de haber visto el monte, dirigí hacia mí mismo los ojos del alma" (Citado en Maderuelo, 2006, p. 85), palabras que confirman cómo la doctrina agustiniana alejaba la búsqueda de Dios de la belleza que él mismo había plasmado en su creación:

Sin embargo, en la interpretación que hace Petrarca encontramos el germen de lo que será la irreversible ascensión del paisaje en nuestra cultura. Hay en el texto una frase que, a pesar de su carácter moralista, nos pone en la pista de cómo será entendido el paisaje y de su interés; esta frase dice: «dirigí hacia mí mismo los ojos del alma», es decir, interioricé lo visto. Siguiendo la filosofía neoplatónica en la que se mueven los primeros renacentistas podríamos interpretarlo como: iluminé lo visto con los ojos interiores del alma.

Aquí reside realmente la idea de lo que es un paisaje, ya que es necesaria una suerte de luz interior para contemplarlo, porque el paisaje no es el conjunto de accidentes geográficos, construcciones geológicas y sucesivos mantos de vegetación que nos rodean, sino la interpretación sensible, la interiorización personal que nosotros podemos hacer de esos panoramas que se ofrecen a la vista. Porque el paisaje es el resultado de la proyección emocional sobre el medio, del juicio estético desinteresado de los valores que nos producen agrado o rechazo (Maderuelo, 2006, p. 87).

Observamos entonces cómo esa luz interior a la que se refiere Maderuelo no es más que el conocimiento sensitivo que definía San Buenaventura, el cual permite que podamos acercarnos al disfrute de la creación reflejada en los paisajes.

Llega por consiguiente el final del medioevo dejando estas importantes primicias paisajísticas en el pensamiento teológico –filosófico, en la pintura y en la literatura, aportando la base sobre la que se afianza la idea del paisaje en el Renacimiento y, en general, en la cultura Occidental, algo que puede compararse con lo que sucede en China cuando la literatura, y en particular la poesía, se encarga de generar las primeras bases para el ascenso del concepto de paisaje en esta sociedad. Sin embargo, a Europa todavía le faltaría para ser una sociedad paisajera, cosa que China logra con creces si pasamos su proceso entre las dinastías Tang y Song por el tamiz de los criterios del geógrafo Augustin Berque. En este sentido, el filósofo Alain Roger plantea lo siguiente, refiriéndose a la sociedad europea medieval:

Si retomamos los cuatro criterios de Berque, constatamos que, en efecto, únicamente el último se confirma a través del -jardín cerrado- (hortus conclusus), del claustro. Pero falta la palabra «paisaje» y el arte pictórico no ofrece, estrictamente hablando, ninguna representación paisajística hasta el Siglo XIV (2008, pp. 69-70).

Llega el siglo XV con todo el acervo cultural que hereda de la baja Edad Media, periodo que como pudimos observar, sirvió para que se produjeran las condiciones para el advenimiento del paisaje y como un espacio de transición con relación a los trascendentales cambios que se darían durante el Renacimiento en la teología, en las artes y de manera particular, en la pintura, como expresión artística en la que quedaron plasmados los avances del concepto de paisaje y de la sensibilidad que desarrolló la sociedad europea en torno al disfrute de la belleza de los lugares.

También, este tiempo sirve para que se generen trascendentales cambios en los campos de la geopolítica, del urbanismo y de la arquitectura, entre otros; sin embargo, debe hacerse especial énfasis en lo que sucede al interior del pensamiento filosófico y de la ciencia, ya que los avances en estos ámbitos indican un nuevo rumbo para la forma como el ser humano se seguiría relacionando con el mundo y con la explicación de sus fenómenos.

En este orden de ideas, se observa cómo la doctrina de Pelagio, relacionada con el libre albedrío del ser humano y con la búsqueda de la verdad en la perfección y belleza de la creación, impacta en la obra del literato, monje y doctor en teología Erasmo de Rotterdam (1446-1536), llevándolo a centrar parte de su discurso en el deber del creyente con relación al uso adecuado de su libertad, y con la necesidad de que este tenga una experiencia de vida en torno a una fe genuina, postura que se refleja en su primera obra denominada “Manual del Caballero Cristiano”, y que más adelante se ratifica en libro “Sobre el Libre Albedrío”: “...en el que se opone a la sumisión del albedrío humano a la voluntad divina, defendiendo la existencia y potencia del albedrío y poniendo de relieve el «poder de la voluntad humana», lo que supone una minimización del poder de la «Gracia»” (Maderuelo, 2006, p. 74).

Es así como frente a estos planteamientos de Erasmo de Rotterdam, no se deja esperar la réplica del teólogo Martín Lutero (1483-1543) en el libro “Sobre el Esclavo Albedrío”, en el que plantea que la salvación solo puede lograrse por la

gracia y la fe provenientes de Dios, y nunca sobre la base que provee el libre albedrío humano; finalmente y debido a su posición neutral, Erasmo de Rotterdam queda ubicado en medio de la controversia que se da entre reformistas y católicos, razón por la cual se convierte en el blanco de las críticas de ambos lados, al este no sumarse a sus causas.

No obstante los anteriores hechos, el aporte de Erasmo de Rotterdam a la renovación del cristianismo es altamente significativo, lo mismo que su contribución al afianzamiento de la sensibilidad paisajística que se desarrolla durante el Renacimiento, debido a que exhorta a las gentes a que se adhieran a sus ideas, a hacer uso pleno de su libertad, librándolos de las ataduras que les impedían el disfrute de los placeres del mundo y, por consiguiente, la contemplación y deleite causados por la amenidad de los lugares.

1.3.2. Paisaje y modernidad occidental

Los anteriores idearios sumados a los antecedentes del pensamiento teológico de la baja Edad Media y a las primicias paisajísticas que tienen lugar en la pintura durante esa misma época, constituyen el soporte para que en el siglo XV, en Flandes y los Países Bajos, tenga lugar la génesis del paisaje, no a la manera que se diera en China un milenio antes por medio del puente que estableció la poesía, sino a través del canal de percepción que construyó la pintura.

Tenemos entonces a los pioneros de la pintura flamenca Robert Campin (1375-1444), Jan Van Eyck (1390-1441) y Rogier Van Der Weyden (1400-1464), cuya producción pictórica puede relacionarse inicialmente con el estado que alcanzó la pintura italiana del siglo XIV en trabajos como “La Huida de Egipto” de Giotto, pero ya con la particularidad de que estos artistas en sus obras desarrollan en torno a episodios de la Biblia, paisajes plenos de detalle (Imágenes 127, 128 y 129), comparables con el paisaje que propone Ambrogio Lorenzetti en los “Efectos del Buen Gobierno en el Campo”, incorporando además el uso de la

perspectiva como un aporte técnico que permitió perfeccionar el efecto de profundidad y su realismo.

Imagen 127. Adoración de los Pastores. Imagen 128. El Cordero de Dios. Imagen 129. Lamentación y entierro de Cristo.

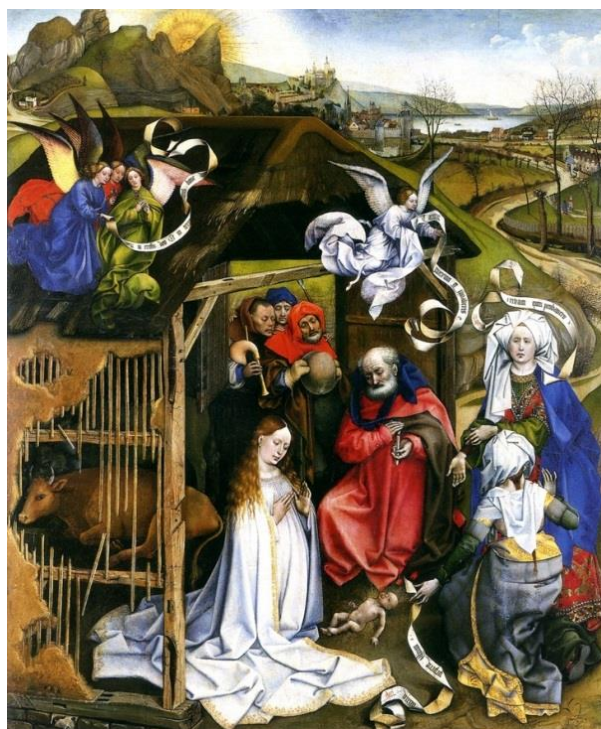




Imagen 127. Adoración de los Pastores, de Robert Campin. Imagen 128. El Cordero de Dios, de Jan van Eyck. Imagen 129. Lamentación y entierro de Cristo, de Rogier van der Weyden. Fuentes:
<https://www.pinterest.com/pin/398146423278904436/> - http://static.artbible.info/large/lam_gods.jpg -
http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/6/69/Rogier_van_der_Weyden_013.1.jpg

El paso decisivo, sin embargo, es la aparición de la ventana, esta *vedutta* interior del cuadro que lo abre al exterior. Este hallazgo flamenco representa ni más ni menos que la invención del paisaje occidental. La ventana es, efectivamente, el marco que, al aislar al país en el cuadro, lo convierte en paisaje. En este sentido, es muy probable que la primera significación de la palabra «paisaje» –*landschap*, literalmente, ‘trozo de país’ en neerlandés–, aparecida en la segunda mitad del siglo xv, designara esta porción de espacio delimitada por la ventana pictórica. En cualquier caso, ahora sí se reúnen las dos condiciones que acabo de mencionar: laicización y unificación. Será suficiente con dilatarla hasta los extremos del cuadro, donde está todavía inserta como una miniatura –*La Madona con pantalla de mimbre* de Robert Campin (hacia 1420)– cada vez menos discreta –*Virgen del canciller Rolin*, de Van Eyck (1433)– para obtener el primer paisaje occidental. De ahí concluyo que éste entró en la historia por la puerta pequeña o, para ser más precisos, por la ventana pequeña (Roger, 2008, pp. 71-72).

De esta forma, la pintura flamenca adopta la ventana como el recurso que sirve para introducir el paisaje en la pintura renacentista, y que a la vez permite que este gane preponderancia hasta el punto de convertirse en el elemento estructural sobre el que se llegó a soportar la propuesta pictórica de este momento (Imagen 130).

Imagen 130. Virgen con Pantalla de Mimbre.



Imagen 130. Virgen con Pantalla de Mimbre, de Robert Campin. Fuente: <https://www.pinterest.com/pin/398146423278904474/>

Igualmente, la introducción de la ventana en los espacios interiores que habían sido muy utilizados para ambientar la pintura medieval, significó el comienzo de un proceso de secularización del arte pictórico, en que el protagonismo de la representación se descentra del relato bíblico hacia el desarrollo de escenas propias de la vida burguesa que caracterizó este momento de la producción artística en Flandes y los Países Bajos (Imágenes 131 y 132). En ellas se incorporaban personajes de la historia sagrada o santos cuya relevancia dentro de las composiciones fue disminuyendo frente a la fuerza de los paisajes que empezaron a filtrarse a través de las ventanas (Imágenes 133 y 134), y finalmente se toman la totalidad de los formatos para dar inicio a la tradición paisajística propiamente dicha y al canto profano que significó la captura plena de los paisajes, con sus cotidianidades y su belleza (Imagen 135).

Imagen 131. Virgen del Canciller Rolin.
Imagen 132. San Lucas dibujando a la Virgen.



Imagen 133. Tríptico con la Anunciación, conocido como el "Retablo Merode" - José (detalle). Imagen 134. El Tríptico de Werl.



Imagen 135. Huida de Egipto.



Imagen 131. Virgen del Canciller Rolin de Jan van Eyck. Imagen 132. San Lucas dibujando a la Virgen de Rogier van der Weyden. Imagen 133. Tríptico con la Anunciación, conocido como el "Retablo Merode" - José (detalle) de Robert Campin. Imagen 134. El Tríptico de Werl de Robert Campin – Santa Barbara (detalle). Imagen 135. Huida de Egipto

de Joachim Patinir. Fuentes: <http://www.ibiblio.org/wm/paint/auth/eyck/rolin.jpg> -
https://quattrocento.files.wordpress.com/2010/04/weiden_madonna_1440.jpg -
<https://www.pinterest.com/pin/398146423278904565/> -
http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/1/19/The_Werl_Altarpiece_Saint_Barbara.jpg -
<http://www.abretelibro.com/foro/viewtopic.php?t=16139>

De esta forma, los paisajes dejan de ser los telones de fondo sobre los que se superponían escenas de diferente naturaleza, o imágenes que se inscribían en las ventanas de los espacios interiores, para pasar a convertirse en escenarios en los que simultáneamente se captan diferentes sucesos de un “trozo de país”, como se puede comprobar al observar “La Huida de Egipto” (Imagen 135) o en el “Paisaje con San Jerónimo” (Imagen 136), ambas pinturas de Joachim Patinir (1480-1524), en las que José y María con Jesús en el asno o San Jerónimo ubicados en primeros planos, con tamaños que los hacen parte del relato y con un rol que puede calificarse de discreto, pasan casi que a fundirse con el resto de acontecimientos que sucede en las obras.

Imagen 136. Paisaje con San Jerónimo.



Imagen 136. Paisaje con San Jerónimo de Joachim Patinir. Fuente: <https://silverandexact.files.wordpress.com/2010/08/landscape-with-st-jerome-joachim-patinir-1524.jpg>

Algo diferente empieza a pasar en pinturas como “Los Cazadores en la Nieve”, “La Cosecha” o “País Nevado” (Imágenes 137, 138 y 139) de Pieter Bruegel El Viejo (1525-1569), en las que se prescinde del episodio sagrado para pasar a la narración de los hechos que suceden en el mundo, de ese mosaico de lo profano que compone la cotidianidad de los “países” y que el ojo, la sensibilidad y el talento del pintor revelan a la mirada como paisaje.

Imagen 137. Los Cazadores en la Nieve. Imagen 138. La Cosecha.
Imagen 139. País nevado.



Imagen 137. Los Cazadores en la Nieve de Pieter Bruegel el Viejo. Imagen 138. La Cosecha de Pieter Bruegel el Viejo. Imagen 139. País nevado de Pieter Bruegel el Viejo. Fuentes:
[http://en.wikipedia.org/wiki/Little_Ice_Age#/media/File:Pieter_Bruegel_the_Elder_-_Hunters_in_the_Snow_\(Winter\)_-_Google_Art_Project.jpg](http://en.wikipedia.org/wiki/Little_Ice_Age#/media/File:Pieter_Bruegel_the_Elder_-_Hunters_in_the_Snow_(Winter)_-_Google_Art_Project.jpg) - <http://www.aristas.org/aristasdelcorazon/files/2011/12/pasnevadocopiadebrueghehu7.jpg> - [http://es.wikipedia.org/wiki/La_cosecha_\(Bruegel\)#/media/File:Pieter_Bruegel_the_Elder_-_The_Harvesters_-_Google_Art_Project.jpg](http://es.wikipedia.org/wiki/La_cosecha_(Bruegel)#/media/File:Pieter_Bruegel_the_Elder_-_The_Harvesters_-_Google_Art_Project.jpg)

Hegel, en sus impagables lecciones de estética, atribuyó ese descubrimiento y creación holandesa al espíritu burgués de esa nación, entregada al comercio y a la producción sin grandes pretensiones políticas ni espirituales: por ello en su pintura aparece la prosa de la vida, la accidentalidad y objetividad de lo cotidiano,

en lugar de los grandes temas religiosos, históricos o mitológicos. Junto a sus interiores burgueses, a los retratos de familia, comerciales o los paisajes urbanos, aparecen los paisajes naturales representados por sí mismos, no porque sean el escenario de los grandes acontecimientos mitológicos, religiosos, históricos o políticos... (Kessler, 2000, p. 76).

Queda claro por qué la idea del paisaje surge en medio de una sociedad secularizada, cuya visión del mundo se encontraba mediada por intereses que estaban más próximos a la experiencia de la vida que a las elevadas búsquedas que caracterizaron el medioevo, lo cual se ve reflejado en las escenas de la cotidianidad que plasmaron para la posteridad pintores como Peter Paul Rubens (1577-1640) o Nicolás Poussin (1594- 1665). De este modo, los episodios de la vida que transcurrían en medio del campo o de la ciudad, cada mirada que se producía hacia los contextos natural o urbano, o hacia las periferias de pueblos y ciudades, podía ser motivo para producir una pintura, debido a que ya no eran indispensables los grandes temas que habían inspirado la producción pictórica precedente (Imágenes 140, 141, 142 y 143). Así, el paisaje que se pinta y "...que se instala en la mirada del siglo XVI es el campo, un entorno amable, vecino de la ciudad, valorizado y domesticado primero por la pintura flamenca y después por la italiana y también ensalzado por la literatura..." (Roger, 2008, pp. 71-72).

Imagen 140. Paisaje de Otoño con Het Steen. Imagen 141. La Granja en Laken. Imagen 142. Las cuatro estaciones: verano, o Ruth y Boaz.
Imagen 143. Paisaje Pastoral.





Imagen 140. Paisaje de Otoño con Het Steen de Peter Paul Rubens. Imagen 141. La Granja en Laken de Peter Paul Rubens. Imagen 142. Las cuatro estaciones: Verano, o Ruth y Boaz de Nicolas Poussin. Imagen 143. Paisaje Pastoral de Nicolas Poussin. Fuentes: <http://historicphotoimage.com/store/index.php/artists/rubens-peter-paul/rubens-autumn-landscape-with-het-steen-giclee-art-reproduction-on-stretched-canvas.html> - <http://historicphotoimage.com/store/index.php/subjects/farms/rubens-the-farm-at-laken-giclee-art-reproduction-on-stretched-canvas.html> - http://en.wikipedia.org/wiki/Nicolas_Poussin#/media/File:Nicolas_Poussin_043.jpg - [http://en.wikipedia.org/wiki/Nicolas_Poussin#/media/File:Nicolas_Poussin_\(French_-_Landscape_with_a_Calm_-_Google_Art_Project.jpg](http://en.wikipedia.org/wiki/Nicolas_Poussin#/media/File:Nicolas_Poussin_(French_-_Landscape_with_a_Calm_-_Google_Art_Project.jpg)

Nos damos cuenta además de cómo esta búsqueda de los paisajes, este deseo por detener instantes del medio natural transformado por la presencia humana, requirió de una gran sensibilidad y por supuesto de una innegable

conexión con lo espiritual, que hizo de las visiones que plasmaron estos pintores, espectáculos sublimes; los sentidos les permitieron capturar el color con su variedad de cromatismos y tonos –como resultado de la interacción de la luz y de la profundidad de los planos–, lo mismo que las atmósferas y percepciones derivadas de las texturas, de los olores y de los sonidos del campo, pero sin duda fue la mediación de lo espiritual lo que les facilitó el contacto con el profundo sentido de los lugares que pintaron y lo que les permitió descifrar su belleza.

Así, los paisajes de Claudio de Lorena (1600-1682) – pintor de origen francés que desarrolla su obra en Italia – no serían meras representaciones pictóricas de la vida pastoril, sino odas en las que con gran habilidad plasmó los contrastes de la luz y las atmósferas que rodeaban los diferentes episodios de la vida cotidiana de las campiñas que retrató; en sus obras supo condensar la belleza que percibió en la naturaleza y en las obras heredadas de la actividad humana sobre su fisonomía, produciendo paisajes evocadores, plenos de detalle y portadores de una gran serenidad. (Imágenes 144 y 145).

Imagen 144. Amanecer. Imagen 145. La campiña romana.





Imagen 144. Amanecer de Claudio de Lorena. Imagen 145. La campiña romana de Claudio de Lorena. Fuentes:
http://es.wikipedia.org/wiki/Claudio_de_Lorena#/media/File:Amanecer,_1646%E2%80%93Claude_Lorrain.jpg -
http://es.wikipedia.org/wiki/Claudio_de_Lorena#/media/File:La_campi%C3%B1a_romana,1639,_Claude_Lorrain.jpg

Por su parte, Jacob Isaacksz Van Ruisdael (1628-1682), gracias a su genio creativo, logró detener en sus pinturas la armonía y poesía existentes en los paisajes que pintó, siempre caracterizados por los espacios abiertos, el dramatismo, la expresividad de sus cielos y su profundo simbolismo; igualmente, se debe destacar el encuentro de lo urbano con lo rural, tema recurrente en la obra de Ruisdael en el que las vistas de la ciudad desde sus periferias o los campos dominados por el súbito despunte de torres sobre horizontes delineados por tupida vegetación, se convertían en motivos para dar forma a los más vibrantes paisajes y de los que pueden tomarse como ejemplo “Vista panorámica sobre el Amstel mirando hacia Amsterdam” o el “Camino a través de campos maíz cerca de la Zuider Zee” (Imágenes 146 y 147).

Imagen 146. Vista panorámica sobre el Amstel mirando hacia Amsterdam. Imagen 147. Camino a través de campos de maíz cerca de la Zuider Zee.



Imagen 146. Vista panorámica sobre el Amstel mirando hacia Amsterdam de Jacob Isaacksz van Ruysdael. Imagen 147. Camino a través de campos de maíz cerca de la Zuider Zee de Jacob Isaacksz van Ruysdael. Fuentes:
http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Jacob_van_Ruysdael_Hogesluis_Amstel_002.jpg -
http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Jacob_Isaacksz._van_Ruysdael_-_Road_through_Corn_Fields_near_the_Zuider_Zee_-_WGA20492.jpg

Por último, tenemos a Meindert Hobbema (1638-1709), pintor que puede ubicarse como el hito que cierra la tradición que se generó en torno a la pintura del paisaje en Flandes y los Países Bajos, dejando un legado que solo tendría una producción pictórica comparable con los paisajes de los genios del impresionismo Claude Monet (1840-1926) o Camille Pissarro (1830 -1903), y del postimpresionismo Vincent Van Gogh (1853-1890) o Paul Cézanne (1839-1906). Sus composiciones se caracterizaron por la poderosa presencia de la luz, por el contraste cromático y por la permanente presencia de árboles en conjunción con otros elementos propios de los paisajes holandeses como canales, ríos,

estanques, molinos de agua, granjas, pequeños poblados y zonas de suburbio, siempre mediados por la presencia humana y por el realismo que permitieron los detalles de un dibujo espléndidamente elaborado (Imágenes 148 y 149).

Imagen 148. Pueblo junto a la piscina.
Imagen 149. El Callejón en Middelharnis.



Imagen 148. Pueblo junto a la piscina de Meindert Hobbema. Imagen 149. El Callejón en Middelharnis de Meindert Hobbema. Fuentes: <https://visualelsewhere.wordpress.com/tag/hobbema/page/2/> - http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/5/54/Meindert_Hobbema_-_The_Alley_at_Middelharnis_-_WGA11427.jpg

Observamos cómo el proceso de maduración que experimenta la pintura durante el Renacimiento y el indispensable aporte que hace con relación al desarrollo de la sensibilidad paisajística durante este periodo, sucede en paralelo con los grandes avances que se ocasionan en los campos del pensamiento filosófico y de la ciencia –que por ese entonces reafirman su carácter indisociable–, todo como consecuencia de la apertura de conciencia y de la consecuente superación de los obstáculos morales y religiosos que habían

impedido el avance de dichos campos durante el medioevo. Se produce entonces, el impulso a la necesidad de explorar, de observar y de brindar explicaciones sobre los fenómenos que gobiernan la naturaleza y el funcionamiento del universo:

Burckhardt también trató del horizonte histórico de la mentalidad humana en el que hay que entender la experiencia del paisaje: considera los principios de un sentimiento moderno por la naturaleza junto con los principios de la observación científica de la naturaleza. La contemplación estética del paisaje es un acontecimiento que se desarrolla paralelamente a la investigación empírica de la ciencia moderna (Zimmer, 2008, p. 27).

Surgen en consecuencia pensadores de la talla del filósofo y matemático francés Rene Descartes (1596-1650), quien con su “Discurso del Método” y por medio de la duda metódica puso en tela de juicio el conocimiento producido hasta ese momento; también publica las “Meditaciones Metafísicas”, obra en la que se centró en demostrar la existencia y perfección de Dios. Igualmente, desarrolla el concepto de sustancia, que divide en sustancia pensante o *res cogitans* cuyo atributo es el pensamiento, y en sustancia física o *res extensa* cuyo atributo es el espacio, lo que da origen al “Dualismo Cartesiano” que consagra la separación entre un mundo percibido por la sensibilidad humana donde encaja perfectamente la contemplación del paisaje, y una mirada objetiva en la que se fundamenta el conocimiento científico.

Adicionalmente, se reconoce cómo la obra de Descartes impacta las propuestas de importantes filósofos de su época como Gottfried Leibniz (1646-1716), Baruch Spinoza (1632-1677), Thomas Hobbes (1578-1679) y John Locke (1632-1704). Otro filósofo del momento que se debe destacar es Francis Bacon (1561-1626), quien con su método inductivo hace un aporte de gran valor al desarrollo de las ciencias naturales.

Del mismo modo, la apertura de pensamiento que producen los nuevos principios filosóficos e idearios del Renacimiento tiene como efecto que un sector considerable de la sociedad conformado por letrados e intelectuales, encuentre la respuesta a muchos de sus interrogantes en la ciencia, situación que tiene que

tiene que ver con el avance que presentan este momento de la historia universal, la geografía, la física, las matemáticas, la astronomía, la biología y la botánica, entre otros saberes.

Para ello, recurrieron al estudio de los sabios de la antigüedad clásica y después a la experimentación y comprobación de sus propias teorías. Así, el geógrafo Paolo Toscanelli (1397-1482), teniendo como base a Aristóteles y Ptolomeo insiste en la redondez de la tierra, llegando a impactar con su trabajo las hipótesis en que Cristóbal Colón fundamenta el viaje que de manera accidental lo lleva al descubrimiento de América.

Otro importante hombre de ciencia fue el astrónomo Nicolás Copérnico (1473-1543), quien con su sistema astronómico perfeccionó la teoría heliocéntrica de otro antiguo, el griego Aristarco de Samos (310-230 a. C.). Copérnico niega la teoría geocéntrica de Ptolomeo (100-168 d. C.), proponiendo un sistema donde la tierra, al igual que los demás planetas, giraba alrededor del sol, hecho que además de ir en contravía de la teología y de muchos de los principios filosóficos del momento, daba inicio a la secularización de los conceptos bajo los que desde lo racional se pretendiera explicar la relación existente entre el ser humano y la naturaleza.

Otros científicos que retoman el legado de Copérnico son Galileo Galilei (1564-1642), quien al confirmar sus tesis termina enfrentando acusaciones de la Santa Inquisición; asimismo, Galileo trabajó en el campo de la física haciendo los primeros estudios sobre el movimiento, e inventó el “Método Experimental”, fundamental para el avance de la ciencia moderna. Johannes Kepler (1571-1630), influenciado por la obra de Copérnico, estudió las relaciones entre las órbitas de los planetas, al igual que sus trayectorias, y concluyó que no eran circulares sino de tipo elíptico; todo este trabajo sobre astronomía quedó plasmado en su libro “La Nueva Astronomía” del año 1609.

Finalmente, a quien le corresponde cerrar la denominada revolución científica que inicia en el Renacimiento con el trabajo de Copérnico, es a Isaac Newton (1642-1727) con la contribución que principalmente hace desde el campo de la física. Para ello, toma como punto de partida los estudios de Galileo y de Kepler, llegando a establecer las leyes de la dinámica que posteriormente le permiten definir la ley de la gravitación universal, y que en conjunto componen la denominada "física clásica" que logra mantenerse vigente hasta el siglo XX con la promulgación de la teoría de la relatividad por parte de Albert Einstein.

De este modo, si a finales del medioevo la búsqueda de la verdad se desplaza de la mirada interior hacia el encuentro de Dios en la naturaleza, en el Renacimiento esta búsqueda estaría mediada por la mirada que se da a través del pensamiento y de la ciencia. Sin embargo, esta nueva forma de acercarse a la verdad en la modernidad, termina separando lo que durante la baja Edad Media había unido la búsqueda de Dios en la naturaleza en dos realidades: por un lado, en el paisaje que se revela por medio de los sentidos y por el otro en la ciencia que se manifiesta en lo racional y cuantificable (Berque, 1997).

Porque la modernidad europea, aunque paisajista en sus inicios, termina siendo mucho más física. Y si en el Renacimiento el paisaje como objetivación del entorno discurre paralelo al heliocentrismo de Copérnico, a partir del siglo XVII el dualismo cartesiano consagrará la dicotomía hombre-naturaleza y la física moderna se irá centrando en el objeto ("res extensa") y olvidando al sujeto ("res cogitans"). Por último, tras la publicación de la óptica de Newton (1704), el paisaje se queda fuera de la lógica científica que será eminentemente cuantitativa y se irá relacionando con la industria y el mercado a través del utilitarismo y el productivismo. Así pues, el paisaje y el sentimiento de la naturaleza, desde el Romanticismo en adelante, se irán situando cada vez más en la antítesis del movimiento científico moderno (Ojeda, 2003, p. 3).

Llega el siglo XVIII con la Ilustración, momento de la historia occidental que se configura en consecuencia con el pensamiento y con los avances en los campos del arte y del conocimiento del Renacimiento, y que influencia de manera significativa a todo el orbe, en particular al continente americano donde provee el fundamento ideológico que inspira las gestas emancipadoras de las colonias europeas.

Por consiguiente, la Ilustración representó el afinamiento de un tipo de mentalidad que pretendía que la razón fuera aplicada en los diferentes aspectos que comprendía la vida del ser humano, con el propósito de impulsar transformaciones que condujeran hacia el ejercicio pleno de la libertad del individuo, de su desarrollo como parte de un conglomerado social, así como a mejorar sus condiciones económica y cultural.

Por lo tanto, el fenómeno social y cultural que significó la Ilustración tuvo como características principales su proximidad y afinidad con la naturaleza y sus fenómenos, por lo que su prioridad fue profundizar en el conocimiento de las leyes que la gobernaban; igualmente, asumió como principio fundamental el uso de la razón, la cual cumplió con el propósito de ayudar a descifrar los códigos de la naturaleza para actuar en consecuencia con sus principios y de esta manera lograr el progreso de la sociedad.

También la Ilustración se caracterizó por buscar el establecimiento de una sociedad regida por principios de libertad e igualdad, así como por profesar una moral laica donde la razón –más allá de los patrones morales de orden divino– fuera la que obligara al respeto de los derechos de los otros.

La búsqueda de esta nueva realidad y en particular el uso de la razón, produjeron un ser humano culto que estuvo en capacidad no solo de entender los fenómenos de la naturaleza como se observaba anteriormente, sino de llegar a estimar desde el punto de vista estético las expresiones artísticas y demás producciones culturales. Esto además favoreció la apreciación de la belleza que se hallaba implícita en las geoformas y en los paisajes como escenarios naturales modelados por la acumulación de actividades humanas durante diferentes estadios de tiempo. En este sentido, el matemático Mathieu Kessler, refiriéndose al reconocimiento que hace la filosofía durante la Ilustración, en cabeza de filósofos como Burke, Addison, Gerard y Kant al fenómeno cultural que significó la invención del paisaje, dice lo siguiente:

Este fue el gran momento cumbre de la estética de la naturaleza. La tesis central de este momento filosófico es la posibilidad, más allá de toda utilidad y de toda función, de la experiencia estética del paisaje entendida como contemplación desinteresada de esa realidad objetiva; y no sólo del paisaje natural y salvaje, sino también de ese paisaje a veces especialmente alterado por el trabajo humano, en el caso de la campiña -como el Ampurdán o la Toscana-, a veces directamente como parque natural o jardín (2000, p. 77).

Del mismo modo, esta capacidad de vivir los paisajes desde la experiencia estética simbolizó el alto grado de refinamiento que alcanzó la sociedad europea por ese entonces, y que terminó siendo asumido, al igual que otras influencias, por algunos sectores privilegiados del mundo colonial americano.

Con relación a la comprensión de la experiencia estética, es importante resaltar las propuestas que se dan en el campo de la filosofía, como la desarrollada por el alemán Alexander Gottlieb Baumgarten (1714-1762), quien con sus trabajos, en particular con el que denomina “Aesthetica”, se adentra en la resolución de la separación que se produce en el Renacimiento entre el mundo sensible y la razón, a través de la tesis donde definía la estética como la ciencia del conocimiento sensorial y la belleza como su objeto de estudio; asimismo, encontramos el aporte de Immanuel Kant (1724-1804) con “La Crítica del Juicio”, donde aborda el estudio del deleite en lo estético, y estableció en sus planteamientos que la dimensión estética es un componente fundamental de la razón y del ideario de autonomía y libertad característico de la Ilustración. Se observa también la propuesta de Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), quien a comienzos del siglo XIX en sus “Lecciones sobre la Estética”, le dio el carácter a la estética de filosofía del arte (Kessler, 2000).

“La atención científica al paisaje como organización física y como sistema y formación espacial del mundo natural presenta un acercamiento aún más tardío, activo progresivamente desde la Ilustración...” (Martínez, 2009, pp. 105-106), que se concreta en el trabajo de hombres de ciencia como Alexander Von Humboldt (1769-1859), debido a los importantes aportes en relación con el estudio de la geografía, de las especies vegetales y animales, de la geología y del clima,

particularmente en el Nuevo Mundo, y que derivaron de sus viajes por Sur América –actuales Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela –, donde interactuó con personajes como José Celestino Mutis y Bosio (1732-1808), médico y botánico español que fungía como director de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada; Francisco José de Caldas y Tenorio (1768-1816), miembro de la Real Expedición Botánica y director del Observatorio Astronómico de Santafé, y Andrés Bello López (1781-1865) letrado que se convirtió en figura central del humanismo liberal hispanoamericano; además, recorrió el Caribe y México, conjunto de viajes de los que resultó su obra magna “Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente”, constituida por treinta volúmenes y que escribe conjuntamente entre 1816 y 1831 con Aimé Bonpland (1773-1858), quien lo acompaña en esta travesía.

Por último, es importante referirse al encuentro que tiene lugar en París en 1809 entre Humboldt, Bonpland y Simón Bolívar (1783-1830), del que surge una fluida amistad hasta la muerte del Libertador, y que nos enseña la importante conexión que tuvieron los idearios de la Ilustración con el Nuevo Mundo, y con los procesos independentistas que se producen en las colonias hispanoamericanas.

Igualmente, el encuentro de Humboldt con Mutis, Caldas y Bello, esboza las dimensiones del impacto que tiene en la mentalidad de ciertos sectores de la sociedad colonial americana y más adelante de los Estados nacionales que se conforman durante la primera mitad del siglo XIX, esta forma de acercamiento al paisaje racional y metódica característica del pensamiento ilustrado, donde era un imperativo desentrañar el orden de la naturaleza y profundizar en el conocimiento detallado de los sistemas que la conforman:

Al contrario que los ilustrados que se acercaban a la naturaleza con mirada analítica, desde fuera, como espectadores, los románticos la interiorizan, la perciben tamizada por su propia sensibilidad. Es probablemente éste el momento en que la naturaleza tiene una presencia más rotunda, no ya sólo en la literatura sino en la vida en general. Las nuevas pautas de acercamiento al paisaje vienen de la mano de escritores como Chateaubriand, visionario y apasionado, y, sobre todo, de Rousseau, que da a la naturaleza una nueva dimensión, la afectiva (Ojeda, 2000, p. 346).

El Romanticismo, por lo tanto, significa un estadio de la modernidad en que se subvierten los valores culturales y sociales que había forjado la sociedad europea durante la Ilustración, a partir de la experiencia que significó la vivencia de una auténtica libertad, la liberación de las diferentes fuerzas que actúan en el interior del ser humano y la unión de la razón y el sentimiento. De ahí que el ser humano que se erige durante el romanticismo reivindique la individualidad, la exaltación de las pasiones, la intuición y una capacidad creadora inspirada en su propia sensibilidad y subjetividad.

Del mismo modo, esta exacerbación de la subjetividad y de la sensibilidad como filtro para la percepción de la realidad, tiene como resultante que durante el Romanticismo el paisaje se convierta en tema central de la producción artística, de la literatura y de la música, mientras que para la filosofía y para la estética de la naturaleza el paisaje pierde relevancia si se compara con el periodo precedente (Kessler, 2000).

En consecuencia, parte importante de la producción pictórica del momento se dedica a la pintura de paisajes, en unas ocasiones mediados por las sutiles evidencias de la presencia humana y en otras por la fuerte impronta de la misma; igualmente, tiene lugar un tema inédito como fue el de los paisajes imaginarios, con sus atmósferas difusas producto de su mezcla con neblina o con penumbras propias del amanecer o del ocaso, que los ponía en el límite entre la realidad y lo onírico.

Así, la pintura del paisaje en el Romanticismo corresponde a un proceso de interiorización de los rasgos que definen la fisonomía de la naturaleza, como de los elementos plasmados por las actividades humanas sobre su faz –cultivos, caminos y puentes, edificaciones y poblados, etc.–, a través del tamiz establecido por la sensibilidad del pintor, razón por la cual la observamos impregnada por el aura de las emociones del artista al momento de su ejecución y dominada por la potencia de la naturaleza con sus cielos, mares, ríos, valles y montañas en

escenas en las que el ser humano siempre aparece embargado por su vastedad y belleza.

En este sentido, es pertinente referirse a una serie de pintores que inmortalizaron el género de pintura del paisaje durante el Romanticismo, como Caspar David Friedrich (1774-1840) con sus paisajes puros, mezcla de sentimiento y de una profunda espiritualidad, en los que el observador siempre aparece dominado por el vértigo e ímpetu de poderosos escenarios, al igual que por una profunda soledad (Imágenes 150 y 151).

Imagen 150. El caminante sobre el mar de nubes.
Imagen 151. Acantilados de tiza en Rügen.

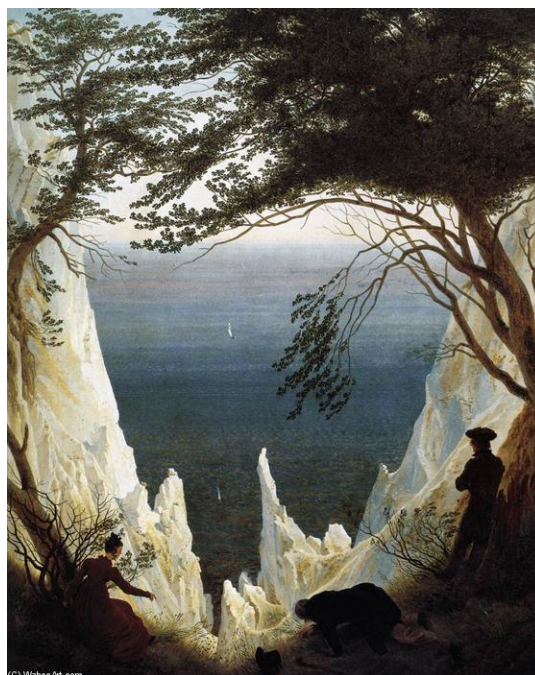
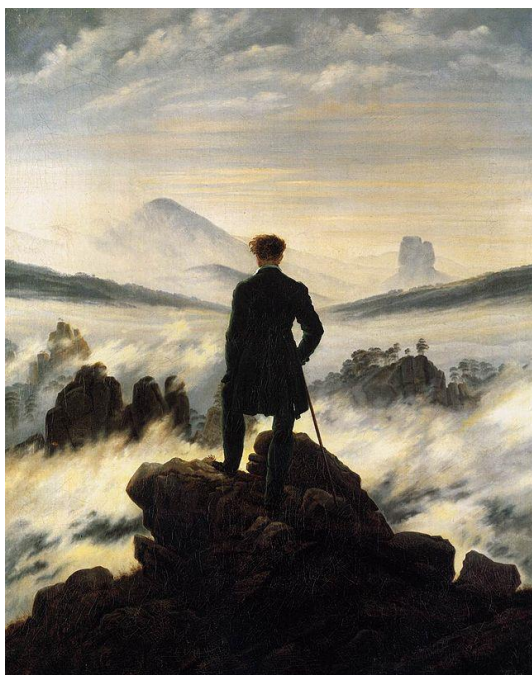


Imagen 150. El caminante sobre el mar de nubes de Caspar David Friedrich. Imagen 151. Acantilados de tiza en Rügen de Caspar David Friedrich. Fuentes:
http://es.wikipedia.org/wiki/Caspar_David_Friedrich#/media/File:Caspar_David_Friedrich_-_Der_Wanderer_%C3%BCber_dem_Nebelmeer.jpg - [http://es.wahooart.com/Art.nsf/O/8Y3QYC/\\$File/Caspar-David-Friedrich-Chalk-Cliffs-on-Rugen-4-.JPG](http://es.wahooart.com/Art.nsf/O/8Y3QYC/$File/Caspar-David-Friedrich-Chalk-Cliffs-on-Rugen-4-.JPG)

También tenemos a Joseph Mallord William Turner (1775-1851), autor que en su obra se caracterizó por captar paisajes de un gran dramatismo, en los que priman los efectos de luz en medio de atmósferas cargadas de bruma, neblina o vapor, todo dentro de un proceso creativo que durante el transcurso de

su vida evolucionó hacia el esquematismo y la abstracción, así como en pos de la exploración cromática (Imágenes 152 y 153).

Imagen 152. Venecia, pareciendo del este de la Giudecca.
Imagen 153. Obra maestra de Roma, desde el Monte Aventino.



Imagen 152. Venecia, pareciendo del este de la Giudecca de Joseph Mallord William Turner. Imagen 153. Obra maestra de Roma, desde el Monte Aventino de Joseph Mallord William Turner. Fuentes:
http://www.revistadeartes.com.ar/revistadeartes34/pintura_turner_elcuadernoescatado.html -
<http://www.dailymail.co.uk/news/article-2860300/One-Turner-masterpieces-private-hands-sells-30-3m-auction.html>

Por su parte, John Constable (1776-1837) en su obra registró los cambios de la luz y de la atmósfera que se producen en los diferentes momentos del día, gracias a la utilización de una técnica en la que incorpora el color en bruto de los óleos dentro de observaciones y bocetos que tomaba de los escenarios reales ubicados en East Bergholt, su lugar de nacimiento, y que luego afinaba en su taller logrando paisajes de una gran naturalidad y esplendor (Imágenes 154 y 155).

Imagen 154. El carro de heno.
Imagen 155. El campo de trigo.



Imagen 154. El carro de heno de John Constable. Imagen 155. El campo de trigo de John Constable. Fuentes:
[http://es.wahooart.com/Art.nsf/O/7YYNHP/\\$File/John-Constable-The-Hay-Wain.JPG](http://es.wahooart.com/Art.nsf/O/7YYNHP/$File/John-Constable-The-Hay-Wain.JPG) - <http://www.laminas-y-posters.es/john-constable/el-campo-de-trigo-cuadro-786735>

Por último dentro de este panorama, Jean Baptiste Camille Corot (1796-1875), pintor que retoma elementos del Clasicismo y del Romanticismo llegando a realizar paisajes de una gran frescura y profundo lirismo, con gran manejo de la luz y basados en la utilización de una pincelada corta y clara que luego caracterizaría la pintura del Impresionismo (Imágenes 156 y 157).

Imagen 156. Primeras hojas, cerca de Mantes.
 Imagen 157. Mornex (Haute-Savoie) – Au Fond, le Mole.



Imagen 156. Primeras hojas, cerca de Mantes de Jean Baptiste Camille Corot. Imagen 157. Mornex (Haute-Savoie) – Au Fond, le Mole de Jean Baptiste Camille Corot. Fuentes: <https://www.pinterest.com/pin/536561743078734716/> - <http://www.alloilpaint.com/impression/corot/corot22.jpg>

Hasta el paradigma romántico -exaltador de los sentimientos y las subjetividades- no se descubre de nuevo en occidente la compleja sensibilidad paisajística, que permite valorar al paisaje como hecho estético y compromiso ético. En tal contexto hay que situar las obras de los pioneros de la geografía moderna (Besse, J.M., 2000) cuyas magníficas y comprometidas descripciones paisajísticas son, a su vez, redescubiertas hoy, en el paradigma postmoderno, revitalizador de identidades, culturas y subjetividades (Ojeda, 2005, p. 3).

Es pertinente en este punto de la discusión pasar bajo el filtro de los criterios que define el geógrafo Augustín Berque, a la sociedad occidental que se modela desde el Renacimiento hasta el Romanticismo, para determinar si alcanzó a desarrollar un pensamiento del paisaje, tamizaje que de antemano y con sobradas razones se puede decir pasa la prueba positivamente, pero que es concluyente frente a la discusión que plantea este numeral del trabajo, relativo al

origen del paisaje, sus principales desarrollos y sus caracteres de tensiones y miradas.

Tenemos con relación al criterio 1 –que precisa lo concerniente a “literatura oral o escrita que cante la belleza de los lugares”–, cómo desde la primicia que significa para el paisaje la reflexión contenida en la obra literaria de Petrarca, hasta escritores como François-René de Chateaubriand (1768-1848) se sostienen visiones sobre la belleza de los lugares consideradas como “apasionadas” y “afectivas” (Ojeda, 2000). En cuanto al criterio 2 –que alude a la construcción de “jardines de recreo”–, nos encontramos con los jardines que se diseñaron y construyeron específicamente para producir placer y estimular el espíritu contemplativo en las áreas perimetrales de las villas renacentistas (Imagen 158); también con los majestuosos jardines de los palacios y castillos de las diferentes monarquías europeas, entre los que se destacan los jardines del Palacio de Versalles como el ejemplo más representativo de jardines diseñados para el encuentro social y el deleite de los sentidos (Imagen 159).

Imagen 158. Jardines Villa Garzoni de Jacopo Sansovino.
Imagen159. Jardines del Palacio de Versalles.

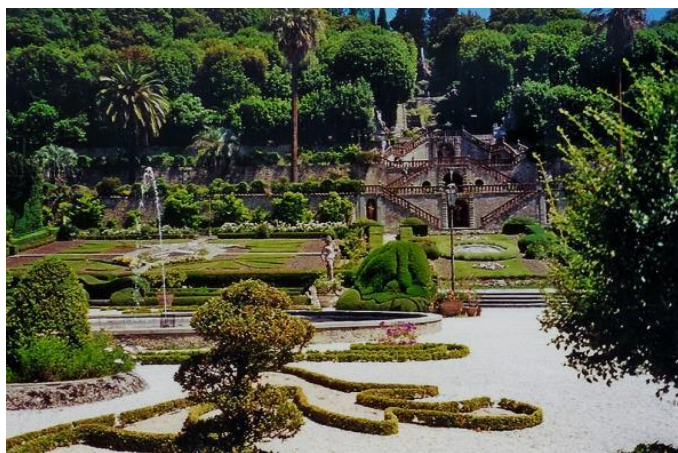




Imagen 158. Jardines Villa Garzoni de Jacopo Sansovino. Autor: Erich Schmid. Imagen159. Jardines del Palacio de Versalles. Fuente: https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Villa_Garzoni-Garten.jpg - <http://media-cdn.tripadvisor.com/media/photo-s/02/df/0a/a0/palacio-de-versalles.jpg>

El criterio 3 –referido a “una arquitectura planificada para disfrutar de hermosas vistas”–, presenta variedad de ejemplos dentro del periodo delimitado, sin embargo un ejemplo muy pertinente lo constituyen las villas del Renacimiento, que además de poseer jardines de recreo como se vio anteriormente –criterio 2–, fueron diseñadas y emplazadas pensando en el disfrute de los paisajes existentes en las comarcas donde estas se ubicaban (Imágenes 160, 161, 162 y 163).

Imágenes 160 y 161. Villa Godi.
Imágenes 162 y 163. Villa Barbaro.





Imágenes 160 y 161. Villa Godi de Andrea Palladio. Imágenes 162 y 163. Villa Barbaro de Andrea Palladio. Fuentes:
<http://www.frommers.com/system/photos/photos500/0726-44631.jpg> - http://www.allposters.es/-sp/Villa-Godi-Malinverni-1537-1542-Posters_i11989349_.htm - <https://www.pinterest.com/pin/520095456942290618/> - <http://studentsblog.viublogs.org/2013/11/>

Por su parte, el criterio 4 –que alude a “pinturas que representen el entorno”–, se sustenta en el recorrido efectuado en las páginas anteriores por los principales estadios e hitos de la pintura del paisaje en Europa, el cual ha permitido comprender el alto grado de sensibilidad desarrollada por quienes realizaron esta producción pictórica, como por aquellos que evocaron la belleza de los paisajes a través de las diferentes propuestas. En lo concerniente al criterio 5 que tiene que ver con el desarrollo de –“una o varias palabras para decir paisaje”– y como se precisó al comienzo de esta parte, nos encontramos con que la sociedad europea con base en las dos raíces lingüísticas germana y latina, logra darle forma a los términos con los que, en diferentes idiomas, designa el concepto de paisaje.

Finalmente, el criterio 6 –referido a la realización de “una reflexión explícita sobre el paisaje”–, y para cuya discusión fue necesario hacer alusión a la diferencia existente entre pensamiento paisajero y pensamiento del paisaje (Berque, 2009); este geógrafo plantea que muchas sociedades fueron poseedoras de un pensamiento paisajero que les permitió modelar y legar gran parte de los magníficos paisajes que se conocen; sin embargo, algunas no alcanzaron a crear las palabras para designar el paisaje y en consecuencia, producir un pensamiento sobre el paisaje. De ahí que a la sociedad europea que le correspondió vivir la génesis del paisaje durante el siglo XV, y presenciar el surgimiento de las palabras para nombrarlo en varios idiomas, le fuera posible iniciar una reflexión que durante varios siglos le ha permitido llegar a estructurar un pensamiento sobre el paisaje.

Ahora bien, llega la segunda mitad del siglo XIX teniendo como hito el ascenso del Impresionismo, movimiento con significativos desarrollos en la música, pero sobre todo en la pintura en la que se reacciona en contra de los modelos artísticos que por ese entonces imponía la Academia Francesa de Bellas Artes. Los antecedentes de este momento se encuentran en la propuesta de la escuela de Barbizón y en la obra de pintores como Turner, Constable y Corot,

como importantes exponentes de la pintura de paisajes que fueron durante el Romanticismo.

En el Impresionismo, los pintores se ven abocados a representar los temas del mundo y su cotidianidad de una manera libre y sin rodeos, y ya sin el imperativo de tener que plasmar exactamente la forma de los elementos que intervienen en sus composiciones, centrándose más bien en los efectos que produce la luz sobre los mismos; pintan formas que se materializan gracias al color y al registro de las variaciones de la luz durante los diferentes momentos del día.

En cuanto al paisaje, este se adopta como el tema central de la pintura impresionista, al ser el ámbito ideal para el estudio de los elementos de la naturaleza en relación con la luz y los matices que esta produce, como por ejemplo en los reflejos del agua o en la variación cromática de la vegetación; en cuanto a la figura humana, esta no es protagonista, lo mismo que en la gran pintura del paisaje del Renacimiento o del Romanticismo, cediéndole ese lugar a los demás elementos que integran las composiciones (Imágenes 164 y 165).

Imagen 164. Impresión, sol naciente.
Imagen 165. El puente Bougival.

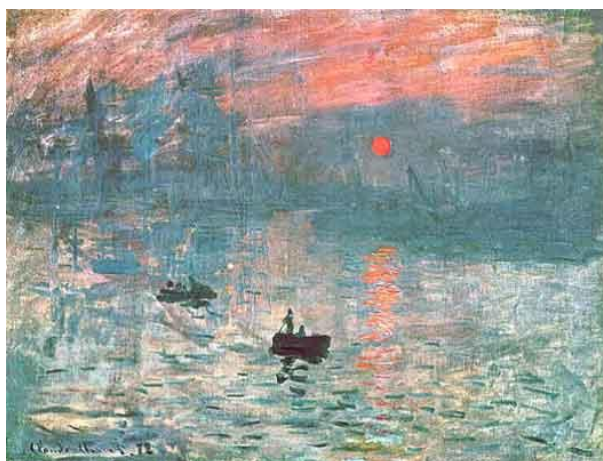




Imagen 164. Impresión, sol naciente, de Oscar-Claude Monet. Imagen 165. El puente Bougival, de Oscar-Claude Monet. Fuente: <http://www.taringa.net/posts/arte/16225182/Monet-Biografia-e-Ilustraciones.html>

No obstante la importancia del paisaje como tema que inspiró la revolución de la pintura en la modernidad, y la sensibilidad que desarrolló la sociedad europea desde el siglo XV hacia la naturaleza y el paisaje, estos terminaron ubicándose desde el Romanticismo en la orilla opuesta del movimiento científico (Ojeda, 2003), en consecuencia con la dualidad que tiene origen en el Renacimiento y que ratificó la mirada analítica de la Ilustración, la cual tiene que ver con la aproximación objetiva al conocimiento de la naturaleza que brindaba la ciencia, y la mirada sensible que comprendió desde la actitud contemplativa de los individuos, hasta las expresiones más refinadas de las artes, de la literatura y de la música:

La situación dual de dicho movimiento, inconcebible en Oriente donde cosmología y paisaje se confirman mutuamente, se vuelve insoportable porque produce disociaciones entre la "verdad" -referida a la universalidad neutra del mundo físico- y la "belleza" y la "bondad" -referidas a valores humanos- y, además, conduce a una triple separación del sujeto respecto de su entorno físico -mirado como objeto-, su entorno social -individualismo- y su propio cuerpo -mecanicismo- (Berque, 1994, citado en: Ojeda, 2003, p. 3).

Dicha dualidad se revalida con hechos como la invención de la palabra "Ecología" en 1866 por parte del biólogo Ernst Haeckel (1834-1919) en pleno auge del Impresionismo, o cuando se define el concepto de "Ecosistema" en 1935 por parte del botánico Arthur George Tansley (1871-1955), y donde es importante recalcar que la motivación de estos investigadores fue su interés científico, lo que

hace difícil comprender cómo podrían aplicarse estos conceptos al estudio del paisaje, sino es a través de su reducción a su sustrato natural (Roger, 2008).

1.3.2.1. ¿El paisaje, un concepto que se transfiere al Nuevo Mundo y a la región centro occidental de Colombia?

Pero la modernidad occidental europea -inmersa en un contexto colonial, de descubrimiento, explotación y organización de nuevas tierras y nuevos recursos- adquiere una concepción del paisaje sesgadamente objetiva, material, medible y valorable que, pictóricamente, queda recogida en la invención y el desarrollo de la perspectiva lineal. El paisaje no es otra cosa, en tal contexto, que el sumatorio de objetos visibles que pueden convertirse en recursos medibles y valorables. Tal consideración objetiva, mecánica y lineal del paisaje, es consagrada por el paradigma cartesiano-newtoniano que -con su distinción entre “res extensa” y “res cogitans”- consigue desvirtuar cualquier categoría que pudiese caminar por la frontera de lo objetivo/subjetivo (Toulmin, S., 2001) como es el caso del paisaje (Ojeda, 2005, p. 3).

La aproximación que tienen los conquistadores españoles con el continente americano durante el siglo XVI, –y de la que no fue ajeno el virreinato de la Nueva Granada y sus regiones geográficas–, difícilmente estaría al margen de la concepción objetiva y material del mundo que se forja en el Renacimiento. En ella, las partes que componían una matriz natural en apariencia ilimitada entran a comprenderse desde su dimensión cuantitativa valorándose solo como recursos, quedando a un lado consideraciones respecto a su aporte al balance del conjunto, y respecto de lo que estas representaban para los pueblos autóctonos como resultado de una relación que se había forjado en una escala temporal de larga duración.

Esta concepción objetiva y material del mundo igualmente se planteó en contraposición a lo que un siglo antes había sucedido en Europa con la génesis del paisaje, en la que la aproximación a la naturaleza, así como a la belleza de los lugares –incluyendo los rasgos más significativos fruto de la actividad humana–, se produjo de manera desinteresada y a través del canal que estableció la percepción, lo cual se reflejó de manera contundente en el ascenso que tuvo el paisaje como tema central de la pintura moderna, desde el Renacimiento hasta el Impresionismo:

La herencia judeocristiana y platónica condujo a que la cultura occidental se construyera sobre una especie de cultura dual, soporte de las relaciones de dominio y explotación inmisericorde de las tramas de la vida llamadas naturaleza. El desprecio por la terrenalidad, la carnalidad y el cuerpo como lugar de lo placentero, se transformó en la modernidad en una actitud de descuido y sojuzgamiento de los frutos de los bienes de la tierra. El cimiento del desarrollo sin límites de la ciencia y la tecnología fue la profunda escisión entre cultura y naturaleza que, bajo las figuras de cielo y tierra o alma y cuerpo, llegó a la modernidad para convertirse en sujeto y objeto (Noguera, 2004, p. 29).

Esta separación que surge entre sujeto y objeto, cultura y naturaleza queda expresamente manifiesta en la disociación que se produce entre la aproximación al espacio geográfico guiada por la concepción objetiva y material del mundo, característica de los procesos de conquista y colonia española que impactan la región centro occidental de la Nueva Granada. Además de la imposibilidad de tener un acercamiento humanista y sensible a dicho espacio geográfico, relegado en su momento a las manifestaciones más refinadas del espíritu como el arte, y en particular la pintura del paisaje que se produce en Europa de forma paralela a la llegada y efímero establecimiento de los ibéricos en esta región del continente americano.

En consecuencia, se ponen en práctica los preceptos políticos con los que se domina y se modela un territorio, que los españoles y la sociedad que se forja durante ese momento de la historia regional, no estuvieron en capacidad de percibir como paisaje, debido al sesgo que les imponían sus intereses.

De esta forma, se arrasa con extensiones de selva que a la vez iban siendo arrebatadas a los pobladores autóctonos, para proceder a la siembra de cultivos, al pastoreo de ganados y de cabalgaduras, a la explotación minera en busca de oro de beta y aluvión, al igual que a la fundación de algunas ciudades que entraban a representar "...el núcleo civilizado, que se oponía a la barbarie y el atraso de lo rural" (Zuluaga, 2004, p. 151); del mismo modo, se restringen las libertades de los pueblos nativos sometiéndolos a diferentes formas de esclavitud, o a los primeros desplazamientos forzados de que da cuenta nuestra historia, ya fuera por su huida hacia áreas periféricas donde pudieran evitar la influencia hispánica o por su ubicación en resguardos, lo que causa la drástica "...ruptura de

la cosmovisión de la cultura indígena sobre la relación con la naturaleza” (Rivera, 2008, p. 36).

Un caso específico muestra cómo surgieron otros paisajes desde la presencia y dominación española a partir del siglo XVI, cuando se asumieron los territorios americanos principalmente como entes fiscales, espacios de explotación de recursos y dominios coloniales, sin considerar realmente la integralidad de los seres humanos en su compleja dimensión. La “modernidad europea” concibió ante todo regiones económicas, donde tan solo se percibieron recursos naturales y donde se invisibilizó sistemáticamente a ciertas colectividades nativas, sin considerar sus distintas identidades culturales, configuradas como territorios históricamente en muy larga duración (Gnecco 1999, 2006; Zambrano 2001, citados en López, 2014, p. 4).

Visto de esta manera, todo lo que estuviera al margen de la forma de aproximación adoptada era desdeñable o simplemente no existía para la mirada del europeo del momento. Debido a esto, no fueron tenidas en cuenta las formas de relación y el conocimiento que desarrollaron las culturas autóctonas del contexto en el que vivían, llegando a subvalorarlas e incluso a calificarlas con adjetivos y términos peyorativos, como se observa en los relatos de algunos cronistas que se adentraron por estas tierras durante los siglos XVI y XVII.

Esta invisibilización de lo local probablemente significó que la incipiente sociedad que se forjaba por ese entonces se negara el acceso a saberes que seguramente le hubieran permitido adaptarse de mejor manera a las condiciones físicas y culturales imperantes, descifrar con mayor acierto la realidad del espacio geográfico que comenzaban a habitar, así como experimentar una vivencia profunda de los lugares que le hubiese permitido entrar en contacto con su verdadera esencia y belleza:

De la misma manera que el aborigen americano era calificado de salvaje y animal, el espacio geográfico recibió una serie de adjetivos que hacían alusión a lo primitivo, a lo inconcluso, a lo bestial, a lo indómito, lo mismo que su fauna. El concepto que entonces imperaba en cuanto a territorio, en Europa, privilegiaba al objeto sobre el sujeto; en donde el sujeto es la comunidad que ocupa el espacio y el objeto es el área geográfica. El territorio lo entendemos hoy como la mediación entre el sujeto y el objeto, en el cual los dos términos son igualmente importantes (Zuluaga, 2004, p. 150).

Observamos adicionalmente cómo la estigmatización de la que también fue objeto el espacio geográfico de esta región, cargó de prejuicios cualquier acercamiento que se intentara hacer a dicha realidad, en la que además los elementos que la conformaban no se valoran por lo que eran en esencia, sino por lo que representaban en términos de utilidad o valor económico, como efectivamente sucedió con el oro, al cual se debió el auge y posterior descenso de la presencia hispánica en la región –debido a la disminución de la producción del metal–, hasta el punto de registrarse índices de población europea casi nulos en los albores del siglo XVIII, cuando esta tiende a concentrarse en ciertas poblaciones periféricas como Cartago o Mariquita.

La conjunción de invisibilización y de prejuicios sobre el nascente territorio, hizo que muchos de los elementos naturales como otros de origen antrópico –cultivos, caminos, ciudades, etc.–, fundamentales para su cualificación y para el surgimiento de un pensamiento paisajero, fueran ignorados por una sociedad que tuvo un carácter transitorio y una economía que orbitó en torno a la extracción de recursos, pero no en dirección a la generación de dinámicas productivas alternas y de otro tipo de vínculos que aportaran a la construcción de una nueva realidad, garantizando su continuidad y vigencia.

Queda de esta manera planteado el interrogante sobre cuál habría sido el resultado de una aproximación al espacio geográfico de la región centro occidental de la Nueva Granada durante los siglos XVI y XVII, en el caso de esta haber estado inscrita dentro de una concepción que armonizara el aprovechamiento productivo del vasto medio natural a disposición, con un enfoque humanista que apartado del ideario de la mera explotación, hubiera sido incluyente con las culturas autóctonas.

También podemos pensar en relación con la posible génesis del paisaje en este interregno de la historia, si adicionalmente la aproximación al medio se hubiera acometido utilizando el filtro que constituyen los sentidos, hecho que posiblemente hubiera modelado una sensibilidad paisajística y dado origen a la

base sobre la que se pudo haber sustentado el nacimiento temprano del paisaje en la región centro occidental de la Nueva Granada. Esto en concordancia con el planteamiento de Augustin Berque donde dice que “... el pensamiento paisajero es primordial respecto del pensamiento del paisaje. Es el sentido profundo del paisaje” (2009, p. 70). Pero la realidad fue otra ya que la concepción objetiva y material que alimentó las ideas de dominio y sometimiento de la naturaleza y de los habitantes en este territorio, no permitió el surgimiento de un pensamiento paisajero y mucho menos la germinación del concepto de paisaje.

Llega por consiguiente el siglo XVIII como un espacio de transición en el que se dan las condiciones para que tenga lugar el tercer proceso de poblamiento de la región centro occidental, el cual tiene como condición particular su iniciación cuando dicha región aún formaba parte del virreinato de la Nueva Granada, y su consolidación durante el siglo XIX cuando a partir de la independencia de España oficializada en 1819 en el Congreso de Angostura, entra a integrar la Gran Colombia, república que hasta 1831 comprende los actuales territorios de Colombia, Ecuador, Guayana, Panamá y Venezuela, y partes de los países de Brasil, Nicaragua y Perú.

La transición a la que se alude y el inicio de un tercer proceso de poblamiento en la región centro occidental, se dan en paralelo con el fenómeno social y cultural de la Ilustración que sucede en Europa durante el siglo XVIII, y que como observamos anteriormente, impacta de manera sustancial en el mundo colonial americano.

En primer lugar, por la forma como en adelante se seguiría dando la aproximación a las realidades física y social a través de los lentes que constituyeron la filosofía de la estética de la naturaleza y la mirada analítica, y con los cuales se pretendió generar un acercamiento al medio natural a partir de la razón y del fundamento que brindaba el método; y en segundo lugar, porque la Ilustración alimentó los ideales de libertad, justicia y equidad que inspiraron los procesos independentistas a lo largo y ancho del continente americano, y que en

el caso de la Nueva Granada se desata con el grito de independencia en julio de 1810.

Es en este contexto en el que los viajeros –influenciados por la mirada analítica y por el ánimo de profundizar en el conocimiento de las leyes que gobiernan la naturaleza– realizan múltiples periplos por diferentes lugares del espacio geográfico americano, buscando descifrar el orden de los elementos presentes en sus entornos naturales –de su flora, fauna, minerales–, como los fenómenos físicos que generaban sus dinámicas; registraron la composición etnográfica de los sitios que recorrieron e incluso trasladaron especies de plantas y animales de valor científico al antiguo continente, en contraste con lo que hicieron los cronistas de los siglos XVI y XVII cuya actividad estuvo centrada en el relato organizado de los sucesos en que estuvieron inmersos sus viajes.

Dentro de los hombres de ciencia que recorrieron las tierras agrestes del Nuevo Mundo, tenemos al médico, biólogo y botánico Nikolaus Joseph Von Jacquin (1727-1817), quien en 1745 parte hacia América visitando una gran cantidad de islas del Caribe, la costa de la Nueva Granada y la actual Venezuela, donde se detiene en 1759 para realizar estudios detallados de la flora local consistentes en numerosas taxonomías de plantas que acompaña de ricas descripciones y elaboradas ilustraciones; esta rigurosa investigación se compendia en la “Historia de Vegetales Selectos de América”, que publica en 1763.

Encontramos también a Thaddeus Peregrinus Haenke (1761-1817), hombre de ciencia que ostentó los títulos de geólogo, zoólogo, naturalista y botánico, y que recorrió los actuales países de Uruguay, Argentina, Chile, Perú, terminando sus días en Bolivia. Su vida transcurrió en medio de un sinnúmero de expediciones en las que registró a cientos de especies botánicas, de animales y de minerales, enfatizando sus estudios de fauna, flora y mineralogía en Bolivia de lo que resulta su obra “Historia Natural de la Provincia de Cochabamba y

Circunvecinas”; de sus exploraciones por el Perú deriva el trabajo “Descripción del Perú”.

Pero quizás los viajeros que por este tiempo más relieve adquieren para el caso específico de la Nueva Granada, fueron el botánico, médico y naturalista Aimé Bonpland y el naturalista y geógrafo Alexander Von Humboldt, quienes entre 1799 y 1804 se dedicaron a recorrer América, arribando a este punto de su geografía por Cartagena en el año de 1801, provenientes de La Habana (Imagen 166).

Imagen 166. Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland al pie del volcán del Chimborazo.

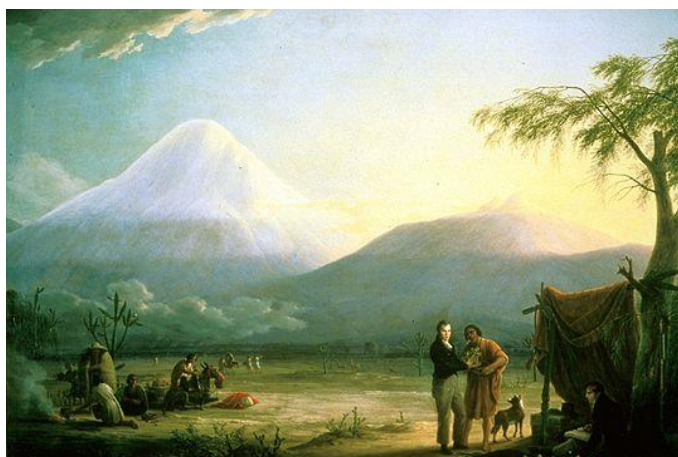


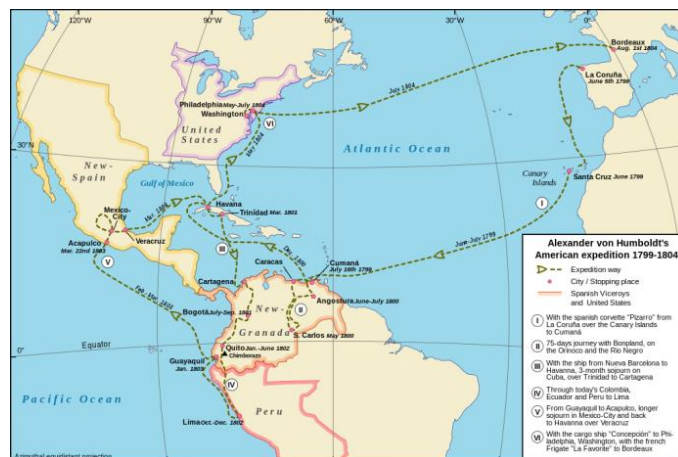
Imagen 166. Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland al pie del volcán del Chimborazo de Friedrich Georg Weitsch. Fuente: Disponible bajo la licencia Dominio público vía Wikimedia Commons - https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Humboldt-Bonpland_Chimborazo.jpg#/media/File:Humboldt-Bonpland_Chimborazo.jpg

Partiendo de Cartagena, remontan la cordillera Oriental llegando a Santafé de Bogotá donde permanecen entre julio y septiembre de ese año, teniendo como anfitrión a José Celestino Mutis y Bosio, director de la Real Expedición Botánica y quien había sido discípulo de Linneo; de allí descienden hacia el valle del río de la Magdalena –siempre en actitud de observar y capturar información para sus investigaciones–, por el que avanzan hacia el denominado “Paso del Quindío” ubicado sobre la cordillera Central, para luego descender al “Camino del Quindío” por el que llegan al costado sur oriental de la región centro occidental, constituyéndose esta incursión en la más significativa aproximación del pensamiento ilustrado a la misma:

Humboldt cruzó por entre los cañaverales en su descenso del Paso del Quindío a través de la Cordillera Central hacia las colinas piemontanas del Valle del Cauca. En su relato de viaje escribió que de todas las formas de vegetación existentes entre los trópicos el bambú y el helecho arborescente producían la más poderosa impresión sobre la imaginación del viajero (Molano, citado en Rivera, 2008, p. 36).

Después del paso por la región centro occidental de la Nueva Granada, Bonpland y Humboldt continúan su viaje hacia las ciudades de Popayán y Pasto, para seguidamente llegar al Ecuador donde tienen su encuentro en la ciudad de Ibarra con el científico Neogranadino Francisco José de Caldas y Tenorio, produciéndose una gran empatía entre este y Bonpland, que les permite intercambiar bibliografía, conocimiento y experiencias derivadas de su trabajo científico (Mapa 31).

Mapa 31. Viajes de Alexander von Humboldt por América.



Mapa 31. Viajes de Alexander von Humboldt por América (1799-1804). Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Alexander_von_Humboldt#/media/File:AvHumboldts_Americatravel_map_en.svg

En este punto de la reflexión es importante mencionar cómo Caldas había estado trabajando previamente a la llegada de Humboldt la correlación existente entre la altitud y la localización de las diferentes especies de plantas –en algunos apartes de su trabajo también infiere sobre la misma correlación con los animales y con los grupos humanos–, hecho que se plantea como un importante antecedente para la “Geografía de las Plantas” y en particular, para los planteamientos de la geobotánica realizados por Humboldt; lo anterior unido a otras observaciones de Caldas conocidas por Humboldt, parece que aceleran la

decisión de este último de sacar a la luz pública la obra mencionada, publicada en 1807 (Díaz, 1994):

La sorpresa de Humboldt también debió ser grande al descubrir que en el norte de los Andes, un aparente desconocido había realizado observaciones sobre la nivelación de las plantas y tenía mapas representativos de las mismas, constituyéndose así en un aparente rival de sus descubrimientos. Humboldt había iniciado sus observaciones geobotánicas en las montañas europeas y poseía datos originales tomados en las Islas Canarias durante su ascenso al Teyde, los cuales adquieren importancia al poder ser comparados con las observaciones llevadas a cabo en los Andes. Entre los motivos aducidos para escoger la ruta de Bogotá, era el primero, conocer a Mutis, famoso por su amistad con Linneo y examinar sus herbarios; el ascenso hacia Bogotá y el cruce de los Andes le proporcionan una nueva dimensión y permiten completar el cuadro de sus observaciones (1994, p. 118).

Finalmente, dentro de este panorama –que busca dilucidar cómo se da la aproximación desde el pensamiento ilustrado a la realidad de la geografía americana, y sobre su posible efecto con relación al surgimiento de un pensamiento del paisaje en la región centro occidental de la Nueva Granada–, tenemos al naturalista, geógrafo y astrónomo Francisco José de Caldas y Tenorio, quien inicia su tarea científica en 1796 con la elaboración de mapas en los que localiza especies útiles de plantas con su respectiva distribución altitudinal, para lo que utiliza una acertada metodología que le permite realizar una interesante colección botánica, integrada además por notas y muestras de lo observado.

Más adelante, en 1802, se incorpora como agregado de la Real Expedición Botánica dirigida por Mutis, año en el que dispone de un primer documento basado en observaciones del año 1801 sobre la nivelación de las plantas que obtiene de sus viajes por el Ecuador. Entre 1802 y 1804 explora una vasta área del Ecuador en la que hace levantamientos de algunos montes emblemáticos, además recolecta especímenes que describe y ubica en mapas con su respectiva altitud, constituyendo gran cantidad de colecciones botánicas; igualmente, se dedica al estudio de varias especies de Quina.

Los años siguientes Caldas los dedica a viajar por diferentes áreas de la Nueva Granada, donde destaca su recorrido entre Quito y Neiva en el que a su

paso por las provincias de Pasto, Popayán y Cali, por el páramo de Guanacas donde cruza la cordillera Central, así como por las localidades de La Plata y Timaná ubicadas en la ruta hacia Neiva, recolecta información de fauna, flora y aspectos físicos, a lo que suma un inventario etnográfico de actividades agrícolas e industriales, entre otros. Igualmente, son importantes sus exploraciones en la Sabana de Bogotá, en la región del Sumapaz y en los alrededores de las poblaciones de Anolaima y La Mesa en la ruta hacia el río de la Magdalena, a partir de las cuales completa su extenso conocimiento sobre las especies existentes en el virreinato.

Es de destacar el interés de Caldas por la elaboración de mapas topográficos para la ubicación de acuerdo con la altitud de la flora que iba registrando; su disposición para herborizar todas las especies que encontraba y por dibujar las plantas descubiertas, para lo cual aprovechó sus dotes como dibujante. También centró parte de su trabajo en establecer las zonas aptas para cultivos, en valorar los productos agrícolas, en investigar sobre las características de los valles y de los bosques. En este sentido, es importante observar en las mismas palabras de Caldas en qué estuvieron centradas sus labores investigativas:

En tercer lugar me ocupo de una fitografía o sea de una geografía de las plantas ecuatoriales, comparada con los productos vegetales de todas las zonas del mundo entero, basada en mediciones y observaciones que desde 1800 se han realizado en las regiones ecuatoriales. Este trabajo planeado a gran escala se compone de tres partes principales así: la primera dedicada a las plantas medicinales, o sea a la geografía homeopática de las plantas; la segunda a las plantas útiles a la artesanía y a la industria; la última al estudio de la geografía de todas las plantas que sirven a nuestra existencia y a la economía, o sea, a la geografía general del mundo vegetal, que incluye aquellos productos todavía no aceptados como útiles. Antecede a estas tres partes, a manera de estudio introductorio, una disertación acerca de los grandes fenómenos de nuestra tierra, como son el límite de las nieves perpetuas, el límite de la vida vegetal, la influencia de la temperatura y de la electricidad y en general tantos otros conocimientos que se relacionan con la vegetación de nuestro planeta (Citado en Díaz, 1994, p. 118).

En el año 1808, Francisco José de Caldas publica en el Semanario de la Nueva Granada “El influjo del clima sobre los seres vivos”, obra en la que estudia

las relaciones que se tejen entre los organismos así como entre estos y el medio en que se desarrollan. Caldas expone en este libro ideas como la siguiente:

Que se recorra el globo, que se suba a las cimas o se baje a los valles, que se examinen los bosques y se pase revista a todos los animales; que el hombre mismo se sujete a este examen; en todas partes, en todos los seres, se halla profundamente grabado el sello del calor y del frío; no hay especie, no hay individuo en toda la extensión de la tierra que pueda sustraerse al imperio ilimitado de estos elementos... (Citado en Díaz, 1994, p. 119).

También en 1808 publica el “Estado de la Geografía del Virreinato de Santa Fe de Bogotá, con relación a la Economía y al Comercio”, obra en la que después de definir los diferentes aspectos físicos que caracterizan la geografía de la Nueva Granada, analiza las ventajas derivadas de su ubicación en relación con el mundo, las vías de comunicación, riquezas, la composición racial, para entrar a reflexionar finalmente sobre el contraste que había entre las potencialidades encontradas y las precarias condiciones de vida de muchos de sus habitantes. Esto explica por qué el científico adopta una posición política que lo convierte en un insigne prócer y en pilar ideológico del proceso independentista.

Se conforma por consiguiente un panorama sobre algunos de los científicos que se internaron por el continente americano entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, y de manera particular sobre hombres de ciencia como Humboldt, Bonpland, Mutis y Caldas, quienes exploraron la Nueva Granada y en particular áreas periféricas de la región centro occidental, como Mutis durante su estancia en la población de Mariquita –sede de la Real Expedición Botánica entre 1783 y 1791– ubicada al nororiente, así como de Humboldt y Bonpland en su paso por el lado sur oriental cuando de Santafé de Bogotá se dirigían hacia el Ecuador.

Dicho panorama sirve para comprender que la forma de aproximación que tuvieron los representantes del pensamiento ilustrado con el medio biofísico y con la realidad socio cultural a partir de sus observaciones de tipo etnológico, de las formas de producción, etc., presentes en el territorio neogranadino, “...con mirada analítica, desde fuera, como espectadores” (Ojeda, 2000, p. 346), impidió la

germinación de una sensibilidad paisajística para la que era necesario tener una aproximación diferente con el territorio, que fuera desinteresada y mediada por la percepción; tampoco hubo lugar para el surgimiento de un pensamiento del paisaje, para lo cual era indispensable el desarrollo de una reflexión específica sobre el mismo.

No obstante esta forma de aproximación al mundo, metódica y racional, los científicos viajeros también sintieron emoción por las características de los lugares que visitaron, y por algunas circunstancias en las que se vieron inmersos; un ejemplo de esta situación lo constituye Francisco José de Caldas cuando en algunos de sus textos se refiere con profundo lirismo a ciertos espectáculos de la naturaleza que tuvo oportunidad de presenciar, como por ejemplo la magnificencia de un volcán en plena erupción o el poder de una tempestad tropical.

Sin embargo, la emoción que generó la vivencia de los hechos descritos y de otros de naturaleza similar derivados todos de la experiencia de estos hombres de ciencia y de sus viajes, no logró trascender los límites que había trazado la mirada analítica y la abstracción que producía el pensamiento racional, lo que coartó cualquier atisbo de contemplación o de aproximación sensible sobre los mismos; igualmente, esta situación descarta la posibilidad de disfrutar como paisaje las huellas que dejaban las acciones humanas sobre el territorio.

Otra sería la experiencia de los pintores que recorrieron el continente americano durante el siglo XIX, unos como parte de las expediciones lideradas por importantes naturalistas, y otros de manera individual con las subvenciones otorgadas por algunos gobiernos, pero todos teniendo como objetivo común el registro gráfico de las especies de fauna y flora, de los tipos raciales, lo mismo que de las costumbres de las gentes de los sitios objeto de estudio.

Pero algo muy significativo sucede cuando algunos pintores se ponen al margen de estas labores de registro y catalogación en las que se concretaba el

espíritu racional y metódico de la Ilustración, y atendiendo la influencia de su formación en el ámbito del movimiento romántico, lo mismo que su intuición y su sensibilidad, se lanzan a explorar las maravillas del continente americano para capturarlas con su pincel. Ellos plasman para la posteridad los más bellos y sublimes paisajes, que a la vez sirven para transmitir a la metrópolis la primicia paisajística que en esta oportunidad tiene lugar en el Nuevo Mundo.

Encontramos de esta manera la obra de Johann Moritz Rugendas (1802-1858), quien partió de Europa en 1821 enrolado como dibujante de la expedición liderada por el naturalista Grigori Ivanovitch Langsdorff (1774-1852), cuyo propósito era penetrar el Brasil para recolectar información de diferentes aspectos de la vida natural de la selva amazónica.

Pero al cabo de un tiempo, Rugendas se retira de la expedición debido al conflicto que genera el tipo de labor mecánica y rutinaria exigida por la misma; continúa un viaje que se prolonga hasta 1845 por los actuales territorios de Haití, México, Chile y Perú, en el que produce un valioso registro de paisajes y de episodios de la vida cotidiana de los lugares por los que pasa, produciendo una obra estimada en tres mil ejemplares que reposa actualmente en el Staatliche Graphische Sammlung de Múnich, Alemania (Imágenes 167, 168 y 169).

Imagen 167. Gauchos descansando en las pampas.

Imagen 168. Paisaje Urbano: Vista de Veracruz, desde los médanos tierra adentro.

Imagen 169. Obra de Joan Moritz Rugendas.





Imagen 167. Gauchos descansando en las pampas de Joan Moritz Rugendas. Imagen 168. Paisaje Urbano: Vista de Veracruz, desde los médanos tierra adentro de Joan Moritz Rugendas. Imagen 169. Obra de Joan Moritz Rugendas. Fuentes:
https://en.wikipedia.org/wiki/Juan_Manuel_de_Rosas#/media/File:Gauchos_resting_in_the_pampas_by_Rugendas.jpg -
<http://centrohistorico.veracruzmunipio.gob.mx/cartografia.php?idreg=42> -
<http://www.goethe.de/wis/bib/prj/hmb/the/159/es11284117.htm>

Otros dos pintores a los que es imprescindible referirse son Ferdinand Konrad Bellerman (1814-1889) y Eduard Hildebrandt (1818-1869), pertenecientes a ese grupo de pintores que viaja a América influenciados por el pensamiento científico característico de la Ilustración; igualmente presentan otra situación en común como la de haber obtenido becas con el rey Federico Guillermo IV, gracias al apoyo brindado por Alexander Von Humboldt.

Es así como Bellerman se desplaza a Venezuela entre los años 1842 y 1845, donde pinta unos 650 óleos y dibujos, muchos por pedido de Humboldt quien requería documentar algunos paisajes y especies vegetales. Recibió el sobrenombre del “Pintor de la Selva Virgen” debido a la profunda y sublime experiencia que significó el encuentro con el paisaje durante los tres años que vivió en el trópico, hecho que quedó fielmente plasmado en su pintura (Imágenes 170, 171 y 172).

Imagen 170. Costa de La Guaira al atardecer. Imagen 171. La cascada del Velino cerca de Terni. Imagen 172. Colonia Tovar.

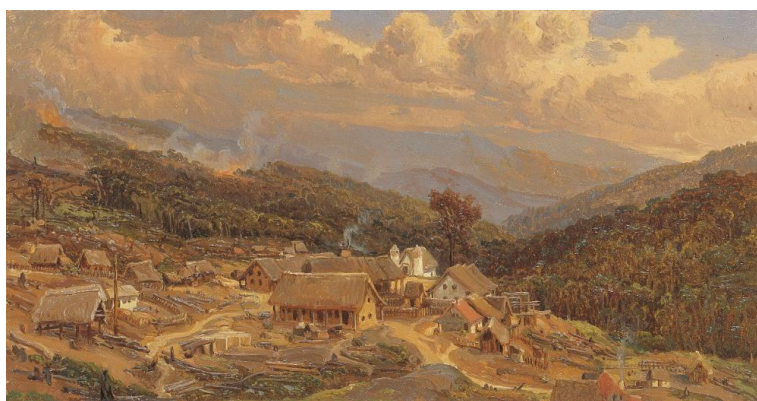


Imagen 170. Costa de La Guaira al atardecer de Ferdinand Konrad Bellermann. Imagen 171. La cascada del Velino cerca de Terni de Ferdinand Konrad Bellermann. Imagen 172. Colonia Tovar de Ferdinand Konrad Bellermann Fuentes:
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Coast_of_La_Guaira_at_sunset_by_Ferdinand_Bellermann.jpg -
<http://www.erfurt.de/ef/de/erleben/veranstaltungen/ast/2014/118562.html> -
http://vereda.ula.ve/wiki_artevenezolano/index.php/Bellermann,_Ferdinand

En cuanto a Hildebrandt, este se desplaza por pedido del rey Federico a Brasil en el año de 1844, con el encargo de realizar pinturas de diferentes parajes de la ciudad de Río de Janeiro, de donde continúa su periplo por América del Sur,

destacándose su recorrido por la cordillera de los Andes; también se desplaza a Norteamérica donde visita una serie de ciudades de la costa este (Imágenes 173, 174 y 175).

Imagen 173. La Gloria, Río de Janeiro. Imagen 174. Puesta de sol sobre Pedra da Gavea, Río de Janeiro. Imagen 175. Isla de Boa Viagem, Río de Janeiro.



Imagen 173. La Gloria, Río de Janeiro de Eduard Hildebrandt. Imagen 174. Puesta de sol sobre Pedra da Gavea, Río de Janeiro de Eduard Hildebrandt. Imagen 175. Isla de Boa Viagem, Río de Janeiro de Eduard Hildebrandt Fuentes:
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:A_Gl%C3%B3ria,_Rio_de_Janeiro_by_Eduard_Hildebrandt.jpg -
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sunset_over_Pedra_da_Gavea,_Rio_de_Janeiro_by_Eduard_Hildebrandt.jpg -

Por su parte, en la Nueva Granada y mucho menos en la región centro occidental, se reporta en el marco temporal observado una actividad pictórica que hubiese permitido una aproximación al espacio geográfico y a las características de los lugares desde la sensibilidad. La producción en la pintura se concentra en las principales ciudades coloniales del momento, teniendo como temas los motivos religiosos, las batallas –tema muy relevante debido a que atestigua todo el proceso independentista–, los retratos de personajes religiosos y políticos, acompañados por el surgimiento de dos nuevos tipos de actores como son los próceres y los científicos.

También se registra una temática inédita, la cual tiene que ver con la labor que desarrollan pintores de las calidades de Pablo Antonio García del Campo (1774-1814), Salvador Rizo Blanco (1762-1816), Francisco Antonio Matiz (1744-1851) y Pablo Caballero Pimientel (1732-1796) al interior de la Real Expedición Botánica, ilustrando la flora neogranadina, y que además de los idearios que gestan la independencia, se plantea como un claro reflejo de los efectos de la mirada analítica sobre la aproximación que se da al territorio en su trance hacia la república. Esta situación, como se puede entender, dejó de lado la posibilidad de que se produjera la primicia paisajística en este lugar del territorio americano a través del umbral que ha significado la pintura para diferentes momentos de la historia y sitios del orbe.

Como ejemplo de los talentosos artistas que compartieron el espacio de la Real Expedición Botánica, que por cierto se constituyó en un bastión del pensamiento ilustrado en el trópico, podemos remitirnos al pintor Cartagenero Pablo Caballero Pimientel de quien se conoce poco antes de su efímero paso por esta misión científica, y cuya producción artística estuvo centrada en el tema religioso y en los retratos de personajes, teniendo como hemos podido observar, un breve interludio con la ilustración de especies de flora, ejecutada de manera magistral (Imágenes 176 y 177).

Imagen 176. *Hampea thespesioides*. Imagen 177. *Miconia*.



Imagen 176. *Hampea thespesioides* de Trián & Pablo Cavallero. Imagen 177. *Miconia* de Pablo Cavallero. Fuente: Solano, Enrique (2012). *Entre Pinceles y Armas. Pablo Caballero Pimientel, Pintor y Capitán de Milicias Pardas en Cartagena de Indias, Siglo XVIII* Barranquilla: Revista Amauta, p.46.

Sin embargo, los rigores del trabajo científico que se reflejaban en la disciplina que imponía José Celestino Mutis a los pintores de su equipo, rápidamente entraron en conflicto con la naturaleza indómita y creativa del artista, lo que a un mes de su incorporación a la Real Expedición Botánica provoca su renuncia:

Es decir, según Mutis la salida de Caballero se debió a dos formas de entender las relaciones entre el trabajo, el uso del tiempo y la productividad: Pablo Caballero venía de la tradición artesanal que no separaba el tiempo del trabajo del tiempo del ocio, y considerándose un artista creía que la contemplación e inspiración era parte esencial de su trabajo, y por tanto, no podía trabajar bajo presión y produciendo de forma continua. Mutis tenía en cuenta la relación inversión en salario y productividad, y demandaba de sus pintores una continua elaboración de láminas, lo que a su vez implicaba separar el tiempo de trabajo del tiempo del ocio (Solano, 2012, p. 46).

Este trabajo con la ilustración de especies vegetales, sirve para comprender cómo fue el tipo de aproximación que permitió el pensamiento ilustrado a la realidad del Nuevo Mundo, centrada en el detalle, en el elemento y no en la visión del conjunto que significa el disfrute del paisaje como “acumulador o totalizador histórico” (Martínez de Pisón, citado en Ojeda, 2005, pp. 10-11).

En cuanto a una forma diferente de aproximación al espacio geográfico que posiblemente hubiera permitido el desarrollo de un pensamiento local sobre el paisaje, fundamentado en la filosofía de la estética propuesta por Baumgarten, Kant y Hegel, o de manera más sencilla a partir de la puesta en práctica de sus preceptos en pleno auge en Europa a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, en el caso de la Nueva Granada y de la región centro occidental esto no sucede, impidiendo que se concrete por esta vía una sensibilidad paisajística o un pensamiento del paisaje .

No obstante lo anterior, queda demostrado que sí hubo un desarrollo del pensamiento, pero enfocado hacia otra explicación del mundo que como se ha visto con los científicos viajeros, distó de un discurso dirigido a reflexionar sobre la belleza y amenidad de los lugares, lo que también explica por qué no hubo necesidad de acuñar términos o palabras con las cuales representar el paisaje:

Un pensamiento (sujeto) del paisaje es un pensamiento que tiene por objeto el paisaje. Una reflexión sobre el paisaje. Para que exista tal cosa, hay que ser capaz de representarse el paisaje, es decir, particularmente, de representarlo por medio de una palabra que permita hacer de él un objeto de pensamiento (Berque, 2009, p. 20).

3.3.2.2. El paisaje cultural cafetero de Colombia y sus atributos como hechos singulares y representativos de una cultura paisajera

A la par que sucedían la dinámica de conocimiento que generó la Real Expedición Botánica desde fines del siglo XVIII, y los hechos políticos que a comienzos del siglo XIX produjeron la gesta independentista y la república, la región centro occidental en la que hoy encontramos inscritas las zonas principal y de amortiguamiento del Paisaje Cultural Cafetero de Colombia, empezó a recibir las corrientes migratorias del proceso de poblamiento que generó la conversión de su base geográfica en territorio, y que produjeron los sustratos culturales sobre los que sustentan los paisajes que hoy se pueden percibir y disfrutar.

Así, las gentes que por ese entonces comenzaron a llegar debieron ocuparse en garantizar su supervivencia en unas tierras en las que todo estaba por hacerse; una parte de los colonos que fundaban pueblos y que contaban con los recursos suficientes se quedaban en ellos dando impulso a las primeras actividades comerciales y de servicios, mientras que la gran mayoría continuaba hacia las áreas rurales cercanas con el propósito de derribar monte y darle forma a lo que en adelante serían sus fincas. Las poblaciones cumplían un papel fundamental consolidando las avanzadas colonizadoras, a la vez que servían de punta de lanza para proseguir con el proceso fundacional en otras direcciones y para apoyar el paulatino proceso de expansión de la frontera agrícola.

De esta manera, iban surgiendo y tomando forma las particulares estructuras urbanas de damero sobre ladera que en adelante caracterizarían este territorio y a las que, además de su función básica de habitación, les correspondió asumir el rol de puntos de encuentro humano y de intercambio económico de las comarcas que paralelamente tomaban forma en su área de influencia.

Asimismo, la transformación de las comarcas que se desarrollaban en torno a los pueblos, estuvo estrechamente ligada al surgimiento y consolidación de las fondas, que en su permanente interacción con lo urbano y lo rural a través de los caminos, adoptaron el carácter de espacios de transición en los que se dinamizó el desarrollo humano y económico de las comunidades rurales y se afianzó una noción de autonomía frente a los centros urbanos.

Las fincas por su parte adoptan la función de enclaves desde los que se empieza a ejercer dominio sobre el territorio de montaña y se modelan los rasgos más significativos de la fisonomía de las áreas rurales, teniendo como principales instrumentos las actividades agrícolas y, en menor proporción, las ganaderas; también la minería tiene su parte dentro del proceso aunque en una menor escala, reapareciendo preferencialmente en zonas y sitios donde dos siglos antes habían existido prósperas colonias mineras hispanas.

Toma forma así una estructura territorial definida por un entramado de nodos que se materializaron en pueblos, fondas y fincas, de redes que se concretaron debido al gradual trazado de caminos de diferente jerarquía y extensión, y de superficies cuya faz fue adquiriendo rasgos particulares como resultado del desarrollo de los nodos y de las redes, así como de la progresiva conformación de los espacios productivos.

Igualmente, debe resaltarse cómo en la construcción de esta estructura territorial quedó acumulado el esfuerzo de los miles de colonos que iban llegando y que no obstante las “limitaciones, dificultades y recursos” (Ojeda, 2005b, p. 284) con las que se fueron encontrando, actuaron denodadamente en la paulatina conversión del espacio geográfico en territorio, así como en la modelación de unos paisajes que no estuvieron en capacidad de percibir y mucho menos de disfrutar, debido a que sus prioridades orbitaban en torno a garantizar su subsistencia y a hacer frente a un medio de condiciones difíciles. “El paisaje es accesible a quien no tiene que arrancarle a la tierra el pan con el sudor de su frente y puede mirar al cielo sin temor al pedrisco, a la lluvia inoportuna o a la sequía destructora” (Kessler, 2000, p. 75).

Así, las limitaciones se concretaron desde lo cognitivo en la ausencia de saberes con los cuales enfrentar los requerimientos del día a día, como lo fueron construir una casa o la conducción de agua para una finca, sembrar y mantener adecuadamente un cultivo, o conocer las calidades de suelo, del régimen de lluvias y de la altitud requeridos para la siembra; igualmente constituyó una gran limitación la precariedad económica de estos pioneros, que les impidió el acceso a herramientas, a tecnología y a otros bienes que sin duda les abrían facilitado la tarea de obtener de la matriz natural su sustento.

Las dificultades estuvieron relacionadas con las condiciones del medio biofísico, sin embargo debieron enfrentarse con una de importancia capital como lo fue la delicada problemática social de la tenencia de la tierra, que como se analizaba en un aparte anterior de este trabajo, tuvo su origen en las

denominadas Concesiones Reales de las que algunas familias poderosas o sociedades hicieron uso en pleno siglo XIX.

De esta forma, la topografía con sus altas pendientes hizo que fueran más difíciles las labores relacionadas con el cultivo de la tierra, restringiendo además la ganadería y las actividades agrícolas que requerían de mecanización. También la geografía de montaña aumentó la complejidad de los procesos urbanos y el desarrollo de la arquitectura regional al requerir materiales, sistemas constructivos y actividades que permitieran su adaptación a los terrenos inclinados; asimismo, el relieve se convirtió en un obstáculo para el acceso a la región, hecho que redundó en cierto aislamiento y en que la salida de la producción local, lo mismo que la entrada de los bienes requeridos para llevar a cabo diversidad de actividades, fuera algo complicado.

Igualmente, el clima con sus fuertes oscilaciones cubría con un halo de incertidumbre el esfuerzo y los recursos invertidos en las faenas del agro, al tiempo que la humedad convertía en malsanas las tierras ubicadas por debajo de ciertas altitudes.

Sin embargo, los colonos se encontraron con unas tierras dotadas de invaluable recursos que aprovecharon inteligentemente para proveerse un hábitat de gran calidad. Los suelos fértiles asociados con un régimen balanceado de lluvia y temperatura, facilitaron el desarrollo de una pluriproduktividad agrícola que propició la soberanía alimentaria y que conjuntamente con la gran presencia de acuíferos garantizó la vida, e hizo posible la idea de futuro de las comunidades que fueron surgiendo en este territorio; también, estos grupos humanos dispusieron de abundantes especies vegetales que aprovecharon sabiamente como medicinas y como alimento, al igual que de fibras y especies maderables que utilizaron en la construcción de las viviendas y de otras edificaciones complementarias que sirvieron de base para la domesticación de un medio caracterizado por su feracidad.

De igual forma, las limitaciones y dificultades en muchos casos fueron transformadas en recursos. La falta de conocimiento sobre muchos de los aspectos que rodeaban la vida de estas gentes las obligó a observar y a aprender de sus errores, mejorando o inventando técnicas de cultivo y de construcción, entre otras. La falta de recursos económicos y el aislamiento les demandaron gran creatividad con relación al aprovechamiento que se proponían tener del medio natural para satisfacer sus necesidades, del mismo modo desarrollaron un alto grado de autonomía que contribuyó a decantar los valores y los rasgos que definirían su identidad como cultura regional.

Se entiende cómo el objetivo primordial de estos pioneros era ir resolviendo sus necesidades más apremiantes mientras poco a poco le iban dando forma a un territorio, de conformidad con sus imaginarios y de acuerdo con lo que su conciencia individual y de grupo les iba indicando; no había un plan previamente establecido, pero se obraba según unas lógicas y a la experiencia que iban obteniendo del encuentro con los lugares que conocían en medio de su trasegar y de aquellos en los que finalmente decidían quedarse:

Por supuesto, ningún grupo se propone crear un paisaje, lo que se propone es crear una comunidad, y el paisaje, en cuanto a su manifestación visible, es sencillamente la consecuencia del trabajo y la vida de la gente, que a veces se reúne o, a veces, se mantiene separada, pero reconoce siempre su interdependencia (Brinckerhoff, 2010, p. 45).

Transcurre el siglo XIX teniendo como una de sus principales características el flujo continuo de grupos de inmigrantes hacia diferentes áreas de la geografía regional, desde las que empezaron a hacer su aporte a las dinámicas sociales, culturales y de intercambio económico que se venían tejiendo sobre la base proporcionada por una estructura territorial, que gradualmente iba logrando su consolidación bajo los efectos de una agricultura que, superada la etapa inicial de subsistencia, finalmente había entrado en la fase de intercambio de excedentes de producción. Todo esto propició el desarrollo de flujos de doble vía y el incremento de una actividad comercial que, beneficiada por las fuertes

inversiones foráneas, estimuló el surgimiento de pujantes empresas como la arriería.

Prosigue la actividad fundacional y los centros urbanos existentes se expanden gracias a la llegada de nuevos pobladores, mientras que los caminos se extienden y se bifurcan, y las fincas a partir de la estabilización de su producción y de lograr cierta autosuficiencia, empiezan a abastecer la demanda de alimentos de las colonias mineras y de los centros urbanos.

Durante el último cuarto del siglo XIX llega el cultivo del café, sustituyendo o dejando al nivel del autoconsumo algunos de los cultivos o prácticas pecuarias que habían significado primero su sobrevivencia y luego la reivindicación económica a los habitantes del campo, propiciando además el aclareo de más bosque para su siembra, lo que conlleva a la rápida transformación de la fisonomía de las áreas rurales y a que el café alcance un lugar de predominio frente a los demás productos agrícolas alrededor de la segunda década del siglo XX.

Este momento coincide con la primera bonanza cafetera que se da en la década de 1920 y con la transformación que tienen muchas de las poblaciones, empezando a ser evidente la jerarquía de algunos centros urbanos como principales nodos de confluencia y de concentración de actividades de la región.

De esta forma, la estructura territorial se complejiza y concentra sus tensiones sobre una serie de nodos urbanos que toman relevancia en el ámbito regional, en particular las ciudades de Armenia, Manizales y Pereira, las cuales progresivamente se convierten en puntos de convergencia de los flujos que por los caminos de arriería y las nacientes carreteras, producen las actividades agrícolas, pecuarias y comerciales de las localidades sobre las que ejercen influencia. Este hecho refuerza el arribo en la década de 1920 del ferrocarril de Caldas para conectarlas con el mundo y desatracar la exportación de café, que

estaba resultando afectada por la carencia de eficientes medios de comunicación con los puertos.

Por su parte, los campos en la franja altitudinal que va entre los 1200 y 1800 msnm durante la década de 1920, prácticamente se encontraban sembrados con café, apareciendo de modo esporádico otros cultivos, en particular los denominados de pan coger, los cuales conjuntamente con los relictos de bosque y con las franjas de guadales –siempre ligadas a los cuerpos hídricos–, se encargaron de dar forma a un tejido verde que entreverado con los núcleos contruidos de las fincas, con los caminos y con las fondas, definió los rasgos que en adelante caracterizaron la fisonomía de las áreas y territorios rurales del centro occidente colombiano.

Lo anterior da una idea sobre el proceso de consolidación de la cultura territorial que se erige a mediados del siglo XX en la región, y que surge del esfuerzo de un grupo humano que hábilmente enfrentó las limitaciones y dificultades de los lugares donde se estableció, llegando incluso a transformarlas en recursos; igualmente, potenció los recursos que encontró en favor de la modelación de un hábitat y de unos paisajes a semejanza de sus imaginarios e ideales:

La cultura territorial es el más elemental y el más complejo y elaborado patrimonio de una sociedad. Su elementalidad estriba en constituir el conjunto de respuestas primarias de cualquier comunidad humana a las limitaciones, dificultades y recursos que encuentra en su propio espacio vital. Su complejidad y elaboración emanan de la acumulación de experiencias fallidas y exitosas que han ido conduciendo a los productos más elaborados de dicha cultura territorial: Los paisajes (Ojeda, 2002, p. 71).

La segunda mitad del siglo XX transcurre manteniendo como base económica la caficultura; del mismo modo, ciudades como Armenia, Manizales y Pereira conservan su hegemonía como centros de la dinámica territorial, mientras emergen poblaciones como Chinchiná, Villa María, Santa Rosa de Cabal, Belén de Umbría, Quimbaya y Calarcá, convirtiéndose en nodos de significativa importancia a nivel regional.

Sin embargo, la economía mengua por la crisis en que entra el sector cafetero en las postrimerías de la década de 1990, debiendo diversificarse hacia otros sectores como el industrial o el financiero que venían en franco crecimiento desde la década de 1970; algo similar sucede con el sector de los servicios.

Mientras esto acontecía, los paisajes urbanos experimentan significativas transformaciones, debido a que las capitales de los departamentos de Caldas, Quindío y Risaralda fueron objeto de nuevos procesos de migración que provocaron su expansión; sus centros tradicionales constituidos por edificaciones de bahareque, caracterizados por su homogeneidad y unidad desaparecen gradualmente, quedando a fines de la década de 1980 en ciudades como Armenia o Pereira, reducidos solo a algunos perfiles ubicados en manzanas céntricas. Por su parte, Manizales conserva un particular centro histórico de aspecto republicano construido en bahareque²⁹.

Igual sucede con las poblaciones que emergen en el panorama regional – Chinchiná, Villa María, Santa Rosa de Cabal, Belén de Umbría, Quimbaya y Calarcá–, las cuales son también objeto de fuertes presiones que transforman radicalmente su forma urbana, heredada de los procesos fundacionales del siglo XIX, del desarrollo edilicio en bahareque que se construye hasta la primera mitad del siglo XX, y que dejan a fines de la década de 1980 reducido a fragmentos su valioso legado patrimonial.

No obstante este panorama, quedan como testimonio de los paisajes urbanos del bahareque una serie de poblados –Salamina, Riosucio, Aguadas, Marsella, Apía, Santuario, Filandia, Salento, Pijao, El Cairo, Versalles y Argelia, entre otros³⁰–, que debido a algunas circunstancias lograron conservar sus rasgos urbanos y arquitectónicos, característicos en un grado mayor de integridad (Imágenes 178 y 179).

²⁹ El 02 de diciembre de 1996 se declara como Monumento Nacional al conjunto de edificaciones republicanas que integran el centro histórico de Manizales.

³⁰ Poblaciones que en su mayoría forman parte de la zona principal del Paisaje Cultural Cafetero.

Imagen 178. Calle Salamina, Caldas.
Imagen 179. Calle Apía, Risaralda.

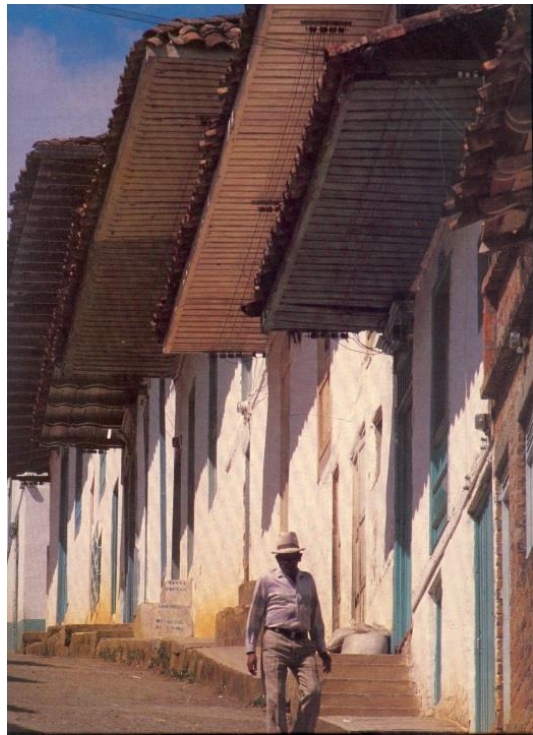
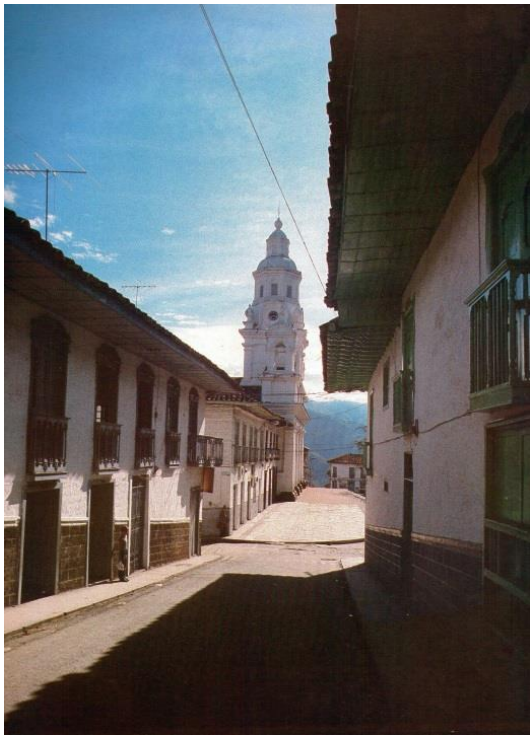


Imagen 178. Calle Salamina, Caldas. Fuente: Tobón, Néstor (1986). *Arquitectura de la Colonización Antioqueña, Tomo II Caldas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia – Banco Central Hipotecario, p.10. Imagen 179. Calle Apía, Risaralda. Fuente: Tobón, Néstor (1989). *Arquitectura de la Colonización Antioqueña, Tomo IV Risaralda*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, p.29.

De otra parte, en los campos el predominio de las superficies cultivadas en café se conserva hasta la década de 1970, tiempo en que las áreas sembradas en este cultivo paradójicamente se reducen en extensión pero aumentan en producción, debido al paso de un modelo extensivo a uno de tipo intensivo. Asimismo, la crisis en que entra la caficultura a finales de la década de 1990 hace que se introduzcan otros cultivos y un modelo de ganadería diferente al de autoconsumo, lo que genera la transformación de los paisajes rurales, e incluso su insostenibilidad, con la implementación de usos como el de la ganadería sobre laderas.

En lo que va del siglo XXI, la realidad de los paisajes en los centros tradicionales de ciudades como Armenia y Pereira se ha configurado de manera consecuente con el fenómeno de pérdida de los referentes urbanos edificados en bahareque, que empezó a darse durante las últimas décadas del siglo pasado, y

que permanecían como testimonio del momento en que dichos centros urbanos lograron su consolidación a comienzos del siglo XX, resultado de las dinámicas económicas, sociales y culturales que impulsó la caficultura.

Por consiguiente, se observa cómo en el centro tradicional de Armenia las huellas visibles del patrimonio construido en bahareque han desaparecido totalmente, mientras que en Pereira este se observa reducido a unos cuantos inmuebles en un relativo estado de integridad, diseminados por su centro tradicional, fenómeno que trajo consigo la pérdida de la homogeneidad, de la escala humana y de las calidades plásticas y visuales que aportaban los sectores contruidos en bahareque al espacio público de estas ciudades (Imágenes 180 y 181). También se observa cómo dicho fenómeno ha estado a la par con el paulatino surgimiento de un paisaje urbano heterogéneo, dominado por los contrastes y, en algunos casos, por su decadencia.

Imagen 180. Casa carrera 7 No. 21-73/79/83, Pereira Risaralda.

Imagen 181. Casa carrera 7 No. 15-58, Pereira Risaralda.





Imagen 180. Casa carrera 7 No. 21-73/79/83, Pereira Risaralda. Imagen 181. Casa carrera 7 No. 15-58, Pereira Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

También, en lo que va del presente siglo, las poblaciones a las que les hemos dado la denominación de emergentes –Chinchiná, Villa María, Santa Rosa de Cabal, Belén de Umbría, Quimbaya y Calarcá–, continuaron siendo objeto de la degradación de los conjuntos arquitectónicos de bahareque que en la década de 1990 habían quedado fragmentados por sus centros tradicionales, debido a la gradual destrucción de los edificios que los conformaban y a la acumulación de inadecuadas intervenciones en los inmuebles que permanecían, lo que mermó su aporte a la calidad de los espacios urbanos donde estos se ubicaban. El resultado de este fenómeno, sumado a los rasgos actuales de las áreas centrales de estas poblaciones, son paisajes urbanos caóticos caracterizados por la diversidad de formas y tamaños, por la saturación del espacio público y por la contaminación visual.

Por su parte, las poblaciones que en la década de 1980 presentaban en mayor grado de integridad sus centros históricos de bahareque, en estas décadas iniciales del siglo XXI muestran una degradación más lenta de sus valores patrimoniales, llegando incluso a experimentar la reconversión de algunos procesos de deterioro.

A su vez, se ha producido la recuperación de inmuebles y de perfiles urbanos completos, como un efecto de la toma de conciencia de los habitantes de las poblaciones frente a la importancia de este legado cultural, así como por la

entrada en vigencia de normativa y de algunos planes especiales de manejo y protección dirigidos a su conservación; también ha contribuido la puesta en valor que ha generado la difusión de la arquitectura regional de bahareque como atributo del Paisaje Cultural Cafetero.

Asimismo, los paisajes rurales en las zonas principal y de amortiguamiento del PCC han experimentado durante este siglo un proceso permanente de recomposición, en el que no obstante la rebaja del precio internacional del café y la disminución de las áreas sembradas, este cultivo sigue conservando su predominio frente a los cultivos con los que tradicionalmente ha interactuado como el plátano, la caña de azúcar, el tomate, la yuca y el maíz, lo mismo que con la ganadería de autoconsumo o de pequeña escala; igual sucede con cultivos de reciente introducción como los árboles frutales, los follajes y las flores, los productos de invernadero, entre otros.

Es pertinente mencionar aquí la relevancia que toma dentro del panorama actual, la producción de cafés especiales³¹ –Cafés de Origen, Cafés de Preparación y Cafés Sostenibles–, y la oportunidad que significa el reconocimiento otorgado al Paisaje Cultural Cafetero en el ámbito mundial, como una fórmula que permitirá superar los problemas de sostenibilidad de la caficultura y que los caficultores mejoren su nivel de vida a partir de su inserción dentro de las dinámicas de la economía global:

El uso comercial de la marca Paisaje Cultural Cafetero, deberá convertirse en un referente comercial en el contexto global, que permita garantizarle al consumidor un café 100% colombiano reconocido como café especial de calidad y gran valor agregado; esto se traducirá en mayores ingresos para los caficultores, expandirá los nichos de mercado y promulgará la generación de valor agregado en la cadena productiva del café (Ministerio del Trabajo, 2014, p. 31).

³¹ Un café se considera especial cuando es percibido y valorado por los consumidores por alguna característica que lo diferencia de los cafés convencionales. Por lo cual están dispuestos a pagar un precio superior. Para que ese café sea efectivamente especial, el mayor valor que están dispuestos a pagar los consumidores debe representar un beneficio para el productor (Ministerio del Trabajo, 2014, p. 28).

Se observa adicionalmente cómo el abanico de cultivos que se mencionó anteriormente, continúa interactuando con los relictos de bosque y con los guaduales conservados; sin embargo, las áreas que han logrado mantenerse o recuperarse de la degradación causada por razones de diferente índole, son inferiores a las realmente requeridas para la conservación de recursos como el agua, situación que sin duda se convierte en una advertencia y en un reto con el que también se enfrenta la sostenibilidad de los paisajes agroproductivos de esta región.

Otro fenómeno que tiene lugar en el PCC son los procesos de suburbanización en los suelos próximos a la mayoría de los centros urbanos – caracterizados casi siempre por su vocación cafetera–, los cuales impactan fuertemente los paisajes rurales menguando su producción agrícola, encareciendo el costo del suelo, expulsando a los habitantes autóctonos y produciendo entre otras afectaciones ambientales, la deforestación y la contaminación de las fuentes de agua superficial y subterránea.

También, la suburbanización ha estimulado la fragmentación de la propiedad y la subsiguiente proliferación de límites prediales en los que por lo general se erigen cerramientos que impiden el disfrute de la belleza de los entornos rurales; además, ha propiciado la introducción de modelos arquitectónicos que no se adaptan a las condiciones de los lugares donde se construyen, los cuales producen impactos negativos sobre la calidad visual de los paisajes cafeteros y no aportan desde el tiempo presente a su construcción, como sí lo logró en su momento la arquitectura regional de bahareque.

En este sentido, es importante agregar cómo la arquitectura regional de bahareque con su sencillez y profundo sentido del lugar, paulatinamente ha venido siendo sustituida en las áreas rurales del PCC por edificaciones caracterizadas por su gran precariedad y simpleza y, en otros casos, por su extravagancia, teniendo como denominador común la ausencia de sensibilidad con relación a los paisajes donde se emplazan.

En cuanto a la sociedad rural que se estructura teniendo como base la tenencia de la tierra, nos encontramos con dos grandes segmentos: por un lado, el que conforman los pequeños propietarios o minifundistas quienes son más susceptibles frente a las diversas problemáticas que afronta la caficultura, y por el otro, el que integran los dueños de las fincas medianas y de gran dimensión, quienes tienen mayor capacidad de respuesta frente a las vicisitudes que depara esta actividad productiva.

Observamos por consiguiente, cómo el mayor grado de vulnerabilidad se concentra en el segmento comprendido por los propietarios del minifundio al tener estos la caficultura como el centro de su actividad, hecho que no se plantea de manera gratuita o dependiente de su voluntad, sino más bien ligado a una serie de condicionantes históricas, culturales y físicas que han hecho del café un cultivo casi que imprescindible.

En este sentido, se identifican dos situaciones de orden social que se combinan con la crisis proveniente de los bajos precios del café, como son la falta de relevo generacional y el envejecimiento del caficultor, las cuales entran a jugar un papel decisivo con relación a la sostenibilidad de la caficultura, debido a que la mano de obra que tradicionalmente ha movido esta actividad en el minifundio son sus propietarios, apoyados por los miembros de su familia; por consiguiente, hay unas áreas rurales en las que los jóvenes no quieren continuar con la forma de vida asumida por sus mayores, y un caficultor cuya edad promedio oscila entre los cincuenta y sesenta años, que no tiene quién lo suceda al momento en que termine su vida productiva.

Esto ha puesto a los propietarios del minifundio frente a una encrucijada en la que por un lado se observan su arraigo por la vida construida alrededor de la caficultura y la compenetración con los lugares donde ha forjado su existencia, y por el otro, los problemas que afectan la sostenibilidad del café, situación que los ha venido abocando a vender sus propiedades y lo más grave, a abandonar el campo.

Por su parte, en el segmento de los propietarios de las fincas de mediana y de gran dimensión, estos han generado formas particulares de hacer resistencia a la crisis de la caficultura diversificando y apostándole a la producción de grandes volúmenes de café respectivamente, encontramos básicamente personas que se han asimilado a una forma de vida urbana a través de la que construyen una particular relación con los entornos sociales y con los paisajes donde se ubican sus fincas, situación que nos pone en contexto con la afirmación de Berque cuando plantea que es "... a partir de las ciudades desde donde se pudo dirigir una mirada desinteresada - surgida del *frui*, no del *uti* - al entorno" (2009, p. 41).

De esta forma, se observa cómo los propietarios de las fincas de mediana extensión establecen relaciones más próximas con sus propiedades, asistiendo regularmente durante breves estancias o incluso, permaneciendo en ellas por temporadas, lo que les permite estrechar vínculos con su vecindario y con los habitantes de la vereda o las veredas próximas.

El hecho de que una cantidad considerable de estas propiedades haya pasado por manos de varias generaciones de propietarios de la misma familia, ha permitido que estos establezcan especiales lazos afectivos con sus tierras y un alto grado de compenetración, desde el punto de vista sensible, con los paisajes presentes en los entornos de sus fincas.

En las fincas de gran dimensión la presencia de sus propietarios es más excepcional, siendo lo más común que dichos predios se administren por medio de terceros cuya aproximación al medio rural la motiva más una visión de tipo empresarial que de otra naturaleza, situación que limita la posibilidad de un encuentro sensible con los lugares donde se emplazan estas propiedades y que se estrechen vínculos con el lugar y con los miembros de las comunidades presentes en sus entornos, limitándose casi siempre a relaciones de tipo laboral.

En cuanto al encuentro emocionado con los paisajes, este sucede cuando en medio del descanso o de actividades diferentes al trabajo, los invitados del propietario o en sus esporádicas visitas él y los miembros de su familia, contemplan la belleza y amenidad presentes en los entornos de estas fincas y que se concretan en las calidades visuales, olfativas y auditivas de los parajes, las cuales perciben desde los espacios que las casas de bahareque que se conservan tienen para disfrutarlos (Imágenes 182 y 183).

Imágenes 182 y 183. "Cata de Paisaje", I Taller Internacional Estudios del Paisaje 2012.



Imagen 182 y 183. "Cata de Paisaje", I Taller Internacional Estudios del Paisaje 2012, Finca El Balcón, Buenavista Quindío. Fuente: Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Se precisa entonces que en las fincas de mediana extensión y en las de gran dimensión es en las que usualmente se ha dado una aproximación desprevenida a los sitios donde se ubican, lo que ha hecho más factible la percepción de los paisajes presentes en sus entornos; sin embargo, en el

minifundio esto es algo menos probable debido a que sus habitantes, paradójicamente siendo parte fundamental de los paisajes, viven sumidos en el día a día resolviendo los avatares de una vida esforzada que poco tiempo deja para la contemplación, y que constantemente demanda respuestas prácticas y sabias para lograr el sustento:

El hombre que vive y construye su paisaje, que forma parte de él, que distingue cada uno de sus elementos y se adhiere a los mismos productiva o afectivamente, que se identifica con sus colores, olores y sonidos cambiantes, no necesariamente tiene por qué concebirlo como paisaje en el sentido panorámico o estético. Existen de hecho muchos paisanos que no han observado nunca de forma conjunta y admirativa su propio paisaje, como hay otros muchos que lo observan como algo no destacable por su belleza. Ahora bien, todos suelen distinguir con mucho detalle cada uno de sus componentes a los que consideran recursos propios, elevando a algunos de ellos a la categoría de símbolos. Algunos, más sensibles o más sensibilizados por procesos educativos o emigratorios, sueñan con sus paisajes y los convierten en parte misma de sus vidas (Ojeda, 2000, p. 345).

Se debe enfatizar en que toda esta dinámica territorial que en el tiempo ha dado forma a los paisajes que hoy se pueden percibir en la región centro occidental de Colombia, y más precisamente en el ámbito del PCC, tiene como trasfondo un esfuerzo humano de siglos que se puede contrastar por medio de la genealogía del paisaje propuesta por el matemático Mathieu Kessler, en la que define una serie de tipos antropológicos por medio de los que se puede dar una aproximación al paisaje "...de forma auténtica o inauténtica, y aun de no percibirlo en modo alguno" (2000, p. 18).

Así, los cinco tipos antropológicos definidos por Kessler viajero, turista, explorador, aventurero y conquistador, sirven para hacer un símil con las formas de aproximación humana al espacio geográfico que han tenido lugar en la región centro occidental en los periodos estudiados, desde la llegada de los españoles hasta nuestros días; del mismo modo, son de gran utilidad para determinar en cuál de los diferentes momentos históricos que dieron forma a la estructura territorial de esta región y a sus paisajes, hubo proximidad con la génesis del paisaje o con el surgimiento de un pensamiento del paisaje.

Así, la primera forma de aproximación a este espacio geográfico la podemos asociar con el “Conquistador”, ese “...aventurero político convencido por la racionalidad de su empresa” (Kessler, 2000, p. 21), que se materializa en los españoles que se adentran por la región entre los siglos XVI y XVII, estableciendo un “*modelo colonial de explotación*” (Ojeda, 2005, p. 286), y que como pudimos observar en apartados anteriores, no logra mantenerse debido a que no estimula los diferentes sectores productivos, lo mismo que el desarrollo de una estructura territorial por fuera de las áreas de influencia definidas por las fuentes auríferas.

Otro aspecto importante a tratar basados en la caracterización de Kessler, es cómo estos conquistadores llevan a cabo una empresa de doma de un espacio geográfico agreste, guiados por su obligación de servir al monarca de turno y de aportar al engrandecimiento del imperio, pero también por la búsqueda de un beneficio propio que los alejó de ideales altruistas que hubieran hecho trascender este primer intento “civilizatorio” al establecimiento de una cultura territorial.

Igualmente, la idea del retorno a la metrópoli hizo que siempre estos hombres se sintieran de paso, impidiéndoles realizar planes de largo plazo y establecer vínculos con los lugares en los que permanecieron, lo que sin duda hubiera hecho perenne su huella en la región. También la mirada utilitarista que tuvieron hacia los pueblos autóctonos les negó la posibilidad de llevar a cabo un proyecto incluyente con estas comunidades y garantizar la prolongación de su legado:

Así por ejemplo los indígenas establecidos cerca de Mariquita como los Marquetones, Samanaes y Palenques, desaparecieron en la medida que la explotación de las minas no eran rentables. Igual cosa ocurría entre los Quimbayas, pues al acabarse el oro los pocos indígenas que habían sobrevivido, fueron establecidos en el antiguo resguardo de Cerrillos, en donde desaparecieron cuando se produjo la oleada antioqueña a la región. No ocurrió lo mismo en el caso de los indígenas asentados en Riosucio, pues la cantidad de minas existentes garantizaba la permanencia de la población indígena, ya como trabajadores de mina o bien como cultivadores para sostener las cuadrillas de esclavos que se establecerían en la región (Zuluaga, 2004, p. 152).

La segunda forma de aproximación al paisaje se concreta en el “Aventurero”, tipo humano que “...habita la naturaleza y el entorno geográfico, social y económico vernaculares, mejor que cualquier otro viajero, explorador o turista...Trafica, se consagra a comercios de toda clase, explota el espacio geográfico con vistas a su mayor provecho” (Kessler, 2000, pp. 20-21), y que podemos asociar con el colonizador que llegó durante el siglo XIX a la región centro occidental.

Este “Aventurero” que se personifica en el colono desarraigado y empobrecido que arriba a esta región, le corresponde lo mismo que al “Conquistador”, abrirse camino por un espacio geográfico de condiciones difíciles y transformarlo basado en su intuición, en sus lógicas y en su propio esfuerzo, y no como en el caso del “Conquistador”, con el sudor de otros, de esos miles de indígenas y negros esclavizados de los que se valieron estos hombres para el logro de sus propósitos. De esta manera, el trabajo tuvo como compensación la dignificación de su condición en unos entornos rurales y urbanos que terminaron siendo el reflejo de su visión del mundo y de sus ideales.

Sin embargo, el “Aventurero” que llega con la intención de sacar el mayor provecho de este espacio geográfico, tiene como particularidad que establece un “modelo colonial de explotación” (Ojeda, 2005, p. 286) diferente al que implantan los españoles durante los siglos XVI y XVII, y el cual logra sostenerse en el tiempo debido a que impulsa el desarrollo de actividades agrícolas y pecuarias de diferente naturaleza, lo mismo que una intensa actividad comercial que se mantiene gracias a la red de caminos de herradura y a la arriería como sistema de transporte, dinámica que en conjunto garantiza la sobrevivencia y, más adelante, los excedentes requeridos para la sostenibilidad económica de los habitantes en la región.

Además, el proceso de poblamiento que tiene como puntal la fundación de ciudades, no se concentra en unas áreas y en torno a una actividad en particular, sino que se propaga en diferentes direcciones ayudando a expandir la

frontera agrícola y a dar forma a una cultura territorial que se consolida con la entrada en vigencia de la caficultura, proyectándose espacio temporalmente hasta el presente.

Observamos además cómo “Conquistador” y “Aventurero”, en el caso del segundo y del tercer proceso de poblamiento que experimenta la región desde el siglo XVI, reúnen algo del “Explorador”, de ese tipo humano dominado por el espíritu del descubrimiento, y que según Kessler “...cartografía una tierra que todavía no se reconoce en verdad como un espacio geográfico delimitado” (2000, p. 20), correspondiéndole hacer clasificaciones e inferencias sobre lo observado en los lugares por donde pasa de manera aséptica, sin involucrarse, sin llegar realmente a habitarlos y sin que el itinerario cambie su forma de ser.

Sin embargo, lo que se propone el español que se adentra por este espacio geográfico en los siglos XVI y XVII o el colono del siglo XIX – conquistador y aventurero respectivamente–, dista diametralmente de la mirada analítica y de la aproximación científica que tuvieron los exploradores representativos del pensamiento ilustrado que recorrieron entre los siglos XVIII y XIX el mundo americano, descubriéndolo para la metrópoli. En el caso de estos dos personajes, la experiencia de descubrimiento fue otra, no estuvo motivada por un sentimiento filantrópico o idealista como en el “Explorador”, sino que estuvo inspirada en su propio proyecto, en el primer caso en el afán de riqueza y reconocimiento, y en el segundo, en la pretensión de poseer una tierra y ganarse un lugar en el mundo.

Otra forma de aproximación a los paisajes cafeteros cobra forma en el tipo antropológico del “Turista”, al cual ya no le corresponden las difíciles tareas que debieron emprender sus antecesores: el “Conquistador” de los siglos XVI y XVII y el “Aventurero” del siglo XIX, tendientes a descubrir y dominar este espacio geográfico, sino que irrumpe cuando todo el trabajo está hecho, en el momento en que todo está dispuesto para su consumo (Kessler, 2000). En su genealogía del paisaje, este autor al respecto plantea:

El turista toma la pista completamente trazada de una vía racionalmente determinada, donde todo está regulado lo mejor posible para sus impresiones. Hablando con propiedad, no viaja, no busca, no vive el espacio geográfico en el paisaje. El turista da una «vuelta» (hace un tour) con ayuda de una lógica artificialmente importada al espacio geográfico, que a menudo daña el paisaje. ...Se contenta con confirmar in situ una localidad prevista en el mapa de carreteras o en una postal. Desflora el paisaje con su mirada, a la vez pasiva y apresurada, almacena imágenes y, para terminar, vuelve a su casa sin haber perdido nunca ni sus costumbres ni su confort (2000, p. 19).

El “Turista” aparece en el PCC coincidiendo con los tiempos en que inicia la crisis cafetera en la década de 1990. Antes, la sociedad presente en la región reconocida por su rusticidad y dedicación al trabajo, poco conocía de este extraño visitante, el cual comienza a ser visto como una opción que permitiría sortear las dificultades económicas que se avecinaban para los paisajes que, modelados al amparo del oasis de bienestar de la caficultura, empezaban a ser confrontados por el paulatino deterioro de la calidad de vida de sus habitantes.

Así, el “Turista”, atraído por las diversas modalidades de turismo que se adoptan teniendo como trasfondo la belleza escénica de los paisajes cafeteros, llega sin que estuvieran previstas muchas situaciones, entre ellas los riesgos que dicha actividad implica con relación a la conservación de su integridad y de su autenticidad; sin embargo, su arribo no colma las expectativas económicas generadas. No obstante la región, durante la primera década del siglo XXI, llega a ubicarse como el segundo destino turístico del país.

Hoy, después de la inclusión en la Lista de Patrimonio Mundial en el año 2011, el PCC ha aumentado su visibilidad en el contexto mundial, hecho que paradójicamente pone en mayor riesgo la sostenibilidad de los paisajes debido a su fragilidad, a la carga que deberán soportar con la llegada de estos visitantes y a la ausencia de medidas efectivas de protección que le ayuden a soportarla.

En este sentido, podemos deducir al efectuar una comparación entre el “Turista” y los demás tipos antropológicos estudiados, cómo este es el que menos le ha ofrecido y más problemas le puede ocasionar a los paisajes cafeteros, debido a los efectos negativos que produce su paso por los diferentes lugares y

que no son compensados por los recursos que deja su estadía, los cuales por lo regular quedan concentrados en manos de unos pocos –operadores turísticos y multinacionales– sin distribuirse entre los habitantes locales. “El turista consume sin contemplar, quema etapas trasladándose de aquí para allá en un instante que no dura, ni aguanta, ni vive ni conoce la naturaleza y los lugares, sino que se conforma con poseerlos mediante la mirada” (Kessler, 2000, p. 19).

Cabe agregar cómo el turista llega a los paisajes persiguiendo una imagen previamente fabricada y comprada, que le impide ver más allá de lo que quiere ver, que termina por alejarlo de la posibilidad de entrar en contacto con la dinámica interior de los paisajes por los que atraviesa en su andar ausente y que poco aporta a la transformación de sus realidades.

Por último, nos encontramos con el “Viajero”, con el paseante como el único de los tipos antropológicos observados que según Kessler “...tiene una relación auténtica con el paisaje. Su intención estriba por completo en la comprensión estética del lugar, con independencia de un objetivo práctico” (2000, p. 21), lo que contrasta con las intenciones que motivaron la aproximación a esta región de las huestes españolas en el siglo XVI y XVII con su búsqueda de méritos y riqueza, de los colonos en el siglo XIX en su necesidad de encontrar tierra y una forma digna de vida y de los turistas a finales del siglo XX en el intento de procurarse un espacio para evadir el hastío causado por su cotidianidad.

El “Viajero” aparece como fruto de una sociedad en la que una parte de sus miembros, después de haberse convertido en urbanitas –debe aclararse que la forma de vida urbana no es garantía del desarrollo de una sensibilidad paisajística–, disponen finalmente del tiempo de ocio necesario para acercarse desprevénidamente a los paisajes cafeteros y contemplarlos, sin que exista otro interés más allá del de disfrutarlos.

El tipo antropológico del “Viajero” se personifica en los habitantes que viven en las ciudades desde hace dos e incluso tres generaciones con una forma

de vida citadina que los ha llevado a tomar cierta distancia con lo rural – muchos aun con nexos afectivos o de propiedad con las zonas rurales del PCC –, y que durante los fines de semana o en estancias más largas se sumergen en los paisajes rurales para disfrutar de su amenidad y belleza.

También esta sensibilidad les permite a estos “Viajeros” deleitarse en sus andanzas con los paisajes urbanos, no solo en aquellos de índole patrimonial que aún configura la arquitectura de bahareque en las poblaciones que hacen parte de la zona principal del PCC, sino en los escenarios contemporáneos de las ciudades principales, caracterizados por sus calidades visuales o por los contrastes generados por su decadencia:

Una primera definición de las propiedades del paisaje deja adivinar que sólo el viajero es verdaderamente digno de él. Acaricia su dualidad alternativamente «desinteresada» y carnal, visual y táctil. Fecunda su aspecto externo mediante su contemplación renovada, extática, ardiente. Al atravesar el paisaje para la felicidad, para la dicha de su situación, se abre camino sin método preciso y descubre un itinerario, una perspectiva singular (Kessler, 2000, p. 18).

En síntesis, tenemos un paisaje que ha evolucionado y que no obstante las diferentes situaciones de cambio y los problemas que en algunos momentos de su historia han comprometido su sostenibilidad, llega al presente con sus valores y los atributos en que estos se expresan en un grado considerable de integridad, que permite pensar en su continuidad como parte de la Lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO.

Sin embargo, lo más importante es que la cultura territorial que surgió al amparo de la caficultura, que representa una forma exitosa de adaptación humana a un espacio geográfico y que produjo unos paisajes de excepcional belleza, pueda proyectarse hacia el futuro en plena vigencia como garante de calidad de vida para cada uno de los individuos que la integran. Esto convierte en prioritarias las actuaciones que se realicen sobre los paisajes cafeteros y los atributos en que estos se concretan relacionadas con su investigación, con su puesta en valor, con su difusión y con su gestión.

Cuadro No. 2. Atributos Paisaje Cultural Cafetero.

ATRIBUTOS PAISAJE CULTURAL CAFETERO	
EXPEDIENTE DE NOMINACIÓN PCC	
No.	ATRIBUTOS
1	Café de montaña
2	Predominio de café
3	Cultivo en ladera
4	Edad de la caficultura
5	Disponibilidad hídrica
6	Patrimonio natural
7	Patrimonio arquitectónico - arquitectura regional de bahareque
8	Patrimonio urbanístico - urbanismo de damero en ladera
9	Patrimonio arqueológico
10	Poblamiento concentrado y estructura de la propiedad fragmentada
11	Influencia de la modernización
12	Institucionalidad cafetera y redes afines
13	Tradición histórica en la producción de café
14	Minifundio cafetero como sistema de propiedad de la tierra
15	Cultivos múltiples, tecnologías y formas de producción sostenibles en la cadena productiva de café

Cuadro No. 2. Atributos Paisaje Cultural Cafetero. Fuente: Elaboración propia.

En consecuencia, de los 15 atributos con que se justificó la excepcionalidad del PCC, los atributos 1, 2, 3, 4, 12, 13, 14 y 15 aluden a los diferentes aspectos en que se concreta la caficultura, lo que pone en relieve la importante base agro productiva sobre la que se sustentan los paisajes en la región centro occidental. Igualmente, dicha base agro productiva se encuentra estrechamente asociada con una serie de rasgos culturales y territoriales que los seres humanos definieron en paralelo a su modelación, así como frente al desarrollo del proceso de poblamiento, los cuales se condensan claramente en los atributos 7, 8, 9, 10 y 11.

Finalmente, los atributos 5 y 6 resumen el papel clave de la matriz natural, –no obstante las limitaciones y las dificultades derivadas del medio biofísico–, al brindar esta los recursos que facilitaron el desarrollo de la cultura territorial que dio forma a los paisajes cafeteros.

En el primer grupo de atributos nos encontramos con “Café de Montaña” definido por los cafés que se producen en el rango de altitud óptima ubicado entre los 1400 y los 1800 msnm, teniendo como áreas de producción marginal las que se generan por debajo o encima de estas altitudes entre los 1000 y 1400 msnm y los 1800 y 2000 msnm. El atributo “Predominio de Café”, se refiere a la tendencia histórica en la región al predominio que ha tenido el uso de la tierra destinada a la siembra de café sobre los demás cultivos, que deriva de la aptitud del medio

biofísico para su producción, del desarrollo de las prácticas culturales requeridas para la producción de un café de excelente calidad, así como de los altos márgenes de rentabilidad que hasta un momento representó dicho cultivo.

“Cultivo en ladera” precisa los cafés sembrados en pendientes entre el 25% y el 45%, práctica que generó una forma particular de paisaje que sustenta su autenticidad y excepcionalidad frente a otros paisajes cafeteros; igualmente, el cultivo en ladera ha propiciado la utilización de gran cantidad de mano de obra lo que históricamente ha repercutido en la generación de empleo y en la selección del grano maduro, lo que incide en la suavidad del café producido en estas condiciones. Por su parte, el atributo “Edad de la Caficultura” se refiere a la renovación de los cafetales, para lo cual se identificaron los cultivos con edades menores a 2 años, de 7 a 9 y mayores a 9 años, lo que sirvió para comprobar que se continuaba sembrando café y que seguía existiendo la disposición de las gentes de la región a invertir sus esfuerzos en esta actividad productiva (Rodríguez y Osorio, 2008).

El atributo “Institucionalidad Cafetera y Redes Afines” permitió comprobar la existencia de una institucionalidad y unas redes económicas que han brindado apoyo al desarrollo de la caficultura del PCC, las que además se convierten en garantes de su sostenibilidad como un paisaje reconocido en el ámbito mundial; esto permitió establecer una jerarquía entre municipios dependiendo de la presencia de establecimientos representativos de esta institucionalidad y de dichas redes. Asimismo, el atributo “Tradición Histórica en la Producción de Café” posibilitó establecer en el periodo 1970 - 2006 el incremento o continuidad de los índices de producción, así como el área cultivada en café, convirtiéndose en un parámetro de gran importancia para la delimitación de las zonas que hacen parte de la Inscripción en la Lista de Patrimonio Mundial (Rodríguez y Osorio, 2008).

“Minifundio Cafetero como Sistema de Propiedad de la Tierra” sirvió para establecer los municipios y las áreas donde predomina esta forma de tenencia de la tierra, la cual se suponía dominante en la región centro occidental; para

comprobarlo, se identificaron las fincas con predios menores a 5 hectáreas, lo que produjo la delimitación de las zonas donde era mayor la presencia de este tipo de propiedad. Finalmente, tenemos dentro de este primer grupo de atributos “Cultivos múltiples, tecnologías y formas de producción sostenibles en la cadena productiva de Café”, el cual tuvo un doble propósito: identificar las áreas donde el café presentaba predominio pero a la vez se combinaba con otros cultivos generando el tejido que caracteriza el PCC, lo que les proporcionaba mayor peso en comparación con las áreas en que se presentaba monocultivo; igualmente, establecer el empleo progresivo en la región de tecnologías y formas de producción amigables con el medio (Rodríguez y Osorio, 2008).

En el segundo grupo de atributos tenemos “Patrimonio Arquitectónico – Arquitectura Regional de Bahareque”, a partir del cual se observaron las densidades que presentaba esta arquitectura en los centros urbanos de la región –edificaciones de bahareque/cantidad de predios–, definiéndose así la inclusión de los mismos dentro de la zona principal del PCC; esta forma particular de construir que se transmitió por generaciones fue la base sobre la que se apalancó el poblamiento urbano y rural, y uno de los elementos que determinó la modelación de los paisajes cafeteros de la región.

Por su parte, el atributo “Patrimonio Urbano – Estructuras Urbanas de Damero en Ladera”, se refiere a los singulares trazados en retícula sobre una topografía quebrada que caracterizaron el urbanismo del proceso fundacional que se dio durante el siglo XIX y comienzos del siglo XX en la región, y que dio forma a poblaciones con calles contrapuestas al relieve de una gran inclinación; con este atributo se evaluaron las pendientes de los diferentes centros urbanos, quedando incluidos dentro de la mencionada zona principal del PCC los que presentaban mayores grados de inclinación.

El atributo “Patrimonio Arqueológico” tuvo como finalidad establecer el potencial arqueológico y poner en evidencia el proceso de poblamiento de larga duración acaecido en la región, del cual se poseen registros con antigüedades

próximas a los 10500 años. Asimismo, el atributo “Poblamiento Concentrado y Estructura de la Propiedad Fragmentada”, permitió evaluar la concentración de población en ciertas áreas rurales de los municipios que integran la región, como una característica derivada del alto grado de fragmentación que ha experimentado la propiedad en los campos.

Por último, dentro de este segundo grupo de atributos observamos “Influencia de la modernización”; este permitió cuantificar el efecto que tuvieron en la transformación de los paisajes cafeteros los recursos provenientes de la caficultura, que posibilitaron el acceso a infraestructuras de diferente índole relacionadas con el transporte, los servicios públicos, la salud y la educación, así como la adopción de patrones de vida propios de la modernidad.

El tercer grupo de atributos al que se aludió anteriormente, lo integran “Disponibilidad hídrica” y “Patrimonio Natural”. El primero tiene que ver con la valoración que se hizo a la presencia de cuencas hídricas abastecedoras en las áreas cafeteras, planteadas como indispensables para la actividad de beneficio del café; del mismo modo, comprende la evaluación del régimen de lluvias que para el caso de la región es alto, factor que incide directamente en la florecencia y la cosecha de café.

En cuanto al “Patrimonio Natural”, hace referencia a la biodiversidad – avifauna–, así como a las áreas naturales protegidas relacionadas con los cultivos de café, igualmente con los suelos que aunque no se encuentren con este tipo de cobertura, han tenido históricamente vocación para su siembra. De esta manera, se procedió a la identificación de dichas áreas dentro de las zonas cafeteras de la región.

Los periodos en que hemos desglosado el proceso de conformación de la cultura territorial que se desarrolla en torno a la caficultura en el centro occidente de Colombia, y las formas de aproximación humana identificadas según la genealogía propuesta por Kessler, permiten acercarse y entender la realidad de

los paisajes cafeteros y, en consecuencia, cómo surgen los atributos en que estos se concretan como representación de la interacción continua que los seres humanos han tenido con dicho territorio.

En este orden de ideas y con el ánimo de cerrar esta parte de la discusión, es oportuno dar una mirada a lo que sucede con relación a la construcción del paisaje en este territorio y en particular frente a las posibles consecuencias de dicho proceso en la constitución de un pensamiento paisajero, e incluso de un pensamiento del paisaje. Para ello, lo mismo que en otros momentos estudiados, observaremos la realidad del PCC a través del tamiz que definen los criterios adoptados por el geógrafo Augustin Berque y según los cuales se puede hablar de paisaje en una cultura.

Es importante aclarar que esta investigación, dedicada a indagar y a interrogarse sobre el fenómeno de la arquitectura de bahareque como un elemento fundante del proceso de poblamiento y de los paisajes en esta región, y que bien puede resolver lo planteado por el criterio tres concerniente al desarrollo de “una arquitectura planificada para disfrutar de hermosas vistas”, no dispone de los elementos suficientes para profundizar en la realidad del PCC a través de los demás criterios planteados por Berque, lo cual claramente podría ser objeto de varias investigaciones. De todos modos, procedemos a efectuar lo que podría ser una mirada rápida y preliminar al asunto.

Así, el primer criterio concerniente a “Literatura que cante a la belleza de los lugares”, lleva a hacer referencia a la producción de novela, ensayo y poesía enmarcados en las miradas que muchos autores han dado a nuestros paisajes y que se ve reflejada en la cuantiosa creación musical de bambucos y pasillos que cantan a la belleza de los lugares, así como a los modos de vida que se produjeron a lo ancho y largo de la región.

El sol del verano póstumo, chorreaba una luz filtrada y aliviadora que caía a los ojos, suavemente, como vista a través de un cristal azulado.
La cordillera aparecía barnizada y limpia por el alba, teñida de blanco a grandes trechos, por causa de los cafetales florecidos (Arias, 1942, p. 166).

Igualmente, Berque en este primer criterio también alude a la toponimia, a la relación que establecen los seres humanos con los lugares a través de los nombres con que los designan, y que en el caso del PCC se ve representado en la gran riqueza y variedad de las palabras y expresiones con que los habitantes, en su encuentro y en medio de los vínculos que han establecido con los diferentes paisajes, han dado a los sitios, a las fincas, a las veredas y a los pueblos.

En cuanto a la comprobación del segundo criterio relacionado con la existencia de “Jardines de Recreo”, tenemos cómo en la región estos no surgen de un plan previamente establecido, sino como un hecho espontáneo, fruto del normal proceso de apropiación que las gentes han experimentado con relación a sus viviendas –esto se estudia con más profundidad capítulos adelante–, y que ha permitido el desarrollo de particulares arreglos con la disposición de plantas y de mobiliario en los que se concretan el imaginario y los valores estéticos de la cultura territorial que se estableció en la región.

De esta forma, los patios y solares de las casas de bahareque localizadas en las áreas urbanas se constituyen en los contenedores de una vivencia íntima de las familias en torno al manejo de las plantas con sus colores, olores y aprovechamientos de tipo visual, olfativos, gastronómicos y medicinales (Imagen 184). Por su parte, los patios en las fincas se definen como el espacio doméstico de transición en que se mezclan las funciones propias de las áreas productivas, tanto de cultivo como de las infraestructuras de apoyo a las labores agrícolas, con las actividades pasivas que alberga la vivienda (Imagen 185).

Imagen 184. Casa carrera 6 No. 3 - 02/3 - 08, Salento, Quindío.

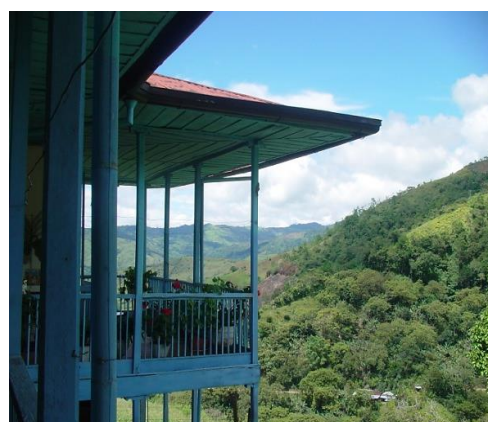
Imagen 185. Casa finca La Rivera, Caicedonia, Valle del Cauca.



Imagen 184. Casa carrera 6 No. 3 - 02/3 - 08, Salento, Quindío. Imagen 185. Casa finca La Rivera, Caicedonia, Valle del Cauca. Fuentes: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

El criterio tres concerniente a “una arquitectura planificada para disfrutar de hermosas vistas” aplica claramente al PCC cuando se observa la arquitectura de bahareque y el aporte que esta ha hecho en relación con el disfrute de los paisajes cafeteros en la región. En este sentido, las casas de bahareque desarrollaron un esquema espacial basado en el patio y el corredor, que sumado a los lugares donde se emplazan –pueblos y núcleos construidos de las fincas–, propició las condiciones adecuadas para que los miembros del grupo humano que se arraigó en este territorio pudieran desde sus lugares de habitación, vivir la experiencia sensible de percibir los paisajes presentes en sus entornos (Imágenes 186 y 187).

Imágenes 186 y 187. Fincas municipio de El Cairo, Valle del Cauca.



Imágenes 186 y 187. Fincas municipio de El Cairo, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

En las áreas rurales el corredor y algunos espacios abiertos adyacentes a dicha banda perimetral de circulación, han fungido como puntos de estancia desde donde los habitantes de las casas de bahareque, tras las faenas del trabajo o en los momentos de encuentro social, se reúnen a compartir teniendo como fondo el espectáculo que proporcionan los paisajes cafeteros desplegados en su entorno.

Por su parte, en las casas urbanas el patio y el corredor envolvente se convierten en los puntos de encuentro y esparcimiento humano por excelencia, desde los que dependiendo del emplazamiento en la topografía, se puede entrar en contacto con los paisajes de montaña presentes alrededor de los pueblos. Igualmente, el balcón y otros componentes de la vivienda urbana – como se estudia en la parte dos de este trabajo– se encargan de proveer de hermosas vistas a sus habitantes (Imágenes 188 y 189).

Imágenes 188 y 189. Casa, Pijao, Quindío.





Imágenes 188 y 189. Casa, Pijao, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

El cuarto criterio que tiene que ver con “pinturas que representen el entorno”, aplica perfectamente para la región cafetera del centro occidente colombiano, ya que muchos de sus artistas se han dedicado a capturar de manera espléndida sus paisajes. Han registrado con sus pinceladas los campos con las tramas de los diferentes cultivos, entre ellas las que dejan las trazas producidas por los surcos del café (Imagen 190). De igual modo, han inmortalizado momentos de la vida silvestre con las especies de avifauna características en primer plano, y telones de fondo en los que sutilmente se pueden apreciar las evidencias de la actividad humana representadas en hechos arquitectónicos, cultivos, caminos, entre otros (Imagen 191).

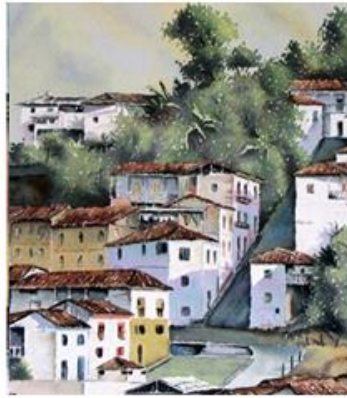
Imágenes 190 y 191. Pinturas del maestro Juan Carlos Suarez.



Imágenes 190 y 191. Pinturas del maestro Juan Carlos Suarez. Fuente: http://www.juancarlosuarez.net/2012/01/blog-post_9702.html.

También es común observar episodios de la vida urbana que se recrean finamente en medio de los centros históricos donde la presencia de la arquitectura regional de bahareque aún es dominante (Imágenes 192 y 193); a la vez, es frecuente encontrarse con pinturas que recrean la vida cotidiana de las gentes, a través de episodios en los que involucran los medios de transporte que en la historia de la región adquirieron dimensiones patrimoniales, como la arriería (Imagen 194) y el Jeep Willys (Imagen 195).

Imágenes 192 y 193. Acuarelas de Salamina, Caldas.



Imágenes 192 y 193. Acuarelas de Salamina, Caldas, del pintor Luis Fernando Rodríguez García. Fuente: <https://godues.wordpress.com/2013/10/28/noroccidente-de-caldas-un-territorio-forjado-en-oro-panela-y-cafe/>

Imagen 194. Montando las cargas, Acuarela.

Imagen 195. Yipao, Óleo sobre lienzo.

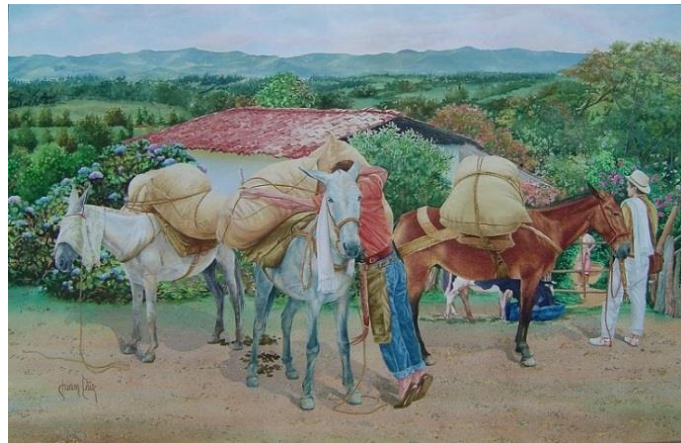




Imagen 194. Montando las cargas, Acuarela del pintor Juan Ruíz. Imagen 195. Yipao, Óleo sobre lienzo del pintor Pablo Castañeda. Fuentes: <http://juanruizart.blogspot.com/> - <http://www.artelista.com/obra/6599635960846763-yipao.html>

Según Berque, es oportuno hablar de paisaje en una cultura cuando esta ha desarrollado “una o varias palabras para decir paisaje” –quinto criterio–. Así, la sociedad que paulatinamente se construye en la región centro occidental de Colombia adopta por herencia de su ascendente hispánico la palabra paisaje, debido a la fuerte presencia de los ibéricos en las provincias de Antioquia, Cauca, Tolima y en la región del altiplano cundiboyacense de donde provenían inicialmente sus miembros.

Sin embargo, hasta los tiempos actuales la palabra paisaje en la región ha sido utilizada por la mayoría de nuestros congéneres para referirse a la belleza emanada por los espacios naturales caracterizados por su verdura –visión clorofílica (Ojeda, 2000, 2002, 2003)– y también a la de aquellos lugares ajenos a la presencia humana –áreas naturales protegidas–, lo que ha dejado a los espacios urbanos así como a las áreas rurales con un alto grado de intervención como es el caso de las zonas cafeteras, al margen de su posible percepción como paisajes.

De ahí que sea importante referirse al nuevo sentido que ha ido tomando la palabra “paisaje” como resultado de la gestión, de la investigación y del empoderamiento que propició en ciertos sectores de la sociedad el proceso de Nominación e Inscripción del PCC en la Lista de Patrimonio Mundial, lo mismo que las acciones posteriores a este reconocimiento, y en el que la belleza y la amenidad de nuestros paisajes ha empezado a ser entendida como dependiente de la presencia del ser humano en los mismos (Brinckerhoff, 2010) (Imagen 196).

Imagen 196. Paisaje Cafetero, corregimiento de Combia, Pereira, Risaralda



Imagen 196. Paisaje Cafetero, corregimiento de Combia, Pereira, Risaralda. Fuente: Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

El sexto y último criterio de Berque hace alusión a “la reflexión explícita sobre el paisaje”, que ha llevado a muchas culturas a ver su génesis, algo similar a lo sucedido con la sociedad que vio surgir los paisajes cafeteros, la cual hoy se encuentra en ciernes debido a la novedad que significa el encuentro con el concepto del paisaje y con la generación de un pensamiento formal sobre la naturaleza del PCC; esto a raíz del conocimiento producido durante los últimos quince años por la academia, el gremio cafetero, las entidades ambientales, las instituciones públicas y el sector privado, además de miembros de la sociedad civil.

No obstante lo anterior, es necesario considerar cómo los paisajes cafeteros que nos fueron legados se forjan sin la existencia de un pensamiento del paisaje, lo mismo que sucedió en otras latitudes del orbe cuando otras

culturas territoriales se encargaron de dar forma a los más bellos y eximes paisajes al margen de una reflexión explícita sobre los mismos, “...prueba de ello es que en Europa, desde los primeros poblamientos llegados de África hasta el Renacimiento, se vivió de una manera tan paisajera que nos ha dejado paisajes admirables, y ello en ausencia de todo pensamiento del paisaje” (Berque, 2009, p. 20).

Esto nos lleva a pensar en la cultura territorial que se desarrolló en la región centro occidental de Colombia y cómo esta llegó a vivir “de una manera tan paisajera” que dio forma a los más bellos paisajes, gracias al encuentro que sus individuos tuvieron con el espíritu de los lugares y con la satisfacción que le dieron a sus necesidades más sentidas, desde las más básicas relacionadas con la supervivencia, hasta la más elevadas, afines con sus imaginarios y profundos deseos. Se observa entonces cómo el paisaje no es un concepto que se transmite, sino una sensibilidad que las culturas desarrollan de acuerdo con su propia experiencia y el desarrollo de unas condiciones específicas.

1.4. El bahareque, tecnología apropiada como sustento material de la arquitectura regional

1.4.1. El bahareque, una tecnología con desarrollo propio y presencia en muchos lugares

El bahareque como sistema constructivo está presente desde tiempos milenarios en la región centro occidental de Colombia, desarrollándose en dos momentos: el primero relacionado con la utilización que dieron los pueblos prehispánicos a los materiales que encontraron en este territorio al proveerse un cobijo, proceso inscrito en un marco temporal que va del siglo XVI cuando llegan los españoles, hasta 9000 años atrás, antigüedad que se sustenta en “Hallazgos sepultados a más de un metro en Villa María, Chinchiná, Salento, Santa Rosa, Marsella y Pereira...” (López, 2004, p. 59). El segundo momento lo comprende el fenómeno de colonización tardía efectuado por pobladores provenientes de diferentes direcciones de la geografía colombiana, en especial de las provincias de Antioquia

y Cauca, que se inicia alrededor de 1780 extendiéndose hasta las primeras décadas del siglo XX.

El registro efectuado por la arqueología y por las crónicas históricas ha dejado en evidencia el empleo de la guadua angustifolia³² en muchas de las prácticas culturales de los pueblos prehispánicos asentados en esta región del país, razón por la cual “es mencionada en varios casos, como el material básico en la construcción de las viviendas, cercados y empalizadas, canales para la conducción de agua, puentes, tablados ceremoniales, quinchas o estacas para la colocación de trofeos” (Fonseca y Saldarriaga, 1984, p. 29), panorama que constituye la raíz para el desarrollo posterior del bahareque. En este sentido, las comunidades más avanzadas experimentaron con la guadua construyendo edificios ceremoniales, de gobierno, de vivienda o relacionados con actividades artesanales y de transformación de materias primas, combinándola con madera rolliza para constituir los sistemas estructurales de los que soportaron entramados de ramas amarrados con fibras naturales y a su vez, barro como elemento final de confinamiento, dando de esta manera forma a las membranas con que envolvían sus construcciones.

Se va configurando, pues, un territorio sobre la base que proporcionan una densa y extensa red de caminos, al igual que por pequeños núcleos urbanos³³ que se localizan de forma dispersa y en especial sobre las partes altas de las estribaciones de las cordilleras, en los que los cronistas españoles dieron cuenta de un prolífico uso de la guadua, realidad de la quedaron pocas evidencias físicas, consecuencia de lo perenne de este material y de sus combinaciones con otros elementos de origen natural, como lo confirma “el hallazgo de una secuencia de 4 huellas de postes relativamente equidistantes a cerca de un metro de

³² *Guadua angustifolia* es la especie que Karl Sigismund Kunth seleccionó como la especie tipo del género *Guadua*. Su epíteto específico, *angustifolia*, significa en latín hoja angosta y describe una de sus características morfológicas más sobresalientes.

Colombia, Ecuador y Venezuela son los países donde esta especie crece de manera natural, aunque ha sido introducida en varios países de Suramérica, Centroamérica y el Caribe, e inclusive en Asia, América del Norte y Europa (Castaño y Moreno, 2004, p. 33)

³³ Pueden denominarse núcleos urbanos los primeros grupos de edificaciones que construyeron los habitantes prehispánicos de la región.

distancia en las unidades 68S25W y 69S25W, visible claramente entre 40 a 60 cm de profundidad, con diámetros cercanos a los 8 cm” (López, 2007, p. 2).

Dicho hallazgo arqueológico de fines del año 2006 en el sitio del actual centro comercial Unicentro, localizado al occidente de la ciudad de Pereira, dio cuenta de los vacíos cilíndricos que dejaron tras su descomposición una serie de horcones aparentemente de guadua, los cuales por su ubicación describían una edificación de forma circular construida entre 800 y 1500 años atrás, y que hicieron suponer el asentamiento de un antiguo grupo humano en dicho lugar, que se valía de este material para llevar a cabo sus construcciones (Imagen 197).

Imagen 197. Huellas postes hallazgo arqueológico sitio Unicentro, Pereira, Risaralda.



Imagen 197. Huellas postes hallazgo arqueológico sitio Unicentro, Pereira, Risaralda, Colombia. Fuente: Laboratorio de Ecología Histórica y Patrimonio Cultural, Universidad Tecnológica de Pereira.

Por su parte, los grupos de españoles que incursionaron en este segmento de la geografía nacional desde el siglo XVI, fundando poblados y haciendo arquitectura, no dejaron evidencia del uso de la guadua, ni del desarrollo de sistemas constructivos que la emplearan como sí lo haría más adelante el bahareque, lo que se puede comprobar en los edificios del periodo colonial español presentes en el centro histórico de la ciudad de Cartago, los cuales se encuentran completamente contruidos en tapia y madera; vale la pena destacar cómo la mencionada ciudad es la única que se conserva de este periodo en la región, fundada en su actual emplazamiento en 1690³⁴.

³⁴ Cartago se funda inicialmente donde actualmente se ubica la ciudad de Pereira en 1.540, siendo trasladada por diversos

Ya durante el siglo XIX los nuevos habitantes de este territorio provenientes de diferentes partes de la naciente república³⁵, retoman la experiencia de los pueblos prehispánicos en torno al uso de la guadua, así como de su empleo en la elaboración del bahareque, esto a partir del contacto que sostienen con habitantes de algunos poblados de indígenas y resguardos, refinándolo con la incorporación de saberes y técnicas provenientes de otras vertientes culturales, como es el caso de la arquitectura y del arte mudéjar, que influenció de gran manera el desarrollo edilicio en América durante la colonia española y que como se observa, terminó impactando de forma indirecta la arquitectura de bahareque de esta región, por su aporte fundamental con relación a la pericia para trabajar la madera:

Tras la caída de Granada en 1492 a manos de las tropas castellanas, el esmerado trabajo de los artesanos mudéjares fue solicitado en toda la península, tanto por musulmanes como por cristianos. Posteriormente, durante los siglos XVI y XVII su trabajo fue requerido en los proyectos arquitectónicos de las nuevas colonias en las Indias, donde fueron contratados como obreros (Irving, 2007).

Se desarrolla de esta manera una arquitectura regional sobre la base que proporcionó el bahareque, sistema constructivo que se sustentó en el magistral manejo de materiales extraídos del medio circundante como la guadua, de los diferentes tipos de maderas y de la tierra, coincidiendo en su realización con formas constructivas homólogas presentes en muchas otras geografías del orbe, las cuales reciben diferentes designaciones, pero que en principio se deben a la sabia utilización de bambúes, madera y tierra, como en el caso de los países iberoamericanos:

Así por ejemplo en los del área andina (Ecuador, Perú, Bolivia) llegando hasta el norte de la Argentina se lo llama “quincha”, en el Brasil se lo denomina “taipa” y en otros países va cambiando de nombre (palo a pique, estaqueo, pared francesa, estanteo, entre otros), aunque en muchos de ellos es conocido con el nombre de “bahareque” (Flores, 2003, p. 37).

motivos a su actual localización en 1.690. Cabe anotar que el centro histórico de esta ciudad es la única evidencia del urbanismo y de la arquitectura que se desarrollan durante la colonia española en el centro occidente Colombiano.

³⁵ La Nueva Granada se independiza de España en 1.819, dando origen a la actual república de Colombia, fecha que coincide con la etapa inicial del fenómeno migratorio hacia la región centro occidente del país que hoy comprende el territorio representativo del Paisaje Cultural Cafetero.

1.4.2.- La tecnología del bahareque y sus elementos constitutivos, referentes de un proceso histórico y de consolidación del territorio en el centro occidente colombiano

El bahareque es un hecho constructivo integral en el que simultáneamente se incorpora una serie de soluciones a las necesidades del hábitat, que en conjunto y en medio de un proceso histórico definen la materialidad de la arquitectura, que se convirtió en representativa de este segmento de la geografía colombiana.

De ahí que el bahareque no solo deba entenderse como la membrana que envuelve la espacialidad y que brinda soporte estructural a la arquitectura regional, sino como un sistema constructivo que desde la cimentación hasta la cubierta de las edificaciones responde de manera adecuada a las contingencias de la topografía, del clima, de la sismicidad local, así como a las formas de apropiación que desarrollaron sus habitantes. También se debe entrar a considerar el papel decisivo que en el medio rural tuvo el bahareque, al constituir la base para la construcción de beneficiaderos y otras edificaciones de apoyo a las prácticas productivas de las fincas (Imágenes 198 y 199).

Imagen 198. Núcleo construido Finca La Selva, Marsella, Risaralda.

Imagen 199. Núcleo construido Finca, Marsella, Risaralda.





Imagen 198. Núcleo construido Finca La Selva, Marsella, Risaralda. Imagen 199. Núcleo construido Finca, Marsella, Risaralda. Colombia. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Sin embargo, el bahareque para llegar al grado de evolución tecnológica que adquirió durante la primera mitad del siglo XX, requirió de un proceso de desarrollo de más de cien años que demandó observación, ensayos y la incorporación de saberes de diferente naturaleza, como los tomados del contacto inicial con los colonos a fines del siglo XVIII, y durante el XIX con las comunidades autóctonas, de los que se heredan de manera indirecta de las tradiciones constructivas españolas debido a su presencia en otras regiones de nuestra geografía nacional y, finalmente, del acceso que brindaría el auge de la economía cafetera a comienzos del siglo XX al conocimiento de las tendencias estilísticas de época y a algunos avances de la ingeniería y la arquitectura (Imágenes 200 y 201).

Imagen 200. Casa Marsella, Risaralda. Imagen 201. Casa Pijao, Quindío





Imagen 200. Casa Marsella, Risaralda. Imagen 201. Casa Pijao, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Entendiendo entonces el bahareque como un sistema constructivo que surge del lugar y para el lugar, bajo los aportes de diferentes momentos históricos e influencias culturales, es conveniente dar una mirada a una serie de hitos que marcaron su desarrollo. Tenemos pues el proceso de poblamiento que se da desde diferentes direcciones geográficas hacia esta región, arribando colonos cuyo único recurso era su ingenio, su afán de trabajar y el deseo de labrarse un futuro mejor, en unas comarcas fértiles que parecían estar provistas de inagotables recursos.

Se suceden de esta manera innumerables avanzadas impulsadas por el afán de poseer tierras, en las que se fundan pueblos dentro de un proceso civilizatorio similar al que se da durante la colonia hispánica, y que tuvo como premisa el desarrollo del territorio a partir de la fundación de ciudades: “La ciudad es entonces como hecho físico y como idea, una pieza clave de la ocupación de todo el territorio y por lo tanto un elemento esencial de la colonización llevada a cabo por los españoles en América” (Aguilera, 1994, p. 249).

Tras la fundación de un pueblo y de llevar a cabo los respectivos repartos de terrenos en suelo urbano y rural, los colonos se vieron enfrentados a la necesidad de proveerse un cobijo, para lo cual echaron mano de los materiales que les proveía el medio, al igual que lo hicieron durante milenios los anteriores pobladores de este territorio; también hicieron acopio de sus limitados

conocimientos en construcción, desarrollando lo que podría dársele el calificativo de una arquitectura transitoria o temporal, en muchos casos de muy bajas calidades técnicas y arquitectónicas, pero que inicialmente brindó albergue a sus familias de una forma rápida y decente, ya fuera en medio de los incipientes caseríos o del monte, para de esa manera centrarse en las actividades que demandaba su sobrevivencia (Imágenes 202 y 203).

Imagen 202. Casa de Vara en tierra – Estructura de madera y guadua.

Imagen 203. Casa de Vara en tierra – Techos vegetales.



Imagen 202. Casa de Vara en tierra – Estructura de madera y guadua. Simulaciones en 3D 2006. Arquitecto José Fernando Muñoz Robledo. Estudiante Carlos Fernando Zambrano. Imagen 203. Casa de Vara en tierra – Techos vegetales. Simulaciones en 3D 2006. Arquitecto José Fernando Muñoz Robledo. Estudiante Carlos Fernando Zambrano. Fuente: Libro Sistemas Constructivos – Arquitecturas de Baja Altura en Manizales. Autor: José Fernando Muñoz Robledo.

Dan forma inicialmente a las denominadas edificaciones de “vara en tierra”, que se construían clavando horcones de madera y/o guadua en el terreno,

rematados con piezas horizontales o vigas en los mismos materiales o palma macana; seguidamente se cerraban las áreas resultantes entre dichos horcones y vigas con hileras de madera rolliza parada de poca sección, incrustadas también en la tierra o con tejidos de ramas y bejucos a los que adherían barro. Los pisos eran en tierra y las cubiertas a dos aguas, debido a la forma rectangular de estas construcciones, con estructuras muy elementales que cubrían con hojas de palma, astillas de árbol y otros elementos de origen natural. En este sentido, el arquitecto José Fernando Muñoz Robledo, citando al historiador Albeiro Valencia Llano, comenta lo siguiente con relación al sistema constructivo de vara en tierra:

Joaquín Arango Restrepo, en 1843 con ayuda de varios compañeros, socoló la montaña e hizo un gran abierto, en pocos días, levantó un espacioso rancho de vara en tierra, lo envigó con maquenques y le puso por techumbre astillas y coca de palma de chonta”; es decir, troncos de madera y guadua clavados al suelo con vigas de madera de palma macana y techos vegetales, cerramientos en madera parada, lo que les permitía un hábitat de apropiación territorial (2012, p. 23).

La estabilidad económica generada en torno a las actividades agrícolas, como alrededor de los oficios y negocios existentes en los nacientes poblados, les permitió más adelante a los pioneros de este proceso detenerse a pensar sus construcciones e incorporar mejoras sustanciales, tanto desde el punto de vista constructivo como del confort espacial y climático de las mismas, las cuales se difundirían con gran rapidez.

Para esto requirieron la vinculación de experimentados alarifes venidos de otras provincias que se habían formado bajo el influjo de las técnicas provenientes de ultramar, lo mismo que de maestros artesanos que estos mismos fueron formando tras un proceso de selección en el que los más hábiles en las lides de la construcción, se fueron especializando y perfeccionando su trabajo.

Proceden entonces a elevar las edificaciones del suelo utilizando piedras como soporte, sobre las que apoyaban vigas “soleras” de considerable sección, que servían de base al envigado y este a su vez al entablado del entepiso, en el que reposaban los parales de madera aserrada separados a 0,80 o 1,00 metro de distancia; estos parales a su vez se arriostraban con diagonales, conformando

una membrana sobre la que descansaba la solera superior que servía de asiento a la estructura de la cubierta (Imagen 204).

Imagen 204. Bahareque fundacional – Estructura de madera y guadua.

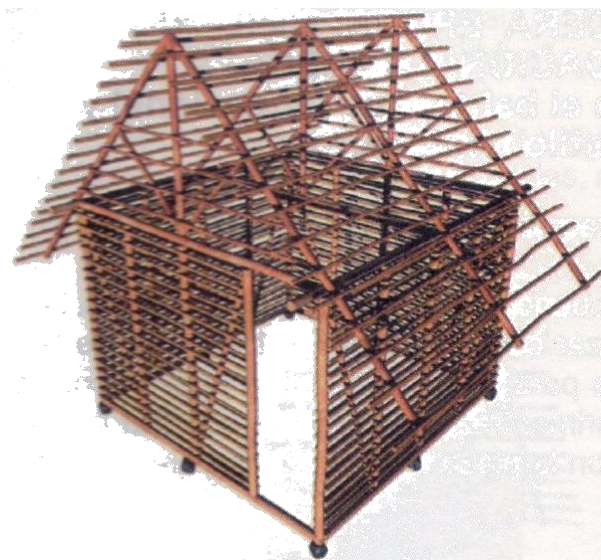


Imagen 204. Bahareque fundacional – Estructura de madera y guadua. Simulaciones en 3D 2006. Arquitecto José Fernando Muñoz Robledo. Estudiante Carlos Fernando Zambrano. Fuente: Libro Sistemas Constructivos – Arquitecturas de Baja Altura en Manizales. Autor: José Fernando Muñoz Robledo.

Es importante anotar que este sistema también se construía de manera mixta, intercalando elementos de madera y guadua, o solo en guadua, dependiendo de la capacidad económica del propietario, de lo que se deduce “...un predominio de las maderas finas de los bosques de niebla de la selva húmeda tropical andina, en las arquitecturas más relevantes y, el predominio de la guadua como material de soporte de las arquitecturas más populares” (Muñoz, 2010, p. 15).

Esta membrana se multiplicaba modularmente, hasta conformar los cuatro lados de un espacio cuadrangular que se reproducía según la cantidad de habitaciones o áreas requeridas en la edificación, ya fuera rodeando el patio si se construía en un lote urbano, o siguiendo la alineación definida por el corredor en el caso de una construcción rural; de ahí que se popularizará la denominación para esta arquitectura de casas de cuadro o número, a razón de las veces que se repetían los mencionados cuadros configurando los inmuebles (Imagen 205). En este sentido, el maestro Gabriel Cadavid, en entrevista concedida en el municipio

de Filandia, Quindío, afirma lo siguiente: “En el bahareque lo primero que hay que pensar es en conseguir las piedras pa’ hacele los cimientos pa’la casa, porque encima de esas piedras van los cuadros” (Citado en: Flórez, 2000, p. 182).

Imagen 205. Finca Marsella, Risaralda.



Imagen 205. Finca Marsella, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Este mejoramiento del sistema constructivo del bahareque tendría que ver con otros dos importantes momentos de la edilicia regional de los que resulta muy beneficiado. Son estos, la utilización de la tapia pisada proveniente de las provincias de Cauca y Antioquia, directamente influenciadas por la presencia española, y por el desarrollo del denominado estilo temblorero (Muñoz, 2010).

La tapia pisada como elemento representativo de la actividad edificatoria del periodo colonial español, aparece en este panorama como una manera de simbolizar el progreso y las condiciones favorables de vida que se habían alcanzado en el territorio del PCC, a finales de la segunda mitad del siglo XIX. De esta manera, se erigen edificaciones con muros monolíticos de tapia, como una forma de manifestar el desdén por el bahareque, sistema constructivo que en la mentalidad de muchos de los habitantes de esta región se encontraba asociado

con la precariedad y pobreza de los tiempos iniciales de este proceso de poblamiento.

Sin embargo, la aventura que significó utilizar muros pesados y poco flexibles en edificaciones de dos pisos en medio de condiciones sísmicas tan desfavorables como las existentes en la región, condujo al rápido abandono de estas construcciones y al desarrollo de un sistema híbrido compuesto por muros de tapia en el primer piso y bahareque en el segundo, que se acuñaría con la denominación de “estilo temblorero”, como resultado de su eficiente respuesta frente a los terremotos; cabe agregar que también se utilizaron fábricas de ladrillo en tizón y sogá de gran sección en sustitución de la tapia o muros mixtos en tapia y ladrillo (Muñoz, 2010).

El estilo temblorero por su parte, no alcanza a popularizarse de la manera que sí lo había logrado el bahareque desde que se inicia el proceso de asentamiento en los ámbitos urbanos y rurales de la región, lo que significaría un nuevo momento de auge para este sistema liviano de construcción, el cual coincide con la consolidación del proceso de poblamiento a partir del afianzamiento de la economía regional, sobre la base que provee la agricultura teniendo como producto insignia el café, y el sector pecuario con la crianza y comercialización de cerdos como bandera; también por el incremento del intercambio de bienes y servicios, lo que redundaría de manera clara en la evolución de la arquitectura regional de bahareque desde los puntos de vista técnico, espacial, formal y estético, con los matices y variantes que significa su construcción en las estructuras urbanas o en los núcleos contruidos de las fincas.

Así, las gentes encuentran una respuesta a la necesidad de proveerse espacios de mejor calidad y con mayores especificaciones, produciendo construcciones de uno, dos o más pisos en las que además de las tradicionales fundaciones de grandes piedras sobre el terreno, se elaboran cimentaciones corridas de piedra de menor espesor consolidadas con morteros, sobre las que se

disponen pilares en ladrillo o membranas de bahareque para asumir los desniveles de las pendientes, y apoyar de esta manera las soleras inferiores de las edificaciones (Imagen 206).

Imagen 206. Finca El Cairo, Valle del Cauca, Colombia.



Imagen 206. Finca El Cairo, Valle del Cauca, Colombia. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Además, se perfeccionan saberes tradicionales relacionados con el corte, curado y uso de la guadua y la madera, así como técnicas dirigidas a mejorar el desempeño estructural, dentro de lo que es indispensable resaltar el gran repertorio de ensambles que se adoptan al no disponer de productos industriales para unir las piezas de madera como puntilla, alambre, tornillos o zunchos metálicos; es importante mencionar también que se hacía uso de especies maderables que hoy reciben el calificativo de “preciosas”, las cuales se encuentran extintas o próximas a estarlo, como el Aguacatillo, el Barcino, el Cedro colorado, el Cedro Laurentuno, el Cedro negro, el Chaquiro, el Comino, el Encenillo, el Laurel amargo, el Nogal y el Tacho, entre otros.

1.4.3. El bahareque y sus tipologías constructivas en el paisaje urbano y rural

El auge del bahareque tras la experimentación que se da con sistemas constructivos como la tapia y el desarrollo del estilo temblorero, genera las condiciones para el desarrollo de variantes que tuvieron en los bahareques de tierra macizo y hueco su punto de origen, son estas los bahareques de tabla,

metálico y encementado (Robledo, 1993). Vale mencionar que los bahareques de tierra macizos y huecos recibirían en el argot popular los nombres de “embutido y enchinado” respectivamente, y el de tabla, “de tabla parada, cancel o tabique”; también se dio una particular versión de bahareque denominada falsa tapia, que pretendía simular la apariencia de los muros de tapia pisada.

Todos estas variantes del bahareque presentan diversos componentes en común, como son el mismo tipo de diseño para la cimentación, para los entrepisos, al igual que una solución similar para la estructura y el manto de la cubierta, teniendo como elemento diferenciador la composición de las membranas que envuelven los volúmenes, las cuales cumplen el doble propósito de servir de cerramiento de los espacios que integran las casas, al tiempo que de muros de carga.

El bahareque embutido al igual que los demás variantes analizados, está compuesto por una membrana de parales verticales de madera o guadua ubicados cada 0,80 o 1,00 metros, que se arriostran con diagonales de los mismos materiales para darle rigidez al elemento, tanto a las membranas que se desarrollan en el sentido longitudinal de los cuerpos que conforman las casas, como las que se ubican en sentido transversal separando los espacios.

El bahareque embutido o macizo tiene como particularidad que las cavidades existentes entre los parales y las diagonales que conforman la membrana aparecen rellenas con tierra de características arcillosas, dando lugar a un cerramiento de composición sólida, diferente a los otros bahareques estudiados debido a su contextura más ligera (Imágenes 207 y 208).

Imagen 207. Planta, alzado y sección membrana de bahareque macizo o embutido.
 Imagen 208. Render membrana de bahareque macizo o embutido.

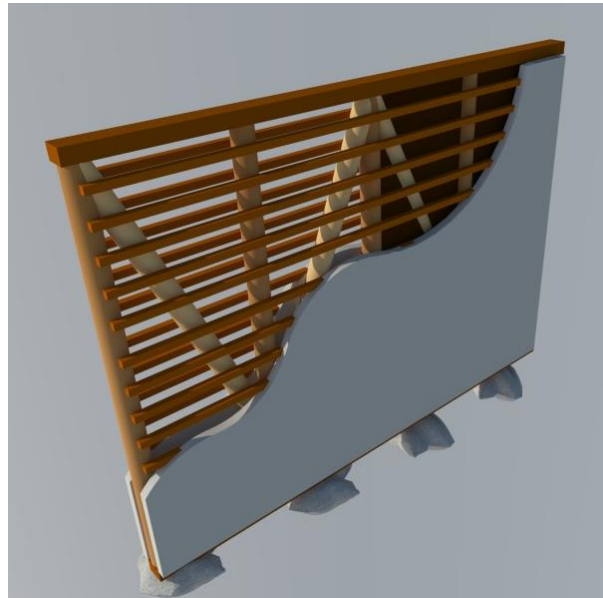
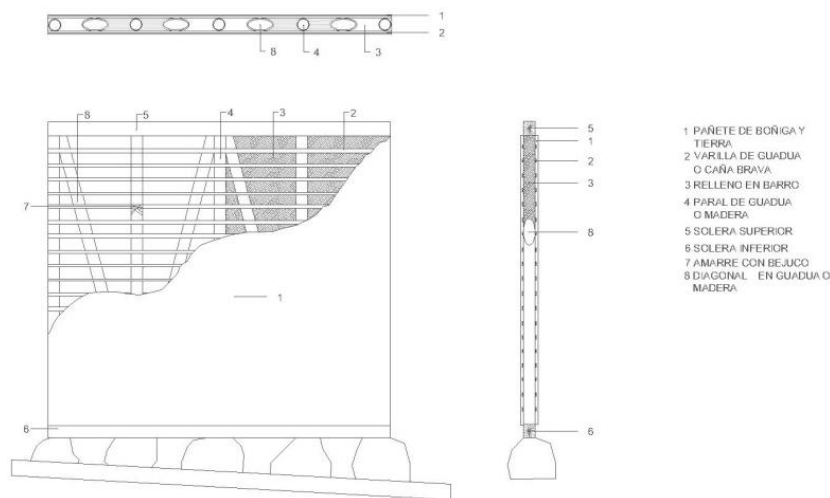


Imagen 207. Planta, alzado y sección membrana de bahareque macizo o embutido. Imagen 208. Render membrana de bahareque macizo o embutido. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Dibujo y renderización: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Para elaborar el relleno del bahareque embutido, los maestros amasaban la tierra modelando especies de bolas que colocaban unas sobre otras en las cavidades de la membrana, y que se sostenían gracias a varillas de madera o latas de guadua que iban pegando cada 10 centímetros de abajo hacia arriba del elemento, a la manera de hiladas de ladrillo. Estas varillas o latas junto con los parales y las diagonales, los cuales cumplen una función estructural, constituían un tejido que finalmente se revestía con un mortero integrado por tierra,

excremento de caballo comúnmente designado con el término de “cagajón”, y fibras vegetales que picaban en la mezcla para darle cohesión (Imagen 209).

Imagen 209. Culata casa El Cairo, Valle del Cauca.



Imagen 209. Culata casa El Cairo, Valle del Cauca. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

De los bahareques de tierra tenemos también el enchinado, el cual se caracteriza por tener las cavidades que conforman los parales y las diagonales sin rellenar, dando lugar a cámaras de aire revestidas por ambos lados con esterilla³⁶ de guadua. La esterilla por su parte se encuentra recubierta con una capa de 1 o 2 centímetros del mismo tipo de mortero con que se enlucía el bahareque embutido, compuesto por tierra, cagajón y fibras vegetales entre las que era común la utilización de cabuya³⁷ picada (Imágenes 210 y 211).

³⁶ La esterilla de guadua es un derivado directo de la guadua que se obtiene abriendo la guadua de forma cilíndrica y desplegándola en todo su perímetro, obteniendo piezas de longitudes que varían entre los 3 o 4 metros y anchos que oscilan entre 0,40 y 0,50 metros.

³⁷ Fibra natural extraída de la penca de cabuya.

Imagen 210. Planta, alzado y sección bahareque hueco o enchinado. Imagen 211. Render bahareque hueco o enchinado.

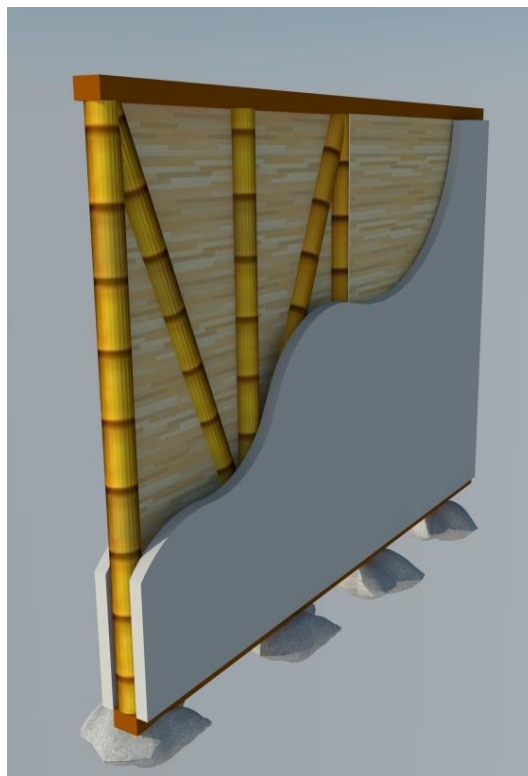
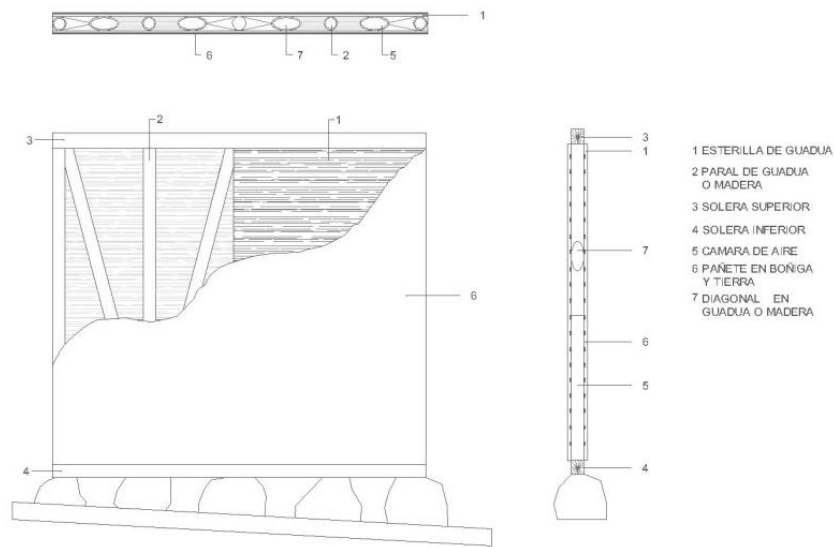


Imagen 210. Planta, alzado y sección bahareque hueco o enchinado. Imagen 211. Render bahareque hueco o enchinado. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Dibujo y renderización: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

El bahareque enchinado además de ser ligero debido a la constitución de sus membranas, se caracteriza por brindar aislamiento acústico y térmico a los espacios que configura, propiciando condiciones de intimidad y confort climático para sus habitantes (Imágenes 212 y 213).

Imagen 212. Casa El Cairo, Valle del Cauca.
Imagen 213. Casa Finca La Esperanza, La Celia, Risaralda.



Imagen 212. Casa El Cairo, Valle del Cauca. Imagen 213. Casa Finca La Esperanza, La Celia, Risaralda.
Fuentes: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Ambos bahareques, embutido y enchinado, debido a que su recubrimiento se elabora con el mismo tipo de mortero, presentan una tez similar caracterizada por su aspecto rústico y sinuoso, lo que le imprime una especial textura y calidez a los espacios que constituyen.

El siguiente bahareque a observar es el de tabla parada, cuyas membranas de cerramiento y soporte se dejaban huecas, lo mismo que sucede con el bahareque enchinado. En cuanto a su revestimiento, este se elabora como su denominación lo indica, con tablas dispuestas a tope en sentido vertical y guarda luces cubriendo sus empalmes (Imágenes 214 y 215).

Imagen 214 Planta, alzado y sección bahareque de tabla, tabla parada, cancel o tabique.
 Imagen 215. Render bahareque de tabla, tabla parada, cancel o tabique.

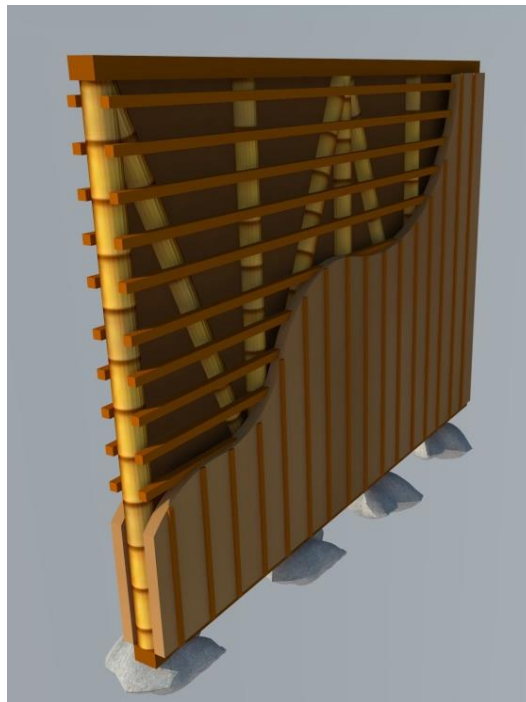
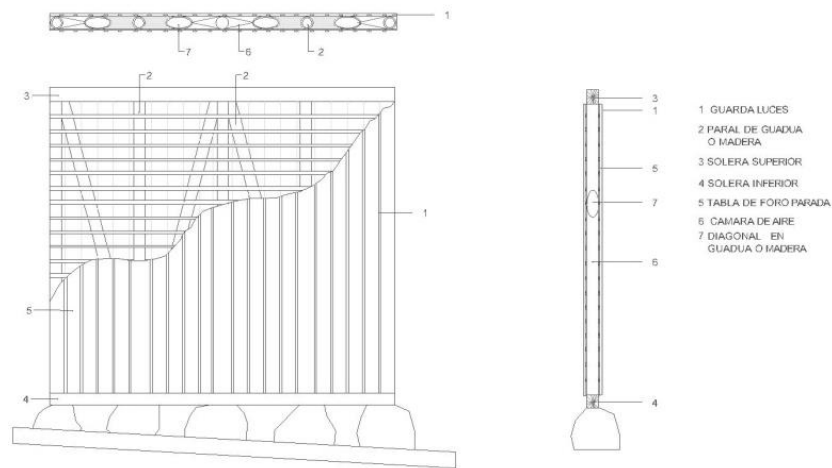


Imagen 214 Planta, alzado y sección bahareque de tabla, tabla parada, cancel o tabique. Imagen 215. Render bahareque de tabla, tabla parada, cancel o tabique. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Dibujo y renderización: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

El bahareque de tabla parada, cancel o tabique tiene como particularidad que las guarda luces que se emplean para ocultar las uniones entre tablas, en algunos de los casos observados, se rematan con cenefas a manera de arcos de medio punto, lo que conjuntamente con las pinturas del fondo y del primer plano producen interesantes ritmos y texturas (Imágenes 216, 217, 218 y 219).

Imagen 216. Casa Balboa, Risaralda. Imagen 217. Casa finca El Porvenir, Marsella, Risaralda. Imagen 218. Casa Balboa, Risaralda. Imagen 219 Casa finca el Silencio, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.

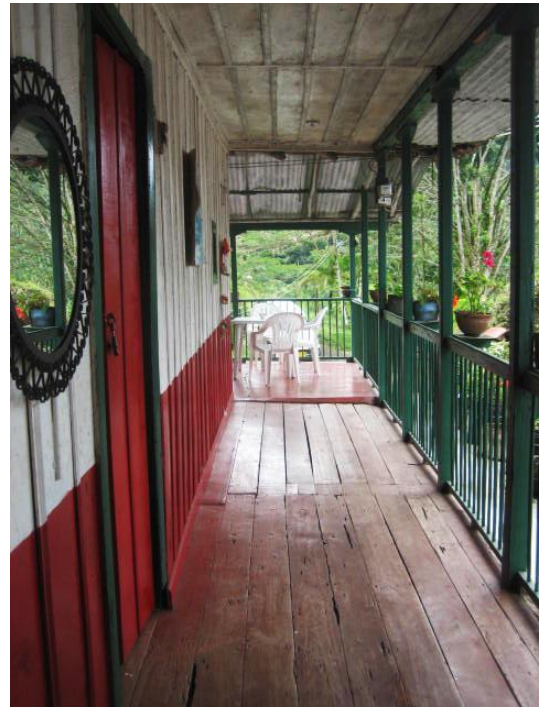
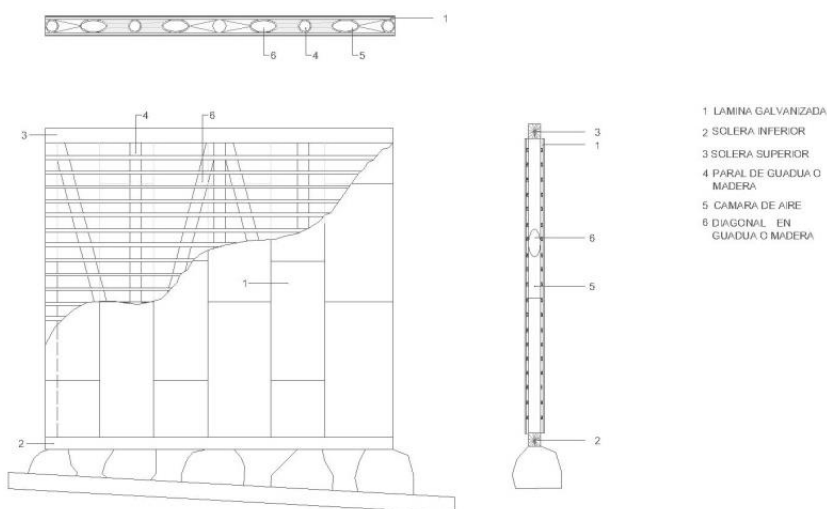




Imagen 216. Casa Balboa, Risaralda. Imagen 217. Casa finca El Porvenir, Marsella, Risaralda. Imagen 218. Casa Balboa, Risaralda. Imagen 219 Casa finca el Silencio, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuentes: Imágenes 216 y 217. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Imágenes 218 y 219. Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

El bahareque metálico o de lámina galvanizada, al igual que el bahareque enchinado y el de tabla parada, se caracteriza por presentar la misma membrana hueca constituida por parales y diagonales de madera y/o guadua, pero teniendo como variante un revestimiento en el que se utilizan módulos de lámina metálica adheridos a la misma. La fijación de dichos módulos metálicos se logra por medio de varillas de madera, que se disponen a lo largo de la membrana y correspondiendo con la altura de las juntas de estos elementos, los cuales se disponen de forma alineada (Imágenes 220 y 221).

Imagen 220. Planta, alzado y sección bahareque metálico.
Imagen 221. Render bahareque metálico.



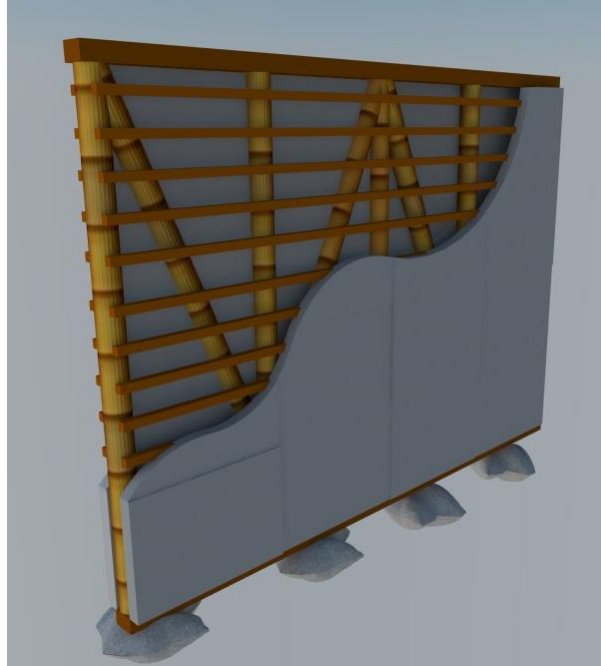


Imagen 220. Planta, alzado y sección bahareque metálico. Imagen 221. Render bahareque metálico. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Dibujo y renderización: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

El bahareque metálico produce una rugosidad y brillos que resaltan de manera particular la textura de su superficie; igualmente, el espesor de las láminas empleadas explica el buen estado de conservación de este material en muchos de los inmuebles construidos con este tipo de bahareque (Imágenes 222 y 223).

Imagen 222. Casa Belalcázar, Caldas.
Imagen 223. Casa Belalcázar, Caldas.





Imagen 222. Casa Belalcázar, Caldas. Imagen 223. Casa Belalcázar, Caldas. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Se debe agregar cómo el bahareque metálico, además de utilizarse en el acabado de los planos de pared de las casas, sobre todo en las de gran altura, fue empleado también para la construcción de templos, hecho sobre el cual Jorge Enrique Robledo anota lo siguiente: “Según las crónicas, la moda del bahareque metálico se inició por donde debía: por su uso en las iglesias, en las que siempre se expresaron por primera vez los cambios tecnológicos y formales de un pueblo religioso en grado sumo” (1993, p. 34), esto debido a la incapacidad que tenían los aleros para brindar una protección adecuada a los muros de las fachadas frente a las inclemencias del clima, en el caso de los bahareques de tierra y de madera (Imágenes 224 y 225).

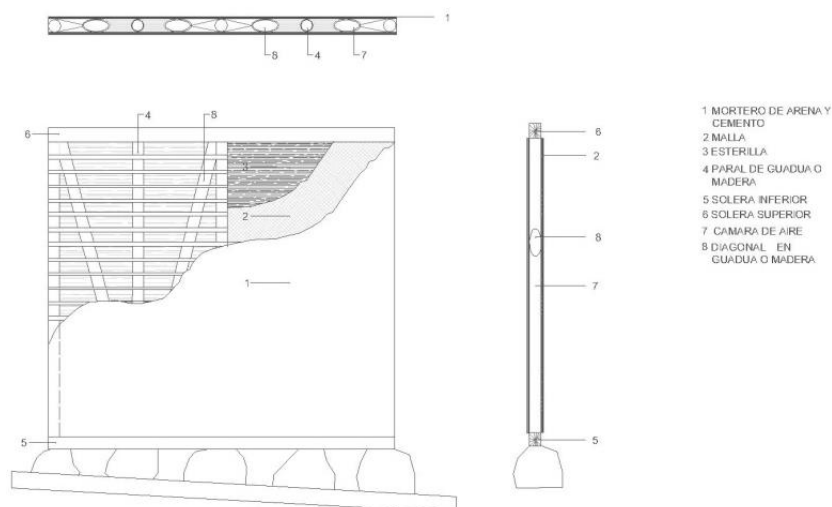
Imagen 224. Templo de La Inmaculada, Manizales, Caldas.
 Imagen 225. Catedral Nuestra Señora de La Pobreza, Pereira, Risaralda.



Imagen 224. Templo de La Inmaculada, Manizales, Caldas. Imagen 225. Catedral Nuestra Señora de La Pobreza, Pereira, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Por último, tenemos el bahareque encementado, que básicamente corresponde a una versión de los bahareques de tierra –embutido y enchinado – recubiertos con un mortero de arena y cemento (Imágenes 226 y 227).

Imagen 226. Planta, alzado y sección bahareque encementado.
 Imagen 227. Render bahareque encementado.



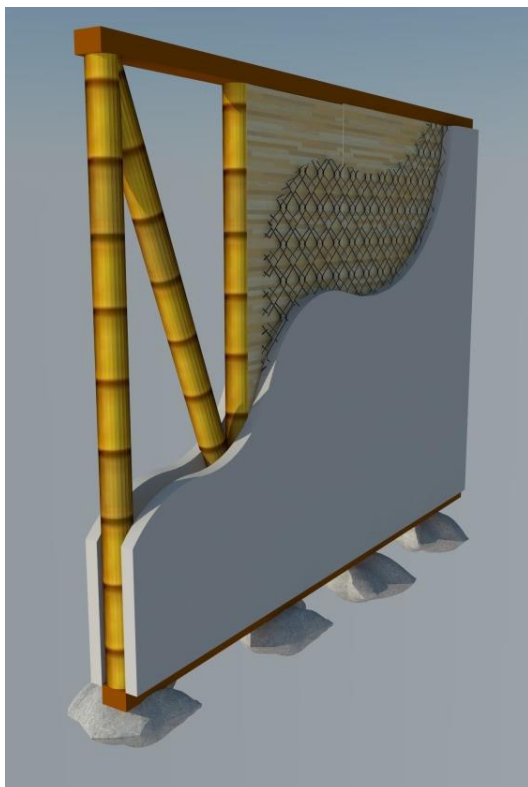


Imagen 226. Planta, alzado y sección bahareque encementado. Imagen 227. Render bahareque encementado. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Dibujo y renderización: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

La posibilidad de producir un recubrimiento que no fuera tan vulnerable frente a los efectos del clima como el mortero de tierra y cagajón, fue posible cuando en la década de 1930 se tuvo acceso en esta región al cemento tipo Portland, importado de Europa (Imagen 228), hecho que por otro lado facilitó la transición hacia arquitecturas como la republicana o la premoderna, basadas en el empleo de estructuras de hormigón armado y que se dieron principalmente en la ciudades capitales Armenia, Manizales y Pereira.

Imagen 228. Casa carrera 9 calle 16, Pereira, Risaralda.



Imagen 228. Casa carrera 9 calle 16, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

El encementado de la superficie del bahareque embutido se lograba adhiriendo mallas sobre las latas de guadua o de madera empleadas para la contención del relleno de tierra presente en las cavidades de la membrana (Imagen 229); en cuanto al encementado del bahareque enchinado, este se obtenía recubriendo la superficie de la esterilla con malla, para seguidamente aplicar el mortero de arena fina y cemento.

Imagen 229. Bahareque embutido con malla para su revestimiento con mortero de arena y cemento.



Imagen 229. Bahareque enchinado con malla para su revestimiento con mortero de arena y cemento, Belén de Umbría, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Al estudiar los diferentes tipos de bahareque, se debe aludir a la falsa tapia, para cuya construcción se desarrollaban dos membranas de bahareque enchinado, una enfrente de la otra a una distancia que oscilaba entre los 0,60 y 0,80 metros, ambas revestidas con esterilla y mortero solo por la cara exterior; la idea era con el ancho de este tipo de muro y con el acabado que daba el mortero de tierra y cagajón utilizado para enlucir sus caras, dar la apariencia de un cuerpo macizo de gran espesor semejante a la tapia pisada, esto como una forma de adquirir el estatus que usualmente representaban las casas construidas en este material y marcar una distancia con el desdeñado bahareque:

A tanto llegó la resistencia cultural hacia el bahareque que abundaron las paredes de tapias falsas. En esos casos, casi siempre en puntos de las construcciones que se notaban bastante, se organizaban las maderas, las guaduas, las esterillas y los revoques de tierra de forma tal que a simple vista que parecieran gruesas tapias y no delgados tabiques de bahareque (Robledo, 1993, p. 35).

En este sentido, se puede hacer referencia a un notable ejemplo de la arquitectura regional representativo de esta escasa variante de bahareque como

es la Casa de la Cultura de Marsella, edificación que se encuentra construida en falsa tapia en lo correspondiente a las plantas ubicadas por debajo del nivel del acceso principal; en cuanto al resto de plantas incluida la del mencionado acceso, se encuentran elaboradas en bahareque enchinado (Imagen 230).

Imagen 230. Casa de la Cultura de Marsella, Risaralda, Colombia.



Imagen 230. Casa de la Cultura de Marsella, Risaralda, Colombia. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

Se debe hacer salvedad en cómo en el ámbito rural del PCC, los bahareques más recurrentes han sido el embutido, el enchinado y el de madera con predominio de este último en los climas fríos; por su parte, en los centros urbanos los bahareques que más han hecho presencia son el embutido, el enchinado, el metálico y el encementado, con una recurrencia menor del bahareque de madera.

Según lo observado, también se puede afirmar que el bahareque que se ubica en el punto inicial de desarrollo de este sistema constructivo es el embutido, mientras que los que se ubican al final de la cronología son respectivamente el metálico y el encementado, sirviendo de transición con la arquitectura republicana

que se construyó en bahareque y de la que aún quedan importantes ejemplos en el centro histórico de la ciudad de Manizales (Imagen 231).

Imagen 231. Edificio Sanz, Manizales, Caldas.



Imagen 231. Edificio Sanz, Manizales, Caldas. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Capítulo 2
LA ARQUITECTURA REGIONAL DE BAHAREQUE EN LAS ESTRUCTURAS
URBANAS DE DAMERO EN LADERA:
Sus componentes singulares como envolventes y límites de la experiencia humana en el Paisaje Cafetero

El *lugar* está asociado con la idea de cobijo, a “una cobertura que los cuerpos se colocan sobre sí mismos” (Muntañola, 2001, p. 57), y a la necesidad que tiene el ser humano de modelar el espacio geográfico a su medida para volverlo suyo, para objetivarlo y para establecer una posición desde donde poder dominarlo. Se deduce entonces el papel fundamental que ha desempeñado la arquitectura y la ciudad como instrumentos que permiten al ser humano trazar un límite entre aquel mundo inhóspito e inalterado que representa el medio natural, y otro en el que como resultado de su intervención, se producen valores y símbolos, así como las nociones de protección y de ser y estar en el mundo.

Es así como los lugares surgen de su capacidad de “responder adecuadamente a las necesidades físicas de las personas y ofrecer protección, seguridad, estabilidad y comodidad” (Saldarriaga, 2002, p. 192), y de la posibilidad que tiene la arquitectura de brindar las condiciones que contribuyen a su modelación, permitiendo que se trascienda del mundo de las percepciones a la satisfacción de requerimientos concretos, lo que explica la importancia de esta disciplina en la producción de lugar y el papel que desempeña como pieza fundamental en la construcción del hábitat humano (Imagen 232).

Imagen 232. Apía, Risaralda.



Imagen 232. Apía, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Lo anterior nos ubica frente al papel que desempeña la arquitectura al ser una de las prácticas humanas que más aporta a la configuración del lugar, debido a que puede definir premeditadamente la “envoltura artificial construida” (Muntañola, 2001, p. 47) de los eventos y de los cuerpos físicos que se ubican en el espacio, así como en medio de otras envolventes como los paisajes y el territorio.

La arquitectura proporciona la envoltura límite que define Aristóteles como lugar, al tiempo que provee el “intervalo corporal” que contiene los cuerpos físicos y las relaciones que estos establecen en su continua interacción. Aparece entonces el lugar como una realidad inherente al elemento envolvente que configura el hecho construido, lo mismo que a los cuerpos y a las relaciones que envuelve o contiene; igualmente, nos damos cuenta de cómo el lugar se constituye en el espíritu de los espacios y de las envolventes que se conforman

alrededor de estos –paisajes y territorio–, permitiéndole por consiguiente a quienes las habitan, generar representaciones y significados.

Además de la arquitectura estar fundamentada en ideas y conceptos, requiere de la materia para concretar el lugar, para plasmar su impronta en medio de la matriz natural: “La huella sustituye a la práctica. Manifiesta la propiedad (voraz) que tiene el sistema geográfico de poder metamorfosear la acción para hacerla legible” (De Certeau, 2000, p.109). Se explica así la función de la arquitectura en su relación con la construcción de los lugares y su naturaleza como realidad íntimamente asociada a la existencia del territorio.

Finalmente, es importante insistir en el rol de la arquitectura como el límite que diferencia el exterior del interior a partir de la utilización de un repertorio de recursos formales, funcionales, tecnológicos y estéticos, que en conjunto modelan la “envoltura artificial” que idealmente se funde y dialoga con los paisajes y con el territorio, contribuyendo con la configuración de su fisonomía. De tal manera que “... el edificio nos excluye del mundo exterior, pero no de cualquier manera: la forma como lo hace es precisamente su estética, o sea, la forma bajo la cual nuestra capacidad de anticipación y de ver están ‘pautadas’...” (Muntañola, 2001, p. 37)

2.1 Particularidades de la implantación de las estructuras urbanas de damero sobre un relieve de montaña

La implantación de las estructuras de damero sobre ladera, además de constituir un hecho poco frecuente, diferente a lo que la tradición urbana hispánica desarrolló en América desde el arribo de los españoles en el siglo XV, generó particularidades que conjuntamente con otras intervenciones de tipo antrópico le confirieron el carácter, tanto a nuestro territorio como a nuestros paisajes. Carlos

Niño Murcia comenta respecto de las condiciones de esta región y del potencial que esta albergaba:

Las tierras incultas de ladera, impenetrables por la tupida selva, fueron las aptas para los colonizadores del siglo XIX puesto que en ellas encontraron los requisitos primordiales para satisfacer sus necesidades primarias. La vertiente de ladera entre los 1000 y 2000 metros de altura, significó no sólo las tierras olvidadas en las cuales podían lograr sus asentamientos, sino, también con el correr del tiempo, el clima más propicio y apto para el posterior cultivo del café (1985, p. 66).

Es razonable señalar que, dentro del devenir histórico de nuestra región y como resultado de esta gesta, existan importantes muestras de los diferentes tipos de emplazamiento que generó la particular forma de hacer urbanismo, derivados todos ellos de la manera como los pioneros del proceso de poblamiento recorrieron e interiorizaron las geo-formas de este segmento de la geografía nacional. Partimos del hecho de que las avanzadas de poblamiento penetraron esta zona del país abriendo caminos por las partes altas de las cordilleras y sus estribaciones, situación determinante en la consolidación de las estructuras urbanas de damero sobre ladera:

Las poblaciones fundadas en la accidentada topografía de las montañas mantuvieron tercamente el rigor geométrico de los trazados cartesianos coloniales; es más, en la reproducción del gesto fundador de los primeros conquistadores, la plaza será el centro gravitacional de la población y la iglesia su representación metonímica (Arango, 1989, p. 113).

2.1.1 Emplazamiento sobre cuchilla

El recorrido por los caminos por los que se penetró esta particular geografía de montaña, requirió de paradas o descansos que sirvieron de punto de partida para el surgimiento de fondas, que se convirtieron en la semilla del nacimiento de numerosas poblaciones, y en muchos casos de poblaciones correspondientes al primer tipo de emplazamiento, caracterizado por desplegar el damero sobre los faldones ubicados a lado y lado del camino que se disponía longitudinalmente

siguiendo la cuchilla, dando origen a un eje central que en algunos casos se ampliaba debido al aplanamiento de la parte superior de la montaña y a una sección equivalente al ancho de una manzana y sus respectivas calles:

Las ciudades se implantaron en lo alto de las cuestras, sobre una doble curvatura que recuerda las sillas de montar a caballo, a la vez que genera una estructura con una calle central que parte de la plaza, más varias transversales con fuertes pendientes y visuales espectaculares; aunque también con ciertos problemas de circulación y de expansión. Ya en épocas del auge cafetero se construirían las casas y ciudades que representan uno de los patrimonios arquitectónicos más valiosos del país (Niño, 1996, p. 40).

Así, el eje ya compuesto por dos calles continuaría prestando su función inicial, adquiriendo además el carácter de servidumbre de paso para las gentes que se dirigían hacia otras poblaciones y zonas rurales cercanas. Son ejemplos de este tipo particular de estructura de damero sobre ladera las áreas urbanas de los municipios caldenses de Anserma y Belalcázar (Imágenes 233, 234 y 235), así como la población de Risaralda en el mismo departamento.

Imagen 233. Anserma, Caldas.
Imágenes 234 y 235. Belalcázar, Caldas.



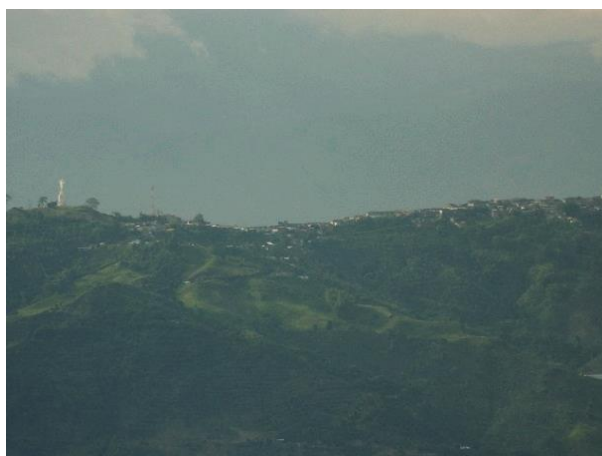


Imagen 233. Anserma, Caldas. Imagen 234 y 235. Belalcázar, Caldas. Fuente imagen 233: Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, Jaime Carranza equipo patrimonio natural. Fuente imágenes 234 y 235: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Este eje terminaría por convertirse en una centralidad lineal, en la que se ubicaron el parque principal y en su perímetro en tiempos de la fundación, el templo, las casas cural y consistorial; también se generarían otros parques de menor jerarquía fruto del proceso paulatino de expansión, acompañados asimismo de un templo y de otras edificaciones singulares, como en el caso de Anserma.

Hoy en día, estos parques y las vías principales albergan edificaciones con usos de diferente índole, en particular dedicadas a la venta de bienes y servicios.

2.1.2 Emplazamiento sobre colina de superficie aplanada

El siguiente tipo de emplazamiento surge sobre una meseta en la mayoría de los casos de limitadas dimensiones, lo que incide en el desarrollo de un damero regular que se interrumpe en la medida en que se enfrenta a los bruscos cambios de pendiente. Esta estructura urbana también tiene su origen en el parque, que tiende a ubicarse en el centro de la altiplanicie, siendo en algunos casos el elemento generador de un crecimiento concéntrico o longitudinal, el cual depende para su desarrollo uniforme de la forma de la mencionada meseta. Son ejemplos de este tipo particular de estructura urbana de damero sobre ladera las poblaciones de Santuario en Risaralda y El Cairo en el norte del Valle del Cauca (Imágenes 236, 237 y 238), lo mismo que Salento en el departamento del Quindío y Salamina en Caldas.

Imagen 236 Santuario, Risaralda.
Imágenes 237 y 238. El Cairo, Valle del Cauca.





Imagen 236 Santuario, Risaralda. Imágenes 237 y 238. El Cairo, Valle del Cauca. Fuente imagen 236 Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, Jaime Carranza equipo patrimonio natural. Fuente imágenes 237 y 238: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

2.1.3 Emplazamiento sobre ladera

Otro tipo de emplazamiento es el que se desarrolla completamente sobre ladera y que tiene como punto de partida un parque, por lo general con su superficie inclinada o alabeada, que se convierte en el origen de una estructura urbana con calles que se entrecruzan ortogonalmente, configurando las manzanas. Estas calles se presentan unas siguiendo las curvas de nivel y otras contrapuestas a estas, llegando a adquirir elevadas pendientes que en muchos casos las hacen aptas solo para el tránsito peatonal. Son representativas de este tipo de

emplazamiento las poblaciones de Apía y Belén de Umbría en el departamento de Risaralda (Imágenes 239, 240 y 241) y Pácora en Caldas.

Imágenes 239 y 240. Apía, Risaralda.
Imagen 241. Belén de Umbría, Risaralda.





Imagen 239 y 240. Apía, Risaralda. Imagen 241. Belén de Umbría, Risaralda. Fuente imagen 239. Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, Diana Rodríguez equipo patrimonio natural. Fuente imágenes 240 y 241. Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

2.1.4 Emplazamiento sobre ladera de baja pendiente

Finalmente, se observan emplazamientos urbanos sobre laderas de baja pendiente rodeados por montañas, configurando especies de ollas en las que la configuración de su geomorfología hace que se focalicen tensiones de diferente naturaleza sobre las estructuras de damero. Como ejemplo se puede hacer referencia a las áreas urbanas de los municipios de Génova y Pijao en el departamento del Quindío, en las cuales, a diferencia de los poblados donde el crecimiento lo truncan las caídas vertiginosas del relieve, su expansión se ve impedida por la barrera que erige la topográfica en su perímetro (Imágenes 242 y 243). Otro ejemplo de este tipo de emplazamiento lo constituye el casco urbano del municipio de La Celia en Risaralda.

Imágenes 242 y 243. Pijao, Quindío.



Imágenes 242 y 243. Pijao, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Se dan casos especiales como el de Marsella en Risaralda (Imágenes 244 y 245), que teniendo un damero de características muy regulares extendido sobre una topografía bastante sinuosa, y el parque como generatriz de un proceso de crecimiento de características concéntricas, fue objeto de un movimiento de tierra de grandes proporciones dirigido a aplanar la topografía en su área central, con el objeto de proporcionar las condiciones adecuadas para el desarrollo del parque de Bolívar y de las manzanas fundacionales localizadas en su perímetro.

Imágenes 244 y 245. Marsella, Risaralda.



Imágenes 244 y 245. Marsella, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Finalmente, es importante señalar cómo las poblaciones de Balboa en Risaralda (Imágenes 246 y 247) y Buenavista en el departamento del Quindío, desarrollaron estructuras urbanas de tipo lineal sobre topografías de elevadas pendientes, las que eventualmente retoman la cuadratura de manzanas y la retícula de calles que se entrecruzan en el segmento correspondiente al parque fundacional.

Imágenes 246 y 247. Balboa, Risaralda.



Imágenes 246 y 247. Balboa, Risaralda. Fuentes: Investigación Delimitación PCC departamento del Risaralda, Diana Rodríguez. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

2.2 Calidades ambientales y fisonomía de los escenarios urbanos del PCC

El damero sobre ladera le ha conferido especiales características y condiciones a los escenarios urbanos del PCC, razón por la cual los centros históricos de esta región que responden a las características expuestas y que conservan su integridad, haciéndose representativos de la excepcionalidad de este territorio en el ámbito mundial, han sido medios propicios para experimentar un desarrollo a escala humana y con calidad de vida.

No obstante, es importante precisar que el presente análisis se realiza desde la orilla de lo cualitativo y observando el aporte que este tipo de ámbitos urbanos ha efectuado y podrían seguir produciendo sobre la calidad de vida de la gente. Por esta razón no se puede continuar haciendo caso omiso de los problemas de sostenibilidad que enfrentan actualmente estas poblaciones y, por ende, sus habitantes, con relación a la pérdida de identidad y arraigo, así como frente al creciente fenómeno de pobreza derivado de la falta de alternativas económicas y de posibilidades reales de desarrollo humano, que garanticen su futuro como una manifestación superlativa de la cultura territorial que se desarrolló en la región y como un hecho real para los individuos y para el colectivo.

Partimos entonces de entender cómo la topografía, con las características anotadas en los apartes anteriores, generó limitantes físicas al crecimiento de estos poblados, produciendo realidades urbanas de pequeña dimensión que facilitaron el contacto entre sus habitantes y por consiguiente, la creación de lazos de fraternidad y solidaridad. La poca distancia entre los diferentes componentes urbanos de estos poblados no ha requerido de soluciones de movilidad más allá de lo peatonal –no siendo este el caso de las ciudades capitales Armenia, Manizales y Pereira y de algunas poblaciones de la región, que desbordaron con creces los límites de sus áreas fundacionales–, lo que ha hecho que dichas estructuras de damero aún presenten predominio de la movilidad peatonal sobre la vehicular y que sus componentes del espacio público se conviertan en puntos de encuentro que la gente frecuenta y vive como algo propio, a la vez que en referentes cargados de significados y de memoria para la colectividad (Imagen 248).

Imagen 248. Parque de Bolívar, Pijao, Quindío.



Imagen 248. Parque de Bolívar, Pijao, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

En este sentido, es preciso retornar a la discusión planteada sobre la manera como se concreta la influencia hispánica en la forma de la ciudad en esta región, la cual no puede limitarse solo a la presencia del damero como elemento ordenador y a la idea de la ciudad de base racional que heredamos de manera indirecta de Europa y, por consiguiente, de la antigüedad clásica, sino que debe ampliarse a otros elementos plenamente reconocibles y que es necesario precisar.

Se reconoce la manzana como la unidad esencial de la que parte la construcción de la estructuras de damero en ladera, que como hemos podido observar, modifican de manera potente el paisaje. A diferencia de la ciudad de la colonia española, esta pieza urbana en el caso de nuestro poblados, se reduce tanto en la longitud de sus lados pasando de cien metros a ochenta, como en la dimensión de la división predial que ya no comprendería las grandes áreas previstas para la caballería y la peonía mencionadas anteriormente, sino lotes de menor tamaño teniendo como única diferenciación para su asignación con relación al rango político o social de los nuevos propietarios, la distancia con el parque fundacional. En este aspecto se produce una similitud con la urbe hispánica, en la que entre más importante era la persona a quien se le asignaba un lote, más próximo este debería quedar de la plaza mayor.

Se genera por consiguiente, una ciudad de baja densidad debido a la generosidad de sus predios en cuanto a área se refiere y a la poca altura de sus edificaciones, ocupación por metro cuadrado que aumenta hasta el tiempo presente, gracias a la fragmentación que sufren las propiedades consecuencia del proceso normal de mutación predial, así como a la ocupación de sus áreas libres representadas en los patios y solares. Este aumento de la relación habitante-área también crece, resultado de las nuevas formas de desarrollo del suelo en altura que irrumpen en los centros históricos de estas poblaciones, impactando además aspectos cruciales como los relacionados con la unidad de la morfología urbana y la conservación del patrimonio inmueble.

Los “solares” o lotes, al igual que en tiempos de dominio ibérico, se destinaron a la construcción de edificaciones con patio y solar de uno y dos pisos, teniendo un componente que las diferenciaría radicalmente de dicha arquitectura como lo fue la topografía. Esto influyó en el desarrollo de conjuntos edilicios compuestos por bajos hasta de uno y dos pisos por debajo del nivel de los accesos principales de los inmuebles. Cabe agregar el fundamental papel que juegan los solares en la manzana al configurar por sumatoria enormes vacíos verdes en sus centros, que contrastan con la masa de las construcciones y con la dureza de las superficies de sus calles.

Por su parte, estas calles caracterizadas por la ausencia de zonas verdes y vegetación, que por cierto se concentra en los parques, presentan poca distancia entre paramentos como un lejano reflejo de la disposición que en el compendio normativo de las Leyes de Indias u Ordenanzas de Poblaciones regulaba la sección existente entre las fachadas, estrechamente relacionado con el clima: “De las calles se especifica que “se prosigan desde la plaza mayor” (Ord. 117); que sean anchas en lugares fríos “y en los calientes sean angostas” (Ord.116)” (Salcedo, 1996, p. 116). Lo anterior en estrecha relación con la exposición solar del espacio público y del consiguiente confort climático que se debía proveer al

peatón. Se explica entonces por qué en las ciudades del PCC, usualmente ubicadas entre los 1200 y los 1800 metros, con sus climas cálidos y templados, la distancia entre perfiles urbanos oscile entre los 8 y 10 metros (Imagen 249).

Imagen 249. Marsella, Risaralda.



Imagen 249. Marsella, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Las calles por su parte, limitadas por el escalonamiento de los aleros, acompañan la fuga vertical que generan las laderas, convirtiéndose simultáneamente en palcos desde los que en sentido inverso se puede otear el paisaje y apreciar en la distancia las intervenciones efectuadas al paisaje como resultado de la presencia de otros cascos urbanos, de la agricultura y de la vivienda rural, así como por la existencia de relictos boscosos y montes, en muchos casos correspondientes a áreas protegidas (Imagen 250).

Imagen 250. Apía, Risaralda.



Imagen 250. Apía, Risaralda. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Los perfiles urbanos son continuos, resultado del adosamiento de los predios y se caracterizan por la homogeneidad del escalonamiento de cada uno de sus componentes, en el caso de las calles que se desarrollan siguiendo las altas pendientes, o por su linealidad en el caso de las vías planas que se disponen siguiendo las curvas de nivel; también se enfatiza dicha homogeneidad en la forma como se distribuyen los ritmos de vanos y llenos – la pared con relación a los vacíos que ocupan las puertas y ventanas– en el plano de cada fachada, constituyendo conjuntos armónicos que se alternan regularmente a lo largo de la cuadra.

Estos perfiles con los vanos que integran cada fachada, conforman a su vez membranas que contribuyen a disminuir la dureza de la superficie de la calle – aceras y calzada–, y actúan simultáneamente como filtros entre el mundo de lo público que se representa en la calle y la vivencia de lo íntimo que se concreta en la vivienda y en las edificaciones de bahareque destinadas a otros usos. Refiriéndose a la experiencia que produce habitar en estos medios urbanos, Niño Murcia plantea: “Las superficies de las fachadas blancas y planas se extendieron indefinidamente en el espacio urbano, rematadas por los amplios aleros que

protegen no sólo el andén sino también el material orgánico de las fachadas contra las inclemencias del tiempo” (1995, p. 67).

Es pertinente referirse entonces a la triada compuesta por la superficie de la calle, el perfil y el alero –en los sectores, manzanas o cuadras que aún están integrados por arquitectura regional de bahareque en estos pueblos–, al configurar una envolvente en la que cumplen un dinámico papel las texturas de los diferentes materiales y sus colores, en particular los que con esmero aplican los habitantes a los componentes elaborados en madera y que entran a contrastar con el blanco de las paredes. Esta envolvente brinda además escala al espacio urbano y al peatón, y define un sistema de cobijo con relación a los agentes climáticos, no solo con la protección de la materialidad de las fachadas, sino de quienes habitan y transitan por el espacio público (Imagen 251).

Imagen 251. Marsella, Risaralda.



Imagen 251. Marsella, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

El espacio público se halla representado en las calles y en el parque fundacional, el cual se constituye en el nodo de la dinámica urbana y en el punto de encuentro por excelencia, así como en algunos equipamientos deportivos que usualmente se encuentran distribuidos por la periferia. También se da el caso de parques alternos en las poblaciones, que han producido procesos de expansión urbana por fuera del centro histórico. Se suman a lo anterior las masas verdes que configura la unión de solares al centro de las manzanas, que en muchos casos han constituido un área común de juego y diversión para los niños que habitan las viviendas, insertándose en las mismas y conformando una especie de gran vecindad.

2.3 El patio y su papel estructurante en la forma de los inmuebles urbanos

2.3.1 El patio como patrón espacial de carácter universal y su transferencia a la arquitectura hispanoamericana

La arquitectura de bahareque en los ámbitos urbanos del centro occidente de Colombia, es un claro ejemplo de un proceso de transferencia y adaptación del patrón espacial de la casa de patio, dentro de la espacialidad característica de una cultura regional.

En esa medida, es importante realizar un preámbulo sobre cómo el patio ha estado presente en diferentes latitudes y estadios de la historia universal; también sobre cómo este ha desempeñado su papel como elemento ordenador de las relaciones funcionales y humanas que se tejen dentro de una multiplicidad de usos, en particular en las construcciones cuya finalidad ha sido la vivienda.

Partimos de observar cómo los registros históricos y arqueológicos traen a nuestro tiempo evidencias de la presencia del patio desde tiempos muy antiguos.

Así, en la ciudad de Ur de Caldea en Mesopotamia –ciudad que empieza su decadencia en el siglo IV a.C. después de vivir varios periodos de esplendor–, este componente aparece organizando en torno a sí mismo los espacios de viviendas de hasta dos pisos (Imagen 252):

Hacia el año 2000 a. C. se construyeron en Ur viviendas unifamiliares de dos pisos y planta prácticamente cuadrada, en las que las habitaciones estaban dispuestas alrededor de un patio. Como material de construcción se utilizaron ladrillos cocidos; el agua pluvial que caía al patio era canalizada mediante tuberías. En la planta baja se encontraban vestíbulo, cocina, livan y lavadero. La planta superior se reservaba para las habitaciones (Spalt, 2004, p. 12).

Imagen 252. Planta y perspectiva interior, casa con Patio en Ur de Caldea.

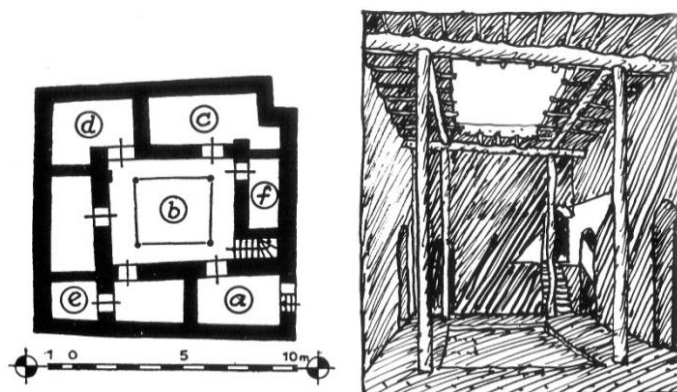


Imagen 252. Planta y perspectiva interior, casa con Patio en Ur de Caldea. Fuente: Libro Patios 5000 Años de Evolución desde la Antigüedad hasta Nuestros Días, Werner Blaser.

En la vivienda popular egipcia encontramos que las diferentes partes que la integraban se caracterizan por no poseer ventanas, presentándose abiertas hacia un espacio central descubierto que servía de transición con la calle. Por su parte en Grecia, tanto en la época arcaica como clásica, también encontramos la casa de patio teniendo como uno de sus ejemplos más representativos la casa tipo Prostas o Megaron (Ilustración 1), en la cual las diferentes áreas que integran este hábitat orbitaban alrededor de dicho punto jerárquico.

Ilustración No.1. Modelos de casa Prosta o tipo Megaron.

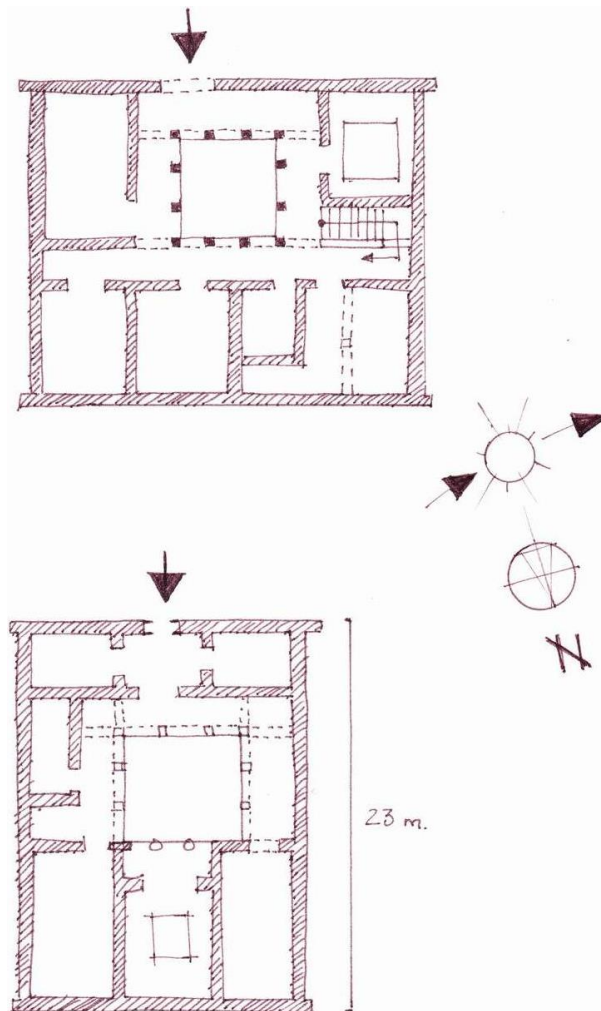


Ilustración No.1. Modelos de casa Prosta o tipo Megaron. Fuente: <http://ecatectonico.blogspot.com/2009/01/la-vivienda-en-el-mundo-antiguo.html>. Reelaboró: Arq. Henry Crucería Reina

De Mesopotamia, Oriente Medio y Grecia, el patrón de casa de patio se trasladaría a Occidente, incorporado dentro de la espacialidad de la vivienda romana, al igual que integrado al esquema formal de la arquitectura doméstica árabe, resultado de los influjos culturales que se esparcen por las vertientes norte y sur del Mediterráneo.

Por su parte, la arquitectura romana desarrolla la Domus, con su Atrio central como expresión de la casa de patio urbana (Imagen 253) y sus dos versiones de Villa: la primera, correspondiente a las exclusivas estancias de

recreo de las áreas suburbanas pertenecientes a las familias más poderosas del imperio, que se caracterizaban por su derroche en arte y por sus jardines interiores (Imagen 254); y la segunda, a las villas rústicas destinadas al apoyo de las actividades agropecuarias, las cuales además de las construcciones de albergue de sus habitantes, estaban compuestas por patios de labor en torno a los que se disponían espacios e infraestructuras de acompañamiento de las actividades productivas.

Imagen 253. Domus. Imagen 254. Villa Suburbana.



Imagen 253. Domus. Imagen 254. Villa Suburbana. Fuentes:

http://www.iesae.com/departamentos/sociales/exelearning/FAMILIA%20FLAVIUS.ROMA/vivan_en_una_preciosa_domus_en_pompeya.html - <http://culturabeel.blogspot.com/2010/03/casas-romans.html>

En este sentido, el arquitecto Ramón Gutiérrez, puntualizando el ascendente de las arquitecturas romana y árabe en la casa de patio en España, dice:

Las raíces de la casa romana, con su secuencia de patios vertebrados se reitera en estas tipologías a las que se integran otros aportes de procedencia ibérica y de ascendencia musulmana. En efecto, al modelo de la domus romana deberíamos adicionar efectos del intimismo árabe, con su secuencia de zaguán y chiflones que interconectan los patios (2001, p. 66).

Teniendo en cuenta lo anterior, se puede observar cómo el esquema espacial romano, que se implanta y desarrolla en suelo ibérico durante el tiempo de permanencia del imperio en la península, se convierte en modelo para la casa española, corroborándose en afirmaciones en las que se argumenta: “En términos generales, España hereda directamente de su ascendencia romana la parte más antigua del patrimonio y la más importante: el mismo ordenamiento de la casa” (Barrionuevo, 2001, p. 123), teniendo como centro de ese orden, el patio.

Atendiendo la alusión que hace Gutiérrez a la influencia de la arquitectura ibérica en las tipologías basadas en la casa de patio en España, este elemento arquetípico hace presencia entre los iberos ya en el siglo VI a.C, como lo pudieron comprobar los profesores Sala y Abad del Área de Arqueología de la Universidad de Alicante, en la región de la Contestania en el sureste español:

Se trata de una arquitectura sin fábricas destacables o cuidadas pero con excelentes acondicionamientos de los espacios interiores; edificios grandes, con un elevado número de estancias a las que el mero contraste con las construcciones domésticas básicas, de una o dos habitaciones, confieren un alto contenido de representación social. De acuerdo con este concepto, las viviendas que aquí destacamos son construcciones urbanas, de plantas complejas y tipología variada aunque con un elemento estructural común: la distribución interna organizada en torno a un patio (2006, p. 24).

Posteriormente, la casa española y de manera especial la Andalusí, adoptaron elementos de la arquitectura Nazarí y Morisca –las cuales tenían como

características su introversión y la presencia de un espacio central descubierto que obraba como regulador del microclima interior—, generando una vivienda cuyo concepto se centra en la negación de su mundo interior a la calle, y que se concreta en el plano eminentemente cerrado de sus fachadas y en el zaguán con recodo diseñado para evitar el registro visual entre la calle y el patio. Respecto de la vivienda árabe, particularmente sobre la argelina, y sobre las cualidades del patio como espacio íntimo de la familia, el arquitecto Albert Illescas plantea:

En Argelia el patio se denomina *west ed-dar*, el centro de la casa. Es de planta cuadrada, limitado en cada uno de sus lados por cuatro estancias parecidas en forma de T... El *west ed-dar* es el lugar de la familia, su escenario cotidiano, donde se hace la colada o se friegan los platos, donde se cocina o escribe; y también donde juegan los niños entrando y saliendo de un sitio a otro; lugar de macetas y plantas, y zona donde se recibe a los pocos hombres que son admitidos en este dominio familiar; lugar, en fin, donde se conversa mientras se trabaja, pero también donde se puede hacer y escuchar música. Lugar donde se vive (2001, p. 13).

Se concluye entonces cómo los rasgos de la espacialidad romana, presentes antes de la llegada de la cultura morisca al territorio español, se fusionan con los de las casas árabe e ibérica, particularmente con la arquitectura doméstica que se produce en Andalucía —territorio peninsular desde donde se proyecta toda la empresa colonial hacia ultramar—, manteniéndose el patrón de la casa de patio. Este se transfiere hacia Canarias e Hispanoamérica para constituirse en la base que sustentó el surgimiento de diversas tipologías edilicias, así como el desarrollo de las estructuras urbanas que se diseminaron por este territorio durante la colonia española. Dicho fenómeno de transferencia y adaptación se volvería a observar en colonizaciones tardías llevadas a cabo en muchas regiones de la América Hispánica durante el siglo XIX y comienzos del XX, como fue el caso del proceso de poblamiento que se inicia en el centro Occidente de la Nueva Granada, hoy actual territorio colombiano:

De los diversos tipos de tipos de vivienda surgidos en la península, los de mayor éxito fueron, o el castellano, o bien, el levantino y el andaluz. Estos tipos

corresponden a un esquema que podría calificarse de introvertido, vale decir, volcado hacia el aglutinante de la vida interior: el patio. Esa es por lo menos, la situación de la Nueva Granada, y salvo ligeras modificaciones en atención al clima y a otros factores, la misma para cualquier lugar del continente hispano (Arbeláez y Sebastián, 1967, p. 453).

La casa de patio, como célula básica de la ciudad colonial, se difunde por gran parte del continente americano, resultado del imperativo español de dominar este vasto espacio geográfico a partir de la fundación de ciudades; "Para posesionarse del territorio, cumplir lo estipulado en las capitulaciones y poder reclamar títulos, prebendas o mercedes, así como repartir indios en encomienda, era necesario fundar ciudades" (Niño, 1996, p. 33). Se entiende entonces cómo: "El tipo más extendido de arquitectura doméstica fue la casa con patio, que se utilizó curiosamente en latitudes diversas, aunque quizá de una manera más persistente en climatologías de temperaturas calurosas o templadas" (Aguilera, 1994, p. 250), y cómo este importante elemento tipológico tampoco fue ajeno a las realidades urbanas y a la arquitectura que se construyen en el territorio de la Nueva Granada.

El patio se adopta dentro de nuestro contexto como elemento jerárquico del orden espacial dominante en conventos, en edificaciones destinadas a usos administrativos y en la vivienda presente en los centros urbanos de la costa Caribe y de la zona Andina de Colombia:

La vivienda colonial colombiana, sea casa, convento o hacienda, derivó de un "tipo" o arquetipo primario que permitía obtener distintos resultados tanto en tamaño como en calidad de la construcción. Ese tipo primario parte del principio de articular distintos cuerpos edificados al lado o alrededor de un espacio principal, el patio, mediante espacios articuladores, los corredores. La lógica espacial de la vivienda colonial se origina, entonces, en el ordenamiento de distintos recintos a lo largo de corredores y alrededor de patios (Saldarriaga, 2009, p. 75).

También es importante considerar el papel de las galerías o de los corredores como elementos imprescindibles al momento de analizar las

características del patrón de casa de patio: “La planimetría de las edificaciones en la tradición hispánica se basó en el trabajo del patio o claustro, rodeado por corredores. Los patios fueron los moduladores del espacio interior de las viviendas y de los edificios públicos” (Fonseca y Saldarriaga, 1992, p. 117). El corredor como elemento de circulación siempre se presenta asociado a este espacio central, envolviéndolo, generando un intervalo entre la columnata y el cerramiento de los espacios interiores, produciendo una transición desde los puntos de vista funcional, formal y climático con el exterior (Imagen 255).

Imagen 255. Claustro de San Agustín, Bogotá, Cundinamarca.



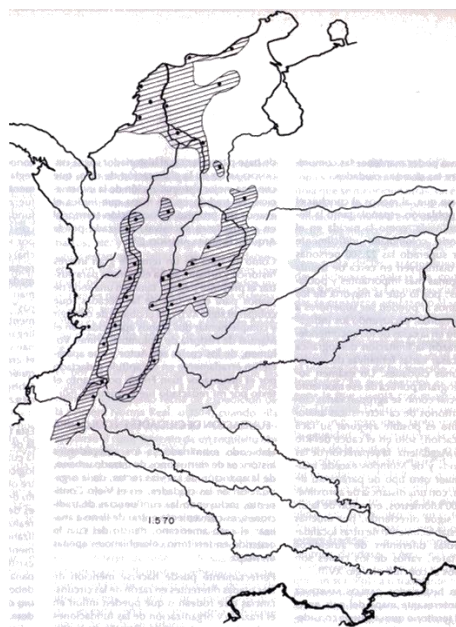
Imagen 255. Claustro de San Agustín, Bogotá, Cundinamarca. Fuente:
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Herencia_colonial,_Claustro_de_San_Agust%C3%ADn,_Bogot%C3%A1.JPG

2.3.2 El patio y su transferencia hacia la arquitectura regional de bahareque

Los centros urbanos coloniales que se fundaron en la Nueva Granada durante los siglos XVI y XVII –muchos de ellos desaparecieron tras cumplir su propósito dentro de las avanzadas hacia el interior del continente–, se distribuyeron por las

regiones Caribe y Andina de Colombia, describiendo una trayectoria que básicamente siguió el curso de los ríos Magdalena y Cauca y de las cordilleras Oriental, Central y Occidental en sentido norte sur –para las huestes conquistadoras que entraron por la costa Atlántica–, y sur norte –para los grupos de españoles que penetraron por el sur provenientes del virreinato del Perú y de Quito–, quedando los flancos Este compuesto por los vastos llanos orientales al centro –se crearon algunos pueblos en el piedemonte llanero de los cuales solo permanecieron unos cuantos– y la Amazonía al Sur, al igual que el lado Oeste integrado por la vertiente pacífica que comprende desde el límite con Panamá hasta la frontera con la actual república del Ecuador, sin fundaciones o procesos de poblamiento significativos que los integraran a las dinámicas que por esos tiempos comenzaba a experimentar el resto del territorio (Mapa 32).

Mapa 32. Colombia en 1570, ciudades fundadas y territorio sometido realmente.



Mapa 32. Colombia en 1570, con indicación de ciudades fundadas y territorio sometido realmente. Fuente: Libro Historia de la Arquitectura Colombiana, Alberto Corradine Angulo.

Una columna de penetración, salida de Quito, progresa por las crestas de la cordillera, alcanza el macizo colombiano y recorre los valles del Cauca y del Magdalena alto. Varios de sus campamentos se convierten enseguida o posteriormente en puestos militares fijos que serán el núcleo inicial de aldeas

estables y permanentes. Así nacen los poblados de Pasto, Timaná, Cali y Popayán.

Otra columna progresando por el río Magdalena se divide posteriormente en varios destacamentos instalando pequeñas guarniciones que se convierten más tarde en las aldeas de Tamalameque, Chiriguana, Vélez, Tunja, Pamplona, Bogotá, Neiva, etc. (Benjumea, 1976, p. 13).

Dentro de este proceso de configuración territorial y de consolidación que experimentan las ciudades en el periodo colonial, particularmente en el fragmento definido por los enclaves urbanos que surgen durante el siglo XVI y por las poblaciones que se fundan y desarrollan durante el siglo XVII, que se puede hacer referencia a una serie de particularidades que determinaron el desarrollo de la arquitectura y, en particular, de la vivienda.

Las ciudades durante el siglo XVI se forman bajo los efectos de una fuerte interacción entre el campo y la ciudad, situación que apunta a la construcción de grandes casas sobre los flancos de la plaza principal o en las manzanas adyacentes, pertenecientes la mayoría a encomenderos,³⁸ y que se caracterizan por tener grandes patios alrededor de los cuales se organizan espacios destinados al apoyo de actividades relacionadas con la agricultura y otros inherentes a la vida privada de estos personajes y sus familias:

Pueden verse en las casas tunjanas varias características: altura generosa, organización alrededor de un patio sobre el que ofrece dos o tres frentes la construcción, generalmente dos pisos con galerías de columnas de inspiración toscana, medieval o de claros rasgos moriscos, portada de alguna magnitud labrada en piedra donde se perpetúan costumbres románicas y góticas junto a detalles ornamentales de la época: el Renacimiento. Un zaguán vincula la calle con el interior y por sus dimensiones permitía el fácil paso de una cabalgadura. Patio amplio y huerto o corral muestra a las claras la relación inobjetable de esta casa ciudadana con el campo. La generosidad de sus espacios, la misma zonificación de la casa, en la cual se destinaba el segundo piso a los recintos privados de la familia, y el bajo, a depósitos y dormitorios de servidumbre,

³⁸La encomienda consistía en una "Institución jurídica por la que se entrega a la tutela de los propietarios españoles de las tierras conquistadas en América, repartidas por merced de la Corona, a un cierto número de indios para que la cultiven bajo la dirección de aquellos que, en principio, debían evangelizarlos, no considerarlos vasallos, no maltratarlos y respetarles los bienes propios. Era una situación intermedia entre el régimen feudal europeo y el dominio del cacique indígena (CHORDÁ y OTROS, 2002: 115).

patentizan la influencia de una actividad que oscila entre la vida ciudadana y rural (Corradine, 1989, p. 220).

Más adelante en el siglo XVII, después de haberse consolidado muchos de los asentamientos coloniales que habían sobrevivido al avance de la migración hacia el interior de la Nueva Granada, y de quedar atrás los desplazamientos continuos experimentados por los grupos humanos durante el siglo anterior, se presenta un proceso de crecimiento físico y demográfico de las ciudades que propicia la aparición de nuevos oficios, haciendo que pasen a un segundo plano actividades como la del encomendero, estrechamente ligada con los indígenas y las áreas rurales ubicadas sobre su entorno inmediato.

De este modo se puede observar cómo se produce un desplazamiento de las actividades que antes se realizaban en las casas urbanas hacia las haciendas -estas en muchos casos ubicadas a considerable distancia de los centros urbanos-, razón por la cual la casa de patio se reduce en su tamaño en ciudades como Cartagena o Tunja. En otras ciudades de la provincia antioqueña como Santa Fe o del Magdalena Medio como Honda, este fenómeno se produciría durante el siglo XVIII. En tal sentido, es preciso retomar de nuevo los planteamientos del arquitecto Alberto Corradine Angulo, donde en relación con este proceso de reducción de las dimensiones de las edificaciones, expresa:

Por el contrario la ciudad ve surgir nuevos grupos conformados por funcionarios, artesanos, etc., para quienes la vivienda organizada en función de la relación campo-ciudad, no tiene sentido, puesto que vive introvertidamente, y debe contar con recintos más propios para actividades sociales que para las de tipo agrícola. La resultante es clara: obras arquitectónicas levantadas sobre predios más pequeños, -subdivisión de los primitivos-, con menores pretensiones en sus ornamentos, materiales o espacios, por faltar el recurso insustituible de los tributos indígenas, con patios menores y transformados en jardines por pérdida gradual de la relación campo-ciudad, donde se llega a la simplificación en las técnicas constructivas, reflejo de la aparición de las varias capas socioeconómicas de la población total una arquitectura más sencilla y uniforme, en general, con ejemplos ocasionales de mayor alcance (1989, p. 227).

Se comprende así pues la función del patio como pieza fundamental del orden espacial de las diferentes edificaciones que se construyen para sedes de las audiencias reales, cárceles, fábricas de pólvora, casas de la moneda, aduanas, estancos y cabildos, y de manera particular en la vivienda que se desarrolla en los centros urbanos de la Nueva Granada, durante el periodo que va del siglo XVI al XVIII. Igualmente, cómo el proceso fundacional y de desarrollo territorial se concentra sobre ciertas zonas de esta geografía, dejando fuera a otras regiones no ubicadas en el Caribe y la zona Andina:

Como no todo fueron fundaciones, debemos resaltar que en el siglo XVIII se expandieron y se embellecieron muchas ciudades entre ella Cartagena, en cuanto puerto principal sobre el Caribe; Mompox, como punto de etapa de la boga por el Magdalena, a la vez que paso del contrabando hacía las zonas mineras; Popayán, como residencia de los principales encomenderos propietarios de haciendas y minas; o Bogotá, como capital del virreinato (Niño, 1996, p. 39).

Sin embargo, al interior de la propia región Andina, en la porción centro occidental ubicada en las vertientes del río Cauca, se produce un fenómeno particular en el cual, salvo por las fundaciones de Anserma en 1539, Arma en 1542, Marmato entre 1538 y 1542 y de Cartago en 1540 que se convierte en un “importante lugar de aprovisionamiento, centro de fundición de oro y enclave militar” (Niño, 1996, p. 38), no se producen fundaciones con la intensidad que sí se da en otras zonas de la mencionada región, ni una plena interacción con las dinámicas territoriales de las provincias donde la presencia española había sido dominante, quedando como un espacio poco explorado, no obstante las particularidades geográficas y las riquezas naturales que en las postrimerías del siglo XVIII la convertirían en un importante punto de atracción.

Llegan las décadas finales del siglo XVIII acompañadas de circunstancias primordialmente económicas, que enfocan la atención en el centro occidente de la Nueva Granada y que hacen que en la primera década del siglo XIX se inicie un proceso migratorio desde las provincias de Antioquia y Cauca, al igual que desde

el altiplano cundiboyacense y los santanderes – donde la presencia europea había sido dominante–, hacia el territorio que hoy comprenden los departamentos de Caldas, Quindío, Risaralda y el norte del Valle del Cauca. De esta forma, se establece un puente que sirvió para dar traslado a patrones culturales sobre los que se estructuró una nueva realidad, que finalmente quedó determinada por rasgos en los que es difícil detectar la incidencia de las etnias prehispánicas que habitaban este territorio, por ese entonces diezmadas considerablemente, quedando segregadas en Resguardos y en Pueblos de Indios:

Entonces se pobló desde Sonsón hasta el norte del Valle, en Sevilla y Caicedonia, o Restrepo y Trujillo, y la colonización se extendió hasta los flancos orientales de la cordillera central en el actual departamento del Tolima. Con ello se constituyó una red comercial de fondas y arrierías, así como de ciudades que después, apoyadas en el café y en empresas comerciales, dominarían la economía nacional a comienzos del siglo XX (Niño, 1996, p. 40).

Se explica entonces cómo la realidad urbana que se configura en este territorio, es una resultante del paulatino proceso de transferencia de patrones culturales que se aplicaron y tuvieron pleno desarrollo durante el periodo colonial español, como efectivamente sucedió con el arquetipo de casa de patio, el cual finalmente había logrado trascender desde lugares y tiempos muy antiguos, hasta este recóndito lugar de la geografía americana: “Es sin embargo importante volver a subrayar la particularidad de la formación arquitectónica colombiana, cuya base colonial es bastante singular por basarse en un tipo predominante de edificación, la del patio o claustro, aplicada tanto a edificaciones especiales como a la vivienda” (Saldarriaga, 1996, p. 82).

Los nuevos pobladores de ascendente hispánico que llegaron a la región centro occidente en proximidades del inicio de la república –criollos³⁹ y mestizos–, partiendo de su propia experiencia y la de sus ancestros, incorporaron el patio en la construcción de las edificaciones y particularmente en las viviendas, como

³⁹ Se denomina “Criollo” al hijo de españoles nacido en suelo americano.

elemento ordenador de sus espacios y de las relaciones que se tejen entre estos, lo mismo que como dispositivo de regulación climática indispensable para proveer iluminación y ventilación:

Para entender la organización espacial de una edificación es necesario distinguir, por lo menos, dos tipos de espacio, uno de ellos destinado al “uso” y el otro el que sirve exclusivamente para la “circulación”. A ellos se añade un tercer tipo posible, el de espacio “articulador” principal que determina la composición completa de la planta de la edificación (por ejemplo, el patio, el “hall” o vestíbulo o la rotonda central) (Saldarriaga, 1996, p. 78).

Es importante resaltar que no fue posible precisar dentro del panorama observado en el estado del arte, la existencia de soporte bibliográfico resultado de investigaciones o de otro tipo de estudios, que dé cuenta del momento y la manera como el patio asume su función de espacio articulador de la arquitectura que se construye en esta región, durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX.

Sin embargo, es importante pensar en ese primer momento de constitución formal de la arquitectura regional de bahareque, el cual posiblemente no estuvo condicionado por la presencia de un patio rodeado parcial o totalmente por volúmenes contruidos, como efectivamente sucedió a finales del siglo XIX y principios del XX, con los desarrollos formal, espacial, tecnológico y decorativo que alcanzó esta arquitectura, debido a los excedentes económicos producidos por actividades como el comercio, la arriería y la caficultura.

Según lo determinaba la normativa creada para regir los repartos de tierra durante la república, cada nuevo poblador estaba en derecho de recibir un lote urbano, que en el caso de ser medianero y debido a las limitaciones económicas, debió construirse inicialmente en lo correspondiente al lado que daba frente a la calle, dejando una gran área libre hacia el fondo que entraba a sumarse a los vacíos de los demás predios. Existía la obligación de realizar el cerramiento de cada solar en la totalidad de su perímetro, y por esta razón el gran vacío verde

que se conformaba en los centros de las manzanas quedaba compartimentado por la retícula que establecían estas demarcaciones (Imagen 256).

Imagen 256. Primeros tiempos de un poblado, proceso de poblamiento región centro occidente de Colombia.

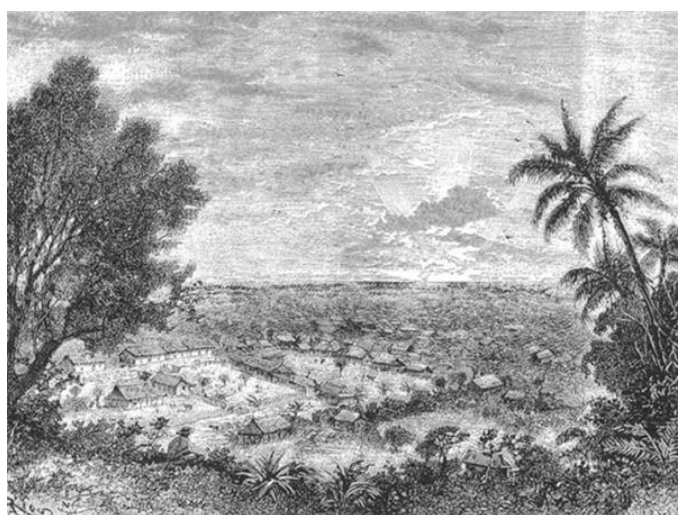


Imagen 256. Primeros tiempos de un poblado, proceso de poblamiento región centro occidente de Colombia, siglo XIX.
Fuente: <http://colonizaciondeantioquiakarenarroyave.blogspot.com/>

El cuerpo que se construía, que podemos asimilar a una forma de bloque único, actuaba como límite entre lo público que se representaba en la vía, y lo privado que se concretaba en el interior de la vivienda y en el resto del solar que entraba a fundirse con el interior de la manzana. Es preciso agregar que para la entrega de estos solares se establecía el siguiente procedimiento:

El conjunto de vecinos fundadores designaban espontáneamente el núcleo de personas que constituían la Junta de Pobladores; la primera función de esta Junta, cronológicamente hablando, era la distribución de los solares o lotes urbanos y la demarcación de los terrenos destinados a uso comunitario como el de la iglesia y de la regiduría (Sarmiento, 1989, p. 22).

En este sentido, vale la pena mencionar la forma como se repartían los solares en tiempos de la colonia española en América, para seguir constatando la similitud entre el modo de concretar las fundaciones en ese entonces y cómo se configuraron las poblaciones durante el siglo XIX y comienzos del XX en la región centro occidental de Colombia:

Usualmente el Cabildo repartía los solares entre los vecinos en los días subsiguientes. Parece ser que la práctica fundacional hizo que se elaborara la traza sobre el papel y se señalaran en ella los solares con los nombres de los propietarios como paso preliminar a la fundación, pero no hay constancia documental de que haya sido éste el orden procedimental regular. Como haya sido, la traza y el acta de fundación abrían los libros capitulares, y la adjudicación de solares era de competencia del Cabildo en adelante (Salcedo, 1996, p. 58).

Continuando con la discusión sobre cómo paulatinamente se fue definiendo la forma urbana de estos poblados, teniendo como base la manera de llevarse a cabo los repartos urbanos, se da también el caso de los lotes que conformaban las esquinas de las manzanas, en donde se procedía a construir uno de los dos frentes que conformaban el vértice, posiblemente el que correspondía al lado más corto, si los recursos eran reducidos –estos lotes según la Ley eran de forma rectangular– o el más largo si se disponía de una base económica un poco mayor.

Igualmente, incidía sobre la decisión de cuál lado debía construirse, la jerarquía de las calles, por lo que preferentemente se edificaba sobre las que tuvieran mayor importancia, siendo este el caso de las vías que desembocaban sobre el parque fundacional (Ilustración 2). Resulta importante señalar que al construir el volumen, el resto del perímetro del predio que quedaba en relación con la vía lateral se configuraba con un cerramiento; respecto de los solares que no eran contruidos como se anotó anteriormente, la legislación vigente exigía a sus propietarios como mínimo cercarlos, esto como una forma de ejercer la propiedad sobre los mismos.

Ilustración No. 2. Selección del frente a construir en los lotes esquineros.

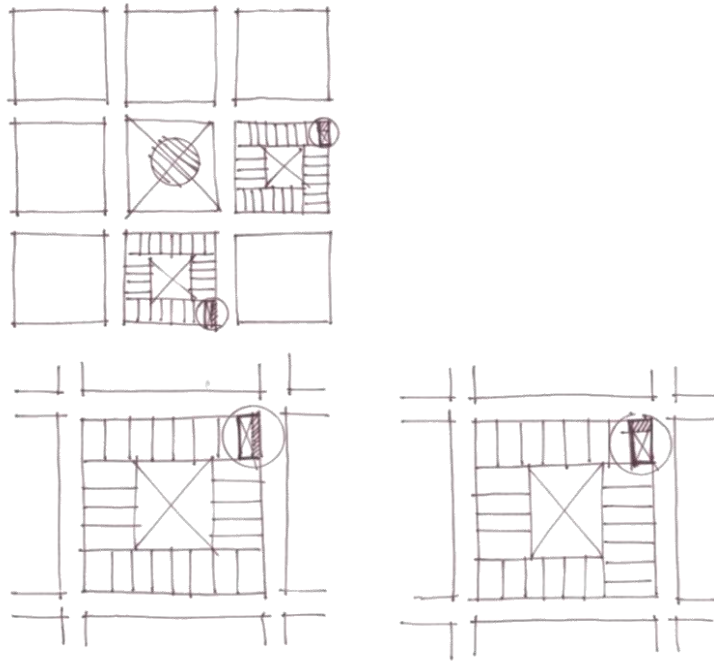


Ilustración No. 2. Selección del frente a construir en los lotes esquineros, en relación con los recursos económicos existentes o con la jerarquía de las calles. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Cruceña Reina.

Estos primeros cuerpos contruidos que se establecieron inicialmente en los solares urbanos, en la mayoría de los casos tuvieron un carácter temporal (Imagen 257), siendo reemplazados más adelante, en particular en las primeras décadas del siglo XX, por edificaciones de naturaleza más duradera, poseedoras de una riqueza espacial y de calidades formales, decorativas y constructivas de gran valor, lo cual hoy se puede constatar en la arquitectura de bahareque que se conserva en las poblaciones que se insertan en las montañas de nuestros paisajes cafeteros. Este proceso daría lugar al desarrollo de un repertorio de formas en torno a un patio, que recibirían en la región la denominación de formas de número.

Imagen 257. Esquina Sur Este Parque de Bolívar, 1880, Pereira, Risaralda.



Imagen 257. Fotografía esquina Sur Este Parque de Bolívar, 1880, Pereira, Risaralda. Fotógrafo: Carlos Velásquez. Fuente: Archivo Álvaro Camacho.

2.3.3 El patio, las formas de número y las tipologías urbanas en la arquitectura regional de bahareque

Transcurre el siglo XIX, en particular su segunda mitad, como un periodo decisivo para la consolidación de los diferentes renglones de la economía en la región, en particular del sector agrícola por los excedentes económicos que principalmente empieza a generar la caficultura a fines de este siglo y en la primera mitad del XX. Esta nueva dinámica produce sus impactos sobre el mejoramiento de la calidad de vida de las gentes, siendo el hábitat uno de los aspectos que se vería beneficiado por esta situación:

Lo anterior se hace más evidente después de 1880 cuando cobró fuerza el cultivo del café, que restó bases a la economía de maíz, frijol y plátano, abriendo las puertas a una actividad más empresarial y articulada al mercado. Este fenómeno se explica “como la respuesta natural a los requisitos de una economía de propietarios ganaderos, por una parte y de cafeteros orientados hacia los mercados de exportación por otra (Valencia, 1989, p. 174).

La arquitectura de transición, como bien podría dársele el calificativo al tipo de construcciones que sirvieron para albergar provisionalmente a los primeros pobladores de los nacientes centros urbanos de esta región durante el siglo XIX, representada como se explicó anteriormente, en edificaciones de un solo bloque

localizadas sobre la parte frontal de los lotes medianeros, o por un cuerpo construido y un cerramiento lateral en el caso de solares esquineros (Ilustración 3), es objeto de radicales transformaciones, tanto en lo concerniente a sus calidades constructivas, al igual que en lo relacionado con su espacialidad y características formales.

Ilustración No. 3. Bloque construido al frente de lotes medianero y esquinero.

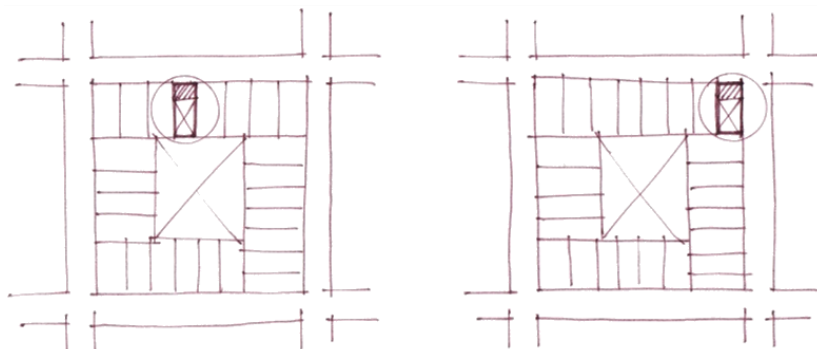


Ilustración No. 3. Bloque construido al frente de lotes medianero y esquinero. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

Es muy probable que las primeras casas estuvieran constituidas por una serie interconectada de cuartos sin especialización funcional, como lo eran las casas de los campos colombianos. Pero en la medida en que las poblaciones crecen y se consolidan, las viviendas se fueron “privatizando” introduciendo diferencias entre los espacios sociales y los familiares; cada cuarto se fue independizando de los demás para comunicarse – a través de puertas separadas – con el espacio “neutro” del patio, a la vez que fueron haciendo su aparición el salón y el comedor como lugares discernibles y preeminentes (Arango, 1989, p. 113).

De esta manera, la arquitectura regional experimenta un proceso de transformación en que supera formalmente la etapa de edificaciones esenciales de un bloque, llegando a generar volúmenes construidos que incluían un corredor en la parte opuesta a la calle, que actuaba como elemento de transición con el área libre posterior; paulatinamente se agregan otros cuerpos siguiendo el perímetro de los lotes –estos originalmente eran rectangulares presentando un frente menor que el fondo–, lo que conlleva al surgimiento de una serie de tipologías

arquitectónicas en torno a un área libre central o patio dispuesta central o lateralmente:

Tipo y tipología son dos términos de uso corriente en el estudio histórico y teórico de la ciudad y de la arquitectura. A pesar de la frecuencia de su empleo, la definición precisa de esos términos no es fácil. Ambos se refieren a las características físicas del espacio arquitectónico y especialmente a aquellas que, por obra y gracia de un acuerdo cultural o de un consenso intelectual, se repiten hasta el punto de llegar a ser “típicas” de un lugar, de una región, de un período histórico o de una tendencia profesional (Saldarriaga, 1996, p. 77).

Se observa entonces cómo al Bloque Único inicial donde se ubica el acceso —en el caso de los lotes medianeros—, se agrega un cuerpo perpendicular de mayor longitud que el primero, produciéndose una figura en “L”, a la que se sumaría un tercer cuerpo paralelo y de la misma extensión que el original, dando lugar a una silueta en “C” alrededor de un área libre ubicada lateralmente; también se da el caso en que la entrada se produce por el lado perpendicular a otros dos segmentos de mayor medida, por lo que se puede agregar a este repertorio tipológico la forma en “U”. Finalmente, se adicionan al primer cuerpo otros tres volúmenes, dos perpendiculares largos y uno transversal, dando lugar a una “O” en torno a un patio central (Ilustración 4).

Ilustración No. 4. Configuración de las tipologías en “I”, “L”, “C”, “U” y en “O” en lotes medianeros.

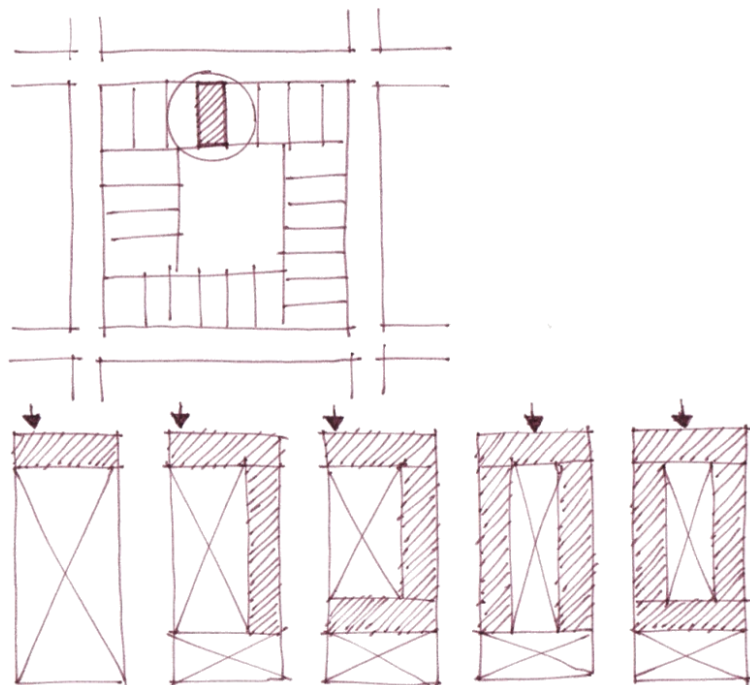


Ilustración No. 4. Proceso de configuración de las tipologías en “I”, “L”, “C”, “U” y en “O” en lotes medianeros. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crujería Reina.

Las edificaciones de bahareque ubicadas en esquina desarrollan primariamente un bloque único o “I” que hace frente hacia la calle principal, y un patio en la parte posterior limitando con una vía lateral usualmente de menor jerarquía. También se da la forma de “L”, resultado de la adición de dos cuerpos de diferente longitud, ambos haciendo frente sobre el espacio público y envolviendo un patio dispuesto excéntricamente; igualmente, se produce la forma en “U”, aunque de una manera excepcional, y otros dos modelos, el primero producto de la sumatoria de un tercer bloque ubicado transversalmente que se encarga de dividir el patio del solar y que da pie a la conformación de un esquema en “C”, y el segundo correspondiente a una tipología en “O”, resultante de la adición de un cuarto cuerpo que termina por configurar los cuatro flancos de esta tipología y por convertir el patio en un elemento central (Ilustración 5).

Ilustración No. 5. Configuración de las tipologías en “I”, “L”, “C”, “U” y en “O” en lotes esquineros.

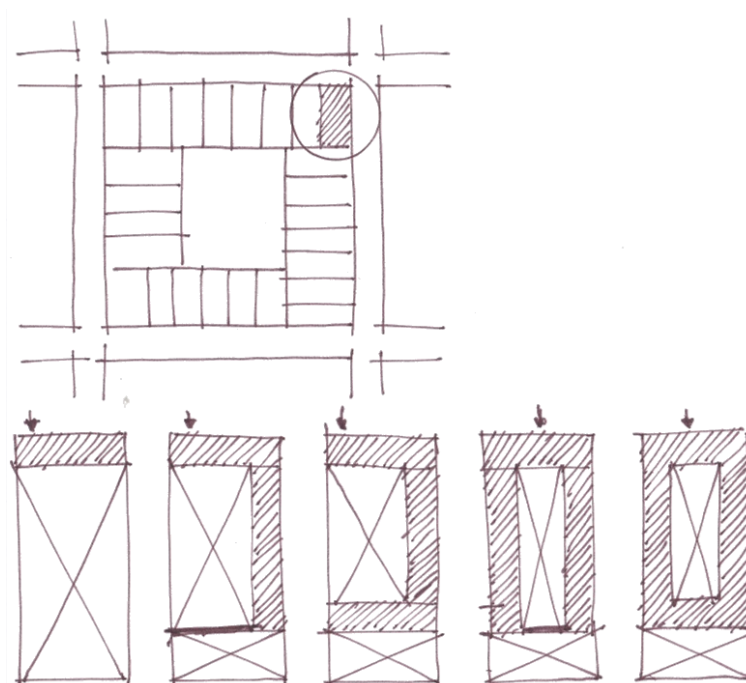


Ilustración No. 5. Proceso de configuración de las tipologías en “I”, “L”, “C”, “U” y en “O” en lotes esquineros. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

En principio el ordenador de la vivienda en la arquitectura regional es el patio. El diseño y composición de los espacios habitables en torno al espacio verde, que proporciona a la construcción un ambiente de frescura, es respuesta al clima imperante de la región (Niño, 1985, p. 68).

También se observan viviendas de doble planta en las que se identifican dos variantes básicas: la primera con acceso lateral o central sobre el patio, y la segunda con entrada directa sobre un hall localizado en el segundo piso.

En el primer caso, la vivienda presenta uno o varios locales comerciales en el primer piso del cuerpo que se ubica sobre la calle –la cantidad de locales depende de la dimensión del predio–, dando cabida en ese mismo segmento al espacio del zaguán, el cual sirve de comunicación con el patio en cuyos lados encontramos el corredor perimetral, delineando con sus segmentos el contorno de las diferentes tipologías –el corredor alrededor del patio puede estar subdividido

hasta en cuatro segmentos, uno para la tipología en “I”, dos por la de “L”, tres por las de “C” y “U” y cuatro por la de “O” –y la escalera conduciendo la circulación hacia la segunda planta –preferiblemente ubicada en el tramo adyacente al zaguán–.

Este modelo de casa presenta los espacios correspondientes a la vida de la familia en el nivel superior, dejando los del inferior en torno al patio para usos relacionados con el comercio existente en los locales frontales, o con la actividad agropecuaria en el caso de los habitantes de la casa tener finca; también se destinan estas áreas para la habitación de la servidumbre y otras funciones relacionadas con el servicio: “El cambio principal radicó en el ascenso de la vivienda al segundo piso, para dejar en el primero locales, oficinas y servicios” (Fonseca y Saldarriaga, 1984, p. 62) (Imágenes 258, 259 y 260).

Imagen 258. Casa Pereira, Risaralda. Imagen 259. Antigua casa Cural, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 260. Casa Apía, Risaralda.





Imagen 258. Casa familia Ochoa, Pereira, Risaralda. Imagen 259. Antigua casa Cural Belén de Umbria, Risaralda. Imagen 260. Casa Calle 8 No. 9-30/32/36, Apía, Risaralda. Fuentes: Archivo Inventario de Patrimonio Arquitectónico de Risaralda IPAR fase II, SCA Risaralda - Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez - Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Cabe destacar que la tipología en forma de “I” o de Bloque Único de dos plantas, también con espacios comerciales sobre la calle, con zaguán central o lateral y patio en la parte posterior del predio, concentra debido a las condiciones derivadas de su forma, todas las funciones relacionadas con la vivienda en el segundo nivel (Imagen 261).

Imagen 261. Casa Santuario, Risaralda.



Imagen 261. Casa calle 7 No. 5-08/12/14/18/22/24, Santuario, Risaralda. Fuente: Archivo Inventario de Patrimonio Arquitectónico de Risaralda IPAR fase IV, SCA Risaralda.

Dentro de la primera variante también se ha identificado un esquema de vivienda que se desarrolla en el segundo piso, presentando algunos ejemplos con espacios de uso doméstico en la parte posterior del primer nivel destinados a bodegas, a dormitorios para la servidumbre y en tiempos pasados, a cuartos para almacenamiento de aperos y a caballerizas o pesebreras en el caso de predios de gran tamaño (Imagen 262); actualmente es frecuente encontrar como éstas áreas han sido adaptadas para el funcionamiento de unidades de vivienda alternas, con acceso compartido con el de la casa principal. Igualmente se observan uno o varios locales sobre el nivel de la calle ocupando gran parte o toda la primera planta del inmueble, dejando solo el espacio en la fachada para el portón de acceso (Imagen 263).

Imagen 262. Casa Apía, Risaralda. Imagen 263 Casa Marsella, Risaralda.



Imagen 262. Casa familia Naranjo, Apía, Risaralda. Imagen 263 Casa familia Issa, Marsella, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

En cuanto a la segunda variante de viviendas con entrada directa sobre un hall localizado en el segundo piso, este se ha encontrado de dos maneras: el primero, por medio de una escalera que enlaza directamente la calle con la planta superior (Imagen 264), y la segunda a través de un zaguán que se conecta con unas gradas ubicadas en un punto intermedio del inmueble (Imagen 265); en

ambos casos recibe la circulación un hall o salón que se ubica en el centro o lateralmente, el cual de manera similar al patio sirve para estructurar la espacialidad del inmueble, organizando en torno a él salas auxiliares, habitaciones y de manera jerárquica, el comedor con su cancel (Imagen 266).

Imagen 264. Casa El Cairo, Valle del Cauca. Imagen 265. Casa Santuario, Risaralda.
Imagen 266. Casa El Cairo, Valle del Cauca.

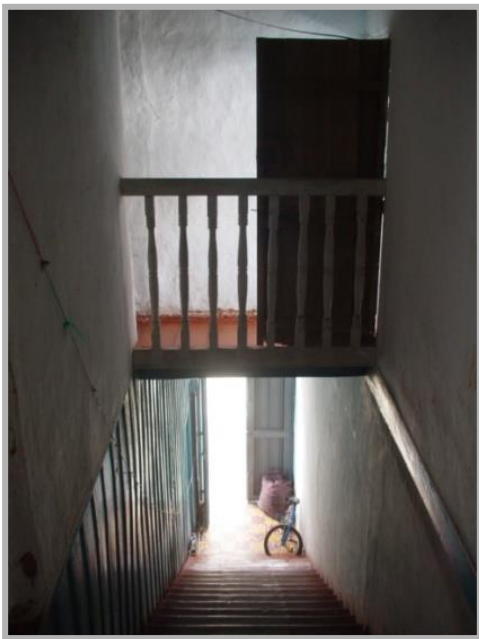




Imagen 264. Casa Carrera 4 Calle 5, El Cairo, Valle del Cauca. Imagen 265. Casa Marco Fidel Pareja, Santuario, Risaralda. Imagen 266. Casa, El Cairo, Valle del Cauca. Fuente imágenes 264 y 266. Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Fuente imagen 265. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Además, se observan edificaciones de Bloque Único con acceso lateral directo al segundo nivel, por medio de gradas que enlazan la vida privada de la casa con el medio urbano. En este caso, las escaleras entregan el flujo de circulación sobre el corredor que bordea el volumen en la parte posterior de la planta superior, sin que se produzca ningún espacio que jerarquice su llegada, como sí sucede en el modelo de hall comentado anteriormente (Imágenes 267 y 268).

Imágenes 267 y 268. Casa Apía, Risaralda.



Imágenes 267 y 268. Casa Carrera 9 No. 8-02 y Calle 8 No. 9-03, Apía, Risaralda. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Las viviendas de bahareque de un piso dentro del abanico de posibilidades que significa la variedad de tipologías hasta ahora identificadas, no desarrollaron espacios para la actividad comercial sobre el bloque frontal (Imagen 269), situación que de manera hipotética le significaría a las casas que se ubicaran sobre lotes medianeros con locales comerciales en el segmento correspondiente al frente, privarse de su relación con la calle y llevar una vida totalmente introvertida en torno al patio

Por su parte, los inmuebles que se emplazaran en esquina solo hubieran podido tener contacto con el espacio público a través del cuerpo ubicado sobre la

calle lateral. Actualmente, las edificaciones de un piso que presentan locales en el volumen donde se encuentra el portón de entrada, corresponden a casos aislados derivados de intervenciones realizadas por sus propietarios en tiempos recientes (Imagen 270).

Imagen 269. Casa Marsella, Risaralda. Imagen 270. Casa Santuario, Risaralda.



Imagen 269. Casa, Marsella, Risaralda. Imagen 270. Casa calle 7 No. 7-47, Santuario, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Retomando la discusión sobre la segunda variante de inmuebles que desarrollan la vida de la familia en el segundo piso, es necesario resaltar el hall o salón, el cual morfológicamente predomina dentro del esquema espacial y en la volumetría de esta arquitectura, no solo por su área que lo diferencia de los demás espacios de la vivienda, sino por su altura (Imagen 271). Además, este

componente espacial destaca por la función esencial que desempeña, al obrar como un dispositivo bioclimático que permite capturar iluminación y producir la renovación de aire en el interior de la vivienda, papel que cumple eficientemente gracias a una cubierta independiente o “marquesina”, que se sobrealza entre uno cincuenta y dos metros por encima del nivel de los techos de la casa, facilitándole a este espacio el contacto con el exterior (Imagen 272).

Imagen 271. Casa Apía, Risaralda. Imagen 272. Casa Cural, Guática, Risaralda.



Imagen 271. Casa familia Naranjo, Apía, Risaralda. Imagen 272. Casa Cural, Guática, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Algunas de estas edificaciones con hall en el segundo piso presentan una escalerilla en el salón, por medio de la que se puede acceder a una plataforma que se desarrolla alrededor de la marquesina que cubre este espacio y que a su vez sobresale por encima de la cubierta del inmueble, lo que convierte este elemento en un mirador privilegiado con vista de 360 grados (Imagen 273), desde el que se puede otear el paisaje teniendo como primer plano el vecindario, seguido por la estructura urbana y sus límites fundiéndose con el entorno rural, y más allá

por un horizonte delineado por montañas que en medio de una sucesión aparentemente infinita, se tornan etéreas e incluso sublimes.

Imagen 273. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



Imagen 273. Casa Familia Botero, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Se define de esta manera una taxonomía de las tipologías que se desarrollaron en torno a un patio, hall o salón central, en edificaciones de uno y dos pisos construidas en bahareque, que actualmente se encuentran en pleno uso y en muchos casos en perfecto estado, dentro de los sectores antiguos o considerados como de conservación en las poblaciones que hacen presencia en la región centro occidental y en particular en la zona principal del Paisaje Cafetero de Colombia. Este importante espacio libre –patio–, o cubierto –hall-salón–, se observa unas veces dispuesto centralmente y en otras lateralmente, a su vez rodeado en sus flancos por espacios de diferente jerarquía, que desempeñan roles específicos dentro del esquema funcional de la vivienda.

Estas formas que siguen el patrón de letras como la “I”, “L”, la “C”, la “U” y la “O” envolviendo un patio, terminaron paradójicamente en el argot popular recibiendo la denominación de “formas de número” y siendo reproducidas a lo largo y ancho de la región en cuanto encargo recibían los alarifes y maestros constructores, quienes encontraron en el sistema constructivo del bahareque y en el repertorio formal que desarrolló esta arquitectura, modelos eficientes para hacer frente a la creciente demanda de vivienda, no solamente de los niveles sociales más altos, sino de la gran masa de nuevos pobladores que requerían de un techo a la medida de sus capacidades económicas y acorde con sus expectativas.

Frente al origen y el sentido de la denominación “formas de número”, interrogante que no es el propósito resolver en este trabajo, pero que es importante poner a consideración para su solución futura, surgen diferentes definiciones –por cierto sin ningún soporte investigativo y sí más próximas a la especulación– de las que se han encontrado dos que por su lógica, pueden estar más próximas al concepto que encerraban estas palabras.

La primera definición de “formas de número” hace referencia a los cuadros o módulos a partir de los cuales se iniciaba la construcción de las casas de bahareque –cada cuadro estaba constituido por cuatro ángulos rectos de 90 grados y equivalía a uno de los espacios que integraban la vivienda–, así como a la cantidad de cuadros que se empleaban para constituir cada uno de los cuerpos que integraban la tipología de la edificación, ya fuera en forma de bloque único o “I”, en “L”, en “C”, en “U” o en “O” (Ilustración 6).

Ilustración No. 6. “Cuadros” o módulos que integran las diferentes “formas de número” o tipologías de la arquitectura regional de bahareque.

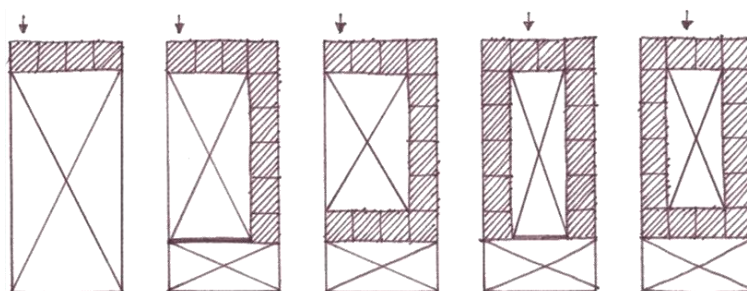


Ilustración No. 6. “Cuadros” o módulos que integran las diferentes “formas de número” o tipologías de la arquitectura regional de bahareque. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Cruceña Reina.

De esta manera, cada bloque de la tipología que se quisiera configurar estaba constituido por una sumatoria de cuadros del mismo tamaño, esto como una condición que establecían las dimensiones que tenían las piezas de madera empleadas en su construcción, y del interés de los alarifes por no producir desperdicios innecesarios de este precioso material –los aserraderos extraían las piezas de madera del monte, de acuerdo con unas especificaciones previamente establecidas, lo que generaba su comercialización con medidas estándar–; es decir, los cuadros se reproducían en respuesta a la cantidad de espacios requeridos por el propietario y de acuerdo con el recurso económico disponible, llegando en algunos casos a conformar edificaciones de gran dimensión.

La segunda definición de “formas de número” alude a la cantidad de cuerpos que se requerían para configurar cualquiera de las tipologías que integraban el repertorio formal de la arquitectura de bahareque, de lo que se deduce que el bloque único o forma en “1” tendría una equivalencia al dígito uno, la “L” al dos, la “C” y la “U” al tres y finalmente la “O” al cuatro (Ilustración 7).

Ilustración No. 7. Cuerpos que integran las diferentes “formas de número” o tipologías de la arquitectura regional de bahareque.

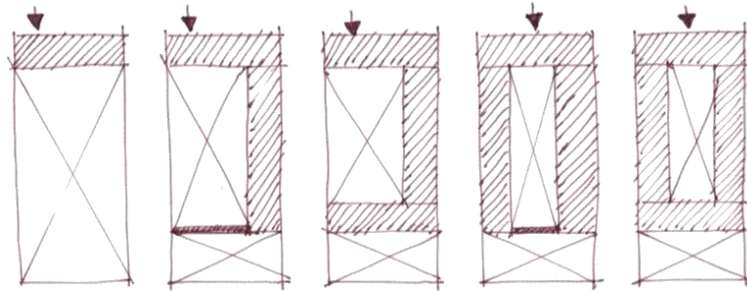


Ilustración No. 7. Cuerpos que integran las diferentes “formas de número” o tipologías de la arquitectura regional de bahareque. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

Además de los factores tecnológicos y decorativos, el aspecto formal de esta arquitectura se concretó en las dimensiones de los bloques que servían de base en la modelación de las diferentes tipologías –en algunos casos alcanzaron grandes proporciones–, así como en la cantidad de veces que estos se repetían para configurarlas, llegando a alcanzar en combinación con los factores mencionados, niveles de calidad nunca antes vistos, pero que paradójicamente se encargaron de acentuar la brecha entre los diferentes miembros de nuestra sociedad. No obstante, todos los desarrollos edilicios en la región tuvieron que ver con la espacialidad y la materialidad que proporcionó la arquitectura regional de bahareque, produciendo una especie de democratización en lo referente al acceso a una vivienda digna.

Se comprende además que la forma de esta arquitectura en los ámbitos urbanos, representada en sus diferentes tipos de envolventes – tipologías en “I”, “L”, “C”, “U” u “O”–, de sus aberturas –portones, puertas secundarias, puertas ventanas y balcones– y de sus vacíos –patio, solar y hall con marquesina–, tuvo la capacidad de transformar positivamente la vida de los habitantes de este territorio, al propiciando la generación de hábitos, el desarrollo de temperamentos e imaginarios, al igual que maneras de interrelación con el entorno, ya sea en las percepciones y representaciones que se construyen en el patio y por medio de este con el paisaje cercano y lejano (Imagen 274), o desde cualquiera de los

espacios que integran el esquema espacial y funcional de la vivienda –incluido también el patio – con la calle inmediata y con la manzana, con un trozo o la totalidad de la población, o con el horizonte que se fuga y se contempla en la distancia (Imagen 275).

Imágenes 274 y 275. Interior y fachada casa Marsella, Risaralda.



Imagen 274 y 275. Interior y fachada casa familia Issa, Marsella, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Es quizá en este punto de la discusión donde es necesario detenerse y observar la composición espacial de las formas de número que produjo la arquitectura de bahareque en torno al patio, como parte del acercamiento que se pretende al entendimiento de las vivencias y de la apropiación de la que han sido objeto estos espacios.

De las elementales viviendas de un solo cuerpo, con muros contruidos en un bahareque muy primitivo y techos cubiertos con elementos vegetales a los que se aludió anteriormente, y que los colonos contruyeron sobre el frente de los solares durante los primeros años de existencia de estos centros poblados, para reafirmar su posesión sobre los mismos y resolver su necesidad básica de cobijo, se da inicio al desarrollo de las tipologías que paulatinamente fundan el proceso de sofisticación que llevó a esta arquitectura a su mayor momento de desarrollo.

Surgen así las construcciones de bahareque con tipología en forma de “I” o Bloque Único, quizá el modelo básico que concretó este repertorio formal, como una respuesta arquitectónica que partió de retomar la experiencia constructiva desarrollada previamente en la región, al igual que del entendimiento de la geometría regular de la división predial, en su relación con unas manzanas y unas estructuras urbanas de damero superpuestas sobre laderas de fuertes pendientes (Imagen 276).

Imagen 276. Casa Apía, Risaralda.



Imagen 276. Casa Carrera 10 No. 7-66 y Calle 8 No. 10-12, Apía, Risaralda. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Estas casas con tipología en forma de “I”, se estructuraron sobre la base de una espacialidad alineada con la calle, que simultáneamente se observa volcada sobre el corredor, el cual funge como un intervalo espacial de transición con el patio, que para el caso de estas edificaciones, se localiza sobre toda la franja posterior del lote, teniendo como envolvente los predios vecinos y variando en tamaño en correspondencia con las dimensiones de su respectivo cuerpo construido; todos los espacios se encuentran simultáneamente en contacto con la calle y el corredor, lo que constituye este modelo como el más ventilado e iluminado de esta expresión arquitectónica.

En cuanto a los espacios que integran dicho cuerpo, se identifican dos segmentos: uno que puede calificarse como área de servicio, donde se ubican la cocina, el comedor y el baño, y otro con un carácter híbrido entre zona social y privada, en el que se emplazan las alcobas, el salón y el zaguán, punto de contacto del interior de la vivienda con el espacio público (Imagen 277).

Imagen 277. Casa El Cairo, Valle del Cauca.

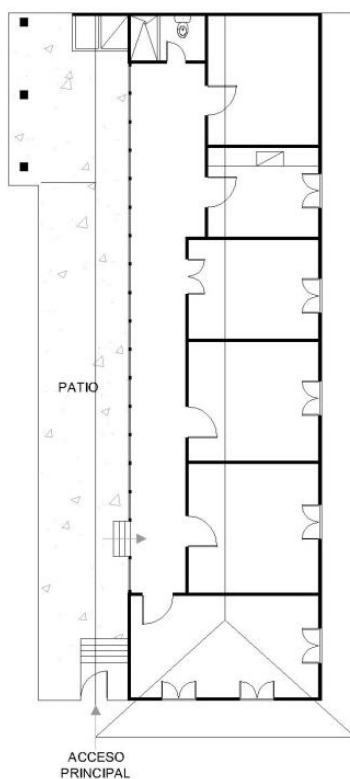


Imagen 277. Casa El Cairo, Valle del Cauca. Fuente: CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.
Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

La entrada de las edificaciones de Bloque Único, en el caso de las que se emplazan en solares medianeros se produce, como se decía anteriormente, por el zaguán, espacio usualmente ubicado en la mitad o en uno de los extremos de dicho cuerpo construido; por su parte, cuando las casas se localizan en la esquina de la manzana es posible encontrarlas sin el zaguán, desarrollando la entrada por la calle lateral a través del patio, a la manera del patrón rural donde el acceso a las casas se produce directamente desde el exterior, sin contar con ningún dispositivo que produzca la transición con el corredor (Imágenes 278 y 279).

Imágenes 278 y 279. Casa El Cairo, Valle del Cauca.



Imágenes 278 y 279. Casa El Cairo, Valle del Cauca. Fuente: CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

En las casas con tipología en forma de “L”, el bloque donde se ubica el acceso da cabida a lo que podría denominarse un área social, compuesta por espacios como la sala, por varios salones –en el caso de viviendas de gran dimensión–, y por la alcoba principal, la cual disfruta de vista a la calle (Imagen 280). Por su parte, en el cuerpo lateral con frente también sobre el espacio público –en el caso de las casas ubicadas en esquina–, se ubican otras habitaciones de menor categoría, el comedor siempre resaltando por la jerarquía de su cancel de madera y por su magistral elaboración, así como por la cocina, la cual usualmente se encuentra asociada a un cuarto que sirve como despensa, al tiempo que para otras funciones relacionadas con el servicio y la vida doméstica (Imagen 281).

Imagen 280. Casa Marsella, Risaralda. Imagen 281. Casa Santuario, Risaralda.



Imagen 280. Casa familia Issa, Marsella, Risaralda. Imagen 281. Casa carrera 5 No. 7-50, Santuario, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Estas casas en “L” están caracterizadas por la presencia de un muro que separa el patio del solar, área libre que se ubica en la parte trasera de estos predios, dando cabida a espacios de mucha utilidad para el servicio de sus habitantes y que a la vez se encuentra revestida de un gran significado dentro del esquema espacial del inmueble (Imagen 282).

Imagen 282. Casa Santuario, Risaralda.



Imagen 282. Casa carrera 5 No. 7-50, Santuario, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Por su parte, las casas con forma en “C” presentan la sala y otros salones en el cuerpo frontal donde se ubica el acceso, así como la habitación principal que también se comunica con la calle a través de una o varias puertas ventanas. Luego aparece otro tramo haciendo ángulo recto con el que da su frente a la calle, donde se insertan una serie de alcobas, que en el caso de los lotes medianeros se iluminan y ventilan indirectamente a través del corredor perimetral del patio; en cuanto a las habitaciones localizadas en el mismo bloque, en el caso de los predios ubicados en esquina, estas presentan puertas ventanas que los relacionan con la calle y les permiten iluminarse y ventilarse de manera directa.

Finalmente, da forma a esta tipología un tercer cuerpo que se ubica de manera paralela al de la entrada, el cual actúa como elemento de transición entre el patio y el solar, y en el que encontramos ubicados el comedor –con su habitual cancel– y la cocina; este volumen a su vez presenta un pasillo que permite la comunicación entre el patio y el solar; en esta tipología es común la existencia sobre el flanco sin construir del predio de un cuarto segmento de corredor con su habitual columnata y cubierta, que acaba de configurar los cuatro lados del claustro (Imagen 283); en las viviendas de dos pisos, dicho corredor aparece

completando el circuito de este elemento de circulación en ambos niveles (Imagen 284).

Imagen 283 Casa Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 284. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



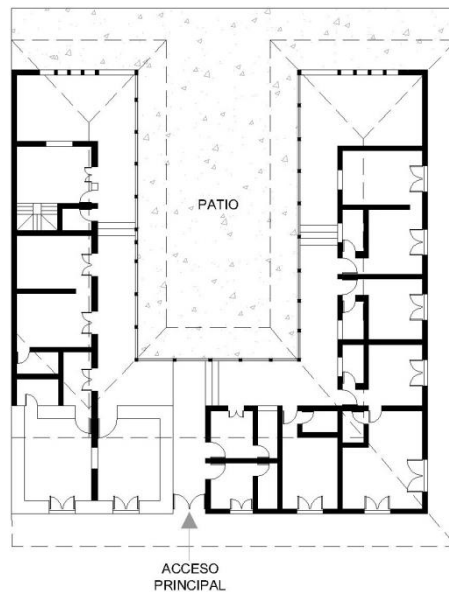
Imagen 283 Casa de Graciela Trujillo, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 284. Casa Familia Ruíz, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuentes: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez - Archivo Inventario de Patrimonio Arquitectónico del Risaralda IPAR fase II, SCA Risaralda.

Se observa también una tipología con forma en “U”, que corresponde a una variación de la configuración en “C”, en la que el acceso se produce por el

bloque perpendicular a los otros dos cuerpos que integran el esquema. En el segmento que hace frente a la calle y adyacentes a la entrada, se localizan la sala y otros salones si el inmueble es de gran dimensión, al igual que la alcoba principal, mientras que en los otros dos tramos encontramos, en el primero una hilera de alcobas y en el segundo, el baño, el comedor con su característico cancel y en el fondo la cocina; en cuanto a la iluminación y ventilación de los espacios que no tienen contacto directo con la calle, esta se obtiene de manera indirecta a través del patio (Imágenes 285, 286 y 287).

Imágenes 285 y 286. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 287. Casa Salento, Quindío





Imágenes 285 y 286. Casa calle 7 No. 4-47, Santuario, Risaralda. Imagen 287. Casa carrera 6 con calle 3, Salento Quindío. Fuente imágenes 285 y 286. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Fuente imagen 287. Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio

Encontramos asimismo dentro de este repertorio de formas en torno a un patio la tipología en “O”, resultante de desarrollar arquitectónicamente los cuatro lados que conforman el lote. En el cuerpo por donde se produce el acceso ya sea central o lateral, se localizan espacios sociales y la alcoba principal, y en los dos segmentos perpendiculares siguientes, habitaciones que se reproducen en la cantidad que permite la longitud de estos dos bloques y en la dimensión que define la modulación de cada cuadro; finalmente, configura el cuadrilátero un cuarto volumen paralelo al que hace frente con la calle, donde se insertan el comedor con su cancel y la cocina con un cuarto que funge como despensa y como apoyo a labores domésticas de diferente índole (Imágenes 288 y 289).

Imagen 288 Casa Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 289. Casa Apía.



Imagen 288 Casa Melva Trujillo, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 289. Casa familia Vergara, Apía, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Es importante mencionar que el esquema espacial de las cinco tipologías analizadas en casas de un piso, se repite para las viviendas que se desarrollan en la segunda planta, siendo la excepción el espacio del zaguán al ubicarse siempre sobre el nivel del acceso; igualmente, se observan como constantes el patio y el solar haciendo parte de los niveles inferiores, a la vez que dejando su huella como vacíos dentro de la organización de los espacios superiores.

También cabe precisar cómo el corredor en las viviendas que se desarrollan en el segundo piso, toma el carácter de punto de recibo o de vestíbulo, frente a los flujos que proceden de la calle a través de elementos de gran

singularidad como la escalera y el zaguán, para proceder a repartirlos hacia los demás espacios que integran la planta.

De igual modo, se encuentra que las casas con tipología en forma de “I”, lo mismo que las que desarrollaron sus esquemas espaciales en “L”, en “C”, en “U” y en “O”, al verse enfrentadas con las elevadas pendientes en que usualmente se implantan las estructuras urbanas en esta región, desarrollaron su planta principal a partir del nivel donde se producía el acceso a la vivienda, mientras que en los niveles inferiores resultantes de la relación entre la longitud de la edificación y los grados de inclinación del lote, se generaron bajos – viviendas independientes– ventilados e iluminados directamente desde la calle (Imágenes 290 y 291); en este sentido, se resalta una variante en que los bajos hacen parte del esquema espacial de la vivienda que se desarrolla sobre la cota de la entrada principal, razón por la cual los espacios que los integran resultan beneficiados de las condiciones de ventilación e iluminación brindadas por el patio (Imagen 292).

Imágenes 290 y 291. Casa Apía, Risaralda. Imagen 292. Casa Santuario, Risaralda.





Imágenes 290 y 291. Casa familia Sánchez, Apía, Risaralda. Imagen 292. Casa Santuario, Risaralda. Fuente imágenes 290 y 291. Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Fuente imagen 292. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Como punto final a esta discusión, es pertinente señalar que para esta parte de la investigación se tomó como base el registro efectuado a un total de 365 casas de bahareque en 11 cascos urbanos de los departamentos de Quindío, Risaralda y Valle del Cauca⁴⁰, de las cuales se descartaron 245 por conservar su

⁴⁰ Se parte para la realización de este análisis de los inventarios de Arquitectura Urbana de bahareque realizados en la Zona Principal del PCC, por la Facultad de Arquitectura de la Universidad La Gran Colombia, sede Armenia bajo la dirección de la Maestra en Artes Pláticas Gloria Inés Duque; por la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad

integridad solo en fachada y 49 por no poseer toda la información requerida para efectuar los análisis, quedando una muestra de 71 inmuebles representativos de los valores morfológicos, espaciales y funcionales característicos de la arquitectura regional de bahareque en estos ámbitos.

Se detectó un marcado predominio de la tipología en “L” con 36 casas, o sea el 50,7%, seguida de la tipología en “C” con 19 casas, equivalente al 26,7%. La tipología en “O” por su parte arrojó una cantidad de 11 inmuebles, correspondientes al 15,4%, en tanto la tipología en “U” presentó un total de 3 edificaciones con el 4,22% y la tipología en “I” 2 viviendas, con el 2,8%. Como se observa, la tipología en “L” es la predominante, seguida por un buena margen de la tipología en “C” y más atrás por la tipología en “O”, lo que indica la accesibilidad que tuvo para la mayoría de las clases sociales la más sencilla de las tipologías compuestas, y lo restringidas que empezaron a ser para el globo general de la población en la medida en que adquirirían mayor complejidad. También se puede colegir cómo la baja cantidad de casas en “I” ratifica lo planteado en los análisis realizados sobre este tipo, como el bloque básico del cual se generó el desarrollo de las tipologías de orden compuesto que predominan en los paisajes urbanos del PCC.

En cuanto a la cantidad de pisos o niveles de las casas que conforman la muestra, se identificaron 53 casas de dos pisos, 17 de un piso y 1 de 3 pisos, lo que indica el predominio de los dos pisos y explica la tendencia urbana a densificar y aprovechar el suelo urbano, en particular para los usos comerciales; del mismo modo, se puede observar, teniendo en cuenta los análisis efectuados previamente, la tendencia de las casas urbanas de bahareque a desarrollar el uso

Católica de Pereira dirigido por el arquitecto Jorge Enrique Osorio Velásquez, y por el CITCE de la Facultad de Artes Integradas de la Universidad del Valle bajo la dirección del arquitecto Ricardo Hincapié Aristizabal. Igualmente, del inventario de Patrimonio Arquitectónico del Risaralda, IPAR, fases II y IV realizado por la Sociedad Colombiana de Arquitectos regional Risaralda, dirigido por el arquitecto Jorge Enrique Osorio Velásquez.

de vivienda en el segundo piso, en primer lugar por el interés de generar renta del primer nivel, pero también como una señal de estatus (Cuadro No.3).

Cuadro No.4. Cuadro estadístico casas urbanas base del estudio. Fuente: Elaboración propia.

498

2.3.4 Las tipologías urbanas, sus particularidades y a manera de colofón, un símil con la Domus romana

Continuando con la discusión sobre las tipologías presentes en la arquitectura urbana de bahareque, es importante tener en cuenta a la hora de observar sus particularidades, cómo en las formas en “C” y en “O”, el cuerpo transversal donde usualmente se localizan el comedor y la cocina, actúa como elemento de transición y de vínculo entre dos áreas libres de gran valor dentro del esquema formal y funcional de la casa como son el patio y el solar – segundo vacío que aún subsiste en muchas de estas viviendas–, espacio que como se decía anteriormente, se encuentra ubicado en la parte posterior del predio y alrededor del cual se disponen el cuarto de baño y espacios para el lavado de ropa, el almacenaje y el descanso de la servidumbre.

Igualmente, dentro de este análisis tipológico es preciso considerar cómo las dimensiones de los “cuadros” empleados en la construcción de los cuerpos que integran estas edificaciones, en su mayoría siempre tenían la misma medida, lo que incide en que el tamaño de casi todos sus espacios sea igual; sin embargo, la sala o el salón principal, la alcoba principal y el comedor toman jerarquía en comparación con los demás componentes del esquema espacial de la vivienda, presentando en muchos de los casos un tamaño mayor (Imágenes 293 y 294).

Imagen 293. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 294. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



Imagen 293. Casa Ligia Correa, Santuario, Risaralda. Imagen 294. Casa Familia Ruiz, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.
Fuentes: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. - Archivo Inventario de Patrimonio Arquitectónico del Risaralda
IPAR fase II, SCA Risaralda.

De acuerdo con la tipología, los espacios presentan una localización recurrente: la sala y otros salones –en el caso de existir –, al igual que la habitación principal, siempre se ubican en el cuerpo donde va el acceso, mientras que el comedor constantemente acompañado de la cocina, se inserta en el cuerpo lateral que se localiza perpendicularmente en el caso de las formas en “L”, o en el cuerpo transversal que se dispone paralelo al bloque de la entrada en el caso de las configuraciones en “C” y “O”. Para la tipología en “U”, el comedor y la cocina pueden estar ubicados en alguno de los dos cuerpos perpendiculares al que se ubica haciendo frente a la calle (Ilustración 8).

Ilustración No. 8. Recurrencia en la ubicación de los espacios que integran las tipologías de la arquitectura regional de bahareque.

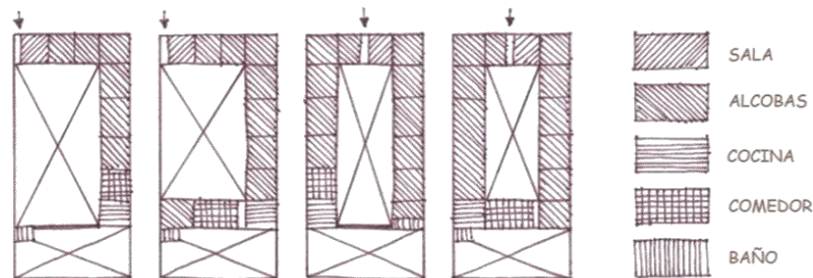


Ilustración No. 8. Recurrencia en la ubicación de los espacios que integran las tipologías de la arquitectura regional de bahareque. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

Dentro de la configuración espacial de las viviendas de bahareque existe una característica que tiene que ver con la organización lineal de los diferentes espacios que conforman los cuerpos construidos alrededor del patio, y la manera como la mayoría de estos se comunican entre sí a través de aberturas dispuestas en su centro, estableciendo circulaciones alternas y paralelas al corredor, de un carácter íntimo y de uso exclusivo de sus habitantes (Imagen 295). Se deduce entonces cómo esta arquitectura, al igual que otras que se desarrollaron en la geografía colombiana “asociada a las necesidades de subdivisión interior, ha dado como resultado viviendas divididas en recintos comunicados entre sí o por medio de corredores exteriores a ellos” (Saldarriaga, 1996, p. 90).

Imagen 295. Planta casa en Apía, Risaralda.

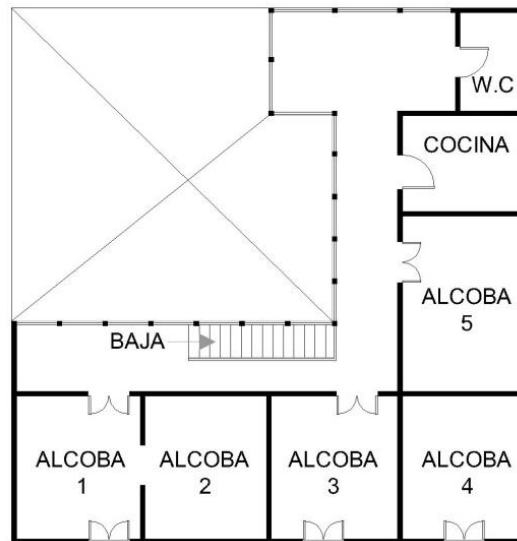


Imagen 295. Planta casa carrera 10 No. 8-21-25-29, Apía, Risaralda. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio

Esta comunicación interna entre espacios, presente también en la arquitectura colonial de la Nueva Granada, se incorporó dentro del esquema espacial de las casas de bahareque de esta región, resultando ideal para evitar el contacto de sus habitantes con el corredor, el cual usualmente se encuentra propenso a las variaciones y afectaciones del clima, como resultado de su relación directa con el patio, en particular en horas de la noche cuando las familias requieren de un medio de circulación que evite su exposición al medio exterior (Imágenes 296, 297 y 298); en las casas compuestas por hall cubierto con marquesina en el segundo piso -hall que se encuentra menos expuesto que en las viviendas con patio a cielo abierto—, también podemos encontrar esta conexión alterna al corredor entre los recintos que integran sus diferentes modelos tipológicos.

Imagen 296. Planta piso 2, casa Salento, Quindío. Imágenes 297 y 298. Plantas nivel 1 y cubiertas, casa Filandia, Quindío.

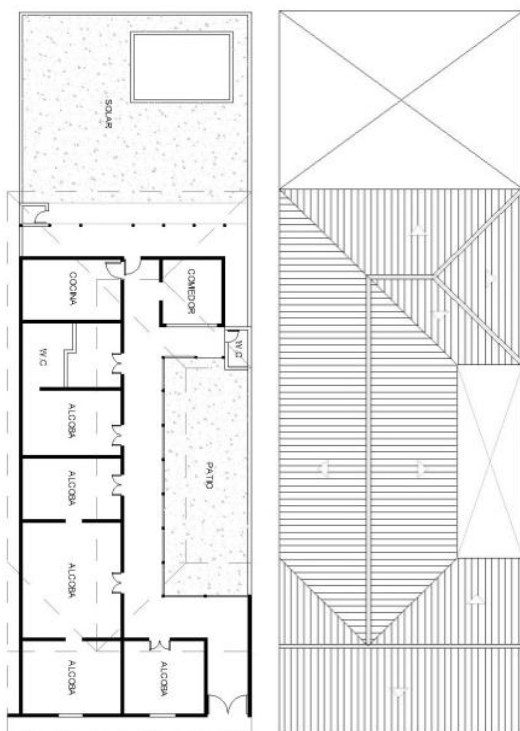
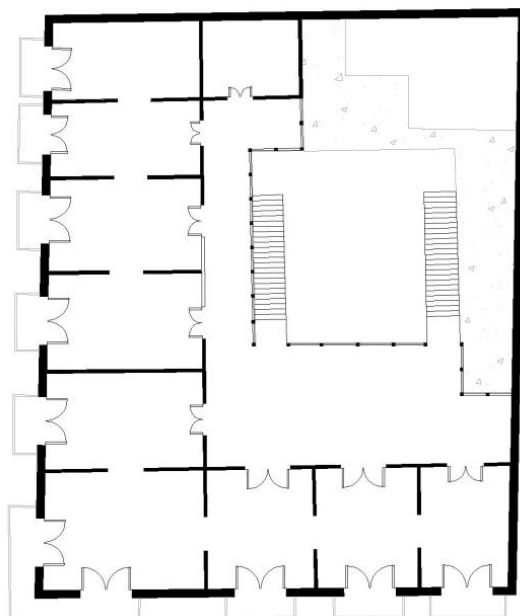


Imagen 296. Planta piso 2, casa carrera 6 No. 4-01, Salento, Quindío. Imágenes 297 y 298. Plantas nivel 1 y cubiertas, casa carrera 7 No. 3-53, Filandia, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Dentro del conjunto de espacios y elementos que caracterizan las diferentes configuraciones de este repertorio tipológico, se identifican dos componentes de gran singularidad en el esquema funcional y espacial de la vivienda de bahareque. Son estos el zaguán y la entrada de bestias, elementos en los que se concreta la accesibilidad de la arquitectura regional de bahareque en el ámbito urbano.

Partimos entonces para comprender el papel que ha desempeñado el zaguán dentro de la arquitectura regional de bahareque, de asociarlo con el vestíbulo, dispositivo espacial que muchas arquitecturas en Occidente han empleado para definir un punto intermedio entre el exterior y el interior de una edificación, para ejercer control sobre las circulaciones provenientes del exterior – este caso del medio urbano–, así como para distribuir los flujos hacia los diversos espacios y niveles que integran los diferentes programas arquitectónicos en variedad de usos.

En consecuencia, se puede definir el zaguán como un espacio eminentemente de circulación, que dentro del esquema funcional de las viviendas construidas en bahareque, ha cumplido un rol fundamental comparable con el del vestíbulo, confiriéndole jerarquía al acceso. Este recinto de forma alargada, que varía sus dimensiones en respuesta a la importancia de la casa –importancia que determina su localización en el poblado, su tamaño y la calidad en la elaboración de sus elementos funcionales decorativos–, se convierte en un dispositivo indispensable para tamizar la conexión que se produce entre la calle como expresión de lo colectivo y la vivienda como representación de la vida íntima de los individuos: “El zaguán de entrada es un punto neutro de transición enmarcado entre dos límites: el portón a la calle, que permanecía abierto durante el día y el contraportón, cerrado, que marcaba la entrada definitiva de la vivienda, a través del patio” (Arango, 1989, p. 115).

Para producir el tamizaje del contacto exterior - interior, el zaguán recurre al portón ubicado en el acceso como un primer elemento de control (Imagen 299), y al ser franqueado da paso a un espacio de transición, a una especie de esclusa, que en medio de cierta penumbra y de la expectativa que genera la transparencia del contra portón al valerse de los calados o barrotes presentes en sus naves, permite una vista parcial del patio, graduando la aproximación hacia el interior de la vivienda (Imagen 300). Seguidamente y después de abrirse el contra portón, se origina un contacto visual pleno con el patio que permite dominar todos los recintos que hacen parte de la envolvente que rodea este espacio; a continuación y después de traspasar este umbral, se ingresa al corredor perimetral, por el que se puede avanzar hacia cualquiera de los espacios que se ubican en el mismo nivel, o hacia aquellos que se disponen en el segundo piso en las viviendas de dos plantas (Imagen 301).

Imagen 299. Portón, casa antigua, Marsella, Risaralda. Imagen 300. Contra portón, casa antigua, Marsella, Risaralda. Imagen 301. Zaguán y patio, casa antigua, Marsella, Risaralda.



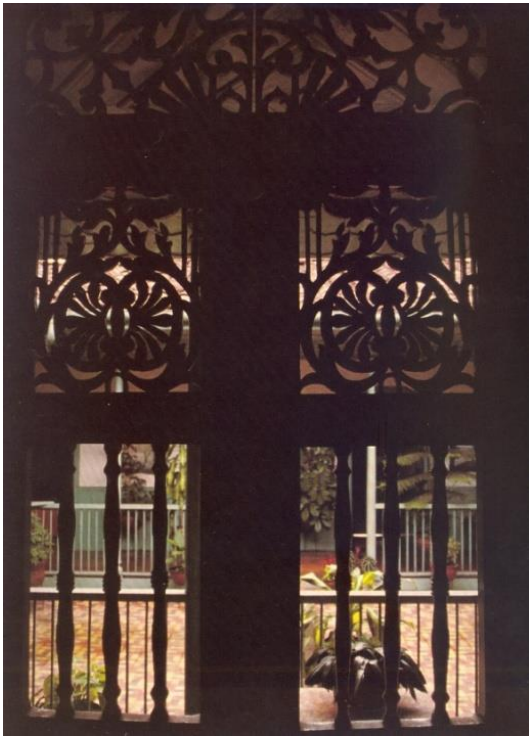


Imagen 299. Portón, casa antigua familia Montoya, Marsella, Risaralda. Imagen 300. Contra portón, casa antigua familia Montoya, Marsella, Risaralda. Imagen 301. Zaguán y patio, casa antigua familia Montoya, Marsella, Risaralda. Fuente imágenes 299 y 300. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Fuente imagen 301. Tomo IV, Arquitectura de la colonización antioqueña, Néstor Tobón Botero.

A diferencia del zaguán presente en la vivienda árabe, provisto de un recodo para evitar el registro visual desde la calle, en el caso de la arquitectura regional de bahareque este espacio recurre al contra portón como un dispositivo de control que, de manera flexible, permite graduar la aproximación y el contacto con el interior de la vivienda, de la misma manera que sucede con su pariente, la casa andaluza (Imagen 302), o con su antepasado más próximo, la casa colonial neogranadina.

Imagen 302. Casa centro histórico de Sevilla, España.



Imagen 302 Casa centro histórico de Sevilla, España. Fuente: Sociólogo. Fabio Rincón Cardona.

Teniendo en cuenta lo anterior, es oportuno mirar en retrospectiva hacia la vivienda que se desarrolló en Santafé de Antioquia a través del relato en el que el arquitecto Carlos Arbeláez Camacho y el doctor en Historia del Arte, Santiago Sebastián, resaltan magistralmente las cualidades espaciales de la arquitectura que se da en esta población durante la colonia española, aprovechando de paso para poner nuevamente en evidencia el proceso de transferencia que experimentan patrones formales como el patio y en este caso en particular, el zaguán desde la península ibérica, pasando por la edificación que se da en la Nueva Granada, hasta llegar finalmente a la casa de bahareque que se produce en la región centro occidental de Colombia:

Ya en la planta de la casa, se nos revela esa especial manera de articular los espacios, según fórmula de raigambre hispano-musulmana. La directriz quebrada, tan propia de la arquitectura neogranadina, aparece también en Santafé de Antioquia. Las casas de esta ciudad poseen generalmente un patio y un traspatio, articulados con el ingreso a través del zaguán, según la fórmula aludida. En muchos casos, el zaguán está limitado con el patio por el llamado contraportón, el cual, más que una nueva puerta, es una pantalla porosa, gracias a una interesante labor de celosía. A este respecto, las gentes opinan que dicha solución tuvo por objeto permitir el paso del aire. Nosotros, sin dejar de lado tan interesante explicación, demasiado positiva quizá, nos inclinamos por creer que el artífice local buscó ante todo, la conformación de nuevos espacios, fragmentar el ámbito general, y crear, además, un deslumbramiento en quien accede a la casa, al admirar, a través de la celosía, el admirable efecto impresionista de un patio tropical (1967, p. 470).

Esto permite deducir que la arquitectura de bahareque a partir de ciertos elementos como el zaguán, generó una gran permeabilidad con el medio externo, situación que la diferencia claramente de su homóloga morisca, la cual desarrolló dentro de su respuesta formal altos grados de introversión con relación a la calle.

Una segunda forma de aproximación al interior de la vivienda de bahareque es la que se experimenta cuando después de atravesar el zaguán, se ingresa al hall ubicado en el segundo piso (Imagen 303) –esto para el caso que se analizaba anteriormente de inmuebles donde la vivienda se desarrolla en la segunda planta y el área comercial en locales ubicados en el primer nivel –. En este esquema, aunque el zaguán prescinde del contra portón, también se experimenta el paso a través de un espacio de tránsito en penumbra, por el que la circulación proveniente de la calle se encuentra con un hall en el que prevalecen la amplitud y la luz, y que además de cumplir la función de recibir a quien ingresa, actúa como organizador de la espacialidad del inmueble de la misma manera que lo hace el patio (Imagen 304). Este contraste por consiguiente, ayuda a magnificar la importancia del hall, reforzando su carácter de elemento central de la vida de estas casas.

Imagen 303. Casa Pereira, Risaralda. Imagen 304. Casa Apía, Risaralda.



Imagen 303. Casa familia Sierra, Pereira, Risaralda. Fuente: Tomo IV, Arquitectura de la colonización antioqueña, Néstor Tobón Botero. Imagen 304. Casa Carrera 9 No. 8-44/48/50, Apía, Risaralda. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Otro espacio de singular importancia ya entrado en desuso, es la entrada de bestias que se utilizaba para conducir cabalgaduras, vacas o cerdos de la calle hacia el solar ubicado en la parte posterior de las viviendas, lo que explica por qué en la actualidad es factible encontrar caballerizas, pesebreras y porquerizas, o vestigios de dichas construcciones en esta área (Imágenes 305 y 306); esto también se revela como una evidencia de la presencia del caballo y de la mula, y de su indiscutible importancia al constituir los medios de transporte en esta región hasta bien entrado el siglo XX, tiempo en que paulatinamente los automóviles fueron tomando su lugar.

Imágenes 305 y 306. Solar, casa Belén de Umbría, Risaralda.



Imágenes 305 y 306. Solar, casa calle 6 No. 8-17/21/23, Belén de Umbría, Risaralda. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En la región, debido a la topografía y a las características de los “camino de herradura”, no se desarrolló el transporte con carretas o carruajes, lo que explica por qué no se observa una entrada con dimensiones para este tipo de vehículos o la existencia de un espacio en el solar para su estacionamiento, como efectivamente sucedió con las edificaciones durante el periodo colonial español. Por su parte, la presencia de la vaca o del cerdo dentro de la vida doméstica urbana, son una muestra de cómo las familias estuvieron profundamente vinculadas con la vida rural y de cómo estas comunidades pudieron garantizar hasta tiempos muy recientes la seguridad alimentaria de sus miembros.

Usualmente, esta entrada de bestias se emplazaba –como todavía se puede comprobar en algunos inmuebles–, sobre uno de los dos costados de las viviendas ubicadas en lotes medianeros (Imágenes 307 y 308), o por la calle lateral en el caso de los predios ubicados en esquina, permitiendo el acceso de manera directa al solar.

Imagen 307 y 308. Fachada y planta donde se observa a la derecha la entrada de bestias.
Casa Belén de Umbría, Risaralda.





Imagen 307 y 308. Fachada y planta donde se observa a la derecha la entrada de bestias. Casa calle 6 No. 8-17/21/23, Belén de Umbria, Risaralda. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Imagen 308. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio

Se tiene conocimiento de otra modalidad de entrada de bestias que se producía conjuntamente con el acceso de los habitantes de la casa compartiendo el zaguán, lo que explica por qué este espacio en algunos casos presenta dimensiones que permitían el paso de jinetes; igualmente, esta forma de acceder se valía del patio para el descenso de quien venía montado, al igual que para redireccionar las circulaciones hacia los espacios de la vivienda o hacia el solar, en donde se llevaban a cabo actividades relacionadas con la descarga y la manutención de las cabalgaduras.

Un último aspecto a tratar con relación a este tipo de accesos que podríamos llamar de servicio, es la ingeniosa entrada de bestias que se producía al levantar la escalera construida en madera que conducía al segundo piso en las viviendas que disponían de hall; este dispositivo después de ser elevado, permitía

que los animales y sus jinetes ingresaran a un pasillo por el que se cruzaba el inmueble en pos del solar, en donde se producían además del desmonte o el descargue de los caballos y las mulas, el ordeño de vacas.

La idea de entrar o salir de la casa sobre la cabalgadura, que no era un hecho común a todos estos dispositivos de acceso –se requería que esta entrada tuviera generosas dimensiones y por consiguiente, la vivienda por la que esta discurría– constituía en el momento en que se encontraba en plena vigencia un símbolo de estatus. Más adelante, en la medida en que este tipo de transporte se sustituye por el automóvil aparece el garaje, lo que constituiría incómodas e inconvenientes modificaciones sobre los inmuebles de bahareque.

Otro aspecto sobre el que se debe reflexionar después de haber precisado el desarrollo de los esquemas tipológicos de vivienda en torno al patio y sus diferentes componentes espaciales, entre ellos el zaguán en su función estructural como elemento por el que se produce el contacto físico con el exterior, son las relaciones de tipo sensitivo –visual, auditiva y olfativa– que se establecen con la calle a partir de la transparencia que genera la cantidad y el diseño de los vacíos que se disponen en las fachadas de estas casas, dentro de una arquitectura en la que paradójicamente sus volúmenes se manifiestan aparentemente planos y cerrados respecto del medio circundante (Imagen 309).

Imagen 309. Casa Calarcá Quindío.



Imagen 309. Casa calle 38 No. 22-57/59/61/63/69, Calarcá Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

Estos vacíos que se intercalan rítmicamente con los llenos presentes en los planos de fachada de la arquitectura regional de bahareque, dan cabida a los balcones con sus puertas ventanas –otros vacíos del conjunto los ocupan el portón de acceso, las puertas secundarias de entrada a los locales cuando se presentan, y la puerta de la entrada de bestias, cuando esta existe–, dispositivos elaborados en madera que a voluntad de los habitantes de estas casas, obran como filtros con los que se gradúa el contacto entre el mundo íntimo de la vivienda y el paisaje urbano (Imagen 310), llegando en el momento de su plena apertura a propiciar total fluidez entre los dos ámbitos (Imagen 311).

Imágenes 310 y 311. Casa Santuario, Risaralda.



Imágenes 310 y 311. Casa Ligia Correa, Santuario, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Cabe en este orden de ideas traer nuevamente a Arbeláez y Sebastián y lo que plantean respecto del manejo que hace la arquitectura neogranadina que se dio en Santafé de Antioquía, -como se afirmó anteriormente, antepasado cercano de la arquitectura regional de bahareque–, de la relación entre los espacios que configuran dichas edificaciones y el medio urbano:

Esa manera suave, distinguida y elegante de establecer la unión entre el interior y el exterior, mediante el uso de tamices que impidan la brusca transición, es otra característica que debe abonársele a la arquitectura de Santafé de Antioquía... (1967, p. 470).

Es importante destacar y partiendo de lo planteado en los párrafos anteriores, el contraste que se produce entre la arquitectura regional de bahareque por la transparencia que en determinado momento adquieren sus fachadas respecto del medio urbano, y lo que contrariamente sucede en la arquitectura árabe cuando esta niega su rico mundo interior a las dinámicas presentes en el espacio público, a la arquitectura andaluza por su intimismo y a su heredera, la arquitectura colonial americana, por su espíritu introvertido, como bien lo confirman Arbeláez y Sebastián:

Además, el planismo de las fachadas y una cierta economía de vanos con aumento de la superficie llena, indica a las claras una herencia mudéjar, lo cual, a su vez, acentúa lo introvertido de la composición arquitectónica.

Pese al manifiesto planismo de que hemos hablado, ese mismo perfil exterior ayudo a crear una volumetría muy definida, destacada en el horizonte. He aquí otra característica que denota, a las claras, el origen arábigo-andaluz de nuestra arquitectura (1967, p. 455).

Encontramos que los cuerpos contruidos que dan frente al espacio público y los recintos que los conforman, tanto en las casas medianeras como esquineras, adquieren el carácter de membranas por medio de las cuales se produce la relación sensible entre interior y exterior; igualmente se observa cómo el plano de fachada se transforma, cambiando su naturaleza cerrada con relación al medio circundante a abierta (Imágenes 312 y 313), gracias al aporte que hacen respectivamente el balcón al constituir un espacio de carácter particular que prolonga el interior de las edificaciones sobre la calle, y la puerta ventana al proveer un elemento de cierre que, por su gran adaptabilidad, regula a voluntad de los habitantes la relación con el medio urbano (Ilustración 9).

Imagen 312. Casa Apía, Risaralda. Imagen 313. Casa Pijao, Quindío.



Imagen 312. Casa familia Vergara, calle 9 No. 8-17, Apía, Risaralda. Imagen 313. Casa Pijao, Quindío. Fuentes: Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. - Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Ilustración No. 9. El balcón como prolongación del espacio interior sobre la calle.



Ilustración No. 9. El balcón como prolongación del espacio interior sobre la calle. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crujería Reina.

El balcón, en particular el que sobresale del paramento⁴¹, permite a quien lo usa tener un dominio de 180 grados sobre el paisaje urbano que se inscribe dentro de los perfiles de la cuadra, lo mismo que en relación con la fuga visual que se produce hacia ambos lados del observador, resultado de la rectitud del damero y del marco que configuran los dos paramentos conjuntamente con la calzada y el alero, esto cuando la calle se desarrolla en el sentido de las curvas de nivel presentando un aspecto excepcionalmente plano (Imagen 314).

Imagen 314. Vista desde balcón, casa Ligia Correa, Santuario, Risaralda.



Imagen 314. Vista desde balcón, casa Ligia Correa, Santuario, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Adicionalmente, se generan desde el balcón dos tipos de relación simultánea con el paisaje urbano y el paisaje rural: la primera, cuando el balcón se localiza en un segundo piso o incluso a mayor altura, poniendo en contacto al observador con el horizonte por encima de los predios de la manzana de enfrente,

⁴¹ El paramento hace referencia al alineamiento que presentan las fachadas de las edificaciones dentro de las manzanas que dan forma a las estructuras en damero, características del urbanismo hispánico.

y la segunda, cuando el balcón se ubica en un inmueble emplazado sobre una calle en pendiente, permitiendo que se despliegue una visual privilegiada sobre la ciudad y las montañas presentes en su entorno (Imagen 315).

Imagen 315. Vista desde balcón, casa Marsella, Risaralda.



Imagen 315. Vista desde balcón, casa familia Issa, Marsella, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

La puerta ventana permite que desde el interior de la casa se dé una relación controlada con el exterior, mediada por el postigo y por las dos naves que integran este singular componente del plano de fachada. En este sentido, la arquitecta Silvia Arango plantea, teniendo como precedente su percepción sobre el zaguán: “Esta misma sutileza y gradación en la relación entre el espacio interior y el exterior se manifiesta en los diseños de ventanas que pueden abrirse total o parcialmente, con un sistema de postigos que permiten distintas posibilidades de aperturas” (1989, p. 115).

En consecuencia, se puede hacer referencia a tres momentos que intervienen en la dinámica que produce la puerta ventana sobre el interior de las casas de bahareque: el primero, cuando la penumbra de los espacios se interrumpe con la apertura del postigo (Imagen 316), brindando la posibilidad de que el habitante controle su vínculo con la calle desde la intimidad que provee esta pequeña abertura; el segundo, cuando al abrir una de las naves la luz y el medio

urbano imprimen en el interior una primera y parcial impronta de su fisonomía (Imagen 317); y el tercero, cuando con el despliegue de ambas naves, la presencia del paisaje urbano en todas sus manifestaciones de tipo sensitivo, se hace plena y dominante entrando a interactuar con las sombras presentes en los espacios interiores y con la iluminación y la dinámica presente en el patio o en el hall (Imagen 318).

Imagen 316. Casa Apía, Risaralda. Imagen 317. Ilustración puerta ventana. Imagen 318. Casa Apía, Risaralda.



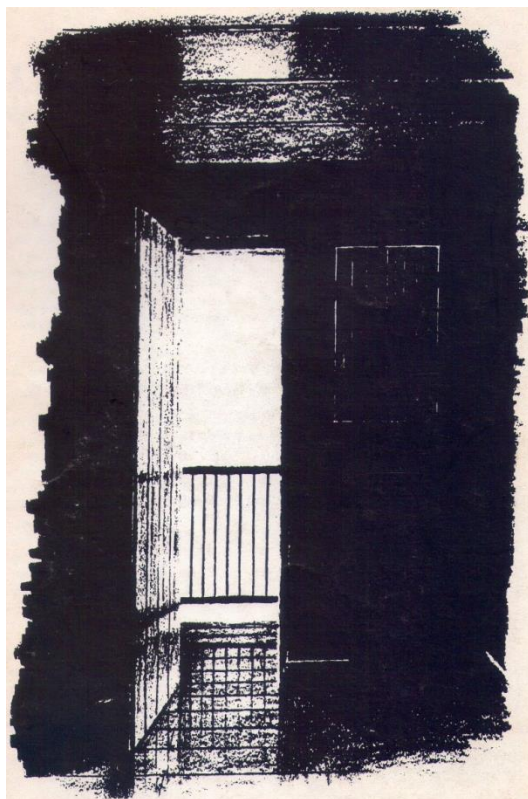


Imagen 316. Casa Carrera 9 #10-02/14 y Cll 10 #9-05/13/15, Apía, Risaralda. Imagen 317. Ilustración puerta ventana. Autor: Arq. Libardo Guzmán García. Imagen 318. Casa carrera 9 No. 8-44/48/50, Apía, Risaralda. Fuente imágenes 316 y 317. Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Fuente imagen 318. Revista Monolito, No. 1, Sociedad Colombiana de Arquitectos Regional Risaralda.

Tomando en cuenta lo observado, es pertinente entonces redondear la discusión que se plantea al comienzo de este capítulo, relacionada con el profundo efecto que produjo el milenario proceso de transferencia del patrón de casa de patio desde latitudes y tiempos antiguos, hacia la forma y el esquema espacial de la arquitectura regional de bahareque, lo cual se puede comprobar estableciendo una analogía entre la tipología con forma en “O” y la Domus romana, e identificar la impronta de unos rasgos comunes que emparentan estas arquitecturas.

De esta manera, podemos asimilar el Zaguán como elemento de acceso y transición hacia el interior de la vivienda con el Vestibulum, el Contra Portón como filtro de la comunicación exterior interior con las Fauces, el Corredor o Galería perimetral como dispositivo de circulación y de vínculo entre espacios con el Atrium, y el Patio como elemento ordenador de la forma y de la espacialidad de la casa con el Impluvium –componente que aunque prestaba una función muy específica de almacenar el agua lluvia, es comparable con el patio por su disposición central y por su papel como dispositivo de aireación y ventilación–; también se puede entrar a establecer un símil entre el Comedor al obrar como espacio intermedio entre el Patio y el Solar, con el Tablinium – espacio que antes era usado para preparar alimentos y que terminó siendo utilizado como sala de reuniones– por la mediación que este hacía entre el Impluvium y el Peristylum.

Finalmente, también es posible establecer similitud entre el pasillo que enlaza el Patio y el Solar con el Andrón o Paso, así como entre el Solar y el Peristylum, por constituir la segunda área libre de estas edificaciones y por ubicarse en torno a estas dependencias para el apoyo de funciones domésticas de la residencia, al igual que dormitorios para la servidumbre. Se concluye entonces que en ambos esquemas de vivienda queda clara la existencia de espacios destinados a usos sociales y de descanso de los propietarios en torno al Corredor

- Patio y al Atrium – Impluvium, y de otros para la servidumbre y el servicio alrededor del Solar y del Peristylum (Imágenes 319 y 320).

Imagen 319. Planta Domus romana. Imagen 320. Planta casa Belén de Umbría.

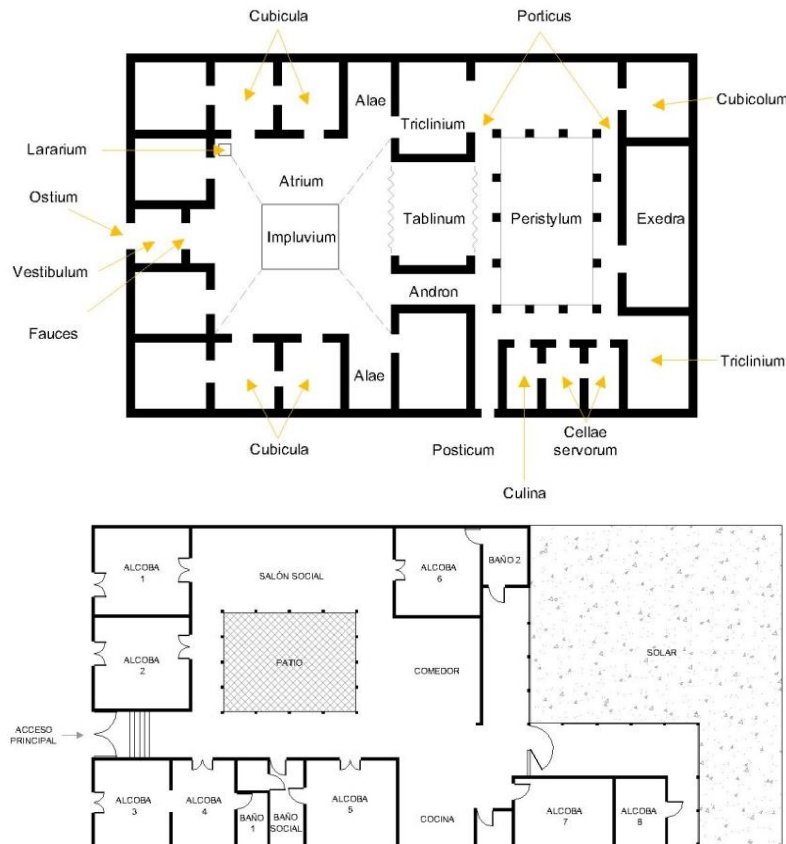


Imagen 319. Planta Domus romana. Imagen 320. Planta casa Calle 6 No. 8-34/40, Belén de Umbría, Risaralda.
Fuentes: <http://hectorsaurio.wordpress.com/2011/03/27/la-casa-romana/>. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio -
Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.
Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

La analogía planteada nos lleva a inferir, a manera de colofón como lo indica el título de este aparte, que la transferencia de patrones formales hacia la arquitectura regional de bahareque trascendió a otros componentes además del patio, llegando a estructurar como se pudo observar, el modelo de vivienda prácticamente en su totalidad. Sin embargo, la preeminencia del patio es indiscutible y su presencia en esta región miles de años después de su origen en tierras tan distantes, lo determinan como el hilo conductor de un proceso y como

símbolo del emparentamiento vivido por una serie de culturas. En este sentido y como cierre de una discusión que paradójicamente queda abierta y sujeta a profundizar en muchos de sus aspectos, vale la pena traer una reflexión de Arbeláez y Sebastián, quienes utilizando como excusa un viajero que por primera vez resulta en un patio de una casa colonial neogranadina, más exactamente en Santafé de Antioquia, recrean parte del periplo vivido por este potente arquetipo o patrón formal que es el patio:

Es indudable que el viajero, quien por primera vez los admire, medite sobre la ilustre ascendencia del patio antioqueño: primero ha de recordar los ejemplares andaluces y del norte de África y luego se ha de remontar en la historia hacia los patios árabes y los romanos, levantados también en las riveras del Mediterráneo (1967, p. 470).

2.3.5.- Las tipologías de número y la forma urbana

Las dimensiones de las casas de bahareque –grandes o pequeñas– que se modelaron bajo la influencia del repertorio tipológico analizado, se encuentran estrechamente relacionadas con la posición que ocupan dentro de las estructuras urbanas de damero presentes en la zona principal del PCC. Las edificaciones de mayor tamaño, caracterizadas también por sus importantes valores constructivos y decorativos, se implantan sobre los perfiles que rodean el parque fundacional, sobre los demás costados de las ocho manzanas que se emplazan en torno a este importante espacio público, o sobre los paramentos de las 16 manzanas adyacentes (Ilustración 10).

Ilustración No. 10. Localización frecuente de casas de bahareque de mayor dimensión, dentro de los centros tradicionales del PCC.

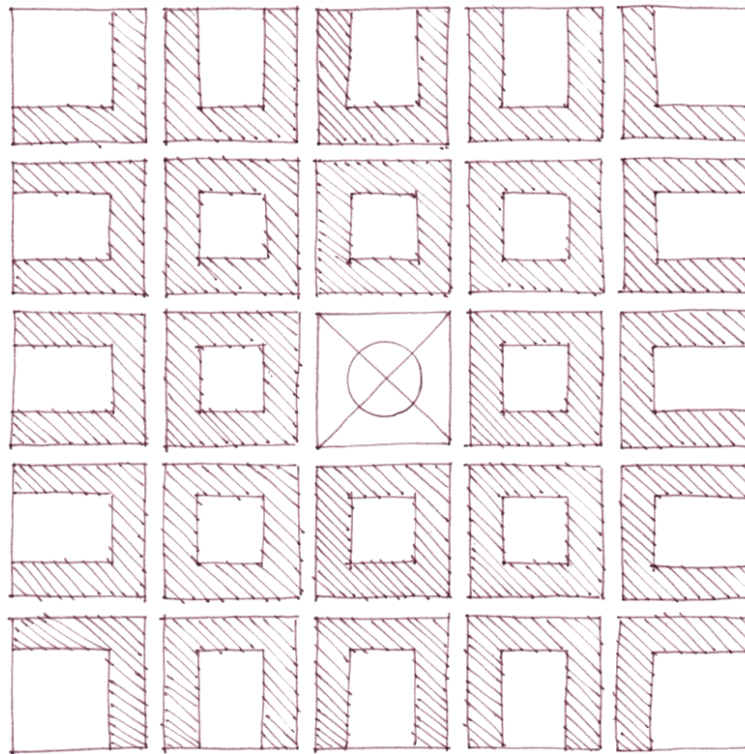


Ilustración No. 10. Localización frecuente de casas de bahareque de mayor dimensión, dentro de los centros tradicionales del PCC. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crujería Reina.

Este patrón urbano se repetía cuando las poblaciones desarrollaban un parque alterno, razón por la cual entraban a emplazarse un segundo templo, otras edificaciones religiosas como conventos o monasterios y edificaciones educativas, como se observa en el parque Fundadores de Santa Rosa de Cabal con la presencia del Santuario de la Milagrosa, con la Escuela Apostólica de los Padres Vicentinos o con la capilla del Colegio Santa Luisa de Marillac (Imágenes 321, 322 y 323); pero este proceso urbano, homólogo a las plazas menores desarrolladas por las ciudades coloniales en la América hispánica, solo se dio en esta región en contadas ocasiones y en poblaciones cuyos centros históricos de damero contruidos en bahareque alcanzaron gran tamaño. En este sentido, el arquitecto Jaime Salcedo, refiriéndose a las Ordenanzas de Poblaciones de 1573 y en el caso específico de las plazas menores, dice:

La Recopilación enfatiza que las demás iglesias de la población y los monasterios se localicen en plazas menores, pero no supedita la existencia de las plazas menores a que se haya de construir iglesias: "...Y asimismo señálense sitios en otras plazas menores para iglesias parroquiales y monasterios, donde sean convenientes" (Ley viii, Título VII, Libro IV) (1996, p. 116).

Imagen 321. Santuario de la Milagrosa. Imagen 322. Escuela Apostólica de los Padres Vicentinos. Imagen 323. Parque de Los Fundadores y al fondo la capilla del colegio Santa Luisa de Marillac. Santa Rosa de Cabal, Risaralda.





Imagen 321. Santuario de la Milagrosa. Imagen 322. Escuela Apostólica de los Padres Vicentinos. Imagen 323. Parque de Los Fundadores y al fondo la capilla del colegio Santa Luisa de Marillac. Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Las grandes dimensiones de las viviendas que, como se ha observado, están estrechamente vinculadas con las áreas céntricas de los poblados, también se encuentran asociadas con su cantidad de pisos, lo que explica por qué los inmuebles con mayor altura se ubican dentro de los sectores conformados por las manzanas a las que se hace referencia en la ilustración 10. No sobra subrayar, por lo tanto, que la cercanía al parque fundacional, un solar de gran tamaño y una casa de bahareque de dos pisos –las de más altura eran excepcionales y una resultante del factor topográfico– eran y aún continúan siendo sinónimo de prestigio (Imágenes 324a, 324b y 325).

Imagen 324a. Manzanas aledañas al parque fundacional. 324b. Manzana b, donde se ubica el predio 2. Imagen 325. Predio 2, Calarcá Quindío.

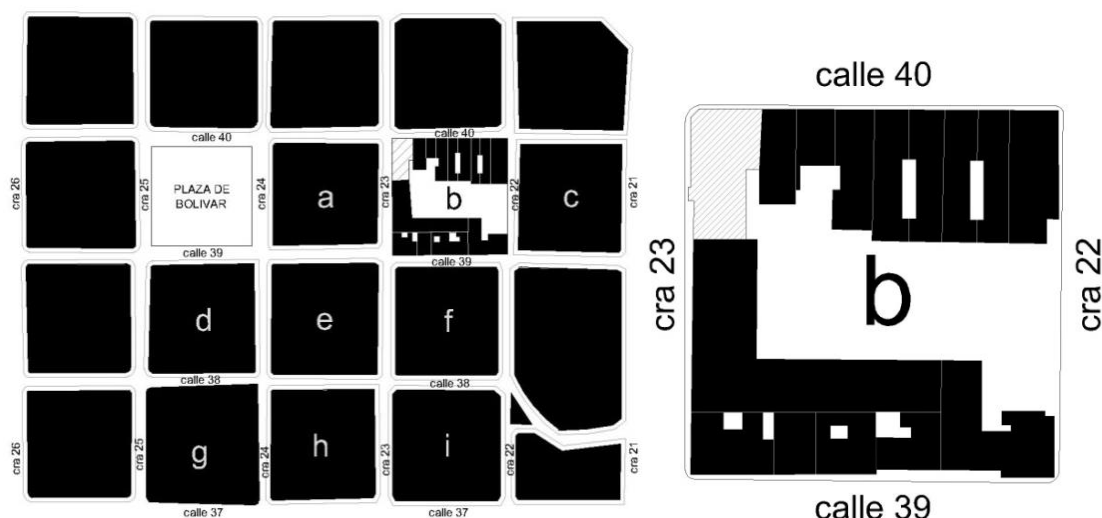


Imagen 324a. Manzanas aledañas al parque fundacional. 324b. Manzana b, donde se ubica el predio 2. Imagen 325. Predio 2, carrera 23 No. 39-56, Calarcá Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Imágenes 324a y 324b. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

En la medida en que se toma distancia del parque fundacional o matriz, la dimensión de los lotes y de los inmuebles disminuye, dentro de una gradación de tamaño que lleva al encuentro de predios de menores dimensiones (Imagen 326), como reflejo del asentamiento de sectores de la sociedad que por limitaciones económicas no podían acceder a un solar de gran tamaño y, por consiguiente, a una vivienda como las que se construían en las zonas centrales; sin embargo, el bahareque y las tipologías espaciales que se reprodujeron de forma masiva en la

región, permitieron el acceso de una gran cantidad de familias a una casa de condiciones similares a las de las gentes más acomodadas en lo concerniente a su forma en torno a un patio y a su sistema constructivo en bahareque, pero que se diferenciaban de manera básica por su tamaño y localización.

Imagen 326. Pueblo Rico, Risaralda.



Imagen 326. Pueblo Rico, Risaralda. Fuente: Archivo Inventario de Patrimonio Arquitectónico del Risaralda IPAR fase II, SCA Risaralda.

Esta disminución del tamaño de las edificaciones de bahareque que se observa en la medida en que se genera distancia del parque fundacional, se puede asociar con la disminución en cantidad y con la pérdida de las calidades de diseño y elaboración de los elementos funcionales decorativos –en cuyo análisis se profundiza más adelante– que integran la materialidad de estas casas; igualmente, tiene relación con el detrimento de las características constructivas derivado de la utilización de materiales de menor calidad y mano de obra menos calificada, todo ello como un efecto de las limitaciones económicas mencionadas anteriormente.

No obstante lo anterior, se produce un particular equilibrio dentro de estas estructuras urbanas, al encontrar zonas en las inmediaciones del parque fundacional con presencia de edificaciones de bahareque de gran singularidad conformando además perfiles muy homogéneos, en contraste con áreas

periféricas donde la importancia de la arquitectura de bahareque radica más que en las características individuales, en los valores de conjunto.

Finalmente, dentro de los hechos edilicios que más sobresalen dentro de la morfología de estos poblados –morfología que por cierto en muchas áreas de estas poblaciones ha sido desdibujada por la aparición de arquitecturas ajenas al lugar–, encontramos los equipamientos sociales, edificaciones que se construyen hasta casi la mitad del siglo XX en la región, al amparo de los esquemas tipológicos de “número” que desarrolló la arquitectura regional de bahareque. Todos los usos institucionales y asistenciales requeridos por los habitantes de estas poblaciones, tendrían lugar en esta arquitectura de patio, desde casas consistoriales⁴², hasta alcaldías, escuelas, colegios, ancianatos y hospitales, siendo los rasgos que marcaban la diferencia con el uso residencial, el tamaño de los lotes y la dimensión de las construcciones resultantes.

Esta situación ratifica lo que se ha venido planteando sobre la arquitectura de bahareque como receptora de patrones culturales foráneos, que se transfieren a América y por consiguiente al centro occidente de Colombia, después del contacto ibérico con pueblos como el árabe, cuyo ascendente sobre esta arquitectura queda en evidencia al observar textos como el del arquitecto Albert Illescas, de la Universidad Politécnica de Cataluña, cuando analiza el caso del patio argelino:

Como era de esperar del principio de indiferencia funcional de la arquitectura islámica, este esquema de patio-rodeado-por cuatro-recintos servirá para todo tipo de edificios (madrassas o escuelas religiosas, hospitales, etc.). A menudo sólo los versículos del Corán que figuran en los muros nos aclaran la función de un edificio del pasado (2001, p. 13).

⁴² Las casas consistoriales eran grandes edificios de bahareque en los que tenían asiento el cabildo o concejo municipal, otros estamentos de la administración municipal y nacional, así como la cárcel.

Las edificaciones de bahareque que dieron albergue a variedad de equipamientos y que alcanzaron a ocupar media o incluso una manzana, tomaron de manera recurrente la tipología de “O”, de cuatro volúmenes rodeando el patio para configurar su forma y estructurar sus esquemas espaciales, llegando a reproducir en algunos casos hasta cuatro claustros en torno a los cuales se erigían cuerpos construidos o “pabellones”, dando lugar a un esquema arquitectónico en cruz, como en el caso del hospital del municipio de Belén de Umbría, Risaralda, demolido a mediados de la década de 1990 (Imagen 327).

Imagen 327. Antiguo Hospital en proceso de demolición, Belén de Umbría, Risaralda.



Imagen 327. Antiguo Hospital en proceso de demolición, Belén de Umbría, Risaralda. Fuente: Archivo Inventario de Patrimonio Arquitectónico del Risaralda IPAR fase II, SCA Risaralda.

El patio y especialmente la tipología con forma en “O” o de claustro, se encargó de facilitar el desarrollo de edificaciones introvertidas, volcadas hacia su interior, que entraban en contacto con el exterior de forma controlada, ya sea a través de la exclusiva constituida por sus zaguanes o por el particular diseño de las puertas ventanas presentes en sus fachadas; estas debido a su diseño —como se planteó anteriormente—, tienen la capacidad de graduar el contacto con la calle propiciando un espacio aislado del exterior, adecuado para usos en los que la tranquilidad era un factor de primer orden, como es el caso de edificaciones de uso asistencial o educativo (Imágenes 328, 329, 330 y 331).

Imagen 328. Normal Sagrada Familia, Apía, Risaralda. Imagen 329. Colegio Laboure, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. 330. Escuela Simón Bolívar, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 331. Casa de la Cultura, Marsella, Risaralda.





Imagen 328. Normal Sagrada Familia, Apía, Risaralda. Imagen 329. Colegio Laboure, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. 330. Escuela Simón Bolívar, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 331. Casa de la Cultura, Marsella, Risaralda. Fuente imagen 328: Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Fuente imágenes 329, 330 y 331. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

2.4 El corredor como interfase en la dinámica espacial de las tipologías urbanas

La idea de una edificación se concreta en tres aspectos: la organización espacial, la forma general y su imagen, según Saldarriaga (1996); adicionalmente, este autor plantea que para entender una organización espacial, es preciso entrar a diferenciar tres tipos de espacio: el que se destina al “uso”, el que sirve exclusivamente para la “circulación” y el que funge como “articulador” principal, donde hace referencia al patio, constituyendo una triada que en su conjunto determina la composición completa de la planta arquitectónica.

Entendiendo entonces el espacio de circulación como uno de los componentes que constituye la esencia de la organización espacial de los edificios, abordaremos una reflexión sobre el papel del corredor en su continua interacción con los espacios que integran la vivienda urbana de bahareque, en particular con el patio, por el rol que desempeña como articulador principal del esquema arquitectónico, así como por el complemento que se produce entre ambos, al constituir el soporte y el punto de gravitación del sistema espacial y

funcional de la edificación; también se analiza la conexión que establece entre la cotidianidad y los eventos que acontecen en el mundo privado de la casa, y las relaciones que se tejen con el espacio público y la ciudad a través de sus habitantes.

Observamos cómo el espacio del corredor se despliega por las zonas y por los diferentes niveles de la casa de bahareque, haciendo las veces de una banda de circulación que al envolver total o parcialmente el patio y el solar, permite la integración de todos los espacios y sus funciones dentro del esquema arquitectónico (Imagen 332).

Imagen 332. Casa Filandia, Quindío.



Imagen 332. Casa carrera 7 No. 3 - 53, Filandia, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

Las zonas a las que se hace referencia se estructuran en torno al patio y el solar, espacios libres que la arquitecta Silvia Arango denomina respectivamente como “patio principal” y “patio de servicio”, en la comparación que hace en su libro “Historia de la Arquitectura en Colombia” entre las tipologías constructivas de la arquitectura de bahareque que se estaba construyendo en la región centro occidental de Colombia y el resto del país, específicamente en Bogotá, en el periodo comprendido entre fines del siglo XIX y 1930:

...la configuración general contempla dos patios diferenciados, uno principal de carácter “ornamental”, con flores y plantas en macetas, y otro de servicio. Alrededor del patio principal se desenvuelve la vivienda propiamente dicha, con tres tipos de espacios: el salón, el comedor y los cuartos. El comedor será el punto central de la casa. (...). A comienzos del siglo el comedor está ya en el eje visual de la entrada y articula, enlaza y relaciona los dos patios. Al fondo hacia el patio de servicio, estará la cocina y, en las casas más ricas, las alcobas para las empleadas del servicio doméstico (1989, p. 114).

Adicionalmente, para comprender el papel del corredor dentro del esquema espacial y funcional de la casa de bahareque, se toma en cuenta la noción de interfase que el arquitecto Rubén Pesci desarrolla para sus investigaciones urbanas, “que describe el punto de contacto (o el área y factor de interrelación) entre dos o más ecosistemas” (1999, p. 52). Pesci establece que la existencia de estos puntos de contacto se precisa en la presencia de dos tipos de interfaces: “activas o sociales” que cumplen “una función aglutinadora; en ellas la información circula y pueden asumir el rol de centro, nodo o vínculo...” (1999, p. 57); y “pasivas o predominantemente físicas”, que “tienen una función de separador, borde o límite entre áreas activas...” (1999, p. 57).

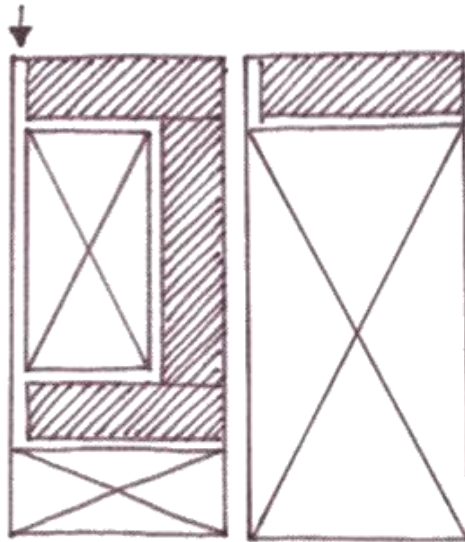
Partiendo de lo anterior, la zona del patio la conforman los mismos espacios en las diferentes tipologías –sala o varios salones dependiendo del tamaño del inmueble, y comedor–, diferenciándose solo por la cantidad de habitaciones, las cuales aumentan o disminuyen con relación a la dimensión del lote y la cantidad de cuerpos que conforman la tipología que se observe –2 cuerpos para la forma en “L”, 3 para la “C” y la “U” y 4 para la “O”–. La otra zona la conforma el solar con los recintos que dan frente sobre él, y que se define tímidamente cuando la tipología es en “L” o en “U” –en este caso al patio y al solar solo los divide un muro–, y de manera más contundente en las tipologías en “C” y en “O”, al quedar claramente dividida del patio por el cuerpo donde se localizan usualmente el comedor y la cocina.

Por su parte el corredor, además de recorrer las zonas que se identifican, se despliega por las diferentes plantas que conforman las viviendas, adquiriendo diversas características respecto de la zona y el nivel por donde transcurre, al igual que con relación a las tipologías y variantes estudiadas, ya sea en casas de uno o de dos pisos. En las casas que presentan bajos, el corredor no se desarrolla debido a la ausencia del patio, sin embargo en las edificaciones en que este espacio libre excepcionalmente se presenta en dicho nivel, las condiciones del corredor son prácticamente las mismas que en las casas de un piso.

En la zona del patio el corredor, como se analizaba en el Capítulo anterior, avanza siguiendo el contorno de las tipologías en “L”, en “C”, en “U” y en “O”, teniendo como particularidades el tramo de corredor sin crujía⁴³ que en muchos casos complementa el circuito alrededor del espacio libre en las edificaciones con forma en “C”, así como el segmento de corredor presente en los volúmenes que dan forma a las tipologías en “I” o Bloque Único. En cuanto al tramo de corredor sin crujía, además de configurar el contorno del patio, se encarga de producir una comunicación directa entre el zaguán y el solar (Ilustración 11), mientras que el corredor posterior en la tipologías en “I”, actúa como espacio de circulación, borde y transición con el área libre posterior, la cual toma la naturaleza de un espacio híbrido entre patio y solar, como consecuencia de no existir un elemento que los delimite y los diferencie, como sí sucede con las demás tipologías (Ilustración 12).

⁴³ La crujía se refiere a la serie de espacios que usualmente acompañan los flancos de una circulación; de esta manera, dentro de las edificaciones es común encontrar circulaciones a una o dos crujías.

Ilustraciones No. 11 y No. 12. Trayectoria del corredor en torno al patio y al solar en las tipologías de la arquitectura regional de bahareque.



Ilustraciones No. 11 y No. 12. Trayectoria del corredor en torno al patio y al solar en las tipologías de la arquitectura regional de bahareque. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crujería Reina.

Así, en las edificaciones de un piso, en la zona correspondiente al patio, el corredor asume la función de una interfase activa en la que circula información como resultado de ser el nodo y el elemento que vincula las actividades que realizan sus habitantes en el salón, el comedor o en las habitaciones que conforman los cuerpos construidos de las diferentes tipologías. Esta dinámica lo constituye en el lugar social y de encuentro por excelencia de la casa; en este sentido, Silvia Arango plantea que: "... El corredor, por ejemplo, es mucho más que una circulación, es un sitio en sí mismo que sirve para la conversación cotidiana e informal" (1989, p. 115).

También y debido a su flexibilidad, esta banda de circulación se convierte en extensión de lo que sucede en dichos espacios, acentuando su papel de dispositivo de transición y de interfase activa, en la que se estimulan procesos de comunicación como los que efectivamente suceden entre los sistemas casa - calle, o casa - medio externo, que se representa en el contacto a través del patio

con el paisaje y con agentes climáticos como la radiación, la iluminación, la ventilación y la lluvia.

Por su parte, las interfases activas requieren de interfases de naturaleza pasiva para definir sus límites. En este caso cobran forma en elementos como el zaguán, que sirve para crear la transición entre el corredor y la calle (Imagen 333), o en la membrana que define la sucesión de columnas y la chambrana – pasamanos característico de la arquitectura de bahareque—, que establece un borde o una frontera entre la galería que conforma la circulación y el patio, como punto de contacto con el medio externo que se representa en el encuentro con el paisaje y con los agentes climáticos (Imagen 334).

Imagen 333. Zaguán, casa Santuario, Risaralda. Imagen 334. Casa Filandia, Quindío.





Imagen 333. Zaguán, casa calle 7 No. 4 - 47, Santuario, Risaralda. Imagen 334. Casa carrera 7 No. 3 - 53, Filandia, Quindío. Fuentes: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. - Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

En cuanto a la zona del solar, esta se encuentra generalmente constituida por un corredor de un solo tramo que se ubica en el límite del cuerpo construido posterior y el área libre trasera –en el caso de las tipologías en “C” y en “O”–, confluyendo sobre él espacios destinados al servicio de la casa como la cocina, eventualmente una bodega o cuarto de San Alejo, dependiendo del ancho del predio y una habitación para la servidumbre (Ilustración 13); en dicha zona se presenta de manera más esporádica un segundo tramo de corredor, el cual generalmente se inserta sobre un cuerpo lateral que se desarrolla de forma perpendicular al volumen donde va el comedor –lo que aumenta la cantidad de cuartos para el servicio de la casa y para atender actividades propias del solar–, configurando una banda de circulación envolvente en forma de “L” sobre el espacio del solar (Ilustración 14) (Imágenes 335 y 336).

Ilustración No. 13. El corredor de un solo tramo y los espacios que sirve o conecta en el área de solar.

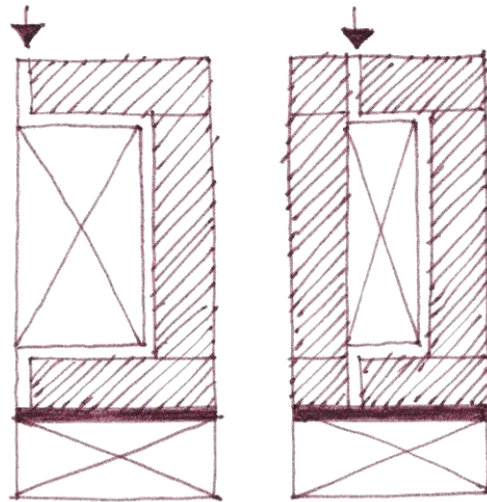


Ilustración No. 13. El corredor de un solo tramo y los espacios que sirve o conecta en el área de solar. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

Ilustración No. 14. El corredor de dos tramos y los espacios que sirve o conecta en el área de solar.

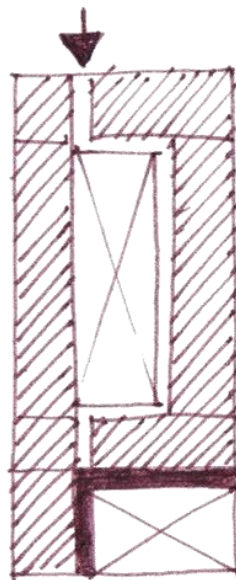


Ilustración No. 14. El corredor de dos tramos y los espacios que sirve o conecta en el área de solar. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

Imágenes 335 y 336. Casa Belén de Umbría, Risaralda.



Imágenes 335 y 336. Casa calle 5 No. 9 – 39/41/43/47, Belén de Umbría, Risaralda. Fuente: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En el corredor que se despliega en los flancos del solar se concreta una interfase activa, a la que se vinculan espacios y actividades relacionadas con el servicio de la vivienda, dentro de un proceso de flujo de información diferente al que se da en la banda de circulación que se desarrolla en torno al patio, resultado de la menor apropiación que vive el clan familiar sobre la zona del solar –sus necesidades socio-afectivas se satisfacen en la zona del patio– por ser un ámbito de servicio de la casa, y debido a la relación de índole utilitaria que se establece con el espacio de circulación existente en la misma, al constituir el medio de acceso al baño, al área libre con presencia de vegetación y de manera esporádica, al sitio de lavado de ropa.

Observamos adicionalmente que a la interfase activa que se materializa en el tramo de corredor correspondiente al solar, se suma la interfase pasiva que define la sucesión de columnas, trazando un límite entre el adentro de la banda de

circulación y el afuera del área descubierta; igualmente, se evidencia cómo el corredor en el (los) tramo(s) del solar adquiere una condición de espacio terminal, que contrasta con la continuidad y dinamismo que lo caracteriza en los segmentos alrededor al patio.

Cuando la casa de bahareque presenta dos pisos, las condiciones del corredor en la zona del patio cambian ostensiblemente, debido al efecto que producen sobre la banda de circulación las dos variantes de vivienda que se desarrollan en la segunda planta, como son la que presenta vacío sobre el patio o la que se configura en torno a un hall cubierto con marquesina.

Por su parte, en las casas de dos plantas, la zona del solar presenta un corredor de características similares a las de las edificaciones de un nivel –de un tramo o de dos con forma de “L”–, teniendo como variante la escalera que se emplaza en la parte posterior del cuerpo transversal en las tipologías en “C” y en “O”, la cual tiene como finalidad conectar los espacios de servicio – cocina, bodegas, habitaciones y baño de servicio, así como lavado de ropas– con los que integran la vivienda ubicados en la segunda planta de la edificación. Este punto fijo genera un flujo adicional que activa el segmento del espacio de circulación en el primer piso, poniéndolo en igualdad de condiciones respecto del otro tramo que se inserta en el cuerpo lateral que flanquea el área libre posterior (Imagen 337).

Imagen 337. Casa Belén de Umbría, Risaralda.



Imagen 337. Casa calle 5 No. 9 – 39/41/43/47, Belén de Umbría, Risaralda. Fuente: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Además, el tramo de corredor que se ubica a la altura del segundo piso en la zona del solar, recibe los flujos provenientes del primer piso a través de la escalera, dando cabida adicionalmente a espacios como el baño y a habitaciones de un carácter secundario con relación a las que se ubican en torno al patio.

Para continuar con la discusión sobre el corredor en las casas de dos pisos con vacío sobre el patio, este debe entrar a analizarse por aparte en los dos niveles que las integran, ya que presenta comportamientos bastante diferentes, incluso si se compara con lo planteado previamente respecto del espacio de circulación en la zona del patio para casas de un piso.

Así, el corredor en el primer piso pierde su rol de interfase activa debido a que no aglutina actividades que generen flujos de información, como resultado de que los espacios que lo rodean o le dan la espalda, como sucede con los locales que tienen su frente hacia la calle —estos generan un plano de pared totalmente cerrado que da contra el corredor y por ende contra el patio—, o son complementarios a la actividad comercial de los mencionados locales, o muestran usos secundarios dentro del esquema espacial de la vivienda, produciendo en su

conjunto un impacto negativo con relación a la apropiación y vivencia que puedan experimentar los habitantes respecto de su casa (Imágenes 338 y 339).

Imágenes 338 y 339. Casa Apía, Risaralda.



Imágenes 338 y 339. Casa calle 9 No. 8 – 17/21/23/27/31, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

El corredor en este nivel adopta estrictamente la función de banda de circulación, en particular en los tramos que involucran el paso hacia el solar y hacia la escalera que conduce al segundo piso de la vivienda; la frecuencia de uso de los tramos restantes, cuando la casa presenta tipología con forma en “C” o en “O” es esporádica, lo que ilustra la pasividad que adopta gran parte del corredor en este nivel.

En el segundo piso, el corredor asume la función aglutinante de una interfase activa, en la que los espacios que se ubican en su contorno y que involucran la vida de la familia vuelcan sobre él su dinámica, aportando información que se mezcla y que lo enriquece como nodo y lugar de encuentro, donde los habitantes de la casa comparten sus vivencias y tejen sus imaginarios y representaciones; la información que se produce y fluye a través de esta interfase, estimula un proceso de intercambio de información entre el sistema que constituye la casa y el sistema que define el contexto urbano, teniendo como medio de flujo la interfase activa que se concreta en la calle (Imagen 340).

Imagen 340. Zaguán, casa Pijao, Quindío.



Imagen 340. Zaguán, casa calle 12 No. 4 - 17, Pijao, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

Debe considerarse la relación de continuidad que se produce entre el corredor y el patio en las casas de un piso, y que hace que las actividades propias de la dinámica de este espacio de circulación se relacionen de una manera más estrecha y en determinado momento, puedan incluso hasta extenderse sobre esta área libre central (Imágenes 341 y 342), desaparece cuando la banda de circulación se desarrolla sobre la segunda planta y las superficies de ambos componentes espaciales quedan a distinto nivel, produciéndose un distanciamiento y por consiguiente, la aparición de maneras de apropiación

diferentes a las que usualmente se generan cuando la incidencia de los espacios que integran la vivienda es más directa sobre el patio (Imagen 343).

Imagen 341. Casa Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 342. Casa Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 343. Casa Belén de Umbría, Risaralda.





Imagen 341. Casa calle 6 No. 8 – 37/53, Belén de Umbria, Risaralda. Imagen 342. Casa calle 6 No. 8 – 34/40, Belén de Umbria, Risaralda. Imagen 343. Casa calle 5 No. 9 – 39/41/43/47, Belén de Umbria, Risaralda. Fuente: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En cuanto al corredor que se desarrolla en el segundo piso en la casa con hall y marquesina, este se observa cumpliendo una función eminentemente de circulación, debido a que los espacios que lo circundan no se sirven de él para prolongar sus actividades de manera tan evidente como en los casos anteriores, enfocando más bien su tensión funcional sobre el hall, el cual adquiere las características de un nodo donde se concentra la dinámica espacial de la casa, constituyendo simultáneamente con la banda de circulación dos interfases activas, divididas claramente por la interfase pasiva que define la columnata perimetral donde se apoya la marquesina (Imagen 344).

Imagen 344. Casa Apía, Risaralda.



Imagen 344. Casa carrera 9 No. 8-44/48/50, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En la tipología en “C” –las edificaciones con hall y marquesina usualmente presentan esta tipología–, tanto el tramo de corredor donde la escalera entrega el flujo proveniente del primer nivel, como el que conecta los espacios que integran el cuerpo lateral con el solar, estos toman una mayor jerarquía en cuanto a la frecuencia de uso y a su sección, si se comparan con los otros dos segmentos en muchos de los inmuebles estudiados; sin embargo, con la misma o diferente medida, el conjunto aporta de manera contundente a la configuración del cuadrilátero del hall, en cuyo contorno, lo mismo que en las demás tipologías, se observan los recintos que integran la vivienda con el cancel del comedor como elemento protagónico (Imágenes 345 y 346).

Imagen 345 y 346. Casa Apía, Risaralda.

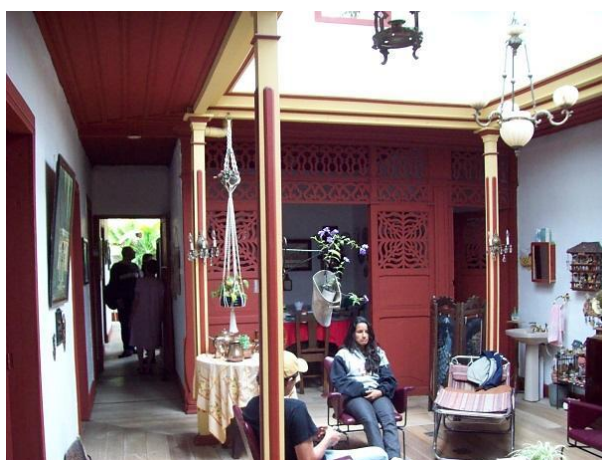


Imagen 345 y 346. Casa familia Naranjo, Apía, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Los análisis y reflexiones anteriores permiten entender el corredor como un espacio de circulación, dinámico en comparación con los espacios destinados al uso (Saldarriaga, 1996), el cual de acuerdo con la zona y el nivel donde se despliega en la casa, adquiere un carácter particular, no obstante su función en dichos ámbitos sea la misma: conectar los espacios, favorecer el flujo de información, relacionar zonas y propiciar la comunicación con el medio externo.

Además, por su flexibilidad y por el indispensable aporte que efectúa al desempeño funcional de la arquitectura regional de bahareque, el corredor produjo unos rasgos comunes desde su inicio en el zaguán, hasta su final en los tramos terminales del solar, que se comparten con todas las tipologías y variantes desarrolladas a lo largo y ancho de la región.

Primero que todo, debemos referirnos a la flexibilidad del corredor, cuyo origen se encuentra en una naturaleza mixta entre abierta y cerrada, compartida entre exterior e interior, que hace que las actividades y la vivencia humana experimentadas en sus límites, resulten beneficiadas de la cobertura que proporciona una envolvente arquitectónica permeable que simultáneamente y de forma contundente, facilita el vínculo con el medio externo, generando en algunos casos contacto con los paisajes urbanos y rurales presentes en la periferia de los poblados y de manera continua, como se precisaba anteriormente, con agentes climáticos como la radiación, la iluminación, la ventilación y la lluvia:

...la casa está dispuesta de tal manera que el hombre pueda invitar a sus dominios la presencia del agua y del sol; dentro de la casa llueve; en el corredor, como en la calle, el habitante se debe proteger de la lluvia, ella moja la casa y con su sonido acompaña un tiempo a la pereza de la siesta (todavía socialmente posible) o del tedio de una vida doméstica aun llena de múltiples y muchas veces arduos quehaceres (Arango, 1997, p. 35).

A su vez, dicha flexibilidad se manifiesta en la adaptabilidad del corredor para responder a requerimientos de circulación, de estancia temporal o de permanencia, siempre con la acentuada presencia del medio externo. Esto queda en evidencia cuando el corredor se aísla de los espacios que lo circundan con el solo cierre de sus vanos –situación que lo limita a la función de circulación–, o cuando se integra al prolongarse las actividades que se realizan sobre su superficie –situación que lo lleva a asumir una función de permanencia–; independientemente de la extensión de actividades que ejercen algunos recintos sobre el corredor, también se consolidan puntos de estar que lo transforman

parcialmente de dispositivo funcional en espacio social. Finalmente, la utilización del corredor para la ubicación de dispositivos verticales de comunicación – escaleras– con las plantas inferiores –bajos– o superiores cuando la casa presenta patio, afectan el desempeño frente a los requerimientos anotados al comienzo del párrafo.

2.5 Los elementos funcionales – decorativos: su desempeño utilitario, su desarrollo estético y la modelación de la imagen en la arquitectura urbana

El término compuesto “elementos funcionales – decorativos” hace referencia a la serie de dispositivos que en el normal proceso de evolución, la arquitectura de bahareque desarrolló para lograr un óptimo desempeño como artefacto de habitación desde los puntos de vista formal, espacial, funcional y constructivo, todos ellos elaborados con un profundo sentido de la estética.

Forman parte de este repertorio, elementos de cierre de vanos como portones de acceso, contraportones, puertas secundarias de locales comerciales, puertas ventanas con sus diferentes tipos de balcones y puertas interiores. También, componentes de tipo constructivo sobre los que se aplicó ornamentación como aleros, en los cuales se dejaron a la vista los canes o se cubrieron, y columnas con sus respectivas bases o capiteles; igualmente, se elaboraron chambranas –versión local de los pasamanos o barandas– para confinar los corredores o zócalos para protección de las partes bajas de las paredes y cielorrasos.

2.5.1 De simples elementos funcionales a funcionales – decorativos

Como se precisó en apartes anteriores, la arquitectura regional de bahareque en el momento inicial del proceso de poblamiento en esta región –primera mitad del

siglo XIX—, tuvo como propósito brindar albergue a una gran masa de colonos que requerían cobijo, y cuya principal prioridad era resolver los asuntos referentes a su supervivencia. Asimismo, se encontraba en un estado embrionario de desarrollo desde los puntos de vista constructivo, formal y espacial, en el que lo decorativo no tenía cabida por no disponerse en el medio de las condiciones económicas, técnico-formativas y de los referentes estéticos, que en las postrimerías del siglo XIX y en especial en las primeras tres décadas del XX, le permitieron alcanzar los altos grados de refinamiento que hoy en día se pueden observar en muchas de las poblaciones que integran las zonas principal y de amortiguamiento del PCC.

De esta manera, la arquitectura de un solo bloque que se construye durante gran parte del siglo XIX en los solares que se adjudican tras los repartos urbanos, se presenta absolutamente desprovista de ornamentación y compuesta por una sencilla envolvente arquitectónica, que tenía como único propósito brindar a sus ocupantes unas condiciones mínimas de habitabilidad, de protección frente a los agentes del clima, al igual que la oportunidad de establecerse y sentir pertenencia por el lugar.

Es así como en esta primitiva arquitectura de bahareque se da el desarrollo de los primeros dispositivos funcionales, que van más allá de lo estrictamente constructivo —como componentes constructivos pueden mencionarse los horcones que integraban la incipiente membrana de bahareque—, como es el caso específico de los elementos de cierre de vanos⁴⁴; así, las puertas y las ventanas suman su aporte en la modelación de los volúmenes y en la configuración de la elemental espacialidad de estos iniciales productos arquitectónicos, contribuyendo conjuntamente con los planos de pared a definir los límites entre espacios y a producir la diferenciación entre el interior de las edificaciones y el medio circundante.

⁴⁴ El término vano se refiere a las aberturas que se producen en los planos de fachada y divisiones de las edificaciones para generar comunicación entre sus espacios y entre estos con el medio externo.

Como se estableció también en apartes anteriores, la arquitectura de bahareque trasciende el momento del elemental bloque único para adentrarse por el proceso de consolidación formal que significó el desarrollo de las diferentes tipologías de número, en las que corredor y patio jugaron un papel determinante, el primero como columna vertebral de la funcionalidad de las edificaciones y el segundo como articulador de su esquema espacial.

Observamos entonces cómo en la medida en que se configuran los cuerpos de las tipologías en “I”, en “L”, en “C”, en “U” y en “O”, y que se especializan los diferentes espacios que las integran, se dan las condiciones para la aparición de otra serie de elementos funcionales, además de los de cierre de vanos como puertas y ventanas, los cuales como vimos antes, forman parte de la materialidad de esta arquitectura desde sus momentos más incipientes.

De esta forma, del modelo de puerta que se venía utilizando en la arquitectura de bahareque preexistente, se derivan varios tipos, cuyo diseño empezó a depender de la función de los espacios donde estas se ubicaban; así, se inicia el desarrollo de los portones para la entrada a la casa y de los contraportones para los zaguanes, al igual que de las puertas secundarias de los locales comerciales y de los espacios interiores; también haría su aparición el singular cancel del comedor, que en este estadio de avance de los elementos funcionales, solo se diferencia de las demás puertas de la vivienda por su tamaño y por la cantidad de cuerpos fijos y naves.

De otra parte, la combinación entre la puerta y la ventana daría lugar al particular híbrido conocido como puerta ventana, que funciona como un elemento de cierre de circulación entre los espacios que dan frente a la calle y los balcones, a la vez que de aislamiento de la relación existente entre el interior y el exterior de la casas; también se produce el balcón corrido, que se desarrolla a todo lo ancho de las fachadas, quedando compuesto por una serie de columnas aserradas

unidas en sus intersticios por chambranas –igualmente se desarrollarían sin columnas–, lo mismo que los balcones individuales, uno por cada puerta ventana.

Se elaboran además los cielorrasos como una solución para aislar el espacio que se genera entre la estructura de los techos del interior de los diferentes recintos –a este espacio se le ha dado el nombre de zarzo en la región–, lo mismo que para darle acabado a la cara inferior de los entrepisos, en el caso de las edificaciones de dos o más pisos; los cielorrasos también se extienden cubriendo el espacio del zaguán y de los corredores. Surge también el alero coronando la parte superior de los volúmenes arquitectónicos, con la doble función de brindar protección a la superficie de la fachada de los agentes del clima y de recibir el faldón del área aferente de la cubierta; este también se observa rematando los flancos de los cuerpos construidos que se emplazan en torno al patio y al solar.

Otros elementos que se deben destacar son las columnas que se alinean por el borde externo de los corredores, las cuales unidas a las chambranas que se instalan entre sus intersticios, componen un conjunto que se destaca por su complementariedad desde el punto de vista estructural y por su aporte formal, al contribuir en la configuración de los volúmenes que dan su cara sobre el patio y el solar. Paralelamente al plano que definen las columnas y las chambranas, y sobre el primer tercio de las paredes que delimitan los corredores con los diferentes recintos que integran las casas de bahareque, encontramos el zócalo, protegiéndolas del tráfico peatonal que concentran estos espacios de circulación; este elemento cobró forma en la franja de fachada aferente a las aceras.

En este orden de ideas, es importante destacar el papel de los elementos señalados con relación al óptimo desempeño de los espacios y de las áreas donde se presentan, lo que permite deducir cómo todos fueron pensados para asumir un rol específico, desde el punto de vista funcional.

Así, las puertas y las puertas ventanas se encargan de separar el ámbito privado de las habitaciones, del semipúblico que se concreta en el corredor, o del público que se materializa en la calle –esto para las habitaciones ubicadas sobre bloques que hacen frente con el espacio público–; también aíslan espacios semiprivados como la sala o salones del espacio semipúblico que toma forma en el corredor, o del público que se manifiesta en la vía; el cancel presta su función brindando intimidad al comedor respecto del espacio de circulación de la casa; el portón y el contraportón contienen el espacio de transición que define el zaguán, controlando la conexión existente entre el corredor y la calle. Finalmente, las puertas y puertas ventanas resguardan los espacios interiores de las afectaciones causadas por el medio externo como contaminación acústica, olfativa o visual, lo mismo que de los agentes del clima.

De otra parte, elementos como el alero y el zócalo adquieren sentido en la protección que brindan a la membrana de bahareque, el primero por el resguardo que ofrece a la fachada y al corredor de los agentes climáticos, especialmente de la lluvia, y el segundo por la defensa que hace de las paredes respecto del deterioro causado por los flujos que discurren por el corredor o por la acera. Otros dispositivos como los cielorrasos contribuyen a confinar los espacios aportando el plano superior, mientras que las paredes definen las superficies verticales y los pisos la base inferior; en cuanto a las chambranas, estas se encargan de delimitar conjuntamente con las columnas y con las paredes ubicadas en el lado opuesto, los espacios de circulación.

Hasta finales del siglo XIX y principios del XX, estos elementos elaborados todos en madera, se limitaban a cumplir un rol funcional dentro de las edificaciones de bahareque, presentándose austeros, sin ningún tipo de elaboración adicional que les confiriera un valor estético y que los llevara más allá del plano utilitario en que se habían ubicado. Será en aquellos citados momentos cuando se produzcan tres situaciones que generen las condiciones propicias para

que en ellos se concentren la fuerza creativa y el acervo decorativo adquirido desde entonces: el mejoramiento de las condiciones económicas en la región, el paulatino cambio de una sociedad rural hacia una de carácter más urbano, y el contacto que se produce con las corrientes estéticas entonces en boga en Norteamérica y Europa.

La historia regional da cuenta de una gran masa de colonos pobres, que tuvieron como centro de su actividad una agricultura de subsistencia, en tanto una minoría privilegiada generaba o incrementaba sus fortunas sobre la base producida por la ganadería, por el comercio asociado con la arriería, por la especulación con la tierra y en un menor grado, por la minería. Esta situación que se mantiene durante gran parte del siglo XIX, tuvo como efecto en el caso particular de la arquitectura de bahareque, que esta alcanzara unas condiciones básicas de habitabilidad que se conservan sin mayor novedad hasta la segunda mitad de la mencionada centuria, cuando las producciones agrícola y pecuaria se incrementen y adquieran un carácter comercial, debido a su exportación hacia centros urbanos de la provincia de Antioquia como Medellín y Rionegro, al igual que hacia poblados de la región como Manizales, Marmato y Supía, los cuales por ese entonces se habían consolidado dando albergue a considerables cantidades de población:

La dinámica interna de la colonización tiene dos etapas: la primera cubre la producción de artículos de subsistencia, en las parcelas durante los primeros años y cuando estos productos no cuentan con un buen mercado. Y la segunda, hace referencia a la alta valorización de las tierras por las posibilidades de mercadeo de los artículos de subsistencia o por el desarrollo de la producción de agricultura comercial. Sobre este aspecto se puede decir que la producción de artículos para el mercado se da al calor del desarrollo de la gran propiedad siguiendo esta constante: "A una colonización espontánea de colonos que no disponían de otros recursos que sus brazos, sus hachas y sus machetes, que actuaban individual o familiarmente, sucedía una colonización empresarial y capitalista" (40) (Valencia, 1987, p. 174).

Este comportamiento en ascenso de las condiciones económicas de los colonos, coincide durante las últimas tres décadas del siglo XIX con el inicio del cultivo de café, el cual paradójicamente se produce en las laderas antes despreciadas por los terratenientes, quienes por diferentes medios se habían hecho propietarios de las mejores tierras, en particular de las planas para el desarrollo de la ganadería:

Por su lado, se formaron latifundios ganaderos y cañeros en las tierras planas y vegas de los ríos, y por lo otro, en los flancos de las cordilleras se ubicaron las pequeñas parcelas campesinas. Los colonizadores capitalistas acapararon las tierras bajas y de fácil acceso, y dejaron a los colonos pobres los bosques escarpados y lejanos que con el tiempo se convertirían en las tierras más productivas para iniciar el cultivo del café (Giraldo, 1987, p. 101)

De esta manera el café con su creciente producción –que lo llevó a ser un producto de exportación–, asociado a la comercialización de los demás productos agropecuarios, genera un impacto en la economía regional que transforma la calidad de vida de las gentes, no solo de las clases privilegiadas, sino del gran conglomerado de habitantes. Todo ello va produciendo significativos efectos sobre las calidades de la arquitectura de bahareque y, en particular, sobre los elementos funcionales estudiados:

Según estadística de 1875, cuando ya se exportaba al extranjero, se producían 150 cargas en el sur y 182 en el suroeste, siendo los más productores Bolívar, Abejorral, Concordia, Salamina, Andes, Titiribí y Manizales, respectivamente. Era tal el auge que para 1878 ya se calculaban 8000 cargas casi todas producidas en zonas de reciente colonización (Jaramillo, 1987, p. 69).

El segundo fenómeno que explica la consolidación de la arquitectura regional de bahareque e incide de manera directa en este proceso de refinamiento de los elementos funcionales, es el progresivo tránsito de una sociedad eminentemente rural a otra de carácter urbano. Aunque el proceso de poblamiento en esta región de Colombia se basó en la fundación de ciudades para ir definiendo el avance y el dominio sobre un espacio geográfico vasto y agreste,

estas realmente se afianzan y se multiplican a partir de las dinámicas de producción y de intercambio que se desatan en el campo durante la segunda mitad del siglo XIX, en particular en sus tres últimas décadas.

Los poblados, además de constituirse en el punto de intercambio de lo producido en el campo y en el lugar donde se adquieren bienes de consumo, incluso traídos de ultramar, adquieren la condición de nodos donde se concentra un sinnúmero de tensiones de índole político, económico, social y territorial, que redundan en que la arquitectura de bahareque asuma importantes cambios dirigidos a mejorar su desempeño frente a los usos que en adelante acogería, así como a brindar un albergue de calidad a una población creciente. Las edificaciones que se destinan a vivienda serían habitadas por familias procedentes de otras regiones geográficas, pero especialmente por aquellas que, después de haber vivido por varias generaciones en las áreas rurales próximas a los centros urbanos, se trasladan a estos tras el impulso que da el mejoramiento de sus condiciones económicas. Con relación a este proceso de cambio de forma de vida, el historiador Albeiro Valencia Llano se refiere a la ciudad de Manizales, cuando en el año de 1851 contaba apenas con 2789 habitantes:

Aunque en 1851 la mayor parte de la población vivía en sus aberturas, al organizarse las vías de comunicación y activarse el mercado, se fueron asentando numerosas familias en la zona urbana; las causas de este auge son numerosas, pero entre ellas juega importante papel la facilidad con que los artículos agrícolas se pudieron mercadear (1987, p. 172).

Las casas urbanas de bahareque adquieren el carácter de punto de encuentro social, de espacios propicios para el ocio y el descanso, en particular de las personas –hijos varones y padres de familia– que durante los días hábiles se enfrentaban con las labores del campo y en el fin de semana se trasladaban al “pueblo”, para recargar fuerzas y continuar a la siguiente con su rutina de trabajo, que en muchos casos ya empezaban a intercalar con el estudio y con otras actividades de naturaleza citadina o urbanita; por su parte, otros miembros de la

familia como hijas y esposas, también empezaban a adquirir hábitos propios de la nueva forma de vida.

Lo anterior se encarga de producir el ambiente propicio para que se aspire a viviendas de mejores condiciones, en las que la decoración entraría a desempeñar un importante papel como símbolo de estatus y del mejor nivel de vida alcanzado, en el que el disfrute y la contemplación de lo estético eran del todo posibles.

El último fenómeno al que se ha hecho alusión para explicar el refinamiento de los elementos funcionales, tiene que ver con la producción de café y sus excedentes económicos, que sumados a la estabilidad producida por el desarrollo de la agricultura comercial, permite que algunos coterráneos en las postrimerías del siglo XIX y comienzos del XX, tengan la oportunidad de tener contacto directo con los eclecticismos historicistas que habían definido el curso de la arquitectura de las ciudades europeas y norteamericanas desde fines del siglo XVIII, en particular con ejemplos del neoclásico y del neogótico, en los que se resumían órdenes y elementos compositivos y decorativos de la antigüedad:

... hasta las postrimerías del siglo XIX, la arquitectura europea se matriculó en el llamado “eclecticismo historicista”, nombre que se le dio al hecho de plasmar con los nuevos materiales y tecnologías las diferentes experiencias arquitectónicas preindustriales, mediatizadas por las reinterpretaciones de los nuevos días. Fue la etapa de los “neos”: neoclásico, neogótico, neorrenacentista, neorrománico, etc., sin excluir siquiera las referencias a las exóticas arquitecturas orientales (Robledo, 1996, p. 33).

También se encuentran estos primeros cafeteros viajeros en sus incursiones a ciudades como París y Nueva York, con corrientes artísticas y de diseño como el Art Nouveau y el Art Deco. En cuanto al Art Nouveau, este tuvo su auge en Europa entre 1890 y 1910, teniendo como característica principal su referencia continua a la naturaleza, lo que explica la sinuosidad de sus formas, su cercanía a la línea curva, su sensualidad y los motivos vegetales y animales –

tallos, hojas, cuellos de cisne— presentes en sus obras. El Art Deco se desarrolla entre las guerras mundiales —1920 y 1939—, teniendo como identidad la línea recta, al igual que los motivos geométricos fitomorfos y de tipo faunístico.

Estos referentes que también se ponen al alcance de las gentes de nuestra región a través de revistas y fotografías, de los objetos y regalos que llegaban de Norteamérica y Europa, se convierten en la materia prima que, conjugada con el talento local, así como con la destreza y el saber en el trabajo de la madera heredados vía colonia española del arte mudéjar, inspiran a varias generaciones de artesanos o “carpinteros-ebanistas y carpinteros-talladores” (Robledo, 1996, p. 74), que los imitan fielmente o que retoman sus modelos para producir sus propias creaciones, plasmándolas en cuanto elemento funcional, de las edificaciones de bahareque.

Lo anterior explica cómo hoy es posible encontrar en unas ciudades de montaña andina, arquitectura con frontones, frisos, cornisas, jambas, columnas — con sus respectivas bases, fustes y capiteles—, tallas en alto y bajo relieve, calados, etc., formando parte del diseño de sus portones, contraportones, puertas, puertas ventanas, cancelas de comedor, cielorrasos, zócalos y aleros, todo como un testimonio del cosmopolitismo que alcanzaron ciertos sectores de la sociedad en este territorio y del puente que se tendió a través de las imágenes contenidas en dichos elementos con tiempos y latitudes distantes (Imagen 347).

Imagen 347. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



Imagen 347. Casa Fernando Buitrago Montes, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

La conjunción de los fenómenos analizados generó el ambiente propicio para que en los elementos funcionales que antes desempeñaban un rol meramente utilitario, se fuera plasmando una expresión decorativa que representaba las aspiraciones y los imaginarios de una sociedad que finalmente había inventado su hábitat, y que a la vez se encargaba de construir la imagen de su arquitectura sobre el sustrato que brindaban estos rasgos de modernidad.

2.5.2 Un repertorio estético plasmado sobre madera

Como se ha reiterado hasta el momento, la arquitectura regional trasciende el estadio inicial de desarrollo en que se mantiene durante gran parte del siglo XIX, hacia una etapa marcada por importantes hechos como lo fueron el perfeccionamiento del sistema constructivo de bahareque, la consolidación formal que la lleva al encuentro de las denominadas “tipologías de número”, el afinamiento de su esquema funcional que le permite concretar un orden, unas jerarquías y unos roles para los espacios que la integran y, finalmente, ser el punto de confluencia de un repertorio decorativo que terminó convirtiéndose en símbolo de la llegada de los primeros aires de modernidad a estas tierras:

En los mejores ejemplos, al principio las carpinterías de los portones y contraportones, de las ventanas y puertas-ventanas, de los balcones y cielos rasos y de las columnas y barandas no poseían ni adornadas tallas ni elaborados apliques. Fue luego, al iniciarse la influencia de la arquitectura republicana y al reunirse los recursos con qué darse el lujo de adornarlas, cuando aparecieron las tallas que pretendían imitar los altos y bajos relieves de los muros de las edificaciones europeas y de las pocas similares que aparecían en Colombia. En sus esfuerzos por “modernizarse”, hasta los hierros importados acompañaron las maderas, y hubo casos en que balcones metálicos completos, traídos del extranjero, se colgaron de los muros de las fachadas, sustituyendo los viejos de madera (Robledo y Samper, 1993, p. 81).

De manera diferente a otras arquitecturas presentes en la historia universal que tuvieron como eje de su propuesta ornamental la talla de diferentes tipos de piedra o cantería, la pintura mural y los mosaicos, los trabajos en yeso y la forja de hierro, entre otros, las edificaciones que se construyen en bahareque en esta región de Colombia centran toda su expresión decorativa sobre los elementos funcionales elaborados en madera, al ser estos los únicos componentes arquitectónicos sobre los que se podía llevar a cabo un trabajo artesanal, el cual termina por llevarlos hacia un estado en que serían apreciados por su valor estético y por ser símbolo de estatus, y no por el rol utilitario que habían desempeñado hasta el momento:

La extensa utilización de madera en los terminados –puertas, ventanas, cancelas, barandas, cielos rasos, etc.– obligó a la adaptación de las distintas influencias dentro de las posibilidades de este material. Un ejercicio posible es el de seguir los “estilos” de referencias a través de la ornamentación: el mudéjar, el neoclásico, el gótico, al “art nouveau” y el “art deco”, en sucesión cronológica dejaron lejanos ecos, siempre reinterpretados por una riquísima imaginación popular. Los modelos originales de estos estilos fueron generalmente pensados en piedra o en hierro y su volcamiento a la madera pintada de distintos colores produce un singularísimo lenguaje expresivo muy propio de las expectativas a la vez conservadoras y aventureras de algunos colonizadores en trance de urbanización. Es en este repertorio ornamental, en este lenguaje superpuesto a una tipología base, donde reside lo más valioso de esta arquitectura (Arango, 1989, p. 115).

Los planos que configuran las edificaciones de bahareque, diferentes a los puntos donde se ubican los elementos funcionales decorativos, se encuentran integrados por la membrana que compone el sistema constructivo del bahareque y

su revestimiento –revestimiento que se compone por un mortero de tierra, excremento de caballo y fibras naturales–, lo que de entrada hizo imposible que se pensara en desarrollar cualquier tipo de ornamentación sobre su superficie. Más adelante, el mencionado mortero lo conformaría una mezcla de arena y cemento, cambio que facilitaría en el caso de la faz de las fachadas, la elaboración de molduras y de altos y bajos relieves con motivos geométricos y naturales.

Este repertorio ornamental elaborado en madera se condensa en un saber que se transmitió a través de generaciones de carpinteros ebanistas y carpinteros talladores, y que dio origen incluso a escuelas como la del maestro ebanista Eliseo Tangarife en Salamina, Caldas, las cuales se encargaron de elaborar y reproducir modelos con un sello propio y de diseminarlos por toda la región. Gracias a ello es posible encontrar rasgos comunes en la ornamentación y las formas de los elementos funcionales decorativos presentes en la arquitectura de bahareque de las diferentes poblaciones del PCC. En consecuencia, es del todo factible para referirnos a este fenómeno, utilizar el término tradición, entendiéndolo como el medio “...que permite la transmisión **de valores**, ideas y comportamientos a través del flujo continuo y vivo de una comunidad homogénea y radicada en un territorio que le pertenece” (Pigafetta y Abbondandolo, 2002, p. 22).

Se explica entonces el porqué de la presencia de esta rica y extensa tradición decorativa dentro de las fachadas que delinean los perfiles de las calles que dan forma a los paisajes urbanos del PCC, y que se concreta en elementos funcionales decorativos como los aleros y sus variantes, coronando las edificaciones de bahareque, en la diversidad de modelos de balcones y puertas ventanas, en las sencillas puertas de los locales comerciales –en el caso de las construcciones de dos pisos– y en los portones que con su despliegue de diseño y gran jerarquía, identifican los accesos de las casas (Ilustración 15).

Ilustración No. 15. Los elementos funcionales decorativos y su presencia en las fachadas que delinean los perfiles urbanos del PCC.



Ilustración No. 15. Los elementos funcionales decorativos y su presencia en las fachadas que delinean los perfiles urbanos del PCC. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

En cuanto a los aleros se identifican dos tipologías. En la primera, los canes⁴⁵ se ubican a la vista dispuestos de forma individual o por pares (Imágenes 348, 349, 350, 351 y 352), teniendo como función estructural sostener el entramado de madera en que se apoya el faldón de la cubierta, constituida por un manto en teja de barro; dichos canes, debido a su exposición, en muchos casos se labran, quedando ondulados y con tallas con forma de arabescos.

⁴⁵ Los canes son elementos que cumplen un papel estructural y ornamental; tienen como función prolongar el tirante que integra la estructura de los techos, para recibir el faldón de la cubierta y para configurar los aleros.

Imagen 348. Casa Apía, Risaralda. Imagen 349. Casa Apía, Risaralda. Imagen 350. Casa Apía, Risaralda. Imagen 351. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 352. Casa Santuario, Risaralda.



Imagen 348. Casa carrera 9 #9-56/58/60/64 y calle 10 #9-06/16, Apía, Risaralda. Imagen 349. Casa carrera 9 #8-18/20/22, Apía, Risaralda. Imagen 350. Casa familia Vergara, calle 9 #8-17/21/23/27/31, Apía, Risaralda. Imagen 351. Casa calle 6 No. 8-04/06/10/14 y carrera 8 No. 6-01/15/19, Santuario, Risaralda. Imagen 352. Casa calle 6 No. 9-26/28/30/32, Santuario, Risaralda. Fuente imágenes 348, 349 y 350. Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Fuente imágenes 351 y 352. Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

En la segunda tipología, los canes se presentan cubiertos dentro de una caja de madera elaborada con hileras de tablas de forro dispuestas de forma perpendicular, paralela o diagonal al plano de fachada, sobre las que se instalaban guarda luces que por sumatoria componen tramas de tipo geométrico (Imágenes 353, 354, 355, 356 y 357).

Imagen 353. Casa Apía, Risaralda. Imagen 354. Casa Pijao, Quindío. Imagen 355. Casa Apía, Risaralda. Imagen 356. Casa El Cairo, Valle del Cauca. Imagen 357. Casa Santuario, Risaralda.



Imagen 353. Casa familia Naranjo, Apía, Risaralda. Imagen 354. Casa Pijao, Quindío. Imagen 355. Casa Carrera 7 #8-36/40/42/44/50, Apía, Risaralda. Imagen 356. Casa El Cairo, Valle del Cauca. Imagen 357. Casa calle 5 No. 6-41/45/51/53, Santuario, Risaralda. Fuente imágenes 353 y 357. Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda. Fuente imágenes 354 y 356. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Fuente imagen 355. Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Los balcones y las puertas ventanas deben ser tratados por aparte, ya que la variedad de cada uno de estos elementos funcionales decorativos es extensa;

se observan tres variantes de balcones corridos, esquineros y puntuales, lo mismo que tres formas básicas de puertas ventanas en pórtico, en arco de medio punto y en arco apuntado u ojival, todos bajo la cobertura del alero.

Los balcones corridos con columnata se observan a todo lo ancho de las edificaciones, configurando un corredor exterior que se despliega uniendo algunas o todas las puertas ventanas que se ubican sobre la fachada principal, e incluso sobre la fachada lateral en el caso de inmuebles esquineros, presentando secciones que llegan a dar cabida al uso de mobiliario. Estos balcones se encuentran delimitados en el lado que da su cara al vacío por las chambranas, cuyos segmentos se soportan en la hilera de columnas que conecta el entrepiso con el alero; estas columnas suelen presentarse en versiones que van de la más sencillas de sección cuadrada, a las más elaboradas de formas octogonal o cilíndrica con base y capitel torneado (Imágenes 358, 359 y 360).

Imágenes 358, 359 y 360. Apía, Risaralda.





Imagen 358. Casa carrera 9 #8-18/20/22, Apía, Risaralda. Imagen 359 y 360. Casa calle 10 No. 8-01/09/13 y carrera 8 No. 10-02/06, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Los balcones esquineros se desarrollan sobre los vértices de los inmuebles ubicados en esquina, conectando usualmente las puertas ventanas de las fachadas aferentes. En la mayoría de los casos observados, este tipo de balcones, a diferencia de los corridos, se encuentran desprovistos de columnas, razón por la cual el límite con el lado que da a la calle solo lo define la chambrana, que puede estar compuesta en alzado de tres maneras: por un embarrotado de macanas⁴⁶, madera torneada o forja de hierro (Imágenes 361 y 362), por un tablero tallado en su parte inferior y un tramo de macanas, madera torneada o forja de hierro en la parte superior (Imágenes 363 y 364) y por un tablero inferior con tallas sobrepuestas, un embarrotado de macana, forja de hierro o madera torneada en el plano medio y un tablero superior con calados (Imágenes 365 y 366).

⁴⁶ Las macanas son componentes de carpintería que se extraen de la palma macana, quedando terminadas con diámetros que oscilan entre 1 y 2 centímetros y longitudes que van de 100 a 120 centímetros.

Imagen 361. Casa Belalcázar, Caldas. Imagen 362. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 363. Balcón esquinero, Salento, Quindío. 364. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 365. Balcón esquinero, casa Calarcá, Quindío. Imagen 366. Casa Santuario, Risaralda.



Imagen 361. Casa Belalcázar, Caldas. Imagen 362. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 363. Balcón esquinero, casa carrera 6 No. 4-01, Salento, Quindío. 364. Casa carrera 7 No. 6-50/64 y calle 7 No. 6-65, Santuario, Risaralda. Imagen 365. Balcón esquinero, casa carrera 23 # 39-56, Calarcá, Quindío. Imagen 366. Casa Santuario, Risaralda. Fuente imágenes 361 y 366. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Fuente imágenes 362 y 364. Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2 y Fase 4 respectivamente, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Por su parte, los balcones individuales es posible encontrarlos de dos tipos: en voladizo o paramentados a razón de uno por cada puerta ventana, siendo los de voladizo los que se ubican en primer lugar en la línea de evolución formal, si se compara con los paramentados, los cuales se pondrían en boga posteriormente, seguidos de los antepechos que se ubicarían en el último momento de este proceso (Robledo, 1993).

Los balcones que se presentan en voladizo desarrollan una menor sección que los balcones corridos, por este motivo son ideales para ser utilizados en estancias cortas sin el uso de mobiliario; su diseño, caracterizado por la gran variedad y riqueza en cuanto a tallas y calados, presenta en planta formas que van desde la rectangular (Imágenes 367, 368, 369, 370, 371 y 372), la ochavada (Imagen 373), o la semicircular (Imagen 374), con una composición en alzado similar a las mencionadas con anterioridad para las chambranas de los balcones esquineros.

Imagen 367. Casa Apía. Imagen 368. Casa Santuario. Imagen 369. Casa Santuario.
Imagen 370. Casa Belén de Umbría. Imagen 371. Casa Belén de Umbría. Imagen 372.
Casa Santuario. Risaralda.





Imagen 367. Casa familia Vergara, calle 9 #8-17/21/23/27/31, Apía, Risaralda. Imagen 368. Casa calle 6 No. 5-09/11/15, Santuario, Risaralda. Imagen 369. Casa carrera 7 No. 6-50/64 y calle 7 No. 6-65, Santuario, Risaralda. Imagen 370. Casa Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 371. Casa Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 372. Casa Santuario, Risaralda. Fuente imágenes 367: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Fuente imágenes 368 y 369: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda. Fuente imagen 370, 371 y 372: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Imagen 373. Casa Apía, Risaralda. Imagen 374. Casa Apía, Risaralda.



Imagen 373. Casa Apía, Risaralda. Imagen 374. Casa calle 8 No. 9-30/32/36, Apía, Risaralda. Fuentes: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda - Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En cuanto a los balcones paramentados, estos presentan su chambrana perfectamente alineada con el plano de fachada (Imágenes 375, 376, 377 y 378) o sobresaliendo levemente de la misma con formas rebajada, circular o rectangular (Imágenes 379, 380, y 381); igualmente, la chambrana presenta en alzado los mismos componentes de diseño que los balcones esquineros o en voladizo.

Imagen 375. Casa Quinchía, Risaralda. Imagen 376. Balcón paramentado, casa Pijao, Quindío. Imagen 377. Casa San Clemente, Quinchía, Risaralda. Imagen 378. Casa Marsella, Risaralda. Imagen 379. Casa Apía, Risaralda. Imagen 380. Casa El Cairo Valle del Cauca. Imagen 381. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda.

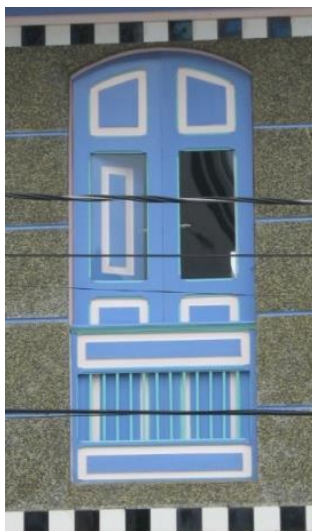




Imagen 375. Casa Quinchía, Risaralda. Imagen 376. Balcón paramentado, casa Calle 12 No. 4-17, Pijao, Quindío. Imagen 377. Casa San Clemente, Quinchía, Risaralda. Imagen 378. Casa Marsella, Risaralda. Imagen 379. Casa familia Naranjo, Apía, Risaralda. Imagen 380. Casa El Cairo Valle del Cauca. Imagen 381. Casa calle 14 No. 15-42, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente imágenes 375, 377 y 368: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda. Fuente imágenes 376: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Fuente imágenes 379 y 380: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Fuente Imagen 381: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Una variante muy especial del balcón es la solana, cuyo espacio se desarrolla hacia el interior del paramento; esta por su tamaño, a diferencia de los demás tipos de balcón estudiados que presentan un uso más temporal, permite la permanencia a través de la utilización de mobiliario, así como llevar a cabo actividades que van más allá de la contemplación del entorno. En lo decorativo, las solanas pueden presentar columnas cuadradas y chambranas sencillas compuestas por un embarrotado liso y tableros sin ninguna ornamentación en el caso de incluirlos (Imagen 382); también se da el caso en que la chambrana se observa ornamentada y realzada con elementos de remate en la parte superior (Imagen 383).

Imagen 382. Casa Apía, Risaralda. Imagen 383. Casa Belén de Umbría, Risaralda.



Imagen 382. Casa calle 6 No. 8-13/15 y carrera 8 No. 6-04/06/10/12, Apía, Risaralda. Imagen 383. Casa calle 5 No. 9-39/41/43/47, Belén de Umbría, Risaralda. Fuente: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Las puertas ventanas, como se anotó anteriormente, presentan tres formas básicas: la primera es la de marco a noventa grados (Imagen 384) que se caracteriza por las jambas rematadas por capiteles a lado y lado de las naves, sobre las que se observan perfiles planos o enriquecidos con ornamentación o acanalados, y un remate superior a manera de cornisa sencilla o decorada.

Imagen 384. Casa Guática, Risaralda.



Imagen 384. Casa Guática. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Las puertas ventanas con marco en forma de arco rebajado (Imagen 385), de medio punto (Imagen 386) y las apuntadas o de arco ojival (Imágenes 387, 388 y 389), presentan jambas planas o decoradas con molduras o figuras geométricas; también se deben resaltar los ornamentos que se desarrollan siguiendo la trayectoria de dichos arcos.

Imagen 385. Casa Pueblo Rico. Imagen 386. Casa Santuario. Imagen 387. Casa Santuario. Imagen 388. Casa Santuario. Imagen 389. Casa Santuario. Risaralda.



Imagen 385. Casa Pueblo Rico, Risaralda. Imagen 386. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 387. Casa calle 5 No. 6-41/45/51/53, Santuario, Risaralda. Imagen 388. Casa calle 6 No. 7-34/36/40, Santuario, Risaralda. Imagen 389. Casa calle 6 No. 7-52/56/58, Santuario, Risaralda. Fuente imágenes 385 y 386: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda. Fuente imágenes 387, 388 y 389. Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Las puertas secundarias se ubican en los primeros pisos de las edificaciones definiendo el acceso a los locales comerciales, presentando por lo general sus marcos planos sin ninguna ornamentación y sus naves a lo sumo entableradas; también es posible encontrar vanos con rejas en la parte media de

sus dos naves, con el propósito de generar transparencia hacia el interior y de manera más excepcional, marcos con decoración (Imágenes 390, 391, 392 y 393).

Imagen 390. Puerta Secundaria, casa Calarcá, Quindío. Imagen 391. Casa Apía, Risaralda. Imagen 392. Casa Pijao, Quindío. Imagen 393. Casa Apía, Risaralda.



Imagen 390. Puerta Secundaria, casa calle 38 # 22-57/59/61/63/69, Calarcá, Quindío. Imagen 391. Casa familia Naranjo, Apía, Risaralda. Imagen 392. Casa Pijao, Quindío. Imagen 393. Casa calle 8 #9-30/32/36, Apía, Risaralda. Fuente imagen 390. Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Fuente imágenes 391 y 392. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Fuente imagen 393: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Finalmente, dentro del conjunto de elementos funcionales decorativos que conforman las fachadas de estos inmuebles, aparece el portón de acceso a la vivienda, destacándose por sus grandes dimensiones, por la calidad de su ejecución y por la riqueza decorativa de sus elementos constitutivos, características que le conferían jerarquía y que a la vez lo convertían en símbolo de prestigio y en un rasgo que indicaba la posición socioeconómica de las familias que habitaban estos inmuebles. Lo anterior se comprueba hoy en día si se relacionan los portones con las características de las edificaciones donde se ubican, con la distancia que dichos inmuebles presentan respecto del parque principal y con el rol social de las familias que los habitan –como se trató en apartes anteriores, la distancia con el parque fundacional está directamente relacionada con las calidades de la edificación y con el nivel socioeconómico de sus ocupantes–.

Los portones están conformados por un par de naves, por dos jambas laterales y un remate superior. Las naves usualmente se presentan entableradas, adornadas con tallas de tipo zoomorfo y vegetal, aplicadas directamente en sus superficies o superpuestas a ellas –altos y bajos relieves–; por su parte, las jambas se encuentran conformadas por elementos geométricos combinados con motivos vegetales, dando la impresión de columnas con sus respectivas base, fuste y capitel. El remate superior lo puede configurar un dintel a 90° sobre el que se superpone una cornisa en muchos casos con los diseños más elaborados, como es el caso de las que se inspiran en las cornisas clásicas retomando elementos como el astrágalo, la cima reversa, los dentículos, los óvolos y modillones, entre otros (Imágenes 394, 395, 396, 397, 398, 399 y 400); también se sobreponen sobre dicho dintel arcos de medio punto (Imagen 401) o arcadas apuntadas u ojivales (Imagen 402), todos ellos acompañados de molduras y de tallas con formas de animales, plantas, e incorporando a diferencia de los demás componentes, alusiones a figuras antropomorfas.

Imagen 394. Casa Belén de Umbría. Imagen 395. Casa Marsella. Imagen 396. Casa Santuario. Imagen 397. Casa cural, Guática. Imagen 398. Casa Santuario. Imagen 399. Casa Santuario. Imagen 400. Casa Santuario. Risaralda.





Imagen 394. Casa de Julia Rosa Hurtado, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 395. Casa Marsella, Risaralda. Imagen 396. Casa calle 7 No.7-47, Santuario, Risaralda. Imagen 397. Casa cural, Guática, Risaralda. Imagen 398. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 399. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 400. Casa Santuario, Risaralda. Fuente imágenes 394, 396 y 399. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Fuente imágenes 395, 397, 398 y 400. Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Imagen 401. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 402. Casa Marsella, Risaralda.



Imagen 401. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 402. Casa Marsella, Risaralda. Fuentes: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda - Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Dentro del micro paisaje que se configura en torno al patio, observamos el despliegue de un conjunto equilibrado de elementos funcionales decorativos, que alcanzaron un alto grado de refinamiento gracias al desarrollo de esta tradición decorativa y a que al igual que en la fachada y en los espacios interiores, se convirtieron en centro del trabajo de los maestros artesanos. Son estos los cancelles de comedor, los contraportones, las puertas de acceso a los espacios interiores, los cielorrasos y zócalos de los corredores, así como las columnas y las chambranas.

En los cancelles de comedor se observa una gran cantidad de variantes, desde los que presentan marcos sencillos (Imágenes 403, 404 y 405) o aquellos que introducen decorados en todo su perímetro con ondulaciones, tallas en madera alegóricas a vegetales, animales y a rostros humanos, así como columnas con base, fuste y capitel, además de umbrales con barrotes torneados, con calados y cornisas como elementos de remate (Imágenes 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414 y 415). O hasta los que incorporan columnas con base y capitel como separadores entre los cuerpos fijos y las alas móviles (Imágenes 416, y 417). En cuanto a las alas y los cuerpos fijos, estos presentan como constante la presencia de tableros planos o moldurados en la parte inferior, barrotes torneados o lisos de madera en el tramo medio y calados en el segmento superior.

Imagen 403. Casa Apía, Risaralda. Imagen 404. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 405. Casa Belén de Umbría, Risaralda.

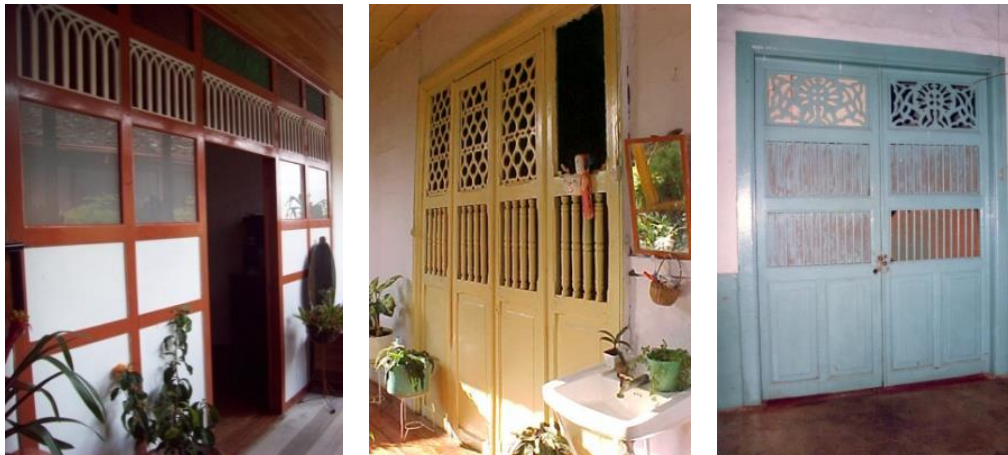


Imagen 403. Casa familia Sánchez, Apía, Risaralda. Imagen 404. Casa carrera 7 No. 6-34/40/44/46, Santuario, Risaralda. Imagen 405. Casa Belén de Umbría. Fuentes: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico - Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda. Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Imagen 406. Casa Apía, Risaralda. Imagen 407. Casa Marsella, Risaralda. Imagen 408. Casa Filandia, Quindío. Imagen 409. Casa Apía, Risaralda.





406. Casa Carrera 9 #8-44/48/50, Apía, Risaralda. 407. Casa carrera 9 No. 10-39, Marsella, Risaralda. Imagen 408. Casa Calle 7 No. 4-30, Filandia, Quindío. 409. Casa carrera 9 #7-08/10/12/14/16, Apía, Risaralda. Fuente imágenes 406 y 409: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Fuente imagen 407 Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda. Fuente imagen 408 Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

Imagen 410. Casa Santuario. Imagen 411. Casa Santuario. Imagen 412. Casa Santa Rosa de Cabal. Risaralda. Imagen 413. Casa Filandia, Quindío. Imagen 414. Casa Apía. Imagen. 415. Casa Santuario. Risaralda.





Imagen 410. Casa calle 7 No. 5-08/12/14/18/22/24, Santuario, Risaralda. Imagen 411. Casa Santuario, Risaralda. Imagen 412. Casa carrera 14 No. 11-23/25/29/33, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 413. Casa Carrera 7 No. 3-53, Filandia, Quindío. Imagen 414. Casa familia Naranjo, Apía, Risaralda. Imagen. 415. Casa calle 7 No.7-47, Santuario, Risaralda. Fuente imágenes 410 y 412: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda. Fuente imagen 413: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Fuente imagen 411: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda. Fuente imágenes 414 y 415: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Imagen 416. Casa antigua Marsella. Imagen 417. Casa Marsella. Risaralda.



Imagen 416. Casa antigua familia Montoya, Marsella, Risaralda. Imagen 417. Casa Marsella, Risaralda. Fuentes: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez - Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Los contraportones por su función de filtro entre el zaguán y el patio, presentan como elemento central de su forma y de su propuesta decorativa, los calados y los embarrotados con madera torneada, dentro de un conjunto integrado por el marco, el umbral y dos naves. Aparece entonces el marco plano y sin ningún tipo de tratamiento o decoración, rodeando un umbral fijo usualmente

integrado por calados o barrotes torneados de madera y dos naves compuestas en el segmento inferior por uno o varios tableros moldurados y en el tramo superior por calados o barrotes (Imágenes 418 y 419).

Imagen 418. Casa Apía. Imagen 419. Casa Santuario. Risaralda.



Imagen 418. Casa familia Sánchez, Apía, Risaralda. Imagen 419. Casa calle 7 No.7-47, Santuario, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Las puertas de acceso a los espacios interiores de las casas de bahareque son quizás, después de las chambranas que rodean el corredor, los elementos funcionales decorativos más sencillos del conjunto que integra la envolvente que define el patio. Estas comúnmente presentan marcos sin ornamentación, bordeando dos naves entableradas que en ciertos casos se acompañan de molduras (Imágenes 420, 421 y 422).

Imagen 420. Casa Marsella, Risaralda. Imagen 421. Casa Marsella, Risaralda. Imagen 422. Casa Belén de Umbría, Risaralda.

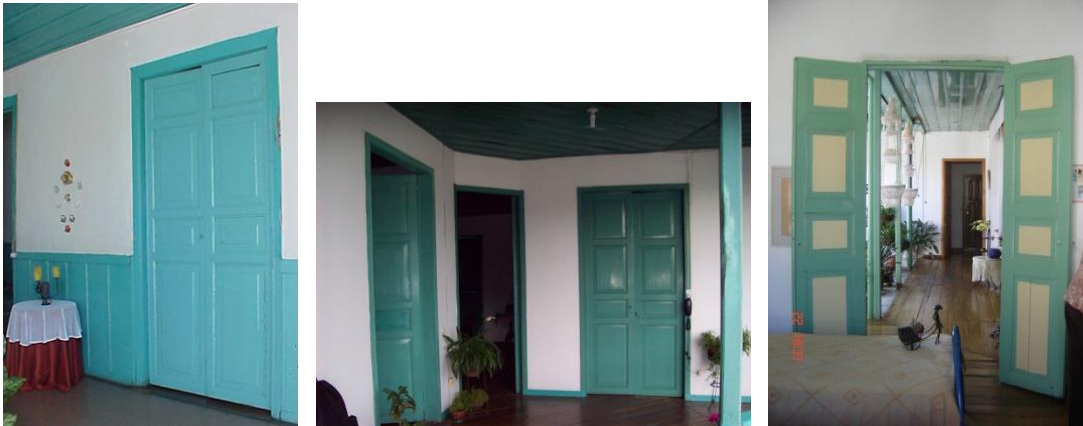


Imagen 420. Casa carrera 9 No. 10-39, Marsella, Risaralda. Imagen 421. Casa familia Issa, Marsella, Risaralda. Imagen 422. Casa Graciela Trujillo, calle 6 No. 8-37/53, Belén de Umbría, Risaralda. Fuentes: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda - Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. - Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Se observan también los cielorrasos de los corredores, con su característico diseño de tablas de forro paralelas a las paredes, siguiendo la trayectoria de estos espacios de circulación (Imágenes 423 y 424); se da también el caso, aunque más excepcionalmente, en que las tablas se ubican de forma diagonal (Imagen 425). Las guardaluces que se utilizan para cubrir las dilataciones entre las tablas, definen en ciertos modelos tramas que le imprimen dinamismo a este elemento, al tiempo que refuerzan sus diseños y más aún, cuando su color es diferente al del fondo. Adicionalmente, debe destacarse el cambio de dirección, de paralelo a perpendicular, del entablado de los aleros que se desarrollan sobre el patio (Imágenes 426 y 427).

Imagen 423. Casa Belén de Umbría. Imagen 424. Casa Santa Rosa de Cabal. Imagen 425. Casa antigua Marsella. Risaralda. Imagen 426. Casa Pijao. Imagen 427. Casa Pijao. Quindío.

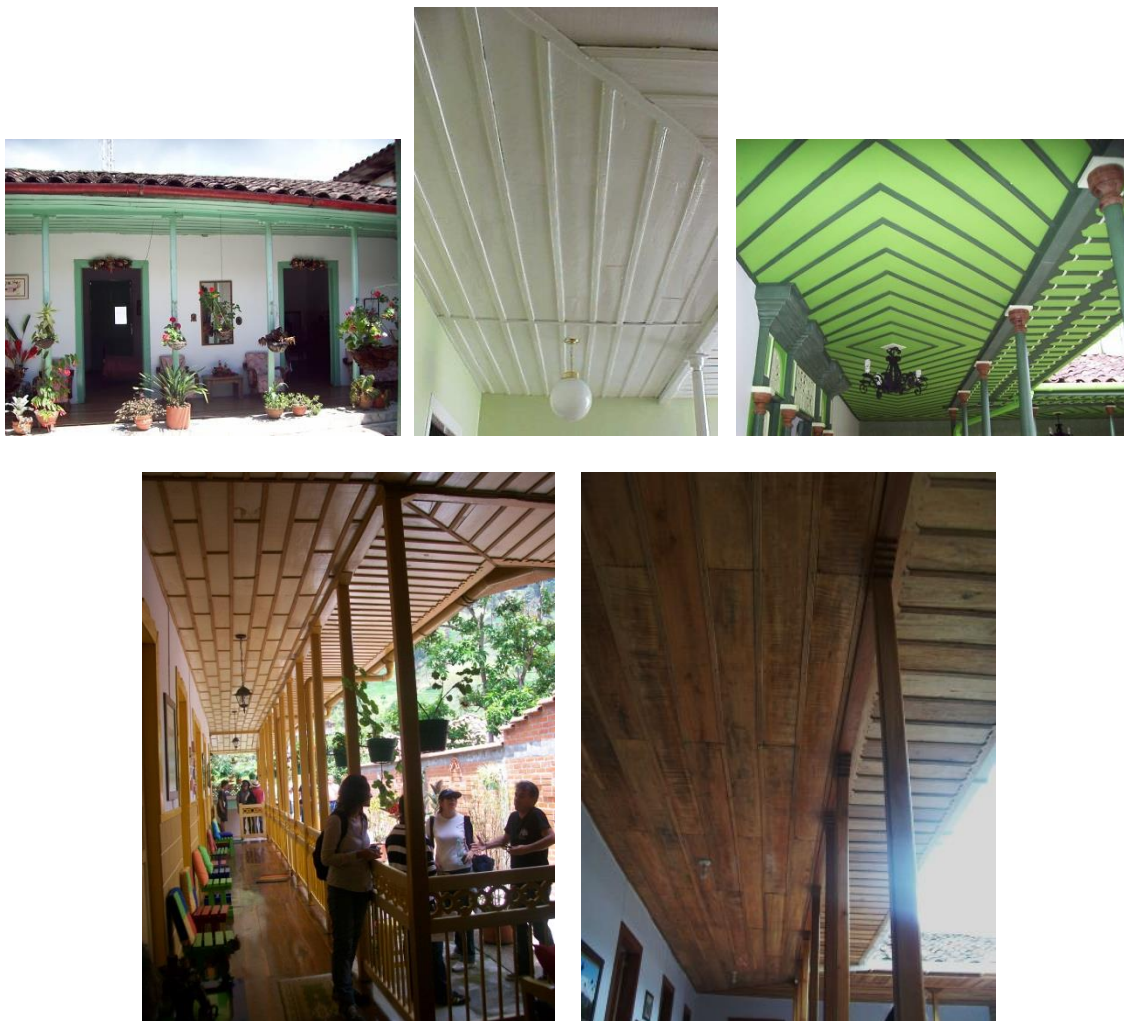


Imagen 423. Casa Graciela Trujillo, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 424. Casa carrera 15 No. 14-02/12 y calle 14 No. 14-66/76, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 425. Casa antigua familia Montoya, Marsella, Risaralda. Imagen 426. Casa Pijao, Quindío. Imagen 427. Casa Pijao, Quindío. Fuente imágenes 423, 425, 426 y 427: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Fuente imagen 424: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Aparece también en el ámbito del corredor el zócalo, elemento de protección y de terminado del segmento inferior de la membrana de bahareque, la cual se deja sin pañetar con el tradicional mortero de boñiga, tierra y fibras vegetales, para dar espacio al entramado de madera que sostiene la tabla de forro parada, en cuyas juntas se aplican guardaluces labradas en sus orillas con sutiles líneas en bajo relieve. El zócalo a la vez presenta un remate en la parte superior

constituido por una guarda luz horizontal, perpendicular a las que se organizan de forma vertical, que en determinados modelos se observa recta, definiendo ángulos de 90° y en otros curva, configurando de esta manera una especie de arcada (Imágenes 428 y 429).

Imagen 428. Casa antigua Marsella, Risaralda. Imagen 429. Casa Pijao, Quindío.



Imagen 428. Casa antigua familia Montoya, Marsella, Risaralda. Imagen 429. Casa Pijao, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

A este pequeño universo de elementos funcionales decorativos que dan vida y riqueza visual al micro paisaje que configuran la envolvente construida y el patio de la casa de bahareque, se suma la membrana que tejen las columnas y las chambranas que bordean el corredor, también objeto del refinamiento ornamental propio de esta época.

Las columnas, además de las de cuatro lados rebajados diagonalmente en las esquinas, sin base y con capiteles trapezoidales de diseño oblicuo u ondulado (Imágenes 430, 431 y 432), desarrollan un repertorio formal variado que se concreta en capiteles cuadrados y circulares, en fustes octogonales, cilíndricos, cilíndricos rebajados hacia los extremos y apuntados, al igual que bases

cuadradas, rectangulares, trapezoidales, cilíndricas, cónicas o de orden compuesto (Imágenes 433, 434 y 435).

Las chambranas con relación a los modelos desarrollados en la arquitectura de bahareque primitiva, realmente presentan pocos cambios, que se concretan en un mayor esmero en la elaboración del apoya brazos –se incorporan ruteados en sus caras laterales–, en la adición de un tablero en el tercio inferior sobre el que esporádicamente aparecen apliques, así como en la adición de una moldura en el tercio superior con formas de arcadas de medio punto u ojival, operación de diseño que termina acortando la longitud de las macanas, barrotes o varillas.

Imagen 430. Casa Santuario. Imagen 431. Casa Apía. Imagen 432. Casa Santa Rosa de Cabal. 433. Casa antigua Marsella. Imagen 434. Casa Santa Rosa de Cabal. Imagen 435. Casa Santa Rosa de Cabal. Risaralda.





Imagen 430. Casa calle 6 No. 7-12/14/18, Santuario, Risaralda. Imagen 431. Casa familia Vergara, Apía, Risaralda. Imagen 432. Casa carrera 15 No. 11-54/56/29/33, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. 433. Casa antigua familia Montoya, Marsella, Risaralda. Imagen 434. Casa carrera 14 No. 11-23/25/29/33, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 435. Casa Fernando Buitrago Montes, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente imágenes 431, 433 y 435: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Fuente imágenes 430, 432 y 434: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Finalmente, es importante resaltar cómo los espacios interiores de las casas de bahareque fueron depositarios de uno de los más excelsos legados de la tradición decorativa que desarrolló esta arquitectura, como lo son los cielorrasos, en los cuales quedó plasmada la destreza en el manejo de la madera por parte de estos carpinteros, y la huella de la herencia de los artesonados mudéjares.

Encontramos un variado repertorio decorativo, que tiene como punto de origen de sus composiciones en la mayoría de los cielorrasos observados, el centro de los espacios donde estos se desarrollan, generando diseños radiales y formas de tipo geométrico que se superponen produciendo un gran impacto visual (Imágenes 436, 437, 438, 439, 440, 441, 442, 443, 444, 445, 446 y 447).

Igualmente, se observan diseños que combinan figuras de tipo central con otras que tienen su centro en los cuatro vértices de los espacios que como hemos podido observar, se configuran cuadrangularmente (Imágenes 448, 449 y 450).

Imagen 436 y 437. Cielorrasos casa Calarcá, Quindío. 438. Casa Marsella, Risaralda.
Imagen 439. Casa Santuario, Risaralda.



Imagen 436 y 437. Cielorrasos casa calle 38 # 22-57/59/61/63/69, Calarcá, Quindío. 438. Casa carrera 9 No. 9-45/53, Marsella, Risaralda. Imagen 439. Casa calle 5 No. 6-41/45/51/53, Santuario, Risaralda. Fuente imágenes 436 y 437. Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Fuente imágenes 438 y 439. Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Imagen 440. Casa Santuario. Imagen 441. Casa Santuario. Imagen 442. Casa Santa Rosa de Cabal. Imagen 443. Casa Santa Rosa de Cabal. Risaralda.



Imagen 440. Casa calle 6 No. 7-34/36/40/53, Santuario, Risaralda. Imagen 441. Casa carrera 5 No. 5-09/11/15, Santuario, Risaralda. Imagen 442. Casa calle 15 No. 13-34/40, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 443. Casa calle 15 No. 15-23/27/29/31, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente imágenes 440, 441, 442 y 443: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Imagen 444. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 445 y 446. Cielorrasos casa Filandia, Quindío. Imagen 447. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda.





Imagen 444. Casa carrera 15 No. 13-19/27/29, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 445 y 446. Cielorrasos casa calle 6 No. 5-39, Filandia, Quindío. Imagen 447. Casa calle 15 No. 13-23/27/29/31, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente imágenes 445 y 446: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Fuente imágenes 444 y 447: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 4, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda.

Imagen 448. Cielorraso casa Salento, Quindío. Imagen 449. Casa antigua Marsella, Risaralda. Imagen 450. Casa Pijao, Quindío.



Imagen 448. Cielorraso casa carrera 6 Calle 3, Salento, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Imagen 449. Casa antigua familia Montoya, Marsella, Risaralda. Imagen 450. Casa Pijao, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

2.6 El solar como patio alterno y espacio de representación de la simbiosis campo-ciudad

Dentro del estudio de la casa de bahareque presente en los ámbitos urbanos del PCC, es importante observar otro importante componente tipológico que entró a impactar su orden espacial y su desempeño funcional. Se trata del solar, área sin construir que conjuntamente con el patio, se encargó de dar vida y carácter a la dinámica de habitación de estas edificaciones.

El solar como concepto no tiene su origen en estas casas; este trasciende hacia la arquitectura regional de bahareque desde tiempos y latitudes distantes, a través del mismo proceso de transferencia que experimentó el patio, teniendo como canales el poblamiento hispánico que se da sobre gran parte de la geografía americana, y de manera particular el fenómeno de ocupación territorial que como hemos visto anteriormente, tiene lugar en la región centro occidente de Colombia durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX.

Lo anterior explica por qué en la Domus romana, en la casa andaluza, en la arquitectura colonial presente en los virreinos americanos o de manera específica en la vivienda que se desarrolla en la Nueva Granada, este espacio aparecía de manera recurrente bajo diferentes designaciones y configuraciones, pero teniendo como denominadores comunes su emplazamiento en la parte posterior de las edificaciones y el desempeño de un rol similar dentro de los esquemas funcionales de estas arquitecturas.

De ahí que sea importante llevar a cabo una reflexión sobre el proceso que dio como resultado la incorporación de este componente tipológico dentro del esquema arquitectónico de la casa de bahareque, sobre los aspectos arquitectónicos que lo definen y sobre el significado del solar dentro de una sociedad, que durante el apogeo de esta arquitectura adquirió el estatus de

urbana, no obstante conservaba profundas raíces en lo rural; igualmente, se debe entrar a observar la calidad ambiental que proporciona este segundo patio a las viviendas, lo mismo que su contribución a la configuración del paisaje urbano en las estructuras de damero en ladera.

2.6.1 El solar y su transferencia dentro del esquema tipológico de la arquitectura regional de bahareque

La idea del solar ha tenido cabida dentro del esquema tipológico de muchas arquitecturas que se emparentan bajo la influencia de la corriente cultural occidental; así, este segundo patio lo encontramos en casas como la de atrio romana, edificación autóctona que se desarrolló en paralelo al surgimiento del imperio como parte fundamental de la cotidianidad y de la vida doméstica de sus ciudades.

En este primer estadio de desarrollo de la Domus romana, el dominio y la potencia del atrium como elemento articulador y como foco de iluminación y ventilación son preponderantes, tanto en lo relacionado con el confort climático de sus diferentes recintos, como en lo concerniente a su orden espacial y funcional. Por su parte, encontramos el hortus, segundo patio que actuaba como respaldo del tablinum –sala de la casa– haciendo las veces del solar.

En la casa con atrio es importante observar la marcada composición axial que define el eje que tiene su punto de partida en las fauces, que continúa en el atrium, traspasa el tablinum y remata en el hortus, espacio que al albergar vegetación y estar en contacto con el exterior, obraba como un dispositivo bioclimático para atenuar los efectos de la radiación solar, lo mismo que el atrio por medio de su abertura superior y del agua que contenía en el impluvium. Igualmente, la conjunción de atrium y hortus facilitaba el flujo continuo de ventilación y la entrada de iluminación, a un interior que solo contaba con estos

dos espacios para tal propósito. También se observa la transparencia dada por la continuidad entre atrium y hortus a través del tablinum, y se reconoce el efecto de liviandad producida por estas dos áreas libres con relación a un interior en apariencia pesado y compacto (Imagen 451).

Imagen 451. Axonometría, sección y planta, casa con atrio.

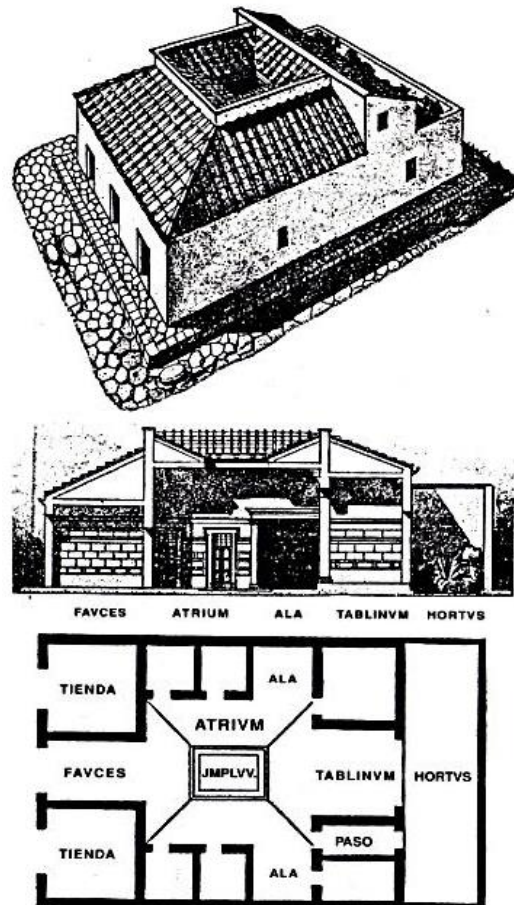


Imagen 451. Axonometría, sección y planta, casa con atrio. Fuente: Libro Patios 5000 años de evolución, desde la antigüedad hasta nuestros días, Werner Blaser.

Es importante mencionar cómo el hortus pudo haber desempeñado un rol secundario, si no hubiera sido por su actuación asociada con el tablinum, el cual lo vinculaba con el atrium, y por consiguiente con el resto de los espacios que integraban la edificación; de igual modo, el tablinum tenía en el hortus una

extensión ajardinada que le aportaba a su calidad espacial, convirtiéndolo además en el espacio protagónico de la casa con atrio romana.

Esta casa con atrio evoluciona, convirtiéndose “por ampliación, en la casa con peristilo de los patricios” (Blaser, 2004, p. 14), presentando variaciones básicas que tuvieron que ver con el crecimiento del atrium y con la incorporación de los espacios que daban su frente a la calle correspondientes a la tiendas, dentro de la espacialidad de esta área libre central. Por su parte, el peristilo llega a tener el doble o incluso el triple del tamaño del hortus y a estar impregnado de un carácter autónomo con relación a su antecesor; el peristilo entraría a definirse como el más claro referente del solar en la arquitectura antigua (Imagen 452).

Imagen 452. Axonometría, sección y planta, casa con peristilo.

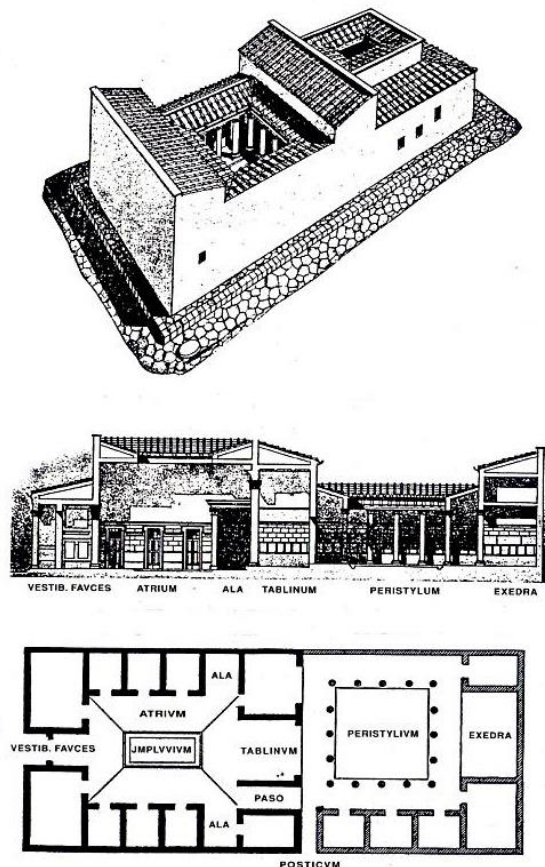


Imagen 452. Axonometría, sección y planta, casa con peristilo. Fuente: Libro Patios 5000 años de evolución, desde la antigüedad hasta nuestros días, Werner Blaser.

Espacios sociales como el tablinum –sala– y el triclinium –comedor–, se ubicarían en el punto intermedio de la Domus, separando el atrium del peristilo, estableciendo la diferencia entre la zona privada donde se ubicaban los cubiculum o habitaciones, o sea, donde se desarrollaba la vida del clan familiar y la zona de servicio donde se localizaban espacios como la culina o cocina, baños, depósitos, así como habitaciones y comedor para la servidumbre. Como componentes espaciales que también marcan la diferencia del peristilo con el hortus, se incorporan la exedra o sala de reuniones y una entrada secundaria denominada posticum, que eliminaría el acceso de la servidumbre o de personas diferentes al clan familiar a través del atrium.

El peristilo con su característico jardín rodeado de la columnata perimetral, y los usos de los espacios ubicados en torno a sus galerías, constituyen un área con alto grado de independencia, indispensable para el apoyo de las actividades que se desarrollaban en torno al atrium y que fundaban la vida privada de los habitantes de esta vivienda.

Se concluye cómo el esquema espacial, las cualidades y las funciones que integran el armónico desempeño de la Domus como sistema de habitación, básico para la sociedad romana, trascienden el tiempo y el espacio, impactando la vivienda que se produce en la cuenca mediterránea. De ahí que la casa hispánica como heredera de este influjo cultural, adopte la idea de una espacialidad organizada en torno a uno o varios patios, de la misma manera que las casas con atrio y con peristilo, conservando además el mismo espíritu introvertido de estas predecesoras y de la vivienda musulmana:

Puede hacerse notar que este tipo de principios son bastante generales y que al haber nacido estas casas de una planta de las ciudades romanas, se reprodujeron en muchas otras situaciones completamente distintas; por ejemplo, en las ciudades españolas, castellanas y andaluzas, como Toledo o Sevilla, y en palacios o casas señoriales. Estas tuvieron que construirse en los irregulares cascos de ciudades más antiguas, muchas veces heredados de la dominación islámica,

introduciendo para ello esquemas renacentistas de casa-patio en las que éste suele ser el único elemento regular, responsable último del orden y de la imagen. Las reglas y principios del sistema ligadas a una lógica formal y espacial que podría definirse como inexorable, traspasaron así épocas y lugares; en unas ocasiones existieron tradiciones y herencias culturales que las unieron, pero en otras las cosas se repitieron de formas muy semejantes simplemente sujetas por una misma lógica arquitectónica (Capitel, 2005, p. 16).

Es el caso de la casa andaluza con un patio de gran jerarquía en torno al cual se desarrollan tres o cuatro galerías, sobre las que se produce el acceso a uno o varios salones, al comedor, a una biblioteca-estudio y a una que otra alcoba, lo mismo que a la escalera que conduce al segundo o tercer nivel, en donde se desarrolla la vida privada de sus habitantes. También es frecuente la existencia de un segundo patio de menor tamaño e importancia, relacionado con recintos dedicados al servicio de la vivienda como la cocina, despensa y a una o dos habitaciones para la servidumbre (Imagen 453).

Imagen 453. Sección, planta baja y planta primera, casa patio en Sevilla.

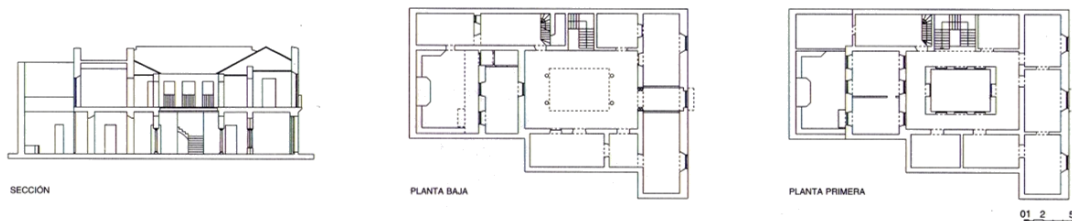


Imagen 453. Sección, planta baja y planta primera, casa patio en Sevilla. Fuente: Libro La Casa Meridional.

Lo anterior permite establecer una clara relación entre la casa con atrio romana y la casa sevillana, en donde la tensión del esquema espacial se concentraba sobre el atrium de la primera y en el patio de la segunda, ambos focos de la dinámica espacial de estas viviendas. Por otra parte, el hortus de la casa con atrio en su papel secundario como extensión del tablinum, puede entrar a equipararse por su tamaño y rol con el segundo patio de la casa sevillana, tanto por el apoyo que este brinda a los espacios de servicio, como por su restringido contacto con el resto de los espacios que integran la edificación (Imagen 454). Como hecho importante dentro de este proceso de transferencia y evolución

formal, está la disminución del tamaño y la pérdida de jerarquía del segundo patio en la casa sevillana, lo que hace que sea difícil establecer un parentesco entre esta y la casa de peristilo romana.

Imagen 454. Plantas primer y segundo nivel, casa en la calle Abades, 30, Sevilla, España.

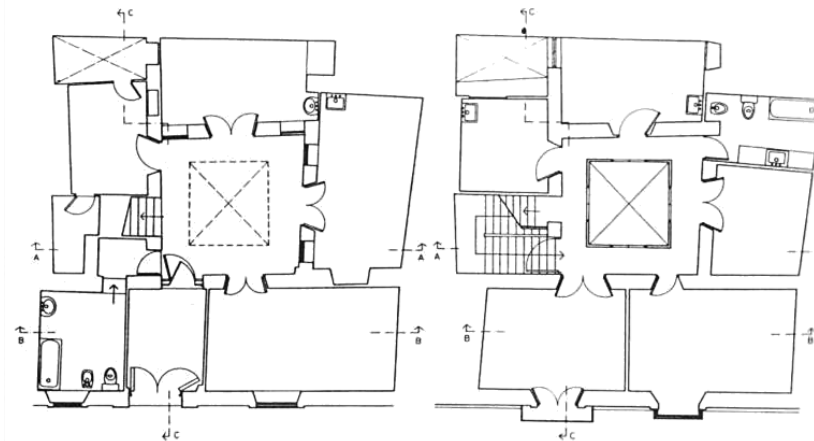


Imagen 454. Plantas primer y segundo nivel, casa en la calle Abades, 30, Sevilla, España. Autor: José Ramón Sierra.
Fuente: Libro La Arquitectura del patio, Antón Capitel.

Este esquema espacial de la casa ibérica mediterránea de un patio principal sobre el que orbitaba la dinámica espacial de la edificación, y uno secundario para apoyo de las actividades domésticas relacionadas con el servicio de la vivienda, se transfiere a la vivienda colonial que se difunde por la América hispana, teniendo transformaciones que derivan principalmente del tamaño de los lotes donde estas se emplazan, los cuales durante los siglos XVI y XVII llegaron a tener un tamaño equivalente a un cuarto de manzana, lo que significó el aumento en la cantidad de patios y que estos, dentro de su diferente rol, tomaran dimensiones mayores con relación a su predecesora peninsular. En esta dirección, el arquitecto Ramón Gutiérrez plantea sobre la casa colonial que se desarrolla durante los primeros siglos de presencia hispánica en América, lo siguiente:

El modelo integra una serie de patios, comenzando por el principal donde desarrolla la vida familiar y eventualmente, en las habitaciones volcadas sobre la calle, las áreas comerciales y de recibo. Es bastante frecuente que el comedor sea nexo de articulación entre el primer y el segundo patio, destinado este último a las actividades de equipamiento, abasto y servicio de la casa. Un tercer patio puede

reemplazar el huerto o quinta de frutales y destinarse a caballerizas, los baños (lugares comunes) y áreas de trojes o depósitos (2001, p. 62).

Este modelo de casas de hasta tres patios termina por resumirse en dos áreas libres en la medida en que las ciudades crecen y los predios en medio de su normal evolución mutan, viendo reducido su tamaño del cuarto de manzana mencionado anteriormente a dimensiones que oscilan entre un octavo y un dieciseisavo de dicha área. Durante gran parte del periodo colonial se observaría la recurrencia de un patio principal y uno posterior de generosas dimensiones, apoyando labores de tipo doméstico y en relación directa con espacios como la cocina, bodegas y habitaciones del personal de servicio (Imágenes 455 y 456).

Imágenes 455 y 456. Secciones transversal – longitudinal y planta casa en Tunja, Colombia.



Imágenes 455 y 456. Secciones transversal – longitudinal y planta casa en Tunja, Colombia. Fuente: Libro Historia de la Arquitectura Colombiana, Alberto Corradine Angulo.

Este tipo de espacialidad que en el caso de la Nueva Granada se consolida en razón de la baja densidad de sus ciudades, debido a la existencia de lotes de generosas dimensiones y al amparo de instituciones como la encomienda en su estrecha relación con la vida agraria, cambia en la medida en que se concreta un modelo de vida más urbano y aparecen otras actividades que generan en lo económico independencia de lo rural. Los siglos XVIII y XIX se plantean como escenarios en que la arquitectura civil que se estructura en torno a un patio

y un traspatio, es objeto de significativas transformaciones que conducen a la fragmentación y disminución del área de los predios urbanos (Imagen 457).

Reducidas las parcelas por sucesiones hereditarias o ventas comerciales, las nuevas tipologías de vivienda mostrarán la posibilidad de un patio que, manteniendo la regularidad geométrica, perderá, sin embargo, por sus menores dimensiones las galerías perimetrales y en muchos casos hasta la centralidad compositiva que lo caracterizaba.

Es así que el patio de originales casas coloniales se verá dividido en dos dando lugar al “semipatio” o, si se trata de nuevas construcciones se recostará sobre la medianera con mengua de sus notorias dimensiones (Gutiérrez, 2001, p. 64).

Imagen 457. Planta alta y planta baja, casa de altos en Cuba.

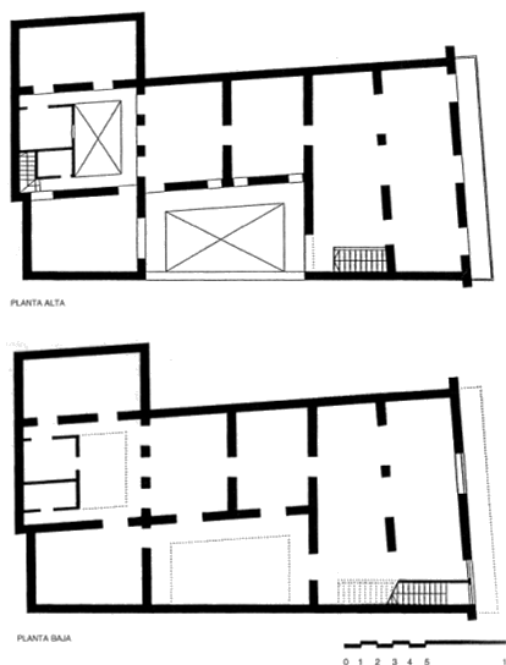


Imagen 457. Planta alta y planta baja, casa de altos en Cuba. Fuente: Libro La Casa Meridional.

Nos adentramos por el periodo de constitución de las repúblicas –gran parte del siglo XIX y primeras décadas del XX–, teniendo en el esquema espacial de patio y traspatio el modelo sobre el que se fundamenta toda la producción de vivienda en las ciudades y poblados de los Estados recién separados de la corona española –habría otro tipo de vivienda propia de la tradición indígena, que no constituye la base sobre la que se construyen las ciudades en Hispanoamérica y, de manera específica, las colombianas–, y en la que los únicos factores que

entrarían a diferenciar la condición socioeconómica de sus habitantes serían el tamaño de los lotes o solares y la cantidad de niveles de las casas. Sin embargo, es importante resaltar cómo esta constante se vería interrumpida por la paulatina introducción de los preceptos y patrones espaciales de la modernidad, razón por la cual el patio pierde su papel protagónico como centro de la vida de las viviendas, quedando relegado a un rol secundario de servicio y como dispositivo de captación de iluminación y ventilación de las áreas privadas y sociales de las mismas.

2.6.2 El solar como segundo patio de la casa de bahareque

Es precisamente en el periodo de constitución de la República de Colombia cuando surgen y se consolidan los centros urbanos del centro occidente, específicamente aquellos que hoy hacen parte del PCC, teniendo como base de su desarrollo urbano y edilicio la arquitectura regional de bahareque, con sus particulares tipologías de “número” y su esquema espacial estructurado en torno al patio y a un traspatio, que en la región recibiría el nombre de solar.

El solar se define como un componente fundamental de la casa de bahareque que sin generar ningún tipo de competencia con la jerarquía del patio principal, más bien entra a complementar su esquema arquitectónico, teniendo como principales atributos su naturaleza híbrida, su utilidad y ser uno de los escenarios en que más claramente se representa, para esta sociedad, el encuentro de los modos y hábitos urbanos, con la forma de vida rural.

Es conveniente entonces y antes de dar paso a la discusión de los aspectos por medio de los cuales se concreta el solar, observar la naturaleza híbrida aludida, concepto que se puede entender al contrastar el peristilo de la Domus romana y el segundo y tercer patio de la casa colonial de los siglos XVI y

XVII (Gutiérrez, 2001), con el solar de la casa de bahareque y determinar sus puntos de contacto.

Establecemos entonces una analogía entre la relación de tamaño que se da entre el peristilo y el atrium, con las dimensiones del solar y del patio; también entre el rol funcional del peristilo como área dedicada al servicio de la Domus y el apoyo de las actividades domésticas de la casa de bahareque por parte del solar; también es posible establecer una similitud entre ambos espacios –peristilo y solar–, al contar con una masa vegetal que aunque de un carácter diferente –jardín para el peristilo y huerto y árboles frutales para el solar–, aporta a la configuración de una imagen y un microclima particular que los diferencia del resto de los espacios en ambas edificaciones.

En cuanto a la existencia de rasgos comunes entre el segundo y el tercer patio, la casa colonial de los siglos XVI y XVII y el solar, es importante ver como en estos espacios se reúnen las mismas actividades en torno al abasto y al servicio, al igual que áreas para la construcción de caballerizas y baños. Cabe agregar que el solar de la casa de bahareque se presenta en muchos casos provisto de una entrada alterna al acceso principal, lo mismo que sus homólogas romana y colonial hispánica, y que según se observó anteriormente, recibió la particular denominación de “entrada de bestias” por parte de los habitantes de esta región.

Se puede concluir entonces, asumiendo que en el solar se funden las condiciones espaciales propias de un área de servicio que trasciende en el tiempo desde la casa con peristilo romana y los patios de la casa colonial hispánica, con las características de un área de labor, en particular las relacionadas con el cuidado de animales presentes en el tercer patio de su antecesora de los primeros siglos de la colonia, o con actividades de índole agrícola como las que tenían que

ver con el mantenimiento del huerto o de la quinta de frutales, que se presentaban en vez del mencionado tercer patio (Gutiérrez, 2001).

Retomando la discusión sobre los aspectos que definen el solar dentro de la arquitectura de la casa de bahareque, tenemos cómo formalmente y partiendo de los casos estudiados en campo, este se configura de dos maneras: la primera y más frecuente, cuando el área libre del solar se encuentra delimitada por el costado correspondiente a la casa, con el cuerpo donde se insertan el comedor con su cancel mirando hacia el patio principal y la cocina, y una habitación destinada al uso de la servidumbre o a depósito, abriéndose hacia el corredor trasero, donde comúnmente se puede localizar uno de dos tipos posibles de unidad sanitaria, la primera compuesta por ducha, sanitario y lavamanos dentro del mismo espacio, y la segunda dividida en compartimientos, uno para la ducha y otro para el sanitario, con el lavamanos afuera sobre el corredor. Esto en las casas de un piso; es posible que puedan existir más espacios sobre este cuerpo, pero depende del ancho del lote donde se implanta la casa (Ilustración 16).

Ilustración No. 16. El corredor de un tramo en el solar y su relación con los espacios de servicio en las casas de un piso.



Ilustración No. 16. El corredor de un tramo en el solar y su relación con los espacios de servicio en las casas de un piso.
Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Cruceña Reina.

En las casas de dos pisos, el cuerpo construido que separa el patio del solar presenta dos corredores, uno en la primera planta limitando directamente con el área libre y otro en el nivel superior, ambos dando cabida a una escalera

que sirve para comunicar los espacios de servicio ubicados en torno al solar, con el área privada de la vivienda. En cuanto a la disposición de espacios, en el primer piso estos usualmente se vuelcan unos sobre el patio y otros sobre el solar, mientras que en el segundo se encuentra el comedor abriéndose al patio y la cocina acompañada usualmente de una habitación mirando hacia el solar; la habitación o habitaciones para el servicio doméstico y depósitos se localizan en los espacios del primer piso y sobre los corredores del primer y del segundo nivel se localizan respectivamente las unidades sanitarias para el área de servicio y para la familia (Ilustración 17).

Ilustración No. 17. El corredor de un tramo en el solar y su relación con los espacios de servicio en las casas de dos pisos.

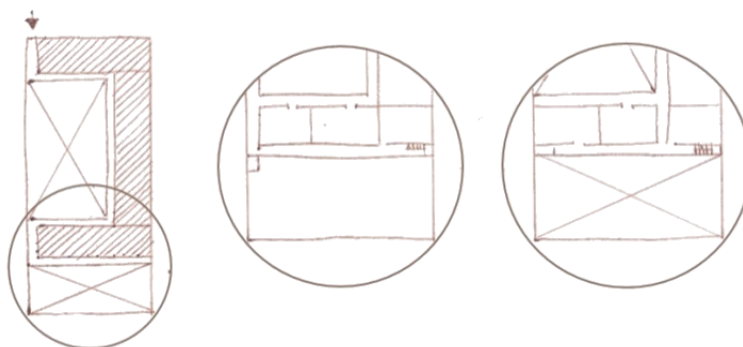


Ilustración No. 17. El corredor de un tramo en el solar y su relación con los espacios de servicio en las casas de dos pisos. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crujería Reina.

La segunda manera como se configura el solar y menos frecuente que la anterior, es cuando dicha área libre además de estar limitada por el cuerpo transversal que la separa del patio, presenta otro cuerpo construido perpendicular al anterior ubicado sobre uno de sus flancos, preferiblemente el derecho, si se observa desde el citado cuerpo transversal de la casa. Este volumen según lo observado en campo, cuando se presenta no supera un piso de altura y se encuentra generalmente configurado por espacios como habitaciones y baño para el servicio doméstico, depósito y área para lavado de ropa; en este tipo de configuración, los espacios del primer piso ubicados sobre el cuerpo transversal

aludido anteriormente, dan la espalda a esta área libre centrándose en la dinámica del patio, mientras que en la segunda planta encontramos en el centro el comedor volcado sobre el patio principal, además de la cocina y una habitación a cada lado avocados al solar (Ilustración 18).

Ilustración No. 18. El corredor de dos tramos en el solar y su relación con los espacios de servicio en las casas de dos pisos.

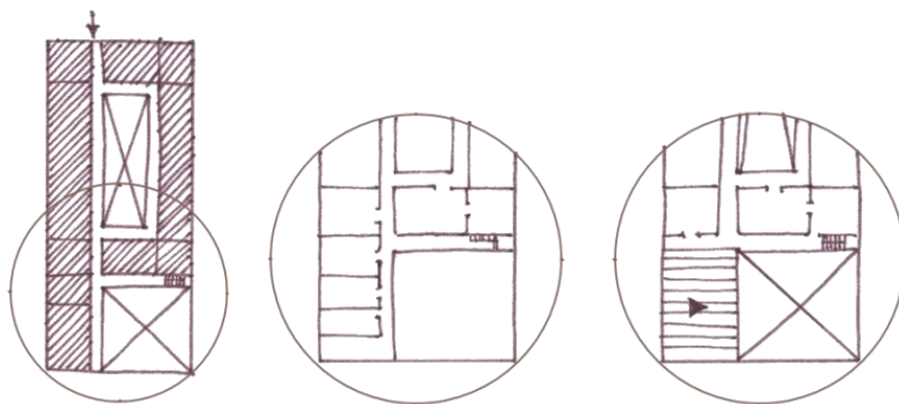


Ilustración No. 18. El corredor de dos tramos en el solar y su relación con los espacios de servicio en las casas de dos pisos. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

También se debe dar cuenta de un cuerpo construido en guadua, madera, y/o adobe, etc. –el bahareque solo se utilizaría para espacios habitados por humanos–, compuesto por espacios para la cría y cuidado de animales como caballerizas, pesebreras, porquerizas o corrales para aves, el cual usualmente se encuentra emplazado en los lados opuestos a los volúmenes que integran la vivienda, aportando a la configuración del espacio del solar. Es conveniente mencionar que la existencia de este elemento, que condiciona la existencia de un acceso alternativo o “entrada de bestias”, no es una constante y depende de que la casa contara con un solar de generosas dimensiones (Ilustración 19).

Ilustración No. 19. Ubicación de espacios para el cuidado de animales según la configuración del solar.

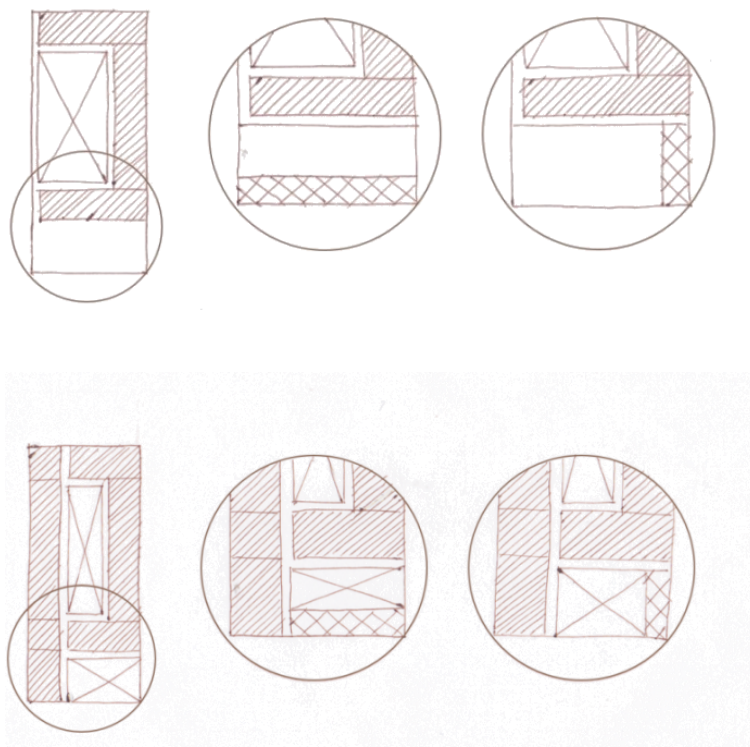


Ilustración No. 19. Ubicación de espacios para el cuidado de animales según la configuración del solar. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Cruceña Reina.

Igualmente, debido al desnivel generado por las pendientes, muchas veces el cuerpo transversal ubicado de cara al solar, el volumen perpendicular a este o toda la “L” que ambos conformaban, daban lugar a áreas en el nivel inferior que eran aprovechadas para la ubicación de los mencionados espacios para el cuidado de animales, al igual que para almacenamiento, lo que hacía que se prescindiera de construcciones adicionales para este fin (Ilustración 20).

Ilustración No. 20. Aprovechamiento de la diferencia de nivel entre el terreno y el primer piso de la casa, para la ubicación de espacios para el cuidado de animales y otros usos.

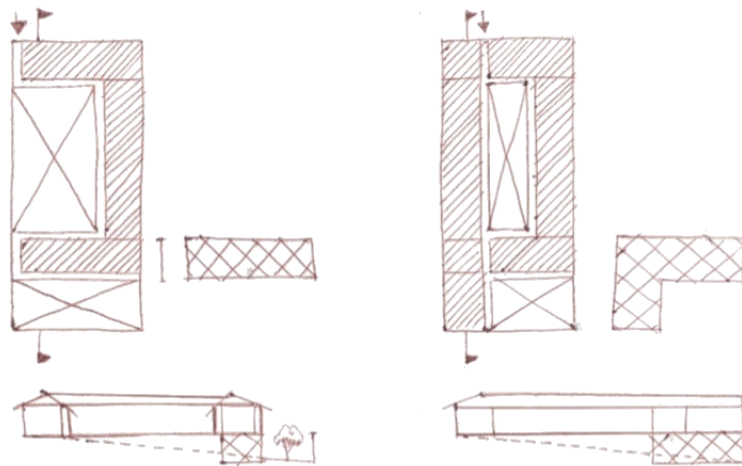


Ilustración No. 20. Aprovechamiento de la diferencia de nivel entre el terreno y el primer piso de la casa, para la ubicación de espacios para el cuidado de animales y otros usos. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Cruceña Reina.

En síntesis y partiendo del panorama esbozado, tenemos que el solar podía estar definido en su perímetro hasta por tres volúmenes edificadas, los dos primeros correspondientes a la casa de bahareque y el tercero al cuerpo construido para la manutención de animales, que solía estar ubicado en el costado opuesto a cualquiera de los volúmenes anteriores; aparecía un cuarto elemento consistente en un cerramiento que en conjunto generaba el aislamiento de los predios colindantes (Ilustración 21a). Igualmente, el solar podía estar conformado de una manera más elemental, por el volumen transversal que separaba esta área libre del patio y tres cerramientos que lo limitaban con los lotes vecinos (Ilustración 21b).

Ilustración No. 21. Elementos que intervienen en la configuración del espacio del solar.

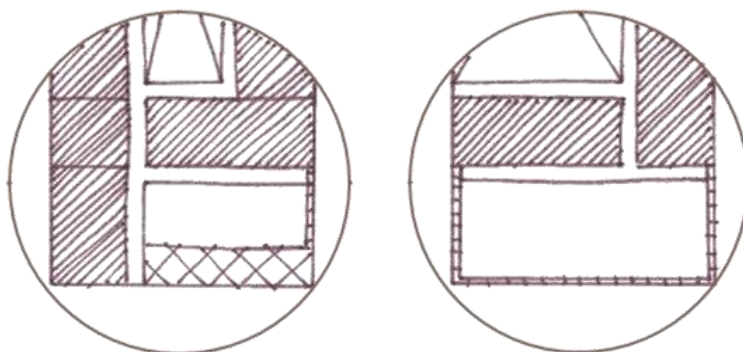


Ilustración No. 21a y 21b. Elementos que intervienen en la configuración del espacio del solar. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

Es oportuno en relación con la presente discusión citar el siguiente texto del arquitecto Jorge Enrique Robledo, en el que con un lenguaje evocador y poético, define claramente la espacialidad de las casas de bahareque, ubicando el solar en toda su expresión como componente fundamental de esta arquitectura:

En todos los casos se accedía a la vivienda por un largo zaguán, que poseía portón y contraportón, y que comunicaba al andén con el patio principal; y por una circulación similar podía pasarse de éste al solar; el cual apenas tenía construido un costado y cumplía con funciones diferentes. Mientras el patio era un espacio relativamente cuidado y sin una función precisa, más allá de la de facilitar la iluminación y la ventilación de la casa, el solar era montaraz y para usos más bien prosaicos: ordeño de la vaca lechera, caballeriza, depósito de leña, lavadero, secadero de ropa y letrina. En algunos casos, también se comunicaba de la calle al solar por un largo pasaje de servicio que se localizaba en uno de los bordes de la vivienda (Robledo, 1996, p. 196).

El siguiente aspecto a considerar son las calidades espaciales del solar, con su geometría básica en forma de cuadrilátero, limitada en uno o dos lados de su contorno con el borde que establece el corredor (Imágenes 458 y 459) –no se prolongaba sobre la construcción para el cuidado de animales, debido a que esta se planteaba independiente, con materiales e incluso forma diferente–, en su función de medio de transición entre la espacialidad de la casa de bahareque y esta área libre, cuyas superficies comúnmente se encuentran compuestas por empedrados en las áreas de más alto trajín, en particular donde se llevaban a

cabo actividades con animales y sobre algunas circulaciones (Imagen 460). Igualmente, se puede observar sin acabado y directamente en tierra, lo correspondiente al segmento donde se ubican diversos tipos de plantas, constituyendo una masa vegetal impactante por su variedad y en algunos casos, por su exuberancia (Imagen 461).

Imagen 458. Casa antigua Marsella. Imagen 459. Casa Apia. Imagen 460. Casa Belén de Umbría. Imagen 461. Casa Apia. Risaralda.



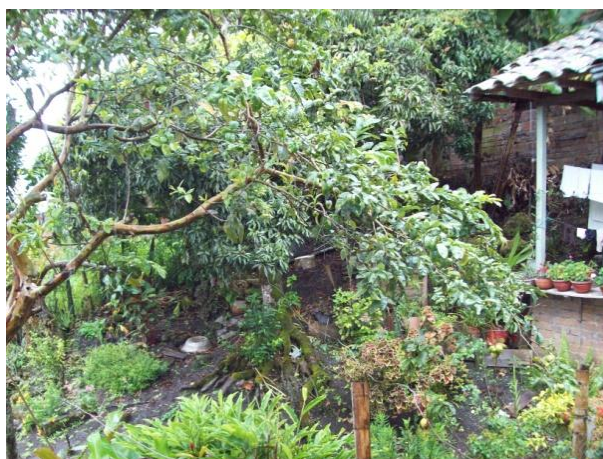


Imagen 458. Casa antigua familia Montoya, Marsella, Risaralda. Imagen 459. Casa familia Vergara, Apia, Risaralda. Imagen 460. Casa Julia Rosa Hurtado, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 461. Casa familia Vergara, Apia, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

Tenemos además, que el espacio que conforma los solares se diseñó de acuerdo con las lógicas de distribución de los habitantes de estas viviendas, y con relación a las soluciones que un espacio de esta naturaleza podía brindar a algunas de sus necesidades básicas de habitación, muchas derivadas de su conexión con las costumbres y hábitos del medio rural.

En consecuencia, el solar estaría integrado por una zona para el cultivo de plantas medicinales usadas en el tratamiento de todo tipo de dolencias según las recetas de la sabiduría ancestral, y otra para la siembra de flores y de especies ornamentales empleadas en la decoración del patio principal, del corredor y demás espacios de la casa; dispone también de áreas para el huerto, para la siembra de cultivos de pan coger y de árboles frutales de guayabo, mango, naranja o mandarina, entre otros, ubicados por lo general al fondo de su superficie, constituyendo un conjunto natural que daba pie a prácticas que no solo eran de utilidad para la vida de los moradores de la casa, sino que además se constituían en símbolo de la dinámica presente en este rico mundo interior (Imágenes 462 y 463).

Imagen 462. Casa Apia. Imagen 463. Casa Santuario. Risaralda.



Imagen 462. Casa familia Vergara, Apia, Risaralda. Imagen 463. Casa Marco Fidel Pareja, Santuario, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

En lo funcional, el solar se define como foco de una dinámica de trabajo que se concreta en actividades dirigidas al servicio de la casa –aseo, mantenimiento, almacenamiento y alimentación–, a la manutención de animales y a la producción de algunos alimentos básicos de la canasta familiar, que en ningún momento presentan competencia o interfieren con la función del patio principal que se define como eje de la vida social de la casa y como su punto de articulación con el medio urbano.

El solar, por su parte, se plantea como un componente imprescindible del esquema funcional de la casa, debido al rol que desempeña como zona de servicio y debido a la atención que presta a muchos de los requerimientos de sus habitantes; también por ser punto de confluencia, final y origen de las relaciones, flujos y tensiones que desde los diferentes espacios se producen sobre el sistema de circulación. Se debe resaltar la fuerte dependencia que generan las zonas

privada y social de la vivienda con el solar, en contraste con su marcada autonomía, que incluso lo ha hecho aparecer como un ámbito vedado a las personas foráneas, situación que acentúa su carácter de espacio íntimo, de pleno y exclusivo dominio de quienes moran en la vivienda.

De otro lado, algunos componentes que otrora contribuían al desempeño funcional de las edificaciones de bahareque, y que hacían parte integral del área del solar como la “entrada de bestias”, el “baño de inmersión” y la “letrina”, han perdido vigencia quedando solo sus vestigios, como se puede constatar con las puertas de acceso y los pasillos del singular acceso de animales que aún se encuentran en muchas de estas viviendas. Por su parte, la letrina utilizada para la disposición de excretas humanas, que por su función se ubicaba en la parte más alejada, desaparece al momento en que los poblados se dotan de alcantarillado, lo mismo que los baños de inmersión cuando surge el acueducto, situación que da pie a la aparición de los baños actuales.

2.6.3 Un espacio como puente entre dos formas de vida

El solar, sus componentes y actividades ponen en evidencia el profundo ascendente que tuvo la vida rural sobre la arquitectura doméstica de bahareque, que se construyó hasta las primeras décadas del siglo XX, en los poblados de la región cafetera del centro occidente de Colombia. La realidad que se modeló en estos ámbitos urbanos debe en gran parte su consolidación a los procesos que previamente se dieron en el campo. De ahí que el solar pueda entenderse como el puente entre ambos modos de vida y como la más clara representación de dicho encuentro.

En este sentido, es importante resaltar que mucha de la arquitectura de bahareque que hoy encontramos en las poblaciones que forman parte de las zonas principal y de amortiguamiento del PCC, se construyó por los tiempos en

que se estaba dando la transición de una sociedad rural a una urbana – primeras décadas del siglo XX–, quedando la impronta de este momento plasmada primordialmente en espacios como el solar. Solo unos cuantos habitantes habían nacido en las áreas urbanas por esos tiempos, razón por la cual la estructura mental de la mayoría de quienes tuvieron que ver con la construcción y posterior habitación de esta arquitectura, tenían muy interiorizados los patrones de la forma de vida rural.

Lo anterior queda claro cuando algunos patrones de la vida rural se asimilan dentro de la arquitectura urbana de bahareque, en particular en el espacio del solar, quedando plasmados en actividades propias de la agricultura que se concretan en la siembra de plantas medicinales y ornamentales, de verduras y legumbres como el frijol, o de cultivos de pan coger⁴⁷ como plátano, tomate, maíz y tubérculos como yuca, arracacha o mafafa, entre otros. También se adelantan tareas de índole pecuario como cría de aves de corral, de cerdos, cuidado de vacunos que se apacentaban durante gran parte del día y la noche en pastos ubicados en la periferia de los pueblos para su ordeño matutino en el solar. De igual modo, podían tener su espacio el caballo y/o la mula, como medios para el transporte de personas y de carga, que facilitaban el contacto permanente con las fincas.

Es pertinente señalar que rara vez todas las actividades agrícolas y pecuarias mencionadas se conjugaban al tiempo en el mismo solar, lo que las convertía en un abanico de opciones cuya selección dependía de las predilecciones y necesidades de los habitantes de estas casas, y obviamente del área disponible para adelantarlas.

⁴⁷ Se denominan cultivos de pan coger aquellas siembras de pequeña escala que facilitan la alimentación diaria de una familia.

Con esto se garantizaba la disponibilidad de algunos elementos de la canasta familiar, que se complementaban con lo producido en las fincas y con algunos alimentos no perecederos que traían los arrieros de tierras distantes, gracias a la intensa actividad comercial que permitía el acceso de todo tipo de mercaderías a la región. Se da cuenta entonces de una vivienda y, por consiguiente, de una sociedad que había llegado al punto de poder garantizar la seguridad alimentaria de sus miembros bajo ciertos principios de equidad social y de sostenibilidad con su medio.

Se tiene adicionalmente cómo las actividades que confluyeron en el solar, cargadas de referencias a la vida rural, en contraste con las costumbres de los habitantes de estos poblados y con las características de la casa urbana de bahareque, generaron los rasgos que modelan la naturaleza híbrida de este espacio y que le otorgan identidad y reconocimiento, no solo como un componente indispensable dentro de la casa de bahareque vista como un sistema de habitación, sino como parte fundamental de la memoria colectiva de esta sociedad.

Se establecen por consiguiente, diferentes miradas y formas de relación con el solar por parte de los miembros de una sociedad que por aquel entonces se encontraba en un periodo de transición, asimilando los modos y costumbres de la nueva forma de vida urbana. Las personas mayores que habían vivido la mayor parte del tiempo en el campo, encontraban en el solar una proyección de su espacio vital anterior, un medio en el que pese a su escala y a su confinamiento en medio de la estructura urbana, podían seguir reproduciendo funciones que los alejaban de cualquier idea de desarraigo, ligándolos con sus orígenes y dándoles un sentido de vida (Imagen 464).

Imagen 464. Casa Filandia, Quindío.



Imagen 464. Casa calle 7 No. 4 - 30, Filandia, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

Por su parte, quienes a partir de este momento tuvieron la oportunidad de crecer teniendo como referente la presencia bucólica del solar, lo asumen durante las primeras etapas de su vida como el espacio predilecto de la casa, lugar de encuentro lúdico que se prolonga sobre los solares de las casas vecinas con solo saltar la cerca o pasar una línea divisoria en algunos casos imaginaria, constituyendo por sumatoria un espacio colectivo de carácter privado al interior de las manzanas, en que los niños juegan y comparten sin necesidad de salir a la calle.

Ya en la adolescencia, el solar se convierte en el espacio donde se confrontan con su ascendente rural al asumir deberes relacionados con las actividades agrícolas y pecuarias, pero ya no con la intensidad de quienes habían tenido una vida completa en la finca; combinada con la vida escolar, esta simulación de contacto con el campo les permitió desarrollar formas de apropiación, como la capacidad de contemplar que surgía de desarrollar una sensibilidad diferente a la de sus mayores, de tener momentos para el ocio y de

haber logrado un encuentro desprovisto de prejuicios para disfrutar las cualidades de un espacio que ya no era rural, pero a través del cual podían trasladarse a sus orígenes por medio de su percepción e imaginación.

Mientras el patio principal de la casa de bahareque era la expresión del cambio que por aquel entonces experimentaba esta sociedad, el punto de encuentro colectivo y el elemento articulador con la vida urbana, el solar, se convertía en un sinónimo de permanencia y estabilidad, en un dispositivo de memoria que tendía un puente con la vida rural, que permitía establecer contacto con un pasado estrechamente ligado a la tierra.

Toda esta dinámica que intervino en la definición de la realidad del solar cambió, toda vez que el periodo de transición al que se ha hecho referencia quedó superado y pasado el tiempo. Empieza a primar el modelo de vida actual con sus patrones culturales inspirados en lo urbano sobre los imaginarios de las nuevas generaciones, lo que ha motivado el rechazo por lo rural y la paulatina pérdida de vínculos con lo que tenga que ver con esta forma de vida.

La vigencia del solar como segundo nodo de la casa de bahareque ha pasado a un segundo plano, desapareciendo actividades como las que tienen que ver con el cuidado de animales, en especial de caballos y vacas, quedando en algunos casos solo los vestigios de las antiguas pesebreras y establos; en cuanto a la porquerizas, estas se observan raras veces y, de manera un poco más frecuente, las improvisadas construcciones para las aves de corral. Del mismo modo, se han perdido el huerto y los denominados cultivos de pan coger, sobreviviendo solo los tradicionales árboles frutales. También aunque de manera menos frecuente, se observan solares en los que la huella de toda esta dinámica productiva ya no está, habiéndose tornado su superficie blanda en dura y viendo reducida su función solo al apoyo de actividades de servicio de la casa (Imagen 465).

Imagen 465. Casa antigua Marsella, Risaralda.



Imagen 465. Casa antigua familia Montoya, Marsella, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

2.6.4 El solar, la calidad ambiental de las viviendas y su aporte a la construcción del paisaje urbano en las ciudades del bahareque

La conformación blanda del solar caracterizada por su variada cobertura vegetal, por las superficies en tierra y piedra, por las texturas y colores, sin duda definen este espacio como un componente esencial en el logro de la calidad ambiental de la casa de bahareque, que se materializa en confort climático para sus habitantes, en autosuficiencia en términos de producción de alimentos, en oferta de espacio al aire libre dentro de un área privada para el solaz y el recreo, en cultivos a pequeña escala fertilizados con materia orgánica proveniente de los animales presentes en el sitio, y en alimentación de animales con algunos desechos provenientes de la casa.

Otro aspecto fundamental es el aporte que hace el solar a las calidades ambientales de las estructuras urbanas de damero, las cuales se caracterizan por la dureza de sus calles –calzada y andenes– en las que no se observa la presencia de zonas verdes, de arbustos o de árboles, y el contraste con sus centros de las manzanas, las que por la organización de los predios bordeando su perímetro y los solares atrás, definen por sumatoria una masa vegetal en algunos

casos de grandes proporciones. Además del beneficio para las mismas casas de bahareque, el solar configura un dispositivo bioclimático a gran escala productor de oxígeno, que adicionalmente regula la temperatura de las mencionadas manzanas y de los poblados enteros en las horas y los meses de mayor incidencia solar (Imagen 466).

Imagen 466. Apía, Risaralda.



Imagen 466. Apía, Risaralda. Fuente: Archivo Inventario de Patrimonio Arquitectónico del Risaralda IPAR fase II, SCA Risaralda.

También, estos centros de manzana verdes entran a ablandar con su color y con la densidad de sus follajes la imagen visual de estas ciudades, constituidas además por la textura y el tono ocre de los tejados, por el blanco de las fachadas, así como por la dureza del plano horizontal de sus calles. De la misma manera, todas las manzanas con su masa vegetal al centro, se encargan de generar una especie de mimesis entre las estructuras urbanas de damero de los pueblos y el paisaje rural (Imagen 467), al igual que una fusión cuando las manzanas periféricas indefinidas en su perímetro, entran a mezclarse con el verde presente en su entorno inmediato (Imagen 468).

Imágenes 467 y 468. Apía, Risaralda.



Imágenes 467 y 468. Apía, Risaralda. Fuente: Inventario urbano Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Esta sumatoria de solares al centro de las manzanas y las sutiles divisiones que los separan, “generan focos verdes, oasis al interior que compensan la ausencia de vegetación de las calles” (Osorio, 2008, p. 142), los cuales dan lugar a paisajes interiores, la mayoría desconocidos para muchos de los habitantes de estas poblaciones, delimitados por las fachadas traseras de las casas de bahareque e integrados por una masa vegetal compuesta por árboles de diferentes follajes, densidades y tamaños, que solo tiene su homólogo en la arborización presente en los parques fundacionales (Imagen 469).

Imagen 469. Trujillo, Valle del Cauca.



Imagen 469. Trujillo, Valle del Cauca. Fuente: Sociólogo Fabio Rincón Cardona.

Por último, el crecimiento en algunos de estos poblados ha generado manzanas de una configuración diferente, en las que la conjunción de los solares al fondo ya no existe, ocasionando la pérdida de los valores ambientales anotados. Igualmente, las áreas libres de los solares han sido objeto de la construcción de ampliaciones, produciendo la reducción o la desaparición de estos centros verdes, lo que modifica de manera radical el paisaje en algunos sectores de estas estructuras urbanas.

Capítulo 3

LA ARQUITECTURA REGIONAL DE BAHAREQUE EN EL ÁMBITO RURAL: sus componentes singulares como envolventes y límites de la experiencia humana en el paisaje cafetero

3.1 La arquitectura regional de bahareque y su materialización en el paisaje rural

Dentro del proceso de colonización tardía que se llevó a cabo en esta región de Colombia, en especial durante el siglo XIX, la ocupación de las áreas rurales cumplió un papel fundamental, debido a que en estas se apalancó el desarrollo de las estructuras urbanas que se fundaron durante tal lapso de tiempo y que, al igual que en los tiempos de la colonia española en América, también desempeñaron un rol fundamental al constituirse en la base del proceso de dominio y de conversión de este espacio geográfico en territorio.

De esta manera, desde que el compendio normativo de las Leyes de Indias, reunido en la Ordenanzas de Poblaciones, rigió los destinos del proceso fundacional en América, los repartos urbanos que secundaron a la fundación de las ciudades siempre estuvieron asociados a la concesión de predios en áreas rurales, como forma de garantizar la adecuada manutención y sustento de los colonos que llegaban con el propósito de asentarse. Con esta finalidad se desarrollan diferentes instrumentos como las denominadas peonías y caballerías, con las que se establecían las condiciones para la entrega de predios urbanos y rurales a los caballeros y peones que formaban parte de las avanzadas conquistadoras, dentro del proceso de fundación de ciudades, adjudicándoles tierras de labor entre 6 y 30 hectáreas, respectivamente:

Para estos repartos se definían dos tipos de medidas: la peonía y caballería, nombres de indudable origen medieval (peonía: tierra que entregaba a los infantes o peones; caballería: tierra que tocaba en suerte a un caballero).

Con lo cual, los solares urbanos debían tener unos 28 por 14 metros en el caso de la peonía, y 28 por 52 metros en el caso de la caballería. Es decir unos 400 metros cuadrados en un caso y unos 1400 metros cuadrados en el otro caso; y la tierra de labor algo más de 6 hectáreas y unas 30 en cada caso (Aguilera, 1994, p. 124).

Instrumentos como los descritos tienen sus efectos en el código que elabora el oidor de la corona, Juan Antonio Mon y Velarde, alrededor de 1787 y que en uno de sus puntos establecía, refiriéndose a los procesos fundacionales, que “conforme se haya practicado el repartimiento de solares, se procederá al repartimiento de tierras de labor que se consideren precisas para cada uno” (Santa, 1997, p. 53). Dicho código surge con motivo del encargo que le hiciera la corona española de buscar alternativas de solución a la profunda crisis en que estaba sumida la provincia de Antioquia, como resultado del agotamiento de la minería dirigida a la extracción de oro, y con el propósito de generar la base para el desarrollo de propuestas como la concerniente a “la creación de asentamientos agromineros para colonizar nuevas tierras, iniciativa por la cual se fundaron en 1787 Carolina, San Carlos, San Luis de Góngora (hoy Yarumal) y San Antonio (hoy Don Matías)” (Niño, 1996, p. 38).

Aunque esta normativa fue diseñada para promover y regular un proceso de poblamiento diferente al que se da en esta región –Eduardo Santa hace referencia al caso concreto de Yarumal en el actual departamento de Antioquia–, tienen su efecto posterior en Leyes como la referenciada por el historiador Albeiro Valencia Llano, que tiene que ver con la adjudicación, bien entrado el siglo XIX, de tierras rurales y urbanas para los nuevos pobladores:

De acuerdo con el artículo 5 de la ley se establecía que a todo varón casado se adjudicarían 32 hectáreas y 5 hectáreas más por cada hijo. Los varones solteros de más de 25 años, los huérfanos de más de 15 años y las viudas tenían también derecho a la parcela básica de 32 hectáreas. Además, los varones casados y las viudas con familia tenían derecho a recibir en el área urbana un solar de 25 varas cuadradas. Los adjudicatarios quedaban comprometidos a fijar residencia en el

territorio de la población, a no enajenar el territorio antes de construir casa, a cultivar por lo menos cuatro hectáreas y a no venderlo a persona alguna que tuviera más de 50 hectáreas en la misma región (2000, p. 161).

Lo anterior nos pone en perspectiva frente al importante fenómeno de interdependencia que se da entre campo y ciudad en este territorio, y del significativo papel que cumplieron las áreas rurales para el desarrollo de la realidad que hoy conocemos, cuya fisonomía es un resultado de la confrontación que de manera permanente han tenido sus pobladores con el medio, con las situaciones que debieron resolver y con los elementos que debieron concebir para configurar su hábitat, tanto en los aspectos productivos, económicos y ambientales, como en los que tienen que ver con la construcción de su cobijo.

De manera que los pobladores que llegan a esta región durante el siglo XIX, se ven enfrentados a un espacio geográfico con condiciones que dificultaron su incursión y posterior permanencia, pero que, paradójicamente, también facilitaron su asentamiento y su consolidación como grupo humano (Imagen 470), dando origen a una cultura territorial caracterizada por el acierto de muchos de sus desarrollos y por haber construido un paisaje con rasgos particulares, que en el tiempo se encargaron de ir concretando su excepcionalidad⁴⁸.

⁴⁸El Paisaje Cultural Cafetero justifica su excepcionalidad e integridad a partir de la existencia de 15 atributos los cuales se estudiaron previamente en este trabajo y en los cuales se concretan los valores de la cultura cafetera del centro occidente de Colombia.

Imagen 470. Colonos en la región centro occidental de Colombia.



Imagen 470. Colonos en la región centro occidental de Colombia. Fuente: http://lacolizacionpaisa.blogspot.com/2012_11_01_archive.html

Inmersos en el territorio del hoy denominado Paisaje Cultural Cafetero, PCC, estos colonos se encontraron con determinantes o limitaciones físicas que impactaron significativamente su proceso de asentamiento, como la topografía de montaña, que por sus pronunciadas pendientes y sinuosidad dificultó la accesibilidad y la movilidad de los flujos que dinamizaron el territorio durante los diferentes momentos de poblamiento. Igualmente, se enfrentaron a condiciones geomorfológicas que hicieron más complejas las actividades relacionadas con el emplazamiento y la construcción de las edificaciones utilizadas para habitar y para el apoyo de sus actividades productivas, y que convirtieron en más arduas las tareas dirigidas a establecer un sistema productivo sobre las bases que constituyeron el intenso comercio y las condiciones de una agricultura de ladera.

Por su parte, el clima de montaña que comprende los pisos térmicos templado y frío, con alturas que van de los 1000 a los 3000 msnm, con temperaturas que oscilan entre los 12 y 20 grados centígrados y con un régimen de lluvias alto, constituyó un factor que por sus oscilaciones y cambios en algunos casos extremos, hizo más difícil habitar estas tierras, razón por la cual se debieron invertir demasiados esfuerzos y mucha creatividad en la definición de prácticas

culturales que permitieran mitigar sus efectos, adaptarse a estas condicionantes, al tiempo que sacarles partido:

Vestidos, brasero, carbón, viviendas, almacén protector contra vendavales, costumbre de pasear bajo los cerezos en primavera, diques, desagües, etc., son diversos inventos, culturalmente elaborados por los seres humanos. No han surgido dichas construcciones independientemente de los condicionamientos climáticos o paisajísticos de frío, calor, humedad, sequedad o verdor. Así es como en el clima y el paisaje el ser humano se descubre a sí mismo (Watsuji, 2006, p. 29).

Como cara de la misma moneda, estas determinantes físicas se transformaron en hechos favorables. Así, las diferencias de nivel características de la topografía fueron aprovechadas para producir enclaves desde los que estratégicamente se dominaban las diferentes áreas que integraban los predios de las fincas, mientras que el clima entendido como un potencial, sería la base desde la que tomó impulso una próspera agricultura, al igual que el desarrollo de acertados productos culturales con los que los habitantes de este territorio pudieron hacer frente al medio y modelar su hábitat. Por su parte, la geología y la actividad volcánica con su halo permanente de amenaza, conformaron suelos muy fértiles integrados por cenizas, que combinados con el clima, la altitud y la latitud facilitaron la siembra de variedad de cultivos, entre ellos el del café, que fue adquiriendo un reconocimiento mundial por sus especiales sabor y suavidad.

Además, el medio biótico –determinado por una naturaleza indómita y diversa en recursos–, proporcionó los materiales que conjuntamente con la acertada interpretación de las determinantes físicas, facilitó el desarrollo de una arquitectura de especial respuesta climática y de calidades espaciales muy particulares, que se integró de manera armónica con el paisaje rural y que se constituyó en vital apoyo a las actividades productivas de las fincas (Imagen 471).

Imagen 471. Fincas y café de sombrío, municipio de Apía.



Imagen 471. Fincas y café de sombrío, municipio de Apía. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, Diana Rodríguez equipo patrimonio natural.

La distribución de parcelas o lotes dentro de los predios rurales dependía del punto donde se localizara la vivienda y las demás edificaciones relacionadas con la producción, situación que produjo cinco tipos básicos de emplazamiento: el primero sobre terrenos de pequeños valles intramontanos ubicados en las estribaciones cordilleranas; el segundo sobre media ladera, el tercero sobre pequeñas terrazas u hombreras ubicadas en ladera, el cuarto sobre las cuchillas de las montañas y, finalmente, uno que se desarrolla sobre pequeñas mesetas en relieves colinados.

Estas formas de emplazarse, mediadas siempre por la disponibilidad del recurso hídrico, garantizaron la supervivencia y permanencia de los habitantes de las fincas. Además, la presencia de estos cuerpos de agua sería la base para el desarrollo de las diferentes faenas agropecuarias, en particular del beneficio⁴⁹ del café –actividad que requería de la utilización de gran cantidad de agua–, hasta que a finales del siglo XX se empiezan a incorporar tecnologías que han aminorado el impacto sobre el vital líquido. Con relación a lo imprescindible del

⁴⁹ El beneficio del café consiste en las tareas posteriores a su recolección y que tienen que ver con su pelado, lavado y secado, este último desarrollado por exposición al sol en elbas o secaderos, o con medios mecánicos o silos impulsados por combustible diésel.

agua para la elección del sitio y la construcción de una casa, el maestro Antonio Correa, entrevistado por la periodista Mónica Flórez, afirma lo siguiente:

Uno siempre busca lo más plano, pero tiene que haber agua, sino había agua, aunque nos tocara en la loma, onde hubiera lo más primordial que uno buscaba era que le hubiera el agua, y uno por ejemplo: aquí hay un plano, pero el agua está por allá muy lejos, no se puede construir. Porque ¿de dónde sacaba el agua? (Flórez, 2000, p. 65).

Se aportan entonces los elementos que darían pie a la configuración de un paisaje variopinto⁵⁰, que se expresa por medio de contrastes y a partir del singular equilibrio de sus partes. Las cambiantes y a la vez favorables condiciones del clima, la variedad topográfica con sus limitaciones y potencialidades, la vegetación nativa compuesta por relictos boscosos y guaduales, al igual que la fértil constitución de los suelos, proporcionaron la base física a la que se superpondría un tejido en el que intervendrían diversos arreglos y diseños.

En consecuencia, se teje la matriz natural partiendo de la interacción de los diferentes tipos de cultivos, de sus particulares prácticas culturales y de sus trazas, con la presencia alternada de los conjuntos de edificaciones e infraestructuras productivas que integran las fincas y en los que resaltan las cinco formas de emplazamiento anotadas, y el dominio que desde sus posiciones estos ejercen sobre los segmentos de territorio aferentes, delineándose de esta manera los rasgos distintivos del paisaje cafetero.

3.1.1 Emplazamiento sobre pequeños valles intramontanos

Encontramos cómo el emplazamiento del componente construido de las fincas sobre las explanadas de valles intramontanos, ha estado siempre asociado a la presencia de quebradas o ríos, razón por la cual los diferentes elementos de este conjunto, en particular la vivienda, se sirvieron de la presencia de pequeñas

⁵⁰Término muy utilizado en España que hace referencia a la variedad de expresiones y contrastes que pueden darse en un determinado medio o lugar.

elevaciones de la topografía para su ubicación, como forma de prevenir el potencial riesgo que ofrecen los cauces durante las crecientes de los periodos invernales o las causadas por los abruptos cambios del clima (Imagen 472).

Imagen 472. Finca El Páramo, municipio de Apía.



Imagen 472. Finca El Páramo, municipio de Apía. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, Diana Rodríguez equipo patrimonio natural.

Es así como desde estas pequeñas planicies intramontanas se genera una particular relación entre el componente construido del predio rural, con los lotes destinados a la crianza de animales que se encuentran usualmente cercanos, y los que se dedican a la siembra de diferentes cultivos con el consabido predominio del café, hechos que en conjunto han aportado a la configuración de la fisonomía del paisaje cafetero, y que a su vez sirvieron de base a la definición de algunos de los atributos con los que se justificó su excepcionalidad como patrimonio mundial, como en este caso los referidos a la “Diversificación de Cultivos” y a la “Predominancia de Café”:

Diversificación de cultivos: La presencia de sistemas de producción multifuncionales, que a una escala más amplia conforman un arreglo espacial a manera de "colcha de retazos", es un elemento característico del Paisaje Cultural Cafetero. Los huertos tradicionales cafeteros son un agroecosistema que además de producir café, contienen cultivos de pancoger, especies pecuarias, frutales, guaduales, maderables, palmas, follajes, aromáticas (Borrero, 1986; Duque, 1996). Este elemento, al igual que el cultivo en ladera y la presencia de

sombrío, expresa la forma y el diseño de un tipo de arreglo agroforestal excepcional.

Predominancia de café: Es un elemento que expresa la dominancia del uso cafetero sobre otros usos de la tierra, por lo tanto ilustra la permanencia de un uso tradicional de la tierra (Rodríguez y Osorio, 2008, p. 34).

Estos lotes se despliegan de manera ascendente sobre la envolvente que configuran las laderas, produciendo un horizonte limitado compuesto por un plano cubierto de verdes y ocres que se levanta frente a la mirada, y en el que resalta la urdimbre generada por los surcos de los sembradíos, las trazas descritas por los caminos de labor y por las líneas de los linderos que se hilvanan con cercas naturales de Quebrabarrigo, Matarratón o de otras especies arbóreas, que sirven de límite a las fincas, todo esto entreverado la mayoría de la veces, con reductos boscosos o con las tupidas franjas vegetales de los cauces de nacimientos y quebradas (Imagen 473).

Imagen 473. Finca La María, municipio de Santa Rosa de Cabal.



Imagen 473. Finca La María, municipio de Santa Rosa de Cabal. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, Jaime Carranza equipo patrimonio natural.

Se origina entonces una relación de tipo vertical desde el núcleo construido de la finca hacia el conjunto de intervenciones antrópicas y de elementos naturales que configuran su paisaje cercano, y en sentido inverso desde estos hacia el centro de la actividad humana, constituyendo una situación dual de dominio (Imágenes 474 y 475). Se observa también como la envolvente vertical constituida por las laderas cultivadas se interrumpe para dar continuidad al cauce y al cañón que en su discurrir por entre las montañas, propicia la fuga del paisaje (Imagen 476).

Imagen 474. Finca El Páramo, municipio de Apía. Imagen 475. Finca La Clara, municipio de Apía. Imagen 476. Vista desde finca La Margarita, municipio de Santa Rosa de Cabal.





Imagen 474. Finca El Páramo, municipio de Apía. Imagen 475. Finca La Clara, municipio de Apía.
Imagen 476. Vista desde finca La Margarita, municipio de Santa Rosa de Cabal. Fuente imágenes 474 y 475. Investigación
Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Fuente imagen 476. Investigación
Caracterización PCC departamento de Risaralda, Diana Rodríguez equipo patrimonio natural

3.1.2 Emplazamiento a media ladera

La siguiente forma de emplazamiento consistente en la ubicación del conjunto de elementos construidos de la finca a media ladera, requirió de dos formas básicas de adaptación al terreno: la primera, correspondiente a la realización de cortes a la pendiente que permitieran la inserción de las edificaciones y por consiguiente, no solo el aplanamiento del área aferente de las mismas, sino también de las superficies destinadas a patios de labor y otras zonas exteriores perimetrales (Imágenes 477, 478 y 479).

Imagen 477. Casa finca San Marcos, municipio de Apía. Imagen 478. Casa finca La Esperanza, municipio de Marsella. Imagen 479. Finca La Estrella, municipio de Belén de Umbría.



Imagen 477. Casa finca San Marcos, municipio de Apía. Imagen 478. Casa finca La Esperanza, municipio de Marsella. Imagen 479. Finca La Estrella, municipio de Belén de Umbría. Fuente imágenes 477 y 478. Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Fuente imagen 479. Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, Diana Rodríguez equipo patrimonio natural

Por su parte, la segunda forma de adaptarse a la topografía dispondría la ubicación de los volúmenes edificados sobre columnas de madera o guadua, o apoyados sobre membranas constituidas por paralelos verticales con diagonales de guadua y madera (Imagen 480), las cuales con el paso del tiempo, en muchos casos, terminaron siendo sustituidas por muros de mampostería e incluso por elementos de concreto; estas membranas cumplirían la doble función de aislar del suelo las construcciones, a la vez que constituir espacios útiles para el apoyo de las actividades productivas (Imágenes 481 y 482).

Imagen 480. Casa de la finca San Luis, municipio de Marsella. Imagen 481. Casa de la finca El Naranjal, municipio de Pereira. Imagen 482. Casa de la finca El Naranjal, municipio de Santuario.





Imagen 480. Casa de la finca San Luis, municipio de Marsella. Imagen 481. Casa de la finca El Naranjal, municipio de Pereira. Imagen 482. Casa de la finca El Naranjal, municipio de Santuario. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Esta forma de emplazamiento en ladera tendría como premisa la ubicación del núcleo edificado, lo mismo que en los otros dos tipos de emplazamiento estudiados, de manera equidistante a los puntos más alejados de la finca, hecho que puede apreciarse en muchas de las fincas que aún conservan su unidad predial original; sin embargo, en este caso estar justo en la mitad del predio se convertía en un imperativo, ya que ascender hacia el punto más alto o descender hacia el más bajo, debía implicar el mismo esfuerzo; igualmente, la posibilidad de otear el paisaje cercano desde un punto donde se tuviera dominio de los diferentes lotes del predio, se convertía en un paso determinante del planeamiento del lugar que llevaban a cabo los colonos, al momento de llegar al paraje donde instalarían su enclave productivo.

3.1.3 Emplazamiento sobre pequeñas terrazas u ombreras ubicadas en ladera

El tercer tipo de emplazamiento que puede tipificarse es el que se produjo sobre las partes altas de las estribaciones cordilleranas, específicamente en las terrazas u ombreras que sobresalen de las laderas (Imágenes 483 y 484). Al igual que en los conjuntos edificatorios rurales de media ladera o valles intramontanos, también en este caso los elementos construidos de la finca, tanto la vivienda como los destinados al apoyo de las actividades productivas, estaban determinados por la presencia de acuíferos, razón por la cual era una condición que estos se ubicaran bajo la cota de nivel de los cauces para garantizar el abastecimiento por gravedad del agua, en tiempos en que no se disponía de equipos de presión que garantizaran el suministro desde grandes distancias o contrapendiente.

Imagen 483. Casa finca El Paisaje, municipio de Santa Rosa de Cabal. Imagen 484. Finca, municipio de Marsella.





Imagen 483. Casa finca El Paisaje, municipio de Santa Rosa de Cabal. Imagen 484. Finca, municipio de Marsella. Fuentes: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

El emplazamiento rural sobre pequeñas terrazas que sobresalen de las laderas, se encuentra ligado a la existencia de los caminos de herradura, los cuales usualmente desarrollaban sus trazados por las partes altas de las montañas y que hoy en muchos casos, encontramos convertidos en vías vehiculares. Este se caracteriza por generar relaciones de dominio vertical en dirección de los diferentes puntos que integran el predio, y por producir tensiones de tipo funcional que generalmente se despliegan de forma descendente o ascendente desde el núcleo construido de la finca, hacia los diferentes lotes en que se distribuyen los cultivos, algunos de ellos de pan coger, interactuando con la presencia dominante del café y dependiendo del tamaño del predio, con áreas destinadas a la crianza de animales (Imagen 485).

Imagen 485. Plano finca Los Mangos, municipio de Santuario.

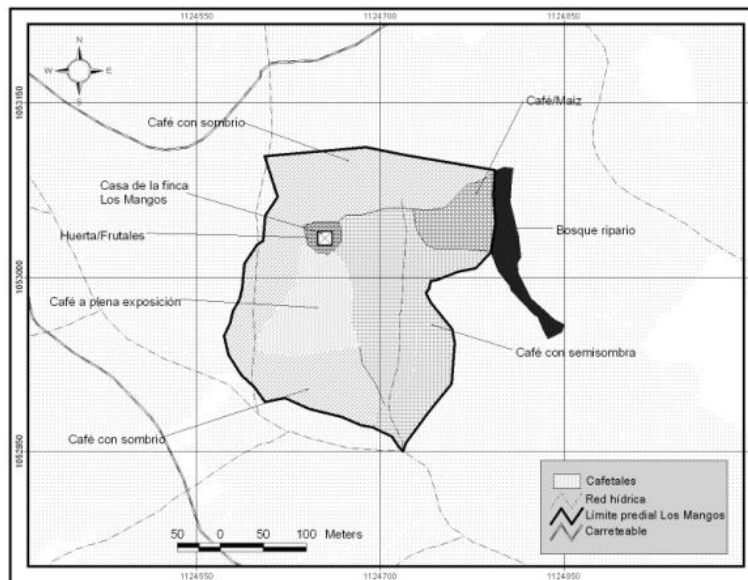


Imagen 485. Plano finca Los Mangos, municipio de Santuario. Fuente: Sistema de Información Cafetero SICA, Comité Departamental de Cafeteros Risaralda.

Estas tensiones de orden funcional surgen de las actividades productivas de la finca y de la intensidad con que se realizan, generando huellas en el paisaje que se concretan en las sendas que producen los recorridos de los labriegos en pos de sus faenas diarias, en los surcos descritos por los cultivos, en particular los del café que tejen la ladera siguiendo las curvas de nivel, y en la interacción de estas trazas con la geomorfología imperante. En este sentido, es importante mencionar cómo las mínimas posibilidades de mecanización, consecuencia de las pronunciadas pendientes, permiten solo la acción humana sobre estas superficies y por consiguiente, una menor transformación, lo que redundaría en efectos menos lesivos sobre su fisonomía.

3.1.4 Emplazamiento sobre cuchillas

Es importante observar otro tipo de emplazamiento que consiste en la ubicación del conjunto edificado de la finca sobre el filo de una cuchilla (Imágenes 486, 487 y 488), teniendo como resultado que los dominios y las tensiones funcionales sobre

la superficie cultivada y otras áreas aferentes integradas por reductos boscosos, cauces o usos pecuarios, se despliegan sobre los dos o más faldones que conforman los lados de la montaña. A diferencia de la localización sobre meseta donde las relaciones con el predio se dan desde el extremo superior de una de las caras de la ladera, en este caso se experimenta una particular sensación de equidistancia desde la parte alta del cerro hacia sus vertientes, constituyéndose en centro jerárquico de esta pequeña dinámica territorial.

Imagen 486. Casa finca La Cigalia, municipio de Belén de Umbría. Imagen 487. Casa e instalaciones productivas finca La Primavera, municipio de Santuario. Imagen 488. Casa finca Bariloche, municipio de Santa Rosa de Cabal.





Imagen 486. Casa finca La Cigalia, municipio de Belén de Umbría. Imagen 487. Casa e instalaciones productivas finca La Primavera, municipio de Santuario. Imagen 488. Casa finca Bariloche, municipio de Santa Rosa de Cabal. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Se tiene entonces cómo en el emplazamiento de terraza u ombrera, y principalmente en el de cuchilla, la mirada del observador se fuga en contraposición con lo que se experimenta en el valle intramontano o en la media ladera, lugares estos donde el horizonte está constituido por la envolvente próxima que definen las montañas presentes en su entorno. En este caso, la vista sobrepasa los dominios donde discurre la vida de sus habitantes, generando relaciones que trascienden el resto de sus sentidos, los límites de la finca y el paisaje próximo, proyectándose hacia parajes lejanos, en algunos casos muy ajenos, en los que no interviene la mediación que ejercen los intereses utilitarios y los afectos de la persona que vive esta experiencia, trascendiendo a la esfera de la contemplación en la que es posible apreciar el color de las montañas, sus formas, resultado del efecto de la luz tropical y la magia que inspira el velo de lo desconocido (Imagen 489).

Imagen 489. Vista desde de la finca El Confital, municipio de Belén de Umbría.



Imagen 489. Vista desde de la finca El Confital, municipio de Belén de Umbría. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico

3.1.5 Emplazamiento sobre pequeñas mesetas en relieves colinados

Un quinto tipo de variante dentro de los emplazamientos rurales identificados en este territorio, corresponde a la ubicación de los núcleos construidos de las fincas sobre mesetas o promontorios de baja altura, los cuales por lo general se encuentran asociados a relieves colinados compuestos por pequeñas elevaciones de forma redondeada (Imagen 490).

Imagen 490. Casa La María, municipio de Santa Rosa de Cabal.



Imagen 490. Casa La María, municipio de Santa Rosa de Cabal. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, Diana Rodríguez equipo patrimonio natural.

Por su parte, las morfologías onduladas que conforman el entorno de las mencionadas mesetas o promontorios, comúnmente se ven enmarcados por estribaciones de las cordilleras Occidental y Central –dependiendo de la vertiente en que se ubiquen–, que obran como contenedores de las tensiones de dominio y como espacio vital para las representaciones que elaboran los grupos humanos en el establecimiento de vínculos con estos lugares, generando horizontes próximos y límites a los paisajes que ayudan a configurar brindando su base física (Imagen 491).

Imagen 491. Vista desde la finca Berlín, municipio de Santa Rosa de Cabal.



Imagen 491. Vista desde la finca Berlín, municipio de Santa Rosa de Cabal. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, Jaime Carranza equipo patrimonio natural.

También encontramos cómo estas envolventes naturales constituidas por las montañas, evitan la fuga de las visuales de hasta 360 grados que es viable encontrar en los emplazamientos estudiados y que es posible disfrutar desde cualquiera de los elementos construidos que integran las fincas, en particular desde las viviendas de bahareque, las cuales por su uso y por las características de su espacialidad, están más próximas a la contemplación del paisaje que el resto de las edificaciones que apoyan las actividades productivas (Imagen 492).

Imagen 492. Vista desde la finca Berlín, municipio de Santa Rosa de Cabal.



Imagen 492. Vista desde la finca Berlín, municipio de Santa Rosa de Cabal. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, Jaime Carranza equipo patrimonio natural.

Se entiende entonces cómo desde los núcleos construidos de las fincas localizados en estos emplazamientos, se generan relaciones funcionales de tipo vertical hacia su entorno más próximo, como resultado de la posición jerárquica que les proporciona estar ubicados sobre estas elevaciones, cuyas superficies descienden cubiertas por las tramas que dibujan los cultivos, particularmente por los surcos atravesados del café, hacia las cañadas y vagas⁵¹ que, acompañadas de franjas de bosque nativo y de guaduales, se entreveran con el conjunto de ondulaciones que tejen esta particular geomorfología al ritmo de sus formas, de sus colores, de sus olores y de sus texturas.

Igualmente, dentro de las tensiones de dominio que construyen los núcleos edificados de la finca con sus entornos, se identifican relaciones de dominio horizontal con las áreas productivas diseminadas por los diferentes lotes que integran el predio, y las cuales, debido a la ondulación y a la vegetación presente en las depresiones, dejan ocultas caras de las múltiples elevaciones que integran esta particular morfología, generando un velo sobre esta realidad que deja partes a la imaginación de quien contempla el paisaje.

⁵¹ Los términos vagas y cañadas hacen referencia en esta región a las depresiones del terreno o cañones en los que se ubican cauces de quebradas y de ríos, o por los que se movilizan aguas de escorrentía.

3.1.6 Diversos tipos de emplazamiento y la configuración del paisaje rural

En este sentido, es preciso hacer énfasis sobre dos momentos que se identifican en el proceso de asentamiento de un grupo humano en un determinado sitio del espacio geográfico: el primero, cuando se inicia el proceso de apropiación que usualmente tiene su origen en razones utilitarias, y el segundo, cuando después de la intervención inicial y de haber sido solucionados aspectos básicos de la vida de sus habitantes, se empiezan a dar motivos para la contemplación. Esta relación inicial con el medio que se interviene desde la perspectiva de la explotación y del aprovechamiento de sus recursos, produce un encuentro distante entre sujeto y contexto que dificulta su interiorización, diferente a la aproximación que permite lo sensible, ese momento de pausa que desde un lugar facilita la observación y el encuentro con la naturaleza del paisaje.

La situación anterior se relaciona con lo que el matemático Mathieu Kessler plantea en su *Genealogía del paisaje*, refiriéndose a dos tipos de individuo: al aventurero y al conquistador, los cuales “se abren paso por un espacio geográfico bárbaro u hostil. Intentarán cambiarlo en su provecho, con astucia, mediante la fuerza. Introducen las bases para un primer esfuerzo de civilización, de amaestramiento, de doma...” (2000, p. 22).

Es importante agregar que solo cuando se supera el estado tendiente a garantizar la supervivencia del grupo humano, es posible para los individuos detenerse y comenzar a observar bajo una nueva óptica, el territorio del que se han aprovechado, pudiendo empezar a experimentarlo como paisaje.

En las formas de emplazamiento planteadas se encuentra una evidencia de la manera como el colono que desencadenó el tercer proceso de poblamiento

en esta región,⁵² se asentó y dio inicio a las actividades que conllevarían su transformación y conversión a su estado actual. Su mirada de índole utilitaria, imbuida por la necesidad de afincarse y generar su sustento, solo le permitiría comprender el espacio al que llegaba como un medio apto para la explotación, apartándolo de otras consideraciones.

Más adelante y después de superadas las precariedades que generaron las circunstancias iniciales de su asentamiento, se producen las condiciones económicas –en particular las que genera el cultivo del café desde finales del siglo XIX– que permiten a este poblador mejorar su hábitat, su calidad de vida y obtener la pausa necesaria que le ofrecerá, después de arduas jornadas, contemplar y percibir de manera emocionada (Ojeda, 2003), el espacio geográfico que con su esfuerzo ha convertido en territorio, empezando por consiguiente a observarlo y sentirlo como paisaje.

3.2 La finca, un pequeño mundo en el paisaje: la vivienda y las edificaciones asociadas a la producción del café

El territorio y los paisajes cafeteros están constituidos sobre una estructura fundiaria en la que convergen tres tipos de finca, según sus dimensiones y bajo las tres formas de emplazamiento estudiadas: la de gran dimensión⁵³, la de mediana extensión⁵⁴ y el denominado minifundio⁵⁵.

⁵² Puede hablarse de un primer proceso de poblamiento llevado a cabo por las culturas prehispánicas que habitaron la región centro occidental de Colombia, las cuales se ha podido comprobar habitaron en estas tierras hace aproximadamente diez mil quinientos años.

⁵³ Para efectos de este análisis, se establece como finca de gran dimensión el predio rural de 50 hectáreas en adelante.

⁵⁴ Se establece como finca de mediana extensión el predio rural de 3 hectáreas en adelante.

⁵⁵ Se establece como minifundio el predio rural de máximo 3 hectáreas.

3.2.1 La finca de gran dimensión

La finca de gran dimensión usualmente se encuentra integrada por una vivienda principal y otras casas alternas que se distribuyen por los diferentes lotes del predio, y cuya cantidad la determina el tamaño del mismo. Estas edificaciones de carácter secundario no siempre construidas en bahareque, de menos jerarquía y con menores calidades constructivas, espaciales y formales, funcionan comúnmente como lugar de habitación de las familias de los trabajadores permanentes de estas unidades productivas, o como “alimentaderos” (Imagen 493), especies de restaurantes donde se presta el servicio de alimentación diaria a los recolectores de café y al personal destinado a labores varias relacionadas con el mantenimiento de este, y de otros cultivos como plátano, yuca, maíz, tomate, árboles frutales o cítricos, entre otros, así como al cuidado de ganado vacuno, porcino o caballar.

Imagen 493. Plano finca San Cayetano, municipio de Santuario.

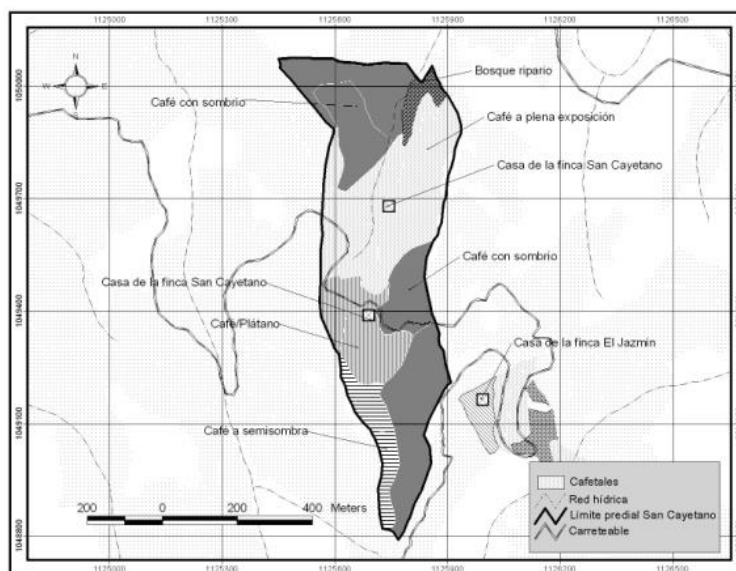


Imagen 493. Plano finca San Cayetano, municipio de Santuario. Fuente: Sistema de Información Cafetero SICA, Comité Departamental de Cafeteros Risaralda.

Estos alimentaderos se definen como nodos alternos a la dinámica que se desarrolla en torno a la casa principal, convirtiéndose en centralidades para los segmentos del predio donde se ubican, y a la vez, en lugares de encuentro e intercambio donde los trabajadores comparten su vida durante las pausas establecidas para la alimentación, dentro de sus faenas diarias.

La vivienda principal por su parte, constituye el centro de las edificaciones que configuran el núcleo construido de la finca y que en conjunto se disponen como elementos de apoyo a las actividades productivas, definiendo un nodo de relaciones y actividad humana de gran potencia en medio del territorio rural (Imagen 494).

Imagen 494. Casa principal finca Valdivia municipio de Marsella.



Imagen 494. Casa principal finca Valdivia municipio de Marsella. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

La casa principal de habitación, tradicionalmente construida en bahareque, se presenta acompañada de otras construcciones para el alojamiento de personal o cuarteles, y del beneficiadero, que incluye áreas para el recibo del café, pesaje después de su recolección y espacios para la ubicación de tolvas⁵⁶ para el depósito; de despulpadoras para el pelado, de tanques o sistemas de canales

⁵⁶ Las tolvas son elementos de almacenamiento con forma de cuadrilátero en su parte superior y con un cuerpo que se desarrolla a manera de embudo. Este aprovecha el peso del grano almacenado y la gravedad para descargarlo gradualmente en una o varias despulpadoras que se encargan de pelarlo o “despulparlo”.

para el lavado y de dispositivos mecánicos denominados silos para el secado del café, adoptados en esta escala de predios rurales debido a los grandes volúmenes de producción; además, incorpora dentro de su espacialidad bodegas para el respectivo almacenaje del producto que puede hacerse a granel o en sacos de fique de 60 kilos (Imagen 495).

Imagen 495. Finca Valdivia municipio de Marsella. Instalaciones productivas.



Imagen 495. Finca Valdivia municipio de Marsella. Instalaciones productivas. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Cabe agregar que también se cuenta en estas fincas con medios alternos para el secado por exposición directa al sol en elbas⁵⁷, fundamentales en el proceso de beneficio desde los orígenes de esta actividad productiva de índole agrícola (Imagen 496).

⁵⁷ Las elbas son construcciones destinadas al secado del café y que constan de un piso duro en concreto sobre el que se esparce el café para ser expuesto a la radiación solar; esta superficie a su vez dispone de una cubierta móvil de área equivalente, con la que se cubre el producto en la noche o en caso de lluvia. Las elbas también están compuestas por superficies elevadas construidas en madera con cubierta móvil, sobre las que se extiende el grano para su exposición al sol y bajo las que se agrupan secaderos por niveles también de madera, que pueden desplazarse sobre rieles por fuera del plano que los cubre hasta quedar plenamente expuestos a la radiación.

Imagen 496. Casa principal y elbas para secado de café, finca La Palma municipio de Marsella.



Imagen 496. Casa principal y elbas para secado de café, finca La Palma municipio de Marsella. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

De igual forma, hacen parte del conjunto construido de la finca de gran dimensión, edificaciones especializadas como establos y porquerizas para la crianza y cuidado de ganado vacuno y porcino respectivamente, ya sea con fines de autoconsumo o en algunos casos para su comercialización; también se encuentran pesebreras para el albergue de caballos o mulas utilizadas para el apoyo de las tareas productivas o para la recreación. Es importante mencionar que estas construcciones usualmente se encuentran construidas en guadua o con sistemas constructivos combinados con este y otros materiales.

Se asocian también al núcleo construido de la finca áreas para compostaje de materias naturales de desecho, para la producción de humus derivado de la lombricultura, o para la producción de variedad de fertilizantes orgánicos; además, se disponen corrales para la crianza de aves, así como lagos artificiales para el cultivo de peces.

Por su parte, la casa principal se encuentra destinada al albergue de los propietarios de la finca, a quienes se puede dar el calificativo de “propietarios absentistas”, debido a que casi nunca permanecen o visitan la propiedad y tienen

su lugar habitual de residencia en las capitales de los departamentos de la región –Armenia, Pereira o Manizales–, o incluso en ciudades como Cali, Medellín o Bogotá, razón por la cual delegan su administración en terceros –quienes en algunos casos administran varias propiedades de estas familias–, y estos a su vez, en mayordomos o “agregados”, que tienen bajo su responsabilidad el control directo de las actividades que se desarrollan en el predio.

Para estos mayordomos o agregados y sus familias, se cuenta con viviendas alternas a la casa principal, ubicadas por lo general en las inmediaciones de la misma, haciendo parte integral del núcleo construido de la finca; solo en casos excepcionales, estas familias se encuentran ocupando parte del área de la mencionada casa principal (Imagen 497).

Imagen 497. Casa Mayordomo o Agregado, finca Valdivia municipio de Marsella.



Imagen 497. Casa Mayordomo o Agregado, finca Valdivia municipio de Marsella. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

La casa principal, como se decía anteriormente, se encuentra en muchos casos construida en bahareque y después de las edificaciones destinadas al beneficio y bodegaje del café, es la que mayor tamaño presenta en el conjunto; esta jerarquía también se acentúa debido a los emplazamientos que adopta dentro del núcleo construido de la finca, y a que usualmente se presenta exenta del

mismo, resaltando en medio de las áreas verdes que la rodean y que a la vez le sirven de transición con las áreas de cultivo existentes en el perímetro.

Estéticamente, las casas principales de bahareque en este tipo de fincas presentan el mismo repertorio de elementos en madera –zócalos, cielo rasos, chambranas, puertas y ventanas–, que los encontrados en las viviendas de las fincas de mediana extensión y del minifundio, diferenciándose por la buena calidad de su ejecución y porque dichos elementos se encuentran en la totalidad de los espacios en que usualmente se requiere su función (Imagen 498). En las otras dos escalas de predio rural y en especial en el minifundio, dichos elementos se presentan con regular acabado y sobre algunos de los componentes espaciales de las edificaciones destinadas a vivienda, dando la impresión de una obra inacabada.

Imagen 498. Finca La Palma, municipio de Marsella.



Imagen 498. Finca La Palma, municipio de Marsella. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Se da también la opción de una nueva edificación en el lugar de la original, situación que pone en evidencia la paulatina desaparición a la que ha sido sometida la arquitectura regional de bahareque y el gran riesgo en que se encuentra actualmente, como resultado del efecto de la incorporación de modelos

arquitectónicos y tecnologías constructivas foráneas, y del desarrollo de un imaginario colectivo que ha incorporado otros modos de ser y de habitar ajenos a lo que se ha visto habitualmente en este contexto. Más cuando en este tipo de fincas se suma otro factor que atenta contra la conservación del legado cultural, como es la disponibilidad de recursos económicos que en muchos casos y de manera paradójica, entran a facilitar su destrucción.

3.2.2 La finca de mediana extensión

En cuanto a la finca de mediana extensión, también se encuentra compuesta por un núcleo construido en el que la casa de habitación ocupa asimismo un lugar jerárquico entre las construcciones que tienen como propósito brindar apoyo a las actividades productivas que se desarrollan en el predio (Imagen 499).

Imagen 499. Finca el Porvenir, Marsella Risaralda.



Imagen 499. Finca el Porvenir, Marsella Risaralda. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Encontramos entonces dentro de este núcleo construido el cuartel, edificación destinada al albergue de personal, tanto para el de carácter transitorio constituido por los recolectores de café, como para los trabajadores que tienden a tener una mayor permanencia, quienes tienen a su cargo las labores culturales de

mantenimiento del café y de otros cultivos que se desarrollan con fines comerciales o de autoconsumo.

Aparece también unida a las anteriores edificaciones, la que se requiere para el beneficio del café, que no alcanza a tener las dimensiones del montaje que se desarrolla en las fincas de gran dimensión, pero que está dotado básicamente de las mismas áreas: recibo, pesaje, tolva para almacenaje y despulpe, lavado y finalmente secado, que también se hace en silos y en elbas; en algunos casos, este componente presenta pequeñas bodegas para el almacenaje de herramientas y otro tipo de implementos indispensables en las faenas agrícolas (Imagen 500).

Imagen 500. Finca El Porvenir Marsella, Risaralda.



Imagen 500. Finca El Porvenir Marsella, Risaralda. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Se observan también establos para el cuidado y aprovechamiento de ganado vacuno y porquerizas para la crianza de cerdos; las pesebreras para caballos en este caso se presentan de manera excepcional, siendo más frecuente la existencia de corrales para el cuidado de gallinas.

Por su parte, la casa principal de la finca de mediana extensión sirve como lugar de habitación para las estancias periódicas de sus propietarios, que suelen residir en las ciudades capitales de la región o en las cabeceras urbanas de los municipios donde se ubican estos predios; igualmente, es posible encontrar espacios para almacenar café y para la vivienda del agregado y su familia. Sus condiciones materiales pueden estar equiparadas con las calidades constructivas, espaciales y formales de las viviendas de bahareque presentes en los predios de gran dimensión, al igual que en su tamaño y jerarquía respecto de las demás edificaciones que integran su respectivo núcleo construido.

3.2.3 El minifundio

En cuanto al núcleo construido del minifundio, este se ha desarrollado básicamente a partir de los mismos componentes presentes en las dos escalas de predio rural estudiadas, pero teniendo como diferencia su menor tamaño y que algunos no son requeridos para el adecuado desarrollo de las actividades productivas, esto debido a la pequeña dimensión de la finca y a la imposibilidad económica para acceder a su tenencia.

De esta manera, al ser el minifundio una empresa de índole familiar y no requerir la presencia de mano de obra foránea, este resuelve lo concerniente a la habitación de las personas que participan en las labores agrícolas del predio en la misma vivienda, hecho por el cual dentro de su núcleo construido se prescinde del cuartel (Imagen 501).

Imagen 501. Casa finca El Pedregal municipio de Balboa.



Imagen 501. Casa finca El Pedregal municipio de Balboa. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Por su parte el beneficiadero no presenta la cantidad de espacios y el tamaño de los existentes en las fincas de gran y en las de mediana extensión, restringiéndose solo a una sencilla construcción levantada en guadua y madera, que aprovecha la pendiente del terreno para generar dos niveles: el superior para la ubicación de la tolva donde se deposita el café después de su recolección, y el inferior para la localización de un tanque donde este se almacena para proceder a su lavado después de despulpado (Imagen 502). Tampoco se dispone de silo, ya que este mecanismo por sus costos y el volumen de café que se cosecha – relación costo beneficio– no justifica la inversión que implica su montaje; para el secado se cuenta con las elbas, e incluso con la superficie en concreto o pavimentada con morteros de arena y cemento que provee el patio o los patios ubicados dentro del conjunto construido.

Imagen 502. Beneficiadero finca El Pedregal municipio de Balboa.



Imagen 502. Beneficiadero finca El Pedregal municipio de Balboa. Fuente: Investigación Caracterización PCC departamento del Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Se da un tipo particular de secadero denominado casa elba, que surge de la necesidad de optimizar el área disponible en el predio para dedicar la mayor parte posible al cultivo del café y a otros productos de pan coger, fundamentales en la dieta de la región. En este caso, la elba que consta de una superficie confinada con cubierta móvil, entra a sustituir la cubierta de la vivienda, convirtiéndose en un claro ejemplo de flexibilidad y adaptabilidad, al igual que en un importante exponente del concepto de vivienda productiva; en tal sentido, se puede mencionar una serie de variantes entre las que predominan la de techo corredizo o la de batiente.

Además de la construcción destinada al beneficio del café, se encuentran pequeñas bodegas para almacenamiento de herramientas e insumos, porquerizas para el engorde de cerdos y corrales para la crianza de gallinas.

La vivienda en el minifundio es de pequeña dimensión y en la mayoría de los casos solo desarrolla un piso, presentándose de forma esporádica de dos. Igual que en las casas de bahareque presentes en las otras dos escalas de predio rural, esta inscribe sus esquemas espaciales dentro de las tipologías que tradicionalmente se encuentran en la región, en particular y como un hecho predominante, en la de bloque único con corredor sobre uno de sus costados.

En cuanto a su aspecto estético, esta arquitectura se presenta desprovista de ornamentación y de elementos suntuarios, limitándose a resolver el problema del cobijo humano bajo los términos de eficiencia y calidad constructiva que se pueden apreciar en muchos de sus exponentes. Es importante considerar el esmero que ponen sus habitantes, en este caso los dueños de la finca, en el realce de sus casas, para lo que utilizan vivos colores que aplican particularmente en las carpinterías de madera de las mismas, y aprovechan el variado repertorio de especies florales existentes en la región, sembrándolas en improvisados recipientes que cuelgan de las columnas y chambranas⁵⁸ que definen el corredor, o en jardineras que ubican en paralelo a las fachadas principales de sus viviendas.

Se aprecia entonces cómo los tres tipos de núcleos construidos que se tipifican en el paisaje cafetero, constituyen además de hechos materiales, enclaves donde se ha desarrollado un tejido de relaciones humanas que son el alma de un sistema productivo, que históricamente ha servido de base en la transformación de la matriz natural y en la configuración de una estructura territorial, en la que la finca se erige como uno de sus hechos determinantes:

Esta dinámica social define las estructuras productivas como importantes fuentes de empleo y como puntos de encuentro humano, que han aportado de manera definitiva en la construcción de los ideales y los imaginarios de la cultura regional, además de constituir una red territorial configurada por fincas, con carácter de pequeños asentamientos y en estrecho contacto con los centros poblados de los corregimientos y las cabeceras municipales (Osorio, 2008, p. 160).

⁵⁸ Chambranas es la denominación que tradicionalmente han recibido las barandas que definen el límite entre el corredor y el exterior de la vivienda.

3.3 Las “formas de número”, el corredor perimetral y su función estructural dentro del esquema arquitectónico de la vivienda rural de bahareque

El corredor, la galería o la logia sin duda han desempeñado un papel fundamental en la historia de la vivienda rural que, bajo diferentes denominaciones, ha hecho presencia en diversas latitudes del orbe. Para el caso de Occidente, estos componentes espaciales se plantean como imprescindibles en la articulación del esquema arquitectónico de estas edificaciones, con el medio circundante, al ser elementos que filtran la iluminación, la ventilación, así como la aproximación y acceso hacia el interior de las viviendas; igualmente, actúan como un punto de pausa y transición de la comunicación visual que se produce con el paisaje.

Del mismo modo, el corredor, la galería y la logia se han transmitido como un lenguaje común a través de una línea de tiempo y en una dirección geográfica que terminó por relacionar los esquemas espaciales, no solo de las arquitecturas que se desarrollaron en pos de la cuenca mediterránea, sino en las que tienen su origen en ultramar tras el descubrimiento de América. Estas dan potencia y expresividad a las diferentes configuraciones que adquieren en sus particulares emplazamientos, y aportan en la mayoría de los casos a sus procesos de refinamiento formal, espacial, funcional y estético.

Lo anterior sumado a la aparición del corredor dentro de la arquitectura de las haciendas neogranadinas, nos pone en línea de visualizar el proceso de transferencia que experimentó este patrón espacial, y en tratar de entender su aporte como componente estructural de la arquitectura regional de bahareque que floreció en los ámbitos rurales del PCC.

3.3.1 El corredor en la vivienda rural, su ascendente mediterráneo y su adaptación como patrón espacial de la hacienda neogranadina

Aludir al ascendente mediterráneo del corredor perimetral en la vivienda rural neogranadina, precisa ubicar tres referentes que sin duda hacen un aporte definitivo en este sentido a la arquitectura que se desarrolla en Hispanoamérica en los siglos posteriores a su descubrimiento. Son estos la villa romana, la almunia árabe y las haciendas, cortijos o lagares presentes en tres momentos de suma importancia para la historia de España.

De esta manera, pensar en la idea de un corredor o galería acompañando el perímetro de la villa rústica suena como algo fuera de lugar, en unas edificaciones que en sus versiones más antiguas, se caracterizaban por el espíritu introvertido y por la forma cerrada con relación al medio circundante, como consecuencia de que el medio rural no ofreciera condiciones óptimas de seguridad que permitieran una arquitectura de naturaleza diferente. Se entiende entonces cómo “La necesidad de seguridad es el motivo principal de que la mayoría de las villas rústicas del siglo I a.C. estuvieran estrechamente cerradas en su perímetro rectangular, como una casa urbana” (Ackerman, 2006, p. 49). Sin embargo, esto sirve para resaltar la existencia de corredores o galerías interiores alrededor de patios en villas rústicas que se construyen alrededor de los siglos II y I a. C, para dar paso a un modelo más urbano emparentado con la Domus, en el que se observan el atrio y el peristilo con sus respectivas galerías circundantes, pero en cuyo esquema arquitectónico persiste su negación frente al entorno.

Más adelante, en la medida en que se comienza a experimentar una sensación de estabilidad política y social en el Imperio y se introducen formas de pensamiento renovadoras, se producen notables cambios en las villas suburbanas como la apertura de sus perímetros, a partir de la introducción de componentes totalmente inéditos que la ponen en contacto directo con su entorno:

La ideología opuesta al epicureísmo, que fue la más influyente en las generaciones posteriores, transformó la morada del campo en un emplazamiento, en ocasiones a todo lujo, para el disfrute del otium, el perfeccionamiento relajado del cuerpo y mente. Esos cambios tuvieron gran importancia en la forma de las villas romanas, que evolucionaron desde unas formas compactas y cerradas dependientes de la vivienda urbana (alimentadas por la preocupación de la seguridad) a disposiciones libres de habitaciones, pórticos, criptopórticos, baños y torres que iban construyendo mediante añadidos a medida que pasaba el tiempo (Ackerman, 2006, p. 67).

Teniendo entonces como precedentes la villa rústica como edificación dedicada al apoyo de las faenas agrícolas, y como lugar de llegada de las eventuales visitas del propietario del fundus o finca, y la villa suburbana como un espacio para el recreo y disfrute del paisaje rural por parte de los habitantes de la ciudad, se da paso a una especial tipología fruto de la mezcla de funciones de ambos tipos de vivienda rural.

En este nuevo tipo de villa quedarían claramente diferenciados los espacios de trabajo como alojamientos para el vilicus y los trabajadores, depósitos, prensas, establos, hornos, lagares, patios como el de tinajas y otros de labor, de la estancia del propietario, la cual se asimilaba completamente dentro del esquema espacial de la Domus, con sus característicos atrio y peristilo, pero adicionando una serie de dispositivos que permitieron entablar una relación diferente con el entorno; se daría por consiguiente forma a una villa claramente dividida en dos áreas, de funciones combinadas entre villa rústica y villa urbana, con un alto grado de especialización (Imagen 503 y 504).

Imagen 503. Planta Villa Settefinestre, 75 - 50 a. C. Imagen 504. Axonometría villa Settefinestre.

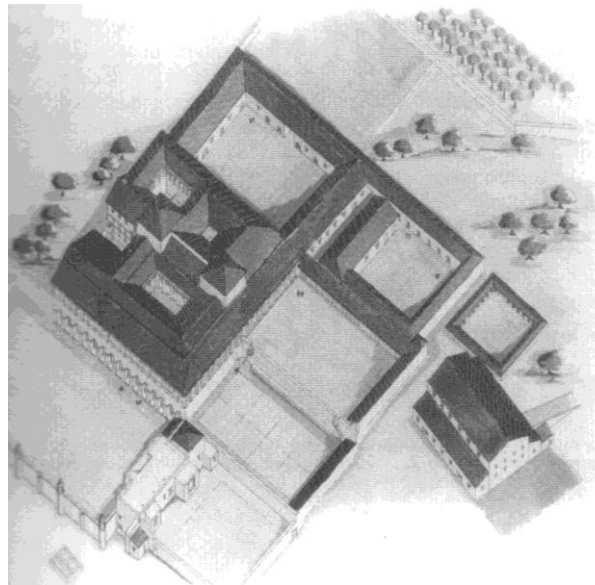
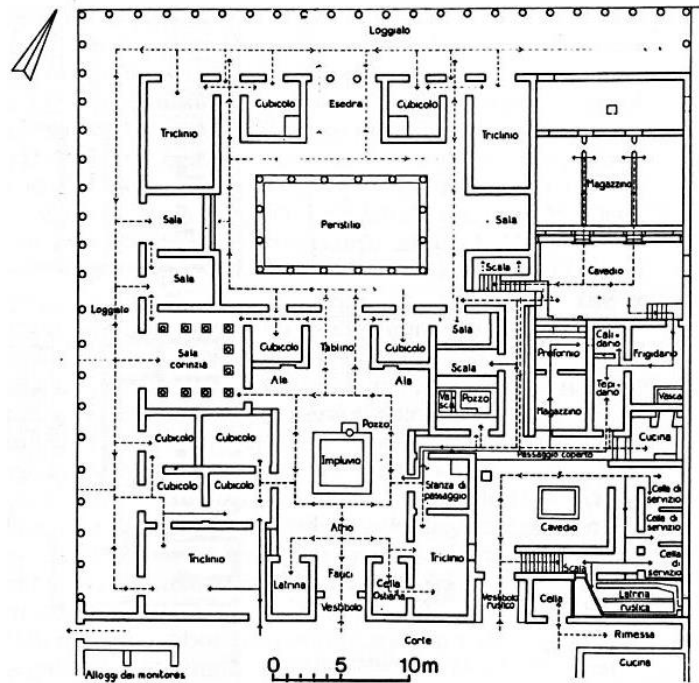


Imagen 503. Planta Villa Settefinestre, 75 - 50 a. C. Imagen 504. Axonometría villa Settefinestre. Fuente: Libro La Villa. Forma e Ideología de las Casas de Campo, James S. Ackerman.

Así, muchos de los espacios que antes se desarrollaban volcados en torno al atrio o el peristilo y cerrados al exterior como la exedra, salas, triclinios y

cubículos, se ponen en contacto con el paisaje, utilizando como medio de transición logias o pórticos que haciendo las veces de corredores perimetrales, amortiguan el encuentro con el medio externo, permitiendo su contemplación de una manera franca. Igualmente, estas logias y pórticos tendrían el carácter mixto de espacios de circulación y permanencia que los convertía en sitios propicios para el disfrute del paisaje en pequeñas caminatas o estando sentados; también de lugares interiores a la vez que exteriores, en los que al tiempo se podía experimentar la sensación de estar afuera mientras se disfrutaba del cobijo de la edificación (Imagen 505): “...la villa mediterránea generalizó sus formas helenísticas con todo su lujo de patios, peristilos, pérgolas y vidriarios, belvederes, exedras, solaria, a más de pórticos, que en las villas marítimas permitían gozar de la contemplación del mar” (Manzano, 2002, p. 16).

Imagen 505. Perspectiva villa Settefinestre.

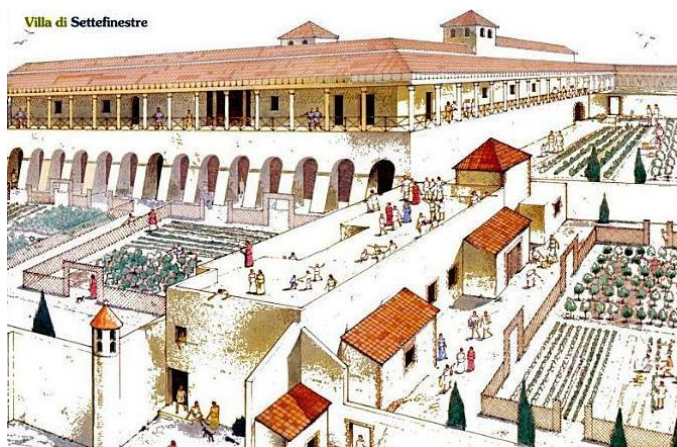


Imagen 505. Perspectiva villa Settefinestre. Fuente: http://voxcantisindeserto.blogspot.com/2014/06/abitazioni-e-giardini-nellantica-roma_24.html

Continuando esta mirada a la cuenca mediterránea y a la vivienda rural que tuvo influjo sobre la península ibérica, y teniendo como punto de partida la villa romana, nos encontramos con las almunias –munyat– de la cultura hispanomusulmana, las cuales “medio ocultas entre huertos, jardines y arboledas, formaban una cintura verde de vegetación y blanca por el enjalbegado de los edificios, alrededor de las ciudades” (Manzano, 2002, p. 23).

Estas espléndidas almunias de recreo de los califas representan solo una parte de la arquitectura que hacía presencia en el medio rural –sin duda el mayor segmento lo constituían modestas construcciones de apoyo a las tareas agrícolas–, y son una muestra del alto refinamiento alcanzado por la cultura hispanomusulmana que floreció en suelo ibérico. En este sentido, es preciso citar la descripción del jardín de la almunia real construida en las afueras de Toledo por el monarca al Ma'mun ben Di-I-Num:

El frondoso jardín contiguo a este palacio, tenía una gran alberca (birka o buhayra), en cuyo centro se levantaba un quiosco con grandes vidrieras policromas, y decoraciones incrustadas de oro. El agua de la alberca subía a la parte superior de su cúpula para luego caer resbalando por los lados y derramarse en aquella. En el interior, el sultán podía estar en los días cálidos del verano castellano en una atmosfera de agradable frescor, sin temor a mojarse; algunas veces se encendían hachones dentro del aposento, que vistos a través de las vidrieras, producían mágico efecto. Adornaban los jardines espléndidas fuentes decoradas con motivos diversos (Manzano, 2002, p. 32).

Aunque estas almunias fueron edificaciones cerradas en relación con su entorno, compensaban dicha negación al medio circundante con sus jardines interiores, que por lo general se caracterizaban por su dimensión, frescura y verdor, constituyendo dispositivos bioclimáticos de gran eficiencia que permitían el logro de calidades ambientales mejores que las que se podían experimentar extramuros. En esta medida, se podría decir que los corredores o galerías que usualmente generaban la transición entre los bloques construidos y dichos jardines, se veían inmersos en sensaciones semejantes a las que se podrían experimentar observando el paisaje presente en el entorno de estas edificaciones.

Dentro de esta línea de tiempo nos encontramos con las haciendas, los cortijos y los lagares como herederos de la dinámica espacial intramuros de la arquitectura árabe. En cuanto al origen de las haciendas como explotación productiva, estas se remontan a los tiempos de la conquista cristiana, incluso más

atrás en tiempos del dominio árabe, como lo plantea en el siguiente texto la doctora Mercedes Gamero:

...un número considerable de haciendas proviene, al menos, de la Baja Edad Media. A veces de la época musulmana, como la ya citada torre de Doña María, que fue de la familia Ibn Jaldun o Banu Jaldun, familia aristocrática sevillana desde al menos el siglo IX, y que mantuvo su integridad esencial hasta la actualidad, a pesar de los cambios de propiedad ocurridos durante siglos (2002, p. 42).

Esta misma autora dice sobre el término hacienda: “el cual no es usual encontrarlo antes del siglo XVIII, cuando se generaliza, quizás debido a las relaciones con Hispanoamérica, donde el mismo vocablo se aplicaba a las grandes propiedades agrícolas” (2002, p. 37). Por su parte: “El cortijo surge con este título a partir del siglo XIII en el curso de los procesos de repoblación y reordenación del territorio que sigue a la conquista castellana” (Olmedo, 2002, p. 56).

Hay tres tipos de explotación rural que, en su proceso de desarrollo formal básico, se componen de una agrupación de edificios o “caseríos” especializados, relacionados con su tipo de producción: olivarera para las haciendas, de cereales y ganadera para los cortijos y de vino para los lagares. En cuanto a la presencia de edificaciones para la habitación humana, en los cortijos se presentan: “viviendas para un personal fijo, con la presencia ocasional de una residencia diferenciada para los dueños y capillas, alojamientos para la nutrida mano de obra de temporeros...” (Olmedo, 2002, p. 56). Olmedo también, refiriéndose a los componentes habitacionales en las haciendas, precisa lo siguiente:

Gran parte de las haciendas manifiestan una complejidad y exuberancia arquitectónica poco corriente. El señorío ocupa por lo regular una posición privilegiada hasta el punto de conferir a la edificación la categoría de una hacienda rústica, acompañándose de capillas, jardines y otros elementos. Igualmente cuidadas, aunque con un tratamiento más sencillo, llegan a ser las viviendas de trabajadores, casas de aceituneros y dependencias de labor... (2002, p. 61).

Finalmente, sobre la vivienda en los lagares y las demás edificaciones que constituyen estos núcleos vitivinícolas, el mismo Olmedo señala: “Así, los viejos lagares constaban de lagaretas para el pisado y prensas de viga para la extracción del mosto....Bodegas de fermentación, y a veces de crianza, almacenes, y por supuesto, las viviendas de propietarios y trabajadores...” (2002, p. 63).

Vemos pues un denominador común en estos tres tipos de explotación agropecuaria, además de la característica agrupación de las edificaciones, los patios, elementos indispensables para el sostenimiento de la unidad formal y funcional de estos conjuntos arquitectónicos. Igualmente, en los patios de labor y en aquellos donde se emplaza el acceso a los señoríos, se debe resaltar la recurrencia de galerías ocupando solo algunos de los lados que los configuran – usualmente, estos patios se presentan cuadrados o rectangulares –, ya que si fueran continuas conectarían usos incompatibles debido a las diferentes funciones de los bloques ubicados en su perímetro.

Lo anterior se puede comprobar en el único patio que posee la Hacienda El Rulo, en Lebrija, Sevilla, en el que se presentan dos tramos de corredor o galería: el primero sobre el frente del cuerpo construido donde se localizan la vivienda de los caseros –ubicada en parte de la primera planta– y el señorío –en todo el nivel superior– (Imagen 506), mientras que el segundo tramo de galería se desarrolla sobre el volumen donde se ubican las cuadras (Imagen 507). Por su parte, en la Hacienda Los Ángeles, en Alcalá de Guadaira, Sevilla, encontramos un antiguo patio de labor respaldado por una galería donde se produce al centro el acceso al patio del señorío y en el extremo izquierdo la entrada a la capilla; en los flancos derecho e izquierdo sin continuidad de la galería, encontramos respectivamente la nave de la viga y un granero (Imagen 508).

Imágenes 506 y 507. Hacienda El Rulo, Lebrija, Sevilla. Imagen 508. Hacienda Los Ángeles, Alcalá de Guadaira, Sevilla.



Imágenes 506 y 507. Hacienda El Rulo, Lebrija, Sevilla. Imagen 508. Hacienda Los Ángeles, Alcalá de Guadaira, Sevilla. Fuente: Multimedia Cortijos, Haciendas y Lagares, Junta de Andalucía, Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio.

También se observan galerías o corredores bordeando los patios, los cuales actúan como porches o espacios de transición, donde se reciben los flujos provenientes del exterior en su aproximación hacia los señoríos; éstos porches realzan y le confieren jerarquía a los accesos de estas edificaciones, al tiempo que funcionan como espacios de permanencia desde los que se puede entrar en contacto con la vida cotidiana de estas haciendas y cortijos (Imágenes 509 y 510).

Imagen 509. Hacienda de San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla. Imagen 510. Cortijo San José de Buena Vista o La Cascajera, Coria del Río, Sevilla.



Imagen 509. Hacienda de San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla. Imagen 510. Cortijo San José de Buena Vista o La Cascajera, Coria del Río, Sevilla. Fuente: Multimedia Cortijos, Haciendas y Lagares, Junta de Andalucía, Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio.

También es recurrente la existencia de patios con galerías perimetrales al interior de los señoríos, que pueden llegar a estar presentes en los cuatro lados de

estas áreas libres en su función de banda de circulación y como filtros de agentes climáticos como la radiación, la luz, la lluvia y la ventilación. Además, estos patios son la expresión más concreta de la vida íntima que llegan a desarrollar estas particulares edificaciones y una muestra palpable del aislamiento y de la independencia que los señoríos han logrado generar, con relación a las demás actividades que se dan en el “caserío” (Imágenes 511, 512, 513 y 514).

Imagen 511. Cortijo San José de Buena Vista o La Cascareja, Coria del Río, Sevilla.
Imagen 512. Hacienda San Miguel de Montelirio o del Hospicio, Dos Hermanas, Sevilla.
Imagen 513. Hacienda de San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla. Imagen 514.
Hacienda Benazuza, San Lucar La Mayor, Sevilla.





Imagen 511. Cortijo San José de Buena Vista o La Cascareja, Coria del Río, Sevilla. Imagen 512. Hacienda San Miguel de Montelirio o del Hospicio, Dos Hermanas, Sevilla. Imagen 513. Hacienda de San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla. Imagen 514. Hacienda Benazuza, San Lucar La Mayor, Sevilla. Fuente: Multimedia Cortijos, Haciendas y Lagares, Junta de Andalucía, Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio.

Del mismo modo, estos patios y sus corredores, con el retraimiento que hacen de su contexto productivo y que los convierte en universos con vida propia, en componentes fundamentales de la forma, de la espacialidad y de las funciones del señorío, ponen de manifiesto el vínculo existente con las viviendas presentes en los pueblos y ciudades andaluzas, de manera similar a como la villa rústica romana de funciones compuestas, establecía la conexión a través de sus peristilos y otros espacios de naturaleza urbana, con la Domus presente en la metrópoli. En dirección de la presente reflexión, vale la pena referirse al siguiente texto del arquitecto Carlos Martí:

...la cultura romana insiste siempre sobre algunos tipos, algunas ideas de arquitectura que, al materializarse, desarrollan un inagotable repertorio de

variaciones. La casa romana está sujeta también a ese mismo principio, solo que la repetición en el tiempo se acompaña, en este caso, de una repetición en el espacio. Este es un fenómeno recurrente en todas las épocas: la casa del hombre, en una determinada cultura, es siempre semejante, aunque distinta a las otras casas (1993, p. 97).

Se establece entonces cómo las galerías o corredores, bajo las configuraciones estudiadas, incentivan el volcamiento de las dinámicas espaciales hacia el interior de los caseríos, ratificando su espíritu introvertido. Casi la totalidad de los componentes construidos de estos conjuntos, presentan una morfología cerrada respecto del entorno y una distribución centrípeta alrededor de una serie de patios que tienen como propósito brindar apoyo desde sus diferentes especialidades a las actividades de la explotación agrícola y pecuaria. También se deduce que los segmentos correspondientes a los señoríos son los únicos componentes del caserío que rompen con los patrones observados, gracias a la incorporación de dispositivos espaciales por medio de los cuales entablan un diálogo con su entorno productivo y con el paisaje resultante de sus dinámicas.

De ahí que se encuentren en los edificios correspondientes a los señoríos, porches abiertos hacia el entorno rural que sirven como filtros para la aproximación peatonal, como medio de acceso, a la vez que como espacios de estancia para el disfrute de las visuales cercanas y lejanas (Imágenes 515 y 516). También se desarrollan porches con la finalidad explícita de permanencia, que actúan como transición entre las áreas sociales de estas edificaciones y las áreas exteriores (Imágenes 517, 518 y 519). En ambos casos, estos porches actúan como extensiones del interior de los señoríos sobre el medio circundante, lo mismo que como espacios propicios para la observación y la contemplación del paisaje rural.

Imagen 515. Finca Isla Mínima, Puebla del Río, Sevilla. Imagen 516. Molino de Peñas Tristes, Marchena, Sevilla. Imagen 517. Cortijo de Alcaudete, Carmona, Sevilla. Imagen 518. Hacienda El Coto, Morrón de la Frontera, Sevilla. Imagen 519. Hacienda Adavaque, Carmona, Sevilla.





Imagen 515. Finca Isla Mínima, Puebla del Río, Sevilla. Imagen 516. Molino de Peñas Tristes, Marchena, Sevilla. Imagen 517. Cortijo de Alcaudete, Carmona, Sevilla. Imagen 518. Hacienda El Coto, Morrón de la Frontera, Sevilla. Imagen 519. Hacienda Adavaque, Carmona, Sevilla. Fuente: Multimedia Cortijos, Haciendas y Lagares, Junta de Andalucía, Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio.

Del igual modo, se identifican porches en los primeros niveles acompañados de galerías paralelas sobre la segunda planta, que irrumpen en medio de fachadas en las que prima el plano lleno sobre el vacío, lo que indica el intimismo y la marcada preferencia por la vida interior (Imagen 520); también se observan, aunque con menos frecuencia, galerías en ambas plantas ocupando la totalidad del plano de fachada, las cuales se desarrollan como una cinta neutra frente a los espacios que conforman el volumen, sin generar rupturas o jerarquías que diferencien dichos espacios entre sí (Imagen 521).

Imagen 520. Hacienda Guzmán, La Rinconada, Sevilla. Imagen 521. Casa o Huerta de Lebrena, La Rinconada, Sevilla.



Imagen 520. Hacienda Guzmán, La Rinconada, Sevilla. Imagen 521. Casa o Huerta de Lebrena, La Rinconada, Sevilla.
Fuente: Multimedia Cortijos, Haciendas y Lagares, Junta de Andalucía, Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio.

Es importante tener en cuenta cómo las villas romanas alcanzan en su desarrollo formal, algo que posteriormente los autores de las almunias hispanomusulmanas no tienen como su principal propósito, y más adelante las haciendas, cortijos y lagares consiguen de una manera tímida, como fue entablar un franco contacto visual con el paisaje rural circundante. Para ello, recurrieron a la utilización de ciertos recursos arquitectónicos; las villas rústicas de funciones combinadas y las villas marítimas a los pórticos o logias ubicados sobre gran parte de sus perímetros, y los señoríos de las explotaciones agrícolas andaluzas a los

porches y galerías dispuestos sobre segmentos de las fachadas que orientan hacia el exterior de los caseríos.

Estas galerías o corredores terminan constituyéndose en patrones que se transfieren a Hispanoamérica, impactando la morfología de las diferentes arquitecturas que se producen en este ámbito, no siendo la Nueva Granada la excepción. Sin embargo, es importante hacer énfasis en que estas arquitecturas no se producen de la misma manera, por lo que dependiendo de las condiciones geográficas, culturales y económicas primordialmente, generan rasgos que las diferencian de manera notable.

Este es el caso de la arquitectura de las haciendas en la Nueva Granada, que no alcanzaron los grados de refinamiento formal y estético, ni las calidades constructivas y dimensiones, que por ejemplo alcanzaron las haciendas de los inmensos latifundios mexicanos, quizás los de mayor calado que se dan en Hispanoamérica durante la colonia española. El doctor Ramón M. Serrera, refiriéndose a la hacienda mexicana que se da entre los siglos XVII y XVIII, plantea que son:

Cortes rurales cuyos cascos principales son auténticos palacios en los que se establece una clara diferenciación de espacios: área de señorío con sus dependencias (fachada, salones, dormitorios, oratorio privado, patio central con arcadas, galerías altas, etc.) y área de servicios con cocheras, soberados, trojes, almacenes, establos, cuadras, talleres, gañanía, cocheras, herrería, abrevaderos, calabozos (2002, p. 223).

Lo anterior se plantea para ilustrar la distancia existente entre la arquitectura de las haciendas neogranadinas y las haciendas, cortijos y lagares andaluces, a partir de la gran cercanía de estos últimos con las haciendas mexicanas, desde los puntos de vista de su extensión, composición y morfología. A este respecto, el arquitecto Germán Téllez dice que:

No es difícil ver en los cortijos andaluces los antecesores de las grandes haciendas mexicanas, pero entre los primeros y las casas de hacienda Neogranadinas tal cosa es más vaga y difícil. Las casas urbanas, de construcción popular anónima que aún hoy se observan en España, desde Madrigal de las Altas Torres, en plena Castilla, hasta Sanlúcar de Barrameda, en la costa andaluza, son, no los antecedentes sino **lo mismo**, en esencia, que la arquitectura rural Neogranadina. No constituyen, en el fondo, antecedentes, en el sentido estricto de la palabra – en muchos casos resultan coetáneas – puesto que entre unos y otros no hay evolución tecnológica o estilística, digna de mención (1998, p. 23).

De otro lado, la casa de hacienda de la Nueva Granada toma como base el acervo arquitectónico y constructivo presente en la arquitectura popular del suroeste español y lo adapta a las condiciones locales, siendo el sustento que alrededor de la segunda mitad del siglo XVII permite dar curso a la construcción de unidades básicas de habitación, austeras, sin ningún tipo de ostentación ornamental o estilística, y compuestas inicialmente por espacios para el albergue de peones, de los mayordomos y sus familias, algunos depósitos y alguno que otro espacio para las eventuales visitas del propietario; en cuanto a la cocina, esta se encontraba separada de la construcción principal.

Estas unidades básicas continúan siendo objeto de mejoras, concernientes a la adición de espacios o a la anexión de cuerpos completos a los bloques inicialmente constituidos, en razón de las necesidades de habitación humana que iban surgiendo o por requerimientos de las diferentes formas de producción agrícola o pecuaria que redundaban en la construcción de establos, pesebreras, trapiches, hornos o depósitos, entre otros. También se construyeron edificaciones nuevas de carácter exento, acordes con las afinidades y gustos de sus dueños, como es el caso de capillas, baños de inmersión, etc. (Imagen 522).

Imagen 522. Óleo casa hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca.

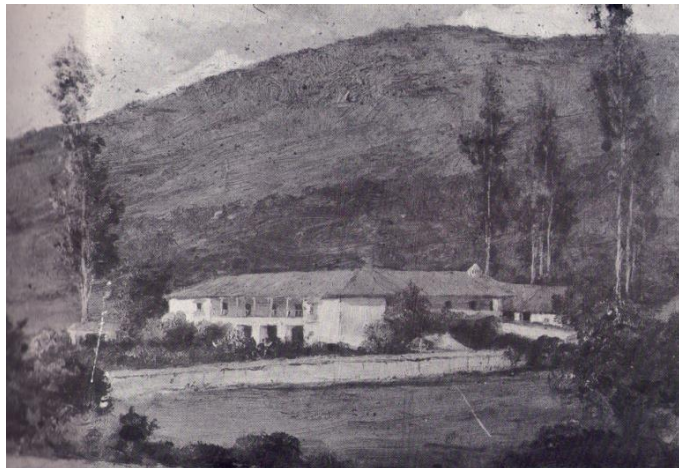


Imagen 522. Óleo casa hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca. Autor: Jesús M. Zamora (1923). Fuente: Libro Crítica e Imagen, Germán Téllez.

Estas edificaciones, ya con un programa arquitectónico plenamente desarrollado, son una realidad alrededor del siglo XVIII, y se diseminan por el territorio neogranadino obedeciendo las siguientes lógicas:

Un rápido examen de las más antiguas haciendas en el Valle del Cauca, ponen de manifiesto las galerías periféricas en el edificio principal, tanto en el primer piso como en el segundo nivel. Esto mismo ocurre en el altiplano cundiboyacense, en el cual con preferencia se llega a la conformación de un edificio con patio interior, esta solución se extiende a otras áreas frías o de clima medio en Santander (Corradine, 1989, p. 222).

En este momento, constatamos la existencia de varios tipos de corredor, el primero correspondiente a una banda de circulación abierta hacia el paisaje circundante, que se desarrollaba sobre varios o todos los lados de un volumen usualmente rectangular o de forma compuesta a manera de “L” o “U” (Imagen 523).

Imagen 523. Hacienda Cañas Gordas, Cali, Valle del Cauca.



Imagen 523. Hacienda Cañas Gordas, Cali, Valle del Cauca. Fuente: <http://www.colombia.com/turismo/sitios-turisticos/cali/sdi212/53292/hacienda-canas-gordas>.

En cuanto a los restantes tipos de corredor, estos se encontraban asociados a casas de patio, en las que debido a sus esquemas espaciales introvertidos alrededor de este espacio central, se producía una relación tímida con el entorno, que quedaba manifiesta en tramos de galería desarrolladas siguiendo uno de los lados del volumen arquitectónico y en camarines –tramo de corredor acristalado que permitía el disfrute del paisaje bajo el cobijo del espacio interior– (Imagen 524), o en balcones corridos que funcionaban como estancias más de permanencia que de circulación, aptas para la contemplación de las visuales cercanas y lejanas (Imagen 525).

Imagen 524. Casa hacienda Suescún, Sogamoso, Boyacá. Imagen 525. Casa hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca.





Imagen 524. Casa hacienda Suescún, Sogamoso, Boyacá. Imagen 525. Casa hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca.
Fuente: Libro Crítica e Imagen, Germán Téllez.

Igualmente, la idea de un corredor perimetral rodeando un volumen o alrededor de un patio interior, se encuentra íntimamente asociada al medio donde se emplaza la hacienda. Las casas con patios interiores se desarrollaron de forma recurrente en climas fríos, mientras que las que presentan corredores abiertos bordeando su contorno es común encontrarlas en los climas cálidos:

Sobre la localización y carácter general de la arquitectura de las casas de hacienda de climas cálidos cabe hacer las mismas observaciones generales formuladas con anterioridad para las situadas en altiplanicies andinas. Pero resulta obvio que el clima tropical haría necesarias algunas adaptaciones, partiendo de los esquemas tradicionales ya practicados en tierras frías: Mayor altura interior en los recintos, mayor énfasis (aunque no como regla general) sobre el uso de corredores periféricos abiertos, y variaciones de detalle en el uso de maderas tropicales para carpintería, (puertas y ventanas) así como para armadura de cubiertas (Téllez, 1998, p. 50).

Se entiende entonces cómo durante la colonia hispánica en las regiones cálidas de la Nueva Granada, se difundió la utilización de galerías o corredores sobre parte o toda la longitud de los costados de cada nivel de las casas de hacienda. Estos funcionaban como dispositivos de circulación que se desplegaban de manera neutra, sin jerarquizar o hacer énfasis sobre alguno de los espacios que integraban la edificación (Imágenes 526 y 527). Simultáneamente, los corredores servían para iluminar y ventilar los espacios interiores, los cuales tenían como premisa su organización lineal y constituían un filtro indispensable para relacionar interior y exterior de una manera controlada (Imágenes 528 y 529).

Imagen 526. Hacienda La Concepción, Amaime, Valle del Cauca. Imagen 527. Hacienda Calibio, Popayán, Cauca. Imagen 528 y 529. Hacienda Piedechinche, Valle del Cauca.





Imagen 526. Hacienda La Concepción, Amaime, Valle del Cauca. Imagen 527. Hacienda Calibío, Popayán, Cauca. Imagen 528 y 529. Hacienda Piedechinche, Valle del Cauca. Fuentes:
<http://www.federicofotografo.com/portfolio/uncategorized/iglesias/> - <http://www.periodicolacampana.com/se-conmemoran-200-anos-de-la-batalla-de-calibio/> - <http://www.federicofotografo.com/portfolio/uncategorized/iglesias/> - <http://www.panoramio.com/photo/27990075>

Igualmente, los corredores cumplían la función de conducir los flujos hacia los espacios principales, salones usualmente, de los que se desprendían ejes internos que interconectaban la sucesión de estancias, las cuales dependiendo de su importancia presentaban comunicación con el corredor por puertas de gran tamaño, que permitían la prolongación del espacio interior sobre la banda de circulación externa (Imagen 530). Este mismo esquema de circulación se repetía en los segundos niveles, alimentado por una escalera ubicada sobre alguna de las galerías perimetrales (Imagen 531).

Imagen 530 y 531. Casa hacienda Calibio, Popayán, Cauca.

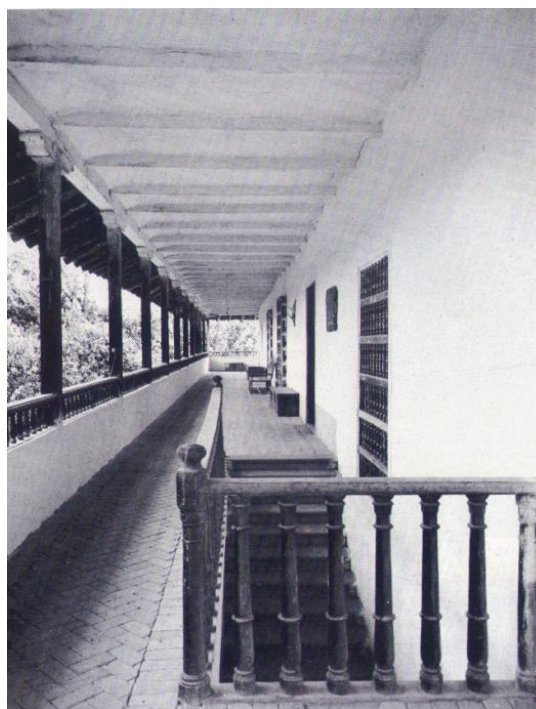


Imagen 530 y 531. Casa hacienda Calibio, Popayán, Cauca. Fuentes: <http://www.panoramio.com/photo/85352472> - Libro Crítica e Imagen, Germán Téllez.

Son precisamente estos volúmenes de forma prismática simple a manera de una “I”, o compuesta con formas en “L” y en “U”, con corredores abiertos en sus perímetros, los que se diseminaron por las tierras de clima cálido de la Nueva Granada, en particular por provincias como Antioquia o Cauca, de las que provendrían a finales del siglo XVIII, a lo largo de todo el siglo XIX y a comienzos del XX, la mayoría de las gentes que poblaron el centro occidente de Colombia. Estas trajeron consigo las imágenes y los referentes de la arquitectura que se había desarrollado en el medio rural bajo el dominio hispánico, y que se constituye en una de las cimientos que fecunda el nacimiento de la arquitectura regional bahareque presente en las zonas rurales de esta región, tras la fusión que experimentaron dichos esquemas arquitectónicos con los materiales y las técnicas constructivas autóctonas de origen indígena.

3.3.2 El corredor como elemento estructurante en las tipologías rurales de la arquitectura regional de bahareque

El medio rural, como se ha podido comprobar en diferentes apartes de este texto, constituyó la base sobre la que se cimentó el proceso de consolidación de los diferentes poblados y, en general, el desarrollo de la región centro occidental de Colombia durante el siglo XIX. Para ello, sus habitantes debieron superar diferentes etapas dentro de un proceso de largo aliento, que empezaba en el momento en que tomando como punta de lanza un poblado, se adentraban por un territorio para observar sus características, cotejarlas con sus requerimientos y después tomar posesión de un sitio, el cual dependiendo de la geomorfología imperante, correspondía con alguno de los cinco tipos básicos de emplazamiento analizados anteriormente: el primero sobre pequeños valles intramontanos, el segundo sobre media ladera, el tercero sobre pequeñas terrazas u ombreras ubicadas en ladera, el cuarto sobre las cuchillas de las montañas y finalmente, uno que se desarrolla sobre pequeñas mesetas en relieves colinados.

Para ese momento inicial del asentamiento en el emplazamiento seleccionado, estos pioneros requirieron de una arquitectura que podemos calificar de temporal, que les permitió instalarse e iniciar el proceso de apropiación del lugar: “Una vez explorada y adentrada la zona, venían los preparativos, para sembrar rozas; casi siempre salteadas y alrededor de una primitiva vivienda” (Jaramillo, 1987, p. 42). Es importante insistir cómo, en este estadio de desarrollo, la preocupación se centraba en sacar todo el provecho posible de la tierra, por lo que la vivienda era un asunto secundario; lo que tenían en frente era un medio agreste, con todas las potencialidades, al que tenían que dominar para hacerlo productivo y garantizar su subsistencia.

Iniciaban pues la conversión de ese segmento del espacio geográfico en territorio y en lugar, ubicando como elemento fundante del emplazamiento la casa,

una sencilla construcción elaborada con materiales del sitio –guadua, madera, bejucos y tierra–, compuesta por un solo espacio o unos pocos en hilera sin diferencia alguna, además por cerramientos y un techo improvisados, que recibieron el nombre en la región de casas de “vara en tierra” (Muñoz, 2012), comparables con la primera vivienda rural que se produce durante la colonia hispánica en la Nueva Granada, en la que se fundían:

...las experiencias propias del grupo cultural indígena y los ajustes a algunos patrones formales hispanos. De los primeros, el empleo de los materiales naturales del lugar, la ausencia de ventanas, la utilización de un sólo vano para el ingreso... las dimensiones modestas de todos los elementos, y de los segundos, la utilización de la planta rectangular (Corradine, 1989, p. 222).

De esta manera se genera un tipo elemental de vivienda, que garantiza inicialmente la estadía del colono y su familia en unas condiciones decentes de habitabilidad, mientras se dedica al desmonte del bosque nativo para dar inicio a la siembra de los primeros cultivos. Beatriz García, refiriéndose a este primer momento del asentamiento de los fundadores del municipio de Sevilla, en el norte del departamento del Valle del Cauca, relata lo siguiente:

...eran familias en el exilio en busca de un lugar donde vivir; por ello al encontrar estos terrenos que consideraban baldíos tomaban un pedazo de tierra y allí empezaban el trabajo de montar la finca, para lo cual se hacía necesaria la colaboración de todos sus miembros. Esto justificaba y hacía necesario que las familias, además de numerosas, estuvieran lo suficientemente unidas y organizadas para desarrollar la tarea común de explotación de la tierra (1995, p. 32).

Se cultivaban entonces la sementera⁵⁹ y la roza⁶⁰, se sembraba el huerto, se continuaba quitando espacio al monte para la plantación de los pastos donde se apacentarían las vacas y los caballos, se construían corrales para la crianza de aves y porquerizas para el engorde de cerdos, mientras que en paralelo se garantizaban elementos vitales para los habitantes de estas fincas, como el agua.

⁵⁹ Sementera es el nombre que recibe el área donde se siembran y cosechan cultivos como el plátano, la caña de azúcar y la yuca.

⁶⁰ Por su parte, la roza corresponde a los cultivos de maíz y frijol.

Esta, en muchos casos, se tomaba directamente del nacimiento o de la quebrada usualmente al lado de la casa, o se conducía de los cauces ubicados a cierta distancia por medio de canales elaboradas en guadua⁶¹. La guadua es un elemento vegetal que jugó un papel determinante en la vida cotidiana de aquella sociedad preindustrial, entonces caracterizada por sus grandes limitaciones, facilitando la materia prima con la que las mismas personas elaboraban muchos de los elementos necesarios para su supervivencia:

... los colonos encontraron a porrillo la guadua, especie de bambú gigantesco. Y la utilizaron para hacer sus casas, sus camas, los instrumentos musicales, la banqueta, la tapia del fogón, el aparador, el tarro de sal, el cedazo, el parapeto para la piedra de moler, los burros típicos para el juego de los niños, la trampa para las perdices, el horcón del patio donde amarrar la vaca recién parida, las estacas y talanqueras del potrero, las canoas que conducen el agua limpia desde la acequia, el lavadero, la puerta de trancas, la troje, las jaulas, la cuna del recién nacido, la barbacoa o parihuela para el muerto, la cruz del cementerio campesino. En suma: la guadua fue y ha sido el soporte de aquella raza, el símbolo de la civilización en dichas tierras como la porcelana en Asia, la piedra en Europa, el hierro y el cemento en los Estados Unidos (Buitrago, 2011, p. 71).

Avanza el siglo XIX y la vida del colono y su familia adquieren estabilidad; de la condición trashumante propia del inmigrante, pasan a la de habitantes permanentes, propietarios con arraigo y pertenencia al lugar, situación que se representa, entre otros aspectos, en el paso de una fase inicial de autoconsumo en la producción agrícola y pecuaria, a otra de generación de excedentes, lo cual les permite salir e intercambiar sus productos por víveres y otros elementos de primera necesidad.

En estas condiciones, las fincas y la vida misma del colono se transforman; aspectos como su dieta se ve complementada con víveres que llegan de lugares distantes, su trabajo se hace más eficiente al tener herramientas adecuadas, acceden a ropa confeccionada en ciudades como Medellín, todo gracias a la arriería y a la red de caminos derivada del nascente comercio. Por su

⁶¹ Por su forma cilíndrica el tallo de la guadua se abría en dos secciones a las cuales se les quitaban los nudos, convirtiéndose en eficientes canales para conducción de agua.

parte, la vivienda es objeto de ampliaciones, adicionándose habitaciones independientes para la familia y espacios para depósito de herramientas y para almacenamiento de productos como panela⁶², maíz y frijol, antes de su venta:

...en la primera mitad del siglo XIX, algunos comerciantes ubicados en los centros principales de abastecimiento: Sonsón, Abejorral, Rionegro y Medellín obtenían pingües ganancias mediante la compra de productos procedentes del frente colonizador como maíz, madera o cerdos que los colonos vendían a cambio de las mercancías requeridas por éstos para su supervivencia, las cuales iban desde las herramientas hasta la ropa, el chocolate, la sal, etc. (Álvarez, 1987, pp. 130-131).

Ya en el último cuarto del siglo XIX, se observa un viraje en los aspectos productivos que pone en un segundo plano la tradicional producción de maíz, frijol, plátano, panela y la ceba de cerdos, entre otros productos, frente al auge de la siembra de café, cultivo que empieza a proliferar por un territorio de montaña antes desdeñado por los grandes capitales, poniéndolo en valor. Llegan las primeras décadas del siglo XX y el aumento exponencial de la exportación del grano a Estados Unidos y en particular al mercado europeo, termina impactando hasta la economía de los pequeños caficultores, que durante el siglo XIX en esta región, habían estado dedicados a las prácticas agropecuarias antes observadas:

Los colonizadores desarrollaron inicialmente una agricultura de roza y quema, similar a la que se practicaba en otras regiones del país, y algunas actividades comerciales suplementarias (engorde de cerdos, g.uaquería, etc.). El café no hizo parte importante de este proceso, incluso en las regiones de poblamiento tardío (el Quindío), ya que su largo período de gestación no se adaptaba a los requerimientos del proceso de colonización. No obstante, a comienzos del siglo XX el cultivo del grano se expandió rápidamente en las pequeñas y medianas propiedades que se habían desarrollado en la región... (Ocampo, 1989, p. 224).

Este efecto positivo en la economía de las gentes se traduce en la satisfacción de muchas necesidades, entre ellas la relacionada con la vivienda, lo que da pie a un paulatino proceso de sustitución de las elementales casas de

⁶² Comestible derivado de la caña de azúcar, utilizado para muchos propósitos, en especial para la elaboración de la "Agua de Panela", bebida caracterizada por su alto poder energético y por ser parte fundamental de la dieta en la región cafetera del centro occidente de Colombia.

carácter temporal en muchos casos convertidas en permanentes, debido a las mejoras efectuadas durante su vida útil, y que habían acompañado durante gran parte del siglo XIX los periodos de gestación y consolidación productiva de las fincas. Asimismo, se genera el escenario en los albores del siglo XX, para la construcción de viviendas nuevas en predios rurales de reciente constitución, resultado de la mutación de predios de mayor tamaño en otros de menor área, o de procesos de colonización tardía como los que se dan en los actuales departamentos del Quindío o en el norte del Valle del Cauca, todo ello inscrito dentro de la fase de “caficultura campesina” que define Marcos Palacios en la siguiente cita de Fonseca y Saldarriaga:

Marcos Palacios (1979:348) determina la existencia de tres fases distintas en la caficultura colombiana. Una primera fase llamada de “haciendas”, entre 1870 y 1910. Una segunda fase, de caficultura campesina, entre 1910 y 1950. Y una fase tercera empresarial, a partir de 1950. La duración de la segunda fase indica cómo la mayor importancia económica del café en el desarrollo industrial del país, correspondió con el auge de las pequeñas propiedades, especialmente en los departamentos de Antioquia y Caldas (1984, p. 46).

Esta fase de caficultura campesina ubicada entre los años 1910 y 1950, sirve de marco temporal a la realidad arquitectónica que se constituye en las áreas rurales de los departamentos que integran el PCC y que hoy, en pleno siglo XXI, podemos observar en muchos casos en su completa integridad, no solamente en lo correspondiente al gran segmento de la vivienda que se construye en el minifundio durante este periodo, sino también la que se realiza en la mediana propiedad y en las fincas de gran extensión o haciendas, no obstante esta última forma de tenencia se presente en una proporción mucho menor que las otras dos, y hayan podido ser objeto del proceso de sustitución aludido anteriormente de una manera más temprana.

Es así como durante las últimas décadas del siglo XIX, en las haciendas se construyen casas de habitación de las que se han encontrado unidades

completamente construidas en tapia o combinadas con tapia en el primer piso y bahareque en el segundo, sistema constructivo combinado al que se la ha dado la denominación de “estilo temblorero” (Muñoz, 2012), y que sirve de preámbulo a la construcción de casas completamente en bahareque. Este proceso que se da gracias a que este tipo de explotaciones agropecuarias había logrado su viabilidad económica antes del periodo de caficultura campesina definido por Palacios, y disponían de los recursos económicos que les permitió hacerse a los mejores materiales, a mano de obra calificada y por consiguiente, a unas edificaciones de gran factura.

Se perfecciona entonces en los albores del siglo XX un modelo de vivienda rural, que se madura durante la segunda mitad del siglo XIX, consistente en edificaciones construidas totalmente en bahareque de tierra embutida, enchinado y de tabla –sistema constructivo que recibió mejoras desde el punto de vista técnico por los maestros carpinteros a partir de la experiencia prehispánica–, que adoptaron las formas de las tipologías de corredor perimetral abierto en torno a cuerpos de bloque único a manera de “I”, o compuestos en “L” o en “U”, las cuales alcanzaron gran difusión en tierras de clima cálido de la Nueva Granada, durante la colonia hispánica (Corradine, 1989; Tellez, 1998).

Los esquemas de distribución arquitectónica y de organización volumétrica de las casas de hacienda neo-granadinas son invariablemente de carácter prismático simple. Van de la elemental hilera de recintos no diferenciados en carácter o función específica, bordeados por un corredor perimetral abierto.... Los esquemas dispuestos en L o en U, es decir, conformando parcialmente un espacio interior, abundan, puesto que son intermedios entre los límites ya expresados (Téllez, 1998, p. 26).

De esta manera y asociadas a las tres formas en que se presenta la propiedad rural, minifundio, mediana extensión y gran dimensión, las tipologías que desarrolló la arquitectura regional de bahareque con sus denominadas “formas de número” en “I”, en “L” y otras menos comunes a manera de “U”, “T” o

“F”, –todas producto de la flexibilidad modular que ofrece la reproducción de los cuadros y los bloques que se configuran por sumatoria–, se genera una serie de rasgos característicos sobre los que es preciso entrar a realizar algunas consideraciones.

Cabe observar entonces cómo las dimensiones de la casa del minifundio (Imagen 532) son menores con relación a las de la finca mediana (Imagen 533), o las de la hacienda (Imagen 534) –sintetizando las denominaciones utilizadas hasta el momento, seguiremos llamando fincas medianas a las de mediana extensión y haciendas a las fincas de gran dimensión–, resultado de una economía de costos que también se refleja en la calidad de su elaboración, que en muchos casos no es la mejor debido a la utilización de materiales y mano de obra de menor calidad; sin embargo, esta pequeña dimensión de la casa del minifundio no hace que varíe su forma, que en esencia es la misma para las viviendas de los tres tipos de propiedad rural: prismas rectangulares sencillos o compuestos, con corredores abiertos rodeando todo o parte del perímetro, ambos coronados por techos de teja de barro con aleros cubriendo sus contornos.

Imagen 532. Casa finca El Cafetal, Filandia, Quindío. Imagen 533. Casa finca Las Delicias, Caicedonia, Valle del Cauca. Imagen 534. Casa finca La Equis, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.





Imagen 532. Casa finca El Cafetal, Filandia, Quindío. Imagen 533. Casa finca Las Delicias, Caicedonia, Valle del Cauca. Imagen 534. Casa finca La Equis, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuentes: Inventario de patrimonio arquitectónico rural, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia - Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle - Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Esta diferencia de tamaño entre la casa de bahareque del minifundio y sus homólogas presentes en la finca mediana y la hacienda, se debe en gran parte a la configuración y a la cantidad de los “cuadros” que intervienen en la modulación de sus espacios; en el caso del minifundio se caracterizan por ser más pequeños y por presentarse en una menor cantidad —en una casa de bahareque, urbana o rural, cada cuadro es equivalente a un espacio—; del mismo modo, esta diferencia de tamaño entre la casa del minifundio (Imagen 535) y los otros dos tipos de vivienda rural contruidos en bahareque (Imagen 536), se concreta en su menor altura, lo que unido al tamaño y la cantidad de los cuadros, produce una volumetría de menores dimensiones, pero en la que se conserva la proporción de los diferentes elementos que intervienen en la composición de su forma.

Imagen 535. Casa finca Nebraska, Ulloa, Valle del Cauca. Imagen 536. Casa finca Campoalegre, Calarcá, Quindío.



Imagen 535. Casa finca Nebraska, Ulloa, Valle del Cauca. Imagen 536. Casa finca Campoalegre, Calarcá, Quindío. Fuentes: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle - Inventario de patrimonio arquitectónico rural, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

Esta disminución en las dimensiones de la volumetría modifica el tamaño de los vanos –puertas y ventanas–, al igual que la sección de los corredores, por lo que de los 2 metros que usualmente miden estos en las casas de las fincas medianas o en las haciendas (Imagen 537), en la casa del minifundio se ha podido constatar cómo su sección puede llegar a oscilar entre 1,20 y 1,50 metros (Imagen 538), haciendo menos holgada la posibilidad de permanecer y de circular simultáneamente, como si es posible en los corredores de las fincas medianas o de las haciendas.

Imagen 537. Casa finca La Palma, Marsella, Risaralda. Imagen 538. Casa finca Oasis, Filandia, Quindío.

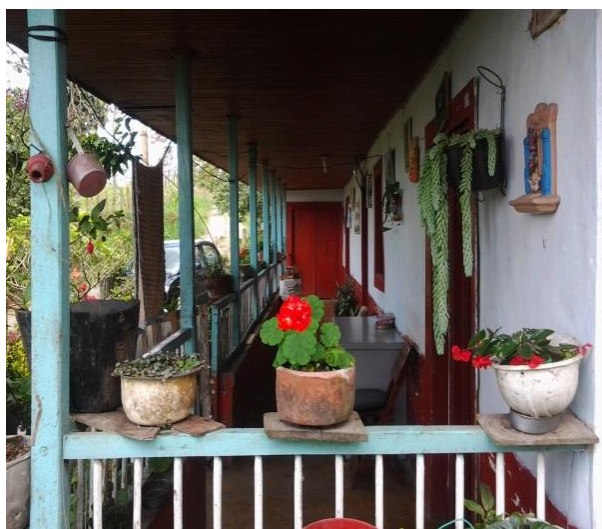


Imagen 537. Casa finca La Palma, Marsella, Risaralda. Imagen 538. Casa finca Oasis, Filandia, Quindío.
Fuentes: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.
Inventario de patrimonio arquitectónico rural, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

Otro rasgo sobre el que es importante enfatizar, es la recurrencia con que se presenta el corredor envolviendo la totalidad o gran parte de los volúmenes que integran las casas de las fincas medianas o de las haciendas (Imagen 539),

mientras que en la vivienda del minifundio lo común es encontrarlo solo sobre uno de los lados de los volúmenes que integran las diferentes tipologías (Imagen 540); en la tipología con forma de “I” de las casas presentes en los minifundios, el corredor se presenta de una manera parcial sobre la cara en que se ubica el acceso y en la forma de “L”, sobre los dos flancos que configuran el espacio semicerrado adyacente.

Imagen 539. Casa finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Imagen 540. Casa finca La Arboleda, Valle del Cauca.



Imagen 539. Casa finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Imagen 540. Casa finca La Arboleda, Valle del Cauca. Fuentes: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico - Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

En este punto de la discusión es necesario comentar cómo para los efectos de la presente investigación, se tomó una muestra de ochenta y cinco inmuebles rurales en municipios de los departamentos de Caldas, Quindío,

Risaralda y Valle del Cauca⁶³, ubicadas en 22 minifundios, en 44 fincas medianas y en 19 haciendas, las cuales se consideran representativas de los valores morfológicos, espaciales y funcionales característicos de la arquitectura regional de bahareque.

Es así como en el minifundio se encontró un marcado predominio de la tipología con forma de bloque único o “I” con 21 casas, o sea el 95,45%; en tanto, en la tipología con forma de “L” se pudo identificar 1 casa equivalente al 4,54%; por su parte, en el segmento de las fincas medianas se identificó un predominio de la tipología en “L” con 25 viviendas equivalentes al 56,8%, seguidas de la tipología en “I” con 18 viviendas correspondientes a un 40,9% y por último, una vivienda con tipología en “F” con el 2,27%; en cuanto a las haciendas, se observa una marcada recurrencia de la “forma de número” en “L” con 10 edificaciones equivalentes al 52,6%, seguida de la tipología en “I” con 6 edificaciones correspondientes al 31,6%, teniendo las tipologías compuestas en “U”, en “F” y en “T”, con una edificación cada una, un porcentaje del 5,26% respectivamente.

Lo anterior permite inferir cómo las tipologías compuestas por su mayor complejidad y tamaño demandaban más recursos técnicos y económicos para su construcción, al igual que mayor área preferiblemente plana –en medio de una topografía en su mayoría pendiente–, que las de bloque único, lo que hacía menos popular su utilización en el minifundio y más marcada su relación con las fincas medianas y las haciendas.

Adicionalmente, se debe considerar la cantidad de pisos o niveles de las casas que hacen parte de la muestra con relación al tipo de propiedad donde se ubican: en el minifundio se identificaron 19 casas de un piso y 3 de dos, en las

⁶³ Se parte para la realización de este análisis de los inventarios de arquitectura rural de bahareque realizados en el Zona Principal del PCC, por la Facultad de Arquitectura de la Universidad La Gran Colombia, sede Armenia bajo la dirección de la Maestra en Artes Pláticas Gloria Inés Duque, por la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Católica de Pereira dirigido por el arquitecto Jorge Enrique Osorio Velásquez, y por el CITCE de la Facultad de Artes Integradas de la Universidad del Valle, bajo la dirección del arquitecto Ricardo Hincapié Arístizabal.

fincas de mediana extensión 34 casas de un piso y 10 de dos, mientras en las haciendas la muestra arrojó un resultado de 9 casas de 2 pisos y 10 de uno (Cuadro No.4).

Cuadro No. 4. Estadístico casas de fincas base del estudio.

CUADRO ESTADÍSTICO CASAS DE FINCAS BASE DEL ESTUDIO TIPO DE PREDIO, ALTURA Y TIPOLOGÍAS																								
LOCALIZACIÓN		NOMBRE FINCA	EXTENSION		PISOS		TIPOLOGIA					TIPOLOGIA POR EXTENSION DEL PREDIO												
DEPARTAMENTO	MUNICIPIO	NOMBRE FINCA	MINIFUNDO	MEDIANA	HACIENDA	1 PISO	2 PISOS	I	L	U	T	F	MINIFUNDO		MEDIANA		HACIENDA							
														I	L	I	L	F	I	L	U	T	F	
CALDAS	CHINCHINA	FINCA A		1	1	1																		
		FINCA B		1	1	1																		
		TOTAL PARCIAL	0	0	2	1	1	2	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	2	0	0	0	0	0
		TOTAL FINCAS	2	2	2	2							2						100					2
PORCENTAJE DE CALDAS				100	50	50	100											100						
QUINDIO	ARMENA	FINCA BRUSELAS		1	1	1		1														1		
		FINCA EL PORVENIR		1	1	1										1								
	BUENAVISTA	FINCA EL VERGEL	1		1	1	1							1										
		FINCA CAMPO ALEGRE		1	1	1	1										1							
	CALARCA	FINCA CASA VIEJA		1	1	1	1											1						
		FINCA EL GUAMAL	1		1	1	1							1										
	CIRCASIA	FINCA LA BONITA		1	1	1	1									1								
		FINCA EL CAFETAL	1		1	1	1							1										
	FLANDIA	FINCA CASIS		1	1	1	1							1										
		VILLA ADRIANA		1	1	1	1										1							
	GENOVA	FINCA SAN SIDRO		1	1	1	1										1							
		FINCA MIRAVALLE		1	1	1	1											1						
	MONTENEGRO	FINCA LA BENGALA		1	1	1	1															1		
		FINCA LA BETULIA		1	1	1	1																	
		FINCA VILLA SOLEDAD	1		1	1	1							1										
		FINCA BELLAVISTA		1	1	1	1											1						
	PUAO	FINCA GIBRALTAIR		1	1	1	1											1						
		FINCA LA SECRETA		1	1	1	1							1										
	QUIMBIAYA	FINCA LAS CAMELAS		1	1	1	1											1						
		TOTAL PARCIAL	6	11	17	2	11	6	0	0	0	0	0	0	6	0	5	6	0	0	2	0	0	0
	TOTAL FINCAS			36,8	52,6	10,5	34,7	5,26	57,9	42,1				19				45,5	54,5			100		19
	PORCENTAJES DE QUINDIO													100							100			
RISARALDA	APIA	FINCA EL PARAMO		1	1	1	1																	
		LA CLARA		1	1	1	1											1						
		LA PLANTA		1	1	1	1																	
		LA RISARALDA	1		1	1	1	1									1							
		SAN MARCOS		1	1	1	1																	
	BALBOA	LOS NARANJOS	1		1	1	1							1										
		PEDREGAL	1		1	1	1																	
	BELEN DE UMBRIA	CONFITAL		1	1	1	1											1						
		FINCA A		1	1	1	1					1											1	
		LA DIGALIA		1	1	1	1												1					
		LA VENTANA		1	1	1	1																	
	LA CELIA	LA MIRRA		1	1	1	1											1						
		AGUA LINDA	1		1	1	1							1										
		LA ESPERANZA		1	1	1	1												1					
		LA ESPERANZITA		1	1	1	1													1				
		SAN JOSE		1	1	1	1																	
	MARSELLA	LA ESPERANZA	1		1	1	1							1										
		LA PALMA		1	1	1	1															1		
		EL PORVENIR		1	1	1	1											1						
		LA MICA	1		1	1	1							1										
		SAN LUIS		1	1	1	1																	
	PEREIRA	VALDIVIA		1	1	1	1																	
		FINCA A		1	1	1	1													1				
		LA CAMELIA	1		1	1	1							1										
		VILLA MARIA		1	1	1	1																1	
		BIENOS AIRES		1	1	1	1											1						
	QUINCHIA	LA CHAGRA		1	1	1	1													1				
		EL ROSAL		1	1	1	1											1						
		VILLA FLOR		1	1	1	1																	
		NARANJAL	1		1	1	1							1										
		LA LUCCIA		1	1	1	1																	
	SANTA ROSA	BARLOCHE		1	1	1	1												1					
		CARACOL		1	1	1	1														1			
		EL PASAJE	1		1	1	1	1						1										
		EL SILENCIO		1	1	1	1												1					
		BERLIN		1	1	1	1														1			
		LA EOLIS		1	1	1	1														1			
		LA MIRRA		1	1	1	1															1		
		LA SIRIA		1	1	1	1												1					
		SANTA CLARA		1	1	1	1							1									1	
		LA VIOLETA		1	1	1	1											1						
	SANTUARIO	EL NARANJAL		1	1	1	1																1	
		LA FORTUNA		1	1	1	1												1					
		EL ARENILLO		1	1	1	1																	
		LA EVELIA		1	1	1	1																	
		BRISAS DEL TAMBO		1	1	1	1																	
		LA CABAÑA		1	1	1	1							1										
		LA CAMELIA		1	1	1	1																	
		LA CHAGRITA		1	1	1	1							1										
		LA FRONDOSA		1	1	1	1																	
		SAN CAJETANO		1	1	1	1																	
	TOTAL PARCIAL			14	25	14	36	17	29	21	1	1	1	13	1	12	13	0	4	7	1	1	1	
	TOTAL FINCAS			53	53	53	53						53										53	
	PORCENTAJES DE RISARALDA			26,4	47,1	26,4	67,9	32,1	54,7	39,6	1,88	1,88	1,88	32,85	7,14	46,2	53,8			30,8	69,2	7,69	7,69	
	VALLE DEL CAUCA		FINCA EL EDEN		1	1	1																	
FINCA A				1	1	1													1					
LA QUEBRITA				1	1	1													1					
FINCA LAS DELICIAS				1	1	1																		
FINCA LA ARBOLEDA				1	1	1								1										
NEBRASKA			1		1	1	1							1										
FINCA PLAYA RICA				1	1	1	1												1					
FINCA LA GAVIOTA				1	1	1	1													1				
FINCA C				1	1	1	1														1			
FINCA B				1	1	1	1							1										
FINCA LA RIVERA				1	1	1	1															1		
TOTAL PARCIAL			2	8	10	11	0	3	7	0	0	1	2	0	1	6	1	10	1	0	0	0		
TOTAL FINCAS			11	11	11	11						11										11		
PORCENTAJES DEL VALLE DEL CAUCA			18,2	72,7	9,09	30,9	6,09	27,3	83,6				9,09	100		14,3	85,7			50		50		
TOTAL TODOS LOS DEPARTAMENTOS			22	44	19	65	20	45	36	1	1	2	21	1	18	25	1	6	19	1	1	1		
TOTAL FINCAS					85							85												
PORCENTAJES TOTALES			27,1	59,6	22,4	76,5	23,5	52,9	42,4	1,17	2,35	35,45	4,50	40,9	59,1	2,97	31,6	52,6	5,26	5,26	5,26	5,26		

Es conveniente hacer la salvedad sobre cómo tipologías con un grado mayor de complejidad que las tradicionales “I” o “L”, como son la de “U”, “T” o “F”, y que se ubican en las fincas medianas y en las haciendas, pudieron llegar a desarrollar los cuerpos construidos que las caracterizan. Los realizadores de estas formas, gracias a que no tenían las limitaciones propias de los lotes urbanos con su geometría regular –usualmente rectangular– y sus restringidas dimensiones, pudieron expandir de una manera más libre los cuadros y los cuerpos que integraban dichas tipologías, a partir de la unidad básica que llegó a significar el bloque único con forma de “I”, al que iban sumando prismas perpendiculares a la manera del juego de dominó (Ilustración 22).

Ilustración No. 22. Proceso de configuración de las tipologías en “U”, “T” o “F”.

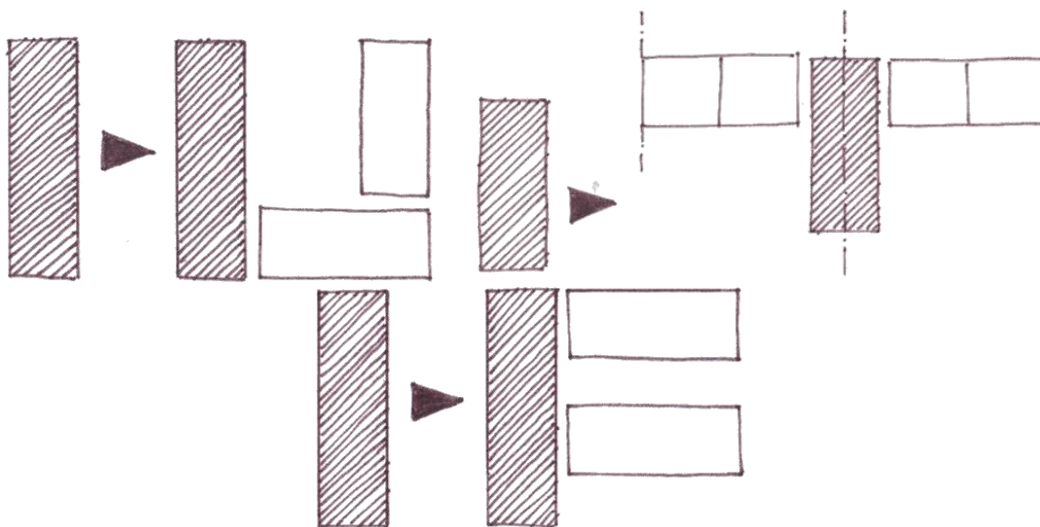


Ilustración No. 22. Proceso de configuración de las tipologías en “U”, “T” o “F”. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crujería Reina.

De esta manera, la ubicación de los diferentes cuerpos que integran estas tipologías de orden compuesto –“U”, “T” y “F”-, conforman espacios parcialmente cerrados en sus contornos comunicados por uno o dos de sus lados con el paisaje rural circundante, especies de patios que de acuerdo con la función de los recintos presentes en su envolvente, asumen papeles relacionados con la vida doméstica o las actividades productivas existentes en la finca (Ilustración 23).

Ilustración No. 23. Configuración de espacios semicerrados a partir de los cuerpos contruidos de las tipologías en “U”, “T” o “F”.

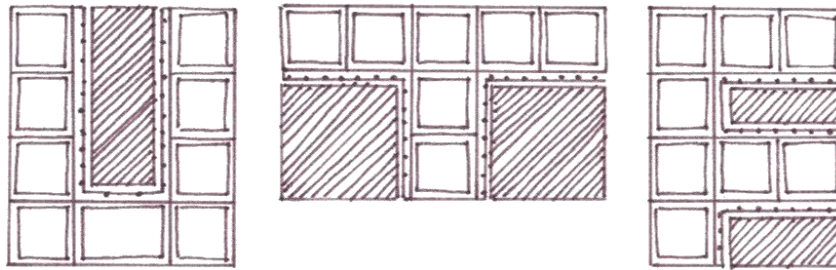


Ilustración No. 23. Configuración de espacios semicerrados a partir de los cuerpos contruidos de las tipologías en “U”, “T” o “F”. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

Así, frente a cualquiera de los dos cuadros ubicados en los extremos del bloque único, los maestros carpinteros adicionaban un cuadro localizado de manera perpendicular, el cual por repetición terminaba definiendo un segundo volumen más corto que el inicial, dando lugar a una forma en “L”; seguidamente y de manera perpendicular al último cuadro del segundo cuerpo, insertaban un cuadro que al multiplicarlo definía un tercer prisma paralelo al bloque inicial, que configuraba finalmente la tipología en “U” (Ilustración 24).

Ilustración No. 24. Desarrollo progresivo de la tipología en “U”.

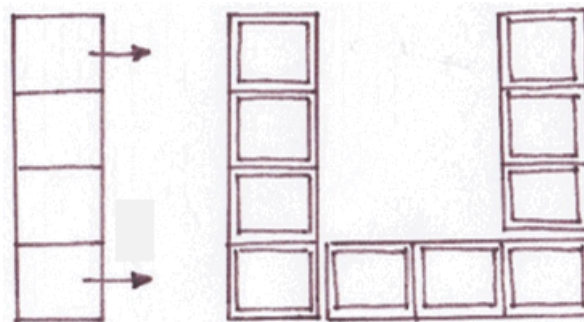
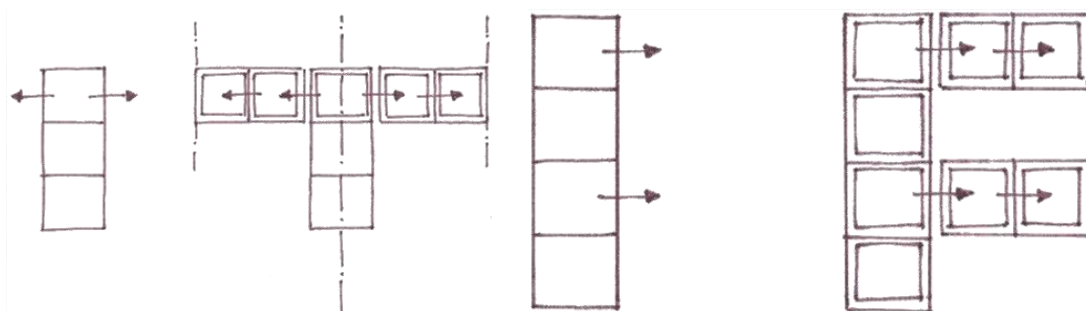


Ilustración No. 24. Desarrollo progresivo de la tipología en “U”. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crucería Reina.

En cuanto a la tipología en “T”, esta se conformaba a partir de reproducir cuadros por ambos lados del módulo ubicado en uno de los extremos de un bloque en “I”, repitiéndolos sin llegar a generar un prisma igual o más largo que el bloque de partida (Ilustración 25); finalmente, se podría decir que la forma en “F”

corresponde a un bloque único del que se desprenden dos hileras de cuadros perpendiculares dando forma a dos prismas de igual longitud, uno central y otro en el extremo (Ilustración 26).

Ilustraciones No. 25 y 26. Desarrollo progresivo de las tipologías en “T” y en “F”.



Ilustraciones No. 25 y 26. Desarrollo progresivo de las tipologías en “T” y en “F”. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crujería Reina.

Es oportuno, con relación a lo tratado en los párrafos previos, hacer énfasis en el carácter modular y en la flexibilidad de esta arquitectura, que queda de manifiesto en su posibilidad casi ilimitada de crecimiento debido a la adición de “cuadros”, término con el que la cultura popular y el medio de maestros carpinteros designó durante gran parte del siglo XX a cada módulo básico, que se componía de cuatro piezas de madera o soleras de igual longitud, ensambladas a 90° y sobre la cual se hincaba la membrana – construida en madera, guadua o combinando estos dos materiales– base del sistema constructivo del bahareque.

Tenemos entonces cómo una volumetría de menores dimensiones que las de las casas de la finca mediana y de hacienda, una tipología predominantemente en forma de “I”, un corredor de menos sección con desarrollo parcial sobre uno de los lados más largos del prisma y eventualmente por los otros dos más cortos, vanos más pequeños y una altura por lo regular de un piso, se convierten en los rasgos distintivos de la casa que ha acompañado las actividades productivas del minifundio durante gran parte del siglo XX y lo que va del XXI.

Por su parte, las casas de bahareque de la finca mediana o de la hacienda comparten los mismos rasgos morfológicos de la vivienda del minifundio, pero con la particularidad de que desarrollan volumetrías de mayores dimensiones en las que se conservan las mismas proporciones de todos sus elementos constitutivos; estas casas de la finca mediana y de la hacienda se caracterizan por su recurrente desarrollo a partir de tipologías básicas como la “I” y la “L”, mientras se diferencian de las viviendas del minifundio por el marcado uso del corredor abierto en todo su perímetro. Encontramos además en las haciendas algo muy particular con relación a las fincas medianas y el minifundio, y es la presencia de casas de tipologías compuestas en “U”, “T” y “F” –eventualmente, estas también se pueden encontrar en las fincas medianas–, y la recurrencia de casas de dos pisos, patrón que puede tomarse como uno de sus rasgos más distintivos.

Finalmente, dentro de esta discusión sobre los rasgos que caracterizan las tres formas en que se presenta la propiedad rural, minifundio, finca mediana y hacienda, es importante referirnos a la mutación que han tenido estos predios desde sus orígenes hasta nuestros días, y la incidencia que dicho proceso puede tener al momento de relacionar estas formas de propiedad rural con los tipos de casas rurales de bahareque que hemos venido estudiando.

De esta manera es cómo, debido a procesos de fragmentación de las propiedades rurales, hoy podemos encontrar casas representativas de la finca mediana o de hacienda, en predios con áreas equivalentes a las de minifundio (Imágenes 541 y 542), o al contrario por fenómenos de englobe, hallar casas representativas del minifundio formando parte de los predios de las haciendas o de fincas medianas, claro que sin el protagonismo de la casa principal y más bien asumiendo el papel de vivienda para los mayordomos, agregados, o para uso de trabajadores.

Imagen 541. Casa finca Casa Vieja, Calarcá, Quindío. Imagen 542. Predio, finca Casa Vieja, Calarcá, Quindío.



Imagen 541. Casa finca Casa Vieja, Calarcá, Quindío. Imagen 542. Predio, finca Casa Vieja, Calarcá, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico rural, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

De este modo y después de analizar los rasgos más característicos desde el punto de vista morfológico de la arquitectura regional de bahareque en el ámbito rural, es importante dar una mirada a las características espaciales de las casas del minifundio, de la finca de mediana extensión y de la hacienda, con relación a las tipologías de número más frecuentes como son la de bloque único o “I” y la “L”.

Partimos entonces de recalcar cómo en las casas del minifundio predomina el bloque único o “I” de un piso de altura, mientras que la forma en “L” y los dos pisos en ambas tipologías se presentan de manera menos frecuente. En esta dirección, vale la pena dar una mirada a una solución que se le podría dar el nombre de intermedia con relación a las casas de uno y dos pisos mencionadas,

consistente en viviendas que aprovechando el desnivel producido por la pendiente, generan un área inferior que aunque se puede utilizar parcialmente por efecto de la inclinación del terreno, sirve para la ubicación de depósitos o para algún espacio de apoyo a las actividades productivas de la finca (Imagen 543).

Imagen 543. Casa finca El Pedregal, Balboa, Risaralda.



Imagen 543. Casa finca El Pedregal, Balboa, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Otro aspecto a tener en cuenta es la utilidad de la tipología de bloque único o con forma de “I”, para afrontar las condiciones de una topografía de fuertes pendientes. Como sabemos, la ladera fue el sitio donde se asentaron la gran mayoría de colonos de escasos recursos, que más adelante durante el siglo XX, encontraron en el café una manera de hacerle frente a las vicisitudes económicas, lo que explica la existencia de una gran cantidad de minifundios en terrenos de gran inclinación y la necesidad que tuvieron de producir un tipo de vivienda que se adaptara a estas condiciones. Y qué mejor solución arquitectónica que una que se desarrollara sin oponerse a las curvas de nivel, ofreciendo la posibilidad de crecer casi que indefinidamente en la medida que lo fueran requiriendo sus habitantes (Imagen 544).

Imagen 544. Casa finca La Esperanza, Valle del Cauca.



Imagen 544. Casa finca La Esperanza, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

En consecuencia, encontramos dos maneras de construir con las que estos habitantes del campo asumieron las condiciones impuestas por la topografía: en el primer caso, las casas están compuestas por bloques con forma de “I” de un piso de altura que se hincan sobre parales de madera y/o guadua o sobre pilares de ladrillo para asumir el desnivel del terreno, mientras que en el segundo tipo de respuesta, las viviendas también de un solo nivel y con forma de “I”, se ubican sobre un banqueo que les permite asentar gran parte de su área directamente sobre el terreno.

En el primer tipo de emplazamiento, las casas utilizan un corredor por lo general de visuales cerradas como punto de contacto con la ladera que continúa ascendiendo, igual que como una plataforma que permite el acceso hacia los espacios que conforman su esquema arquitectónico. Lo común es encontrarse con el comedor sobre este espacio de circulación, y en los extremos con la cocina y el baño, mientras que en el flanco que da hacia el interior de la casa, con unas dos o tres habitaciones (Imágenes 545 y 546); en el costado opuesto usualmente se halla un corredor abierto de carácter pasivo, si se compara con las dinámicas espaciales del primero, y desde el que se puede observar la caída de la ladera, óptimo para la contemplación del paisaje circundante (Imagen 547).

Imágenes 545, 546 y 547. Casa finca El Pedregal, Balboa, Risaralda.



Imágenes 545, 546 y 547. Casa finca El Pedregal, Balboa, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En el segundo tipo de emplazamiento, las casas desarrollan volúmenes abiertos por uno de sus lados más largos, en los que la presencia del corredor es definitiva por el contacto físico que este facilita entre los espacios que integran la vivienda y el área aferente del terreno, así como por la relación visual que permite a sus habitantes con los paisajes que se generan en pos de la topografía descendente (Imagen 548).

Imagen 548. Casa finca Los Naranjos, Balboa, Risaralda.



Imagen 548. Casa finca Los Naranjos, Balboa, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En cuanto a la organización espacial, esta se presenta de forma alineada y sin diferencias notorias que no van más allá del tamaño o del uso de los diferentes recintos, en los cuales se ubican la cocina, el baño, las habitaciones y de pronto una sala (Imagen 549). También es importante referirse a tres maneras como estos cuerpos construidos resuelven su relación con la ladera que se erige tras de sí: cerrados completamente (Imagen 550), generando pequeñas ventanas o localizando espacios de servicio como el baño, el lavadero y la cocina.

Imagen 549. Finca La Frondosa, Santuario, Risaralda. Imagen 550. Finca Los Naranjos, Balboa, Risaralda.



Imagen 549. Finca La Frondosa, Santuario, Risaralda. Imagen 550. Finca Los Naranjos, Balboa, Risaralda.
Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En topografías de pendientes medias, la tendencia de las casas de bahareque de bloque único, es continuar abriendo los prismas que las integran solo por uno de los lados más largos y, de manera eventual, por uno o los dos más cortos (Imagen 551); sin embargo, cuando el relieve es plano se observa

cómo el volumen tiende a abrirse por tres o los cuatro costados que lo definen (Imágenes 552 y 553).

Imagen 551. Casa finca Las Camelias, Marsella, Risaralda. Imagen 552. Casa finca Villa Soledad, Montenegro, Quindío. Imagen 553. Planta arquitectónica, finca Villa Soledad, Montenegro, Quindío.

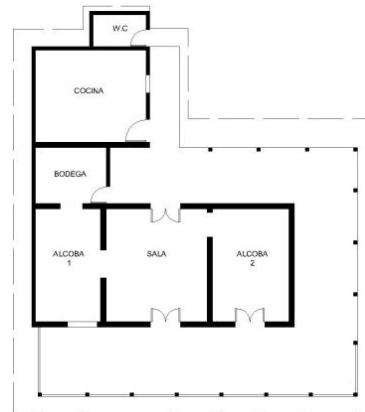


Imagen 551. Casa finca Las Camelias, Marsella, Risaralda. Imagen 552. Casa finca Villa Soledad, Montenegro, Quindío.

Imagen 553. Planta arquitectónica, finca Villa Soledad, Montenegro, Quindío. Fuente imagen 551. Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Fuente imágenes 552 y 553. Inventario de patrimonio arquitectónico rural, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia – Imagen 553. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Se puede observar además cómo la sencillez de la tipología de bloque único o “I” y su tamaño, demandaban en su construcción menos recursos técnicos y económicos, haciéndola más asequible a un gran segmento de la población que requería una vivienda de rápida ejecución y de bajo costo. Esto debido en gran parte a la posibilidad que se tenía de utilizar los materiales del lugar y de sus

futuros habitantes poder participar en las faenas concernientes a la construcción. Igualmente, por la constitución de tipo modular, estas viviendas podían crecer en el sentido de sus lados más cortos en la medida en que la economía de las familias mejoraba y las necesidades lo exigían, sin que su forma regular inicial resultara afectada.

En este orden de ideas, es pertinente detenerse a observar las casas de bahareque de dos pisos con tipología de bloque único o “I”, que surgen de la necesidad de sus habitantes de área adicional, la cual no obtenían ampliando la edificación con la adición de “cuadros” en uno o ambos lados del volumen, como vimos anteriormente en las viviendas de un nivel, sino optando por construir otro cuerpo superpuesto sobre el primero, con lo que duplicaban el terreno, optimizándolo –estas casas también se construían en una sola etapa de construcción ambos pisos–, a la vez que generaban dos ámbitos diferenciados: uno inferior conectado con la realidad de la finca, que se representa en el trabajo duro, en las instalaciones de apoyo a la producción como es el caso del beneficiadero de café, al igual que en sus múltiples actividades agrícolas y pecuarias, y uno superior independiente, relacionado con el encuentro familiar en torno a la alimentación, al diálogo después de las tres comidas del día, y al descanso nocturno después de la ardua jornada.

De esta forma, se desarrollan espacios en el primer nivel conectados por el corredor, pero sin comunicación interna entre ellos, los cuales se utilizan para habitación de algún trabajador que eventualmente apoye las tareas de la finca o para hijos mayores –el minifundio es una empresa de carácter familiar–, para depósito de herramientas e insumos, así como para almacenamiento de café u otro producto listo para la venta (Imagen 554).

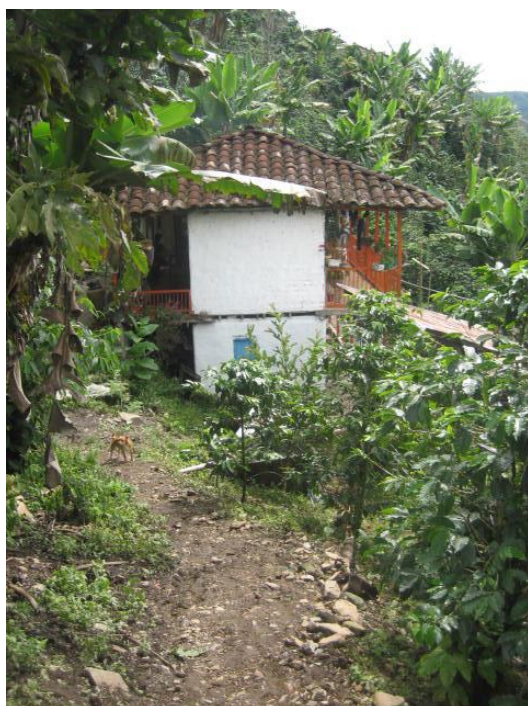
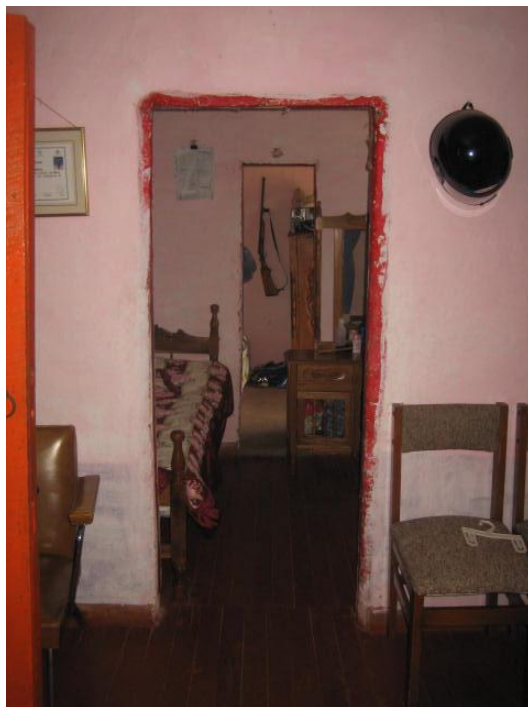
Imagen 554. Casa finca La Cabaña, Santuario, Risaralda.



Imagen 554. Casa finca La Cabaña, Santuario, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En el segundo piso encontramos una serie de habitaciones sin ningún rasgo particular que las diferencie y, eventualmente, con una sala –esta función por lo general la asume el corredor–, organizada de forma alineada e interconectada al interior por vanos, en la mayoría de los casos sin puertas (Imagen 555), mientras que por el exterior aparecen unidos por dos corredores que se despliegan por los lados más largos del prisma. De estos corredores, uno se ubica en la parte de atrás del volumen empalmándose con la ladera que continúa en su ascenso, cumpliendo el doble propósito de punto de acceso a la segunda planta y de espacio de reunión de la familia en torno al comedor; el segundo corredor se localiza en la parte delantera de la edificación, presentándose como una extensión de las alcobas y revestido de un carácter pasivo, al igual que haciendo las veces de un mirador y de espacio propicio para la contemplación de los magníficos paisajes que, por lo general, se despliegan en frente de estas casas (Imagen 556).

Imágenes 555 y 556. Casa finca La Cabaña, Santuario, Risaralda.



Imágenes 555 y 556. Casa finca La Cabaña, Santuario, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Dentro del estudio de la vivienda presente en el minifundio, es importante reconocer también la existencia de la tipología en forma de “L”, la cual presenta una menor recurrencia que la de bloque único o “I”. Esta como se puede observar, corresponde a un prisma rectangular al que se le adiciona otro cuerpo perpendicular por uno de sus dos extremos, en los que se desarrolla una serie de espacios en hilera, articulados por un corredor que se despliega por el lado interno de ambos volúmenes, propiciando un espacio semicerrado que se convierte en el centro de estas edificaciones (Ilustración 27).

Ilustración No. 27. Configuración de la tipología en “L” y del espacio semicerrado adyacente.

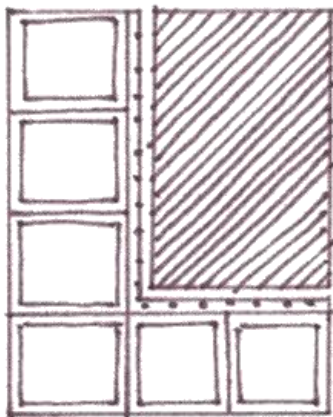


Ilustración No. 27. Configuración de la tipología en “L” y del espacio semicerrado adyacente. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Cruceña Reina.

De esta manera, podemos ver cómo en las casas con forma de “L” de un piso de altura, los volúmenes que la conforman se manifiestan abiertos por su lado interno, reafirmando con su envolvente la existencia de un espacio diferenciado del medio circundante por el que se accede a la vivienda. En el primer tramo de la tipología –asociamos este tramo con el punto por el que se produce el acceso– se dispone una hilera de espacios indiferenciados, en los que se sitúan habitaciones y de pronto una sala, la cual al igual que el comedor, funciona en muchas casas del minifundio en el corredor, gracias a la gran flexibilidad de esta banda de circulación; en cuanto al cuerpo perpendicular que completa la forma de “L”, este

comúnmente da lugar a la ubicación de espacios como la cocina, un depósito y al final el baño (Imagen 557).

Imagen 557. Casa finca, El Cairo, Valle del Cauca.



Imagen 557. Casa finca, El Cairo, Valle del Cauca. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez

Se debe anotar que las casas con tipología en “L” presentes en medio de los relieves de montaña, al igual que las casas con tipología en “I” ubicadas también en estos ámbitos, generan por lo regular volúmenes cerrados por el perímetro posterior que da frente con la ladera que se despliega en sentido vertical, dando lugar a fachadas en las que escasamente tienen lugar unas pequeñas ventanas o puertas para acceder a algunas dependencias de servicio, como la zona para lavado de ropas, y uno que otro elemento construido de apoyo a las actividades productivas de la finca.

En cuanto a las casas de bahareque de dos pisos con tipología en “L”, presentan una distribución de espacios y funciones similar a las de las casas de bahareque de dos niveles con tipología en “I”, donde la vida de la familia se desarrolla principalmente en la planta superior, mientras que en la inferior se llevan a cabo dinámicas complementarias de habitación, con la existencia de espacios para albergue de algún trabajador ocasional, de otros miembros de la familia propietaria por fuera del núcleo familiar básico, –hermanos, tíos y primos, o

las familias de estos—, así como cuartos para almacenaje de herramienta e insumos, entre otros (Imagen 558).

Imagen 558. Casa finca Buenos Aires, El Cairo, Valle del Cauca.



Imagen 558. Casa finca Buenos Aires, El Cairo, Valle del Cauca. Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

Estas casas de bahareque de dos pisos con tipología en forma de “L” debido a su configuración, a su altura, a la apertura de su volumetría que se concreta en la envolvente que definen los dos niveles de corredores, así como a su emplazamiento en una topografía de montaña, se plantean como miradores desde los que sus habitantes no solo han ejercido dominio visual sobre segmentos del territorio y sobre los terrenos de su finca, sino desde los que seguramente han podido develar un paisaje que está ahí, en medio de su cotidianidad (Imagen 559).

Imagen 559. Casa finca La Risaralda, Apía, Risaralda.



Imagen 559. Casa finca La Risaralda, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Finalmente, es importante anotar cómo en el tipo de configuración en la que los corredores no conforman la totalidad de la envolvente alrededor de la casa con forma en “L”, sino que se despliegan parcialmente por las caras interna y externa de los prismas que integran la tipología, son los espacios que conforman cada bloque los que facilitan la conexión entre las bandas de circulación que se ubican a ambos lados de cada piso (Ilustración 28).

Ilustración No. 28. Espacios como medio de comunicación entre corredores con desarrollo parcial por dos lados de la tipología en “L”.

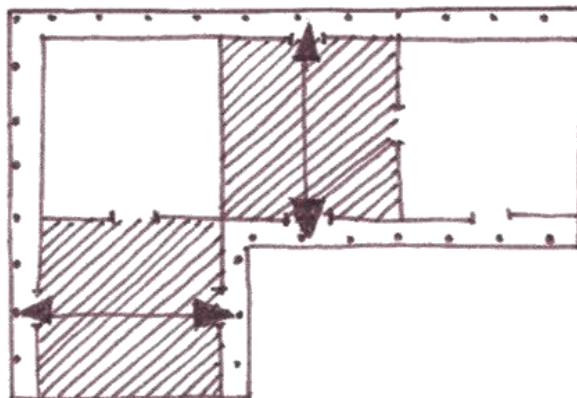


Ilustración No. 28. Espacios como medio de comunicación entre corredores con desarrollo parcial por dos lados de la tipología en “L”. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Crujería Reina.

Para proseguir con el análisis de las casas de bahareque de las fincas medianas y de las haciendas, debemos hacer mención de lo planteado al inicio de la discusión sobre los rasgos morfológicos que definen la arquitectura regional de bahareque en los ámbitos rurales, los cuales en esencia son los mismos para la vivienda presente en los tres tipos de propiedad estudiados.

Así, las casas de bahareque con tipologías de bloque único o “I” y en “L” existentes en las fincas medianas y en las haciendas, corresponden a reproducciones de mayor dimensión y más elaboradas que las viviendas que se observan en el minifundio, con matices que acentúan su diferencia como el número de tramos del corredor, la cantidad de espacios, la inclusión de nuevos usos y la incorporación de algunos recintos atípicos que tienen origen en la asimilación de los hábitos de la vida urbana por parte de sus propietarios.

Para dejar clara esta última consideración sobre la influencia de los hábitos urbanos en la espacialidad de las casas de bahareque de las fincas medianas y de las haciendas, es importante referirse a ciertos procesos que tuvieron que ver con el origen de la realidad que hoy tenemos y que intervinieron en el desarrollo de los imaginarios y las formas de relación que establecieron los propietarios con sus propiedades rurales y, en particular, con las viviendas presentes en las mismas.

En este sentido, hay que tener presente que los propietarios de los minifundios siempre han asumido como lugar permanente de residencia sus parcelas, mientras que los dueños de fincas medianas por lo regular solo habitaron de manera continua en sus predios hasta que lograron la consolidación de sus actividades productivas, en especial cuando se convierten en beneficiarios de los esfuerzos dedicados a la caficultura en las primeras décadas del siglo XX, periodo en el cual empiezan el paulatino traslado con sus familias a las zonas urbanas de la región. Esto da pie a un patrón de comportamiento en el que, como

comentábamos páginas atrás, durante la semana se dedicaban a las faenas agrícolas de su finca y entre el sábado y domingo se trasladaban a los pueblos o ciudades cercanas a descansar. Hoy, tras varias generaciones de por medio, las rutinas de este tipo de propietarios se han transformado debido a su forma de vida urbana, viéndose reducidas sus visitas a breves y esporádicas estancias.

En cuanto a los propietarios de las haciendas, muchos fueron personas que tuvieron su origen en actividades diferentes a la agricultura como el comercio, y que vieron en la tierra una buena inversión; esto explica su vínculo con la tierra más a partir de motivos empresariales que inspirados en su afecto por la tierra o por su contacto permanente con ella. Al vivir dedicados a sus actividades en los pueblos, ciudades o incluso en capitales por fuera de la región centro occidental, delegaron el manejo de sus propiedades en terceros, como administradores y mayordomos.

En consecuencia, estos modos de vida urbana terminaron impactando los esquemas espaciales de las casas de bahareque de las fincas medianas y haciendas, con la incorporación de áreas independientes al corredor para el comedor, de estancias de permanencia abiertas asociadas con dicho espacio de circulación, al igual que porches y otros elementos inéditos.

Partimos entonces de observar cómo las casas de bahareque de un piso, con tipología de bloque único, se presentan en las fincas medianas por lo general acompañadas de un corredor que se despliega por todo el perímetro de su volumen, dando lugar a una envolvente abierta hacia sus cuatro lados (Imagen 560), que entra en el esquema arquitectónico a facilitar el contacto con el exterior y con tres ámbitos básicos: los dos primeros relacionados con las actividades productivas de la finca y con la habitación del personal encargado del funcionamiento de la finca (Imagen 561), y el tercero de carácter pasivo para la estancia de sus propietarios.

Imágenes 560 y 561. Casa finca La Betulia, Montenegro, Quindío.



Imágenes 560 y 561. Casa finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Tenemos también que al fondo de la envolvente, se encuentra inscrito un prisma rectangular de carácter introvertido, sobre el que se insertan pequeñas ventanas y unas cuantas puertas sin jerarquizar, por las que se produce el acceso directo a algunos de los espacios que integran el esquema arquitectónico (Imagen 562); en muchas de estas casas, el corredor se encuentra desplegado desde su origen de manera parcial solo por tres de los lados que integran el prisma –dos lados largos y uno corto o un lado largo y dos cortos– (Imagen 563).

Imagen 562. Casa finca El Edén, Ulloa, Valle del Cauca. Imagen 563. Planta arquitectónica casa finca El Edén, Ulloa, Valle del Cauca.

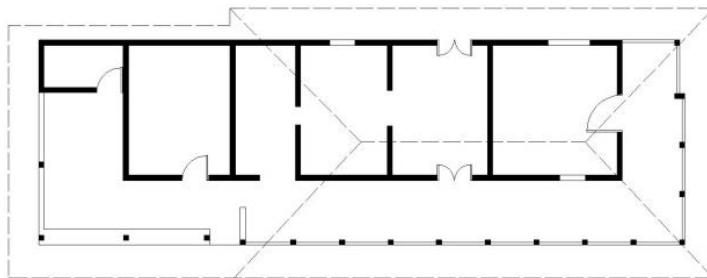


Imagen 562. Casa finca El Edén, Ulloa, Valle del Cauca. Imagen 563. Planta arquitectónica casa finca El Edén, Ulloa, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Imagen 568. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

También es muy frecuente ver casas donde el corredor se desarrolla originalmente por los cuatro lados del prisma, y cómo algunos de sus tramos han sido ocupados parcial o totalmente debido a la adición de espacios, haciendo que se pierda la fluidez de la envolvente y de su esquema original de circulación (Imágenes 564 y 565).

Imagen 564. Casa finca La Bonita, Circasia, Quindío. Imagen 565. Planta arquitectónica casa finca La Bonita, Circasia, Quindío.

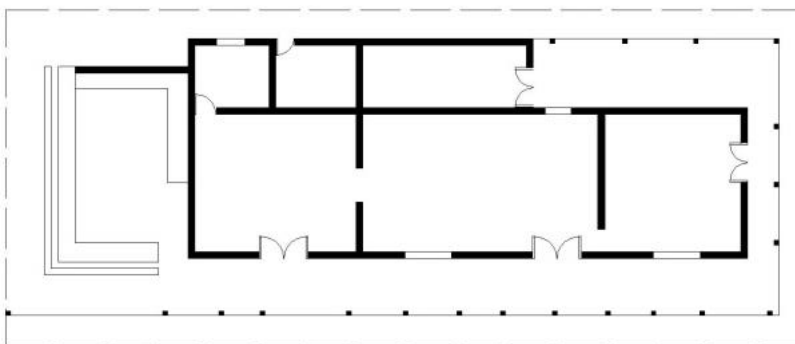


Imagen 564. Casa finca La Bonita, Circasia, Quindío. Imagen 565. Planta arquitectónica casa finca La Bonita, Circasia, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Imagen 565. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

En cuanto al interior de los volúmenes, es usual hallar series de espacios alineados y comunicados internamente entre sí, separados en este caso por puertas, en los que se disponen habitaciones y otros usos que en la casa del minifundio se dan en el corredor, como la sala (Imagen 566); igualmente, se puede hallar un depósito para pesaje y almacenamiento del café, así como un espacio para la administración de la finca. También es posible encontrar un recinto anexo al bloque de la casa y en estrecha relación con el corredor para el comedor (Imagen 567), el cual por lo regular se encuentra próximo a la cocina, espacio que en muchos de los casos estudiados opera en un volumen independiente donde se observan áreas de apoyo a su función como el depósito para la madera o “leña” – debe tenerse en cuenta la utilización de fogones que funcionan con madera–, esto

como una norma que buscaba evitar el paso de humo y hollín hacia el resto de la casa, así como prevenir la propagación de incendios.

Imágenes 566 y 567. Casa finca La Betulia, Montenegro, Quindío.



Imágenes 566 y 567. Casa finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

También es usual que como mínimo, uno de los espacios intermedios que conforman el prisma interior del volumen sea usado para comunicar los dos tramos de corredor que se ubican en los lados más largos del mismo, así como para articular con el exterior la circulación alterna que se produce para conectar interiormente los espacios que dan forma al esquema arquitectónico (Imagen 568). Se observa adicionalmente que este espacio, debido a la jerarquía que adquiere como nodo de circulación, es utilizado como sala o como estar de las alcobas que integran la casa.

Imagen 568. Casa finca La Betulia, Montenegro, Quindío.



Imagen 568. Casa finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Finalmente, es importante señalar que el agregado o mayordomo encargado de la finca, comparte con su familia una o dos de las habitaciones que integran la casa, teniendo para su uso una cocina, baño y área para lavado de ropa, independientes. En algunos casos la finca mediana dispone de otra edificación dentro del núcleo construido de la finca, para la vivienda del agregado y su familia.

En cuanto a las casas de bloque único de dos pisos que forman parte de las fincas medianas, estas se encuentran por lo regular compuestas en el primer nivel por espacios relacionados con las actividades productivas de la finca como depósitos de herramientas y de insumos; del mismo modo, se ubican habitaciones para la vivienda del agregado y su familia con las respectivas dependencias de servicio como baño, cocina y área de lavado, y eventualmente una habitación para trabajadores permanentes, los cuales permanecen para atender diferentes frentes de trabajo existentes en el predio (Imágenes 569 y 570).

Imágenes 569 y 570. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca El Páramo, Apía, Risaralda.



Imágenes 569 y 570. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca El Páramo, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Los segundos pisos por su parte, muestran composiciones espaciales lineales, similares a las presentes en los primeros niveles, en las que se distribuyen habitaciones y recintos como la sala, el comedor y zonas de servicio integradas por la cocina y por los baños. Estas plantas, como se ha podido comprobar, usualmente están reservadas para los propietarios y para las ocasionales visitas de sus familias, y se destacan por su posición privilegiada frente al dominio visual de la finca y por el disfrute que sus habitantes pueden tener del paisaje presente en los flancos de la casa, sobre todo cuando estas se encuentran rodeadas totalmente por la envolvente del corredor (Imagen 571).

Imagen 571. Casa finca El Páramo, Apía, Risaralda.



Imagen 571. Casa finca El Páramo, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Con relación a lo planteado, es pertinente referirse a la siguiente reflexión de la arquitecta Beatriz García, en la que alude a las funciones que desempeñaban los dos pisos en las casas rurales de bahareque, en los tiempos en que, como se comentaba anteriormente, las familias propietarias aún moraban de forma permanente en las fincas, antes de que se diera inicio al paulatino traslado hacia los centros urbanos de la región, así como la consiguiente adopción de los patrones de la vida urbana:

Era frecuente encontrar algunas viviendas de dos pisos, pero en la mayoría de estos casos la vida de la familia se desarrollaba en el segundo piso; el de abajo estaba destinado a depósito de materiales o almacenamiento de grano. Algunas veces, sin embargo, la cocina y el comedor aparecían en la planta baja, especialmente cuando era necesario alimentar a muchos trabajadores de la finca (1995, pp. 44-45).

En cuanto a la forma de la tipología de bloque único en las casas de dos pisos, se pueden ver dos volúmenes rectangulares, uno superpuesto sobre el otro, los cuales se disponen comúnmente abiertos hacia el paisaje en parte o todo su perímetro, gracias a la envolvente que conforma el corredor, que se convierte en un patrón para los tres tipos de fincas estudiadas, solo teniendo como variante la cantidad de lados por los que se desarrolla y su sección que oscila entre los 1,20 y

1,50 metros del minifundio y los 2,20 y 2,50 metros de la hacienda. A los prismas que integran el interior de los volúmenes superiores, en algunos casos se les sustraen uno o varios “cuadros” o módulos para generar un estar superior, que por su condición de espacio de estancia, por su elevación y por los emplazamientos en que usualmente se ubican estas casas, se plantea como ideal para entrar en contacto con las vistas y los paisajes que se generan en el entorno (Imágenes 572 y 573).

Imagen 572. Casa finca La Central, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 573. Casa finca Veracruz, Chinchiná, Caldas.



Imágenes 572. Casa finca La Central, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. 573. Casa finca Veracruz, Chinchiná, Caldas.
Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Es evidente cómo en esta tipología se establecen tres ámbitos de relación con el medio: el primero concerniente al acceso al primer piso, que se lleva a cabo por el corredor donde, como se comentó previamente, vive el personal encargado de la finca y en el que se dispone generalmente la escalera que conduce al siguiente nivel (Imagen 574); el segundo por su parte corresponde a la parte posterior del primer piso, en la que se desarrollan funciones relacionadas con el servicio de la casa, siendo un espacio usualmente vedado para las personas ajenas a la finca (Imagen 575); mientras que el tercero tiene que ver con el espacio privado de los propietarios que se concreta en todo el segundo nivel, con un área pasiva de permanencia representada en sus habitaciones y áreas de servicio, así como con un área activa que se concreta en la sala y el comedor, y en particular en el corredor como espacio de encuentro individual y colectivo con la cotidianidad de la finca y con el paisaje (Imagen 576 y 577).

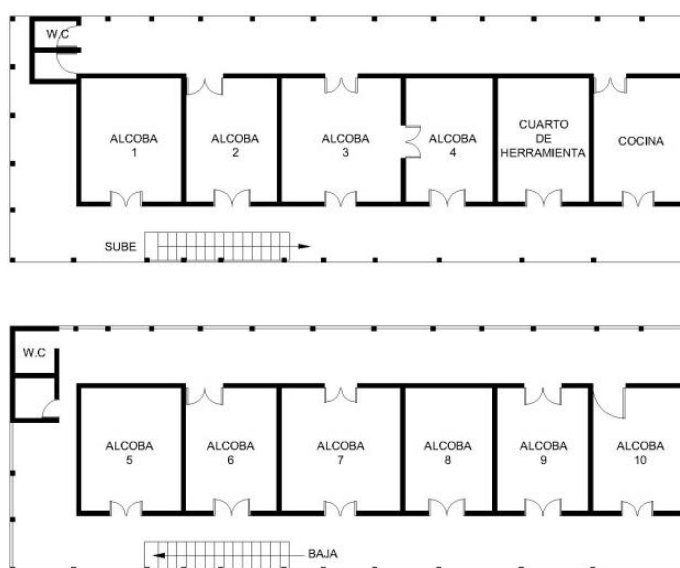
Imágenes 574 y 575. Casa finca La Esperanza, La Celia, Risaralda.





Imágenes 574 y 575. Casa finca La Esperanza, La Celia, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Imágenes 576 y 577. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca La Esperanza, La Celia, Risaralda.



Imágenes 576 y 577. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca La Esperanza, La Celia, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

El corredor en estos prismas rectangulares de dos pisos, regularmente tiende a desarrollarse de forma continua por los cuatro lados de ambos niveles, aunque como se observa en las plantas arquitectónicas anteriores en que el corredor solo se despliega por tres caras del volumen, estos resultan afectados por la adición de espacios sobre su sección, que interrumpen su fluidez e impiden la lectura de su desarrollo original.

Debido a la flexibilidad que caracteriza la arquitectura de bahareque y en particular a elementos como el corredor en estas casas de bloque único, este puede presentarse por todas las caras de ambas plantas dando lugar a un corredor continuo de cuatro tramos; igualmente, puede darse solo por los dos lados más largos y por uno de los lados cortos del volumen, completando un corredor discontinuo de tres tramos; también suele presentarse por los dos lados más largos generando un corredor de dos tramos independientes –uno trasero y uno delantero–, comunicados a través de los espacios que integran el bloque; o puede llegar a desarrollarse por uno de los lados más largos, propiciando la apertura del volumen solo sobre la parte delantera de la casa (Ilustración 29).

Ilustración No. 29. Desarrollo de los tramos del corredor en la tipología de Bloque Único.

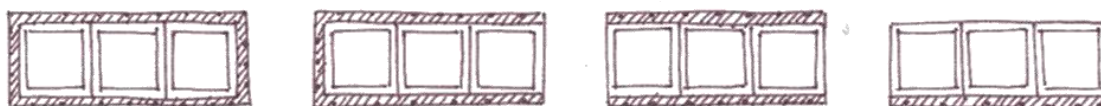


Ilustración No. 29. Desarrollo de los tramos del corredor en la tipología de Bloque Único. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración: Arq. Henry Cruceña Reina.

Es importante anotar que la cantidad de tramos, la trayectoria y la ubicación de los segmentos de corredor, por regla siempre tienden a ser correspondientes en los dos niveles de las casas, lo que aporta orden en la composición de estos volúmenes, al igual que un marcado equilibrio en la relación que se produce entre la fuerte horizontalidad de dichas bandas de circulación y los ritmos verticales que generan los tramos de columnas y chambranas.

Por su parte, la tipología en “L” en la casa de un piso de la finca mediana, surge como se observó en la casa del minifundio, de un bloque único inicial al que se le adiciona un cuerpo perpendicular de menor longitud por uno de sus extremos (Imagen 578), pero con la diferencia que implica la mayor dimensión de componentes básicos de su forma como los cuadros –área y altura–, la cantidad

de espacios cuyo tamaño depende de los cuadros, al igual que la sección y desarrollo de sus corredores (Imagen 579).

Imagen 578. Casa finca La Quiebrita, Caicedonia, Valle del Cauca.

Imagen 579. Planta arquitectónica casa finca La Quiebrita Caicedonia, Valle del Cauca.

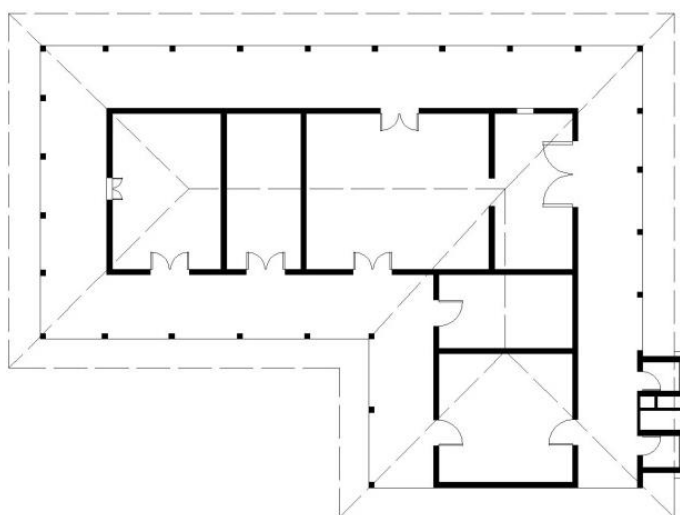


Imagen 578. Casa finca La Quiebrita, Caicedonia, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Imagen 579. Planta arquitectónica casa finca La Quiebrita Caicedonia, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Además de los aspectos inherentes a la configuración de la tipología en forma de “L” en las fincas medianas, deben tenerse en cuenta factores externos que incidían en la decisión de optar por la construcción de una de estas casas, como son la topografía y el tamaño de los lotes requeridos para resolver su emplazamiento. Esta tipología, por su configuración y por los tamaños que llegaba a desarrollar, requería de un lote preferiblemente plano en comparación con las casas de bloque único en forma de “I”, que como se ha podido observar en

el minifundio al no disponer de terreno llano, eran muy útiles para ser emplazadas en el sentido de las curvas de nivel, sin la oposición a la pendiente que podía significar el desarrollo de una edificación en “L”, situación que por añadidura explica la poca recurrencia de esta tipología en el minifundio ubicado en ladera. Igualmente, influía en la decisión la disponibilidad de mayor área para el emplazamiento de la casa en “L”, requerimiento que en las fincas medianas se resolvía con facilidad al disponer de predios con una extensión considerable y con menor inclinación que facilitarían la localización de la casa y, por consiguiente, del núcleo construido de la finca (Imagen 580).

Imagen 580. Casa finca C vereda Vallecitos, Valle del Cauca.



Imagen 580. Casa finca C vereda Vallecitos, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

Observamos entonces cómo la tipología en forma de “L” por la disposición de los bloques que la conforman, enfoca las tensiones que se producen en sus espacios interiores hacia puntos específicos del paisaje, hecho que refirma la apertura de la envolvente que define el corredor rodeando sus volúmenes; del mismo modo, podemos ver cómo la forma en “L” y los espacios ubicados en el interior de algunas de las casas estudiadas, no establecen un diálogo con la parte trasera de su emplazamiento, en donde por lo general se desarrollan los demás componentes que hacen parte del núcleo construido de la finca (Imagen 581).

Imagen 581. Planta arquitectónica casa finca C vereda Vallecitos, Valle del Cauca.

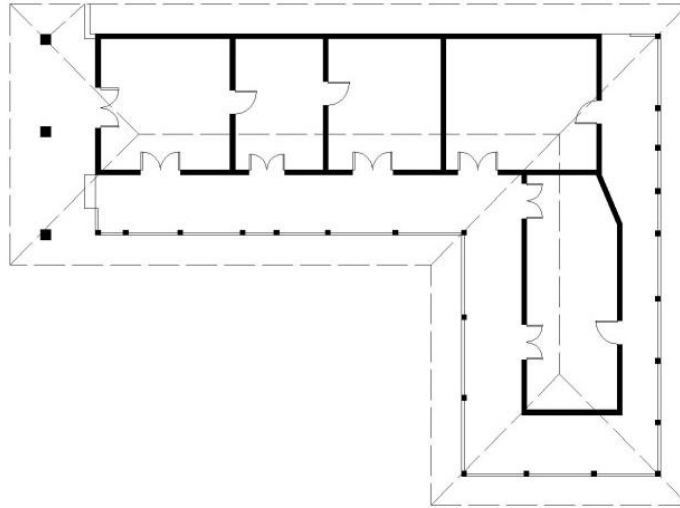


Imagen 581. Planta arquitectónica casa finca C vereda Vallecitos, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

También, otra forma de organización en que el espacio semicerrado que configuran los dos cuerpos que integran la tipología en “L”, se aprovecha como aglutinante de los componentes del núcleo construido de la finca (Imagen 582), y la parte convexa o trasera que en el ejemplo anterior se observaba cerrada y negada al entorno, en la casa que se muestra a continuación se manifiesta paradójicamente abierta por la presencia del corredor y de las aberturas – ventanas y puertas– insertadas en el prisma interior del volumen, hasta el punto de ser estos los flancos por los que se produce el acceso a la casa (Imagen 583).

Imagen 582. Casa finca Miravalle, Montenegro, Quindío. Imagen 583. Planta arquitectónica casa finca Miravalle, Montenegro, Quindío.

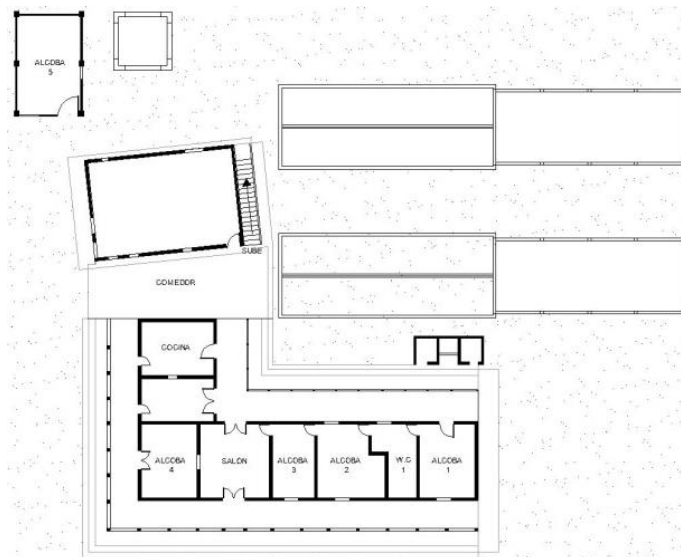


Imagen 582. Casa finca Miravalle, Montenegro, Quindío. Imagen 583. Planta arquitectónica casa finca Miravalle, Montenegro, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Imagen 583. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Se puede apreciar entonces el papel clave que desempeña el corredor en el contacto que las casas de bahareque establecen con sus áreas exteriores aferentes. Las viviendas en “L” que presentan corredores con desarrollo parcial en cinco tramos de su perímetro, como veíamos en planos anteriores, (Imagen 579), o en cuatro (Imágenes 581 y 583), generan flancos sin valorar en los que no propician ninguna actividad o apropiación por parte de sus habitantes, situación que se refleja en la discontinuidad del tratamiento de las superficies aferentes y, en muchos casos, en la adición de elementos contruidos ajenos a su forma.

Tomando en cuenta lo anterior, se puede deducir que las casas de bahareque de un piso con tipología en forma de “L” y corredor continuo por los seis lados, establecen un contacto óptimo con sus áreas exteriores aferentes en comparación con las que presentan desarrollos parciales, gracias a la apertura que produce en sus volúmenes la envolvente del corredor y a la transparencia de la membrana constituida por las series de columnas y chambranas ubicadas en su borde (Imagen 584).

Imagen 584. Casa finca Las Camelias, Quimbaya, Quindío.



Imagen 584. Casa finca Las Camelias, Quimbaya, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

Se configura por lo tanto, gracias a la valoración que hace la casa de todos sus flancos, un espacio de transición perimetral que jerarquiza la edificación con relación a los demás elementos contruidos de la finca, el que sus habitantes usualmente aprovechan para desarrollar un jardín que se conforma sin un diseño preestablecido y de manera progresiva, simbolizando en su conjunto el dominio y control que estos ejercen sobre su predio y sobre la feracidad de la naturaleza circundante (Imagen 585).

Imagen 585. Planta arquitectónica casa y núcleo construido finca Las Camelias, Quimbaya, Quindío.

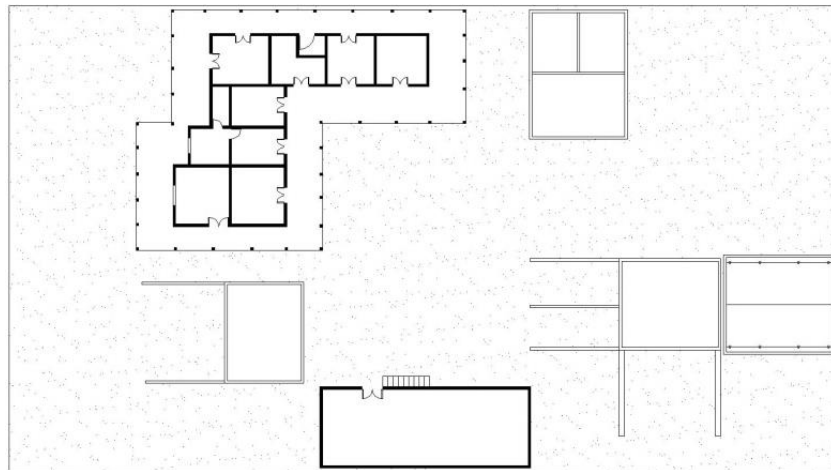


Imagen 585. Planta arquitectónica casa y núcleo construido finca Las Camelias, Quimbaya, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico urbano, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

También se observa la existencia de casas en “L” de dos pisos en las fincas medianas, pero sin la frecuencia con que suelen presentarse en las haciendas, ni la excepcionalidad con que se dan en el minifundio. Igualmente, es fácil comprobar el aumento que se produce en la proporción y en la cantidad de los espacios, si se establece un parangón entre las casas en “L” de dos pisos del minifundio y las casas de este tipo existentes en las fincas medianas; del mismo modo, podemos ver cómo la diferencia que existe entre las casas en “L” de dos niveles presentes en las fincas medianas y las que se observan en las haciendas, radica solo en la cantidad de espacios, ya que sus proporciones son idénticas.

Desde el punto de vista de las funciones y de los usos atribuidos a los espacios por parte de los habitantes, también se producen variantes; así, mientras en las casas de dos pisos en “L” existentes en el minifundio ambas plantas son de pleno dominio de la familia propietaria, en las casas en “L” de dos pisos presentes en las fincas medianas, dicho dominio se comparte entre la familia propietaria que ocupa en sus cortas estancias de manera exclusiva el segundo nivel, y la vivienda de la familia del agregado o mayordomo, que con algunos espacios dedicados al apoyo de las actividades productivas del predio –depósitos y habitaciones para

trabajadores permanentes—, tienen lugar en el primer nivel (Imagen 586); en este sentido, en la finca mediana, la opción de tener una casa aparte para vivienda del agregado y su familia empieza a darse con cierta regularidad.

Imagen 586. Casa finca Casa Vieja, Calarcá, Quindío.

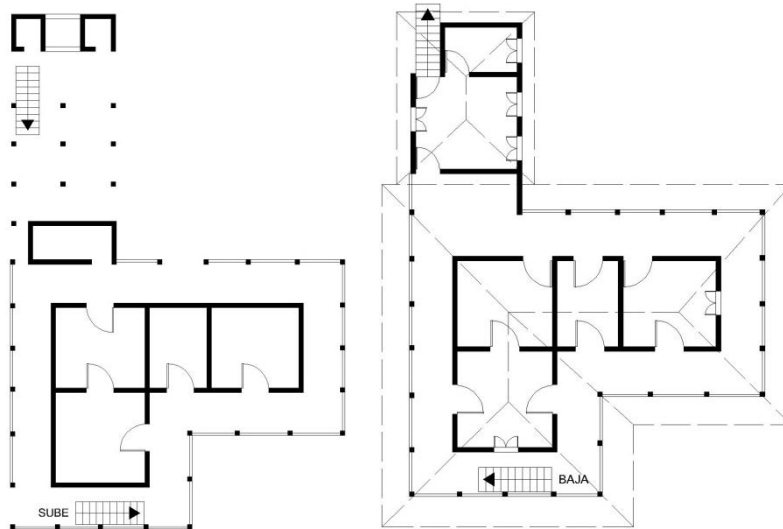


Imagen 586. Casa finca Casa Vieja, Calarcá, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico rural, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

Se debe también aclarar que las consideraciones referentes a las casas de dos pisos en “L” de la finca mediana planteadas en el párrafo anterior, no distan de las funciones y usos existentes en sus homólogas de dos pisos de bloque único o “I” estudiadas más atrás, y que la única diferencia que se observa entre ambos tipos de casas es su forma. La casa en “L”, debido a los dos cuerpos que la configuran, provee una mayor cantidad de espacios en cada planta que la de bloque único, lo que le permite desarrollar con más holgura las mismas funciones y usos a que se hace referencia.

Se observa además cómo las casas en “L” de la finca mediana por lo general desarrollan el corredor por todo el perímetro de sus dos plantas, permitiéndole a los volúmenes que integran esta tipología abrirse hacia todos los flancos de su emplazamiento, de manera similar a como lo logra la casa en “L” de un piso con sus áreas aferentes (Imágenes 587 y 588).

Imágenes 587 y 588. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca Playa Rica, Riofrío, Valle del Cauca.



Imágenes 587 y 588. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca Playa Rica, Ríofrío, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Debemos considerar la posibilidad que tienen los propietarios de estas fincas y sus acompañantes, por la ubicación privilegiada que ostentan desde los segundos pisos de estas casas, de entablar un diálogo con el campo desde una perspectiva diferente a las lógicas utilitarias de los habitantes rurales, situación que le imprime al corredor en este nivel el carácter de espacio de permanencia más que de circulación, de lugar apto para la contemplación y el disfrute de los paisajes que se configuran a su alrededor. Por su parte, el corredor del primer nivel reafirma su condición de espacio de acceso y de elemento vinculante con la vida práctica de la finca (Imagen 589).

Imagen 589. Casa finca Playa Rica, Riófrio, Valle del Cauca.



Imagen 589. Casa finca Playa Rica, Riófrio, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

Finalmente, abordamos la discusión concerniente a las casas de bahareque con tipologías de “número” en las haciendas, en particular sobre las formas en “I” y en “L”, al ser las que más recurrencia presentan en este segmento de las formas de propiedad rural estudiadas.

De esta forma, las casas con tipología en forma de “I” o de Bloque Único de un piso de altura de las haciendas, coinciden con las proporciones pero no en su tamaño con las casas de las fincas medianas, factor que desde el punto de vista morfológico obra como único rasgo distintivo entre estos dos tipos de edificaciones; así, el bloque único conformado por cuatro a seis cuadros, característico de las casas de las fincas medianas, pasa a estar integrado por ocho o diez en las casas de bahareque ubicadas en las haciendas.

La cantidad de cuadros o módulos que de antemano sabemos corresponden con el número de espacios que integran el esquema arquitectónico lineal de estas casas, da lugar a lo que podría denominarse como las zonas social y privada en las que habitan los propietarios de los predios, sus familias y sus invitados durante las esporádicas visitas; en este sentido, es importante aclarar por qué es puesta en duda la existencia de una zonificación en estas

edificaciones, esto debido a que los recintos que las integran se distribuyen dentro de un esquema continuo e indiferenciado, en que a lo sumo varían sus áreas. Así, en un tramo del cuerpo construido encontramos la sala, de pronto otro salón adicional, un estudio u oficina que funge como administración de la finca y el comedor en relación directa con la cocina; en el resto del cuerpo se disponen las habitaciones sin una jerarquía en la que se entre a diferenciar una en particular, como sí sucede en la arquitectura contemporánea con las alcobas principales de las viviendas (Imagen 590).

Imagen 590. Casa finca, Chinchiná, Caldas.



Imagen 590. Casa finca, Chinchiná, Caldas. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

En cuanto a la ubicación de la vivienda del agregado o mayordomo, de depósitos y otros espacios de apoyo a las actividades productivas, los cuales en muchos casos hemos encontrado haciendo parte de la casas de bahareque de las fincas medianas, en el caso de las haciendas estos componentes se localizan edificaciones aledañas haciendo parte integral del núcleo construido de la finca (Imágenes 591 y 592).

Imagen 591. Casa agregado finca La Palma, Marsella, Risaralda. Imagen 592. Otras edificaciones del núcleo construido, finca La Argentina, Marsella, Risaralda.



Imagen 591. Casa agregado finca La Palma, Marsella, Risaralda. Imagen 592. Otras edificaciones del núcleo construido, finca La Argentina, Marsella, Risaralda. Fuentes: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

En la variante de dos pisos en las casas de bloque único de las haciendas, a diferencia de las de un nivel, tienen como particularidad la generación de dos ámbitos independientes, uno social en el primer nivel y uno privado en el segundo (Imagen 593). La primera planta obra como filtro de las tensiones funcionales que se producen en el predio y como el punto de contacto con los flujos provenientes del medio externo de la finca, en tanto que la segunda planta solo recibe parte de los mismos, lo que la define como un área con cierto grado de aislamiento, propicia para las actividades pasivas de descanso y contemplación (Imagen 594).

Imágenes 593 y 594. Casa finca La Chagra, Pereira, Risaralda.



Imágenes 593 y 594. Casa finca La Chagra, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Por su parte, las casas en “L” de un piso, lo mismo que sus homólogas de bloque único o “I” ubicadas en las haciendas, conjugan sus espacios sociales y privados en la misma planta, pero por las características de su forma compuesta, estos ámbitos tienden a localizarse por separado, uno en cada cuerpo y de acuerdo con la necesidad específica del propietario; de esta manera y teniendo como base el carácter indiferenciado de los espacios que integran el esquema arquitectónico, si este necesita más espacios para el encuentro emplea el cuerpo más largo y en el corto emplaza las habitaciones, y de manera contraria, si la necesidad de estancias para el descanso es mayor (Imagen 595).

Imagen 595. Casa finca Villa María, Pereira, Risaralda.



Imagen 595. Casa finca Villa María, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Es importante comentar que por regla general, la arquitectura rural de bahareque al igual que la urbana, utiliza las puertas simultáneamente como medio de acceso y dispositivo para la captura de iluminación y ventilación de los espacios que la integran; esto explica por qué solemos encontrar una mayor cantidad de puertas sobre el corredor, en comparación con el número de ventanas, las cuales operan como mecanismo de toma de aire y luz de los recintos, cuyo acceso no se produce directamente desde esta banda de circulación, sino a través de las circulaciones internas que de manera alterna se desarrollan para unirlos con los espacios que sí disponen de comunicación directa con el corredor (Imagen 596).

Imagen 596. Casa finca La Bengala, Montenegro, Quindío.



Imagen 596. Casa finca La Bengala, Montenegro, Quindío. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Los espacios que integran estos volúmenes pueden llegar a presentar varias puertas, dos que desde lados opuestos los vinculan con el corredor y hasta una tercera que los conecta internamente con la serie de recintos que se ubican en hilera; también se da el caso de espacios hasta con cuatro puertas, los cuales obran como un hall de repartición entre la circulación que se da al interior de los espacios y el corredor (Ilustración 30). Se debe mencionar también cómo encontrar puertas y ventanas a la vez, puede ser un indicio de intervenciones realizadas posteriormente a la construcción de estas casas, debido a que en la mayoría de los casos las ventanas no se ubicaban en espacios cuyo acceso, aireación e iluminación estaban garantizados por medio de las puertas (Imagen 597).

Ilustración No. 30. Accesos y circulaciones entre espacios y el corredor.



Ilustración No. 30. Accesos y circulaciones entre espacios y el corredor. Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.
Elaboración: Arq. Henry Crujería Reina.

Imagen 597. Planta arquitectónica casa finca La Rivera, Ríofrío, Valle del Cauca.

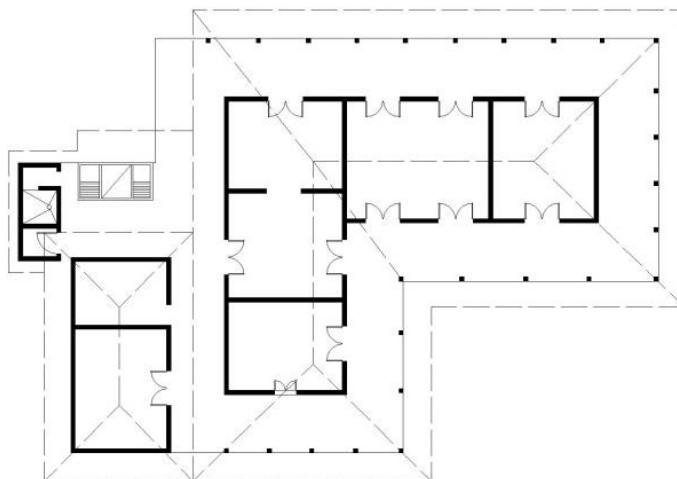


Imagen 597. Planta arquitectónica casa finca La Rivera, Ríofrío, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

En las casas de bahareque con forma en “L” de un nivel, las puertas tienden a localizarse sobre los segmentos de corredor ubicados en la cara interior del volumen que conforma la tipología, y por la que en la mayoría de los casos estudiados, se produce el acceso a estas viviendas; estos recintos y la apertura que generan hacia los mencionados segmentos del corredor, le imprimen fuerza a la tensión espacial que origina la casa sobre el espacio semicerrado adyacente, y más intensidad aún a las diferentes fugas visuales que desde este punto específico del emplazamiento y desde los espacios que lo rodean, se producen sobre la finca y los paisajes circundantes (Imagen 598).

Imagen 598. Casa finca La Rivera, Ríofrío, Valle del Cauca.



Imagen 598. Casa finca La Rivera, Ríofrío, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

En lo referente al contacto que establecen estos volúmenes en “L” con el exterior, la incorporación de ciertos espacios atípicos como estares y porches – construidos originalmente o en intervenciones posteriores–, resultado de la influencia que han ejercido ciertos patrones de la vida urbana sobre los esquemas espaciales tradicionales de la arquitectura regional de bahareque, que se construyó en los ámbitos rurales del PCC y que como se puede observar, contribuyen al disfrute de los paisajes y de las calidades ambientales que albergan. Cabe hacer énfasis en los espacios de estar, los cuales por lo general se localizan sobre los extremos del cuerpo más largo de los dos que conforman dicha tipología, con la finalidad de obtener visuales panorámicas de 180° que no sería posible tener desde los puntos intermedios de los cuerpos mencionados (Imágenes 599 y 600).

Imagen 599. Casa finca Valdivia, Pereira, Risaralda. Imagen 600. Casa finca Villa María, Pereira, Risaralda.





Imagen 599. Casa finca Valdivia, Pereira, Risaralda. Imagen 600. Casa finca Villa María, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Por su parte, las casas de hacienda en “L” de dos pisos, logran con más fuerza y facilidad el dominio visual sobre todo o parte del predio, además de una mayor jerarquía que las casas de un nivel con forma en “L” sobre el núcleo construido de la hacienda, por ser esta la edificación que más sobresale en altura dentro del conjunto. La elevación que produce la superposición del segundo cuerpo sobre el inicial de la primera planta, unido al efecto que produce la envolvente del corredor con su apertura, convierte el segundo nivel de estas casas y en particular a esta banda de circulación en un belvedere, en una estancia lineal privilegiada, intermedia entre el exterior y el mundo íntimo de las mismas (Imágenes 601 y 602).

Imagen 601. Casa finca Bruselas, Armenia, Quindío. Imagen 602. Planta arquitectónica segundo piso, casa finca Bruselas, Armenia, Quindío.



Imagen 601. Casa finca Bruselas, Armenia, Quindío. Imagen 602. Planta arquitectónica segundo piso, casa finca Bruselas, Armenia, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico rural, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Imagen 607. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Adicionalmente, en estas casas en “L” de dos pisos, la segunda planta se utiliza exclusivamente por parte de sus propietarios, nada diferente a lo que sucede en las casas de bloque único de dos pisos de este mismo segmento, o en las fincas de dos pisos en “I” y en “L” existentes en las fincas medianas. En cuanto a la primera planta, se ha podido comprobar que en unos casos por su tamaño, esta es utilizada para usos mixtos, como albergue del personal que labora en la finca, para el “alimentadero” –especie de restaurante familiar que funciona en las fincas medianas y haciendas para la alimentación de los trabajadores– y para algunos depósitos, con la constante de la vivienda del agregado en una casa aledaña (Imágenes 603 y 604); también en otras haciendas este nivel se destina

de manera exclusiva a usos sociales como la sala, el comedor, otros salones auxiliares y, eventualmente, a algunas habitaciones para huéspedes.

Imágenes 603 y 604. Casa finca La Palma, Marsella, Risaralda.



Imágenes 603 y 604. Casa finca La Palma, Marsella, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Una constante también en las casas en “L” de dos pisos, es el desarrollo del corredor en ambos niveles y por todo el perímetro del volumen que conforma la tipología (Imagen 605); sin embargo, es difícil encontrar intacta esta banda de circulación en la gran mayoría de las casas, debido a ampliaciones de los espacios existentes o a la adición de nuevos volúmenes para el funcionamiento de baños, cocinas o habitaciones; un ejemplo de esta situación lo podemos observar en la planta arquitectónica del primer piso de la finca Bruselas (Imagen 606).

Imagen 605. Casa finca, Pereira, Risaralda. Imagen 606. Planta arquitectónica 1er piso, casa finca Bruselas, Armenia, Quindío.

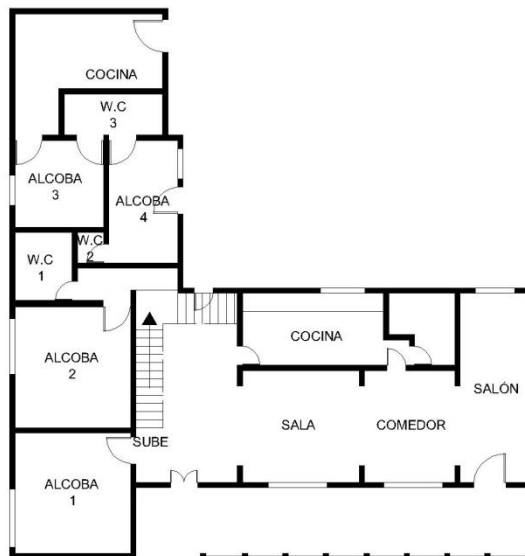


Imagen 605. Casa finca, Pereira, Risaralda. Fuente: Libro Arquitectura de la Colonización Antioqueña, Tomo IV Risaralda, Néstor Tobón Botero. Imagen 606. Planta arquitectónica 1er piso, casa finca Bruselas, Armenia, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico rural, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

En estas casas de dos pisos se replica la idea del estar ubicado en el extremo del cuerpo más largo de la tipología, de la misma manera que se da en

las casas de un piso con forma de “L”, pero teniendo como variante que este se repite en ambas plantas dando pie a un espacio de remate del corredor, propicio para la permanencia y el encuentro de quienes habitan cada nivel (Imágenes 607 y 608).

Imágenes 607 y 608. Casa finca, Pereira, Risaralda.



Imágenes 607 y 608. Casa finca, Pereira, Risaralda. Fuente: Libro Arquitectura de la Colonización Antioqueña, Tomo IV Risaralda, Néstor Tobón Botero.

Finalmente, dentro de este recorrido por las tipologías de número presentes en el minifundio, en la finca mediana y en la hacienda, se esboza un breve panorama de las denominadas tipologías compuestas en forma de “U”, “T” o “F”, las cuales se presentan con más énfasis en las haciendas.

En primer lugar, la que más recurrencia tiene de estas tres tipologías, la que presenta forma de “U”, por su particular configuración da lugar ya no al espacio semicerrado adyacente que caracteriza la tipología en “L”, sino a una especie de patio central sin confinar por uno de sus lados, el cual por su forma tiene la facilidad de aglutinar con especial fuerza las dinámicas de los espacios

que lo rodean (Imagen 609); esta dinámica que inicialmente se percibe concentrada sobre dicha especie de patio central, simultáneamente tiene la posibilidad de fugarse hacia el corredor perimetral a través de los espacios que lo rodean y por intermedio de este hacia el entorno, confirmando la naturaleza transparente de una arquitectura a la que en algún momento podría dársele el calificativo de cerrada (Imagen 610).

Imagen 609. Casa finca El Naranjal, Santuario, Risaralda. Imagen 610. Planta arquitectónica casa finca El Naranjal, Santuario, Risaralda.

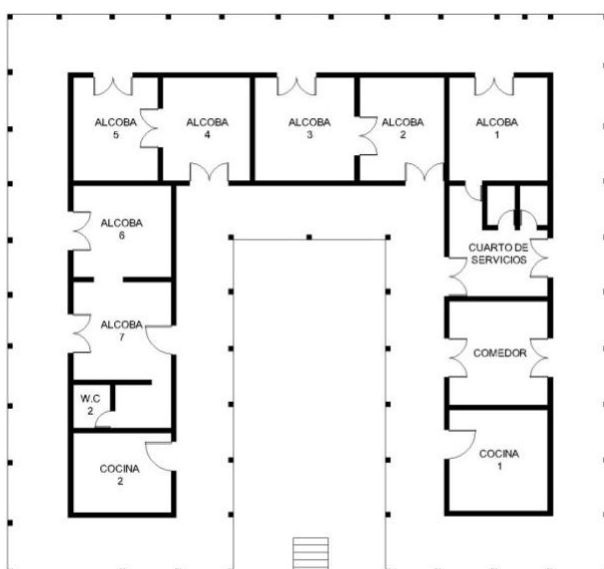


Imagen 609. Casa finca El Naranjal, Santuario, Risaralda. Imagen 610. Planta arquitectónica casa finca El Naranjal, Santuario, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Imagen 615. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Las casas en “U” se observan por lo general de un piso de altura, desarrollando esquemas arquitectónicos como siempre de tipo lineal al interior de los cuerpos que conforman la tipología, en los que se distribuyen usos de tipo social y privados, los primeros usualmente sobre uno de los cuerpos paralelos, y los segundos en los dos restantes.

Esta particular configuración da pie a un espacio íntimo que se sustrae del entorno natural, que confirma la proximidad de esta tipología con la espacialidad que se constituye alrededor del patio en la casa urbana, lo que hace alusión directa a la naturaleza híbrida de su esquema espacial; igualmente, observamos cómo la fuga visual cerrada que se produce desde el patio de estas casas, se enfoca sobre una parte específica del medio rural (Imagen 611), dejando a la envolvente exterior constituida por el corredor, la función de establecer contacto con los paisajes que se definen en su periferia.

Imagen 611. Casa finca Nápoles, Montenegro, Quindío.



Imagen 611. Casa finca Nápoles, Montenegro, Quindío. Fuente: Libro Arquitectura de la Colonización Antioqueña, Tomo III Quindío, Néstor Tobón Botero.

La tipología en “T” se observa de una manera esporádica dentro de las zonas principal y de amortiguamiento del PCC, y como al igual que la tipología en

“U”, esta comúnmente desarrolla el corredor por los ocho lados de los tres cuerpos que la integran, entre los que siempre sobresale el cuerpo perpendicular más corto, el cual se observa por lo general libre en el primer piso dando lugar a un estar, y en el segundo nivel a una especie de altillo, utilizado como alcoba o estudio (Imagen 612).

Imagen 612. Casa finca Belén de Umbría, Risaralda.



Imagen 612. Casa finca Belén de Umbría, Risaralda. Fuente: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Se da otra versión de casa de bahareque con forma en “T”, en la que la planta inferior no se presenta libre, sino dando cabida a una zona social cerrada que en algunos casos se prolonga con un porche adicional que le da énfasis a su carácter como punto de encuentro (Imagen 613). No se observan casas en “T” con dos pisos de altura sobre la totalidad de los cuerpos que integran sus volúmenes.

Imagen 613. Casa finca, Chinchiná, Caldas.



Imagen 613. Casa finca, Chinchiná, Caldas. Fuente: Libro Arquitectura de la Colonización Antioqueña, Tomo II Caldas, Néstor Tobón Botero.

Finalmente, nos encontramos con la más atípica de las tipologías compuestas que hacen presencia en las haciendas, como es la casa con forma de “F”, que a diferencia de la de forma en “T”, tiene la tendencia a desarrollar los dos niveles en la totalidad de los cuerpos que la conforman. Cabe observar que en estas casas se dispone de una gran área en cada planta, cuyas funciones y usos no difieren de los que hemos podido observar en las demás tipologías de dos pisos, presentes en este segmento de la propiedad rural (Imágenes 614 y 615).

Imágenes 614 y 615. Casa finca Santa Clara, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.

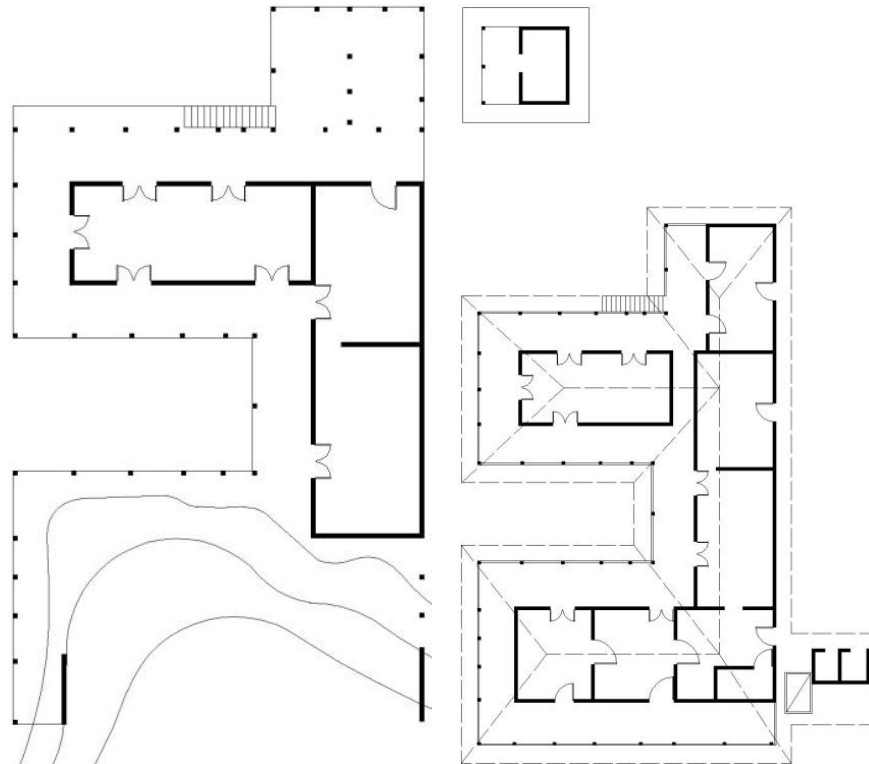




Imágenes 614 y 615. Casa finca Santa Clara, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuentes: Inventario de patrimonio arquitectónico de Risaralda, IPAR Fase 2, Sociedad Colombiana de Arquitectos Risaralda. Libro Arquitectura de la Colonización Antioqueña, Tomo IV Caldas, Néstor Tobón Botero.

Se tiene cómo las casas en “F” desarrollan una morfología híbrida entre las tipologías en “U” y en “L”, al contar con un patio central sin confinar por uno de sus lados característico de la primera, así como con el espacio semicerrado propio de la segunda. También se debe tener en cuenta que el corredor solo se desarrolla por los siete lados que tienen que ver con los cuerpos perpendiculares, dejando el flanco trasero del cuerpo transversal sin la banda de circulación como medio de contacto con el exterior (Imágenes 616 y 617).

Imágenes 616 y 617. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca, Valle del Cauca.



Imágenes 616 y 617. Plantas arquitectónicas 1er y 2do piso casa finca, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

3.3.3 El corredor perimetral como interfase en la dinámica espacial de la vivienda rural de bahareque

Para dar paso a la discusión sobre el corredor en las casas de bahareque ubicadas en el medio rural, es fundamental remitirnos a lo planteado cuando iniciamos la reflexión sobre el corredor en las casas urbanas en un aparte anterior, y que tiene que ver con los tres tipos de espacios básicos que componen una organización espacial (Saldarriaga, 1996): son estos los espacios que se destinan al “uso”, los que sirven exclusivamente para la “circulación” y los que funcionan como elemento “articulador”, teniendo en el patio uno de sus más representativos exponentes.

Esta triada de espacios como se ha podido comprobar, también interviene en la modelación del esquema arquitectónico de la casa rural de bahareque, pero con la variante que significa que el espacio articulador o patio se presenta abierto por uno o varios de sus flancos, actuando como punto de contacto entre la edificación y el núcleo construido de la finca, al igual que como un elemento de transición entre dicho núcleo y las áreas productivas del predio. Este patio desempeña un papel determinante en la recepción de los flujos provenientes del exterior de la finca, y también como su punto de partida (Imagen 618). En contraste, las viviendas urbanas de bahareque y sus diferentes tipologías se presentan envolviendo dicho espacio articulador, delimitándolo conjuntamente con los cerramientos laterales o posteriores de sus lotes, dando lugar a patios de carácter cerrado que solo entran en contacto de manera directa con el paisaje urbano y rural cuando los desniveles de la topografía lo permiten (Imagen 619).

Imagen 618. Casa finca La Secreta, Pijao, Quindío. Imagen 619. Casa Pijao, Quindío.





Imagen 618. Casa finca La Secreta, Pijao, Quindío. Imagen 619. Casa Pijao, Quindío. Fuentes: Inventario de patrimonio arquitectónico rural, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia - Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

En cuanto al corredor, como parte fundamental de dicha triada, se observa que este adquiere el mismo carácter dual que en las viviendas urbanas, en que además de constituir el espacio de circulación por el que se conectan los recintos que integran las diferentes tipologías, funge como punto de contacto con el medio externo, recibiendo tanto los flujos que se producen al interior de la finca, como los provenientes de la vereda o de otros lugares más distantes. Igualmente, adquiere las características de un nodo en el que se concentra gran parte de las tensiones funcionales que se producen en la finca, después de haber pasado el filtro del patio –muchas de estas se diseminan previamente entre los diferentes componentes del núcleo construido de la finca –, impactando el corredor solo las que tienen que ver con las funciones y usos asignados por los habitantes de las casas de bahareque (Imagen 620).

Imagen 620. Casa finca San José, La Celia, Risaralda.



Imagen 620. Casa finca San José, La Celia, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Se puede afirmar entonces que en la casa rural de bahareque el elemento que establece el vínculo entre el corredor y el medio externo es el patio, en tanto en la casa urbana el papel de conector con la calle lo asume el zaguán, centrándose en el patio la función de aglutinar el esquema espacial y de capturar el aire y la iluminación para los espacios que integran la vivienda.

Así, el corredor con el carácter dual mencionado, se convierte en el espacio por medio del cual los recintos que componen las diferentes tipologías rurales tejen su vínculo con el medio externo, no solo por la comunicación de índole físico que permite establecer, sino por constituir la envolvente desde la que se produce una relación visual potente con los paisajes cafeteros que rodean los emplazamientos de estas casas. En tal sentido, el vínculo aludido solo lo puede facilitar un espacio de las características y la flexibilidad del corredor, en el que se combinan funciones concernientes a la circulación y la permanencia que resulta de la adaptación y apropiación como espacio de encuentro por parte de sus habitantes (Imágenes 621, 622, 623 y 624).

Imagen 621. Casa finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Imagen 622. Casa Finca Valdivia, Marsella, Risaralda. Imagen 623. Casa finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Imagen 624. Casa finca El Naranjal, Pereira, Risaralda.

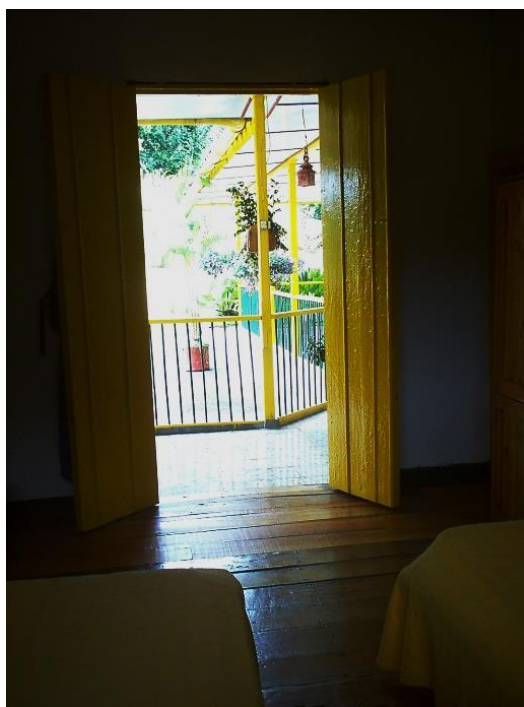


Imagen 621. Casa finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Imagen 622. Casa Finca Valdivia, Marsella, Risaralda. Imagen 623. Casa finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Imagen 624. Casa finca El Naranjal, Pereira, Risaralda. Fuente imagen

Se determina, por consiguiente, el corredor como un espacio de tipo lineal, continuo e indiferenciado, permeado en todos sus segmentos y en los niveles en que se desarrolla por la presencia de flujos y de eventos de estancia, asociado con los usos y jerarquía de los recintos que se ubican sobre su interior.

Cabe recordar entonces lo observado páginas atrás, acerca de cómo en las casas de bahareque del minifundio se suple la inexistencia de espacios específicos para el comedor y la sala, desarrollando sus funciones sobre el corredor (Imagen 625), mientras que en las casas de bahareque de las fincas medianas se observan la sala y el comedor incorporados dentro del esquema espacial, y en algunos casos el comedor como un recinto independiente contiguo al corredor; en lo relacionado con las casas de las haciendas, el corredor adquiere el carácter de espacio alterno sobre el que se prolongan los recintos internos que poseen para el encuentro social, siendo además propicio por su apertura y configuración para el desarrollo de actividades pasivas relacionadas con la contemplación y el descanso, para lo cual adicionalmente se complementa con espacios de estar y porches, los cuales como se pudo observar anteriormente, fungen como extensiones de dicha banda de circulación (Imagen 626).

Imagen 625. Casa finca Las Violetas, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 626. Casa finca Villa María, Pereira, Risaralda.



Imagen 625. Casa finca Las Violetas, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 626. Casa finca Villa María, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Se puede concluir en dirección con lo anterior, que en las casas de bahareque del minifundio el corredor asume funciones que van más allá de su función primaria de espacio de circulación, y que son vitales para los habitantes de la casa, proveyendo las áreas para la alimentación y el encuentro de la familia en medio de la cotidianidad de la finca; por su parte, en las casas de las fincas medianas y en las haciendas el corredor se caracteriza, además, por recibir y conducir los flujos hacia los espacios que integran su esquema arquitectónico, por ser un espacio eminentemente social.

En este orden de ideas, es pertinente recurrir a la “noción” de interfase o ecotono, que se utilizó al analizar el corredor en las casas urbanas, y que según Rubén Pesci, “describe el punto de contacto (o el área y factor de interrelación) entre dos o más ecosistemas” (1999, p. 52), para entender el papel del corredor

perimetral en las casas rurales de bahareque, como espacio en que se interrelacionan dos sistemas: el primero concerniente a la casa y su esquema espacial, y el segundo al núcleo construido y a los lotes productivos de la finca, teniendo en este último el patio como un elemento central.

En dicha dirección, Pesci también plantea que, en estos puntos de contacto entre ecosistemas pueden tener lugar dos tipos de interfaces: “activas o sociales” y “pasivas o predominantemente físicas”, razón por la cual, al observar las características del corredor como espacio de encuentro e interrelación de los sistemas casa de bahareque-finca cafetera, su naturaleza dual, su papel de elemento aglutinante, al igual que las dinámicas de intercambio y de elaboración de información que en él se generan, se pueda precisar la existencia de una interfase activa que reafirma el valor de la casa de bahareque y, en particular, de su envolvente perimetral como nodo de la experiencia humana en los paisajes cafeteros (Imágenes 627, 628 y 629).

Imagen 627. Casa finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 628. Casa finca La Chagra, Pereira, Risaralda. Imagen 629. Casa finca San José, La Celia, Risaralda.





Imagen 627. Casa finca El Confital, Belén de Umbria, Risaralda. Imagen 628. Casa finca La Chagra, Pereira, Risaralda. Imagen 629. Casa finca San José, La Celia, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

De igual modo, el corredor al asumir el rol de una interfase activa, permite la recepción, circulación, elaboración y retorno de información, produciendo un fenómeno de comunicación de doble vía entre los espacios que integran la casa, así como entre esta y las diferentes áreas y edificaciones que componen el núcleo construido de la finca; igualmente, facilita el flujo de información entre la casa y la totalidad de lotes productivos que integran el predio. Todo ello reafirma la condición del corredor como un nodo en que se tejen las relaciones de las personas que habitan las casas de bahareque, y simultáneamente, estas se entrecruzan con la experiencia de quienes moran en las otras edificaciones que integran los núcleos construidos de los predios rurales, dando lugar a la urdimbre social que caracteriza las fincas y a los pequeños mundos que estas representan.

Se entiende entonces el corredor como un espacio que le imprime una especial dinámica a las casas de bahareque presentes en las fincas, y a sus áreas aferentes, consecuencia de los procesos de apropiación social mencionados; a su

vez, se plantea como un componente espacial que permite que el interior de estas casas se vea permeado con la potente presencia de los paisajes que se tejen en las inmediaciones y en el entorno distante de las fincas. Tenemos entonces, que los cuerpos contruidos que conforman las diferentes tipologías –en “I”, en “L”, en “U”, en “T” y en “F”–, en cuyos flancos está ausente el corredor, no logran relacionarse física y visualmente de manera tan fluida con sus áreas adyacentes y con los paisajes que se dibujan a su alrededor, no obstante presenten ventanas u otro tipo de aberturas para el logro de ese propósito (Imágenes 630 y 631).

Imagen 630. Casa finca La Ventana, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 631. Casa finca Buenos Aires, Pereira, Risaralda.



Imagen 630. Casa finca La Ventana, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 631. Casa finca Buenos Aires, Pereira, Risaralda.
Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

La inexistencia del corredor y la negación que ello sugiere hacia alguno de los flancos de las casas, indica la presencia de visuales poco atractivas, en particular las que tienen que ver con el ascenso de las laderas tras las edificaciones o con los cortes efectuados a los terrenos para su emplazamiento. Del mismo modo, las áreas exteriores adyacentes hacia las que se cierran los volúmenes como resultado de la ausencia del corredor, se observan sin actividad y apropiación por parte de los habitantes de las casas. Tal falta de registro visual hace que estas áreas sean propicias para la ubicación de zonas de servicio compuestas por cocinas alternas, baños y áreas de lavado de ropa, o para la localización de construcciones en muchos casos improvisadas, utilizadas para el desarrollo de actividades relacionadas con la productividad de la finca.

Por su parte, el corredor dependiendo del nivel en que se ubique, permite el desarrollo de diferentes formas de apropiación y de usos. Así, en el primer piso de las casas del minifundio y la finca mediana, se presentan funciones de índole más utilitaria relacionadas con las actividades productivas, en las que se interactúa con personas ajenas a la familia propietaria, mientras que en las casas de las haciendas mayoritariamente, este se destina a funciones de índole social y de complemento a los recintos destinados al encuentro ubicados en sus primeras plantas. En cuanto a la banda perimetral de circulación en el segundo piso, esta se dedica en los tres segmentos de la propiedad rural –minifundio, finca mediana y hacienda– a usos privados de la familia y al desarrollo de actividades de carácter pasivo, relacionadas con el descanso y la contemplación. Narrando los acontecimientos del corredor en las casas de bahareque, la arquitecta Beatriz García relata lo siguiente:

...todos tenían que recorrerlo, pues estaba claramente limitado por las paredes de los cuartos que a él desembocaban y por la baranda de delgados listones de madera que los separaba del patio. Además de servir de circulación, era el sitio donde se soñaba con tierras lejanas al mirar el horizonte, el sitio de la soledad y del recogimiento... (García, 1995, p. 39).

Los corredores y los tramos que los integran según el desarrollo que adquieren sobre los contornos de las diferentes tipologías rurales, se presentan dispuestos de dos maneras básicas: enfrentados entre sí, o abiertos plenamente hacia el entorno. Las tipologías en “U” o en “F” con los espacios semicerrados que conforman –cerrados por tres de sus lados y abierto por uno–, disponen en paralelo dos tramos del corredor, concentrando sus tensiones de tipo funcional y visual sobre los cuerpos construidos de la misma casa (Imagen 632); por su parte, en los tramos de corredor que se despliegan en el resto de los contornos de las tipologías mencionadas, dichas tensiones se fugan sobre los paisajes circundantes (Imagen 633).

Imagen 632 y 633. Casa finca El Naranjal, Santuario, Risaralda.



Imagen 632 y 633. Casa finca El Naranjal, Santuario, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

La tipología en “L” por su parte, conforma un espacio semicerrado – confinado por dos de sus lados y abierto por los otros dos– con dos tramos de corredor perpendiculares que al no estar enfrentados, hacen que las tensiones que se producen en la casa se fuguen sobre el entorno y simultáneamente generen una especial tensión sobre el espacio adyacente que configuran (Imagen 634); igual sucede con los dos espacios semicerrados que se ubican en los lados opuestos de la tipología en “T” y con los corredores perpendiculares con forma de L que los rodean. Finalmente, se debe observar cómo la tipología de bloque único o “I” presenta cuatro tramos de corredor abiertos plenamente en sus contornos, que permiten la fuga de las tensiones funcionales y visuales que se producen al interior de la casa hacia todas sus áreas aferentes, lo mismo que en pos de los paisajes que se modelan en su entorno.

Imagen 634. Casa finca Las Camelias, Quimbaya, Quindío.



Imagen 634. Casa finca Las Camelias, Quimbaya, Quindío. Fuente: Inventario de patrimonio arquitectónico rural, Facultad de Arquitectura, Universidad La Gran Colombia, sede Armenia.

Entendiendo entonces el corredor como una interfase activa que con sus dinámicas espaciales y funcionales actúa simultáneamente como límite y vínculo entre los sistemas casa de bahareque - finca cafetera, vemos cómo esta se concreta con mayor elocuencia en los tramos de corredor que rodean los espacios semicerrados conformados por las tipologías en “U”, “T”, “F” (Imagen 635), al igual que en la tipología en “L” (Imagen 636 y 637), presentándose con menor fuerza en

los restantes segmentos de estas tipologías y en los que integran el corredor en la tipología de bloque único o “I”.

Imagen 635. Casa finca La Equis, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 636. Casa finca La María, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 637. Casa finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.





Imagen 635. Casa finca La Equis, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 636. Casa finca La María, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 637. Casa finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente imagen 635. Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, Diana Rodríguez equipo patrimonio natural. Fuente imágenes 636 y 637. Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Lo anterior explica por qué en las casas con tipologías compuestas en “U”, “T”, “F”, lo mismo que en las casas en “L”, el acceso se produce por alguno de los tramos de corredor que rodean los espacios semicerrados, y de una manera excepcional, por los costados opuestos a estos; en cuanto a la tipología de bloque único o “I”, lo más común es que el acceso se determine con menos fuerza que en las demás tipologías y se produzca por alguno de los dos tramos más largos, siendo menos frecuente la entrada por los segmentos más cortos.

A diferencia del corredor de las casas urbanas que se despliega por el contorno interno de los volúmenes envolviendo el patio, lo mismo que por el flanco que da hacia el solar del cuerpo transversal en las casas con forma en “C” y en “O”, en las viviendas de bahareque de las fincas este puede llegar a presentarse sobre todos los flancos de los volúmenes que conforman las diferentes tipologías, dando lugar a que todos los espacios que los conforman puedan entrar en contacto por dos de sus lados con la banda de circulación y a través de ella con el medio externo (Imagen 638), y los que se ubican en los extremos por tres de sus caras (Imagen 639), cualidad que redunda entre otros aspectos, en un fluido contacto entre el interior y el entorno cercano y lejano, así como en mejores

condiciones de iluminación y ventilación para estas edificaciones, si se comparan con sus homólogas urbanas.

Imagen 638. Casa finca El Naranjal, Santuario, Risaralda. Imagen 639. Casa finca El Rosal, Pereira, Risaralda.



Imagen 638. Casa finca El Naranjal, Santuario, Risaralda. Imagen 639. Casa finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En síntesis, el corredor en la tipología de bloque único o “I” puede aparecer en su presentación más básica, desplegado sobre uno de los flancos más largos, seguido en otros modelos de un segundo o tercer tramo ubicados sobre los lados más cortos del bloque; finalmente, encontramos el cuarto segmento en las casas más grandes dando cierre al circuito descrito por la envolvente.

En la tipología en “L” lo más usual es encontrar el corredor dispuesto sobre los dos tramos del lado interno del volumen; también se observan ejemplos donde estos se extienden sobre el contorno de su parte externa; los tramos laterales de longitud inferior se desarrollan en modelos que buscan enlazar los lados anterior y posterior del corredor, evitando así el paso a través de los espacios que de manera alineada conforman estas edificaciones.

En cuanto a la tipología en “U”, el modelo básico desarrolla los tres tramos perimetrales del espacio semicerrado, para seguidamente encontrar algunos ejemplares en los que se incorporan los segmentos correspondientes a los lados más cortos; por último, se observan las tres partes que conforman el corredor sobre el perímetro externo.

La tipología en “T” se presenta de manera básica desarrollando los tramos de corredor que envuelven los dos espacios semicerrados ubicados a cada lado, unidos por el fragmento corto frontal; igualmente, se observan modelos que desarrollan los dos tramos cortos laterales y otros donde aparece la sección posterior cerrando el circuito de la envolvente.

Por último, la tipología en “F” desarrolla inicialmente los tramos de corredor correspondientes al perímetro del espacio semicerrado, para luego encontrar modelos en los que se suman los dos segmentos cortos adyacentes; otros modelos comprenden los restantes dos fragmentos a manera de L con la fracción corta aferente, pero sin incluir el flanco posterior en donde el corredor por lo general nunca se despliega (Cuadro No.5).

Cuadro No.5. Cuadro síntesis tipologías rurales.

TIPOLOGÍA EN "I"				
TIPOLOGÍA EN "L"				
TIPOLOGÍA EN "U"				
TIPOLOGÍA EN "T"				
TIPOLOGÍA EN "F"				

Cuadro No.6. Cuadro síntesis tipologías rurales. Fuente: Concepto: Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración propia. Digitalizó: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

3.4 El patio como centro de las tensiones funcionales y como elemento aglutinante de las dinámicas productivas de la finca cafetera

3.4.1 El patio en la vivienda rural. De la cuenca mediterránea a la Nueva Granada y su materialización en la finca cafetera del centro occidente de Colombia

El patio cerrado, conformado en su perímetro por edificaciones y algunos cerramientos, ha estado presente desde tiempos antiguos como patrón tipológico

en la solución arquitectónica de las explotaciones rurales en muchos lugares del orbe, brindando a sus habitantes la posibilidad de una vida intramuros amparados de la directa intemperie y, al tiempo, pudiendo estar en contacto con ella a voluntad y de manera controlada. Así, era posible el disfrute del firmamento en las noches despejadas o de los cálidos rayos del sol durante el invierno, al igual que estar protegidos de la radiación solar en los tiempos de estiaje, de los fríos vientos del invierno, o de la inseguridad presente en los campos con motivo de la inestabilidad política de algunos momentos de la historia.

De esta manera, durante siglos el patio se destacó por su aporte al propósito de congregar y articular las relaciones funcionales de los núcleos contruidos de los asentamientos rurales productivos. Se tiene registro de su presencia, ordenando el esquema espacial de las villas rústicas romanas en la Europa mediterránea y desde allí se desarrollan hasta, tiempos más próximos, en la península ibérica, donde se materializan formando parte esencial de los cortijos, haciendas y lagares que hoy se observan en España, tras siglos de perfecta asociación con la triada mediterránea del trigo, la vid y el olivo. Igualmente, observamos las haciendas durante la colonia española en América, como el último eslabón del esquema espacial con patio cerrado de la historia cercana, el cual daría paso a los patios abiertos de las fincas que dominarían desde el siglo XIX hasta el presente, los paisajes de la zona cafetera del centro occidente de Colombia.

Nos encontramos entonces con la villa rústica romana, modelo de explotación rural que se reproduce por el vasto territorio imperial como hecho arquitectónico, resultante del origen agrario de su sociedad y del estrecho vínculo que esta construyó en sus diferentes capas con el campo a lo largo del tiempo: “La sociedad romana, sin embargo fue agraria en sus orígenes, y el espíritu conservador y libertario de los granjeros independientes y de los sirvientes

públicos sobrevivió en una parte de los intelectuales romanos del final de la República y comienzos del Imperio” (Ackerman, 2006, p. 40).

La villa asociada a las actividades productivas del campo –como se pudo precisar cuando analizamos lo concerniente al origen de las galerías o logias perimetrales en apartes anteriores– alcanzó dos estadios de desarrollo: el primero concerniente a una edificación para el trabajo muy austera y esencial, que recibiría la denominación de villa rústica: y el segundo, referente a una villa de funciones combinadas entre rústica y urbana, en la cual el patio tuvo un papel determinante al ser el punto de articulación de los espacios que configuraban sus diferentes zonas, igualmente por su rol como elemento ordenador de las dinámicas funcionales presentes en las mismas.

Tenemos así que en la villa rústica los espacios de apoyo a las actividades agrícolas, así como los recintos para la habitación del “vilicus”⁶⁴ y para las cuadrillas de esclavos, no se diferenciaban de las áreas donde se alojaba el propietario en sus cortas visitas de supervisión. Era una edificación para el trabajo donde no había lugar para lo suntuario o el disfrute de los paisajes rurales, como sí pasaba en las villas ubicadas en los suburbios de las ciudades, y también sucedería en las villas de funciones combinadas que se desarrollarían para la explotación de la tierra; respecto a las villas rústicas, retomamos la descripción de la villa Boscoreale efectuada por David S. Ackerman:

Almacenes, prensas y establos convivían entre las mismas paredes que los confortables y a menudo lujosos alojamientos del propietario. En la llamada Villa de Publio Fannio Sinistor en Boscoreale, cerca de Pompeya, las habitaciones de propietario se distribuían en torno a un peristilo central columnado y había un baño en la zona este, mientras que el oeste de la entrada era una habitación para la fabricación de vino y aceite. Lo que parece haber sido un establo y cocinas se disponía en frente del patio de entrada hacia el este. Las cuadras y posiblemente otros elementos estaban a un nivel inferior, y había un segundo piso sobre la cocina, y quizás en algún otro sitio (2006, p. 49).

⁶⁴ Mayoral - esclavo especializado (Ackerman, 2006, p. 41).

Se observa en la descripción la contundente presencia del patio que se materializa en el peristilo y en la *Celia Vinaria*, componentes que de forma evidente asumen un papel fundamental dentro del esquema espacial y de las dinámicas de habitación y de uso presentes en la villa rústica de Boscoreale. En esta se hace alusión al peristilo, pudiéndose deducir su rol como elemento articulador en torno al cual se despliega el corredor y la vivienda del propietario, integrada por las habitaciones o *cubicula*, y por espacios de servicio como el comedor, la cocina y el baño, además de algunos espacios de apoyo a las actividades productivas, como el cuarto de depósito para los instrumentos rústicos y el cuarto de prensa para el vino. Se menciona también otro patio donde se localizaba la *Celia Vinaria*, que servía para la ubicación de las vasijas donde se fermentaba el vino y fungía como foco de la dinámica espacial de una zona de servicio en la que se ubicaban los alojamientos de los esclavos – *cubiculas*-, cuartos para prensas, para el molino de mano y para el molino aceitero y finalmente, el espacio del *nobilarium* por el que se daba paso a la *era* y a través de esta, a las parcelas del *fundus* (Imagen 640).

Imagen 640. Planta primer nivel, Villa Boscoreale, Pompeya.

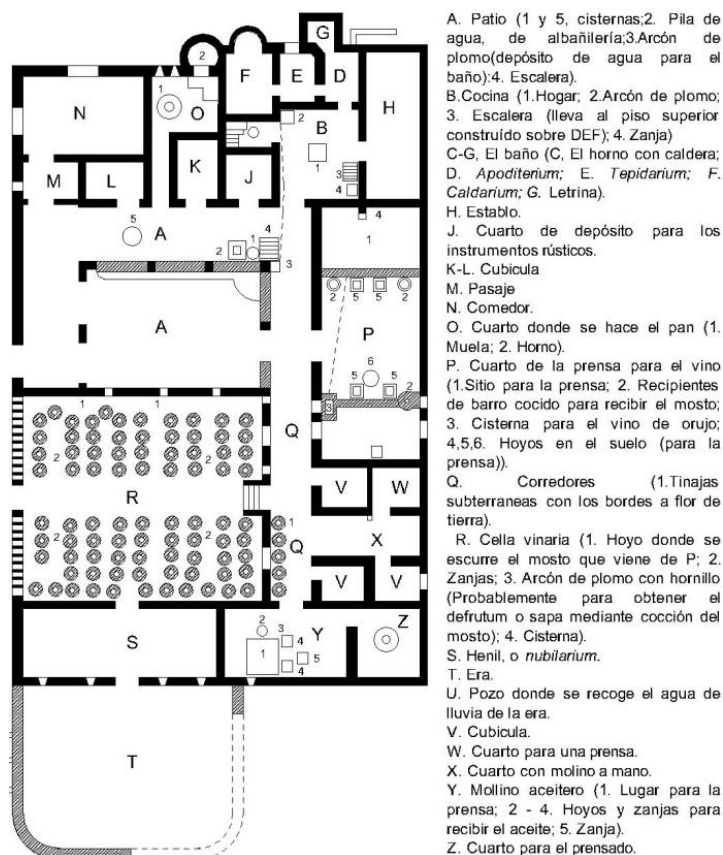


Imagen 640. Planta primer nivel, Villa Boscoreale, Pompeya. Fuente: <http://www.catedu.es/aragonromano/villae.htm>. Plano procedente de PAOLI, Ugo Enrico: *URBS. La vida en la Roma Antigua*, Barcelona, 1990. Reelaboró Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Por su parte, la villa de funciones combinadas se caracterizó por fundir dentro de un mismo esquema espacial la Domus urbana y la villa rústica, y por ser una evidencia del proceso de hibridación que se produjo al mezclar en una misma edificación dos tipos de habitante: el primero de origen ciudadano o urbano y el segundo de ascendente rural. El primero había asumido el estilo de vida urbana y la capacidad de disfrutar los atributos paisajísticos del campo, sobre la base de una nueva conciencia, la del *otium*: “condición ideal de la vida de campo en las mentes de los romanos de ciudad” (Ackerman, 2006, p. 40), mientras que el segundo se encontraba signado por el esfuerzo de labrar la tierra, y por una mentalidad fundada en un sentido práctico que lo relacionaba de manera utilitaria con su entorno:

La villa San Roco fue construida en dos plataformas de una ladera. La superior estaba ocupada por la residencia o villa urbana, y la inferior por la villa rústica. Ambas contaban con grandes cisternas abovedadas de medio cañón. Los dos bloques rectangulares tenían la misma orientación pero diferentes ejes, y estaban divididos por una calzada que podía cerrarse por motivos de seguridad(...)La villa urbana posterior fue diseñada como una casa de ciudad, con una secuencia axial iniciada por un vestíbulo/porche columnado a la entrada desde la calzada, continuando a través de un peristilo más o menos cuadrado hacia un tablinum también cuadrado (sala de recepción) flanqueado por un triclinium y una exedra y a lo largo de un estrecho pasaje al exterior y una escalera que conducían a la plataforma del nivel inferior.(...) Unos pórticos abiertos al sur y oeste permitían ver el campo y el lejano mar desde lo alto de la plataforma. La villa rustica, más pequeña, al sudeste, tenía dos patios divididos por un largo bloque común para sala de estar y comedor que servía tanto para fines agrícolas (prensas, eras y almacenes) como para albergar la familia (Ackerman, 2006, pp. 49-52).

Observamos en la villa San Roco la presencia recurrente del patio distribuido por diferentes zonas de la edificación, sirviendo como elemento articulador de los espacios emplazados en su perímetro y a la vez como punto de transición y de contacto con el exterior, valiéndose para este propósito de espacios de circulación. Este espacio libre cobra forma en el peristilo de la parte correspondiente a la villa urbana, dentro de un esquema espacial que como se puede ver, adolece del segundo patio que caracteriza las Domus compuesta por Atrio y Peristilo, el cual solía encontrarse en otras villas de funciones combinadas, como es el caso de la villa Settefinestre analizada en un aparte anterior.

También, en el segmento correspondiente a la villa rústica encontramos dos patios: el primero, –patio 2– conectado con el campo circundante por medio del corredor que cruzaba dividiendo los dos componentes arquitectónicos de la villa, y el segundo –patio 1–, emplazado al fondo del primero recibiendo los flujos de circulación provenientes del exterior a través del pasaje que cruzaba el bloque común de uso múltiple. Es evidente el significativo aporte funcional de ambos patios dentro del esquema espacial, al fungir como articuladores de los usos presentes en los espacios que se ubicaban a su alrededor, y como punto de

recepción y distribución de los flujos desde y hacia dichos espacios (Imágenes 641 y 642).

Imagen 641. Planta Villa San Rocco, 75 - 50 a. C. Imagen 642. Vista lado sur oeste Villa San Rocco.

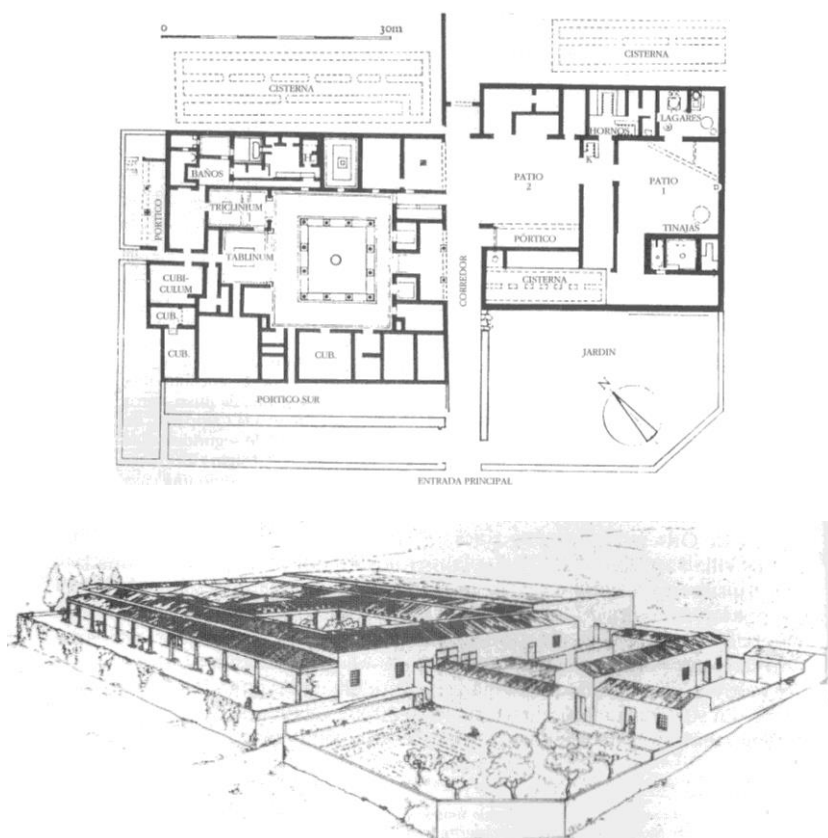


Imagen 641. Planta Villa San Rocco, 75 - 50 a. C. Imagen 642. Vista lado sur oeste Villa San Rocco. Fuente: Libro La Villa. Forma e Ideología de las Casas de Campo, James S. Ackerman.

Son pues las villas un ejemplo de la arquitectura que en la antigüedad dio forma a unos pequeños mundos intramuros, que sirvieron de sustento a la productividad rural de los vastos territorios del Imperio romano, desde la provincia más alejada al oriente, hasta la de Hispania en su extremo más occidental, dejando como impronta de su proceso de desarrollo un modelo arquitectónico rural de patios cerrados alrededor de los cuales orbitó la experiencia de habitación de estas gentes, y que continuaría teniendo sus efectos por siglos en la edificación de los núcleos construidos de las explotaciones rurales:

Aunque la vida civilizada fue difícil después de la caída del imperio romano, cuando reapareció la villa conservó los valores y formas que habían surgido en el siglo culminante de la civilización romana. Antes de las excavaciones de mediados del siglo XVIII en Pompeya, Herculano y otros lugares, los occidentales conocían la villa romana y la ideología asociada a ella exclusivamente a través de fuentes literarias. Pero la manera romana de construir en el campo se mantuvo de modo en parte inconsciente en las granjas mediterráneas y el mundo bizantino, ayudando así a los patronos y arquitectos renacentistas en su esfuerzo por restablecer las formas arquitectónicas de la antigüedad (Ackerman, 2006, p. 68).

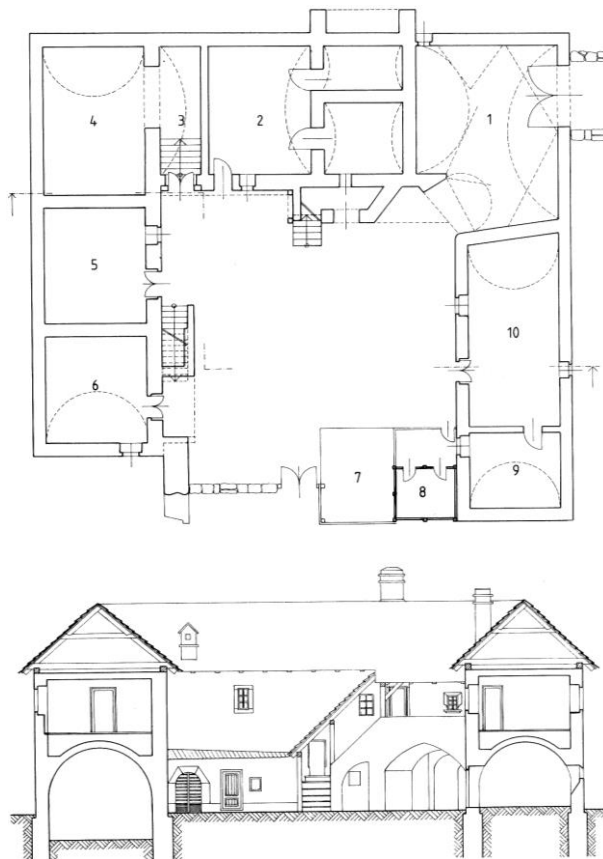
Después de la caída del Imperio romano, la villa de funciones combinadas y su esquema espacial sustentado en la utilización de patios cerrados como el atrio y el peristilo, así como de patios de labor para el apoyo de las actividades agro pastoriles, queda como un modelo que seguiría influenciando la forma de construir en las áreas productivas rurales de la Europa central y mediterránea.

Así, en países como Austria, Alemania, Francia o Suecia, entre otros, tienen lugar edificaciones dedicadas a la explotación agrícola y pecuaria de las áreas rurales, cuya cantidad de patios se simplifica con relación al de sus predecesoras, las villas romanas de funciones combinadas, organizándose en torno a un solo patio en el que se mezclan actividades complementarias de la vivienda de los propietarios y de otros habitantes de la granja, con las de otras construcciones especializadas en funciones agrícolas o relacionadas con el cuidado de animales.

En dicho sentido, es válido tomar como ejemplos el *Vierkant* o el *Viersitenhof*, tipologías de granjas con patios cuadrados o rectangulares delimitados en sus cuatro lados por edificaciones (Spalt, 2004, p. 7) volcadas sobre este foco de actividad y negadas al medio externo, lo que redundaba en una fuerte dinámica interior, a la vez que en un débil contacto con lo que sucedía en su entorno, contacto que durante centurias estuvo limitado a una relación eminentemente utilitaria de aprovechamiento de la tierra (Imágenes 643, 644, 645 y 646). Así, la aproximación desde una mirada mediada por el disfrute, que

develara el paisaje oculto por este tipo de relación, estuvo negada a la vista de la gran mayoría de las gentes que moraban en estas áreas rurales, hasta que más adelante, sociedades urbanas en un grado de conciencia similar al que alcanzaron los romanos en sus villas contemplando la belleza de sus entornos rurales, entraron a retirar ese velo.

Imagen 643. Planta casa Fischer en Senftenberg, Austria. Imagen 644. Sección casa Fischer en Senftenberg, Austria. Imagen 645. Planta granja Delsbohof en Halsingland, Suecia. Imagen 646. Vista granja Delsbohof en Halsingland, Suecia.



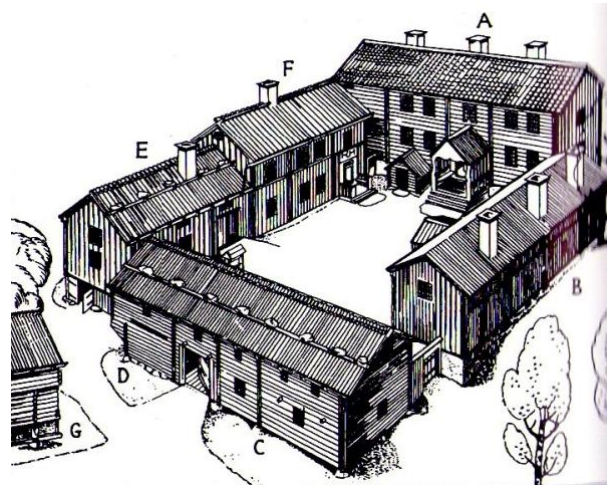
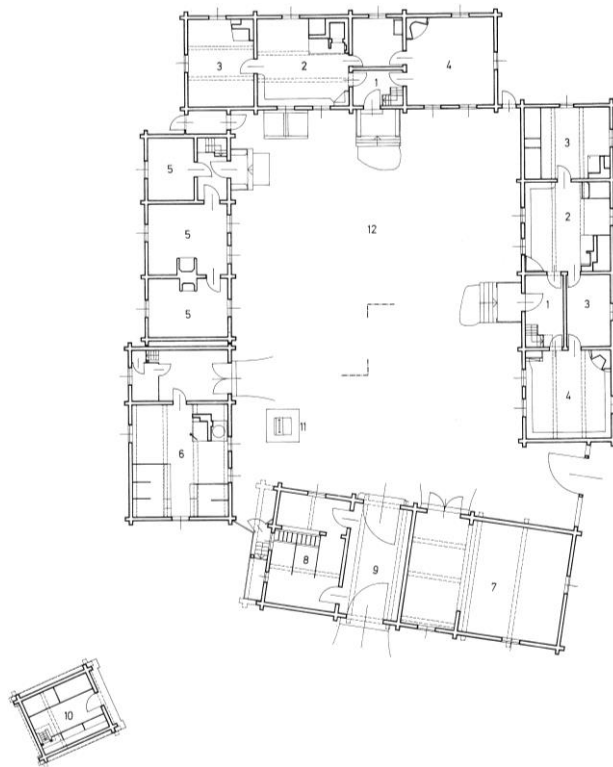
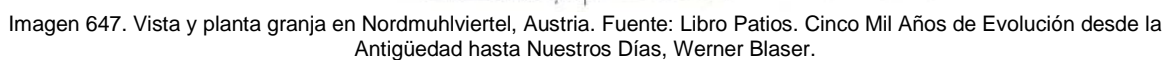


Imagen 643. Planta casa Fischer en Senftenberg, Austria. (1.Entrada-2.Almacén de frutas- 3. Acceso del sótano- 4.Habitación-5.Almacén-6.Establo de vacas-7.Estercolero-8.Porqueriza-9.Establo de vacas-10.Establo). Imagen 644. Sección casa Fischer en Senftenberg, Austria. Imagen 645. Planta granja Delsbohof en Halsingland, Suecia. (1.Vestíbulo- 2.Sala de estar-3.Sala-4.Sala-5.Habitación de invitados-6.Establo de vacas-7.Pajar-8.Establo de caballos-9.Paso- 10.Cobertizos-11.Fuente-12.Patio). Imagen 646. Vista granja Delsbohof en Halsingland, Suecia. Fuente: Libro Patios. Cinco Mil Años de Evolución desde la Antigüedad hasta nuestros días, Werner Blaser.

También, sobre el tipo de granjas en torno a un patio que se desarrollan en Europa desde los inicios de la Edad Media hasta el siglo XIX, se puede aludir al *Deiseitenhof* (Spalt, 2004, p. 7), conjunto arquitectónico donde esta área libre

Imagen 647. Vista y planta granja en Nordmuhlviertel, Austria.



782

de la producción arquitectónica rural en suelo peninsular, periodo sobre el que el arquitecto Rafael Manzano Martos anota lo siguiente:

Poco podemos decir de la casa de la España Visigótica, prolongación de la tardorromana, que en muchos casos se mantendría con simples reparaciones y reformas para acoplarla a los nuevos gustos de los conquistadores, y a los influjos bizantinos que nos llegaría del exarcado establecido en la región suroriental de la Península (...) ...Pero, en definitiva, nada de huellas fehacientes en lo referido a la arquitectura doméstica, que debe sufrir una retracción, ya que la gran arquitectura cae con el Imperio Romano, y todo a su vez quedaría una vez más barrido tras la gran derrota de Don Rodrigo a orillas del Guadalete en el año 711, que iba a alterar bajo la presencia del Islam en España el curso natural de nuestra historia y de nuestra tradición (2002, p. 21).

Nos encontramos por consiguiente con las Almunias que construyeron:

...los emires y califas de Córdoba, (...), relacionándose con una costumbre en el mundo islámico que perdurará en la historia de Al-Andalus. Estas fincas situadas fuera de la ciudad combinaban el carácter de explotaciones agrícolas con el de lugares de reposo y recreo (Momplet, 2008, p. 77),

Estas se caracterizaban por desarrollar una vida intramuros en la que su organización espacial, sus dinámicas funcionales y sus calidades ambientales interiores dependían de los patios, unos de labor especializados en el apoyo a las actividades productivas y otros asociados con las viviendas de sus dueños, en los que se emplazaban espléndidos jardines, especialmente diseñados para el descanso y la contemplación.

Como ejemplo que permite ilustrar las características arquitectónicas que desarrollaron las Almunias, y el papel del patio como eje alrededor del cual orbitaban las dinámicas espaciales de componentes como el dedicado a la vivienda de sus dueños, traemos este texto donde se alude al Castillejo de Monteagudo en Murcia:

El edificio fundamental conservado es el Castillejo de Monteagudo (Murcia), que durante largo tiempo fue considerado obra almorávide, para ser finalmente identificado como un proyecto realizado por Ibn Mardanis, en el que están presentes los aspectos fundamentales que caracterizan la arquitectura mardanisí. Debió ser el edificio principal de una almunia, y es una construcción de planta rectangular concebida como recinto fortificado, que presenta la original solución de ángulos entrantes en las esquinas, entre los torreones con los que remata cada frente. En su interior, las habitaciones se disponen en torno a un patio central de crucero que es el ejemplo más antiguo de su tipo llegado hasta nosotros en la arquitectura hispanomusulmana (Momplet, 2008, p. 115)

Podemos entonces afirmar que dentro de la historia de las explotaciones rurales de la España mediterránea, las Almunias hispanomusulmanas actuaron como un eslabón entre las villas romanas de funciones combinadas y los cortijos, haciendas y lagares, dando continuidad a un modelo arquitectónico basado en patios cerrados en el que, como en el caso especial de las haciendas, se funden patrones espaciales de la vida urbana, con los que durante siglos modeló la vida agro pastoril a través de diferentes culturas:

La gran inversión necesaria tanto para el cultivo del olivo como para la producción del aceite hizo que las fincas olivareras fuesen explotadas, en la mayoría de los casos, directamente por sus propietarios. A esto también coadyuvó la referida proximidad de muchas de estas poblaciones a Sevilla y, sobre todo, el alto rendimiento económico de las mismas, razones por las cuales sus dueños las visitaban con frecuencia. Ello llevó a que un importante elemento de las mismas fuese residencial, el denominado señorío, del que se ha dicho que era una proyección de las viviendas urbanas de sus propietarios y que se convirtieron en símbolos de status y en medios de ostentación de su poder (Recio, 2002, p. 75).

Lo anterior permite visualizar en las haciendas la influencia de la antigua villa romana de funciones combinadas con su esquema híbrido de Domus y villa rústica, y cómo esta se plasma de manera evidente en el esquema espacial y en los componentes construidos de este tipo de explotación rural, constituida en uno de los soportes para la continuidad en la producción de la triada mediterránea del vino, del aceite de oliva y del pan, y que según palabras de Javier Maderuelo, después de veinte siglos continua modelando los paisajes en Andalucía:

La colonización de los territorios conquistados, con sus divisiones territoriales en centurias, trabajados por siervos y esclavos, y la asignación de la propiedad en latifundios, con sus villas, como unidades de producción agrícola, constituyó la primera configuración consciente de unos «paisajes» de los que aún hoy, veinte siglos después, quedan vestigios reconocibles en Andalucía, donde se ha mantenido la explotación de grandes latifundios destinados a monocultivo, explotados por braceros y aparceros, y en los que la antigua villa romana se ha transformado en el actual cortijo (2006, p. 50).

De esta manera, observamos la edificación del señorío con su especial jerarquía cumpliendo un papel similar al de la Domus como lugar de habitación de los propietarios de la hacienda, así como el bien logrado encaje funcional y formal de este componente construido, con el resto de edificaciones y patios de labor existentes en el “caserío” para apoyar las actividades productivas, de la misma manera que su par, la villa rústica. En este sentido, es importante mencionar los cortijos y caseríos especializados en la cría del toro de lidia ubicados en las faldas de Sierra Morena de Jaén a Huelva y en Cádiz, a los que hace referencia el historiador Fernando Olmedo Granados:

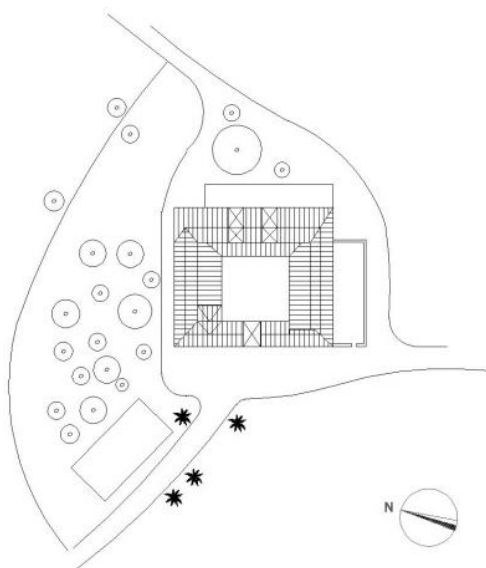
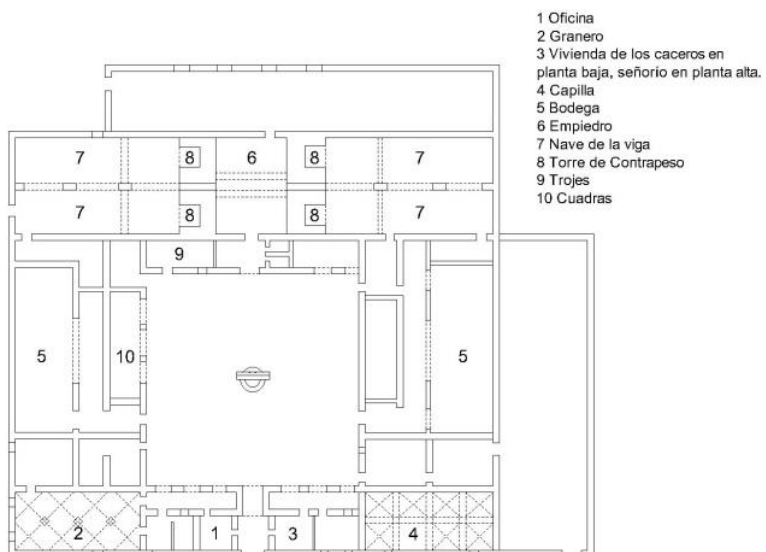
Suelen constar de un núcleo principal de edificios junto con otros secundarios y piezas auxiliares anejas y dispersas por la finca. Dado su tono social y comercial, la casa de los propietarios destaca usualmente con rango de señorío, acompañada de viviendas de trabajadores, cuadras, el tentadero, pieza emblemática de estos conjuntos ganaderos y toda una trama de corrales y cercados. A veces imbrican en grandes explotaciones con tierras de labor y otros aprovechamientos (2002, p. 58).

Sin embargo, en algunos casos la presencia del señorío como elemento de singular importancia es puesta en duda, como sucede en los cortijos cerealistas, los cuales en muchos casos se caracterizan por: “...la presencia ocasional de una residencia diferenciada para los dueños y capillas, alojamientos para la nutrida mano de obra de temporeros, eras, graneros y almacenes para la cosecha y aperos, talleres y extensas dependencias para el ganado... (Olmedo, 2002, p. 56).

Es así como dentro del panorama esbozado sobre la composición espacial de los cortijos cerealistas, de las haciendas olivareras o de los lagares especializados en la producción del vino, resalta la singularidad del patio como espacio que articula los diferentes bloques contruidos y los espacios reservados al uso que los integran, los cuales en conjunto conforman los núcleos destinados a la habitación, a las labores relacionadas con el procesamiento del trigo, de la aceituna y de la vid, como las dirigidas al cuidado del ganado, permitiendo a través de espacios de circulación la comunicación entre ellos, al igual que su diferenciación funcional. Los cortijos localizados desde Guadix a Almería “...coinciden en configurarse, fundamentalmente, a partir de piezas en bloque de dos o más alturas, rematadas por cubiertas de teja, dispuestas en plantas lineales, quebradas o compactas de perímetro irregular, o en torno a patios de angostas proporciones” (Olmedo, 2002, p. 59).

Nos encontramos en este orden de ideas, con haciendas que estructuran su esquema arquitectónico sobre la base de un patio, de la misma manera que las tipologías de granjas centroeuropeas *Vierkant*, *Viersitenhof* y *Deiseitenhof* estudiadas anteriormente, y que disponen todos sus componentes espaciales alrededor de esta área libre central, tanto el señorío con la capilla ubicada usualmente de forma adyacente, como la vivienda del casero, la cual en el ejemplo observado se localiza en la planta baja de esta parte de la edificación (Imágenes 648 y 649). También se emplazan en torno a este espacio la gañanía, las cuadras, los trojes, el guadarnés, bodegas y graneros, además de otros elementos de gran trascendencia para la vida de estas explotaciones rurales como la nave de la viga y la torre de contrapeso, indispensables en el proceso de obtención del preciado aceite (Imágenes 650 y 651).

Imagen 648. Planta nivel de acceso hacienda El Rulo, Lebrija, Sevilla. Imagen 649. Planta de cubiertas, hacienda El Rulo, Lebrija, Sevilla. Imagen 650. Planta nivel de acceso hacienda El Coto, Morón de la Frontera, Sevilla. Imagen 651. Planta de cubiertas, hacienda El Coto, Morón de la Frontera, Sevilla.



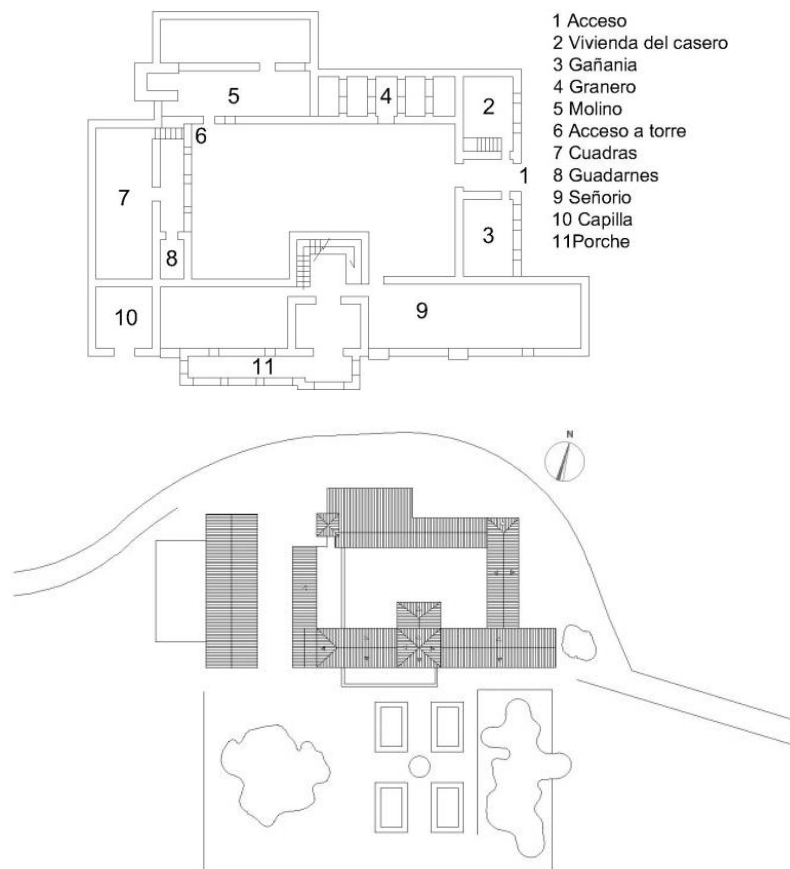


Imagen 648. Planta nivel de acceso hacienda El Rulo, Lebrija, Sevilla. Imagen 649. Planta de cubiertas, hacienda El Rulo, Lebrija, Sevilla. Imagen 650. Planta nivel de acceso hacienda El Coto, Morón de la Frontera, Sevilla. Imagen 651. Planta de cubiertas, hacienda El Coto, Morón de la Frontera, Sevilla. Fuente: Multimedia Cortijos, Haciendas y Lagares, Junta de Andalucía, Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vázquez Osorio.

Se identifican también cortijos, haciendas y lagares en los que la presencia del patio es múltiple, llegando a involucrar dos, tres o más patios, todos definiendo zonas que se estructuran en respuesta a necesidades concretas de los hechos productivos y de habitación existentes en el predio, y asumiendo funciones especializadas con relación a los espacios presentes en su contorno (Imágenes 652 y 653).

Imagen 652. Planta nivel de acceso hacienda de los Ángeles, Alcalá de Guadaira, Sevilla.
 Imagen 653. Planta de cubiertas, hacienda de los Ángeles, Alcalá de Guadaira, Sevilla.

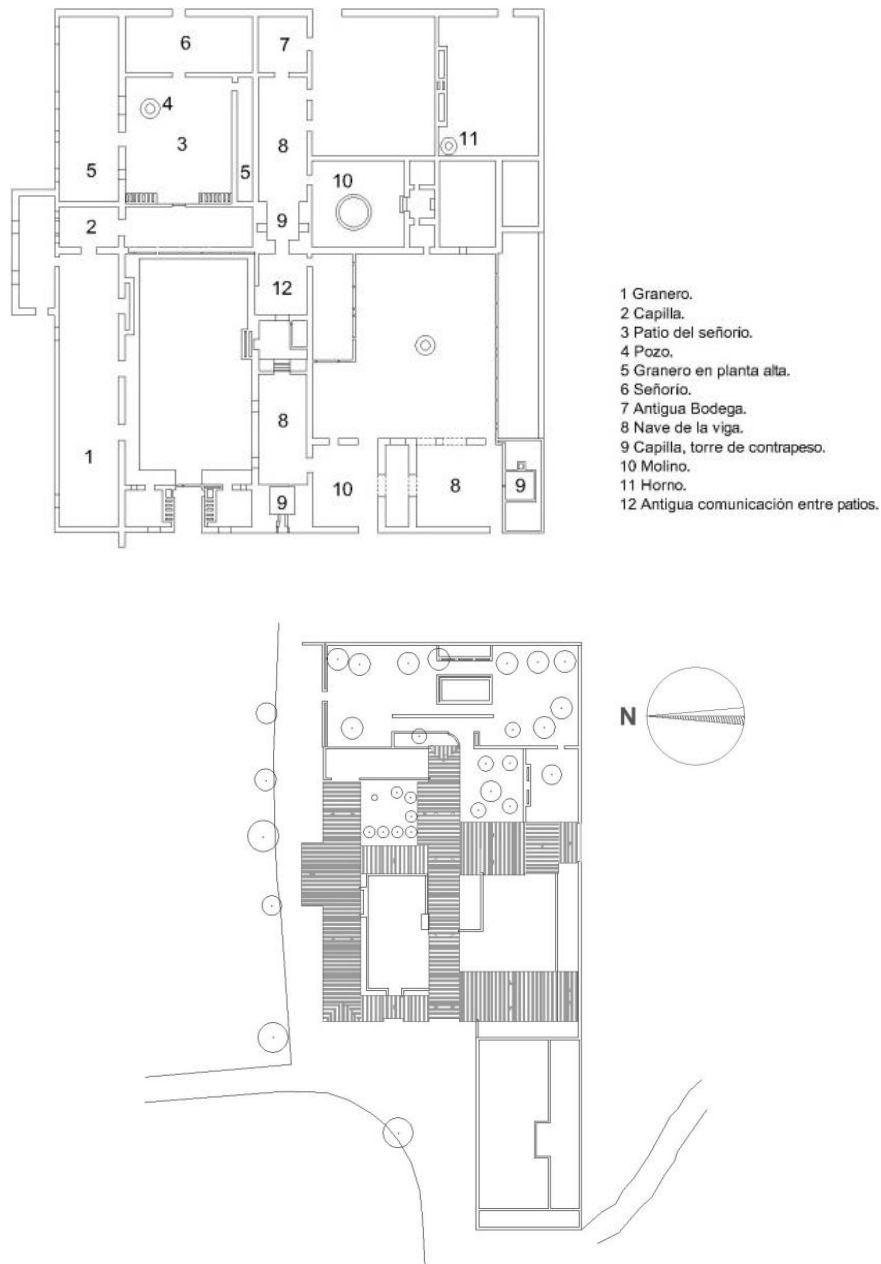
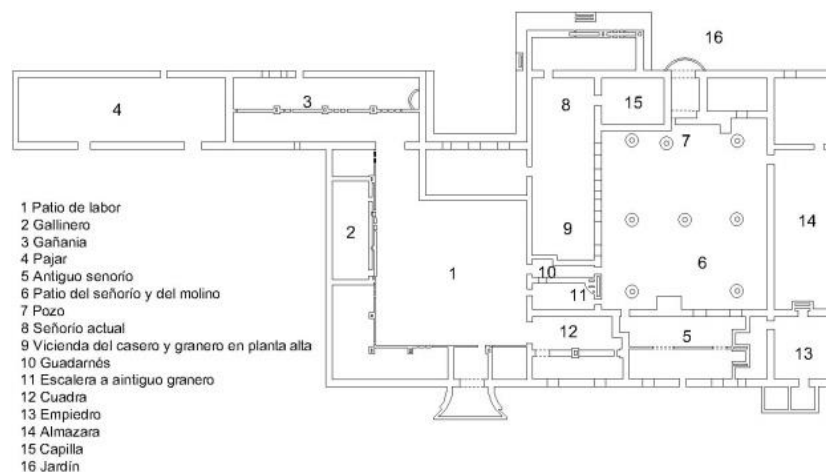


Imagen 652. Planta nivel de acceso hacienda de los Ángeles, Alcalá de Guadaira, Sevilla. Imagen 653. Planta de cubiertas, hacienda de los Ángeles, Alcalá de Guadaira, Sevilla. Fuente: Multimedia Cortijos, Haciendas y Lagares, Junta de Andalucía, Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Tenemos por consiguiente haciendas en las que se presentan dos patios: el primero de labor en contacto directo con las áreas de cultivo y rodeado de espacios de apoyo a las actividades agrícolas, que usualmente varían en su

composición espacial y entre los que es posible encontrarse con recintos como la cuadra, el guadarnés, el gallinero, la gañanía etc., así como la vivienda del casero, la cual como vemos en el ejemplo seleccionado, se ubica en un punto intermedio entre ambos patios; por su parte, el segundo patio se define por ser un espacio de una naturaleza más privada y de un uso mixto, en torno al cual se disponen el señorío, también con la capilla de manera adyacente y la almazara, área especializada en el almacenaje y transformación de la aceituna, y que comúnmente la integran el molino, la nave de la viga, la torre de contrapeso y la nave del almacén (Imágenes 654 y 655).

Imagen 654. Planta nivel de acceso hacienda Adavaque, Carmona, Sevilla. Imagen 655. Planta de cubiertas, hacienda Adavaque, Carmona, Sevilla.



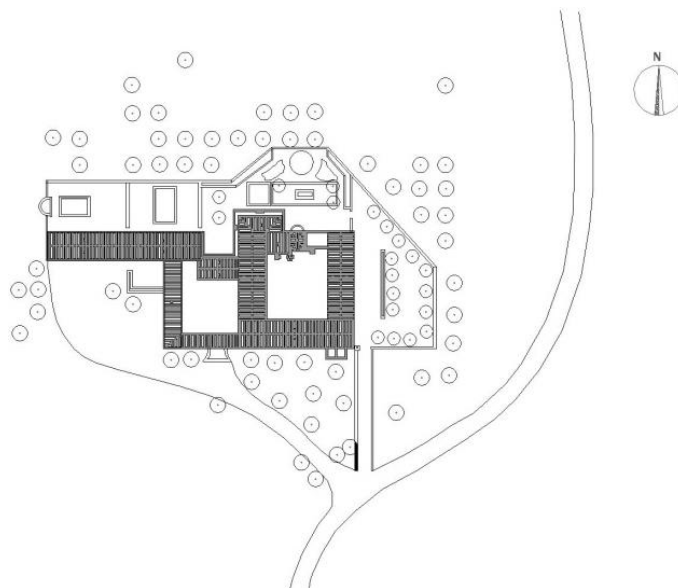


Imagen 654. Planta nivel de acceso hacienda Adavaque, Carmona, Sevilla. Imagen 655. Planta de cubiertas, hacienda Adavaque, Carmona, Sevilla. Fuente: Multimedia Cortijos, Haciendas y Lagares, Junta de Andalucía, Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vázquez Osorio.

Otras haciendas estructuran sus esquemas espaciales sobre la base de tres patios cerrados que desempeñan roles muy definidos en respuesta a las asignaciones funcionales presentes en el conjunto arquitectónico, y que se pueden observar con claridad en el referente escogido para este caso en particular. El primer patio, además de estar rodeado de una serie de espacios indispensables para el apoyo a las dinámicas de producción presentes en el predio como la vivienda del capataz, el tinajo, el lavadero de aceitunas y el molino hidráulico, entre otros, funge como punto de contacto entre el exterior y el interior, y como elemento de transición hacia otro patio de labor más privado que sirve de antesala al acceso del señorío, y en cuyo perímetro se emplazan el granero, el guadarnés, la vivienda del casero y las oficinas.

En el tercer patio, donde el señorío despliega su cuerpo construido conjuntamente con parte del molino, se genera un espacio descubierto interior en el que domina un espíritu introvertido alejado de las rutinas propias de las prácticas agrícolas, y que pone en contacto a quien lo habite con la misma experiencia íntima que se vive en los patios de las casas urbanas. También se

registra la presencia de patios alternos que bordean los perímetros básicos de estos caseríos, y en los que como en el patio ubicado en el lado noreste de la hacienda seleccionada, la gran abertura de uno sus flancos propicia un contacto más directo con los campos circundantes (Imágenes 656 y 657).

Imagen 656. Planta nivel de acceso hacienda San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla. Imagen 657. Planta de cubiertas, hacienda San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla.

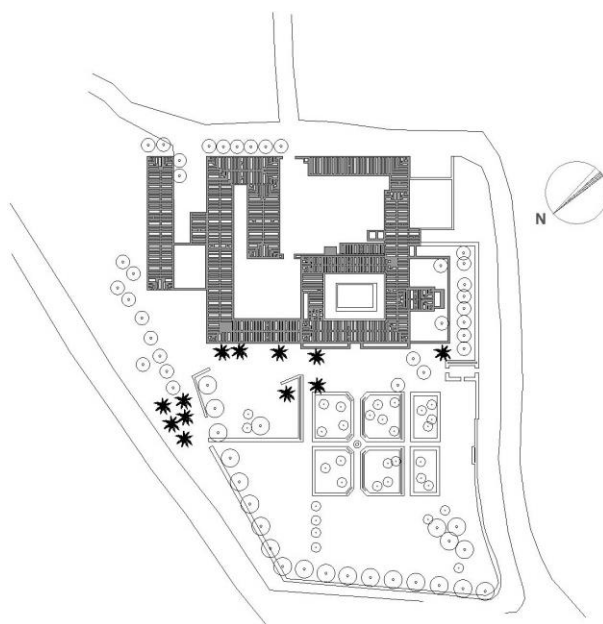
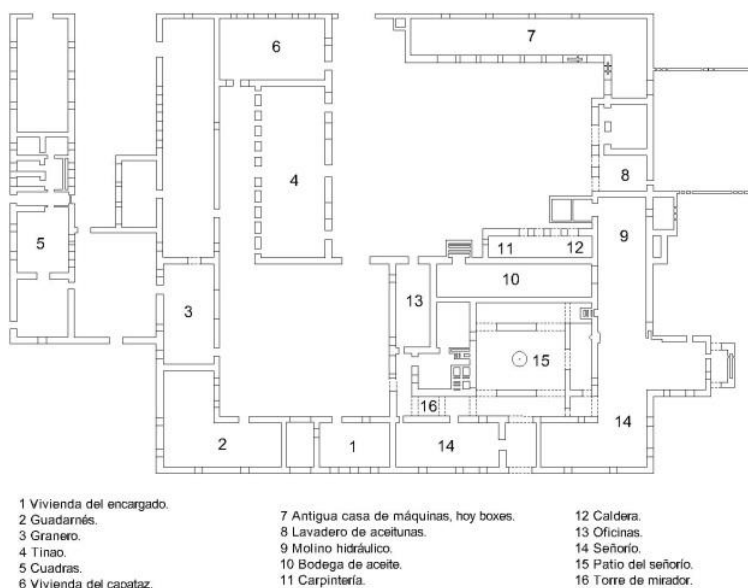
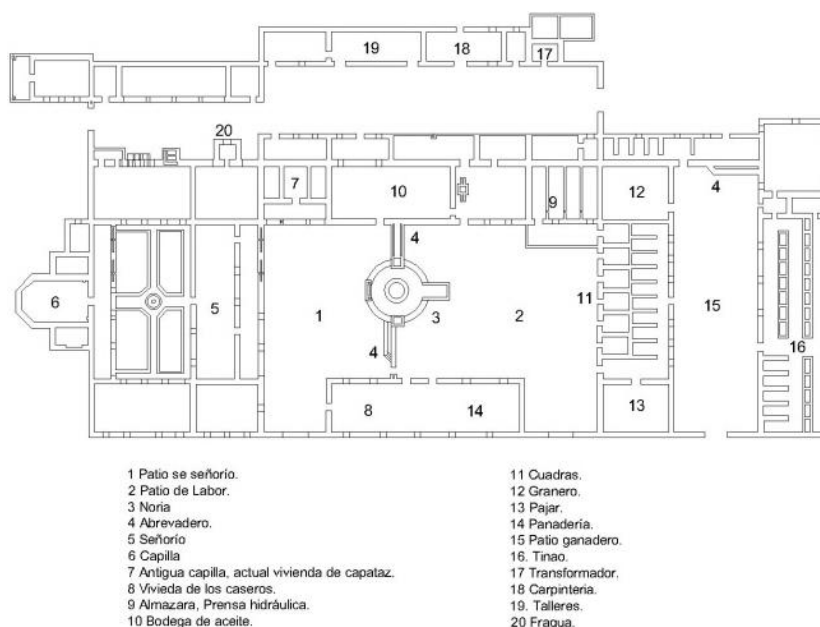


Imagen 656. Planta nivel de acceso hacienda San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla. Imagen 657. Planta de cubiertas, hacienda San Juan del Hornillo, Dos Hermanas, Sevilla. Fuente: Multimedia Cortijos, Haciendas y Lagares, Junta de Andalucía, Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

También, los cortijos aparecen dentro de este rápido panorama con edificaciones en las que las zonas destinadas a la habitación, a la transformación de la producción agrícola y a la estancia y cuidado del ganado se sustentan en patios, tres con acceso directo desde el exterior que en el caso al que se hace referencia se concretan en el patio del señorío, en un patio de labor y en un patio ganadero, así como en claustro de uso exclusivo del señorío. Estos cuatro patios se disponen linealmente sobre un mismo eje y se inscriben dentro de un polígono regular que solo alteran la saliente del volumen de la capilla y un patio longitudinal adosado parcialmente por su lado más largo (Imágenes 658 y 659).

Imagen 658. Planta nivel de acceso hacienda San José de Buenavista o la Cascareja, Coria del Río, Sevilla. Imagen 659. Planta de cubiertas, hacienda San José de Buenavista o la Cascareja, Coria del Río, Sevilla.



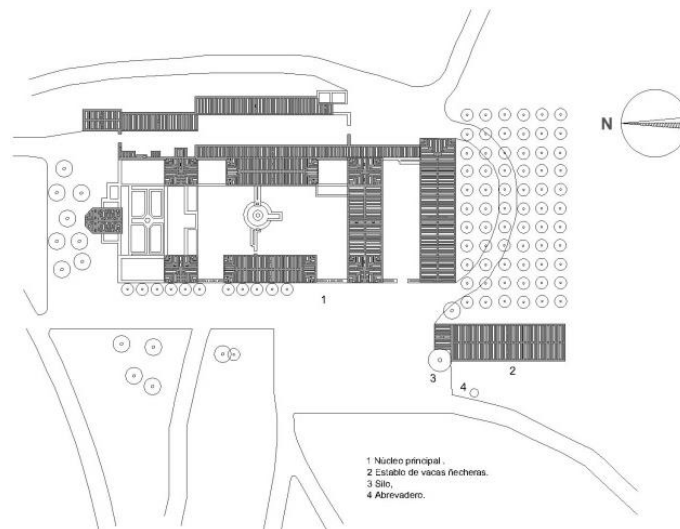


Imagen 658. Planta nivel de acceso hacienda San José de Buenavista o la Cascareja, Coria del Río, Sevilla. Imagen 659. Planta de cubiertas, hacienda San José de Buenavista o la Cascareja, Coria del Río, Sevilla. Fuente: Multimedia Cortijos, Haciendas y Lagares, Junta de Andalucía, Consejería de Vivienda y Ordenación del Territorio. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vázquez Osorio.

Entendemos los cortijos, las haciendas y los lagares como depositarios de una tradición cultural que en Occidente concibió una manera particular de espacialidad para las explotaciones agrícolas, a partir de la utilización del modelo espacial de patios cerrados o interiores, generadores de dinámicas de habitación y de trabajo aisladas visualmente de los paisajes presentes en sus entornos, y que durante el periodo de colonia hispánica se transfiere dentro de la concepción espacial de las haciendas que surgen para satisfacer la demanda de alimentos de la creciente población, en diferentes regiones del suelo americano.

Ya en la década final del siglo XVI la agricultura indígena manifiesta en México su incapacidad para abastecer el mercado en expansión de los centros mineros y de los núcleos urbanos en plena fase de crecimiento tanto en número de asentamientos como de habitantes. Aunque faltan aún estudios seriales completos para toda la centuria, todo parece apuntar a que en algunas zonas de la América española, precisamente aquellas en las que el despoblamiento indígena resultó ser más acusado, se apreció un aumento de la demanda de los productos agrarios manifestado en un alza de los precios y salarios del campo. La hacienda nació, según esta tesis, para cubrir la creciente demanda de un mercado en expansión (Serrera, 2002, p. 214).

De este momento de crecimiento de la explotación agrícola y pecuaria del suelo rural, resultan en América y en particular en México, haciendas semejantes e incluso mayores en tamaño y en cantidad de componentes construidos, que las haciendas y los cortijos presentes en suelo peninsular. En estas, la utilización del patio al igual que en sus antecesores andaluces, se definía como un recurso espacial imprescindible para articular la espacialidad de las zonas dedicadas a la habitación, a la labor en torno a lo agrícola y al cuidado de animales, así como para facilitar la conexión de los espacios de circulación existentes entre estas. Haciendo referencia a la complejidad de estos pequeños mundos rurales que generaron particulares dinámicas espaciales y una forma de vida intramuros, se cita el siguiente texto del historiador Ramón María Serrera Contreras, sobre las características de estas explotaciones agrícolas:

Fuertes muros, altos torreones almenados, iglesia propia, cárcel con cepos y grilletes, lujosas casonas rurales que a veces son auténticos museos, dependencias anexas (depósitos, tiendas, establos, etc.) y una población laboral que ronda los trescientos, quinientos y a veces hasta tres mil empleados, convierten a la hacienda en una unidad compleja, escenario de vida de este privilegiado grupo social que, más que del XVII indiano, parece arrancado de las principales cortes centroeuropeas del Bajo Medievo (2002, p. 219).

Pasando al plano de la Nueva Granada, hallamos una realidad muy diferente a la que se esboza previamente con relación a las haciendas que se desarrollan durante las colonias española en México o Lusa en Brasil. Las explotaciones agrícolas en esta latitud del suelo americano se caracterizan por no haber alcanzado los tamaños de sus homólogas coloniales mexicanas o brasileras, en gran parte debido al aniquilamiento de los indígenas y su reducción, lo que hizo que desde el siglo XVII esta mano de obra quedara “disponible en pueblos o resguardos, si bien ya no para el servicio de los encomenderos, pues podían ser contratados a cambio de un jornal” (Niño, 1996, p. 34), y no tuviera que concentrarse dentro de los límites de los núcleos construidos de estas formas de explotación rural; también se debe agregar que las haciendas neogranadinas

tampoco llegaron a tener la fastuosidad y las calidades estéticas de las que se construyen en los mencionados lugares de la América colonial:

La casa grande de las haciendas de caña de azúcar brasileñas, y la gran casa de hacienda mexicana, representan una concentración de poder económico y una sofisticada estratificación social que no tuvieron lugar en la Nueva Granada. En la primera el uso masivo de esclavos de origen africano, y en la segunda la aglomeración de mano de obra indígena muy abundante, crearon necesidades de albergue y lugares de trabajo comparativamente enormes en relación con lo ocurrido en tierras Neo-granadinas. En ambos casos existió el auténtico lujo arquitectónico y el goce de lo realmente estilístico. La casa de hacienda Neo-granadina es, por comparación cándida y sencilla (Tellez, 1998, p. 26).

Las haciendas en la Nueva Granada se desarrollan sobre el mismo esquema de patios cerrados proveniente de las villas romanas de funciones combinadas (Imagen 660), pero no en la cantidad que los utilizaron haciendas como las mexicanas, las cuales por la extensión de sus tierras y por la gran cantidad de habitantes, llegaron a adquirir tamaños enormes, debiendo por consiguiente recurrir a un número considerable de patios que les permitiera la articulación de los espacios que conformaban las diferentes zonas de habitación, las zonas de labor para apoyo de las faenas agrícolas y las zonas relacionadas con la manutención de ganado.

Imagen 660. Casa en las vecindades de Corrales, Boyacá.

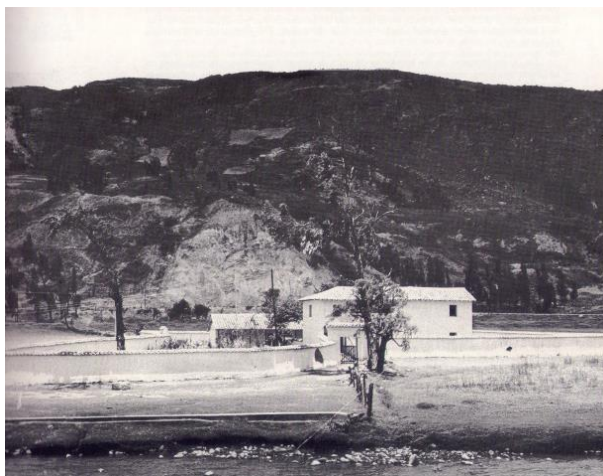


Imagen 660. Casa en las vecindades de Corrales, Boyacá. Fuente: Libro Crítica e Imagen, Vol. I, Germán Téllez.

Guardadas las proporciones, el esquema arquitectónico de las haciendas neogranadinas se configuró –como se observó cuando analizamos el proceso de transferencia del corredor a la arquitectura regional de bahareque – de dos maneras dependiendo de su ubicación geográfica: la primera en las tierras altas o frías y la segunda en las bajas o cálidas.

Los núcleos contruidos de las haciendas que se localizaban en las tierras altas, por lo general desarrollaron una vivienda cuyos espacios y esquema funcional se estructuraron en torno a un patio, propiciando dinámicas de habitación volcadas hacia el interior, de manera similar a las que se generaban en torno a los peristilos y atrios de las villas romanas, o a las presentes en los claustros de los señoríos de las haciendas y cortijos peninsulares (Imagen 661).

Imagen 661. Hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca.

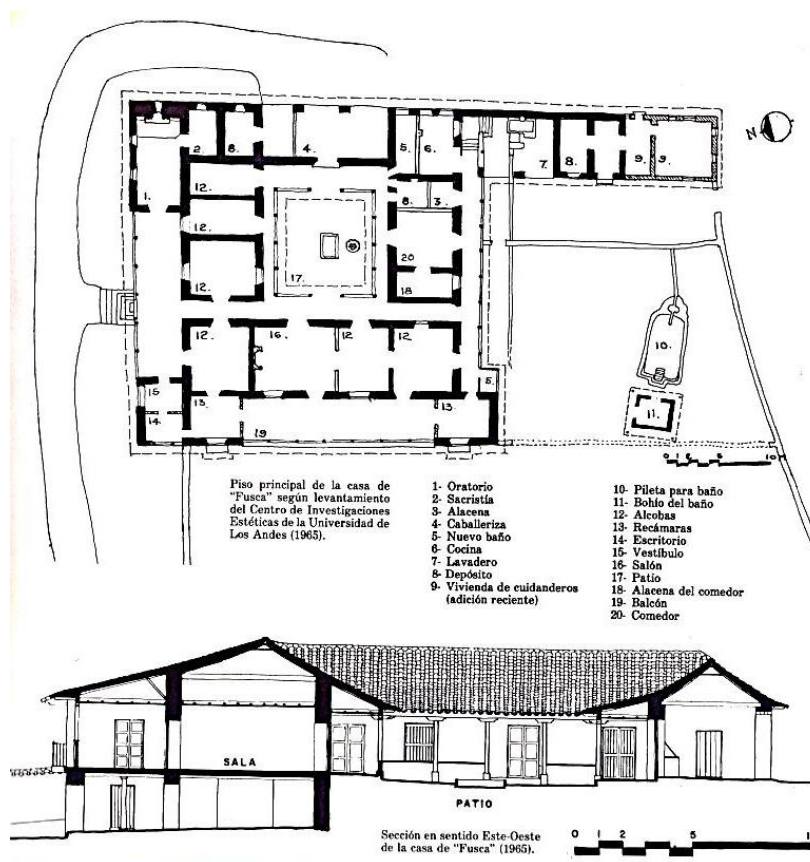


Imagen 661. Hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca. Fuente:
[http://lauravision.com/LUGARES/HACIENDAS/Fusca/content/Hacienda%20Fusca%20\(3\)_large.html](http://lauravision.com/LUGARES/HACIENDAS/Fusca/content/Hacienda%20Fusca%20(3)_large.html)

Como elemento jerárquico, el patio cumplía la función de articular los diferentes espacios que componían la casa principal, al tiempo que servía para cohesionar las relaciones que se tejían en torno a la vida privada de sus habitantes; dicho patio actuaba además como un espacio articulador que ponía en contacto la intimidad de las habitaciones, de las salas y/o salones presentes en el esquema espacial de la edificación, con otros patios y por su intermedio, con

áreas de labor en muchos casos de gran tamaño, que se ubicaban en el perímetro de las edificaciones, necesarias para el desarrollo de las faenas agropecuarias (Imágenes 662 y 663).

Imágenes 662 y 663. Dibujo planta y sección en sentido Este-Oeste. Fotografía patio. Casa hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca.





Imágenes 662 y 663. Dibujo planta y sección en sentido Este-Oeste. Fotografía patio. Casa hacienda de Fusca, Torca, Cundinamarca. Fuente: Libro Crítica e Imagen, Vol. I, Germán Téllez.

En este sentido, el arquitecto Germán Téllez, citando el caso de la hacienda de Fusca, ubicada en Chía Cundinamarca, y haciendo alusión a la casa de patio neogranadina y su ascendente europeo, comenta lo siguiente: “Fusca no es otra cosa que una discreta y gentil continuación de la antiquísima tradición del patio mediterráneo, entendido como espacio interior íntimo, opuesto en carácter y forma al horizonte abierto del campo circundante” (1998, p. 34).

Como en Fusca, la vivienda de muchas de las haciendas neogranadinas se convertía en el elemento central de otras zonas que se configuraban alrededor de patios, y que al tiempo o de manera progresiva, iban siendo definidas por otras edificaciones destinadas a la vivienda de los encargados, de los trabajadores y para la realización de actividades de apoyo a las faenas agrícolas y ganaderas; también se configuraban combinando bloques construidos y segmentos de muro;

o se conformaban solo con la construcción de cerramientos de tapia, adobe o piedra, llegando a constituir un conjunto de patios por lo general ortogonales, en los que además de los usos antes citados, se emplazaban jardines para el descanso y recreo de los propietarios, tentaderos para el entretenimiento con toros de lidia, referencia que reafirma entre otras tantas el ascendente con los cortijos ganaderos ibéricos (Imagen 664).

Imagen 664. Muros casa Suescún, Tibasosa Boyacá.



Imagen 664. Muros casa Suescún, Tibasosa Boyacá. Fuente: Libro Crítica e Imagen, Vol. I, Germán Téllez.

En Suescún conviene hacer abstracción de algunas adiciones modernas (...) que han roto la delicada fisonomía volumétrica de la casa. Se conserva, en cambio, en

gran parte, un vital complemento arquitectónico que en muchos otros casos desgraciadamente se ha perdido: Los muros periféricos que envuelven la casa en una serie de espacios complementarios y otorgan a su acceso un especial carácter, indirecto y pleno de sugerencias visuales. Los muros del entorno de Suescún reanudan en la Nueva Granada la tradición hispánica que crea en torno de los cortijos una vestidura blanca que protege la casa y le otorga intimidad y misterio (Téllez, 1998, p. 42).

Por su parte, los núcleos construidos de las haciendas ubicadas en tierras bajas desarrollaron sus viviendas en bloques constituidos por espacios alineados, en los que se prescindió del patio y se recurrió al corredor perimetral para desarrollar el esquema de circulación, obteniendo adicionalmente la iluminación y la ventilación, así como un medio de transición con el exterior, que en climas cálidos o calientes como en los que se ubicaban estas edificaciones, resultó ser de suma utilidad para su confort climático. De esta manera se generaban recintos que podían entrar en contacto por intermedio de la banda de circulación con sus áreas aferentes, usualmente constituidas por patios destinados a labores suplementarias del agro y a jardines, al igual que con los paisajes que se delineaban en planos más distantes (Imagen 665).

Imagen 665. Hacienda Japio, Santader de Quilichao, departamento del Cauca.



Imagen 665. Hacienda Japio, Santader de Quilichao, departamento del Cauca. Fuente: <http://www.proclamadelcauca.com/2012/06/el-proximo-viernes-caloto-estara.html>.

En cuanto a los patios que intervenían en la organización del conjunto edificado de estas haciendas, se configuraban lo mismo que en las ubicadas en tierras altas, localizando sobre sus perímetros otras edificaciones complementarias a las funciones productivas, a las que dependiendo del caso, se añadían muros para acabar de configurar los patios; sin embargo, durante un momento que no se puede precisar con exactitud, se comienza a prescindir de los mencionados cerramientos, lo que tiene como efecto que los patios que daban unidad a sus núcleos construidos entraran a tener una gran transparencia y, por consiguiente, pleno contacto con los paisajes ubicados en sus periferias (Imagen 666).

Imagen 666. Hacienda Piedechinche, departamento del Valle del Cauca.



Imagen 666. Hacienda Piedechinche, departamento del Valle del Cauca. Fuente: Fotografía Otto Moll
<http://www.valleonline.org/tiki-index.php>

En esta dirección, Germán Téllez plantea, refiriéndose a la hacienda Calibío localizada en Popayán, departamento del Cauca, cómo esta “conserva, al menos parcialmente, sus muros circundantes, sensiblemente ausentes en otras casas de hacienda caucanas y vallecaucanas, bien sea por haber sido demolidos, o más frecuentemente, por carecer de ellos originalmente” (1998, p. 54).

Es pues este estadio del desarrollo formal y funcional de la hacienda colonial localizada en climas cálidos, fundamentado en el esquema espacial de patios abiertos, el que termina impactando la manera como se conciben y toman forma los núcleos contruidos de las fincas en el territorio del PCC, durante el proceso de poblamiento que sucede durante el siglo XIX y parte del XX. Se rompe entonces con la tradición milenaria de una vida intramuros, en que el cotidiano de las explotaciones agrícolas estudiadas acontecía aislado visualmente de su entorno, y mediado por una relación estrictamente funcional en la que el contacto con el medio circundante solo se ejercía con la finalidad práctica de aprovechar los beneficios otorgados por la tierra.

3.4.2 El patio en la finca cafetera, espacio de transición entre la vivienda, las construcciones asociadas a la producción y el paisaje

En consecuencia, con el proceso de asimilación y consolidación del esquema espacial de patio en las explotaciones agrícolas europeas, en particular en las que tienen asiento en la cuenca mediterránea, y con el influjo directo que este tuvo sobre la América Hispánica, vemos cómo en el caso particular de la Nueva Granada, la idea de un patio confinado entre espacios, edificaciones o muros, el cual persistía aún en las haciendas coloniales de las tierras altas, se transforma en sus homólogas ubicadas en las tierras bajas, en un patio de naturaleza abierta, que se configura debido a la agrupación de edificaciones a su alrededor o en algunos de sus lados.

Este esquema formal que se estructura sobre la base de patios abiertos se transfiere durante el siglo XIX, teniendo como medio de circulación los flujos poblacionales que se dan desde los actuales departamentos de Antioquia, Cauca, Cundinamarca, Tolima, y Valle del Cauca —caracterizados por la fuerte dinámica de poblamiento hispánico—, hacia la región centro occidental de Colombia, siendo adoptado por los pioneros de este proceso de poblamiento y posteriores

generaciones de colonos, como la más práctica fórmula de organización para los núcleos contruidos de las fincas.

De esta manera tendría lugar una nueva forma de encuentro entre la vivienda y las demás edificaciones que iban surgiendo para el apoyo de la producción agrícola y de las actividades concernientes a la manutención de diferentes especies de animales domésticos, que permitía la paulatina conformación de uno o varios patios sin confinar –la cantidad de patios estaba asociada a las condiciones de la topografía y al tamaño de los predios–, en los que el medio circundante con sus atributos físicos y sus paisajes, se podían filtrar libremente dentro de sus permeables límites, al tiempo que desde el interior del patio y desde los diferentes componentes del núcleo construido se podía ejercer dominio visual sobre la finca.

Estos patios que se configuraban a partir del sucesivo emplazamiento de edificaciones a su alrededor, terminaban definiendo perímetros en algunos casos de forma regular, los cuales cobraban fuerza formal y funcional debido a la concentración de actividades y a la mezcla de relaciones humanas dentro de sus particulares límites, tejiendo un entramado social de proporciones directamente asociadas con el tipo de predio, desde el minifundio, la finca de mediana extensión, hasta la hacienda (Imagen 667).

Imagen 667. Núcleo construido finca La Primavera, Santuario, Risaralda.

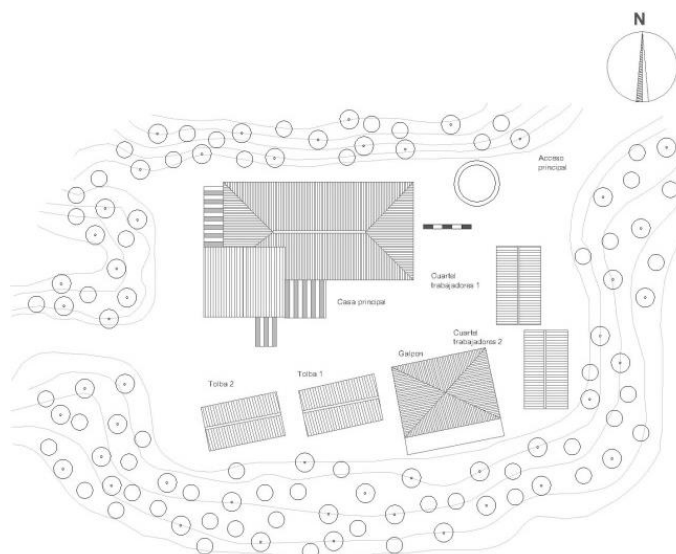


Imagen 667. Núcleo construido finca La Primavera, Santuario, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vázquez Osorio.

El núcleo construido del minifundio se desarrolla por lo general en torno a un solo patio, el cual funge como espacio articulador de las diferentes relaciones que se tejen en la finca; de esta manera, esta área libre opera como punto de contacto con el exterior, a la vez que como elemento de transición entre los cultivos y las edificaciones que lo conforman, y como medio de comunicación entre los componentes que se emplazan a su alrededor. Al ser el minifundio el lugar de habitación de sus propietarios, el patio se convierte en un espacio íntimo, donde se mezcla la cotidianidad de la vida doméstica con las funciones relacionadas con la producción, lo que ratifica el carácter de esta forma de tenencia de la tierra como representativa de un emprendimiento familiar (Imágenes 668 y 669).

Imágenes 668 y 669. Núcleo construido finca La Frondosa, Santuario, Risaralda.



Imágenes 668 y 669. Núcleo construido finca La Frondosa, Santuario, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Por su parte, la finca mediana se caracteriza por tener como mínimo dos patios, alrededor de los cuales orbitan los componentes que definen su núcleo construido, uno fungiendo como mediador entre estos y el medio externo, y el otro articulándolos con las diferentes áreas del predio.

En esa medida, vemos cómo el primer patio asume el rol de sitio de confluencia de los flujos provenientes del medio externo, al igual que de punto de partida de las circulaciones que se originan en el predio; del mismo modo, se convierte en punto focal de la permanencia de sus propietarios durante sus visitas, convirtiéndose en extensión del corredor de la casa principal o por disponerse en

él puntos de esparcimiento alternos a la misma (Imagen 670 y 671). En cuanto al segundo patio, se convierte en el nodo de las relaciones del personal que labora en la finca –agregados o mayordomos, trabajadores permanentes o temporales–, al igual que en el punto de encuentro entre estos y los propietarios; en él también se puede observar cómo confluyen todas las edificaciones y actividades relacionadas con la producción, y cómo se efectúa la salida de los productos con fines de comercialización (Imagen 672).

Imágenes 670, 671 y 672. Núcleo construido finca El Porvenir, Marsella, Risaralda.





Imágenes 670, 671 y 672. Núcleo construido finca El Porvenir, Marsella, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En la hacienda observamos que la casa principal se presenta aislada de las demás edificaciones que conforman el núcleo construido, utilizando como medio de transición un patio envolvente, en el cual se desarrollan jardines, piscina, kioskos e incluso caballerizas para la utilización de caballos con fines recreativos (Imágenes 673 y 674).

Imagen 673. Núcleo construido finca, La Bengala, Montenegro, Quindío. Imagen 674. Núcleo construido finca, Valdivia, Marsella, Risaralda.





Imagen 673. Núcleo construido finca, La Bengala, Montenegro, Quindío. Imagen 674. Núcleo construido finca, Valdivia, Marsella, Risaralda. Fuentes: Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Igualmente, este patio de la casa principal se convierte en el medio de acceso a la hacienda y en el espacio de transición hacia otros patios con los que se relacionan muy esporádicamente los propietarios, y en los que se emplazan los componentes de habitación de quienes laboran en el predio como las viviendas del mayordomo y de los patrones de corte, lo mismo que los cuarteles de trabajadores (Imagen 675); también se observan patios alrededor de los cuales se emplaza la infraestructura de apoyo a la producción como beneficiaderos, silos y bodegas (Imagen 676).

Imagen 675. Núcleo construido finca, Valdivia, Marsella, Risaralda. Imagen 676. Núcleo construido finca, La Bengala, Montenegro, Quindío.





Imagen 675. Núcleo construido finca, Valdivia, Marsella, Risaralda. Imagen 676. Núcleo construido finca, La Bengala, Montenegro, Quindío. Fuentes: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Entendemos, en este orden de ideas, el papel del patio abierto dentro de las formas de organización que desarrollan los diferentes tipos de fincas cafeteras, como el espacio que articula los componentes que integran sus núcleos construidos y como el nodo que facilita el encuentro humano en torno a las funciones de habitar y de producir existentes en cada uno de ellos, con las intensidades de uso y hábitos que ello implica para propietarios, para agregados o mayordomos, al igual que para trabajadores permanentes y temporales.

En este sentido y haciendo alusión nuevamente a la triada de espacios relacionados con el uso, con la circulación y con la articulación dentro de una organización arquitectónica (Saldarriaga, 1996), queda claro que en el caso del patio abierto presente en los núcleos construidos de las fincas cafeteras, este obra como un elemento articulador, ya no de los espacios destinados al uso y a la circulación como efectivamente sucede en las casas de bahareque de naturaleza urbana, sino que actúa relacionando las diferentes edificaciones que integran estos pequeños mundos enclavados en el medio rural. El patio aparece ya no como articulador de la vida de la familia, sino como el foco de las relaciones humanas y productivas que se tejen en una escala mayor, como lo es la finca.

Así el patio, visto desde su dimensión productiva, se convierte en el foco de diferentes actividades relacionadas con la preparación de semillas y su posterior siembra, con las prácticas culturales dirigidas al mantenimiento de los cultivos, con la recolección durante el tiempo de cosecha, con la transformación y finalmente con el almacenamiento de los diferentes productos agrícolas, destacando entre estas las labores desarrolladas por la caficultura, cuya huella y dinámicas se materializan en las áreas para la germinación de la planta, en los beneficiaderos donde se despulpa y lava el grano, en las elbas, casa elbas o silos mecánicos utilizados para el secado y en los depósitos o bodegas donde se almacena; del mismo modo, hacen parte fundamental de este grupo de componentes, los cuarteles donde se hospedan los trabajadores temporales o denominados “cosecheros”, requeridos para la recolección del café en tiempos de cosecha.

En consecuencia, puede definirse en las fincas cafeteras una taxonomía de organizaciones alrededor de patios, que está directamente asociada con la topografía y con el tamaño de los predios; de ahí que a mayores pendientes las posibilidades de conformar varios patios se veía reducida, lo que explica por qué la mayoría de los minifundios, al estar ubicados en medio de una topografía de fuertes pendientes, organizan sus núcleos construidos en torno a un solo patio. De manera consecuente, las fincas medianas y las haciendas, al localizarse en tierras menos inclinadas, conforman dos o incluso más patios, esto además como resultado de la mayor extensión de sus predios y del lógico incremento de la demanda de apoyo a las actividades productivas.

De esta forma, tenemos fincas con núcleos construidos en los que las intenciones y lógicas de organización de sus propietarios han dado lugar a patios con formas ortogonales, en los que la posición de los componentes que los configuran como la casa principal, el beneficiadero, las elbas, así como del cuartel –que en el ejemplo seleccionado funciona conjuntamente con áreas de

almacenamiento—, definen los cuatro flancos de un polígono cuyo contorno se presenta parcialmente confinado y el cual no obstante su permeabilidad, genera la sensación en quienes habiten entre sus límites, de estar al amparo del medio circundante, al tiempo que este se filtra en su interior (Imagen 677).

Imagen 677. Núcleo construido finca El Edén, Ulloa, Valle del Cauca.

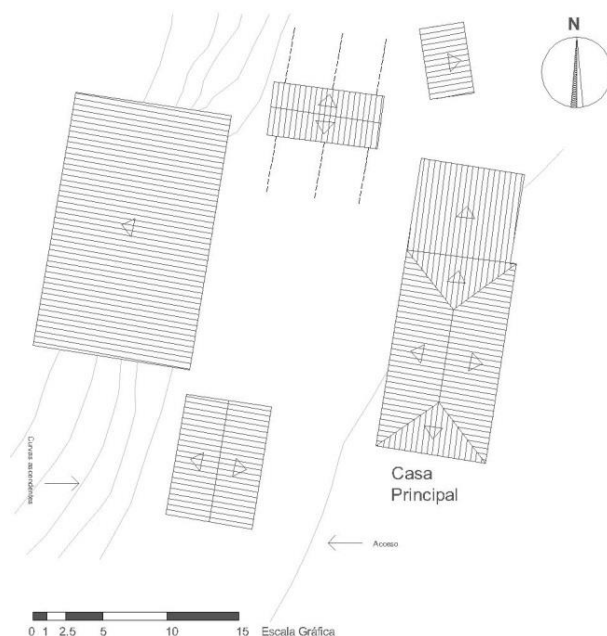


Imagen 677. Núcleo construido finca El Edén, Ulloa, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

También se observan fincas con núcleos construidos cuyos componentes se presentan más dispersos y en mayor cantidad, definiendo dos o más patios con asignaciones funcionales especializadas y usuarios claramente definidos.

En la primera finca seleccionada para ilustrar esta variante, se observan dos patios divididos por la vivienda principal: el primero muy abierto orientado hacia el sur, acogiendo la vía de acceso y delimitado en el flanco construido más largo por dicha vivienda principal y por una casa elba —en las plantas inferiores de las dos casa elbas observadas se ubican la morada del mayordomo o agregado y el cuartel de los trabajadores—, y en el lado más corto, por el volumen de la

pesebrera; el segundo patio por su parte, lo encontramos con los costados más cortos sin confinar y definido al norte por la edificación donde se ubican las cocheras⁶⁵ (Imagen 678).

Imagen 678. Núcleo construido finca La Alesa, El Cairo, Valle del Cauca.

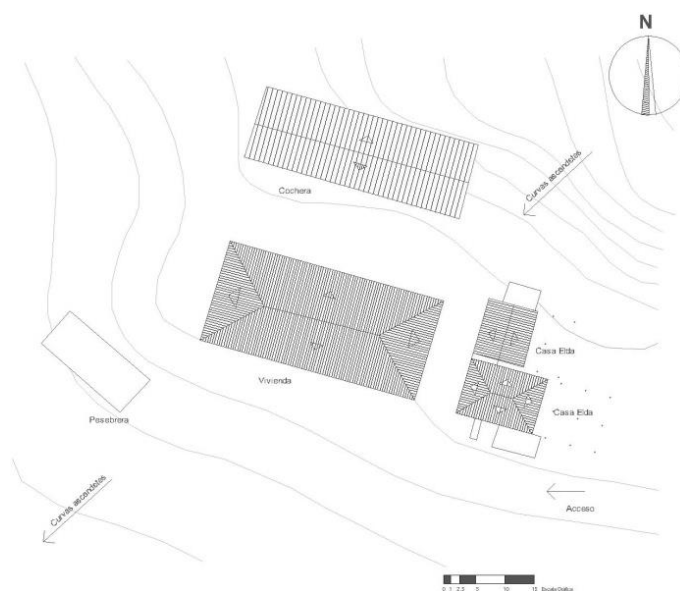


Imagen 678. Núcleo construido finca La Alesa, El Cairo, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

El segundo ejemplo de esta variante presenta un núcleo construido en el que sus componentes se disponen siguiendo la forma de un rectángulo, dando lugar a la conformación de tres patios. El primero, aunque presenta una forma poco determinada, se desarrolla sobre la parte frontal de la vivienda principal tomando fuerza por la forma en “L” de esta edificación, y por la tensión que genera el acceso a la finca; el segundo se desarrolla en el costado lateral, en el área que se genera entre la vivienda y las caballerizas, presentando un jardín intermedio; el tercer patio, con una función más utilitaria debido a la presencia de edificaciones relacionadas con la transformación del café, lo delimitan la casa, el beneficiadero y una bodega (Imagen 679).

⁶⁵ Nombre con el que se conoce en Colombia la edificación para la crianza de cerdos.

Imagen 679. Núcleo construido finca La Rivera, Caicedonia, Valle del Cauca.

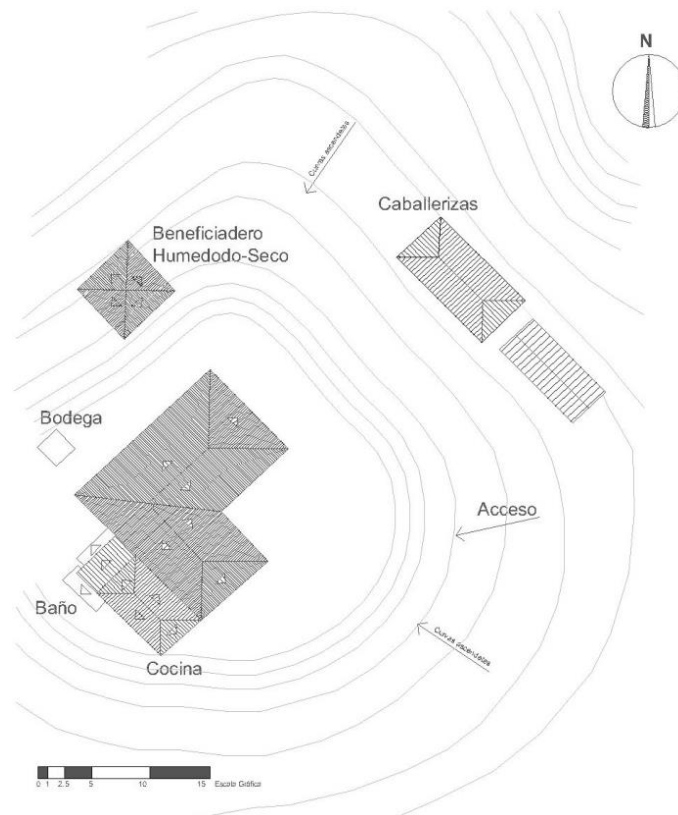


Imagen 679. Núcleo construido finca La Rivera, Caicedonia, Valle del Cauca. Fuente: Archivo CITCE, Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle. Reelaboró: Arq. Julián Andrés Vásquez Osorio.

Finalmente, encontramos fincas con núcleos construidos configurados alrededor de patios, cuyos límites los define la combinación de elementos construidos y la topografía. De estas formas de organización en las que incluso se llegan a desarrollar varios patios, se generan tres variantes, todas con tendencia a generar esquemas lineales en respuesta a la determinante que constituyen las laderas.

En la primera variante, la casa principal como elemento jerárquico, una elba o casilla, así como el beneficiadero delimitan tres de los cuatro flancos del patio, mientras que el cuarto costado lo define la pendiente que continúa en su descenso hacia el cañón que se despliega en su frente; en esta forma de organización, el patio se abre plenamente hacia el disfrute de los paisajes que se

modelan en su entorno, hecho que ratifica la posición del corredor sobre el lado norte de la casa y la fachada posterior cerrada en pos de la pendiente que continúa ascendiendo. Es importante hacer salvedad sobre cómo el acceso entrega los flujos provenientes del exterior de forma directa sobre el patio, acentuando la tensión funcional sobre el mismo y confirmando el carácter centrípeto del esquema (Imagen 680).

Imagen 680. Núcleo construido finca La Frondosa, Santuario, Risaralda.

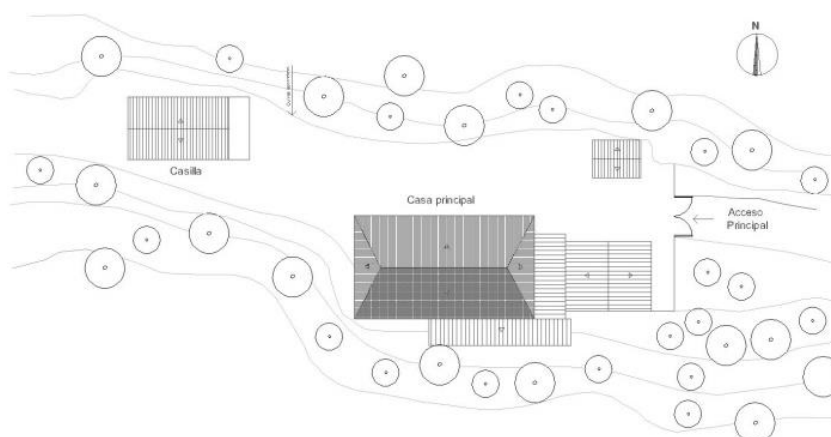


Imagen 680. Núcleo construido finca La Frondosa, Santuario, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

La segunda variante presenta un patio delimitado por dos lados, teniendo como particularidad la baja altura de los componentes construidos ubicados en el costado sur occidental, lo que permite la transparencia por ese flanco hacia las mejores vistas del lugar; de esta manera, la casa principal se dispone como elemento jerárquico de la organización delimitando el patio, teniendo como segundo componente de importancia hacia el oriente, el conjunto constituido por la casa elba donde se ubica el cuartel para trabajadores y el beneficiadero; el costado opuesto a la casa lo delimitan dos elbas que no interrumpen la relación visual con los paisajes que se pueden percibir sobre las vertientes del cañón que se desarrolla al sur del emplazamiento.

En esta variante, la espacialidad de la casa principal se abre hacia el patio por medio del corredor, mientras que hacia el lado norte se desarrolla una fachada cerrada sobre una zona de servicio, lo que afirma la negación del conjunto hacia la pendiente que se erige tras de sí. Igualmente, se puede observar cómo el acceso no entrega los flujos provenientes del exterior directamente al patio, lo que disipa la tensión funcional distribuyéndola por las diferentes áreas que conforman este núcleo construido (Imagen 681).

Imagen 681. Núcleo construido finca San José, La Celia, Risaralda.

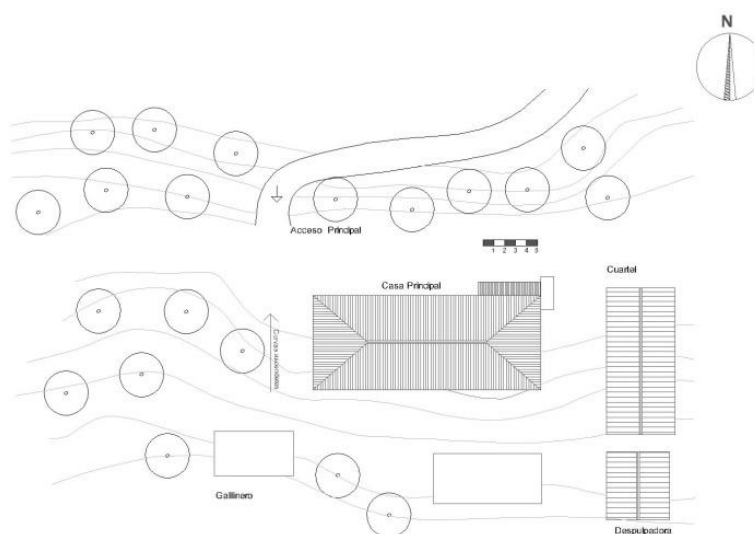


Imagen 681. Núcleo construido finca San José, La Celia, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

La tercera variante define un patio intermedio entre la pendiente ascendente y los cuerpos construidos, los cuales usualmente se observan emplazados linealmente sobre los bordes de las explanadas –naturales o de origen antrópico–. En esta posición se genera una relación directa con la pendiente descendente, que predispone los volúmenes a abrirse hacia los paisajes que se puedan percibir en su entorno, en particular la casa principal, la cual por lo general se presenta con fachadas abiertas a través del corredor, como

mínimo hacia el lado correspondiente al patio y en pos del vacío que modela la topografía.

En el ejemplo seleccionado podemos observar la casa principal ocupando el lugar jerárquico, acompañada de un cuartel que se adosa en su margen oriental y un kiosco hacia el norte; al lado de este último y de forma más aleatoria ya sobre la ladera, observamos el beneficiadero. En este caso, la vivienda solo abre la fachada del lado oriente a través de corredores que se desarrollan en los dos niveles, en busca de disfrutar las visuales que proveen las laderas circundantes y la que se despliega de manera inmediata a la edificación; finalmente, se debe tener en cuenta cómo los flujos provenientes del exterior acentúan la tensión sobre el patio que en este caso toma el carácter de un área de labor, dejando los espacios aferentes de las edificaciones que se relacionan con la pendiente descendiente para el desarrollo de jardines de un carácter pasivo (Imagen 682).

Imagen 682. Núcleo construido finca La Chagra, Pereira, Risaralda.

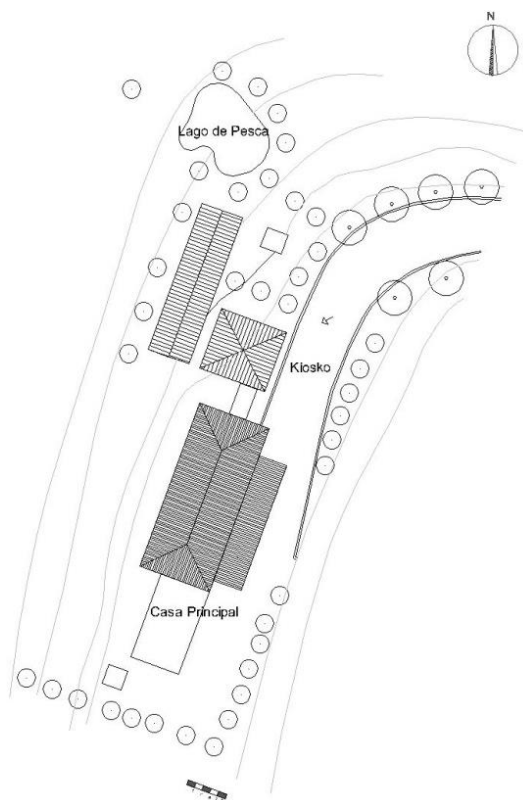


Imagen 682. Núcleo construido finca La Chagra, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

3.5 Los elementos funcionales - decorativos en la arquitectura rural, respuesta útil y austera a la necesidad de habitar

Al igual que en la arquitectura urbana de bahareque, la que se desarrolló en el medio rural también alcanzó un grado de evolución alto que se concretó en los aspectos formales, espaciales, funcionales y constructivos, pero con la particularidad de que los denominados elementos funcionales - decorativos que esta perfeccionó para hacer más eficiente su desempeño, no fueron objeto del derroche creativo del que sí lo fueron merecedoras sus pares urbanas.

Aparece por consiguiente un repertorio menos provisto de decoración pero no menos válido para su estudio como elementos de cierre de vanos, de

confinamiento de espacios, de protección y componentes de tipo constructivo elaborados en madera y en algunos casos en guadua, a los que se añadían molduras y trabajos de ebanistería dirigidos a su realce dentro del conjunto de piezas que conformaban la materialidad de las casas de las fincas.

En cuanto a los elementos de cierre de vanos, tenemos las puertas y con menos frecuencia las ventanas, ya que –como se ha podido ver en apartados anteriores– la mayoría de los espacios de las casas rurales de bahareque utilizaban las puertas como dispositivos de acceso, a la vez que para la captura de aire y luz, por lo que se prescindía del uso de las ventanas, sin embargo este elemento aparece de manera obligada cuando los espacios se presentan desprovistos de entrada directa desde el corredor.

También aparecen los elementos destinados al confinamiento como los cielorrasos usados para separar los espacios de las casas del área donde se desarrolla la estructura de la cubierta; igualmente, tenemos las chambranas, elementos de gran utilidad que se disponen entre columna y columna separando la banda de circulación del corredor de los patios y de otras áreas aferentes que hacen parte de los núcleos construidos de las fincas.

De otro lado, están los elementos de protección como zócalos sencillos o decorados y aleros con estructura a la vista o cubiertos, los cuales son una prolongación del cielorraso presente en el corredor. Encontramos también los elementos de tipo constructivo como las columnas con sus pedestales y capiteles, sobre las que se hacían trabajos de ebanistería que no eran indispensables para el desarrollo de su papel funcional.

3.5.1 Los elementos funcionales – decorativos, representación de la esencialidad y de la austeridad en la casa rural de bahareque

Como ya hemos afirmado, la finca se convirtió en una de las bases en que se sustentó el proceso de poblamiento del territorio del PCC durante el siglo XIX, razón por la cual se debieron agotar varios procesos al interior de los predios rurales que contribuyeron en ese sentido, entre ellos el concerniente al desarrollo de una vivienda que respondiera de manera adecuada a las condiciones del lugar, a las necesidades de sus habitantes y a los requerimientos de apoyo a las dinámicas productivas.

Sin embargo, para que la vivienda rural del PCC alcanzara el estadio de desarrollo planteado en el párrafo anterior, se tenían que resolver asuntos prioritarios relativos a la adecuación del sitio donde se emplazaban las fincas, y a garantizar la supervivencia de los clanes familiares involucrados en esta tarea. Es así como después de superadas estas especiales coyunturas, se despeja el camino para que se perfeccione el sistema constructivo, se dé la evolución formal basada en las tipologías de número, se definan los espacios con sus características básicas y se estructure de manera permanente el esquema funcional de la casa de bahareque, proceso que consecuentemente daría impulso al desarrollo de los elementos funcionales decorativos que le darían el aspecto de obra terminada, a la arquitectura que prevaleció en la fisonomía de los campos de este territorio hasta pasada la primera mitad del siglo XIX, y de la cual aún se conserva un cuantioso legado, no obstante su progresiva desaparición.

De esta forma, la arquitectura que desarrollan los colonos durante gran parte del siglo XIX, tendría que ver con soluciones transitorias de vivienda que proveían un albergue básico y que serían objeto de mejoras, llegando en muchos casos a adquirir el carácter de construcciones definitivas. Seguidamente, esta primitiva arquitectura se transforma durante las últimas décadas de ese mismo

siglo, sustentada sobre la base económica provista por la caficultura, desarrollando los modelos tipológicos en “I”, “L”, “U”, “T” y “F” estudiados anteriormente, y a partir de los cuales se conciben una serie de componentes de tipo funcional, imprescindibles para el desempeño eficiente de los espacios, para proteger algunas áreas de las casas y para responder a ciertos requerimientos de tipo estructural (Imagen 683).

Imagen 683. Finca El Arenillo, Santuario, Risaralda.



Imagen 683. Finca El Arenillo, Santuario, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Estos elementos funcionales elaborados en madera, a diferencia de los que integran las casas urbanas de bahareque en los que es frecuente encontrarnos con una elaborada decoración, resultado de la influencia de las corrientes estilísticas con las que la gente de la región tuvo contacto a finales del siglo XIX y comienzos del XX, ya fuera en sus viajes por Estados Unidos y Europa o a través de ilustraciones y fotografías, en la vivienda rural de bahareque se caracterizan por su esencial diseño y por una mínima decoración basada en la superposición de molduras, en tallas muy elementales o en ruteados rectilíneos, con los que conjuntamente componían figuras por lo general de carácter geométrico, teniendo como hecho más excepcional la utilización de arabescos, al igual que de líneas curvas o sinuosas.

Con este tipo de trabajos de ebanistería de un carácter artesanal, la casa rural de bahareque transcendía sus propósitos fundamentales de brindar cobijo y de apoyar las actividades productivas presentes en las fincas, hacia niveles relacionados con la producción de símbolos y de representaciones, en los que se plasmaba la apropiación y la experiencia vital de sus moradores (Imagen 684).

Imagen 684. Finca San José, La Celia, Risaralda.



Imagen 684. Finca San José, La Celia, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Por su parte, la casa rural de bahareque, a diferencia de su homóloga urbana, asumió desde sus orígenes el carácter de un lugar de trabajo, en el que la prioridad de la familia era disponer de las condiciones básicas de habitabilidad, que le permitiera asumir el día a día de la finca con sus duras y largas faenas, razón por la cual no tuvo mucho sentido el desarrollo de elementos funcionales con decoración que estuviera más allá de la utilidad que estos representaban, ni que superaran la finalidad práctica que el habitante del campo esperaba de su vivienda.

Igualmente, al ser concebidas como espacios de trabajo, las casas rurales de bahareque según la mentalidad del agricultor, no justificaban inversiones más allá de lo necesario, siendo más bien orientadas hacia el cultivo de la tierra, en donde sumadas a la fuerza de trabajo estaba la retribución económica (Imagen

685); de ahí que el derroche en los elementos funcionales decorativos se concentra en las casas urbanas, como hechos más visibles en los que se reflejaba la situación económica de las familias, convirtiéndolas además en símbolos de reconocimiento social y de estatus (Imagen 686).

Imagen 685. Finca La Clara, Apía, Risaralda. Imagen 686. Casa Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



Imagen 685. Finca La Clara, Apía, Risaralda. Imagen 686. Casa Fernando Buitrago Montes, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuentes: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Por otro lado, los habitantes rurales no disponían del tiempo libre u ocioso para dedicarlo a la valoración y disfrute de la decoración presente en los elementos funcionales que sí tendrían las personas que de forma paulatina se fueron instalando en las áreas urbanas del PCC. El descanso o la pausa del fin de

semana el campesino los dedicaba a otros menesteres relacionados con reparaciones, mejoras o construcción de algún componente del núcleo construido de la finca, así como al mantenimiento del patio o los patios que conformaban dicha agrupación; también a socializar en la fonda, o a desplazarse al pueblo más cercano para entrar en contacto con otras dinámicas, entre ellas intercambiar sus productos por artículos manufacturados o por alimentos que no se producían en sus parcelas.

Como vimos en el aparte dedicado a estudiar los elementos funcionales decorativos en las viviendas urbanas de bahareque, durante los sábados y domingos los hombres cabeza de familia y sus hijos varones se trasladaban de sus fincas de mediana extensión donde laboraban los restantes días de la semana, a las casas que ya en un estadio más avanzado de su consolidación económica habían logrado adquirir en los centros urbanos, y en las que sus esposas e hijas ya habitaban de forma permanentemente, teniendo así el tiempo de ocio que les permitía disfrutar las características de estas casas alternas y en particular, de las cualidades estéticas de la decoración impresa en sus elementos funcionales.

Quedaba clara desde ese momento la división entre aquellos propietarios que continuarían viviendo en sus tierras, o sea los habitantes de los minifundios, y aquellos que empezarían desde los centros urbanos a regir los destinos de sus fincas, en este caso los dueños de las fincas de mediana extensión.

En cuanto a los propietarios de las haciendas, estos incluso desde el momento de la adecuación de las tierras y del inicio del desarrollo de sus núcleos construidos, no vivieron en sus predios, visitándolos de manera eventual. Se explica entonces por qué las casas principales de este tipo de propiedades, aunque espaciosas y de muy buena factura, tampoco constituyeron el escenario

para la elaboración de elementos funcionales con decoración que se pudiera comparar con la que se plasmó en las casas urbanas de bahareque.

Vale la pena anotar cómo los diferentes elementos funcionales - decorativos de las casas de bahareque presentes en los tres tipos de predios rurales, tanto los empleados para el cierre de vanos, para el confinamiento de espacios, para protección y estructurales, se diseñaron bajo las mismas premisas, tanto desde el punto de su composición, la cual por lo general se hacía de tipo geométrico, como de los recursos utilizados para el desarrollo de su variado repertorio, teniendo como único elemento diferenciador la calidad de la mano de obra empleada, directamente asociada con las condiciones económicas de sus propietarios; esto explica por qué la calidad en su elaboración aumenta en la medida en que se pasa de las casas de los minifundios a las fincas medianas, hasta llegar a las casas de las haciendas.

3.5.2 Los elementos funcionales decorativos, signos de lo estético dentro de la practicidad del espacio doméstico rural

No obstante la finalidad práctica de la casa de bahareque dentro del sistema productivo de la finca, esta desarrolló una serie de elementos que iban más allá de su papel funcional y que a la vez entró a complementar el desempeño de los espacios del uso como habitaciones y otros, igualmente de los espacios de circulación que en este tipo de vivienda se materializan en el corredor perimetral.

En este orden de ideas, empezamos por dar cuenta de los elementos funcionales decorativos de cierre de vanos, los cuales operan aislando los espacios interiores del exterior, lo mismo que ocupando las aberturas existentes entre los recintos que conforman las casas generando una comunicación alterna al corredor.

Tenemos por consiguiente, las puertas que separan los espacios que conforman los volúmenes internos del corredor, entre las que se identifican una serie de variantes por lo general con marcos planos sin ninguna decoración; sin embargo, algunos marcos presentan ruteados lineales siguiendo sus contornos, bajo relieve que les produce textura y los carga de expresividad.

En primer lugar, observamos el modelo más sencillo, compuesto por dos naves construidas con tablas paradas o verticales unidas a tope, en las que se destaca un empalme que no permite la filtración de luz (Imágenes 687 y 688); el siguiente modelo corresponde al de naves con tablas ubicadas también de manera vertical y a tope, pero con guarda luces lisas o acanaladas cubriendo sus empalmes, que además de no permitir el paso de la luz, le imprimen calidad visual y movimiento a la superficie (Imágenes 689, 690 y 691).

Imagen 687. Finca El Paisaje, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 688. Finca La Risaralda, Santuario, Risaralda. Imagen 689. Finca El Caracol, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 690. Finca Villa María, Pereira, Risaralda. Imagen 691. Finca El Páramo, Apía, Risaralda.



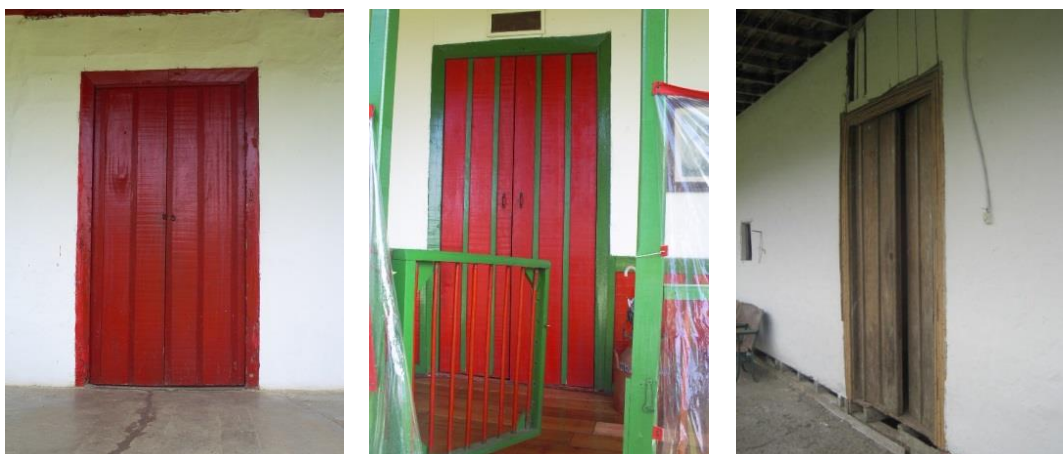


Imagen 687. Finca El Paisaje, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 688. Finca La Risaralda, Santuario, Risaralda. Imagen 689. Finca El Caracol, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 690. Finca Villa María, Pereira, Risaralda. Imagen 691. Finca El Páramo, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Estas puertas de dos naves incorporan elementos adicionales, que austeramente les imprimen variedad y riqueza visual. En el primer ejemplo vemos dos tablas de mayor sección a cada lado de una de las naves y una de menor ancho en el centro, distribución que conjuntamente con las guarda luces enfatiza el eje central y la simetría de la sencilla composición (Imagen 692). En la segunda muestra observamos en cada nave dos tablas ubicadas hacia el centro, quedando una de menor sección en los extremos opuestos, todas acompañadas de guardaluz en sus empalmes; se advierte en el extremo superior de cada nave una cenefa compuesta por arcos de medio punto, cuyos arranques coinciden con las líneas verticales de las guarda luces, dándole un especial remate al elemento (Imagen 693).

Imagen 692. Finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 693. Finca Los Naranjos, Balboa, Risaralda.

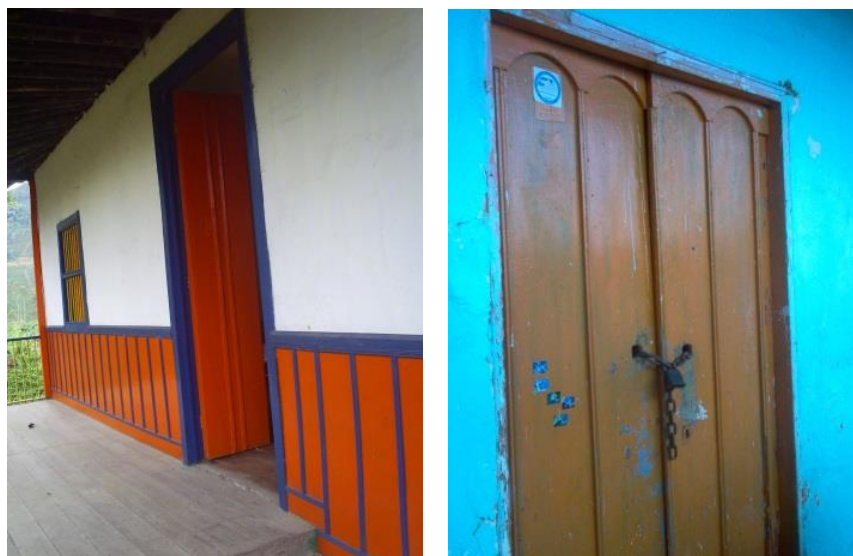
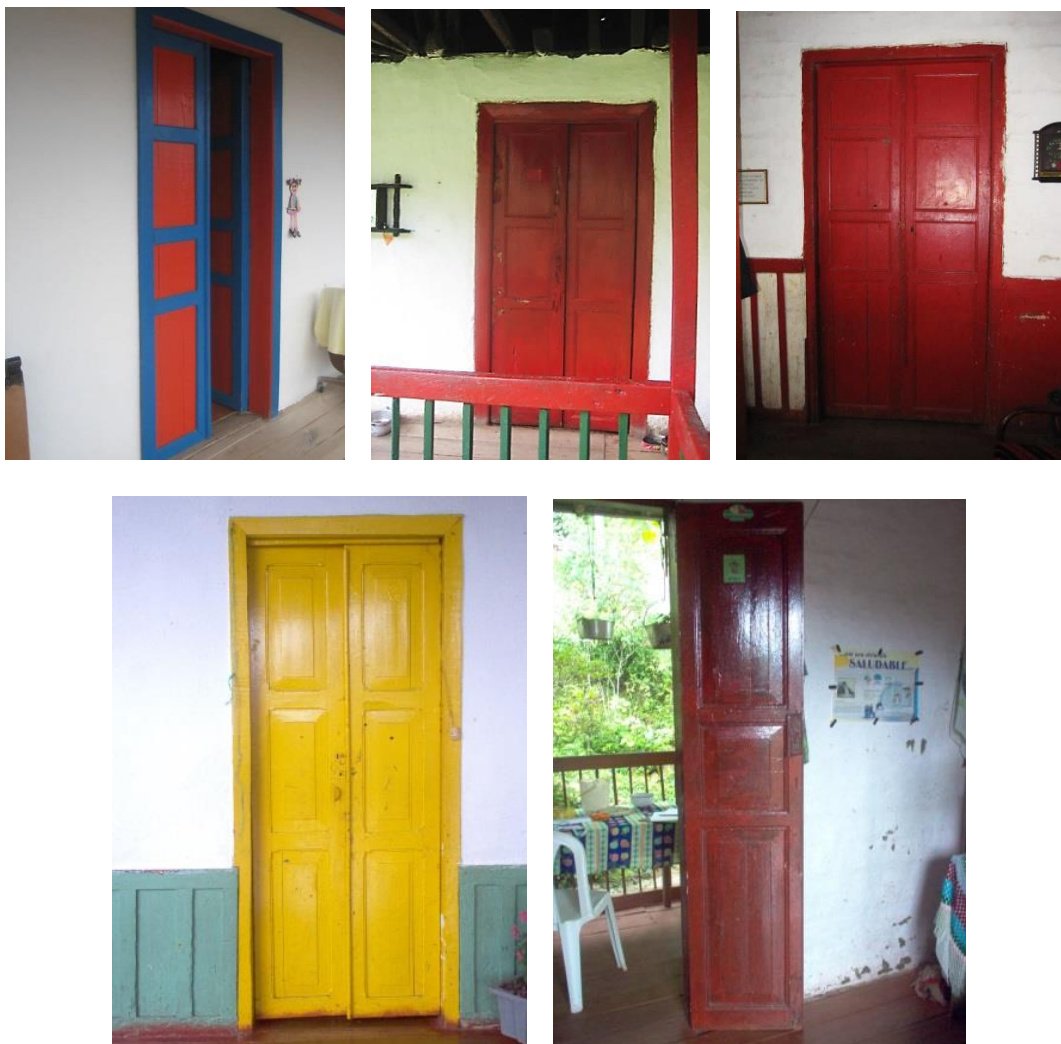


Imagen 692. Finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 693. Finca Los Naranjos, Balboa, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Finalmente, dentro de las variantes de puertas interior – exterior, tenemos las que presentan naves con tablero sencillo o plano y molduras perimetrales lisas o talladas, conformando series de cuadrados y/o rectángulos de diferentes dimensiones (Imágenes 694, 695 y 696). También se identifican naves con un grado más alto de elaboración compuestas por tableros con relieve o forma de diamante, las cuales por su composición visual y estructural producen una sensación de mayor volumen y fortaleza (Imágenes 697 y 698).

694. Finca El Naranjal, Santuario, Risaralda. Imagen 695. Finca La Risaralda, Apía, Risaralda. Imagen 696. Finca San Marcos, Apía, Risaralda. Imagen 697. Finca La Ventana, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 698. Finca El Pedregal, Balboa, Risaralda.

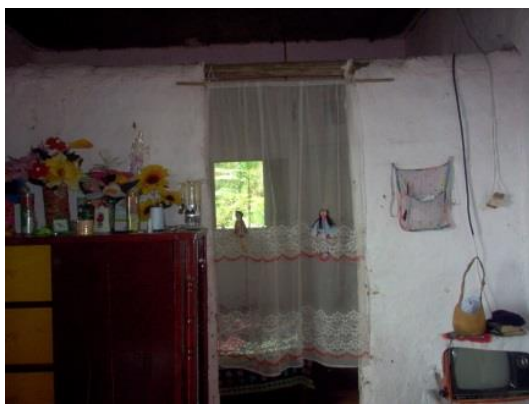


694. Finca El Naranjal, Santuario, Risaralda. Imagen 695. Finca La Risaralda, Apía, Risaralda. Imagen 696. Finca San Marcos, Apía, Risaralda. Imagen 697. Finca La Ventana, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 698. Finca El Pedregal, Balboa, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

También en este aparte relacionado con los elementos funcionales – decorativos utilizados para el cierre de vanos, encontramos las aberturas que conectan los espacios entre sí, las cuales presentan un menor tamaño si se comparan con los vanos que comunican los espacios interiores con el corredor. Dentro de esta modalidad de elementos de cierre de vanos se observan tres formas de cerramiento que están asociadas con el tipo de finca. En el minifundio

es más frecuente encontrar el vano desprovisto de puerta y acompañado simplemente de una cortina (Imagen 699), mientras que en las casas de finca mediana y en las haciendas las aberturas pueden estar acompañadas de puertas con marco sin decorar de una o dos naves, construidas con tablas en posición vertical y guarda luces acanaladas sobre el área de empalme (Imagen 700 y 701).

699. Finca El Pedregal, Balboa, Risaralda. Imagen 700. Finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. 701. Finca Villa María, Pereira, Risaralda.



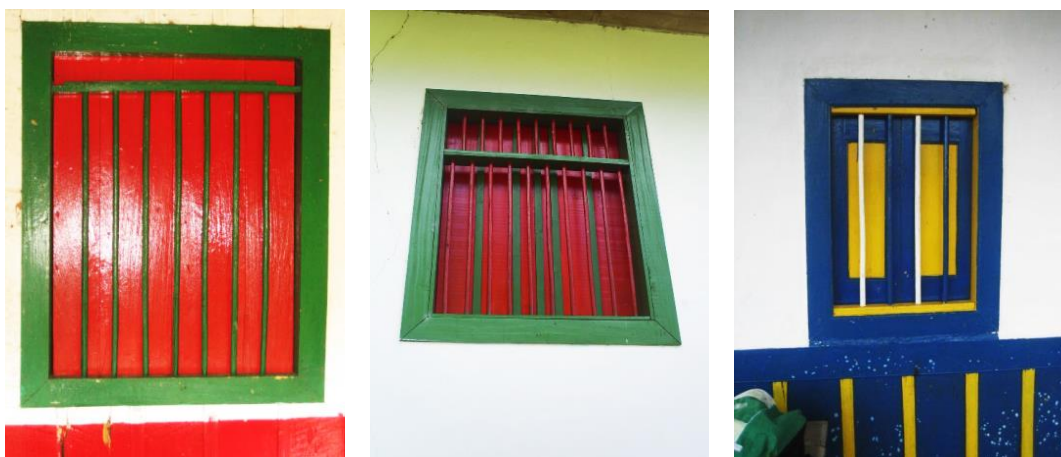
699. Finca El Pedregal, Balboa, Risaralda. Imagen 700. Finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. 701. Finca Villa María, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Además de las puertas tenemos dentro del grupo de elementos de cierre de vanos las ventanas, las cuales como se decía al inicio de este capítulo, se

utilizan para la captura de iluminación y ventilación de los espacios que no tienen acceso directo desde el corredor o de aquellos ubicados en los extremos de los volúmenes.

Nos encontramos con ventanas de medida variable y forma por lo general rectangular, con marcos planos sin decoración empalmados a 45° en sus vértices y naves compuestas por tablas verticales simplemente a tope (Imagen 702), con tablas verticales y guarda luces entre sus empalmes (Imagen 703) o con tablero sencillo y molduras (Imagen 704), similares en su construcción a las naves de las puertas estudiadas previamente. Adicionalmente, es importante comentar cómo usualmente las ventanas se disponen acompañadas de rejas conformadas por marcos de madera y barrotes de palma macana o varillas metálicas en sentido vertical, algunas con partidores transversales de refuerzo en madera.

702. Finca El Porvenir, Marsella, Risaralda. Imagen 703. Finca Villa María, Pereira, Risaralda. 704. Finca El Arenillo, Santuario, Risaralda.



702. Finca El Porvenir, Marsella, Risaralda. Imagen 703. Finca Villa María, Pereira, Risaralda. 704. Finca El Arenillo, Santuario, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Existe también un modelo de ventana donde las naves aparecen construidas con tablas verticales a tope y desprovistas de reja, acompañadas de un traga luz en la parte superior en el que usualmente se inserta un enrejado con barrotes en palma macana o varilla de hierro. Este modelo de ventana se

presenta sencillo sin ningún tipo de decoración en el marco o en sus naves (Imagen 705).

705. Finca San Luis, Marsella, Risaralda.



705. Finca San Luis, Marsella, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Dentro del orden propuesto para esta mirada a los elementos funcionales – decorativos, encontramos los que fueron concebidos para confinar los espacios, o sea, los que tienen como función contribuir con la configuración final de los espacios que conforman la casas –planos verticales u horizontales–, tanto de los espacios del uso como de los destinados a la circulación.

En primer lugar están los cielorrasos, los cuales hacen su aporte al definir el plano horizontal ubicado sobre los espacios que integran las casas, aislándolos del área donde se desarrolla la estructura de la cubierta, generando condiciones de estabilidad térmica y privacidad. Dentro de la muestra de fincas estudiada, se encontraron tres tipologías de diseño para dicho elemento, la más común de tipo lineal y otras dos de un carácter excepcional, como son la radial y la concéntrica.

El cielorraso de tipo lineal lo constituyen tablas de forro organizadas de manera pareada y continua, con guardaluces planas o acanaladas cubriendo los empalmes de sus lados más largos (Imagen 706); adicionalmente, se observa una variante dentro del tipo lineal de tablas intercaladas, donde las guarda luces aparecen cubriendo no solo los empalmes de los lados más largos de estos componentes, sino también los más cortos (Imagen 707).

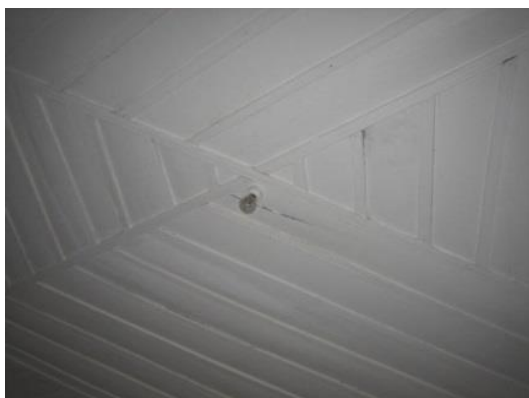
706. Finca La Ventana, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 707. Finca La Risaralda, Apía, Risaralda.



706. Finca La Ventana, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 707. Finca La Risaralda, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Por su parte, los cielorrasos radiales organizan su composición a partir de un punto central, del que como mínimo se originan cuatro ejes que guían la distribución de las tablas; del mismo modo, aparecen las guardaluces cubriendo los empalmes entre estos elementos, lo que aumenta la fuerza de la composición (Imagen 708). Los cielorrasos concéntricos por su lado, parten de un centro en torno al cual se genera una forma generalmente cuadrada, en cuyo contorno se disponen las tablas haciendo una progresión de la figura de arranque; las guarda luces acompañando los empalmes más largos contribuyen a darle más dramatismo a la geometría resultante (Imagen 709).

708. Finca La Palma, Marsella, Risaralda. Imagen 709. Finca Villa Flor, Pereira, Risaralda.



708. Finca La Palma, Marsella, Risaralda. Imagen 709. Finca Villa Flor, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

También, los cielorrasos se presentan cubriendo el recorrido del corredor, siendo el más frecuente el de tipo lineal con sus dos variantes, la de tablas pareadas y continuas con guarda luces en sentido longitudinal (Imagen 710), y la de tablas intercaladas con guardaluces cubriendo los empalmes horizontales y transversales (Imagen 711). Se ha observado cómo el mismo diseño de cielorraso que se desarrolla sobre la banda de circulación se prolonga sobre la franja del alero.

710. Finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Imagen 711. Finca Villa María, Pereira, Risaralda.





710. Finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Imagen 711. Finca Villa María, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Con relación también a los elementos funcionales decorativos que la arquitectura regional de bahareque desarrolló en el ámbito rural para el confinamiento de los espacios, en este caso de circulación, nos encontramos con las chambranas, modalidad de pasamanos utilizado para delimitar el corredor y separarlo del patio o de los patios presentes en la áreas aferentes de las casas, esto cuando las bandas de circulación se ubican en el primer nivel; cuando el corredor se desarrolla en la segunda planta, o en otras que desarrolle la edificación de bahareque, la chambrana obra adicionalmente como un dispositivo de seguridad.

En los diferentes niveles donde se desarrolla la chambrana, esta además de las funciones anotadas, se desempeña como punto de apoyo para los individuos que desde el corredor establecen una relación visual con las dinámicas presentes en el núcleo construido de la finca, al igual que con los paisajes que están en posibilidad de percibir en su entorno (Imagen 712).

Imagen 712. Finca La Selva, Marsella, Risaralda.



Imagen 712. Finca La Selva, Marsella, Risaralda. Fuente: Archivo. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

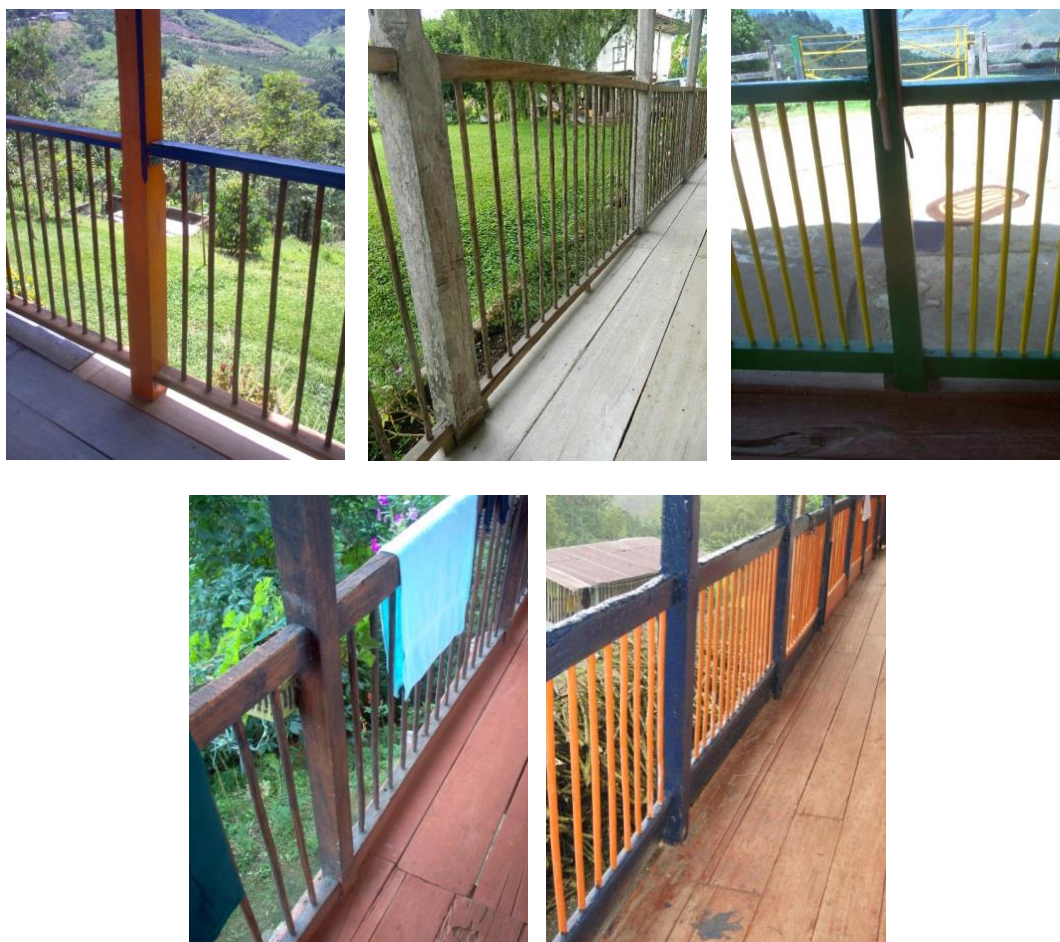
Se identifican en consecuencia varios tipos de chambranas con el embarrotado de macana⁶⁶ como hecho recurrente, teniendo como variante el elemento inferior del marco de confinamiento, ya que el superior siempre lo integra un cuartón de madera –pieza rectangular de madera de 4 x 8 cms– en posición vertical u horizontal, por lo regular con los filos pulidos para facilitar el apoyo de los brazos.

El primer tipo encontrado corresponde a un marco de confinamiento con cuartón superior puesto en posición horizontal y varilla de esqueleto de 2 x 4 cm en la parte inferior (Imagen 713); igualmente, se observa un segundo tipo cuya variación consiste en la utilización de un listón de 3 x 3 cm sirviendo de base a las macanas (Imagen 714), lo mismo que un tercer modelo con cuartón vertical también sirviendo de asiento al enrejado (Imagen 715). El cuarto tipo encontrado en la muestra presenta un cuartón superior de canto o en posición vertical y un

⁶⁶ La palma macana o *Wettinia kalbreyeri* se utiliza para la extracción de varillas indispensables en la elaboración de chambranas y muebles, entre otros elementos muy útiles para los habitantes del PCC. Se caracteriza por su gran resistencia, sin embargo es una especie que se encuentra en vía de extinción, lo que ha generado serias restricciones para su extracción y comercialización.

listón recibiendo las macanas (Imagen 716), mientras que el quinto modelo varía en el uso de un cuartón vertical como soporte de los barrote (Imagen 717).

713. Finca La Esperancita, La Celia, Risaralda. Imagen 714. Finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Imagen 715. Finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 716. Finca El Pedregal, Balboa, Risaralda. 717. Finca San Marcos, Apía, Risaralda.

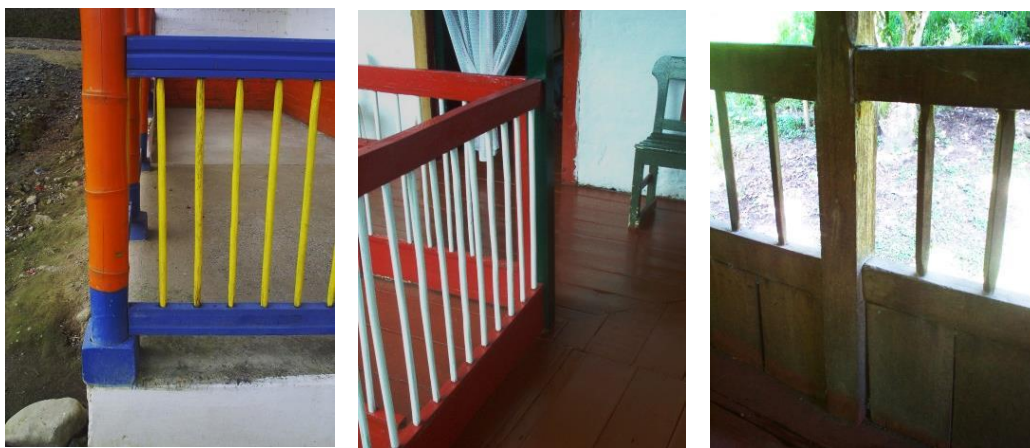


713. Finca La Esperancita, La Celia, Risaralda. Imagen 714. Finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Imagen 715. Finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 716. Finca El Pedregal, Balboa, Risaralda. 717. Finca San Marcos, Apía, Risaralda. Fuentes: Imágenes 713, 715, 716 y 717. Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Imagen 714. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

También dentro del universo de chambranas observadas, damos cuenta de un quinto tipo con cuartón superior ruteado de canto, y una varilla de esqueleto con bordillo también dispuesta verticalmente (Imagen 718); el sexto modelo dentro de este grupo de chambranas con cuartón superior de canto, corresponde a la variante con tablón inferior de 3 x 16 cm (Imagen 719), en tanto que el último

ejemplar identificado corresponde a un diseño atípico en el que se prescinde del embarrotado de macana, dando lugar a un enrejado de madera labrada que se confina entre un cuartón superior en posición vertical y un cuartón inferior de canto, el cual delimita a la vez una franja de tablas paradas que se repite entre columna y columna (Imagen 720).

718. Finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 719. Finca La Clara, Apía, Risaralda. Imagen 720. Finca La Esperanza, La Celia, Risaralda.



718. Finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 719. Finca La Clara, Apía, Risaralda. Imagen 720. Finca La Esperanza, La Celia, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

De otra parte, en el grupo de elementos funcionales decorativos de protección, tenemos en primer lugar los zócalos, cuyo propósito es proteger las paredes de la casa de bahareque del trajín producido por las funciones de habitación; seguidamente encontramos los aleros, cuya misión es la de proteger los corredores y las culatas de estas edificaciones de los efectos del clima.

Se precisa por consiguiente la función del zócalo como una barrera de protección para el segmento inferior de las paredes que acompañan el corredor, espacio donde confluyen la mayoría de flujos de circulación de la casa y se mezclan usos de diferente naturaleza como el de comedor, de lugar de estancia y de encuentro social, o de sitio de almacenamiento temporal, entre otros.

Sumada a los anteriores factores está la fragilidad de la tez de bahareques como el embutido y el enchinado, que obligó a la construcción de zócalos de protección en madera, y en muchos casos con el paso del tiempo, se fueron sustituyendo por morteros de arena y cemento; por su parte, los bahareques recubiertos en madera denominados de tabla parada o de cancel – los bahareques metálicos y encementados se realizan durante la primera mitad del siglo XX en el ámbito rural en contadas excepciones–, presentan zócalos pintados debido a las condiciones de resistencia de su superficie; estos usualmente se realizan en colores que contrastan con el blanco del fondo, como una forma de entrar a proteger esta franja de la fricción y de otras afectaciones producidas por la circulación y por las actividades presentes en el corredor (Imagen 721).

Imagen 721. Finca El Porvenir, Marsella, Risaralda.



Imagen 721. Finca El Porvenir, Marsella, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Es así como la necesidad de proteger la franja inferior de las paredes del corredor dio origen a dos tipos de zócalos, desde los más sencillos basados en retículas con celdas de formato rectangular, a otros más elaborados en los que se incorpora el uso de figuras curvas y sinuosas. Debe tenerse en cuenta que todos los modelos observados parten del mismo principio constructivo de tablas paradas no necesariamente a tope, con guarda luces verticales y cenefas de remate en los extremos superior e inferior.

Así, encontramos en el primer grupo tipológico, zócalos con guarda luces lisas cubriendo los empalmes de las tablas en sentido vertical, rematadas en ambos extremos por cenefas horizontales de superficie también lisa de mayor sección, todas sin ningún tratamiento que las diferencie más allá de su dimensión (Imagen 722). También se observan zócalos con guarda luces dispuestas verticalmente, mientras que una longitudinal de la misma dimensión remata los rectángulos en su borde inferior; el extremo superior lo delimita una moldura con bordillos a ambos lados, dándole más fuerza a la transición con la superficie blanda de la pared (Imagen 723). Finalmente, dentro de este segmento identificamos un zócalo con cenefas horizontales de una dimensión mayor que las anteriores, y en las que se perciben canales a todo lo largo de su superficie que les producen una sutil textura (Imagen 724).

722. Finca Bariloche, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 723. Finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 724. Finca Villa María, Pereira, Risaralda.



722. Finca Bariloche, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 723. Finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 724. Finca Villa María, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

El segundo grupo tipológico presenta zócalos que incorporan cenefas con el borde externo recto y el interno conformado por arcos de medio punto, cuyas bases coinciden con las guarda luces dispuestas verticalmente para cubrir los empalmes de las tablas; las guarda luces se acompañan de unas sutiles canales

en sus bordes que le imprimen textura y gran sobriedad a este modelo (Imagen 725).

Seguidamente, tenemos zócalos con cenefas de gran sección en cuyos tercios internos incorporan arcos de tipo conopial, los cuales coinciden en su arranque con las series de guarda luces dispuestas verticalmente; en este modelo se observa como hecho particular una cenefa sencilla de bordes rectos más gruesa que las guarda luces, definiendo la base del elemento (Imagen 726). Por último, observamos un zócalo en que sus cenefas –superior e inferior – dan cabida a arcos conopiales que ocupan prácticamente toda su sección, dejando solo una pequeña franja en sus bordes externos (Imagen 727).

Imagen 725. Finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Imagen 726. Finca La Siria, Santa Rosa de Cabal. Imagen 727. Finca Las Violetas, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



Imagen 725. Finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Imagen 726. Finca La Siria, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 727. Finca Las Violetas, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Continuando con el estudio de los elementos funcionales decorativos de protección que desarrolló la arquitectura regional de bahareque en los ámbitos rurales, es necesario detenerse en los aleros, los cuales surgen como una proyección de los faldones de la cubierta para resguardar el perímetro de las

casas, tanto de las fachadas donde se desarrolla el corredor (Imagen 728), como de las culatas (Imagen 729).

728. Finca La Cigalia, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 729. Finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



728. Finca La Cigalia, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 729. Finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En este sentido, se tiene registro de dos tipologías de alero, la primera con estructura cubierta donde el cielorraso del corredor se prolonga por fuera de la membrana que definen conjuntamente columnas y chambranas, ya sea conservando la misma dirección del entramado de tablas que lo configuran (Imagen 730), o contraponiéndose a este, ubicando su entablado de manera perpendicular (Imagen 731).

730. Finca La María, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 731. Finca Bariloche, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



730. Finca La María, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 731. Finca Bariloche, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

La segunda tipología de alero presenta su estructura descubierta; sin embargo, a diferencia de los aleros con estructura a la vista presentes en las casas urbanas de bahareque, donde los elementos de soporte o canes aparecen en muchos casos finamente decorados, en las casas presentes en el campo estos se presentan exhibiendo de manera escueta su materialidad y sin su respaldo cubierto (Imágenes 732 y 733), permitiendo la observación del espacio a que da lugar la estructura de soporte de los techos y al cual en la región se le ha dado el nombre de zarzo (Imagen 734).

Imágenes 732 y 733. Finca La Playita, Apía, Risaralda. Imagen 734. Finca La Betulia, Montenegro, Quindío.





Imágenes 732 y 733. Finca La Playita, Apía, Risaralda. Imagen 734. Finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Fuentes: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico. Archivo Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez.

Como se dijo al inicio de este aparte, el alero también se presenta sobre las culatas desempeñando su función protectora, ya sea con su estructura cubierta o a la vista.

Cuando la estructura se presenta cubierta, su recubrimiento en tabla de forro conserva la misma dirección que desarrolla frente a los corredores, ya sea de manera alineada (Imagen 735) o perpendicular a estos (Imagen 736). La estructura a la vista deja ver los elementos de soporte del faldón de cubierta, ya sean guaduas o piezas de madera aserrada como cuartones y vigas, así como la solera de remate de la pared, dejando de fondo la estructura de los techos con los varillones de guadua donde se soportan las tejas y el impactante tejido que este conjunto representa; lo más frecuente es que se desarrollen aleros con estructura a la vista sobre las culatas, como resultado de la baja actividad y la poca apropiación que se produce sobre estos lados de las casas (Imagen 737).

735. Finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 736. Finca El Bariloche, Santa Rosa de Cabal. Imagen 737. Finca El Caracol, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



735. Finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 736. Finca El Bariloche, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 737. Finca El Caracol, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Finalmente, entramos a dar una mirada a los elementos funcionales decorativos que hemos denominado de tipo constructivo, y que corresponden a las columnas que rodean los corredores con sus respectivos pedestales y capiteles. Las columnas cumplen una función indispensable dentro del sistema estructural de la casa de bahareque, como es la de sostener las soleras sobre las que van apoyados los “durmientes” o vigas de soporte del entrepiso. Del mismo modo, constituyen el soporte de las soleras donde descansa la estructura de la cubierta, esto para las casas de dos pisos (Imagen 738); en las de un piso el asunto se simplifica, ya que la columna arranca apoyada sobre el entablado del piso del primer nivel, recibiendo a continuación las soleras donde se posan los techos (Imagen 739).

Imagen 738. Finca La Palma, Marsella, Risaralda. Imagen 739. Finca El Arenillo, Santuario, Risaralda.



Imagen 738. Finca La Palma, Marsella, Risaralda. Imagen 739. Finca El Arenillo, Santuario, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

De ahí que para el funcionamiento adecuado de las columnas, se haya tenido que recurrir al diseño de dos componentes fundamentales como son el pedestal y el capitel. Los pedestales aparecen en las casas de bahareque cuando estas han perdido el entrepiso en madera del primer nivel, el cual originalmente se presenta sobrealzado del terreno sobre piedras o fundaciones de ladrillo (Imagen 740), y lo han sustituido por una losa de concreto o andén casi al ras del terreno (Imagen 741). Estos pedestales usualmente están contruidos en concreto y son de forma trapezoidal con alturas que oscilan entre 40 o 50 cm, aunque en ciertos ejemplos pueden llegar a presentar alturas mayores.

Imagen 740. Finca El Arenillo, Santuario, Risaralda. Imagen 741. Finca El Páramo, Apía, Risaralda.



Imagen 740. Finca El Arenillo, Santuario, Risaralda. Imagen 741. Finca El Páramo, Apía, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

En cuanto a los capiteles, estos tienen como función concentrar las cargas de las vigas soleras y transmitir las a las columnas; por esto su aspecto alargado y de la misma sección que las soleras, y la tensión de su forma y de sus líneas de composición hacia el punto central de apoyo donde se dispone el orificio en que se inserta el espigo de la columna, dándose así el empalme de los dos elementos.

Basados en estas determinantes, los capiteles desarrollaron diversos diseños partiendo del más sencillo de forma trapezoidal (Imagen 742), hacia otros más elaborados con pedestal central y extremos ondulados convexos que hacen cierta alusión a los capiteles toscanos (Imagen 743), con base central cúbica y extremos ondulados de forma cóncava (Imagen 744), de forma trapezoidal rematada en los extremos en especies de volutas alusivas al orden jónico (Imagen 745), con pedestal central y extremos curvos (Imagen 746) y pedestal central escalonado con secciones laterales planas rematadas en volutas (Imagen 747), entre muchos otros modelos.

742. Finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Imagen 743. Finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 744. Finca La Equis, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 745. Finca La Clara, Apía, Risaralda. Imagen 746. Finca San Luis, Marsella, Risaralda. Imagen 747. Finca El Rosal, Pereira, Risaralda.



742. Finca La Betulia, Montenegro, Quindío. Imagen 743. Finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 744. Finca La Equis, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 745. Finca La Clara, Apía, Risaralda. Imagen 746. Finca San Luis, Marsella, Risaralda. Imagen 747. Finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Las columnas por lo general presentan su sección cuadrada hasta alturas que oscilan entre los 1 y 1,20 mt, o sea, 10 o 20 cm más arriba del pasamanos de la chambrana, punto en el que se inicia el único gesto de diseño que poseen estos elementos consistente en el sutil ochavado de sus esquinas –las aristas de las columnas se eliminan cortándose a 45°–, prolongándose hasta el empalme con el capitel (Imágenes 748 y 749).

Imagen 748. Finca Valdivia, Marsella, Risaralda. Imagen 749. Finca La Palma, Marsella, Risaralda.



Imagen 748. Finca Valdivia, Marsella, Risaralda. Imagen 749. Finca La Palma, Marsella, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Otros tipos de columnas de forma circular, rebajada del centro hacia arriba, con capiteles redondos, cónicos etc., como los que se observan en las casas urbanas de bahareque, se presentan de una manera excepcional y más bien producto de intervenciones recientes, en la que a las casas rurales se les impone una imagen que no corresponde con su origen austero y con su esencia de lugar concebido para el trabajo.

Es también oportuno mencionar cómo muchas de estas casas presentan las membranas perimetrales del corredor construidas con columnas de guadua, las cuales pueden hacer parte de estas edificaciones desde los tiempos de su construcción o ser producto de intervenciones recientes, resultado del deterioro de estos elementos y de su sustitución por este material, del cual usualmente se tiene gran disponibilidad en las fincas y que si se somete a un riguroso proceso de corte y maduración, puede llegar a tener gran durabilidad (Imágenes 750 y 751).

Imagen 750. Finca La Siria, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 751. Finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.



Imagen 750. Finca La Siria, Santa Rosa de Cabal, Risaralda. Imagen 751. Finca La María, Santa Rosa de Cabal, Risaralda.
Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

Finalmente, se debe hacer alusión a un grupo de elementos funcionales decorativos a los cuales se les puede dar el calificativo de atípicos por ser representativos de las casas urbanas, como puertas ventanas (Imagen 752) y cancelos de comedor (Imágenes 753 y 754) entre otros, los cuales no son originales de estas edificaciones, pero que paulatinamente se fueron adaptando dentro de su materialidad, ya fuera por la mentalidad entre urbana y rural de algunos de sus propietarios, particularmente los de las fincas de mediana extensión, o por usos contemporáneos como el hotelero, que buscando ciertos efectos tergiversan y alteran el documento que significa esta arquitectura para la memoria de los paisajes cafeteros.

Imagen 752. Finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 753. Finca La María, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 754. Finca El Rosal, Pereira, Risaralda.

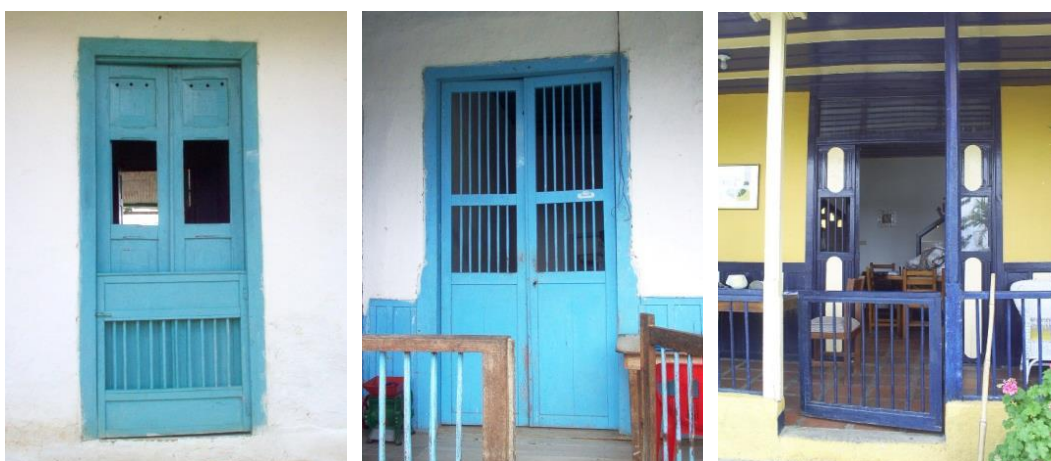


Imagen 752. Finca El Confital, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 753. Finca La María, Belén de Umbría, Risaralda. Imagen 754. Finca El Rosal, Pereira, Risaralda. Fuente: Inventario rural Investigación Caracterización PCC departamento de Risaralda, equipo patrimonio arquitectónico.

CONCLUSIONES

Las conclusiones se presentan a manera de ideas principales extraídas del contenido de los capítulos, las cuales enfatizan los aspectos más importantes abordados a lo largo de cada uno de ellos, de modo que a continuación aparecen varios apartados donde se condensan de manera puntual los aportes más valiosos del trabajo.

En este sentido, desde el punto de vista de las características biofísicas de la región centro occidental de Colombia y en particular de la zona principal y la zona de amortiguamiento del PCC, se puede concluir lo siguiente:

1. Que la región centro occidental y por consiguiente el PCC se caracterizan por la existencia de suelos constituidos por cenizas producto de la gran actividad volcánica, lo que conjuntamente con la oferta hídrica representada en gran cantidad de acuíferos y un alto régimen de lluvias, produjo tierras fértiles de gran aptitud para la agricultura, en particular para el cultivo del café.

Igualmente, la interacción existente entre zonas de cultivo, particularmente de café, con áreas naturales protegidas, con relictos boscosos y guaduales en los que se alberga una gran biodiversidad y se da el nacimiento de infinidad de microcuencas.

2. Por las características geológicas y geomorfológicas del territorio, se concentran varias amenazas naturales como eventos sísmicos, volcánicos y fenómenos hidrológicos en cuencas de carácter regional, que dan cuenta de una fuerte dinámica física que en una escala temporal de larga duración, se ha encargado de proveer la base biofísica la cual, sumada a la presencia humana de aproximadamente 10500 años de antigüedad —comprobada por la existencia en varios sitios de testigos en forma de niveles de piedras y artefactos líticos—, ha permitido la constitución de los paisajes que hoy podemos observar y disfrutar.

3. Partiendo de los planteamientos del geólogo Michael Tilstl (2006), históricamente la erosión ha sido más fuerte que la sedimentación y en este momento los paisajes de la región cafetera del centro occidente de Colombia se encuentran en una fase erosiva, incrementada con las inadecuadas prácticas de uso del suelo en pendientes altas como es el caso de la ganadería, de modo que en un futuro próximo las cenizas jóvenes base de la fertilidad de los suelos del Eje Cafetero desaparecerán. Esto nos pone en dirección de repensar los procesos de planificación y de ordenación del territorio con el propósito de replantear ciertas actividades productivas que están poniendo en alto riesgo la sostenibilidad del PCC.

4. La región centro occidental históricamente se caracteriza por su potencial hídrico, permitiendo la subsistencia de los grupos humanos que se han asentado en su territorio y el desarrollo de actividades productivas como la caficultura, la cual requiere de gran disponibilidad del vital líquido desde el momento de la siembra del cafeto hasta su beneficio en la cosecha. Este potencial es un resultado de lo que sucede en las zonas de media ladera donde se presentan las mayores precipitaciones y menores niveles de evapo-transpiración, importante porque genera un potencial hídrico que suple las necesidades de las zonas bajas. Por su parte, las zonas de altura mayores a los 3.000 msnm presentan precipitaciones intermedias con baja evapo-transpiración, lo cual las constituye en sectores estratégicos desde el punto de vista de la recarga acuífera.

5. El clima tiene por supuesto una gran influencia en las maneras en que el ser humano habita el territorio. Por lo tanto, el régimen de lluvias, los vientos y las temperaturas se convierten en reguladores sociales y económicos. Dicha situación ha permitido el desarrollo de prácticas productivas y culturales, de costumbres y hábitos, al igual que de hechos materiales –la arquitectura regional de bahareque se desarrolla haciendo una lectura de dichas condiciones

climáticas—, que les facilitaron a los seres humanos que habitan esta región perfeccionar su hábitat.

6. La arquitecta Gladys Rodríguez y el sociólogo Oscar Arango (2003), sostienen que el 62% de las áreas protegidas se encuentran en la zona rural, el 31% dentro del suelo urbano y solo el 7% ubicadas como zonas de transición y comunicación entre lo rural y lo urbano. Esta información confirma la interacción que presentan en los campos de la región las áreas cultivadas, entre esas las dedicadas al café, con los bosques, guaduales y acuíferos, así como con la gran biodiversidad presente dentro de las mismas, situación que además de constituirse en un importante valor, se convierte en un reto en cuanto a las medidas que desde la planificación y la conservación se deben adoptar para conservar dicho equilibrio.

En cuanto al proceso de territorialización en que se definen una serie de hitos de poblamiento e invariantes geográficas que definieron el proceso de conversión del espacio geográfico en territorio en el PCC, se puede resaltar que:

1. El territorio y los paisajes característicos del centro occidente de Colombia, incluido el segmento correspondiente al PCC, son un producto histórico, reflejo de los diferentes estadios de desarrollo de su sociedad y de la cultura territorial que esta produjo en torno a la actividad de la caficultura. Así, encontramos una estratigrafía en la que se pueden identificar diversos hitos históricos que han modelado su fisonomía e incidido directamente en la manera en que las generaciones de habitantes de la región se han aproximado a los paisajes, llegando en algunos casos y momentos a desarrollar niveles de percepción para posibilitar su disfrute.

De ahí que se puedan definir tres hitos fundamentales en el poblamiento de la región, teniendo de por medio un proceso de larga duración ligado a los orígenes del poblamiento en América y a la manera como se establecieron las diferentes comunidades en el espacio geográfico que hoy comprende Colombia, y que

corresponden al periodo de presencia de los pueblos autóctonos, a los momentos en que se producen las avanzadas y asentamiento hispánico durante los siglos XVI y XVII y finalmente al fenómeno de poblamiento tardío que se da durante el siglo XIX.

2. Es así como encontramos una serie de culturas que se asentaron sobre las laderas de las cordilleras Central y Occidental a la altura del Cauca Medio, en tierras ubicadas por encima de los 1800 msnm, en una geografía caracterizada por un clima de especiales condiciones, apto para el establecimiento humano y con suelos muy fértiles, como consecuencia de la caída de cenizas generada por la gran actividad volcánica, en especial la que se ha registrado durante los últimos 20000 años (López, 2014). Se encuentra pues, un territorio densamente poblado por grupos humanos distribuidos por toda la región en pequeños asentamientos, los cuales presentan como denominador común su ubicación en las partes altas de la topografía, hecho que queda en evidencia en la gran cantidad de terrazas que de manera casi imperceptible, se pueden observar coronando muchas de las elevaciones de este sinuoso relieve.

3. En este orden de ideas, es importante resaltar el lugar jerárquico ocupado por los Quimbayas dentro del panorama de relaciones que constituyó el territorio del PCC en tiempos prehispánicos, resultado del desarrollo de una sociedad compleja y adelantada, con asignación de roles así como linajes, en medio de una organización piramidal que concentraba el poder en una clase dominante y en particular en el cacique.

Los Quimbayas llegaron a ser una sociedad con bases sólidas y estables, sin igual entre el abanico de pueblos precolombinos presentes en el territorio del PCC, comparable en organización con los Muiscas asentados en los altiplanos de la cordillera Oriental.

4. Por otra parte, se observa que el espíritu de la colonia española no logra penetrar en este territorio, llegando a ser no más que el pálido reflejo de lo que sucedió en las urbes durante la Nueva Granada, como Cali o Popayán al sur occidente, Santa Fe de Bogotá y Tunja en el altiplano cundiboyacense –donde se regían los destinos de las grandes encomiendas–, o Santa Marta y Cartagena en la costa Caribe donde se detentaba el poder político y tenían lugar las más importantes dinámicas económicas.

De tal manera que en la región centro occidental, hoy territorio del PCC, ni la agricultura ni la ganadería desarrollan las condiciones para sostener el andamiaje de la estructura colonial, la cual se sustentaba en gran medida en la encomienda, continuando su dependencia de la minería, en franca decadencia. En cuanto al comercio, este tampoco alcanza a desarrollarse, quedando en el nivel del trueque y como medio de aprovisionamiento de las poblaciones mineras, sin que se produzca una dinámica de producción de bienes y servicios que propicie la reproducción de oficios y cadenas productivas que fortalecieran la economía.

5. Otro aspecto que influyó en la falta de afianzamiento del proceso colonial español en la región centro occidental entre los siglos XVI y XVII, se refiere a que a las poblaciones que se fundaron en la región durante los periodos de conquista y colonia, les fue muy difícil despojarse del carácter temporal que les imprimió la minería, y no desarrollaron otras bases económicas que sustentaran su continuidad en el tiempo y les proveyeran autonomía. Por tal razón, su urbanismo y arquitectura no trascienden, llegando algunos de estos incipientes centros urbanos a tener el carácter de fortalezas con murallas perimetrales, como una clara evidencia de su inestabilidad. En cuanto a las edificaciones, estas no superaron un nivel básico sin “...indicios de ornamentación, ya que la arquitectura es un árido rudimento de conquista. Ni decoradores, ni pintores, ni imagineros, plasman el espíritu de la época, porque la Iglesia, tutora del arte colonial actúa en los grandes centros (Bogotá, Tunja, Popayán, etc.)...” (García, 1978, p. 31).

6. Se concluye que la conquista y la colonia española impactaron de una forma limitada el territorio de este segmento de la geografía Neogranadina, siendo en síntesis una sumatoria de hechos impulsados por criterios extractivos y mercantilistas, y no por el propósito de construir un proyecto económico y social, incluyente y civilista; esto tuvo como efecto que la realidad que se construye en casi dos siglos termina desvaneciéndose en el tiempo, a tal punto que quienes llegan cuando empieza el tercer proceso de poblamiento de la región durante el siglo XIX, tienen que enfrentarse con el inicio de un proceso de refundación.

7. El colonizador antioqueño, caucano, tolimense o cundiboyacense que llega a la región dos siglos después de la efímera presencia hispánica, establece un tipo similar de relación que la que desarrollaron los españoles con el medio, sustentada en la imposición de sus valores y en la explotación del medio según sus intereses; sin embargo, es posible establecer una importante diferencia: mientras que el español venía de paso con el propósito de extraer recursos, consciente del posterior regreso a la metrópoli, el colono del siglo XIX viene a establecerse, a echar raíces: “No proviene, como el tipo aventurero de conquista, de una hez urbana o rural, sino de la densa y heroica capa de los cultivadores sin tierra” (García, 1978, p. 38). No obstante esta visión utilitarista, el ánimo de quedarse le impelía a establecer una mediación con los lugares donde se instalaba aprovechando lo que le proveían para garantizar su supervivencia, y mediante ciertos arreglos como los provistos por la agricultura, permanecer logrando su inserción adecuada en el medio.

8. El dominio y conversión durante el siglo XIX y parte del XX de esta porción del espacio geográfico del occidente colombiano en territorio, significó una ardua tarea de más de cien años en la que a través de diferentes avanzadas y momentos, los nuevos pobladores de esta región lograron penetrar, establecerse y producir los rasgos más representativos de su actual fisonomía.

Para lograr este propósito los grupos humanos que llegaron a este medio, debieron interiorizar sus características físicas y adaptar o desarrollar dispositivos y prácticas que les permitieran potencializarlas o hacerles frente de la manera más adecuada, en pos de propiciar su afincamiento y las condiciones óptimas para la modelación de un hábitat que garantizara una estadía permanente, en sano equilibrio con los lugares donde se instalaron. Este proceso sentó las bases para el surgimiento de una cultura regional de rasgos tan vitales y excepcionales como la que se reconoce en junio de 2011 con la inscripción del PCC en la Lista de Patrimonio Mundial.

9. Se observa además, cómo este tercer proceso de poblamiento en la región centro occidental se sustenta sobre la base que provee una sociedad altamente estratificada, compuesta por capas en las que se identifica una serie de grupos sociales: el primero compuesto por los fundadores, "...que tomaban para sí las mejores tierras, controlaban el comercio y colocaban a los más pobres en condición de dependencia frente a ellos" (Álvarez, 1987, p. 134); el segundo, por el segmento correspondiente a los medianos propietarios que se ubican en posiciones de privilegio, ejerciendo como parte de las juntas de población, como jueces pobladores, agrimensores, abogados, comerciantes, los cuales tuvieron la posibilidad de enriquecerse; en tercer lugar se identifica una clase trabajadora dedicada la gran mayoría a la agricultura y, en menor grado, a la arriería, la artesanía y la minería; por último, la capa de quienes estaban "...al servicio de los fundadores y quienes obviamente no tuvieron acceso a las herramientas de poder en el reparto, debiendo contentarse con pequeñas adjudicaciones de tierras marginales o instalarse en las propiedades de los fundadores o de los ricos propietarios de Medellín" (Álvarez, 1987, p. 134).

Como se puede deducir, este fue un proceso de poblamiento marcado por la desigualdad social y económica, en el que una minoría de colonos convertidos en grandes propietarios termina consiguiendo privilegios y ventajas frente al resto de la población. No obstante, mucha gente pasará a ser pequeña o mediana

propietaria y dicho proceso terminará considerado por muchos como un ejemplo de participación y democracia.

10. Pero la clase trabajadora a que se alude, pequeña y mediana propietaria de tierras, ve reivindicados sus esfuerzos gracias al cultivo del café que, habiendo empezado a darse en la región centro occidental desde 1860, alcanza su auge alrededor de 1895 (Vallecilla, 2012) debido a las óptimas condiciones que encuentra en las laderas localizadas entre los 1200 y 1800 msnm, las cuales además de presentar un régimen de lluvias ideal, estaban compuestas por suelos muy fértiles conformados por cenizas volcánicas. Esto hace que se descentre la inversión de las capas altas de la sociedad de las tierras planas ubicadas en los valles de los ríos hacia las de vertiente, que de manera paradójica anteriormente habían sido desdeñadas por los círculos de poder y entregadas a los miles de inmigrantes pobres sin tierra, quienes en el siglo XX constituirían la base de pequeños propietarios sobre la que se sustentaría la caficultura de esta parte del país.

De ahí que en la década de 1900, Colombia se convierta en el segundo productor mundial de café después de Brasil, el cual venía como primer productor desde 1830, coincidiendo este hecho con los resultados de las grandes inversiones en el cultivo de café realizadas en la región a fines del siglo XIX, al igual que con el gran aporte del café producido en las pequeñas y medianas propiedades de ladera.

11. No obstante la topografía de montaña de la región que se convierte en factor favorable para el desarrollo de la caficultura, esta se vuelve en su contra haciendo que la exportación de café suceda de manera tardía, si se compara con el Norte de Santander donde esta se da a mediados del siglo XIX, como una consecuencia de su aislamiento en medio de una orografía escarpada y por la carencia de sistemas de transporte eficientes que la acercaran con los puertos. Esta situación viene a solucionarse en la década de 1920 con la puesta en funcionamiento del ferrocarril de Caldas y del cable aéreo entre Manizales y Mariquita.

12. Antes de la entrada en funcionamiento de estos medios de transporte, los “caminos de herradura” habían constituido la red primaria por la que circuló el flujo humano que pobló este territorio fundando poblados y generando áreas cultivables; igualmente, esta red adquiere un papel protagónico cuando se inicia la circulación en sentido contrario debido al aumento gradual de la producción agrícola y pecuaria, y de la salida de sus productos para la venta, que no solo se llevaron hasta los poblados vecinos, sino hasta poblaciones distantes como Medellín.

A la par con la necesidad de contar con mejores caminos para el desplazamiento humano y para ejercer el comercio, se consolida la empresa de la arriería, sustentada sobre la base que proporcionó la utilización del caballo, la mula y el buey como únicos medios de transporte que desde el inicio de la migración hacia esta zona del país, sirvieron para enfrentar las adversidades de estos caminos, constituyéndose en uno de los pilares sobre los que se apoyaría el desarrollo social y económico de la región. Además, este medio de transporte se encargó de darle significado a un territorio vasto y en muchos casos inhóspito, que gracias a su aporte se fue poblando e integrando a las dinámicas de la región y del país.

13. De tal forma que el comercio del café, que se intensifica a comienzos del siglo XX, y el modelo económico basado en la exportación, influyen en el mejoramiento del sistema de caminos y en que se piense en medios alternos de movilidad como el ferrocarril, los cables aéreos, no solo como una manera de hacer más eficiente la salida del café hacia los mercados internacionales y de resolver el problema del aislamiento, sino también como una forma de estar a la par con un momento de prosperidad. Sin embargo, es importante señalar que los gobiernos nacionales paulatinamente apoyan el desarrollo de las carreteras favoreciendo además los emergentes monopolios del transporte por estas nuevas redes, lo que desestimula desde mediados del siglo XX la continuidad de los cables aéreos y de los

ferrocarriles –en cuya construcción se habían invertido cuantiosos recursos– llevándolos a su desaparición en la década de 1960.

14. En este sentido, se debe resaltar la inversión en vías rurales durante el siglo XX, desde que se crea la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, que puede interpretarse como una forma de retornar a los pobladores de la región y del PCC las ganancias generadas por la exportación de café, al buscar que los campesinos estuvieran cada vez más y mejor conectados con los centros urbanos. De este modo, se facilita la salida de diferentes productos y en particular, de la cosecha de café. No obstante, los beneficios recibidos no solo se representaron en vías, sino en la construcción de acueductos rurales, equipamientos de educación y de salud, además en saneamiento básico y mejoramiento de vivienda rural, aunque este último programa ha tenido funestos resultados para la conservación de la arquitectura regional de bahareque en las áreas rurales.

15. En el reparto de tierras que se hacía al momento de fundar un poblado, estaba implícita la entrega al colono de un terreno rural como complemento del solar que se le adjudicaba en el área urbana, disposición que tiene su antecedente en las “Ordenanzas de Poblamiento” o “Leyes de Indias” que se compendían a fines del siglo XVI durante el gobierno de Felipe II. Otro precedente lo constituye Juan Antonio Mon y Velarde –oidor de la Real Audiencia de Santafé, visitador de la Provincia de Antioquia en 1784–, quien pone en práctica una serie de disposiciones dirigidas a reestructurar el orden territorial y económico vigente en esta provincia, así como la fundación y desarrollo de nuevas poblaciones que terminan siendo adoptadas sin ser ese el propósito, como carta de navegación del flujo poblacional generado a fines del siglo XVIII, hacia la región centro occidental del país.

16. Los compromisos adquiridos por las personas que integraron los grupos de migrantes antes de partir a colonizar, hasta los aspectos que tenían que ver con la selección del sitio y con las tareas que se debían acometer al momento de fundar

un pueblo como el trazado de su plaza y sus manzanas, el reparto de solares y tierras de labor, entre otras disposiciones, se enmarcan dentro de un plan cuyo propósito era darle forma a un territorio en consonancia con los anhelos e imaginarios de un colectivo, al igual que con patrones culturales comunes profundamente anclados en la tradición hispánica, como el trazado en cuadrícula sobre el que se fundamenta el proceso que durante el siglo XIX también tiene como esencia la fundación de ciudades.

17. De esta manera, surgen y se consolidan las fincas teniendo como base sus núcleos construidos –compuestos por la vivienda y otras edificaciones de apoyo a la producción– y la continua interacción que se produce entre sus componentes, y entre estos y las áreas de cultivo, propiciando la existencia de un entramado de relaciones sociales y de producción que les confiere a los predios rurales el carácter de nodos; igualmente, las fincas en su contacto con otros nodos como las fondas y los centros urbanos, generaron una red de interdependencias y la base de un sistema territorial definido por la presencia de hitos de dominación y apropiación.

18. Por su parte, la dependencia que establecían las fincas de las áreas urbanas, tenía como punto intermedio la fonda, nodo que servía como sitio de aprovisionamiento, de encuentro social y como lugar donde se resolvían las problemáticas de supervivencia de las familias campesinas. Las fondas y sus edificaciones constituyeron la semilla de los caseríos que siguieron creciendo de forma lineal a lado y lado de los caminos, los cuales en muchos casos dieron origen a los centros poblados rurales que hoy conocemos y a poblaciones que se desarrollaron sin contar con un plan previo o acto fundacional alguno, como sí sucedió con muchas otras poblaciones fundadas en el centro occidente de Colombia durante su tercer proceso de poblamiento.

19. De otra parte, los poblados asumieron también el papel de nodos en los que se reprodujeron las dinámicas económicas y culturales que le dieron estructura,

forma y continuidad al territorio regional, y simultáneamente se concentraron las tensiones que les dieron la posibilidad de consolidarse. Así, las estructuras en cuadrícula o damero se abren al territorio facilitando procesos de acumulación, a la vez que se cierran para contener lo que acumulan, relación de doble vía que puede aplicarse a todos los elementos que hacen parte de su trama.

Se entiende entonces cómo el concepto de nodo se adapta a otras escalas y lugares que involucran el encuentro social, como los templos que en época de consolidación de estas estructuras urbanas, aglutinaron la vida de los pueblos y prestaron a la vez la función de hitos o mojones que marcaron la presencia humana en medio del espacio geográfico, generando paisaje, a la vez que territorio; esta idea de nodo se transfiere a diferentes edificios de naturaleza pública e incluso a las viviendas, como centros de un entorno íntimo constituido por la familia y por los círculos afectivos de las gentes.

20. La región centro occidente por su topografía de montaña, tenía disponibles pocos valles para el desarrollo de actividades como la ganadería y de cultivos que requerían esta condición, lo que dejó abierto el camino para la siembra de café, cultivo que se adaptó a las pendientes y se benefició de las condiciones climáticas que le ofrecía la altura. Igualmente, el café al no poderse mecanizar su mantenimiento y recolección, impactó favorablemente la generación de empleo al requerir gran cantidad de mano de obra no calificada.

21. La estructura de tenencia de la tierra se desarrolló a partir del predominio del minifundio, seguido de fincas de mediana extensión, siendo los latifundios una excepción a la regla. Observamos que el minifundio hasta el tiempo presente, continúa empleando la mano de obra de su propietario y la de su grupo familiar, mientras que las fincas de mediana extensión operan bajo otra condición utilizando mano de obra asalariada y, en algunos casos, recurriendo al sistema de aparcería. Las fincas de gran dimensión que se conservan, mantienen un esquema de operación similar a las fincas de mediana extensión.

22. La superficie sembrada de café en Colombia de la década de 1920 al tiempo presente, ha mostrado un comportamiento bastante particular, pasando de “225 mil hectáreas en 1925 a casi un millón en 1970, para luego descender a poco menos de 900 mil hectáreas en la actualidad (Vallecilla, 2012, p. 39), debido en gran parte al paso de un modelo extensivo asociado con la siembra de café de sombrío a un modelo intensivo consistente en sembradíos a plena exposición.

23. Por su parte, la crisis de la caficultura que inicia en la década de 1990 y en la que al tiempo se conjugan varias problemáticas, hace que se transforme dramáticamente la fisonomía de las superficies otrora sembradas en café, debido a su sustitución por pastos para la ganadería y otros cultivos. No obstante, la caficultura pervive gracias a la calidad del grano y a medidas de tipo macroeconómico, que consiguieron que la crisis no tocara fondo y se pudiera contener, lo que coincide con el repunte del precio internacional.

Se suma a esta situación la alternativa en que se ha convertido la creación de asociaciones de pequeños productores de cafés de origen o especiales, donde el objetivo ya no es el volumen sino la generación de valor a partir de la probada calidad del café, resultado de las condiciones del suelo, del clima, de la altura y de las prácticas culturales desarrolladas alrededor del proceso productivo.

Sobre los orígenes y primeros desarrollos del paisaje, así como en relación con el surgimiento de este concepto en medio de la modernidad occidental, así como sobre su impacto en el mundo americano y en particular la región centro occidental de Colombia, se resalta lo siguiente:

1. Desde que el ser humano asume la forma de vida sedentaria y con la agricultura se pone en la tarea de transformar el espacio geográfico en territorio, este siempre ha estado frente a la posibilidad de descubrir el paisaje. Sin embargo, para llegar al estadio que alcanzaron las sociedades paisajeras tuvo que abrir su conciencia moral, generar una sensibilidad particular y desarrollar una

actitud contemplativa, que le permitiera trascender la mirada objetiva de la naturaleza y su comprensión desde lo estrictamente utilitario, hacia una dimensión mediada por el deleite del espíritu en el mundo y por una visión estética de las cosas.

2. Antes de Roma ni en la Grecia clásica, ni en Egipto, ni en Mesopotamia, se tiene conocimiento de la existencia de palabras que precisen la noción del paisaje, razón por la cual Roma se plantea como el punto de partida en Occidente de lo que sucedería en relación con el lenguaje, y de manera particular con las palabras que las diferentes culturas europeas produjeron para designar este concepto, por el gran ascendente del latín sobre las lenguas romances.

3. Es así como casi en paralelo a la caída del Imperio Romano, el idioma chino desarrolla un variado repertorio de palabras para referirse al paisaje, cada una con sus particularidades, pero quizás la más determinante fue shanshui, palabra compuesta por los sinogramas shan – montaña, montes – y shui – agua, corriente de agua, río –, ambas de origen muy antiguo (Berque, 2008; Maderuelo, 2006; Ojeda, 2003).

4. Más adelante, mientras los chinos se deleitaban con las bondades de la contemplación y con el disfrute de los paisajes, Europa durante la Edad Media se sume en una mirada hacia el interior del ser que propició la negación del mundo, lo que coartó la posibilidad de percibir la belleza de los paisajes y que se produjera una reflexión y representaciones derivadas de dicha experiencia, lo cual explica la ausencia palabras para designar el paisaje durante este largo periodo.

5. Es importante reiterar desde la perspectiva observada en este trabajo, que los romanos generaron una sensibilidad frente al paisaje comprobada en las diferentes expresiones que desarrollaron para contemplar y exaltar su belleza, incluso llegaron a producir palabras para designarlo como las que identifica el filósofo Alain Roger, habiéndoles quedado por llevar a cabo un proceso de

pensamiento por medio del cual descifrar la naturaleza del paisaje, y lo que este llegó a significar para aquellos miembros que en su sociedad lograron descubrirlo.

6. Por su parte, el taoísmo y el budismo “con sus actitudes contemplativas favorecieron la aparición de la posibilidad de una visión estética de la naturaleza” (Kessler, 2000, p. 74), y dieron lugar a la práctica del retiro o “yindun”, que puede ser considerada como el medio donde germinó la idea del paisaje. De ahí que encontremos una saga de poetas anacoretas que con su entrega a la contemplación, su pensamiento y su obra, dieron una primera mirada estética a la naturaleza.

Así, la belleza de las cosas y en este caso la de los elementos que conforman los paisajes, debe considerarse como algo que construye la mirada de quienes los observan y no algo que subyace en ellos mismos: “Es el sentimiento (qing) lo que crea (wei) lo bello (mei)” (Berque, 1997, p. 15), y la idea del paisaje surge del grado de conciencia que sobre la belleza de los lugares tengan sus habitantes.

7. Tenemos a la sociedad china como la primera a la que puede dársele plenamente el calificativo de paisajera; esta pudo dilucidar las fuerzas visibles e invisibles que definen y gobiernan los paisajes, a través del lente que constituyó la representación pictórica. Para ello, pusieron a confluir poesía, caligrafía, pintura y vacío, en función de capturar un universo de intuiciones e imágenes provenientes de las percepciones obtenidas del retiro y la contemplación.

8. En Europa encontramos un panorama diametralmente opuesto al observado en China durante el periodo comprendido entre el bajo imperio y el Renacimiento, el cual constituyó un interregno de casi mil años, en el que las posibilidades de encuentro con el paisaje se desvanecieron, así en principio se contara con el acervo cultural y la sensibilidad paisajística que habían desarrollado los romanos. Esto se explica en el surgimiento y adopción de las más importantes doctrinas del

cristianismo, cuyos dogmas controlaron las formas de actuar de las gentes y condicionaron el pensamiento de la sociedad durante la Edad Media.

9. De ahí que la sociedad medieval se vea inmersa durante casi siete siglos en una inercia que detiene las visiones y obras de un grupo de hombres de fe y artistas, quienes durante la baja Edad Media trazan el camino que conduce al despertar de la sensibilidad que se requería para el descubrimiento del paisaje. Esto nos pone en perspectiva de comprender por qué la pintura occidental un siglo después de la obra de Giotto y Lorenzetti, alcanza la madurez y niveles expresivos comparables con su homóloga china en tiempos de la dinastía Song; esta serie de hechos permiten entender, además, por qué la pintura se convierte en el vehículo que conduce a Europa al descubrimiento del paisaje y a ser uno de los motores de la revolución artística del Quattrocento.

10. A las doctrinas del pensamiento teológico y filosófico del siglo XIII, y a la propuesta de los pintores del siglo XIV, se suma el ascenso en el año 1336 al (Mont Ventoux) monte Ventoso, en la región de Provenza al sureste de Francia, del escritor Francesco Petrarca (1304-1374), así como el escrito en que este consigna las reflexiones derivadas dicha de experiencia, y que según muchos autores constituye el acta donde se plasman las primeras impresiones sobre el paisaje en el mundo occidental.

11. Es claro por qué la idea del paisaje tiene su advenimiento en el siglo XV en medio de una sociedad secularizada, cuya visión del mundo se encontraba mediada por intereses más próximos a la experiencia de la vida que a las elevadas búsquedas que caracterizaron el medievo, hecho reflejado en las escenas de la cotidianidad que brillantemente plasmaron los pintores europeos del momento. De esta forma, los episodios de la vida que transcurrían en medio del campo o de la ciudad, cada mirada que se producía hacia los contextos natural o urbano, o hacia las periferias de pueblos y ciudades, podía ser motivo para producir una pintura, pues ya no eran indispensables los grandes temas que

habían inspirado la producción pictórica precedente; el paisaje que se pinta y “...que se instala en la mirada del siglo XVI es el campo, un entorno amable, vecino de la ciudad, valorizado y domesticado primero por la pintura flamenca y después por la italiana y también ensalzado por la literatura...” (Roger, 2008, pp. 71-72).

12. Observamos cómo la maduración que experimenta la pintura durante el Renacimiento y el indispensable aporte que hace en relación con el desarrollo de la sensibilidad paisajística durante este periodo, sucede en paralelo con los grandes avances en los campos del pensamiento filosófico y de la ciencia, como consecuencia de la apertura de conciencia y de la consecuente superación de los obstáculos morales y religiosos que habían impedido su avance durante el medievo.

Si a finales del medievo la búsqueda de la verdad se desplaza de la mirada interior hacia el encuentro de Dios en la naturaleza, en el Renacimiento esta búsqueda estaría mediada por la mirada que se da a través del pensamiento y de la ciencia. No obstante, esta nueva forma de acercarse a la verdad en la modernidad, termina separando lo que durante la baja Edad Media había unido la búsqueda de Dios en la naturaleza en dos realidades: por un lado en el paisaje que se revela por medio de los sentidos y por el otro en la ciencia que se manifiesta en lo racional y cuantificable (Berque, 1997).

13. Llega la Ilustración con su proximidad y afinidad con la naturaleza y sus fenómenos, lo que explica por qué su prioridad fue profundizar en el conocimiento de las leyes que la gobernaban; para ello, asumió como principio fundamental el uso de la razón, con el propósito de descifrar los códigos de la naturaleza en función de lograr el progreso de la sociedad.

Esta nueva realidad y en particular el uso de la razón, produjo un ser humano culto, capacitado no solo de entender los fenómenos de la naturaleza, sino de

valorar desde el punto de vista estético las expresiones artísticas y demás producciones culturales; además esta nueva mirada favoreció la capacidad de apreciar la belleza implícita en las geoformas y en los paisajes, como escenarios naturales modelados por la acumulación de actividades humanas durante diferentes estadios de tiempo.

14. Por su parte, durante el Romanticismo la exacerbación de la subjetividad y de la sensibilidad como filtro para la percepción de la realidad, tiene como resultante que el paisaje se convierta en tema central de la producción artística, de la literatura y de la música, mientras que para la filosofía y para la estética de la naturaleza el paisaje pierde relevancia si se compara con el periodo precedente (Kessler, 2000).

Así, la pintura del paisaje durante el Romanticismo interioriza los rasgos que definían la fisonomía de la naturaleza, lo mismo que los elementos plasmados por las actividades humanas sobre su faz –cultivos, caminos y puentes, edificaciones y poblados, etc.–, a través del tamiz que establecía la sensibilidad del pintor, razón por la cual la observamos impregnada por el aura de las emociones del artista al momento de su ejecución y dominada por la potencia de la naturaleza, en escenas en las que el ser humano siempre aparece embargado por su vastedad y belleza.

15. Finalmente, el Impresionismo adopta como tema central de la pintura el paisaje, al ser el ámbito ideal para el estudio de los elementos de la naturaleza en relación con la luz y sus matices, como los que se producen por ejemplo en los reflejos del agua o en la variación cromática de la vegetación; la figura humana por su parte no es protagónica, lo mismo que sucede con la gran pintura del paisaje del Renacimiento o del Romanticismo, cediéndole ese lugar a los demás elementos que integran las composiciones.

16. No obstante la importancia del paisaje como tema que inspiró la revolución de la pintura en la modernidad, y la sensibilidad que desarrolló la sociedad europea

desde el siglo XV hacia la naturaleza, terminó ubicándose desde el Romanticismo en la orilla opuesta del movimiento científico (Ojeda, 2003), como consecuencia de la dualidad que se origina durante el Renacimiento y que posteriormente ratificó la mirada analítica de la Ilustración; tal situación tiene que ver primero con la aproximación objetiva al conocimiento de la naturaleza que brindaba la ciencia, y segundo, con la mirada sensible que comprendió la actitud contemplativa de los individuos hasta las expresiones más refinadas de las artes, de la literatura y de la música.

17. Se entiende por qué la aproximación que tienen los conquistadores españoles con el continente americano durante el siglo XVI, –y de la que no fueron ajenos el virreinato de la Nueva Granada y en particular la región centro occidental de la actual Colombia–, difícilmente pudo estar al margen de la concepción objetiva y material del mundo que se forja en el Renacimiento, y en la que las partes que componían una matriz natural en apariencia ilimitada se valoran como recursos, quedando a un lado consideraciones respecto de su aporte al balance del conjunto, así como sobre lo que representaban para los pueblos autóctonos en una relación que se había forjado en una escala temporal de larga duración.

En consecuencia, se practican los preceptos políticos con los que se domina y se modela un territorio que los españoles y la sociedad que se forja durante ese momento de la historia regional, no estuvieron en capacidad de percibir como paisaje, debido al sesgo impuesto por sus intereses.

18. El siglo XVIII –que obra como un espacio de transición entre el periodo de presencia hispánica y el inicio del tercer proceso de poblamiento de la región centro occidental– sirve de escenario al fenómeno social y cultural de la Ilustración en Europa que impacta de manera sustancial el mundo colonial americano y en particular a la Nueva Granada. En primer lugar, por la forma como se seguiría dando la aproximación a las realidades física y social a través de la filosofía de la estética de la naturaleza y de la mirada analítica; y en segundo lugar porque la

Ilustración alimentó los ideales de libertad, justicia y equidad que inspiraron los procesos independentistas a lo largo y ancho del continente americano.

Dicho panorama sirve para comprender que la forma de aproximación que tuvieron los representantes del pensamiento ilustrado con el medio biofísico y con la realidad socio cultural a partir de sus observaciones de tipo etnológico, de las formas de producción, etc., presentes en el territorio neogranadino, "...con mirada analítica, desde fuera, como espectadores" (Ojeda, 2000, p. 346), impidió la germinación de una sensibilidad paisajística para la que era necesario tener una aproximación diferente con el territorio, desinteresada y mediada por la percepción; tampoco hubo lugar para el surgimiento de un pensamiento del paisaje, para lo cual se necesitaba el desarrollo de una reflexión específica sobre el mismo.

19. En este sentido, sucede algo significativo cuando algunos pintores se ponen al margen de las labores de registro y catalogación en las que se concretaba el espíritu racional y metódico de la Ilustración, y atendiendo la influencia de su formación en el ámbito del movimiento romántico europeo, lo mismo que su intuición y su sensibilidad, se lanzan a explorar las maravillas del continente americano para capturarlas con su pincel. Plasman para la posteridad los más bellos y sublimes paisajes, que a la vez sirven para transmitir a la metrópolis la primicia paisajística que en esta oportunidad tiene lugar en el Nuevo Mundo.

20. Paradójicamente, en la Nueva Granada y en la región centro occidental no se reporta en el marco temporal observado, una actividad pictórica que hubiese permitido una aproximación al espacio geográfico y a las características de los lugares desde la sensibilidad. La producción en la pintura se concentra en las principales ciudades coloniales del momento, teniendo como temas los motivos religiosos, las batallas –tema relevante debido a que atestigua todo el proceso independentista –, los retratos de personajes religiosos y políticos, acompañados

por el surgimiento de dos nuevos tipos de actores como son los próceres y los científicos.

Igualmente, se adelanta el trabajo de ilustración de especies vegetales por parte de la Real Expedición Botánica, que sirve para comprender cómo fue el tipo de aproximación que permitió el pensamiento ilustrado a la realidad del Nuevo Mundo y en particular a la realidad de la Nueva Granada, centra en el detalle, en el elemento y no en la visión del conjunto que significa el disfrute del paisaje como “acumulador o totalizador histórico” (Martínez de Pisón, citado en Ojeda, 2005, pp. 10-11).

21. En cuanto a una forma diferente de aproximación al espacio geográfico que posiblemente hubiera permitido el desarrollo de un pensamiento local sobre el paisaje fundamentado en la filosofía de la estética, o de manera más sencilla a partir de la puesta en práctica de sus preceptos en pleno auge en Europa a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, en el caso de la Nueva Granada y de la región centro occidental esto no sucede, impidiendo que se concretara por esta vía una sensibilidad paisajística o un pensamiento del paisaje.

No obstante lo anterior, se puede afirmar que sí hubo un pensamiento, pero enfocado hacia otra explicación del mundo que, como hemos visto en este trabajo con los científicos viajeros, distó de un discurso dirigido a reflexionar sobre la belleza y amenidad de los lugares, lo que también explica por qué no hubo necesidad de acuñar términos o palabras para designar el paisaje.

22. Por otra parte, la aproximación que se da con el espacio geográfico de la región centro occidental durante su tercer proceso de poblamiento, cuyo inicio coincide con la transición de la colonia a la república en las dos primeras décadas del siglo XIX, en ningún momento estuvo mediada por la mirada metódica y racional de la Ilustración en boga por ese entonces en otros contextos de la

geografía americana, y mucho menos por una visión desinteresada y mediada por la percepción.

Lo que sucede más bien es una forma de aproximación mediada por el interés de buscarse un lugar en el mundo y garantizar la supervivencia, situación que redundó en la construcción de una estructura territorial en la que se acumuló el esfuerzo de los miles de colonos que llegaron y que no obstante las “limitaciones, dificultades y recursos” (Ojeda, 2005b, p. 284) con las que se encontraron, actuaron denodadamente en la paulatina conversión del espacio geográfico en territorio, así como en la modelación de unos paisajes que no estuvieron en capacidad de percibir y mucho menos de disfrutar: “El paisaje es accesible a quien no tiene que arrancarle a la tierra el pan con el sudor de su frente y puede mirar al cielo sin temor al pedrisco, a la lluvia inoportuna o a la sequía destructora” (Kessler, 2000, p. 75).

23. Se entiende cómo el objetivo primordial de estos pioneros era ir resolviendo sus necesidades más apremiantes mientras poco a poco le iban dando forma a un territorio en conformidad con sus imaginarios y de acuerdo con lo que su conciencia individual y de grupo les iba indicando; no había un plan previamente establecido, pero se obraba de acuerdo con unas lógicas y la experiencia que iban obteniendo del encuentro con los lugares que conocían en medio de su trasegar y de aquellos en los que finalmente decidían quedarse.

24. De esta forma, durante el último cuarto del siglo XIX llega el cultivo del café, sustituyendo o dejando al nivel del autoconsumo algunos de los cultivos o prácticas pecuarias que habían significado primero su sobrevivencia y luego la reivindicación económica de los habitantes del campo, propiciando además el aclareo de más bosque para siembra, lo que conlleva a la rápida transformación de la fisonomía de las áreas rurales y a que el café alcance un lugar predominante frente a los demás productos agrícolas alrededor de la segunda década del siglo XX.

Los campos en la franja altitudinal que va entre los 1200 y 1800 msnm durante la década de 1920, prácticamente se encontraban sembrados con café, apareciendo de manera esporádica otros cultivos en particular los denominados de pan coger, los conjuntamente con los relictos de bosque y con las franjas de guadales, se encargaron de dar forma a un tejido verde que entreverado con los núcleos contruidos de las fincas, con los caminos y con las fondas, definió los rasgos que en adelante caracterizaron la fisonomía de los territorios rurales del centro occidente colombiano.

Esto nos da una idea sobre el proceso de consolidación de la cultura territorial que se erige a mediados del siglo XX en la región, y que surge del esfuerzo de un grupo humano que hábilmente enfrentó las limitaciones y dificultades de los lugares donde se estableció, llegando incluso a transformarlas en recursos; igualmente, potenció los recursos que encontró en favor de la modelación de un hábitat y de unos paisajes a semejanza de sus imaginarios e ideales.

25. En lo que va del siglo XXI, la realidad de los paisajes en los centros tradicionales de ciudades principales como Armenia y Pereira se ha configurado de manera consecuente con el fenómeno de pérdida de los referentes urbanos edificados en bahareque que empezó a darse durante las últimas décadas del siglo pasado, y que permanecían como testimonio del momento en que dichos centros urbanos lograron su consolidación a comienzos del siglo XX, resultado de las dinámicas económicas, sociales y culturales que impulsó la caficultura.

También en lo que va del presente siglo, otras poblaciones de carácter intermedio continuaron siendo objeto de la degradación de los conjuntos arquitectónicos de bahareque que en la década de 1990 habían quedado fragmentados por sus centros tradicionales; el resultado de este fenómeno sumado a los rasgos que han ido tomando las áreas centrales de estas poblaciones, son paisajes urbanos caóticos caracterizados por la diversidad de formas y tamaños, por la saturación del espacio público y por la contaminación visual.

Por su parte, las poblaciones que en la década de 1980 presentaban en mayor grado de integridad sus centros históricos de bahareque, en estas décadas iniciales del siglo XXI muestran una degradación más lenta de sus valores patrimoniales, llegando incluso a experimentar la reconversión de algunos procesos de deterioro.

26. Asimismo, los paisajes rurales en las zonas principal y de amortiguamiento del PCC han experimentado durante este siglo un proceso permanente de recomposición, en el que el cultivo de café conserva su predominio frente a los cultivos con los que tradicionalmente ha interactuado, con la ganadería de autoconsumo y con cultivos de reciente introducción como los frutales, los follajes y las flores, entre otros. Se observa adicionalmente cómo estos cultivos continúan interactuando con los relictos de bosque y con los guaduales que se han conservado, pero las áreas que han logrado mantenerse o recuperarse de la degradación causada por razones de diferente índole, son inferiores a las realmente requeridas para la conservación de recursos como el agua, situación que sin duda se convierte en una advertencia y en un reto con el que también se enfrenta la sostenibilidad de los paisajes agroproductivos de esta región.

27. Se precisa además cómo en las fincas de mediana extensión y en las de gran dimensión, es en las que usualmente se ha dado una aproximación desprevenida a los sitios donde se ubican, lo que ha hecho más factible la percepción de sus entornos como paisajes; en el minifundio esto es algo menos probable debido a que sus habitantes paradójicamente siendo parte fundamental de los paisajes, viven sumidos en el día a día resolviendo los avatares de una vida esforzada que poco tiempo deja para la contemplación, y que constantemente demanda respuestas prácticas y sabias para lograr el sustento.

28. Los paisajes cafeteros que nos fueron legados se forjan sin la existencia de un pensamiento del paisaje, lo mismo que sucedió en otras latitudes del orbe cuando

otras culturas territoriales dieron forma a los más bellos y eximes paisajes al margen de una reflexión explícita sobre los mismos: "...prueba de ello es que en Europa, desde los primeros poblamientos llegados de África hasta el Renacimiento, se vivió de una manera tan paisajera que nos ha dejado paisajes admirables, y ello en ausencia de todo pensamiento del paisaje" (Berque, 2009, p. 20).

Esto lleva a pensar en la cultura territorial que se desarrolló en la región centro occidental de Colombia y cómo sus gentes llegaron a vivir "de una manera tan paisajera", que dieron forma a los más bellos paisajes, gracias al encuentro que tuvieron con el espíritu de los lugares y con la satisfacción que le dieron a sus necesidades más sentidas, desde las más básicas relacionadas con su supervivencia, hasta la más elevadas afines con sus imaginarios y profundos deseos.

Se entiende entonces que el paisaje no es un concepto que se transmite, sino una sensibilidad que las culturas desarrollan de acuerdo con su propia experiencia y el desarrollo de unas condiciones específicas.

Con respecto al desarrollo del sistema constructivo del bahareque y su aporte a la consolidación de esta arquitectura como hecho fundante de los paisajes cafeteros, es preciso anotar que:

1. Durante el siglo XIX los nuevos habitantes de este territorio provenientes de diferentes partes de la naciente república, retoman la experiencia de los pueblos prehispánicos en torno al uso de la guadua y de su empleo en la elaboración del bahareque, y lo refinan con la incorporación de saberes provenientes de otras vertientes culturales, como es el caso de la arquitectura mudéjar que influenció de gran manera el desarrollo edilicio en América durante la colonia española y que impactó de forma indirecta la arquitectura de bahareque de esta región, aportando en relación con la pericia para trabajar la madera.

2. El bahareque no solo debe entenderse como la membrana que envuelve la espacialidad y que brinda soporte estructural a la arquitectura regional, sino como un sistema constructivo que desde la cimentación hasta la cubierta de las edificaciones ha respondido de manera adecuada a las contingencias de la topografía, del clima, de la sismicidad local, así como a las formas de apropiación desarrolladas por sus habitantes. También se debe considerar el papel decisivo que en el medio rural tuvo el bahareque, al constituir la base para la construcción de las edificaciones de apoyo a las prácticas productivas de las fincas.

3. El bahareque, para llegar al grado de evolución tecnológica que adquirió durante la primera mitad del siglo XX, requirió de un proceso de desarrollo de más de cien años que demandó observación, ensayos y la incorporación de saberes de diferente naturaleza como los tomados del contacto inicial de los colonos durante el siglo XIX con las comunidades autóctonas, heredados de manera indirecta de las tradiciones constructivas españolas, y finalmente del acceso que brindaría el auge de la economía cafetera a comienzos del siglo XX al conocimiento de las tendencias estilísticas de época, así como a algunos avances de la ingeniería y de la arquitectura del momento.

4. Es fundamental el efecto que genera sobre el perfeccionamiento del bahareque la estabilidad económica que producen las actividades agrícolas, los oficios y negocios existentes en los nacientes poblados, y el incremento del intercambio de bienes y servicios, que permitió a los pioneros de este proceso detenerse a pensar sus construcciones e incorporar mejoras sustanciales en los aspectos técnico, espacial, formal y estético, como en relación con el confort climático, los matices y variantes que significó su construcción en medio de las estructuras urbanas o haciendo parte de los núcleos contruidos de las fincas.

5. El auge del bahareque tras la experimentación que se da con sistemas constructivos como la tapia y el desarrollo del estilo temblorero, genera las condiciones para el desarrollo de variantes que tuvieron en los bahareques de

tierra macizo y hueco su punto de origen; son estas los bahareques de tabla, metálico y encementado (Robledo, 1993). Los bahareques de tierra macizos y huecos recibirían en el argot popular los nombres de “embutido y enchinado” respectivamente, y el de tabla “de tabla parada, cancel o tabique”; también se alude a una particular versión de bahareque denominada falsa tapia, que pretendía simular la apariencia de los muros de tapia pisada.

Acercas de las particularidades de la implantación de las estructuras urbanas de damero sobre el relieve de montaña característico del PCC y sobre sus calidades ambientales, se concluye que:

1. Se ha dado un particular encuentro en este territorio caracterizado por sus fuertes pendientes con las arquetípicas estructuras urbanas de damero, que se concreta en poblaciones ubicadas sobre las cuchillas, sobre colinas de superficie aplanada, sobre las laderas así como sobre laderas de baja pendiente, propiciando el desarrollo de fisonomías urbanas de limitadas dimensiones, poco propensas al crecimiento, con particulares calidades ambientales y de excepcional valor al constituir muestra fehaciente de la adaptación de un patrón urbano sobre unas condiciones físicas muy diferentes a los sitios del orbe donde se aplicó este modelo de ciudades ordenadas.

Además, las ciudades de damero sobre ladera características de la región centro occidente del país, condensan en gran parte el relato histórico de su proceso de poblamiento y son un testigo del fenómeno de conversión de este espacio geográfico en territorio.

2. Es importante precisar que este análisis se hace desde la orilla de lo cualitativo y observando el aporte que este tipo de ámbitos urbanos ha efectuado y seguirá produciendo sobre la calidad de vida de sus habitantes. Por tal razón no se puede hacer caso omiso de los problemas de sostenibilidad que enfrentan actualmente estas poblaciones y sus gentes, con relación a la pérdida de identidad y arraigo,

así como frente al creciente fenómeno de pobreza derivado de la falta de alternativas económicas y de posibilidades reales de desarrollo humano, que garanticen el futuro de estas estructuras urbanas como una manifestación superlativa de la cultura territorial que se desarrolló en la región y como un hecho que garantice calidad de vida para los individuos y para el colectivo.

3. Se observan unas ciudades de baja densidad debido a la generosidad de área de sus predios y a la poca altura de las edificaciones, ocupación por metro cuadrado que hasta el tiempo presente ha aumentado, debido a la fragmentación que sufren las propiedades, consecuencia del proceso normal de mutación predial, así como a la ocupación de sus áreas libres representadas en los patios y solares. Este aumento de la relación habitante-área también crece, resultado de las nuevas formas de desarrollo del suelo en altura que han irrumpido en los centros históricos de estas poblaciones, impactando también aspectos cruciales como los relacionados con la unidad de la morfología urbana y la conservación del patrimonio inmueble.

En relación con el patio y su papel estructurante en la forma de los inmuebles urbanos se concluye lo siguiente:

1. Los rasgos de la espacialidad romana presente antes de la llegada de la cultura morisca al territorio español, se fusionan con los de las casas árabe e ibérica, particularmente con la arquitectura doméstica que se produce en Andalucía, manteniéndose el patrón de la casa de patio, el cual se transfiere hacia Canarias e Hispanoamérica para constituirse en la base que sustentó el surgimiento de diversas tipologías edilicias, así como el desarrollo de las estructuras urbanas que se diseminaron por este territorio durante la colonia española; este fenómeno de transferencia y adaptación se volvería a observar en colonizaciones tardías que se llevan a cabo en muchas regiones de la América Hispánica durante el siglo XIX y comienzos del XX, como fue el caso del proceso del poblamiento que se da en el centro Occidente de Colombia.

2. Es importante considerar el papel de las galerías o de los corredores como elementos imprescindibles al momento de analizar las características del patrón de casa de patio “La planimetría de las edificaciones en la tradición hispánica se basó en el trabajo del patio o claustro, rodeado por corredores. Los patios fueron los moduladores del espacio interior de las viviendas y de los edificios públicos” (Fonseca y Saldarriaga, 1992, p.117). El corredor como elemento de circulación siempre se presenta asociado a este espacio central envolviéndolo, generando un intervalo entre la columnata y el cerramiento de los espacios interiores, produciendo una transición desde los puntos de vista funcional, formal y climático con el exterior.

3. Se comprende entonces la función del patio como pieza fundamental del orden espacial de las diferentes edificaciones que se construyen para atender funciones públicas, y de manera particular en la vivienda que se desarrolla en los centros urbanos de la Nueva Granada, durante el periodo que va del siglo XVI al XVIII.

4. La realidad urbana que se configura en este territorio es una resultante del paulatino proceso de transferencia de patrones culturales que se aplicaron y tuvieron pleno desarrollo durante el periodo colonial español, como efectivamente sucedió con el arquetipo de casa de patio, el cual finalmente había logrado trascender desde lugares y tiempos muy antiguos hasta este recóndito lugar de la geografía americana. “Es sin embargo importante volver a subrayar la particularidad de la formación arquitectónica colombiana, cuya base colonial es bastante singular por basarse en un tipo predominante de edificación, la del patio o claustro, aplicada tanto a edificaciones especiales como a la vivienda” (Saldarriaga, 1996, p. 82).

5. En consecuencia, los nuevos pobladores de ascendente hispánico que llegaron a la región centro occidente en proximidades del inicio de la república – criollos y mestizos –, partiendo de su propia experiencia y la de sus ancestros, incorporaron el patio en la construcción de sus edificaciones y particularmente en sus viviendas,

como elemento ordenador de sus espacios y de las relaciones que se tejen entre éstos, lo mismo que como dispositivo de regulación climática indispensable para proveer iluminación y ventilación.

6. Es pertinente agregar que estos primeros cuerpos construidos que se establecieron inicialmente en los solares urbanos, en la mayoría de los casos tuvieron carácter temporal, siendo reemplazados más adelante, en particular en las primeras décadas del siglo XX, por edificaciones de naturaleza más duradera, poseedoras de una riqueza espacial y de calidades formales, decorativas y constructivas de gran valor, lo cual hoy se puede constatar en la arquitectura de bahareque que se conserva en las poblaciones que se insertan en las montañas de nuestros paisajes cafeteros. Este proceso daría lugar al desarrollo de un repertorio de formas en torno a un patio, que recibirían en la región la denominación de formas de número.

7. Se define una taxonomía de las tipologías que se desarrollaron en torno a un patio, hall o salón central, en edificaciones de uno y dos pisos construidas en bahareque, que actualmente se encuentran en pleno uso y en muchos casos en perfecto estado, dentro de los sectores antiguos considerados como de conservación en las poblaciones ubicadas en la región centro occidental y en particular en la zona principal del Paisaje Cafetero de Colombia. Este importante espacio libre – patio – o cubierto – hall-salón –, se observa unas veces dispuesto centralmente y en otras lateralmente, o rodeado en sus flancos por espacios de diferente jerarquía, que desempeñan roles específicos dentro del esquema funcional de la vivienda.

8. Por su parte, estas formas que siguen el patrón de letras como la “I”, “L”, la “C”, la “U” y la “O” envolviendo un patio, terminaron paradójicamente en el argot popular recibiendo la denominación de “formas de número” y siendo reproducidas a lo largo y ancho de la región en cuanto encargo recibían los alarifes y maestros constructores, los cuales encontraron en el sistema constructivo del bahareque y

en el repertorio formal que desarrolló esta arquitectura, modelos eficientes para hacer frente a la creciente demanda de vivienda, no solamente de los niveles sociales más altos, sino de la gran masa de nuevos pobladores que requerían de un techo a la medida de sus capacidades económicas y acorde con sus expectativas.

9. Se comprende además cómo la forma de esta arquitectura en los ámbitos urbanos, representada en sus diferentes tipos de envolventes –tipologías en “I”, “L”, “C”, “U” u “O”–, de sus aberturas –portones, puertas secundarias, puertas ventanas y balcones– y de sus vacíos –patio, solar y hall con marquesina– tuvo la capacidad de transformar positivamente la vida de los habitantes de este territorio, propiciando la generación de hábitos, el desarrollo de temperamentos e imaginarios, al igual que maneras de interrelación con el entorno, ya sea en las percepciones y representaciones que se construyen en el patio y por medio de este con el paisaje cercano y lejano, o desde cualquiera de los espacios que integran el esquema espacial y funcional de la vivienda –incluido el patio – con la calle inmediata y con la manzana, con un trozo o la totalidad de la población o con el horizonte que se fuga y se contempla en la distancia.

10. Encontramos que los cuerpos contruidos que dan frente al espacio público y los recintos que los conforman, tanto en las casas medianeras como esquineras, adquieren el carácter de membranas por medio de las cuales se produce la relación sensible entre interior y exterior; igualmente se observa como el plano de fachada se transforma, cambiando su naturaleza cerrada en relación con el medio circundante a abierta, gracias al aporte que hacen respectivamente el balcón al constituir un espacio de carácter particular que prolonga el interior de las edificaciones sobre la calle, y la puerta ventana al proveer un elemento de cierre que por su gran adaptabilidad regula a voluntad de los habitantes la relación con el medio urbano.

11. La analogía planteada nos lleva a inferir que la transferencia de patrones formales hacia la arquitectura regional de bahareque trascendió a otros componentes además del patio, llegando a estructurar el modelo de vivienda prácticamente en su totalidad. Sin embargo, la preeminencia del patio es indiscutible y su presencia en esta región miles de años después de su origen en tierras tan distantes como Ur de Caldea, Roma o norte de África, lo determinan como el hilo conductor de un proceso y como símbolo del emparentamiento vivido por una serie de culturas.

Por su parte, sobre la función del corredor como interfase de la dinámica espacial de las tipologías, se puede decir que:

El corredor es un espacio de circulación, dinámico en comparación con los espacios destinados al uso (Saldarriaga, 1996), el cual de acuerdo con la zona y al nivel donde se despliega en la casa, adquiere un carácter particular, no obstante su función en dichos ámbitos sea la misma: conectar los espacios, favorecer el flujo de información, relacionar zonas y propiciar la comunicación con el medio externo. Además, por su flexibilidad y por el indispensable aporte que efectúa al desempeño funcional de la arquitectura regional de bahareque, el corredor produjo unos rasgos comunes desde su inicio en el zaguán, hasta su final en los tramos terminales del solar, que se comparten con todas las tipologías y variantes desarrolladas a lo largo y ancho de la región.

En cuanto a los elementos funcionales decorativos y su desempeño utilitario, su desarrollo estético y su aporte a la imagen de la arquitectura regional de bahareque en los ámbitos urbanos se puede establecer lo siguiente:

1. La arquitectura regional de bahareque en el momento inicial del proceso de poblamiento en esta región – primera mitad del siglo XIX – tuvo como propósito brindar albergue a una gran masa de colonos que requerían cobijo, y cuya principal prioridad era resolver los asuntos referentes a su supervivencia;

igualmente se encontraba en un estado muy embrionario de desarrollo desde los puntos de vista constructivo, formal y espacial, en el que lo decorativo no tenía cabida, por no disponerse en el medio de las condiciones económicas, técnico-formativas y de los referentes estéticos, que en las postrimerías del siglo XIX y en especial en las primeras tres décadas del XX, le permitieron alcanzar los altos grados de refinamiento que hoy en día se pueden observar en muchas de las poblaciones que integran las zonas principal y de amortiguamiento del PCC.

2. Hasta finales del siglo XIX y principios del XX, estos elementos elaborados todos en madera, se limitaban a cumplir un rol meramente funcional dentro de las edificaciones de bahareque, presentándose austeros, sin ningún tipo de elaboración adicional que les confiriera un valor estético y que los llevara más allá del plano utilitario en que se habían ubicado. Durante el mencionado lapso de tiempo se producen tres situaciones que generan las condiciones propicias para que en ellos se concentre toda la fuerza creativa y el acervo decorativo adquirido: el mejoramiento de las condiciones económicas en la región, el paulatino cambio de una sociedad rural hacía una de carácter más urbano y el contacto que se produce con las corrientes estéticas entonces en boga en Norteamérica y Europa.

3. La conjunción de los fenómenos analizados generó el ambiente propicio, para que en los elementos funcionales –portones, puertas secundarias, puertas ventanas, aleros, zócalos, cielo rasos, etc.– que antes desempeñaban un rol meramente utilitario, se fuera plasmando una expresión decorativa que representaba las aspiraciones y los imaginarios de una sociedad que finalmente había inventado su hábitat, y que a la vez se encargaba de construir la imagen de su arquitectura sobre el sustrato que brindaban estos rasgos de modernidad.

4. Este repertorio ornamental elaborado en madera se condensa en un saber que se transmitió a través de generaciones de carpinteros ebanistas y carpinteros talladores, y que dio origen incluso a escuelas como la del maestro ebanista Eliseo Tangarife en Salamina, Caldas, las cuales se encargaron de elaborar y reproducir

modelos con un sello propio y de diseminarlos por toda la región, razón por la que es posible encontrar rasgos comunes en la ornamentación y las formas de los elementos funcionales decorativos presentes en la arquitectura de bahareque de las diferentes poblaciones del PCC; en consecuencia es del todo factible para referirnos a este fenómeno utilizar el término tradición, entendiéndolo como el medio "...que permite la transmisión **de valores**, ideas y comportamientos a través del flujo continuo y vivo de una comunidad homogénea y radicada en un territorio que le pertenece" (Pigafetta y Abbondandolo, 2002, p. 22).

Sobre el solar como patio alterno de la casa de bahareque y espacio de representación de la simbiosis campo-ciudad, se concluye que:

1. El solar se define como un componente fundamental de la casa de bahareque que sin generar ningún tipo de competencia con la jerarquía del patio principal, más bien entra a complementar su esquema arquitectónico, teniendo como principales atributos su naturaleza híbrida, su utilidad y ser uno de los escenarios en que más claramente se representa para esta sociedad el encuentro de los modos y hábitos urbanos, con la forma de vida rural.
2. El espacio que conforma los solares se diseñó de acuerdo a las lógicas de distribución de los habitantes de éstas viviendas, y en relación con las soluciones que un espacio de esta naturaleza podía brindar a algunas de sus necesidades básicas de habitación, muchas derivadas de su conexión con las costumbres y hábitos del medio rural.
3. El solar se plantea como un componente imprescindible del esquema funcional de la casa de bahareque, debido al rol que desempeña como zona de servicio y debido a la atención que presta a muchos de los requerimientos de sus habitantes; también por ser punto de confluencia, final y origen de las relaciones, de los flujos y tensiones que desde los diferentes espacios se producen sobre el sistema de circulación. Igualmente se debe resaltar la fuerte dependencia que generan las

zonas privada y social de la vivienda con el solar, en contraste con su marcada autonomía, que incluso lo ha hecho aparecer como un ámbito vedado a las personas foráneas, situación que acentúa su carácter de espacio íntimo, de pleno y exclusivo dominio de quienes moran en la vivienda.

4. Es importante resaltar cómo mucha de la arquitectura de bahareque que hoy encontramos en las poblaciones del PCC, se construyó por los tiempos en que se estaba dando la transición de una sociedad rural a una urbana –primeras décadas del siglo XX–, quedando la impronta de este momento plasmada en espacios como el solar. Solo unos cuantos habitantes habían nacido en las áreas urbanas por esos tiempos, razón por la cual la estructura mental de la mayoría de quienes tuvieron que ver con la construcción y posterior habitación de esta arquitectura, tenían muy interiorizados los patrones de la forma de vida rural.

5. Además, las actividades que confluyeron en el solar, cargadas de referencias a la vida rural, en contraste con las costumbres de los habitantes de éstos poblados y con las características de la casa urbana de bahareque, generaron los rasgos que modelan la naturaleza híbrida de este espacio otorgándole identidad y reconocimiento, no solo como un componente indispensable dentro de la casa de bahareque vista como un sistema de habitación, sino como parte fundamental de la memoria colectiva de esta sociedad.

6. Se establecen por consiguiente diferentes miradas y formas de relación con el solar, por parte de los miembros de una sociedad que por aquel entonces se encontraba en un periodo de transición, asimilando los modos y costumbres de la nueva forma de vida urbana. De esta manera, las personas mayores que habían vivido la mayor parte del tiempo en el campo, encontraban en el solar una proyección de su espacio vital anterior, un medio en el que pese a su escala y a su confinamiento en medio de la estructura urbana, podían seguir reproduciendo funciones que los alejaban de cualquier idea de desarraigo, ligándolos con sus orígenes y dándoles un sentido de vida.

7. Mientras el patio de la casa de bahareque era la expresión del cambio que por aquel entonces estaba experimentando esta sociedad, el punto de encuentro colectivo y el elemento articulador con la vida urbana, el solar se convertía en un sinónimo de permanencia y estabilidad, en un dispositivo de memoria que tendía un puente con la vida rural, que permitía establecer contacto con un pasado estrechamente ligado a la tierra.

8. Otro aspecto fundamental es el aporte que hace el solar a las calidades ambientales de las estructuras urbanas de damero, las cuales se caracterizan por la dureza de sus calles –calzada y andenes– en las que no se observa la presencia de zonas verdes, de arbustos o de árboles y el contraste con los centros de sus manzanas, las cuales por la organización de sus predios bordeando su perímetro y los solares atrás, definen por sumatoria una masa vegetal en algunos casos de grandes proporciones, que además del beneficio para las casas de bahareque, configuran un dispositivo bioclimático a gran escala productor de oxígeno, que regula la temperatura de las mencionadas manzanas y de los poblados enteros en las horas y los meses de mayor incidencia solar.

9. También, estos centros de manzana verdes entran a ablandar con su color y con la densidad de sus follajes la imagen visual de éstas ciudades, constituidas además por la textura y el tono ocre de los tejados, por el blanco de las fachadas, así como por la dureza del plano horizontal de sus calles. De la misma manera, todas las manzanas con su masa vegetal al centro, se encargan de generar una especie de mimesis entre las estructuras urbanas de damero de los pueblos y el paisaje rural, al igual que una fusión cuando las manzanas periféricas indefinidas en su perímetro, entran a mezclarse con el verde presente en su entorno inmediato.

Respecto de las formas como la arquitectura rural se materializó y definió unos tipos particulares de emplazamiento en medio de los paisajes rurales, se infiere que:

1. En su contacto con los entornos rurales los habitantes que llegan a esta región durante el siglo XIX y comienzos del XX, desarrollan una variedad de formas de emplazamiento, las cuales dan una idea de la sabia lectura que efectuaron de este territorio. La distribución de las parcelas o lotes para el cultivo dentro de los predios rurales se dio dependiendo del punto donde se localizara la vivienda y las demás edificaciones relacionadas con la producción –núcleo construido de la finca–, dando lugar a cinco tipos básicos de emplazamiento: en explanadas de valles intramontanos, a media ladera, en pequeñas terrazas u ombreras ubicadas sobre ladera, sobre las cuchillas de las montañas o sobre pequeñas mesetas en relieves colinados, teniendo como centro de su vida la producción agrícola y pecuaria en unidades que comprenden desde la finca de gran dimensión, la de mediana extensión hasta el minifundio, constituyendo focos donde se originaban y proyectaban intensas dinámicas territoriales y culturales, las cuales han dejado una fuerte impronta en la materialidad de sus obras y en su hechos identitarios.

De ahí que la arquitectura de bahareque, los objetos necesarios para la vida cotidiana en la vivienda y para el desarrollo de los hechos productivos de la finca, las formas de producción asociadas a los desarrollos de la técnica y la ciencia de los diferentes momentos, los saberes ancestrales y las tradiciones, sean el reflejo de la comunión que establecieron los habitantes de estas tierras con los lugares donde se instalaron.

2. La distribución de parcelas o lotes para el cultivo dentro de los predios rurales dependía del punto donde se localizara la vivienda y las demás edificaciones relacionadas con la producción –núcleo construido de la finca–, situación que produjo cinco tipos básicos de emplazamiento ubicados en las estribaciones cordilleranas, el primero sobre terrenos de pequeños valles intramontanos, el segundo sobre media ladera, el tercero sobre pequeñas terrazas u ombreras ubicadas en ladera, el cuarto sobre las cuchillas de las montañas y finalmente uno que se desarrolla sobre pequeñas colinas de superficie aplanada.

Estas formas de emplazamiento planteadas son una evidencia de la manera como el colono que desencadenó el tercer proceso de poblamiento en esta región, se asentó y dio inicio a las actividades que conllevarían la conversión del espacio geográfico original a su estado actual. Su mirada de índole utilitaria, imbuida por la necesidad de afincarse y generar su sustento, solo le permitiría comprender el espacio al que llegaba como un medio apto para la explotación, apartándolo de otras consideraciones

3. En consecuencia, se teje la matriz natural partiendo de la interacción de los diferentes tipos de cultivos, de sus particulares prácticas culturales y de sus trazas, con la presencia alternada de los núcleos construidos que integran las fincas y en los que resaltan las cinco formas de emplazamiento anotadas y el dominio que desde dichas posiciones estos ejercen sobre los segmentos de territorio aferentes, delineándose de esta manera los rasgos distintivos del paisaje cafetero.

Sobre la finca entendida como un pequeño mundo en medio del paisaje en el que se entretajan relaciones entre la vivienda y las edificaciones asociadas a los hechos productivos, en particular a la producción de café, se concluye que:

1. Se identifican claramente tres formas de propiedad rural en las que se concreta el entramado de relaciones humanas que hacen de las fincas y de sus núcleos construidos pequeños mundos con autonomía en medio del paisaje rural.

Corresponden a las mencionadas formas de propiedad la finca de gran dimensión, integrada por la vivienda principal como centro de las edificaciones que configuran el núcleo construido de la finca y que en conjunto se disponen como elementos de apoyo a las actividades productivas, definiendo un nodo de relaciones y actividad humana de gran potencia en medio del territorio rural. La finca de mediana extensión la integra un núcleo construido en el que la casa de habitación ocupa un

lugar jerárquico entre las construcciones que tienen como propósito brindar apoyo a las actividades productivas que se desarrollan en el predio. Por su parte, el núcleo construido del minifundio se desarrolla partiendo básicamente de los mismos componentes presentes en las dos escalas de predio rural anteriores, pero teniendo como diferencia su menor tamaño y que algunos no son requeridos para el adecuado desarrollo de las actividades productivas, debido a la pequeña dimensión de la finca y también a la imposibilidad económica para acceder a su tenencia.

2. Se aprecia entonces cómo los tres tipos de núcleos construidos que se tipifican en el paisaje cafetero constituyen además de hechos materiales, enclaves donde se ha desarrollado un tejido de relaciones humanas que son el alma de un sistema productivo, que históricamente ha servido de base en la transformación de la matriz natural y en la configuración de una estructura territorial en la que la finca se erige como uno de sus hechos determinantes.

En cuanto a las “formas de número”, el corredor perimetral y su función estructural dentro del esquema arquitectónico de la vivienda rural de bahareque, se puede decir lo siguiente:

1. El corredor, la galería y la logia se han transmitido como un lenguaje común a través de una línea de tiempo y en una dirección geográfica que terminó relacionando los esquemas espaciales, no solo de las arquitecturas que se desarrollaron en pos de la cuenca mediterránea, sino en las que se originan en ultramar tras el descubrimiento de América, dando potencia y expresividad a las configuraciones que estas adquieren en sus particulares emplazamientos y aportando en la mayoría de los casos, a sus procesos de refinamiento formal, espacial, funcional y estético.

2. Es importante tener en cuenta que las villas romanas alcanzan en su desarrollo formal, algo que posteriormente los autores de las almunias hispanomusulmanas

no tienen como su principal propósito, y más adelante las haciendas, cortijos y lagares consiguen de una manera tímida, como fue entablar un franco contacto visual con el paisaje rural circundante. Para ello, recurrieron a la utilización de ciertos recursos arquitectónicos; las villas rústicas de funciones combinadas y las villas marítimas a los pórticos o logias ubicados sobre gran parte de sus perímetros, y los señoríos de las explotaciones agrícolas andaluzas a los porches y galerías dispuestos sobre segmentos de las fachadas que orientan hacia el exterior de los caseríos.

3. Las galerías o corredores se constituyen en patrones que se transfieren a Hispanoamérica, impactando la morfología de las diferentes arquitecturas que se producen en este ámbito, no siendo la Nueva Granada la excepción. Es importante enfatizar en que estas arquitecturas no se producen de la misma manera, por lo que dependiendo de las condiciones geográficas, culturales y económicas primordialmente, generan rasgos que las diferencian de manera notable.

4. Por consiguiente, en la vivienda principal de las haciendas neogranadinas se desarrolla la idea de un corredor perimetral rodeando el volumen o alrededor de un patio interior, en respuesta al medio donde se encontraba emplazada la edificación. Las casas con patios interiores se desarrollaron de forma recurrente en climas fríos, mientras que las que presentan corredores abiertos bordeando su contorno fuera común encontrarlas en los climas cálidos.

Durante la colonia hispánica en las regiones cálidas de la Nueva Granada, se difundió la utilización de galerías o corredores sobre parte o toda la longitud de los costados de cada nivel de las casas de hacienda, los cuales funcionaban como dispositivos de circulación que se desplegaban de manera neutra, sin jerarquizar o hacer énfasis sobre alguno de los espacios que integraban la edificación. Simultáneamente, los corredores servían para iluminar y ventilar los espacios interiores, teniendo como premisa su organización lineal; del mismo modo,

constituían un filtro indispensable para relacionar interior y exterior de una manera controlada.

5. Son precisamente estos volúmenes de forma prismática simple a manera de una “I”, o compuesta con formas en “L” y en “U”, con corredores abiertos en sus perímetros, los que se diseminaron por las tierras de clima cálido de la Nueva Granada, en particular por provincias como Antioquia o Cauca de las que provendrían a finales del siglo XVIII, a lo largo de todo el siglo XIX y a comienzos del XX, la mayoría de las gentes que poblaron la región centro occidental de Colombia trayendo consigo las imágenes y los referentes de la arquitectura que se había desarrollado en el medio rural bajo el dominio hispánico, constituyéndose en una de las cimientos que fecunda el nacimiento de la arquitectura regional de bahareque presente en las zonas rurales de la mencionada región, tras la fusión que experimentaron estos esquemas arquitectónicos y las técnicas constructivas provenientes de la península ibérica con los materiales y las técnicas constructivas autóctonas de origen indígena.

6. Es así que para el momento inicial del asentamiento en el emplazamiento seleccionado, los colonos que llegaban de diferentes direcciones geográficas requirieron de una arquitectura que podemos calificar de temporal, que les permitió instalarse e iniciar el proceso de apropiación del lugar “Una vez explorada y adentrada la zona, venían los preparativos, para sembrar rozas; casi siempre salteadas y alrededor de una primitiva vivienda” (Jaramillo, 1987, p. 42).

Seguidamente y tras los resultados positivos en la economía de estos pioneros, que se traducen en la satisfacción de muchas de sus necesidades, entre ellas la relacionada con la vivienda, se da pie a un paulatino proceso de sustitución de las elementales casas de carácter temporal que en muchos casos adquirieron el carácter de permanentes; igualmente se genera el escenario en los albores del siglo XX, para la construcción de viviendas nuevas en predios rurales de reciente constitución, resultado de la mutación de predios de mayor tamaño en otros de

menor área, o de procesos de colonización tardía como los que se dan en los actuales departamentos del Quindío o en el norte del Valle del Cauca.

7. Asociadas a las tres formas en que se presenta la propiedad rural: minifundio, mediana extensión y gran dimensión, las tipologías que desarrolló la arquitectura regional de bahareque con sus denominadas “formas de número” en “I”, en “L” y otras menos comunes a manera de “U”, “T” o “F”, –todas producto de la flexibilidad modular que ofrece la reproducción de los cuadros y los bloques que se configuran por su sumatoria–, se convierten en patrones que se difunden por todo el territorio regional.

Las tipologías compuestas por su mayor complejidad y tamaño demandaban más recursos técnicos y económicos para su construcción, al igual que mayor área preferiblemente plana –en medio de una topografía en su mayoría pendiente–, que las de bloque único, lo que hacía menos popular su utilización en el minifundio y más marcada su relación con las fincas medianas y las haciendas.

Igualmente, se debe hacer énfasis en el carácter modular y en la flexibilidad de esta arquitectura, que queda de manifiesto en la posibilidad casi ilimitada de crecimiento, debido a la adición de “cuadros”, término con el que la cultura popular y el medio de maestros carpinteros designó durante gran parte del siglo XX a cada módulo básico sobre el cual se hincaba la membrana construida en madera, guadua o combinada entre estos dos materiales, y que se convierte en la base del sistema constructivo del bahareque.

8. En este orden de ideas, se debe considerar la utilidad de la tipología con forma de “I”, para afrontar las condiciones de una topografía de fuertes pendientes. Como sabemos, la ladera fue el sitio donde se asentaron la gran mayoría de colonos de escasos recursos, lo que explica la existencia de una gran cantidad de minifundios en terrenos de gran inclinación y la necesidad que tuvieron de producir un tipo de vivienda que se adaptara a ésta condición, y que mejor solución

arquitectónica que una que se desarrollara sin oponerse a las curvas de nivel, ofreciendo la posibilidad de crecer casi que indefinidamente en la medida en que lo fueran requiriendo sus habitantes.

Se puede observar además cómo la sencillez de la tipología de “I” y su tamaño demandaban en su construcción menos recursos técnicos y económicos, haciéndola más asequible a un gran segmento de la población que requería una vivienda de rápida ejecución y de bajo costo. Por su constitución de tipo modular, estas viviendas podían crecer en el sentido de sus lados más cortos en la medida que la economía de estas familias mejoraba y las necesidades lo exigían, sin que su forma regular inicial y los espacios desarrollados previamente se vieran afectados.

9. Otra tipología que alcanzó gran difusión dentro del proceso de poblamiento de las áreas rurales fue la tipología o forma de número en “L”, para cuya construcción debían tenerse en cuenta ciertos factores que incidían en la decisión de optar por una de estas casas en forma de “L”, como son la topografía y el tamaño de los lotes requeridos para resolver su emplazamiento.

Esta tipología por su configuración y por los tamaños que llegó a desarrollar, requería de un lote preferiblemente plano en comparación con las casas en forma de “I”, que como se ha podido observar en el minifundio al no disponer de terreno llano, eran muy útiles para ser emplazadas en el sentido de las curvas de nivel, sin la oposición a la pendiente que podía significar el desarrollo de una edificación en “L”, lo que por añadidura explica la poca recurrencia de esta tipología en el minifundio ubicado en ladera; además, influía en la decisión la disponibilidad de mayor área para el emplazamiento de la casa en “L”, requerimiento que en las fincas medianas o de gran dimensión se resolvía con facilidad al disponer de predios de mayor tamaño y con áreas de poca inclinación o en muchos casos planas, que facilitaron la localización de la casa y por consiguiente del núcleo construido de la finca.

10. Se puede apreciar la función clave que desempeña el corredor en el contacto que las casas de bahareque establecen con sus áreas exteriores aferentes. Las viviendas en “I” o “L” –tipologías de número que más se reproducen de este repertorio– que presentan corredores con desarrollo parcial generan flancos sin valorar en los que no propician ninguna actividad o apropiación por parte de sus habitantes, situación que se refleja en la discontinuidad del tratamiento de las superficies aferentes y en muchos casos, en la adición de elementos contruidos ajenos a su forma.

Igualmente, es posible deducir que las casas de bahareque de un piso con tipología en forma de “I” o “L” y corredor continuo por los cuatro o seis lados respectivamente, establecen un contacto óptimo con sus áreas exteriores aferentes en comparación con las que presentan desarrollos parciales, gracias a la apertura que produce en sus volúmenes la envolvente del corredor y a la transparencia de la membrana que constituyen las series de columnas y chambranas ubicadas en su borde.

11. Se configura por lo tanto, gracias a la valoración que hace la casa de todos sus flancos, un espacio de transición perimetral que jerarquiza la edificación en relación con los demás elementos contruidos de la finca, el cual sus habitantes usualmente aprovechan para desarrollar uno o varios patios donde además de dejar áreas útiles para el desempeño de las funciones productivas de los núcleos contruidos de las fincas, desarrollaban jardines que se conformaban sin un diseño preestablecido y de manera progresiva, simbolizando en su conjunto el dominio y control que estos han ejercido por generaciones sobre su predio y sobre la feracidad de la naturaleza circundante.

12. En lo referente al contacto que establecen los volúmenes en “L” con el exterior, se observa la incorporación en particular en las casas principales de las fincas de mediana extensión y de gran dimensión de ciertos espacios atípicos como estares

y porches que sobresalen de los volúmenes principales –construidos originalmente o en intervenciones posteriores–, los cuales son el resultado de la influencia que han ejercido ciertos patrones de la vida urbana, sobre los esquemas espaciales tradicionales de la arquitectura regional de bahareque que se construyó en los ámbitos rurales del PCC y que como se puede observar, contribuyen al disfrute de los paisajes y de las calidades ambientales que albergan. En los espacios de estar a que se hace alusión, que por lo general se localizan sobre los extremos del cuerpo más largo de los dos que conforman dicha tipología, con la finalidad de obtener visuales panorámicas de 180°, que no sería posibles desde los puntos intermedios de los cuerpos mencionados.

13. Por su parte, las casas de las fincas de gran dimensión en “L” de dos pisos, logran con más fuerza y facilidad el dominio visual sobre todo o parte del predio, además de una mayor jerarquía que las casas de un nivel con la misma forma sobre el núcleo construido de la hacienda, por ser esta la edificación que más sobresale en altura dentro del conjunto. La elevación que produce la superposición del segundo cuerpo sobre el inicial de la primera planta, unido al efecto que produce la envolvente del corredor con su apertura, convierte el segundo nivel de estas casas y en particular a esta banda de circulación en un belvedere, en una estancia lineal privilegiada, intermedia entre el exterior y el mundo íntimo de estas casas.

14. Por último, se resalta la tipología en “U” por ser la que más recurrencia tiene de las tipologías compuestas en “U”, “T” o “F”; por su particular configuración da lugar ya no al patio semicerrado adyacente que caracteriza la tipología en “L”, sino a una especie de patio central sin confinar por uno de sus lados, el cual por su forma tiene la facilidad de aglutinar con especial fuerza las dinámicas de los espacios que lo rodean; sin embargo, esta dinámica que inicialmente se percibe concentrada sobre dicha especie de patio central, simultáneamente se fuga hacia el corredor que rodea la tipología por sus caras externas a través de los espacios que lo confinan y por intermedio de este hacia el entorno, confirmando la

naturaleza transparente de una arquitectura a la que en algún momento podría dársele el calificativo de cerrada.

15. Se comprueba también cómo la triada de espacios compuesta por los espacios del uso, de circulación y articuladores, también interviene en la modelación del esquema arquitectónico de la casa rural de bahareque, pero con la variante que significa que el espacio articulador o patio se presenta abierto por uno o varios de sus flancos, actuando como punto de contacto entre la casa de bahareque y el núcleo construido de la finca, al igual que como un elemento de transición entre dicho núcleo y las áreas productivas del predio.

Del mismo modo, este patio desempeña un papel determinante en la recepción de los flujos provenientes del exterior de la finca y también como su punto de partida. En contraste, las viviendas urbanas de bahareque y sus diferentes tipologías se presentan envolviendo dicho espacio articulador, delimitándolo conjuntamente con los cerramientos laterales o posteriores de sus lotes, dando lugar a patios de carácter cerrado que solo pueden entrar en contacto de manera directa con el paisaje urbano y rural cuando los desniveles de la topografía lo permiten.

16. En cuanto al corredor, como parte fundamental de la triada de espacios del uso, de circulación y articuladores, se observa que este adquiere el mismo carácter dual que en las viviendas urbanas, en que además de constituir el espacio de circulación por el que se conectan los recintos que integran las diferentes tipologías, funge como punto final de tamizaje y contacto con el medio externo, recibiendo tanto los flujos que se producen al interior de la finca, como los provenientes de la vereda o de otros lugares más distantes. Igualmente, adquiere las características de un nodo en el que se concentran gran parte de las tensiones funcionales que se producen en la finca, después de haber pasado el filtro del patio –muchas de estas se diseminan previamente entre los diferentes componentes del núcleo construido de la finca–, impactando el corredor solo las

que tienen que ver con las funciones y usos asignados por los habitantes de las casas bahareque.

17. El corredor con el carácter dual mencionado, se convierte en el espacio por medio del cual los recintos que integran las diferentes tipologías rurales tejen su vínculo con el medio externo, no solo por la comunicación de índole físico que permite establecer, sino por constituir la envolvente desde la que se produce una relación visual potente con los paisajes cafeteros que rodean los emplazamientos de estas casas. En tal sentido, el vínculo aludido solo lo puede facilitar un espacio de las características y la flexibilidad del corredor, en el que se combinan funciones concernientes con la circulación y con la permanencia que resulta de la adaptación y apropiación como espacio de encuentro por parte de sus habitantes.

18. Cabe recordar cómo en las casas de bahareque del minifundio se suple la inexistencia de espacios específicos para el comedor y la sala, desarrollando sus funciones sobre el corredor, mientras que en las casas de bahareque de las fincas medianas se observan la sala y el comedor incorporados dentro del esquema espacial, y en algunos casos el comedor como un recinto independiente contiguo al corredor; en lo relacionado con las casas de las fincas de gran dimensión, el corredor adquiere el carácter de un espacio alterno sobre el que se prolongan los recintos internos que poseen para el encuentro social, siendo además propicio por su apertura y configuración para el desarrollo de actividades pasivas relacionadas con la contemplación y el descanso, para lo cual adicionalmente se complementa con espacios de estar y porches, los cuales fungen como extensiones de dicha banda de circulación.

Se puede concluir que en las casas de bahareque del minifundio el corredor asume funciones que van más allá de su función primaria de espacio de circulación y que son vitales para los habitantes de la casa, proveyendo las áreas para la alimentación y el encuentro de la familia en medio de la cotidianidad de la finca; por su parte en las casas de las fincas medianas y en las haciendas el

corredor se caracteriza, además por recibir y conducir los flujos hacia los espacios que integran su esquema arquitectónico, por ser un espacio eminentemente social.

19. Se reafirma la condición del corredor como un nodo en que se tejen las relaciones de las personas que habitan las casas de bahareque, y simultáneamente estas se entrecruzan con la experiencia de quienes moran en las otras edificaciones que integran los núcleos construidos de los predios rurales, dando lugar a la urdimbre social que caracteriza las fincas y a los pequeños mundos que estas representan.

Se entiende entonces el corredor como un espacio que le imprime una especial dinámica a las casas de bahareque presentes en las fincas y a sus áreas aferentes, consecuencia de los procesos de apropiación social mencionados; igualmente se plantea como un componente espacial que permite que el interior de las casas, se vea permeado con la potente presencia de los paisajes que se tejen en las inmediaciones y en el entorno distante de las fincas.

20. Por su parte la inexistencia del corredor y la negación que ello sugiere hacia alguno de los flancos de las casas, indica la presencia de visuales poco atractivas, en particular las que tienen que ver con el ascenso de las laderas tras las edificaciones o con los cortes efectuados a los terrenos para su emplazamiento. Del mismo modo las áreas exteriores adyacentes hacia las que se cierran los volúmenes como resultado de la ausencia del corredor, se observan sin actividad y apropiación por parte de los habitantes de las casas.

21. Por su parte, el corredor dependiendo del nivel en que se ubique, permite el desarrollo de diferentes formas de apropiación y de usos. Así, en el primer piso de las casas del minifundio y la finca mediana, se presentan funciones de una índole más utilitaria relacionadas con las actividades productivas, en las que se interactúa con personas ajenas a la familia propietaria, mientras que en las casas

de las haciendas mayoritariamente este se destina a funciones de índole social y de complemento a los recintos destinados al encuentro ubicados en sus primeras plantas. En cuanto a la banda perimetral de circulación en el segundo piso, se dedica en los tres segmentos de la propiedad rural –minifundio, finca mediana y hacienda– a usos más privados de la familia y al desarrollo de actividades de carácter pasivo relacionadas con el descanso y la contemplación.

En cuanto al patio como centro de las tensiones funcionales y como elemento aglutinante de las dinámicas productivas de la finca cafetera, se establece lo siguiente:

1. El patio cerrado conformado en su perímetro por edificaciones y algunos cerramientos, ha estado presente desde tiempos antiguos como patrón tipológico en la solución arquitectónica de las explotaciones rurales en muchos lugares del orbe, brindando a sus habitantes la posibilidad de una vida intramuros amparados de la directa intemperie y, al tiempo, pudiendo estar en contacto con ella a voluntad y de manera controlada.
2. Del mismo modo, durante siglos el patio se destacó por su aporte al propósito de congregar y articular las relaciones funcionales de los núcleos construidos de los asentamientos rurales productivos. De ahí que se tenga registro de su presencia, ordenando el esquema espacial de las villas rústicas romanas en la Europa mediterránea y desde allí hasta tiempos más próximos en la península ibérica, donde se materializan formando parte esencial de los cortijos, haciendas y lagares que hoy se observan en España tras siglos de su perfecta asociación con la triada mediterránea del trigo, la vid y el olivo. Observamos las haciendas durante la colonia española en América, como el último eslabón del esquema espacial con patio cerrado de la historia cercana, el cual daría paso a los patios abiertos de las fincas que dominarían desde el siglo XIX hasta el presente, los paisajes de la zona cafetera del centro occidente de Colombia.

Son pues las villas un ejemplo de la arquitectura que en la antigüedad dio forma a unos pequeños mundos intramuros, que sirvieron de sustento a la productividad rural de los vastos territorios del imperio romano, desde la provincia más alejada al oriente, hasta la de Hispania en su extremo más occidental, dejando como impronta de su proceso de desarrollo un modelo arquitectónico rural de patios cerrados alrededor de los cuales orbitó la experiencia de habitación de estas gentes, y que continuaría teniendo sus efectos por siglos en la edificación de los núcleos construidos de las explotaciones rurales desde la Europa central hasta la península ibérica.

En países como Austria, Alemania, Francia o Suecia entre otros, tienen lugar edificaciones dedicadas a la explotación agrícola y pecuaria de las áreas rurales, cuya cantidad de patios se simplifica en relación con el de sus predecesoras las villas romanas de funciones combinadas, organizándose en torno a un solo patio en el que se mezclan actividades complementarias de la vivienda de los propietarios y de otros habitantes de la granja, con las de otras construcciones especializadas en funciones agrícolas o relacionadas con el cuidado de animales.

En la Europa mediterránea el ejemplo más pertinente para precisar el efecto que tuvo la villa romana de funciones combinadas es España, con el particular esquema espacial sustentado en patios, sobre el que se desarrollan siglos más adelante las Almunias hispanomusulmanas, al igual que los Cortijos, las Haciendas y los Lagares “... a partir del siglo XIII en el curso de los procesos de repoblación y reordenación del territorio que siguen a la conquista castellana” (Olmedo, 2002, p. 56).

Podemos entonces afirmar que dentro de la historia de las explotaciones rurales de la España mediterránea, las Almunias hispanomusulmanas actuaron como un eslabón entre las villas romanas de funciones combinadas y los cortijos, haciendas y lagares, dando continuidad a un modelo arquitectónico basado en patios

cerrados en el que, como en el caso especial de las haciendas, se funden patrones espaciales de la vida urbana, con los que durante siglos modeló la vida agro pastoril a través de diferentes culturas.

Entendemos los cortijos, las haciendas y los lagares como depositarios de una tradición cultural que en occidente concibió una manera particular de espacialidad para las explotaciones agrícolas, a partir de la utilización del modelo espacial de patios cerrados o interiores generadores de dinámicas de habitación y de trabajo aisladas visualmente de los paisajes presentes en sus entornos, y que durante el periodo de colonia hispánica se transfiere dentro de la concepción espacial de las haciendas que surgen para satisfacer la demanda de alimentos de la creciente población en diferentes regiones del suelo americano.

3. De esta manera, los núcleos contruidos de las haciendas neogranadinas que se localizaban en las tierras altas, por lo general desarrollaron una vivienda cuyos espacios y esquema funcional se estructuraron en torno a un patio, propiciando dinámicas de habitación volcadas hacia el interior, de manera similar a las que se generaban en torno a los peristilos y atrios de las villas romanas o a las presentes en los claustros de los señoríos de las haciendas y cortijos peninsulares.

4. Igualmente, la vivienda de muchas de las haciendas neogranadinas se convertía en el elemento central de otras zonas que se configuraban alrededor de patios, y que al tiempo o de manera progresiva, iban siendo definidas por otras edificaciones destinadas a la vivienda de los encargados, de los trabajadores y para la realización de actividades de apoyo a las faenas agrícolas y ganaderas.

También, los patios se configuraban combinando bloques contruidos y segmentos de muro; igualmente se conformaban solo con la construcción de cerramientos de tapia, adobe o piedra, llegando a conformar un conjunto de patios por lo general ortogonales, en los que además de los usos antes citados, también se emplazaban jardines para el descanso y recreo de los propietarios, al igual que

tentaderos para el entretenimiento con toros de lidia, referencia que reafirma entre otras tantas el ascendente con los cortijos ganaderos ibéricos.

5. Por su parte, los núcleos contruidos de las haciendas ubicadas en tierras bajas desarrollaron sus viviendas en bloques contruidos por espacios alineados, en los que se prescindió del patio y se recurrió al corredor perimetral para desarrollar el esquema de circulación, obteniendo adicionalmente la iluminación y la ventilación, así como un medio de transición con el exterior, que en climas cálidos o calientes como en los que se ubicaban estas edificaciones, resultó ser de suma utilidad para su confort climático. De esta manera se generaban recintos que podían entrar en contacto por intermedio de la banda de circulación con sus áreas aferentes, usualmente contruidas por patios destinados a labores suplementarias del agro y a jardines, al igual que con los paisajes que se percibían en planos más distantes.

6. En cuanto a los patios que intervenían en la organización del conjunto edificado de estas haciendas, se configuraban lo mismo que en las ubicadas en tierras altas localizando sobre sus perímetros otras edificaciones complementarias a las funciones productivas, a las que dependiendo del caso se añadían muros para acabar de configurar los patios; sin embargo, durante un momento que no se puede precisar con exactitud, se comienza a prescindir de los mencionados cerramientos, lo que tiene como efecto que los patios que daban unidad a sus núcleos contruidos entraran a tener una gran transparencia y por consiguiente pleno contacto con los paisajes ubicados en sus periferias. En esta dirección, Germán Téllez planteaba, refiriéndose a la hacienda Calibío localizada en Popayán, departamento del Cauca, que esta “conserva, al menos parcialmente, sus muros circundantes, sensiblemente ausentes en otras casas de hacienda caucanas y vallecaucanas, bien sea por haber sido demolidos, o más frecuentemente, por carecer de ellos originalmente” (1998, p. 54).

7. Es pues este estadio del desarrollo formal y funcional de la hacienda colonial localizada en climas cálidos, fundamentado en el esquema espacial de patios

abiertos, el que termina impactando la manera como se conciben y toman forma los núcleos contruidos de las fincas en el territorio del PCC, durante el proceso de poblamiento que sucede durante el siglo XIX y parte del XX. Se rompe así con la tradición milenaria de una vida intramuros, en que el cotidiano de las explotaciones agrícolas estudiadas acontecía aislado visualmente de su entorno, y mediado por una relación estrictamente funcional en la que el contacto con el medio circundante solo se ejercía con la finalidad práctica de aprovechar los beneficios otorgados por la tierra.

8. De esta manera tendría lugar en los núcleos contruidos de las fincas del PCC una nueva forma de encuentro entre la vivienda y las demás edificaciones que iban surgiendo para el apoyo de la producción agrícola y de las actividades concernientes a la manutención de diferentes especies de animales domésticos, que permitía la paulatina conformación de uno o varios patios sin confinar –la cantidad de patios estaba asociada a las condiciones de la topografía y al tamaño de los predios–, en los que el medio circundante con sus atributos físicos y sus paisajes se podían filtrar libremente dentro de sus permeables límites, al tiempo que desde el interior del patio y desde los diferentes componentes del núcleo contruido se podía ejercer dominio visual de la finca.

Estos patios que se configuraban a partir del sucesivo emplazamiento de edificaciones en su alrededor, terminaban definiendo perímetros en algunos casos de forma regular, los cuales cobraban fuerza formal y funcional debido a la concentración de actividades y a la mezcla de relaciones humanas dentro de sus particulares límites, tejiendo un entramado social de proporciones directamente asociadas con el tipo de predio, desde el minifundio, la finca de mediana extensión, hasta la hacienda.

9. Haciendo alusión nuevamente a la triada de espacios relacionados con el uso, con la circulación y con la articulación dentro de una organización arquitectónica (Saldarriaga, 1996), queda claro que en el caso del patio abierto presente en los

núcleos contruidos de las fincas cafeteras, este obra como un elemento articulador, ya no de los espacios destinados al uso y a la circulación como efectivamente sucede en las casas de bahareque de naturaleza urbana, sino que actúa relacionando las diferentes edificaciones que integran estos pequeños mundos enclavados en el medio rural. El patio aparece ya no como articulador de la vida de la familia, sino como el foco de las relaciones humanas y productivas que se tejen en una escala mayor como lo es la finca.

10. En consecuencia, puede definirse en las fincas cafeteras una taxonomía de organizaciones alrededor de patios, directamente asociada con la topografía y con el tamaño de los predios; de ahí que a mayores pendientes las posibilidades de conformar varios patios se veía reducida, lo que explica porque la mayoría de los minifundios al estar ubicados en medio de una topografía de fuertes pendientes, organizan sus núcleos contruidos en torno a un solo patio. De manera consecuente, las fincas medianas y las haciendas al localizarse en tierras menos inclinadas conforman dos o incluso más patios, además como resultado de la mayor extensión de sus predios y del lógico incremento de la demanda de apoyo a las actividades productivas.

En relación con los elementos funcionales – decorativos presentes en la vivienda rural de bahareque, se puede hacer alusión a los siguientes aspectos:

1. De manera similar a la arquitectura urbana de bahareque, la que se desarrolló en el medio rural también alcanzó un grado de evolución alto que se concretó en los aspectos formales, espaciales, funcionales y constructivos, pero con la particularidad de que los denominados elementos funcionales - decorativos que esta perfeccionó para hacer más eficiente su desempeño, no fueron objeto del derroche creativo del que sí fueron merecedoras sus pares urbanas. Teniendo en cuenta la finalidad práctica con que se conciben las casas de bahareque dentro del sistema productivo de la finca, estas desarrollaron una serie de elementos que iban más allá de su papel funcional y que a la vez entraron a complementar el

desempeño de los espacios del uso como habitaciones y otros, igualmente de los espacios de circulación que en este tipo de vivienda se materializan en el corredor perimetral.

Aparece por consiguiente un repertorio menos provisto de decoración pero no menos válido para su estudio constituido por elementos de cierre de vanos, de confinamiento de espacios, de protección y componentes de tipo constructivo elaborados en madera y en algunos casos en guadua, a los que se añadían molduras y trabajos de ebanistería dirigidos a su realce dentro del conjunto de piezas que conformaban las casas de las fincas.

2. Se debe tener en cuenta que la vivienda rural de bahareque presente en el PCC alcanza su máximo estadio de desarrollo después de resolver asuntos prioritarios relativos a la adecuación del sitio donde se emplazaban las fincas y a garantizar la supervivencia de los clanes familiares involucrados en esta tarea. Después de superadas estas coyunturas, se despeja el camino para que se perfeccione el sistema constructivo, se dé la evolución formal basada en las tipologías de número, se definan los espacios con sus características básicas y se estructure de forma permanente el esquema funcional de la casa de bahareque, proceso que consecuentemente daría impulso al desarrollo de los elementos funcionales decorativos que le darían el aspecto de obra terminada a la arquitectura que prevaleció en la fisonomía de los campos de este territorio hasta pasada la primera mitad del siglo XX, y de la cual aún se conserva un cuantioso legado, no obstante su progresiva desaparición.

3. Estos elementos funcionales elaborados en madera, a diferencia de los que integran las casas urbanas de bahareque en los que es frecuente encontrar una elaborada decoración, resultado de la influencia de las corrientes estilísticas con las que la gente de la región tuvo contacto a finales del siglo XIX y comienzos del XX, ya fuera en sus viajes por Estados Unidos y Europa o a través de ilustraciones y fotografías, en la vivienda rural de bahareque se caracterizan por su esencial

diseño y por una mínima decoración basada en la superposición de molduras, en tallas muy elementales o en ruteados rectilíneos, con los que conjuntamente componían figuras por lo general de carácter geométrico, teniendo como hecho excepcional la utilización de arabescos, y de líneas curvas o sinuosas.

Con este tipo de trabajos de ebanistería de un carácter artesanal, la casa rural de bahareque trascendía sus propósitos fundamentales de brindar cobijo y de apoyar las actividades productivas presentes en las fincas, hacia niveles relacionados con la producción de símbolos y de representaciones, en los que se plasmaba la apropiación y la experiencia vital de sus moradores.

4. Por su parte la casa rural de bahareque, a diferencia de su homóloga urbana, asumió desde sus orígenes el carácter de un lugar de trabajo, en el que la prioridad de la familia era disponer de las condiciones básicas de habitabilidad, que les permitieran asumir el día a día de la finca con sus duras y largas faenas, razón por la cual no tuvo mucho sentido el desarrollo de elementos funcionales con decoración que estuviera más allá de la utilidad que estos representaban, ni que superaran la finalidad práctica que el habitante del campo esperaba de su vivienda.

BIBLIOGRAFÍA

Abadía, Guillermo y Bustamante, Edgar (1981). *El gran libro de Colombia*. Bogotá: Círculo de Lectores.

Aceituno, Francisco y Loaiza, Nicolás (2006). “Una aproximación ecológica al poblamiento del Cauca medio entre el Pleistoceno final y el Holoceno medio” en: López, Carlos; Cano, Marta y Rodríguez, Diana (eds.). *Cambios ambientales en perspectiva histórica. Ecorregión del Eje Cafetero*. Volumen 2. Pereira (Colombia): Edición Postergraph S.A. pp. 42-55.

Acevedo, Álvaro y Osorio, Jorge (2008). *Paisaje Cultural Cafetero*. Risaralda. Colombia. Universidad Católica de Pereira - Corporación Autónoma Regional del Risaralda.

Ackerman, James (2006). *La Villa. Forma e ideología de las casas de campo*. Madrid: Ediciones Akal.

Aguilera, Javier (1994). *Fundación de ciudades hispanoamericanas*. Madrid: Editorial Mapfre.

Álvarez, Víctor (1987). “La estructuración interna de la colonización antioqueña”, en Biblioteca de Escritores Caldenses (eds.). *La colonización antioqueña*. Manizales (Colombia): FICDUCAL. pp. 107-151.

Arango, Gilberto (1997). *La Poética de la casa de patio a la casa moderna*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

Arango, Mariano (1977). *Café e Industria 1850-1930*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Arango, Mariano (1982). *El Café en Colombia 1930 - 1958*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Arango, Oscar (2004). “Ecorregión Eje Cafetero. Un territorio de oportunidades”. 2da. Ed. Manizales (Colombia): Gráficas JES Ltda.

Arango, Silvia (1989). *Historia de la Arquitectura en Colombia*. Bogotá: Centro Editorial y Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia.

Arbeláez, Carlos y Sebastián, Santiago (1967). *“Las artes en Colombia”*. Tomo 4. *“La arquitectura colonial”*, en: *Historia extensa de Colombia*, Volumen XX. Bogotá (Colombia): Ediciones Lerner, pp. 451-487.

Arias, Bernardo (1942). *“Risaralda”*. Manizales (Colombia): Ediciones Librería Siglo XX.

Bejarano, Jesús (1980) *“Estudios sobre la historia del café en Colombia”*, en: Cuadernos de Economía. Bogotá (Colombia): Universidad Nacional de Colombia.

Bejarano, Jesús (1994). *“La economía en el siglo XX”*, en: Jaramillo, Jaime (dir.). *Manual de Historia de Colombia III*. Bogotá (Colombia): Procultura – Tercer Mundo, pp. 17-79.

Benjumea, Fernando (1976). *“La ciudad colombiana y latinoamericana”*. Medellín: Revista Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional. No. 2.

Berque, Agustín (1997). *“En el origen del paisaje”*. Revista de Occidente, (España), No. 189, pp. 7-21

Berque, Agustín (2009). *El pensamiento paisajero*. Trad. Maysi Veuthey. Madrid: Biblioteca Nueva, S.L.

Blaser, Werner (2004). *Patios, 5000 años de evolución desde la Antigüedad hasta nuestros días*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Botero, Néstor (1986). *Arquitectura de la colonización antioqueña*. Volumen II Caldas. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – Banco Central Hipotecario.

Botero, Néstor (1987). *Arquitectura de la colonización antioqueña*. Volumen III Quindío. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – Banco Central Hipotecario.

Botero, Néstor (1989). *Arquitectura de la colonización antioqueña*. Volumen IV Risaralda. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – Banco Central Hipotecario – Fondo Cultural Cafetero.

Botero, Néstor (1989). *Arquitectura de la colonización antioqueña*. Volumen V Tolima y Valle del Cauca. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – Molinos Editores.

Brinckerhoff, John (2010). *“Descubriendo el paisaje autóctono”*. Madrid (España): Editorial Biblioteca Nueva, S.L.

Buitrago, Jaime (2011). *Hombres Trasplantados*. Biblioteca de Autores Quindianos. 2ª ed. Gobernación del Quindío – Secretaría de Cultura, Universidad del Quindío.

Bushnell, David (2004). *Colombia, una nación a pesar de sí misma. De los tiempos Precolombinos a nuestros días*. Bogotá (Colombia): Planeta Colombiana Editorial S.A.

Cadavid, Guillermo (2000). “Sonsón y la Arrieria”. Recuperado de: <https://www.yumpu.com/es/document/view/20221395/sonson-y-la-arrieria-biblioteca-virtual-de-antioquia->

Camacho, Carlos y Uribe, Gabriel (1986). “*Las artes en Colombia. La Arquitectura de la República*”, en: *Historia extensa de Colombia*, Libro segundo, Volumen 20, Volumen 22. Bogotá (Colombia): Lerner.

Capitel, Antón (2005). *La Arquitectura del patio*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Castaño, Francisco, y Moreno, Rubén (2004). *Guadua para todos. Cultivo y aprovechamiento*. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos S.A.

Chalarca, José (1998). *Vida y hechos del café*. Bogotá: Común Presencia Editores.

Cheng, Francois (2004). *Vacío y plenitud. El lenguaje de la pintura China*. Madrid (España): Ediciones Siruela S.A.

Chordá, Frederic; Martín, Teodoro y Rivero, Isabel (2002). *Diccionario de términos históricos y afines. Climas, culturas y religiones*. Madrid (España): Ediciones Istmo, S.A.

CITCE, Universidad del Valle (2013). *Manual didáctico El Cairo. Patrimonio de la Humanidad*. Cali (Colombia): Universidad del Valle – Gobernación del Valle del Cauca.

Coronel, Jaime y Otros (1975). *El arquitecto y la nacionalidad*. Bogotá: Sociedad Colombiana de Arquitectos.

Corradine, Alberto (1989). “*La arquitectura colonial*”, en: *Nueva historia de Colombia. Colombia Indígena. Conquista y Colonia*. Volumen 1. Bogotá D.E. (Colombia): Planeta Colombiana Editorial S.A., pp. 217-238

Corradine, Alberto (1989). *Historia de la arquitectura colombiana*. Volumen *Colonia 1538 – 1850*. Bogotá: Escala.

De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.

Directorio Franciscano. “Escritos de San Francisco de Asís, Cántico del Hermano Sol”. Recuperado de: <http://www.franciscanos.org/frandp/menup.html>, el 09 de Mayo de 2015.

Duque, L.; Friede, J. y Jaramillo, J. (1963). *Historia de Pereira*. Bogotá (Colombia): Editorial Librería Voluntad.

Duque, Gómez, Luis; Friede, Juan y Jaramillo Uribe Jaime (1963). *Historia de Pereira 1863-1963*. Pereira: Club Rotario.

Duque, Luis. (1970). *Los Quimbayas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.

Escobar, Olga y Ferro, Germán (1985). *La cultura del hombre cafetero*. Bogotá: Editorial del Banco de La República.

Esguerra, Jorge (2004). *Caminos y fundaciones. Eje Sonsón - Manizales*. Manizales (Colombia): Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales.

Esguerra, Jorge (2002). *La Segunda Fundación de Manizales*. Manizales: (Colombia): Universidad Nacional de Colombia sede Manizales y Hoyos Editores.

Federación Nacional de Cafeteros de Colombia. (2014). “Guía ambiental para el sector cafetero”. Bogotá. Recuperado el 24 de Enero de 2015 de http://www.federaciondecafeteros.org/caficultores/es/servicios_para_el_cafetero/documentacion/

Flores, Mario (2003). “Técnica de Entramados”, en: Viñuales, Graciela (comp.). *Arquitectura de Tierra en Iberoamérica*, Salvador, BA, Brasil, Versión digitalizada. pp. 37-40.

Flórez, Antonio (2003). *Colombia: Evolución de sus relieves y modelados*. Bogotá (Colombia): Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos.

Flórez, Mónica (2000). *Relatos desde el bahareque*. Armenia (Colombia): Centro de publicaciones Universidad del Quindío.

Fonseca, Lorenzo y Saldarriaga, Alberto. (1984). *Arquitectura Colombiana*, Bogotá: Ediciones PROA Ltda.

Fonseca, Lorenzo y Saldarriaga, Alberto (1992). *Arquitectura popular en Colombia: Herencias y Tradiciones*. Bogotá: Altamir.

Fonseca, Lorenzo y Saldarriaga, Alberto (1984). *La Arquitectura de la vivienda rural en Colombia*. Vol. 2. *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda*. Cali (Colombia): Centro de Estudios Ambientales –CEAM–.

Gamero, Mercedes (2002). “*Haciendas: Evolución desde la conquista cristiana hasta el Siglo XIX*”, en: Halcón, Fátima; Herrera, Francisco y Recio, Álvaro (eds.). *Haciendas y Cortijos. Historia y Arquitectura en Andalucía y América*. Sevilla (España): Edición Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Extensión Cultural. pp. 37-50.

García, Antonio (1978). *Geografía económica de Caldas*. Bogotá: (Colombia): Talleres Gráficos Banco de la República.

García, Beatriz (1985). *De la casa patriarcal a la casa nuclear en el municipio cafetero de Sevilla*. Bogotá (Colombia): Centro Editorial Javeriano, CEJA.

Ghul, Andrés (2008). *Café y cambio de paisaje en Colombia 1970 – 2005*. Medellín: Fondo Editorial de la Universidad EAFIT – Banco de la República.

Giraldo, Hernán (2008). “*Contextos y perspectivas de los centros históricos en la ciudad región cafetera de Colombia*”, en: Vergara, Adrian (ed.). *Renovación de centros históricos en grandes ciudades latinoamericanas*. Barranquilla: (Colombia): Universidad del Norte.

Giraldo, Hernán (2003). *Memorial de la arquitectura republicana: Manizales, Centro histórico*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia sede Manizales.

Giraldo, Luisa (1987). “*La Colonización Antioqueña*”, en: Biblioteca de Escritores Caldenses (eds.). *La Colonización Antioqueña*. Manizales (Colombia): FICDUCAL. pp. 85-104.

Gómez, Adriana y Londoño, Felipe César. (2010). *Paisajes y nuevos territorios (en Red). Cartografías e interacciones en entornos visuales y virtuales*. Barcelona (España): Universidad de Caldas y Anthropos Editorial.

Gómez, Adriana y Londoño, Felipe (1994). *Expresión visual en las ciudades del bahareque*. Manizales (Colombia): Universidad de Caldas.

Gómez, Adriana y Londoño, Felipe (2007). *Patrones de color: Interpretación visual de los valores cromáticos regionales en Caldas*. Manizales (Colombia): Editorial de la Universidad de Caldas.

Gómez, Yaffa. (2013). *La Cultura Material Cafetera*. Pereira: Universidad Católica de Pereira.

González, Seferino (s.f.). "*Historia de la Filosofía - Tomo II - Segunda Época Filosófica. La Filosofía Cristiana*". Edición Digital en Torre de Babel Ediciones. Fuente: Agustín Jubera. Madrid (España). 2ª edición. 1886. Recuperado el 09 de Mayo de 2015 de: <http://www.e-torredebabel.com/historia-filosofia-gonzalez/sanbuenaventura-h-filosofia-g.htm>

Gutiérrez, Ramón (1999). "*La transferencia de la casa de patio a Iberoamérica. Reflexiones preliminares*", en: Ramírez, Nicolás y Rodríguez, José (eds.). *La casa Meridional. Correspondencias*. Sevilla (España): Egondi Artes Gráficas. pp. 59-66.

Illescas, Albert (2001). "*La lección del patio argelino*", en: Documents de projectes d'arquitectura (eds.). *Patio y casa*. Barcelona (España): Universitat Politècnica de Catalunya. pp. 12-15.

Instituto Geográfico Agustín Codazzi, IGAC (2002). *Atlas de Colombia*. Bogotá (Colombia): Imprenta Nacional de Colombia.

Irving, Tomás. El Arte Mudéjar: Origen, características e influencias trasatlánticas. *Revista Digital Alif Nun*. Madrid (España), n. 52, 2007. Recuperado el 24 de Agosto de 2012 de: <http://www.libreria-mundoarabe.com/Boletines/n%BA52%20Sep.07/AlifNun52.html>

Jaramillo, Hugo (1983). *Pereira, proceso histórico de un grupo étnico colombiano*: Pereira, Gráficas Olímpica.

Jaramillo, Jorge; González, Carlos y Osorio, Jorge (2007). *Las huellas del tiempo: una mirada al patrimonio y a la historia de Pereira*. Pereira: Universidad Católica de Pereira – Alcaldía de Pereira.

Jaramillo, Roberto (1987). "La Colonización Antioqueña", en: biblioteca de Escritores Caldenses (eds.). *La Colonización Antioqueña*. Manizales (Colombia): FICDUCAL. pp. 31-84.

Kessler, Mathieu (2000). *El Paisaje y su Sombra*. 2ª. ed. Barcelona (España): Idea Books, S.A.

López, Carlos (2014). *Cambios en el paisaje antes de 1500: Paisajes culturales originarios, vistos, inferidos e imaginados*. Pereira (Colombia): en Prensa.

López, Carlos “Entorno natural y generación de paisajes culturales en el Piedemonte de la Cordillera Central Andina en escala de larga duración” en López, Carlos y Cano, Marta (eds.) (2004). *Cambios ambientales en perspectiva histórica. Ecorregión del Eje Cafetero*. Volumen I. Pereira (Colombia): Edición J.M. Calle. pp. 54-65.

López, Carlos (2007). *Reconocimiento y prospección arqueológica en el sitio Unicentro (66per101). Pereira, Risaralda”. Resumen Informe Final*. Pereira (Colombia): sin publicar.

Maderuelo, Javier (2006). *El paisaje, génesis de un concepto*. Madrid (España): Abada Editores, S.L.

Manzano, Rafael (2002). “*De la Villa Romana a la Almunia Islámica*”, en: Halcón, Fátima; Herrera, Francisco y Recio, Álvaro (eds.). *Haciendas y Cortijos. Historia y Arquitectura en Andalucía y América*. Sevilla (España): Edición Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Extensión Cultural. pp. 15-36.

Martí, Carlos (1993). *Las variaciones de la identidad. Ensayo sobre el tipo en arquitectura*. Barcelona: Ediciones Serbal – Demarcación de Barcelona del Colegio de Arquitectos de Cataluña.

Martínez, Eduardo (2009). “*Miradas sobre el paisaje*”. Madrid (España): Editorial Biblioteca Nueva, S.L.

Mejía, Clemencia (1998). *Manual didáctico. Risaralda nuestro patrimonio*. Pereira: Sociedad Colombiana de Arquitectos - Gobernación del Risaralda.

Mertins, Gunter (2000). *Pequeñas poblaciones de la región cafetera del centro de Colombia: Desarrollo, polos económicos y patrimonio*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia sede Manizales.

Ministerio de Cultura y Ministerio de Vivienda. Ciudad y Territorio (2014). “*Guía para la incorporación del Paisaje Cultural Cafetero en la Revisión y ajuste de los Planes de Ordenamiento Territorial (POT, PBOT, EOT)*”. Bogotá (Colombia): Escala S.A.

Ministerio de Cultura (2011). *Paisaje Cultural Cafetero: Un paisaje cultural productivo en permanente desarrollo*. Bogotá (Colombia): Nomos Impresores.

Ministerio del Trabajo y PNUD (2014). *Estudios de prospectiva Eje Cafetero. Prospectiva laboral en la región del Eje Cafetero. Caso cadena productiva del café*. Bogotá (Colombia): Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Momplet, Antonio (2008). *El arte Hispanomusulman*. Madrid: Ediciones Encuentro. Recuperado el 04 de Agosto de 2014 de: <http://books.google.com.co/books?id=Pg9vIYqW-84C&pg=PA77&lpg=PA77&dq=almunias+hispanomusulmanas&source=bl&ots=7UDsAsqOLu&sig=M9vxDJFd2aCBe4RZGcqnnj7l6Fc&hl=es&sa=X&ei=EKrfU8WfN-fMsQSe4oKADw&ved=0CCAQ6AEwAQ#v=onepage&q=almunias%20hispanomusulmanas&f=false>

Muntañola, Josep. (2001). *La arquitectura como lugar*. Barcelona: Ediciones UPC.

Muñoz, Jaider. *“Historia del Cable Aéreo Manizales - Mariquita”*. *Sociedad de Mejoras Públicas de Manizales*. Recuperado el 20 de Enero de 2015 de: <http://smpmanizales.blogspot.com/2013/04/historia-del-cable-aereo-manizales.html>

Muñoz, José (2012). *Sistemas constructivos – Arquitecturas de baja altura en Manizales*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia.

Muñoz, José (2010). *Tipificación de los sistemas constructivos patrimoniales de “Bahareque” en el Paisaje Cultural Cafetero de Colombia*. Manizales (Colombia): Universidad Nacional de Colombia.

Nieto, Luis (1958) *El Café en la sociedad colombiana*. Breviarios de Orientación Colombiana. Bogotá: Villegas Editores.

Niño, Carlos (1985). *“Principales momentos de formación de las ciudades en Colombia”*, en: Ferro, José, Barney, Benjamín y otros. *Estudios sobre la ciudad colombiana. Patrimonio urbano en Colombia*. Bogotá (Colombia): Facultad de Artes. Instituto de Investigaciones Estéticas. Universidad Nacional de Colombia. pp. 31-44.

Niño, Carlos (1985). *Contexto histórico de la arquitectura en Colombia*. Bogotá (Colombia): Facultad de Artes. Instituto de Investigaciones Estéticas. Universidad Nacional de Colombia.

Noguera, Patricia (2004). *El Reencantamiento del Mundo*. Manizales (Colombia): Universidad Nacional de Colombia, IDEA, México, D.F. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente – PNUMA – Oficina Regional para América y el Caribe.

Ocampo, José (1989). *Los Orígenes de la Industria Cafetera, 1830-1929*, en: Tirado Mejía, Álvaro y Otros (eds.). *Nueva Historia de Colombia*. Bogotá: (Colombia): Planeta. pp. 107-151.

Ocampo, José (1987). *Manizales, la colonización antioqueña y las Guerras Civiles de 1860 a 1876*", en: Biblioteca de Escritores Caldenses (eds.). *La Colonización Antioqueña*. Manizales (Colombia): FICDUCAL. pp. 181-215.

Ojeda, Juan (2003). "*Epistemología de las miradas al paisaje. Hacia una mirada humanista y compleja*", en: Lacomba, Roldán y Zoido. (Coords.). *Territorio y Patrimonio. Los paisajes andaluces*. Sevilla: Cuadernos del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico. pp. 192-200.

Ojeda Rivera, J.F. (2005) "*Los paisajes, totalizadores históricos. Paisajes paralelos en Doñana y Sierra Morena*", en: Ortega (Editor). *Paisaje, Memoria Histórica e Identidad Nacional*. Madrid: Ediciones Universidad Autónoma de Madrid. pp. 283-294.

Ojeda Rivera, J.F. (abril, 2005). *Percepciones identitarias y creativas de los paisajes mariánicos*. En Revista Scripta Nova. Barcelona: Universidad de Barcelona. Nº 187. pp. 1-30 (ISSN: 1138-9788)

Ojeda, Juan, y otros (2000) "*El Paisaje como mito romántico: su génesis y pervivencia en Doñana*", en: Martínez (Dir). *Estudios sobre el Paisaje*. Madrid: Colección de Estudios, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid. pp. 343-356.

Ojeda, Juan y Silva, Rocío (2002). "*Aproximación a los paisajes de la Sierra Morena Andaluza*", en: Zoido. (Coord). *Paisajes y ordenación del territorio*. Sevilla: Fundación Duques de Soria-Consejería de Obras Públicas y Transporte, J. de Andalucía. pp. 71-91.

Olmedo, Fernando. (2002). "*Una Aproximación Regional a la Arquitectura Agraria de Andalucía*", en: Halcón, Fátima, Herrera, Francisco y Recio, Álvaro (eds.). *Haciendas y Cortijos. Historia y Arquitectura en Andalucía y América*. Sevilla (España): Edición Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Extensión Cultural. pp. 51-65.

Ortiz, Carlos (1987). *La colonización antioqueña*, en Biblioteca de Escritores Caldenses (eds.). *La colonización antioqueña*. Manizales (Colombia): FICDUCAL. pp. 217-227.

Osorio, Jorge (2013). "*Arquitectura de Bahareque en el Centro Occidente de Colombia. Factor de conversión del espacio geográfico en paisaje*", en:

Viñuales, Graciela (ed.). *Arquitectura Vernácula Iberoamericana*. Sevilla (España): Universidad Pablo de Olavide – Red de Arquitectura Vernácula Iberoamericana. pp. 32-45.

Osorio, Jorge. (2008). “*Estructuras urbanas de damero en ladera y arquitectura regional de bahareque en la construcción de un territorio*”, en: Acevedo, Álvaro y Osorio, Jorge (eds.). *Paisaje Cultural Cafetero. Risaralda. Colombia*. Pereira (Colombia): Universidad Católica de Pereira, Universidad Tecnológica de Pereira y Corporación Autónoma Regional de Risaralda. pp. 131-170.

Osorio, Jorge (2014). “*La arquitectura regional de bahareque como enclave para el dominio del territorio*”, en: Cuellar, Marcela (ed.). *Miradas diversas. Arquitectura vernácula y paisajes culturales*. Sevilla (España). Universidad Pablo de Olavide – Red de Arquitectura Vernácula Iberoamericana. pp. 54-83.

Palacios, Marco (2002). *El Café en Colombia, 1850-1970: una Historia Económica, Social y Política*. Bogotá: Editorial Planeta.

Parsons, James. (1961). *La Colonización Antioqueña en el Occidente de Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Pesci, Rubén (1999). *La Ciudad de la Urbanidad*. Buenos Aires: Fundación CEPA.

Pigafetta, Giorgio y ABBONDANDOLO, Ilaria (2002). *La arquitectura tradicionalista*. Madrid: Celeste.

Poveda, Gabriel. “El Antiguo Ferrocarril de Caldas” (2003). Recuperado el 10 de Septiembre de 2014 de: <http://www.acceconomicas.org.co/documents/Ferrocarril%20de%20Caldas.pdf>

Ramírez, Renzo (2004). *Formación y transformación de la cultura laboral cafetera en el Siglo XX*. Medellín: Editorial La Carreta Histórica.

Recio, Álvaro. (2002). “*Las grandes explotaciones agrícolas de Andalucía: Una propuesta de análisis histórico artístico para el caso Sevillano*”, en: Halcón, Fátima, Herrera, Francisco y Recio, Álvaro (eds.). *Haciendas y Cortijos. Historia y Arquitectura en Andalucía y América*: Sevilla (España): Edición Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Extensión Cultural. pp. 67-90.

Rivera, Jorge (Julio-Diciembre de 2008). *Paisajes alterados: Retrospectiva del manejo ecológico social de la vertiente. Cordillera Central. Eje Cafetero colombiano*. *Revista Luna Azul*. No. 27 Manizales (Colombia). pp. 27-48.

Robledo, Jorge (1996). *La ciudad en la colonización antioqueña: Manizales*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional.

Robledo, Jorge y SAMPER, Diego (1993). *Un Siglo de Bahareque en el Antiguo Caldas*. Bogotá: El Áncora Editores.

Rodríguez, Diana y Osorio, Jorge. (2008) “Sistema patrimonial paisaje cultural cafetero. Modelo cartográfico para la delimitación de la zona principal y buffer”, en: Acevedo, Álvaro y Osorio, Jorge (eds.). *Paisaje Cultural Cafetero. Risaralda. Colombia*. Pereira (Colombia): Universidad Católica de Pereira, Universidad Tecnológica de Pereira y Corporación Autónoma Regional de Risaralda. pp. 25-68.

Rodríguez, Gladys y Arango, Oscar (2003). *Ciudad Región Eje Cafetero. Hacia un desarrollo urbano sostenible*. Manizales (Colombia): Gráficas JES Ltda.

Roger, Alain (2008). “Vida y muerte de los paisajes. Valores estéticos, valores ecológicos”, en: Nogué, Joan (ed.). *El paisaje en la cultura contemporánea*. Madrid (España): Editorial Biblioteca Nueva, S.L. pp. 67-85

Salas, Feliciano y Abad, Lorenzo (2006). *Arquitectura Monumental y Arquitectura Doméstica en la Contestania*. Proyecto de investigación HUM 2006-09874: Romanización comparada: los casos de Ilici e Ilunum, del MEC. Alicante: Universidad de Alicante.

Salazar, Jaime (2000). *De la mula al camión. Apuntes para una historia de Colombia*: Bogotá (Colombia): TM Editores.

Salcedo, Jaime (1996). *Urbanismo Hispano – Americano Siglos XVI, XVII y XVIII. El modelo urbano aplicado a la América Española. Su génesis y su desarrollo teórico práctico*. 2ª ed. Bogotá D.C.: Pontificia Universidad Javeriana.

Saldarriaga, Alberto y otros. (1996). *Estudios sobre la ciudad colombiana. Patrimonio urbano en Colombia*. Bogotá D.C: Instituto Colombiano de Cultura, COLCULTURA.

Saldarriaga, Alberto (2009). *Pasados Presentes. La vivienda en Colombia*. Bogotá D.C.: Pontificia Universidad Javeriana.

Saldarriaga, Alberto (2002). *La arquitectura como experiencia*. Bogotá: Villegas Editores.

Santa, Eduardo (1961) *Arrieros y Fundadores*. Bogotá (Colombia): Editorial Cosmos.

Santa, Eduardo (1997). *La Colonización Antioqueña una Empresa de Caminos*. Bogotá (Colombia): Tercer Mundo Editores.

Santander, Matilde, y Arango, Jorge (dir.). (1997). *Arquitectura republicana en Manizales*. Manizales (Colombia): Editorial Nomos S.A.

Santander, Matilde y Velásquez, Germán (dir.) (1994). *Manizales fin de Siglo*. Manizales (Colombia): BPR Publishers.

Sarmiento, Juan (2006). “Cien años de arquitecturas caldenses”, en: *Caldas Cien Años: Historia y Cultura 1905 - 2005*. Manizales (Colombia): Gobernación de Caldas.

Sarmiento, Juan (2005). *Caldas 100 años historia y cultura*. Manizales (Colombia): Editorial La Patria S.A.

Serrera, Ramón (2002). “Complejidad y multifuncionalidad de la hacienda en México (Siglos XVII y XVIII)”, en: Halcón, Fátima, Herrera, Francisco y Recio, Álvaro (eds.). *Haciendas y Cortijos. Historia y Arquitectura en Andalucía y América*. Sevilla (España): Edición Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Extensión Cultural. pp. 213-223.

Solano, Sergio (Julio-Diciembre 2012). “Entre pinceles y armas. Pablo Caballero Pimentel, pintor y capitán de milicias Pardas en Cartagena de Indias, Siglo XVIII”. *Revista Amauta No. 20*. Universidad del Atlántico. Barranquilla (Colombia). pp. 25-59

Spalt, Johannes (2004). “La historia de la casa con patio”, en: Blaser, Werner. *Patios 5000 años de evolución desde la Antigüedad hasta nuestros días*. Barcelona (España): Editorial Gustavo Gili, S.A. pp. 7-22.

Tellez, Germán (1998). *Crítica e Imagen*. Volumen I. Bogotá: Escala.

Tirado, Álvaro (1998). *Introducción a la Historia Económica de Colombia*. Bogotá: El Ancora Editores.

Tistl, Michael (2006). “La formación geológica del paisaje en el Piedemonte del Eje Cafetero colombiano”, en: López, Carlos; Cano, Marta y Rodríguez, Diana (eds.). *Cambios ambientales en perspectiva histórica. Ecología histórica y cultura ambiental*. Volumen 2. Pereira (Colombia): Edición Postergraph S.A. pp. 79-92.

Valencia, Albeiro (2000). *Colonización. Fundaciones y conflictos agrarios*. Manizales (Colombia): Artes Gráficas Tizán Ltda.

Valencia, Albeiro (1990). *Manizales en la dinámica colonizadora, 1846-1930*. Manizales (Colombia): Fondo Editorial de la Universidad de Caldas.

Valencia, Albeiro (1987). *Los productos agrícolas alimenticios en la fundación y desarrollo de los pueblos en la colonización*, en: Biblioteca de Escritores Caldenses (eds.). *La colonización antioqueña*. Manizales (Colombia): FICDUCAL. pp. 153-180.

Valencia, Alonso. (2004). *La Navegación a Vapor por el Río Cauca*. Cali (Colombia): Centro de Estudios Regionales – Región, Universidad del Valle.

Vallecilla, Jaime y Montaña, Jimena (2009). *Biografía del Café*. Bogotá (Colombia): La Otra Editorial.

Vallecilla, Jaime (2012). *Breve historia económica del Café. Colombia y el Mundo*. Saarbrücken (Alemania): Editorial Económica Española.

Vallecilla, Jaime. (2005). *Cien años del café en Caldas*. *Revista Estudios Regionales No. 12*. Manizales (Colombia). Recuperado el 20 de Enero de 2015 de:
http://www.crece.org.co/crece/components/com_jshopping/files/demo_products/Ci_en_anos_de_cafe_en_Caldas___Working_Paper_No_12.pdf

Verón, Alberto; Osorio, Jorge y Sarmiento, Juan. (1998). *Risaralda Nuestro Patrimonio. Inventario del Patrimonio Arquitectónico del Risaralda I.P.A.R.* Pereira: Sociedad Colombiana de Arquitectos - Gobernación del Risaralda.

Watsuji, Tetsuro (2006). *Antropología del Paisaje. Climas, culturas y religiones*. Salamanca (España): Ediciones Sígueme S.A.U.

WWF-Colombia (2013). *Clasificación de ecosistemas naturales terrestres del Eje Cafetero. Análisis de representatividad del Sistema Regional de Áreas Protegidas*. Santiago de Cali: WWF-Colombia.

Zambrano, Fabio y Bernard, Olivier (1993). *Ciudad y Territorio. Proceso de Poblamiento en Colombia*. Bogotá: Academia de Historia de Bogotá - Fundación de Estudios Históricos Misión Colombia - Instituto Francés de Estudios Andinos.

Zimmer, Jörg. (2008). “*La dimensión ética de la estética del paisaje*”, en NOGUÉ, Joan (ed.), *El Paisaje en la Cultura Contemporánea*. Madrid (España): Editorial Biblioteca Nueva, S.L. pp. 27-44.

Zuluaga, Víctor (2004). “*Una mirada ambiental a las crónicas españolas*”, en: López, Carlos y Cano, Marta (eds.). *Cambios ambientales en perspectiva*

histórica. Ecorregión del Eje Cafetero. Volumen I. Pereira (Colombia): Edición J.M. Calle. pp. 147-154.

Zuluaga, Víctor (1998). *Crónicas de la Pereira Antigua*. Pereira: Gráficas Buda Ltda.

Zuluaga, Víctor (2005). *La Nueva Historia de Pereira: Fundación*. Pereira.

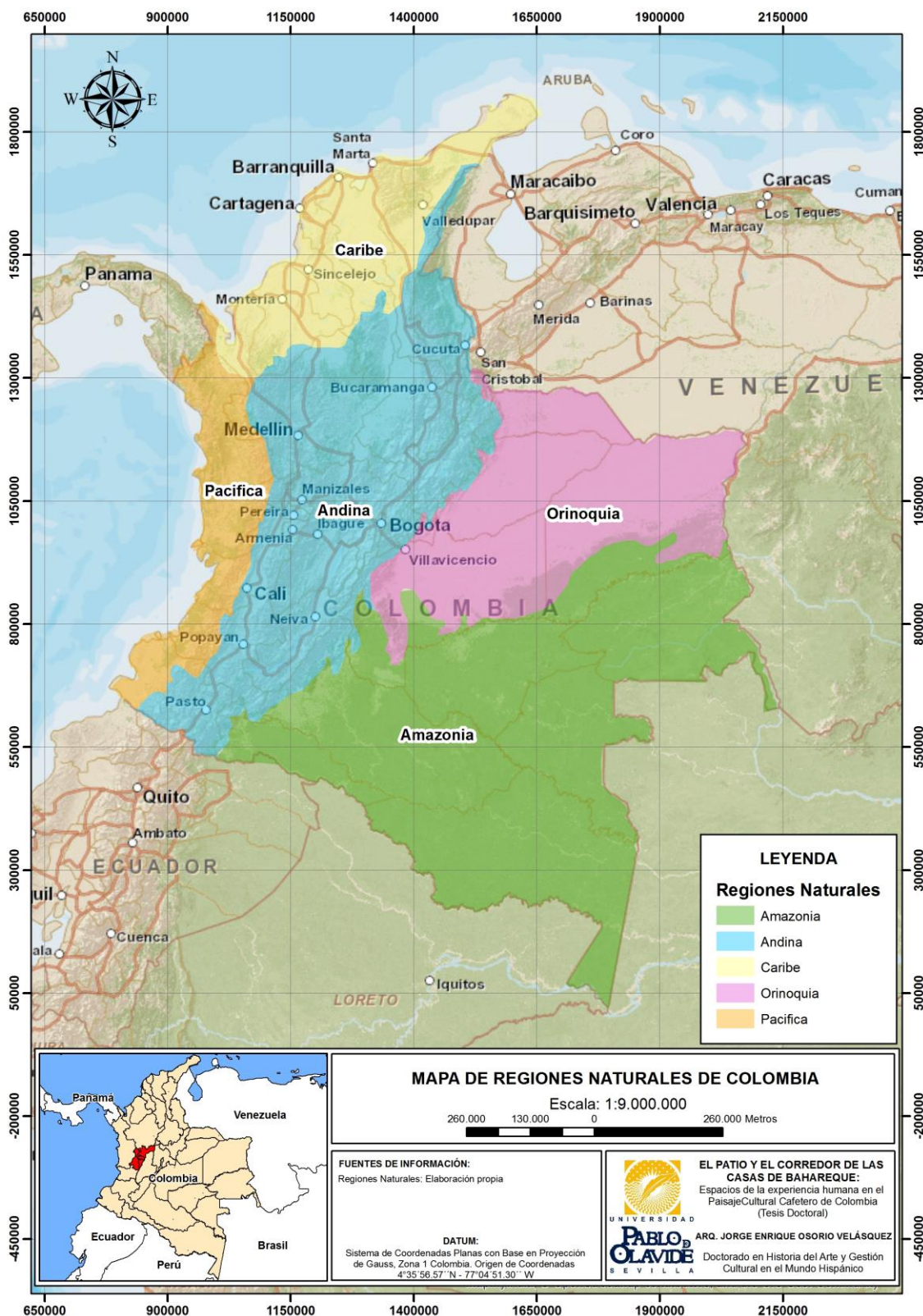
Zuluaga, Víctor (2013). *Historia extensa de Pereira*. Pereira: Editorial Universidad Tecnológica de Pereira.

ANEXOS

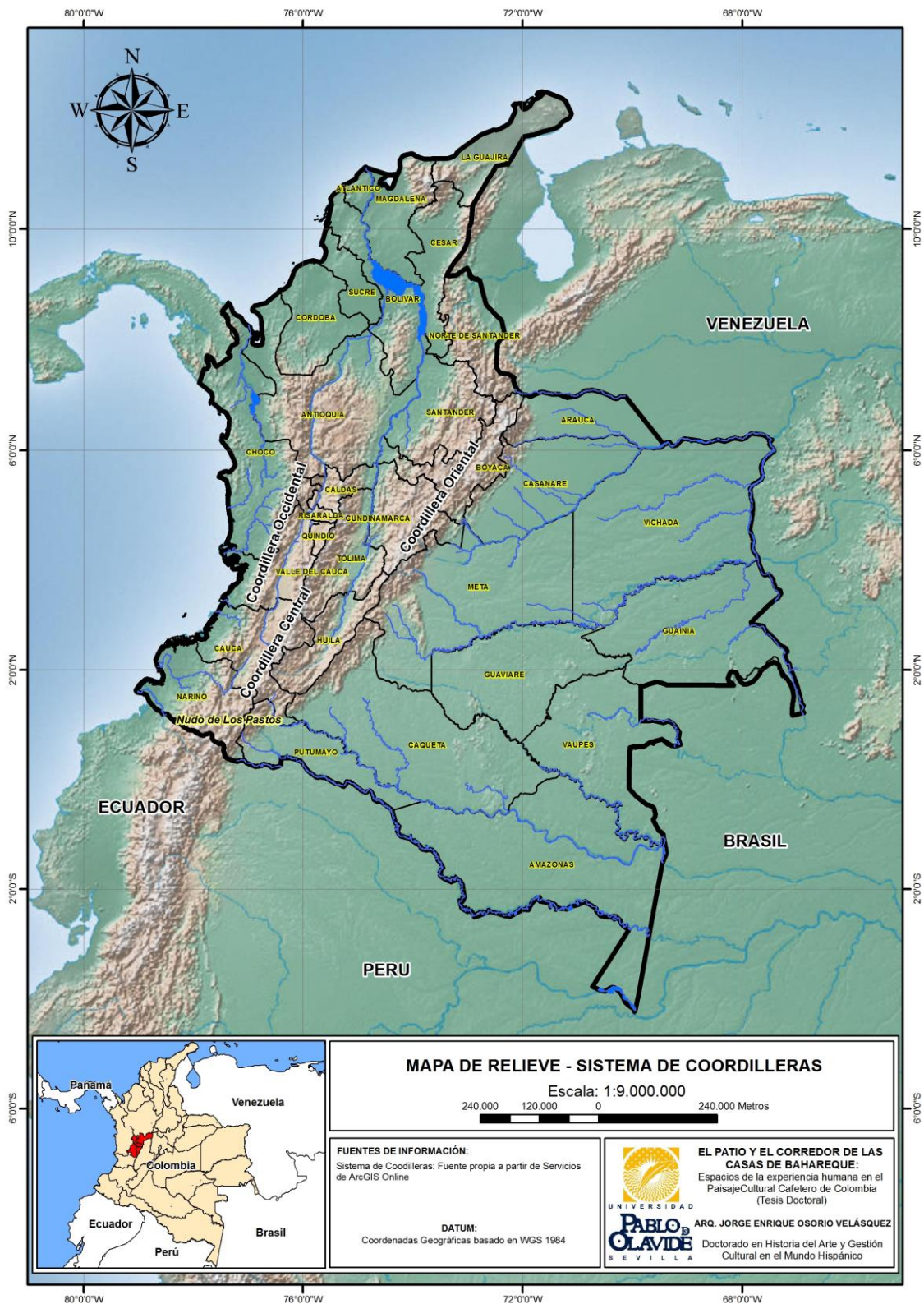
Anexo 1 Mapas elaborados por el Sistema de Información Regional, SIR,
UTP

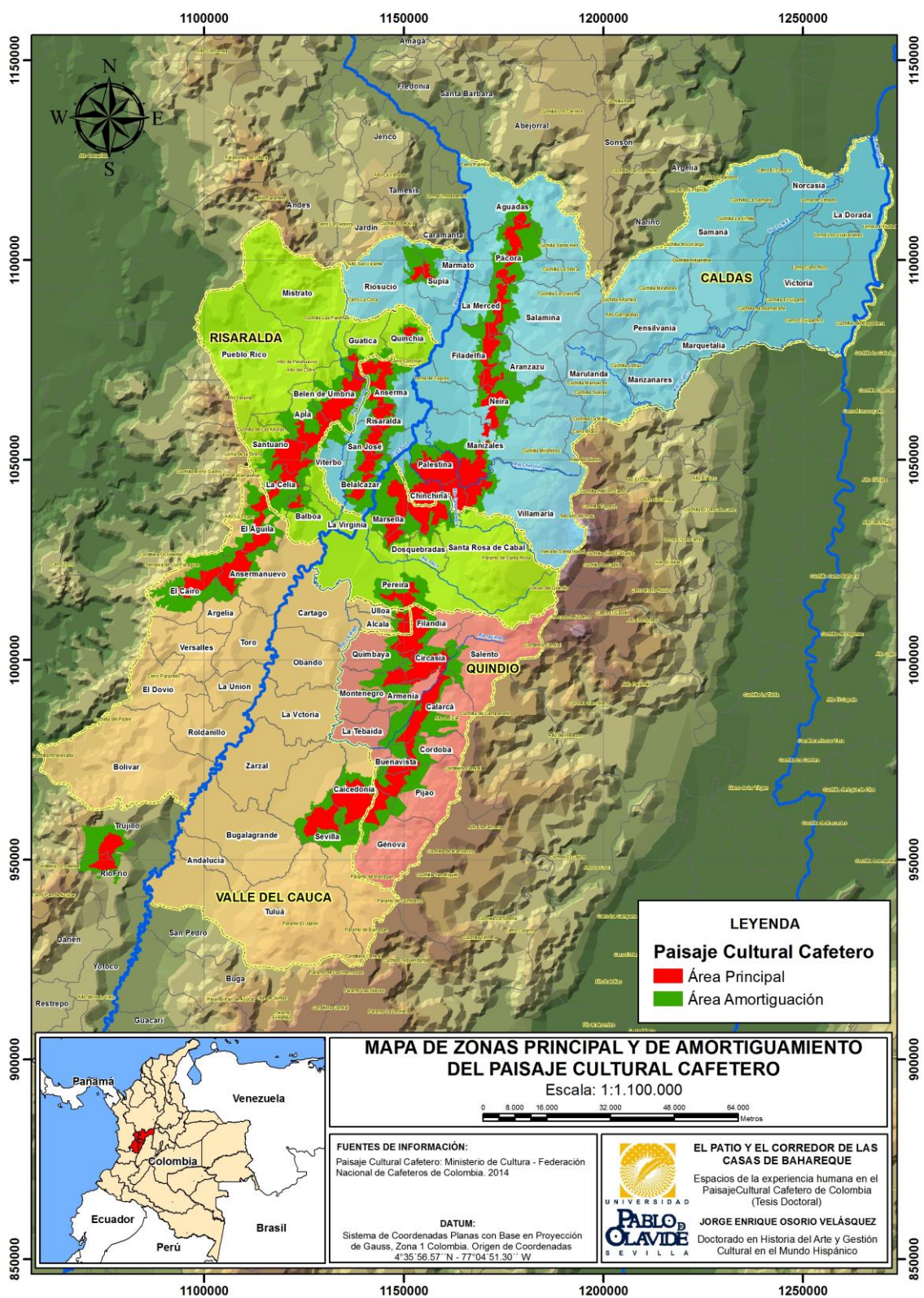


Mapa 1. Ubicación de Colombia en Suramérica. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

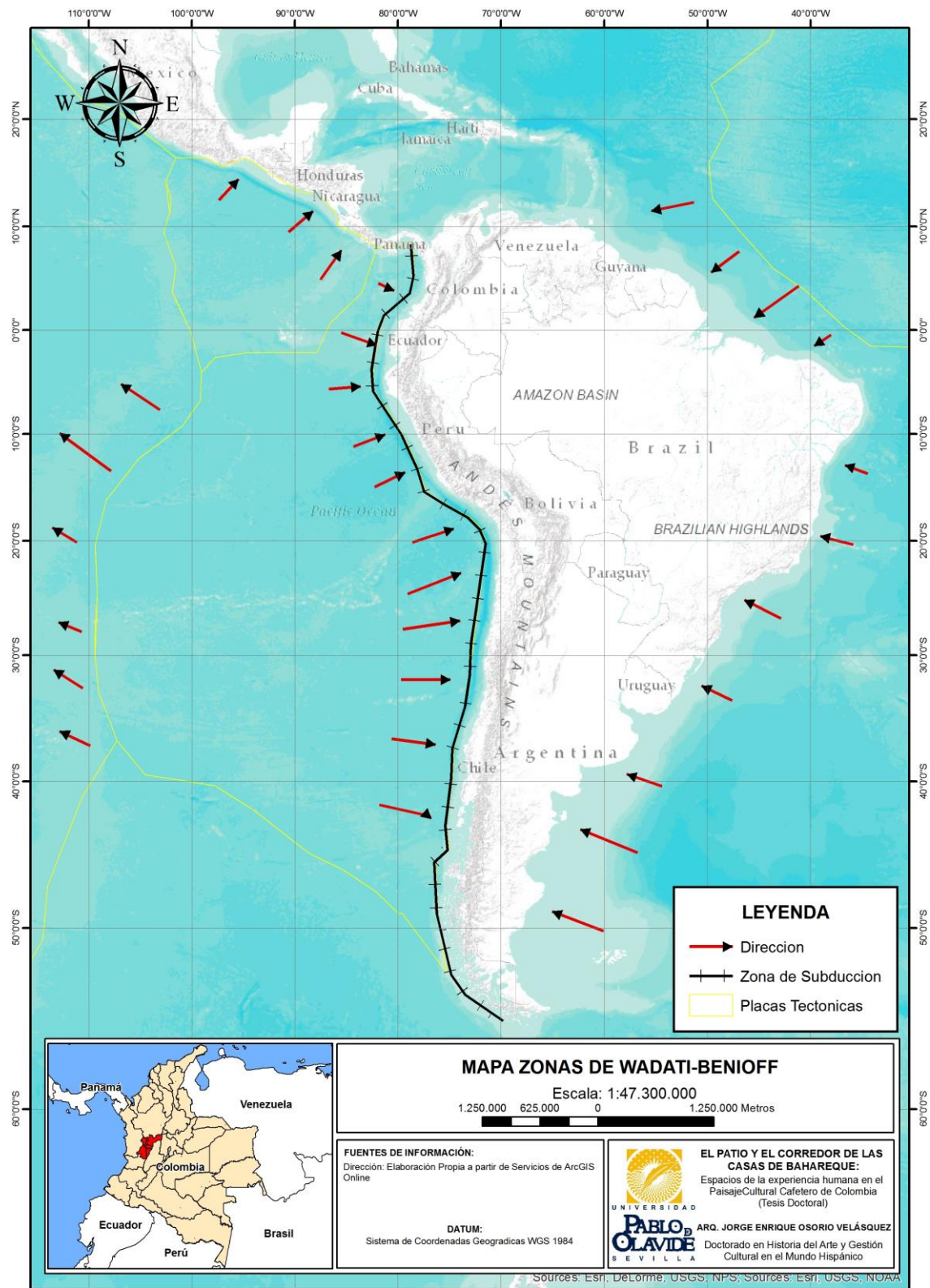


Mapa 2. Regiones Naturales de Colombia - Región Andina. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.

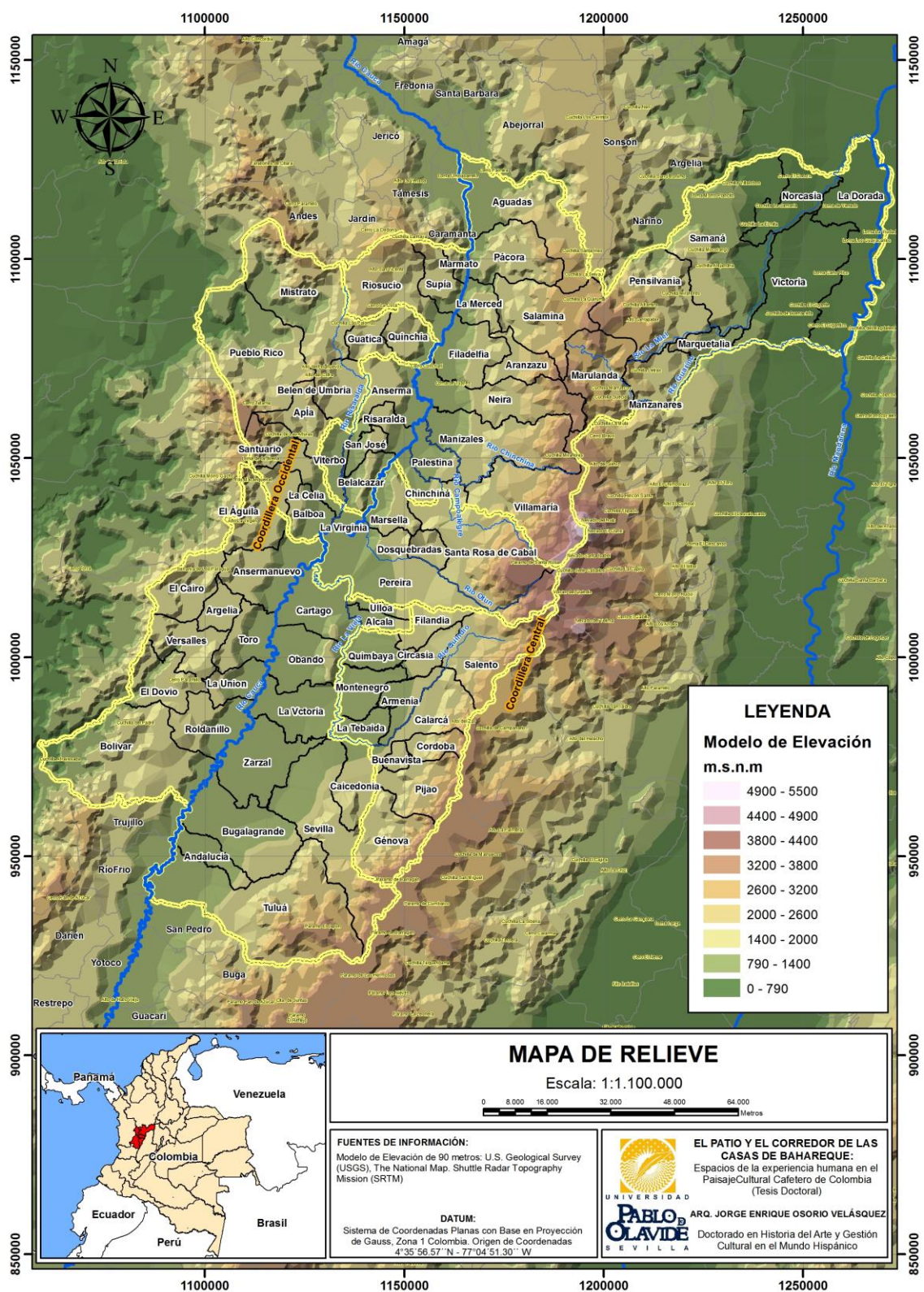




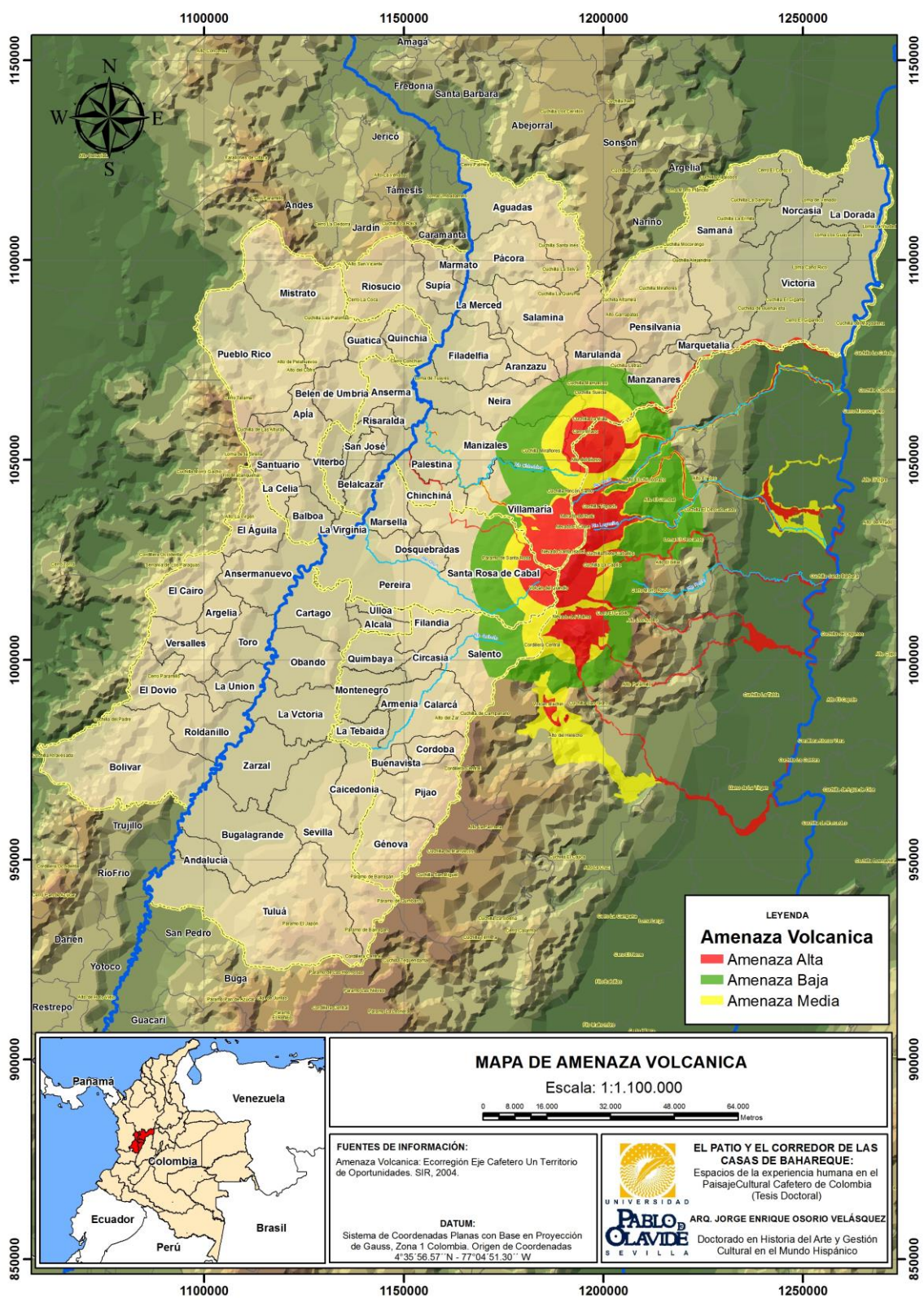
Mapa 6. Zona Principal y Zona de Amortiguamiento, Paisaje Cultural Cafetero. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



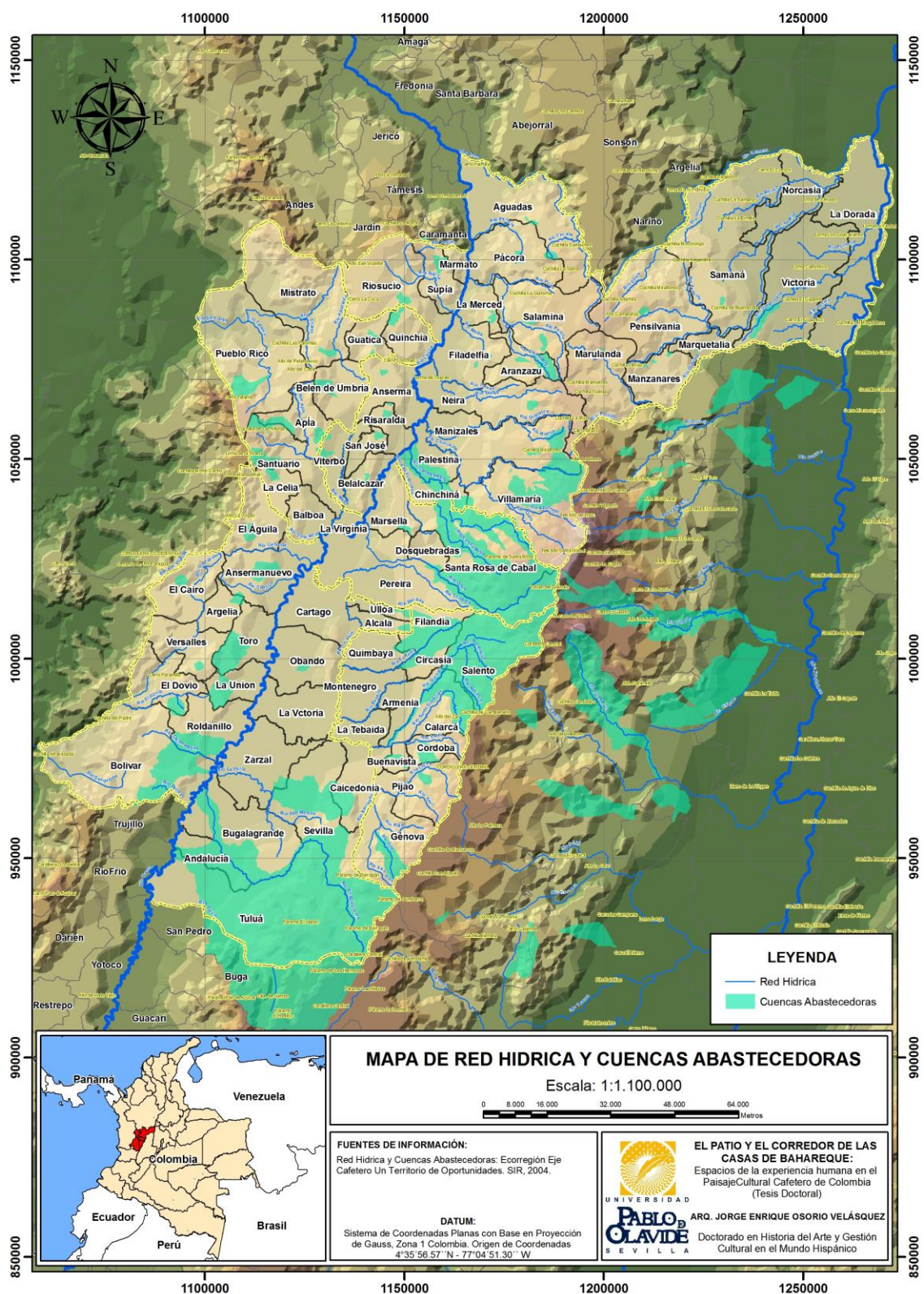
Mapa 8. Zonas de Wadati - Benioff. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



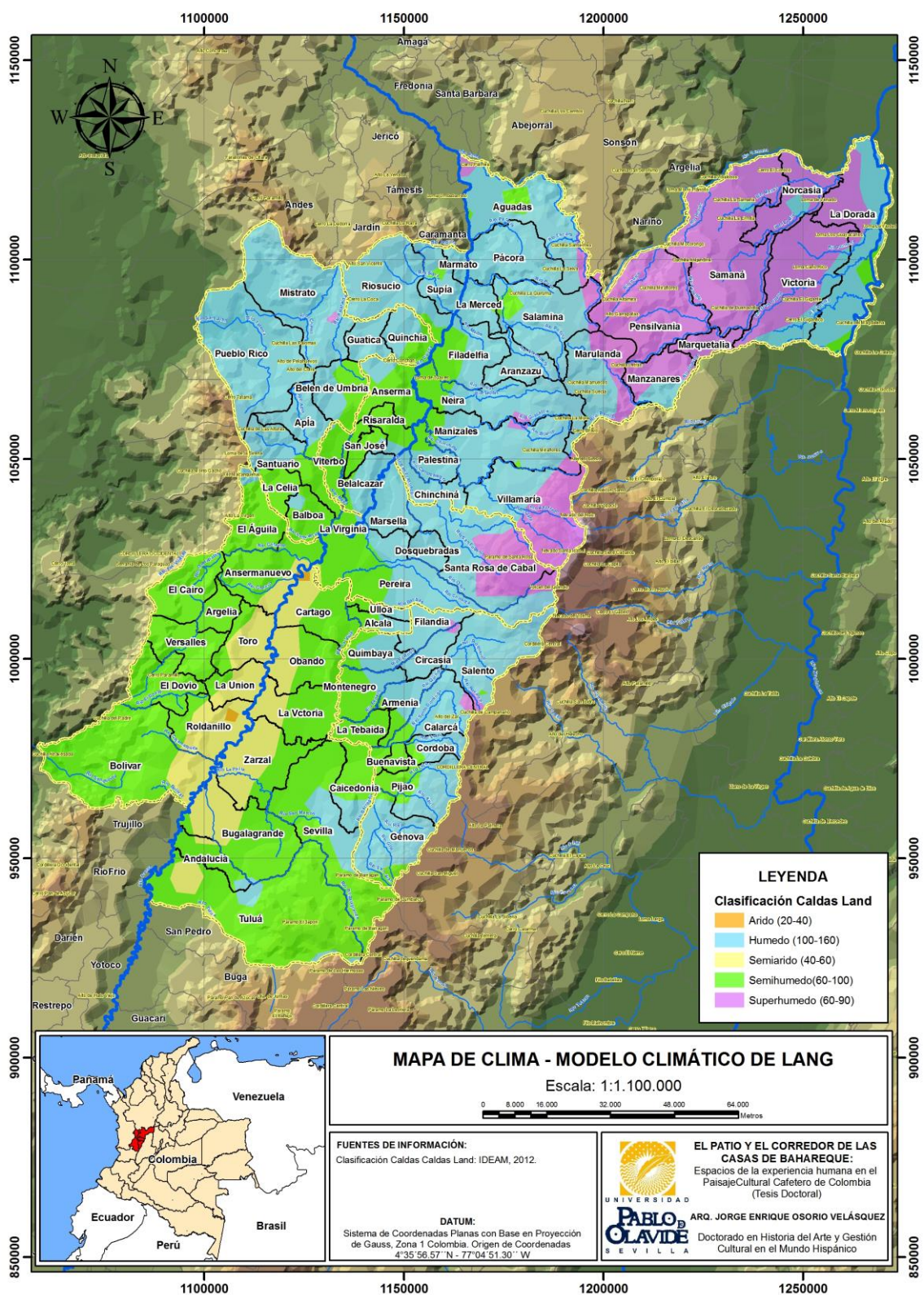
Mapa 9. Relieve. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



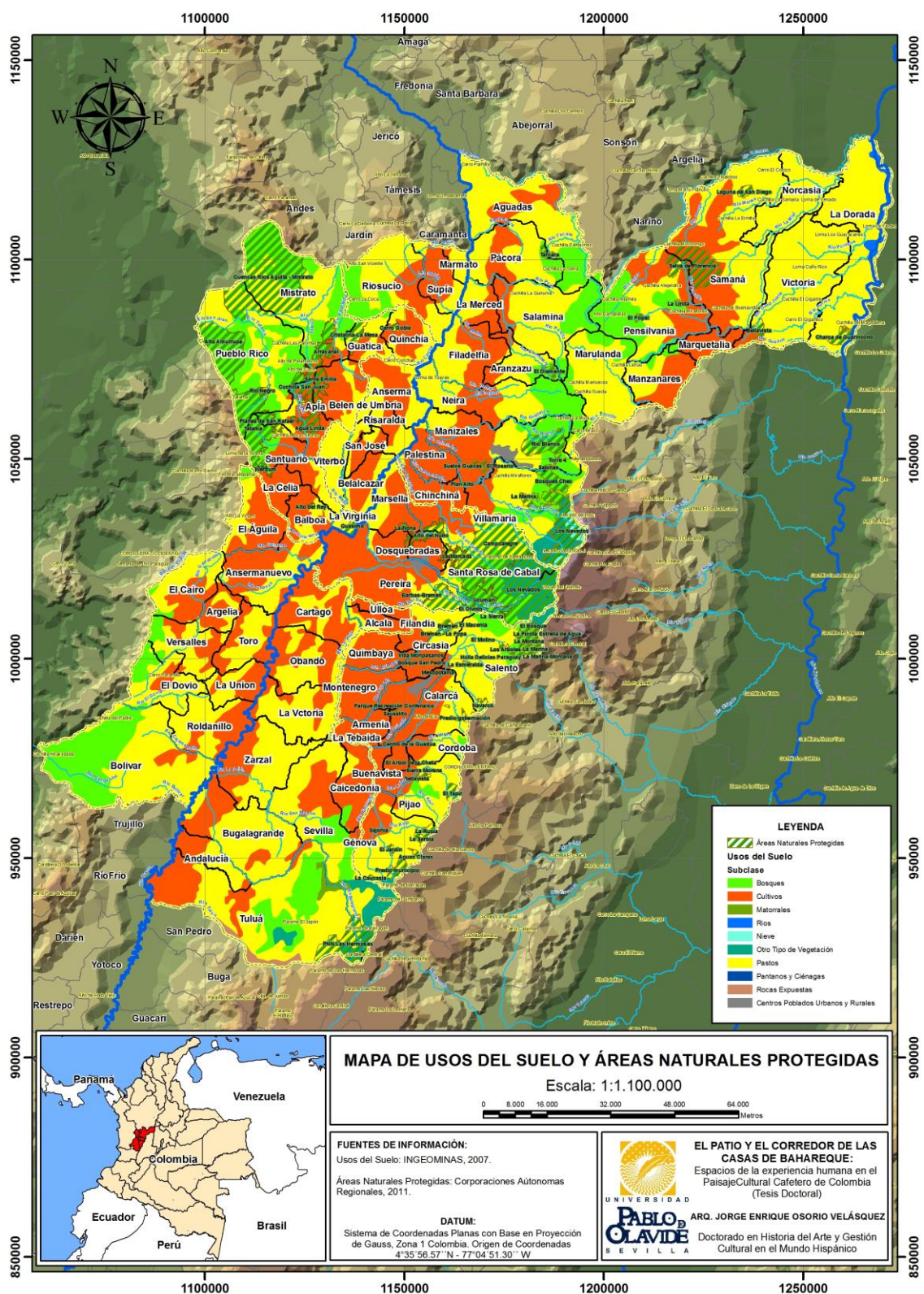
Mapa 10. Amenaza volcánica. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



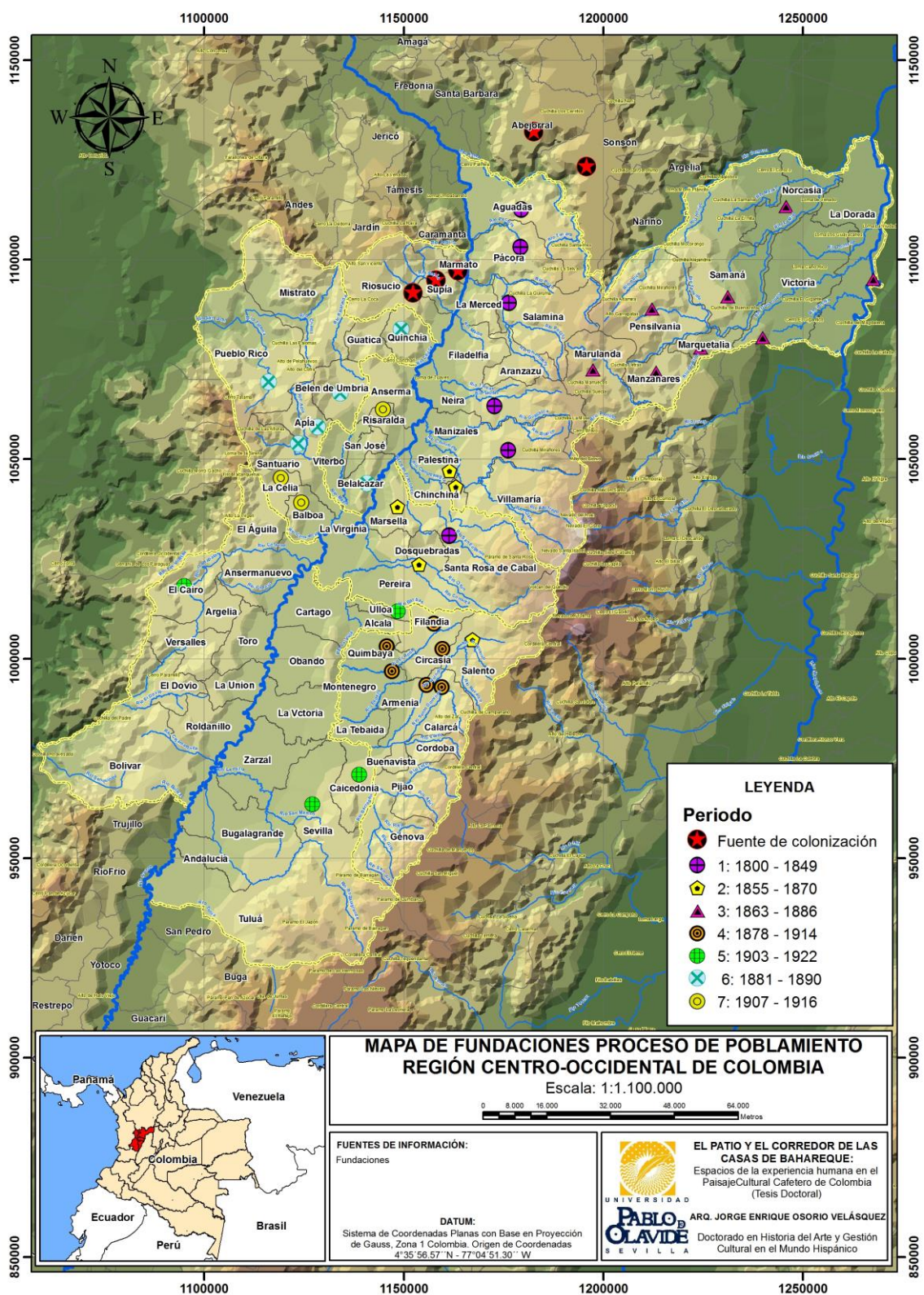
Mapa 11. Red hídrica y Cuencas abastecedoras. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



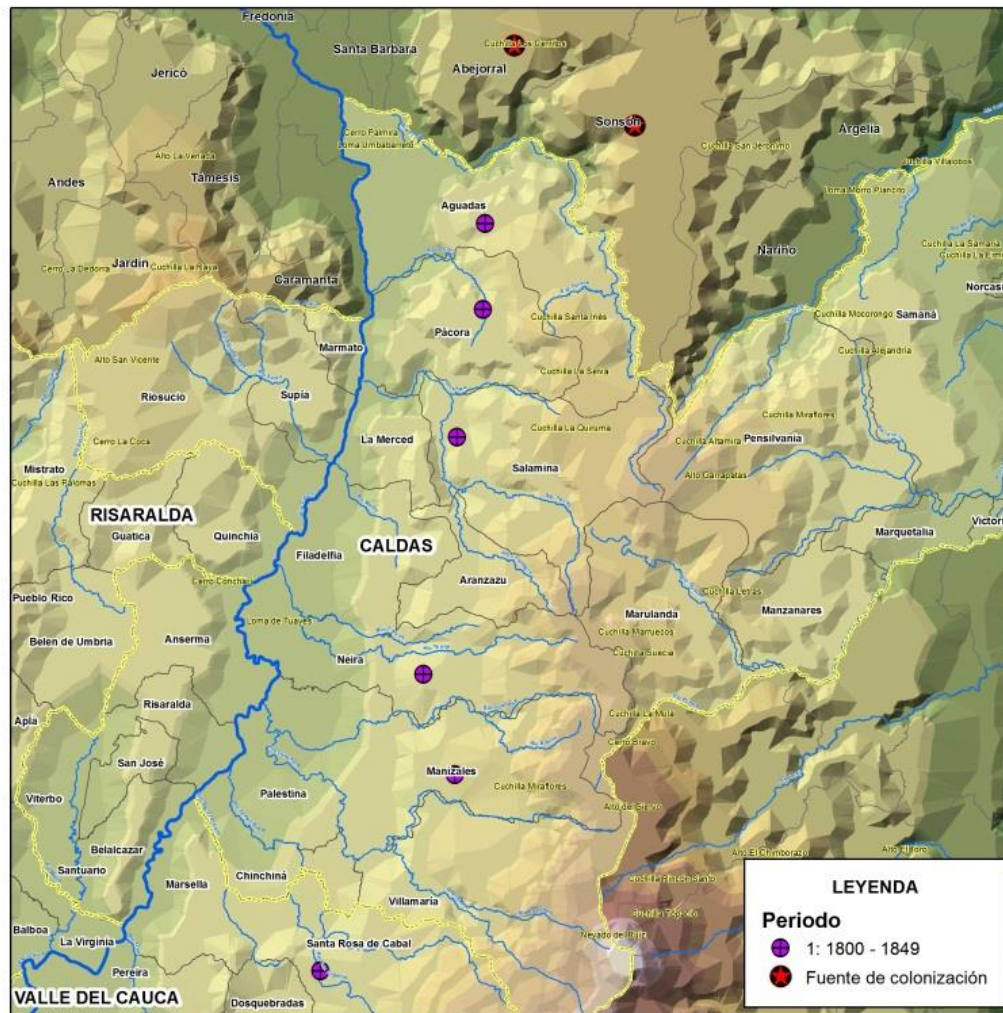
Mapa 12. Clima – Modelo Climático de Lang. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



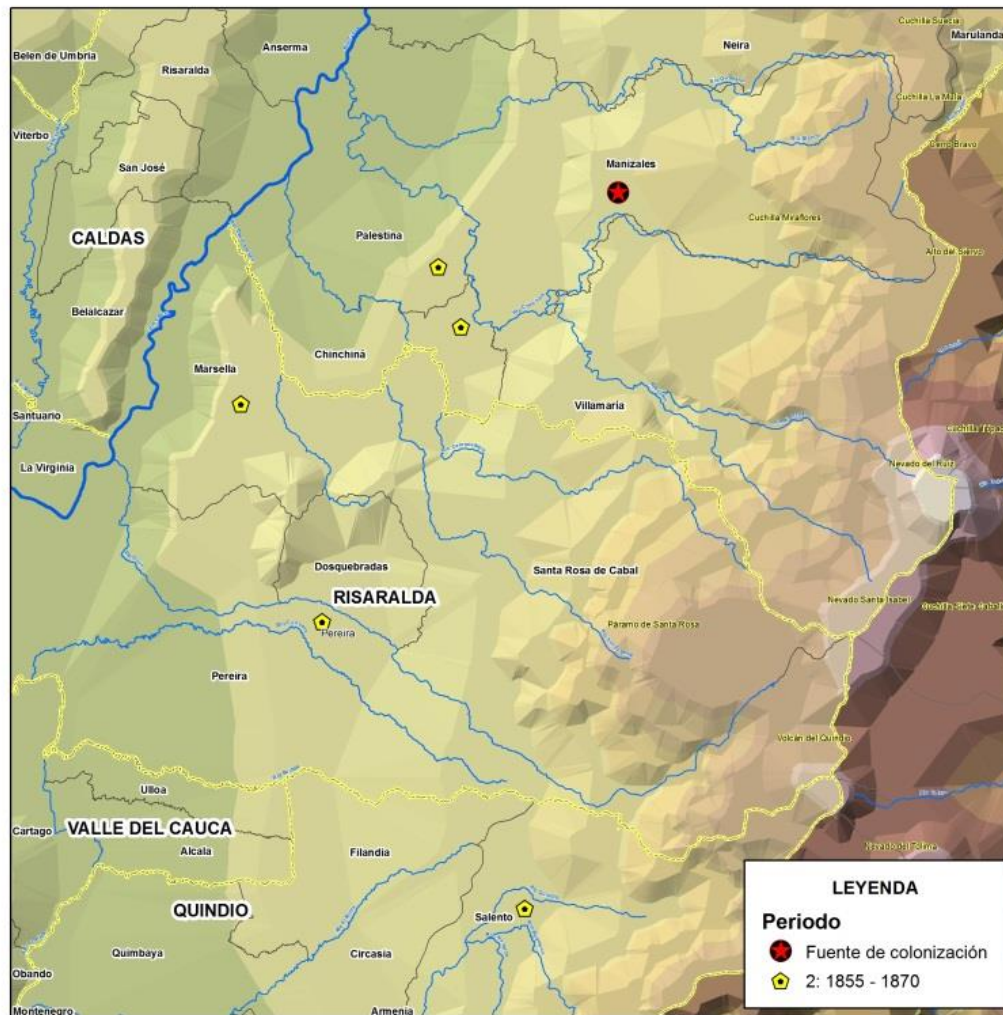
Mapa 13. Usos del suelo y Áreas naturales protegidas. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



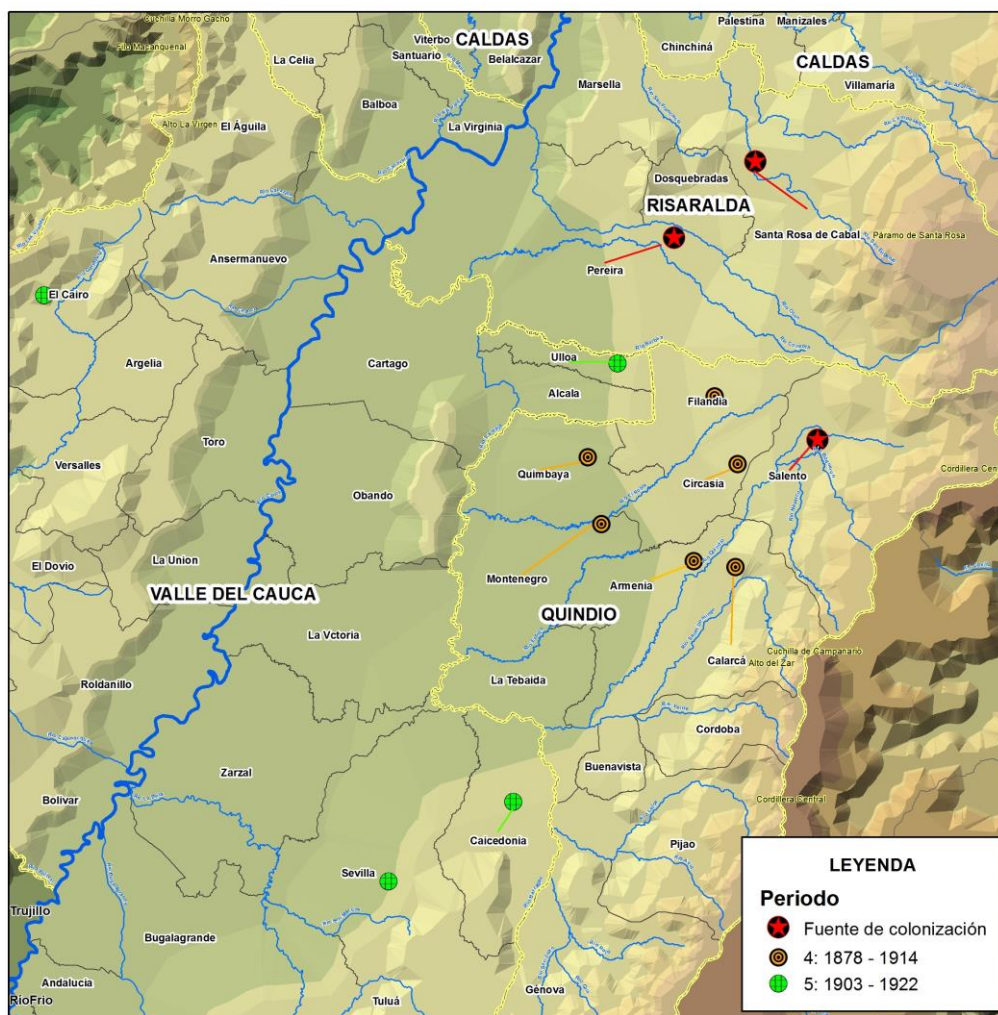
Mapa 19. Fundaciones y Proceso de Poblamiento Región Centro Occidental de Colombia. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



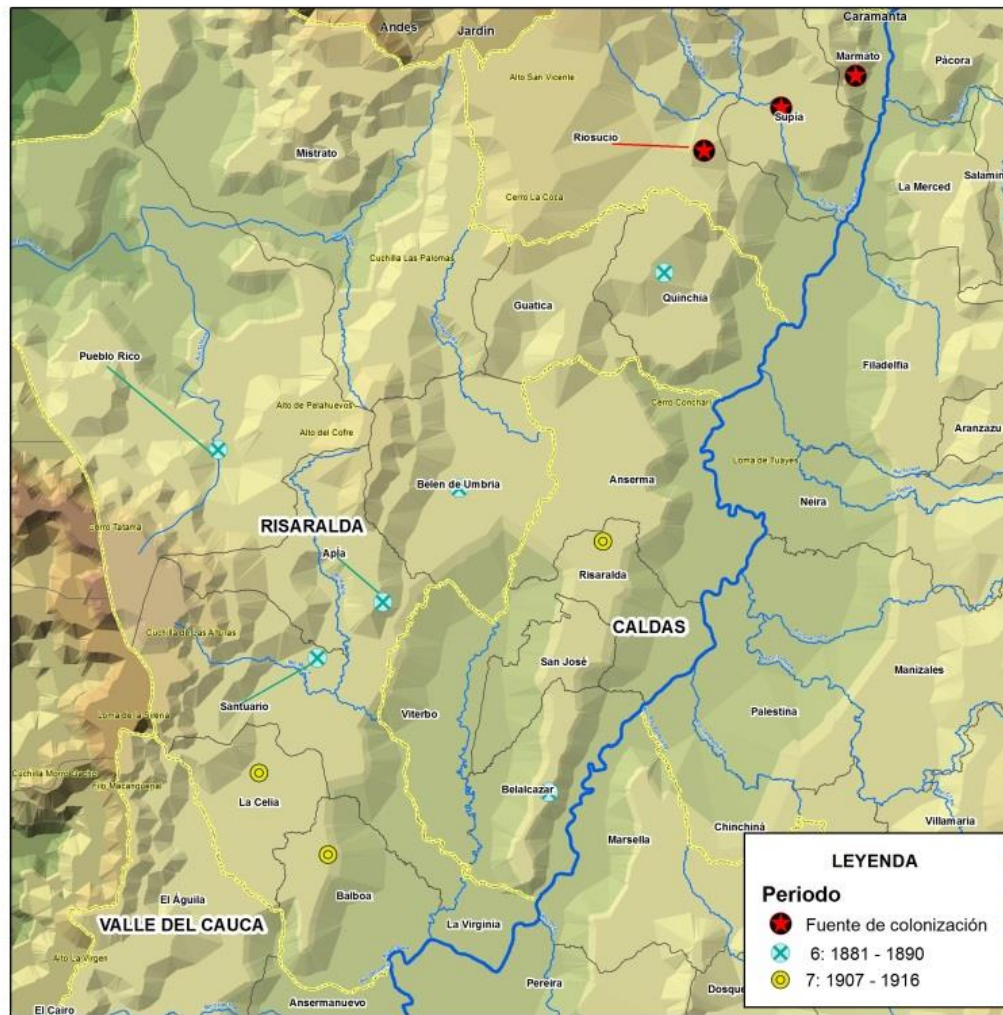
Mapa 20. Periodo de Colonización 1808 - 1849. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



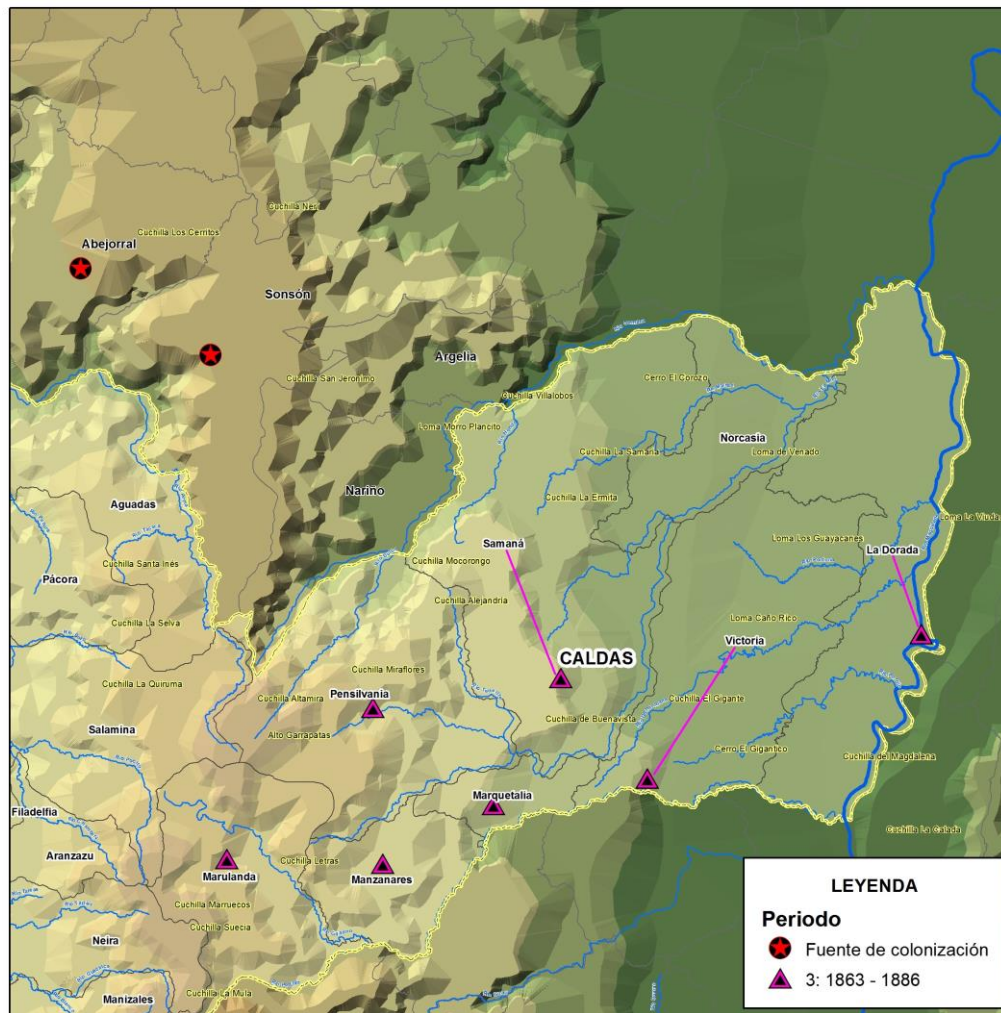
Mapa 21. Periodo de Colonización 1855 - 1870. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



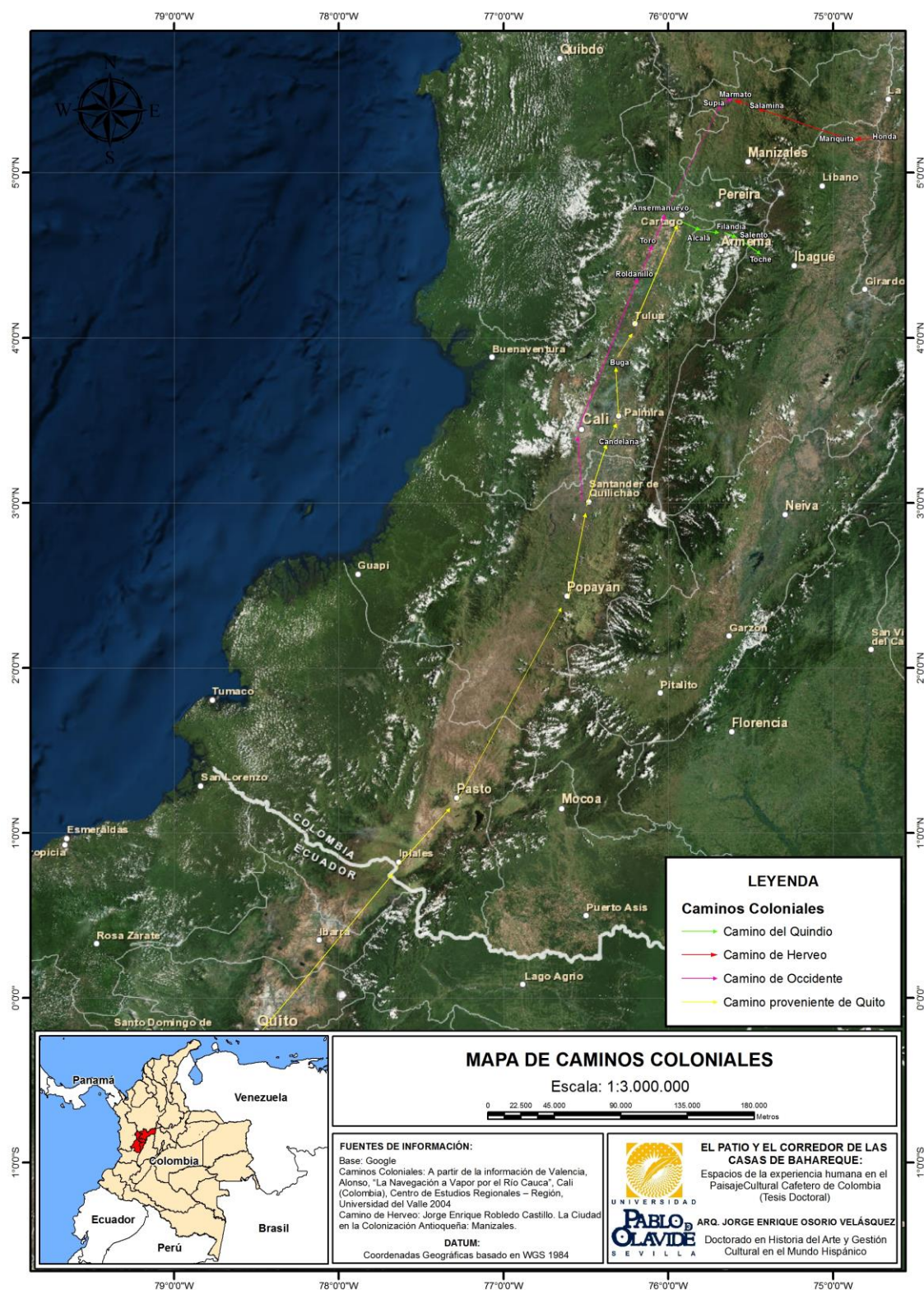
Mapa 22. Periodos de Colonización 1878 – 1914 / 1903 - 1922. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



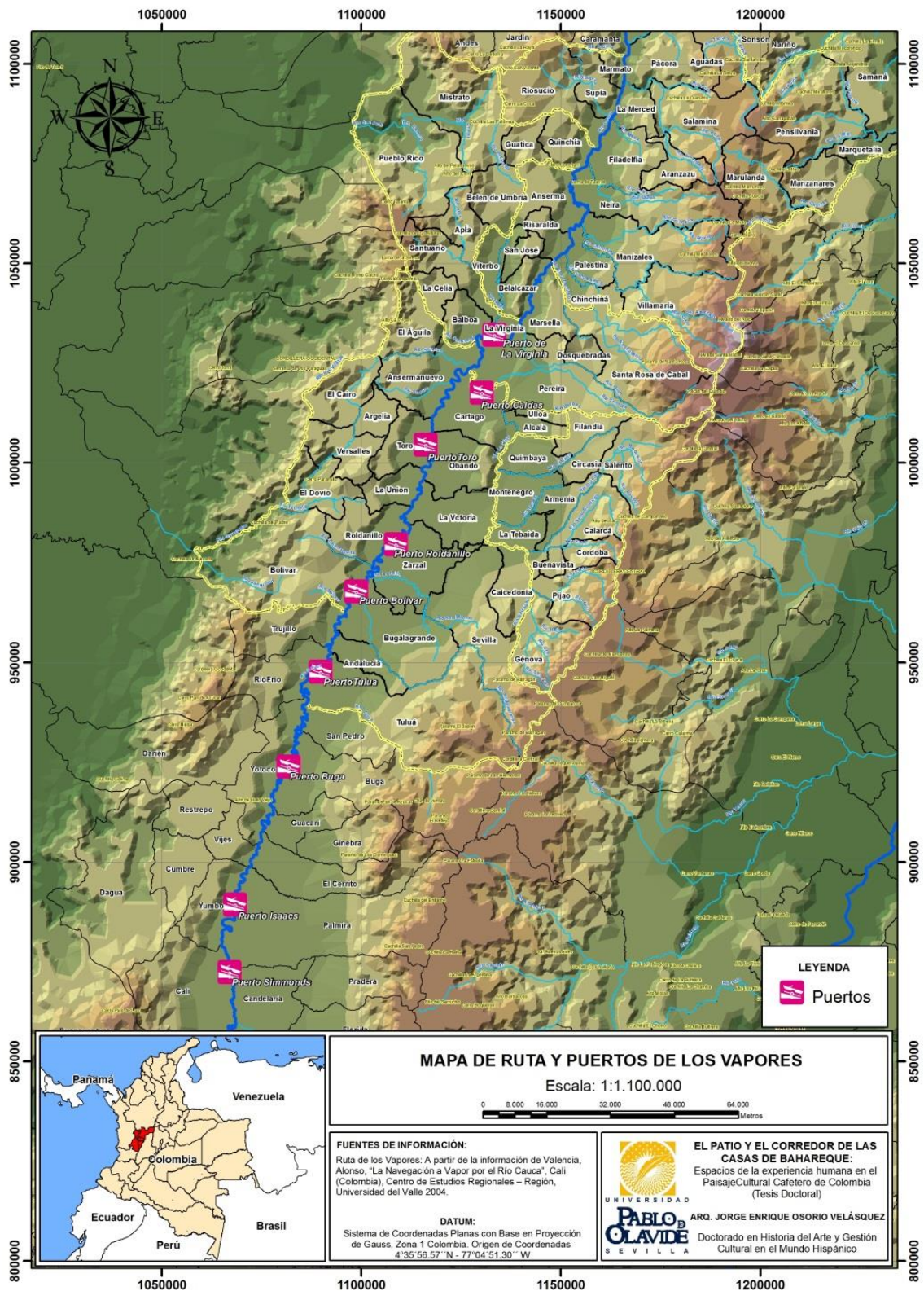
Mapa 23. Periodos de Colonización 1881 – 1890 / 1907 - 1916. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



Mapa 24. Periodo de Colonización 1863 – 1886. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



Mapa 26. Caminos Coloniales. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



Mapa 28. Ruta y Puertos de los Vapores. Fuente: Concepto. Arq. Jorge Enrique Osorio Velásquez. Elaboración. Sistema de Información Regional, SIR, UTP.



La tesis se desarrolla en el marco geográfico del Paisaje Cultural Cafetero, ámbito territorial que a su vez se encuentra inscrito en la región centro occidental de Colombia donde floreció una de las culturas territoriales más representativas del país. Su indagación y análisis se centra en el patio y el corredor como elementos tipológicos desde los que se han percibido y disfrutado los paisajes cafeteros, y a partir de los cuales se estructuró la arquitectura regional de bahareque urbana y rural que tuvo su origen en el tercer proceso de poblamiento que se dio en el centro occidente colombiano durante el siglo XIX.

De la misma manera se examina la realidad de la arquitectura de bahareque como producto histórico y como uno de los atributos a partir de los cuales se justificó la excepcionalidad y la integridad del Paisaje Cultural Cafetero para su Inscripción en la Lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO en Junio 25 de 2011, precisando además los principales componentes espaciales, formales, tecnológicos y estéticos que la definen como un producto cultural asociado a la modelación de los paisajes cafeteros que caracterizan esta región de Colombia y a la vez como uno de sus elementos de síntesis.

Además de determinar como objeto central de éste estudio la interacción que se da entre el patio y corredor con los demás elementos que integran la materialidad de la arquitectura regional de bahareque, se busca identificar los vínculos que el patio y el corredor han permitido establecer desde la cotidianidad de su uso y desde los imaginarios de sus habitantes con el entorno natural, con los sistemas de producción y con el medio social; igualmente se pretende establecer la contribución del patio y del corredor en los ámbitos urbano y rural, en relación con la construcción de una noción particular y colectiva del paisaje en esta región de Colombia.